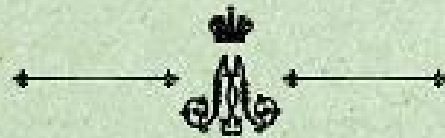


C.W. GORTNER

↔ *La* ↔

Emperatriz
Romanov

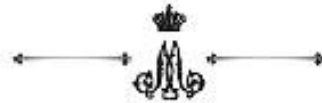


bovéda

C.W. GORTNER

↔ *La* ↔

Emperatriz
Romanov



boveda

Índice

PRIMERA PARTE. 1862-1866. *El palacio Amarillo*

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

SEGUNDA PARTE. 1866-1881. *Noches blancas*

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

TERCERA PARTE. 1881-1894. *El zar mujik*

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

CUARTA PARTE. 1894-1906. *Madre querida*

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

QUINTA PARTE. 1906 - 1914. *El místico de la zarina*

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

SEXTA PARTE. 1914 -1918. *Las semillas de la destrucción*

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Epílogo

Agradecimientos

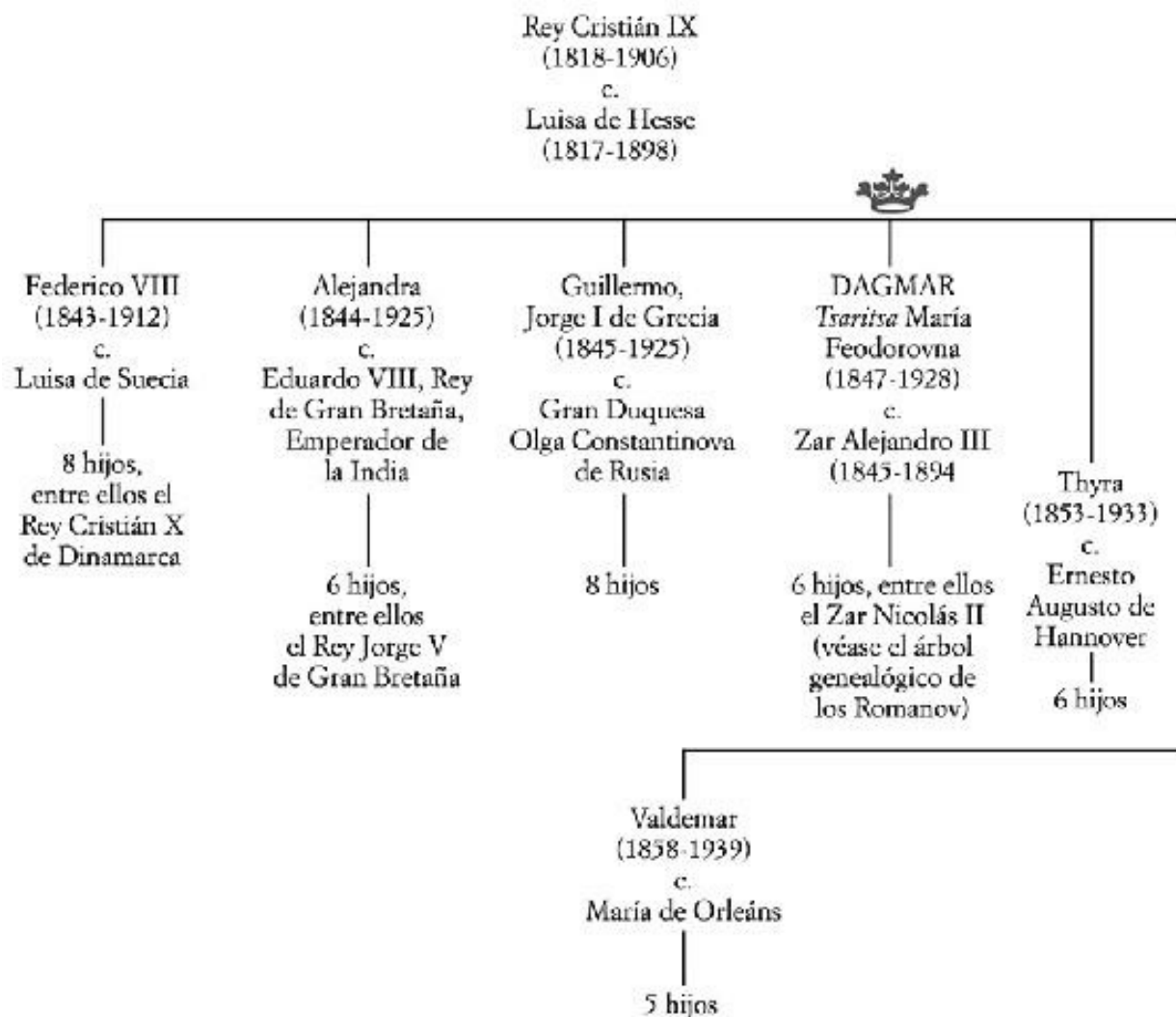
Creditos

*Para mi madre, que me dio a conocer
el esplendor de los Romanov*

La fama y la desventura viven en el mismo patio
Proverbio ruso

La Emperatriz Romanov es una obra de ficción. Todos los incidentes y diálogos, y todos los personajes, con la excepción de algunos personajes históricos muy conocidos, son fruto de la imaginación del autor y no deben interpretarse como reales. Cuando aparecen personajes históricos reales, las situaciones, incidentes y diálogos asociados a tales personajes son completamente ficticios y no se pretende que representen hechos reales ni que varíen el carácter completamente ficticio de la obra. En todos los demás sentidos, toda semejanza con cualquier persona viva o muerta es pura coincidencia.

Familia Real de Dinamarca



Los Romanov imperiales de Rusia

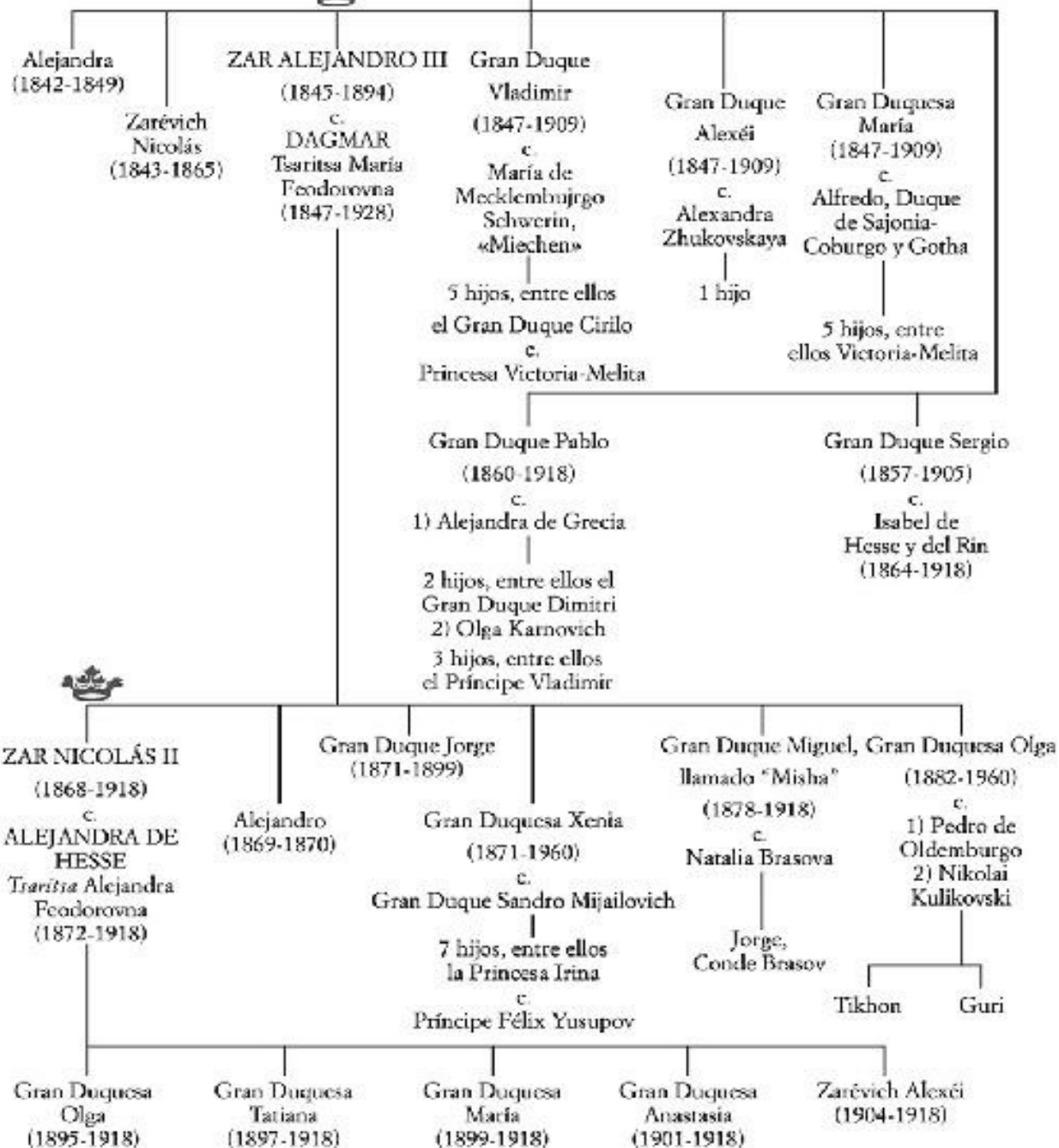


ZAR ALEJANDRO II

(1818-1881)

c.

1) MARÍA DE HESSE Y DEL RIN, *Tsaritsa* María Aleksandrovna
(1824-1880)







PRIMERA PARTE



1862-1866

EL PALACIO AMARILLO

*¡Ya llega! La Doncella de Dinamarca...
Para ser nuestra Reina de Amor.*

MARTIN TUPPER



CAPÍTULO 1

—Deberíamos ir vestidas iguales —dije, aquella tarde en que la vida cambió para siempre. Yo no entendía todavía lo profundo que sería el cambio; pero lo notaba, allí sentada, revolviendo el montón de cajas que habían enviado los mejores almacenes de Copenhague y de Londres, llenas de zapatos con lazos de satén, de sombreros con cintas, de ropa interior de seda, vestidos, corsés, chales, guantes de piel y capas de cachemir o de lana escocesa fina.

—¿Iguales? —Mi hermana Alix, subida a un taburete mientras Mamá y su doncella se afanaban junto a ella, acercándole prendas a la cara y a la figura esbelta para determinar cuáles le sentarían mejor, me miró sorprendida—. ¿Como si fuésemos gemelas?

—Sí —dije, levantando por un lado dos de las cajas que estaban junto a mí, en el diván—. Mira. Ahora tienes dos de cada cosa. Podríamos vestirnos iguales, a ver si tu prometido nos distingue.

Alix arrugó el ceño entre sus cejas delgadas. Aquel pequeño fruncimiento me agradó: me hizo ver que a mi hermana no se le escapaba lo absurdo de la situación tanto como ella quería aparentar. Pero antes de que hubiera tenido tiempo de responderme, nuestra madre nos soltó su ácida reprimenda, con aquella irritación tenue que aplicaba siempre que yo decía o hacía algo inadecuado, cosa que sucedía con cada vez mayor frecuencia, según ella.

—Minnie. Basta. Vestirse como gemelas, ¡qué absurdo! —Mamá chascó la lengua—. Y como si su alteza real el príncipe de Gales fuera ciego. ¡Si Alix y tú no os parecéis para nada!

—¿Estás segura? —Aunque quise aparentar despreocupación, advertí el desafío en mi voz—. Aunque no nos parezcamos, él sólo la ha visto una vez. Puede que no la reconozca siquiera cuando la vuelva a ver.

Mamá se quedó inmóvil, con unas enaguas arrugadas en las manos. Al ver

aquella prenda de seda blanca cremosa, tuve que tragarme un arretrato de rabia. En otros tiempos, no podríamos habernos permitido unas enaguas como aquellas, ni ninguna de las otras cosas lujosas de las que ahora estaba llena la habitación. Nos hacíamos nuestra propia ropa y también nos la remendábamos. Habíamos sido felices en nuestro pequeño palacio amarillo de Copenhague, disfrutando de las excursiones veraniegas para bañarnos en el mar, de nuestras competiciones gimnásticas y de las veladas musicales después de unas comidas frugales que nos habíamos servido nosotros mismos. Los lujos no nos habían importado nunca, con tal de tenernos los unos a los otros. Nuestro mayor regalo era nuestra familia. Pero ahora estábamos sumergidos en las pruebas visibles de la disolución que se nos avecinaba.

¿Cómo podían haber cambiado tanto las cosas en tan poco tiempo?

—Naturalmente, su alteza la seguirá queriendo —dijo Mamá—. Es su deber como marido suyo que es y es el de ella como esposa. ¿Qué mosca te ha picado para que estés tan negativa, el día mismo en que Alix se está probando las prendas de su ajuar? ¿Es que no ves lo nerviosa que está de suyo?

Mi hermana me miraba desde el espejo. Si estaba nerviosa, no lo aparentaba. Parecía cansada y pálida, y se le apreciaba el cansancio en las ojeras, bajo sus ojos de color gris frío; pero estaba serena; tanto, que su mirada firme me desconcertaba. A pesar de su actitud impávida, debía de darse cuenta de que yo había dicho la verdad. Era imposible prever si el matrimonio le acarrearía felicidad o sinsabores. Pero ella no lo reconocería nunca en voz alta, al menos delante de nuestra madre, que había trabajado tanto tiempo para este aumento de nuestra fortuna; el último dentro de una gran marea de cambios que a mí me había dejado con la sensación de ser una naufraga que me esforzaba por mantenerme a flote.

—Yo solo decía que...

Mamá me fulminó con la mirada y no terminé la frase.

—Ya sabemos lo que decías, Minnie. Y te estoy diciendo que ya basta.

Yo, exasperada, arrugué el papel de seda de la caja de sombreros que tenía a mi lado.

—Quizá debería salir a darme un paseo —murmuré—. En vista de que aquí no hago falta.

—Sí, deberías, si no eres capaz de hacer nada útil aquí —dijo Mamá,

volviéndose de nuevo hacia mi hermana—. No cabe duda de que el aire fresco te despejará el mal humor y te quitará ese agujón desagradable que llevas puesto. No quiero que estés distraído a tu hermana con tonterías cuando tenemos tanto que hacer.

El aire fresco y reducir las tonterías al mínimo eran la solución de Mamá para todo. Era sensata, sin duda, a pesar de que en último año habíamos pasado por una cantidad de agitaciones que habrían hecho perder la cabeza a la más sensata de las mujeres. Pero Luisa de Hesse-Cassel no se consentía nunca tales debilidades. Había empezado por demostrar su sólida confianza en su propio juicio desafiando a su familia al casarse con mi padre, que era su primo segundo, Cristián de Glücksburgo, un principillo empobrecido y de poca importancia, con el que había emprendido una vida con estrecheces pero agradable, criándonos con un sano desprecio a las pretensiones. Aunque ahora iba camino de llegar a ser reina de Dinamarca, al heredar Papá de manera inesperada el trono de nuestro rey, que no tenía hijos, y, al mismo tiempo se disponía a enviar a su hija mayor a casarse con el príncipe heredero de Gran Bretaña, ella abordaba esas tareas monumentales como podía abordar la limpieza diaria del salón. Y aquel agujón que llevaba yo puesto, como decía ella, la desazonaba, pues era una cosa que no debía tener ninguna hija suya, sobre todo en vista de nuestra nueva situación elevada.

Tirando de mi falda voluminosa, me dirigí con paso firme hacia la puerta y me detuve allí. Esperaba que mi hermana me hiciera volver. Quería que Alix dijera algo, que diera muestras de que seguía necesitándome. Pero guardó silencio y, cuando eché de soslayo una mirada de desafío, la vi rodeada de las enaguas de seda, mientras Mamá ordenaba a la doncella que le abrochaba el corsé, como si Alix fuera una muñeca.

O un cordero listo para el sacrificio.

Para mí, el próximo matrimonio de mi hermana venía a ser eso mismo.

No habíamos nacido entre la grandeza. Mamá nos lo recordaba con frecuencia en nuestra infancia para que no esperásemos más de lo que teníamos. Los que nacen con riqueza no son tan afortunados como nosotros, nos decía, sentada con Alix y conmigo, enseñándonos a adornar sombreros hechos en casa o a

zurcir ropa interior. Los que lo tienen todo en la vida desde el principio no saben apreciar lo que se consigue teniendo ambición. Sabios consejos, pues nadie había conseguido más cosas teniendo ambición que Mamá; pero aquello no me servía de gran consuelo ahora que atravesaba el palacio de Bernstorff, pasando ante las estatuas y las paredes con paneles de espejo sin echarles una sola ojeada, dejando atrás el eco de mis tacones en el parqué y el frufrú de mi miriñaque.

Nos habíamos trasladado a este palacio hacía un mes, cuando se dictaminó que Papá sería el nuevo príncipe heredero de la corona de Dinamarca. El palacio, rodeado de amplios terrenos en las afueras de Copenhague, tenía la elegancia que correspondía a tal título, y era mucho mayor que nuestra casa amarilla de la ciudad. Sus hermosos jardines, con sus magníficos tilos y sus paseos, eran uno de los pocos cambios que yo había recibido con agrado. Mi hermano menor, Valdemar, y mi hermana pequeña, Thyra, estaban encantados allí, donde tenían libertad para mancharse los pies y meterse bajo los setos. Pero yo ya tenía casi quince años y era demasiado mayor para juegos infantiles; aunque, cuando hui al jardín, lamenté serlo. Anhelaba volver a ser niña, con libertad para correr y esconderme.

Me llevé la mano a la frente y me di cuenta de que había olvidado coger un parasol o un sombrero. Corría el peligro de tomar demasiado color. Seguí adelante, imaginándome cómo reaccionaría mi madre y pensando que también debía soltarme la reddecilla áspera que me ceñía los rizos espesos a la nuca y provocar así un escándalo. Solo que allí no había nadie que pudiera escandalizarse. Los jardines se extendían ante mí, verdes y solitarios, hasta que me aproximé a la casita de campo de estilo sueco que servía de salón de té y vi a una figura familiar, de traje oscuro, que, envuelta en una nube de humo de puro, se paseaba ante ella.

Papá.

Corrí por el césped hacia él, recogíendome la falda a puñados y sin que me importara que se me vieran los tobillos. Él se volvió, sobresaltado, dejando salir volutas de humo por la boca, bajo su bigote nuevo e imponente. Se lo había dejado para parecer más distinguido. A mí me parecía gracioso, pues el cabello castaño y ralo le clareaba en la cabeza; era una pelusa escasa por comparación con aquella mata de la cara. Y por muy futuro rey que fuese,

todavía tenía que salir a fumar al aire libre, pues el olor molestaba mucho a Mamá, que le había suplicado que dejara «aquel vicio repugnante».

—¿Ya habéis terminado? —me preguntó, con una sonrisa que le iluminó el rostro marcado por las preocupaciones. Desde que se había decidido que Papá sería el sucesor de nuestro rey enfermo, había perdido el aire desenfadado, como si ya sintiera el peso de la corona.

—Creo que les faltan horas enteras —dije, arrugando la nariz por el olor penetrante del tabaco que lo rodeaba—. Todavía tienen que ordenar montones de cosas. No ha debido de quedar un solo vestido en Copenhague. Yo me he marchado porque Mamá decía que estaba siendo negativa.

—Ya veo. —Una sonrisa le hizo fruncir los ángulos de los plácidos ojos, de color castaño claro—. Y ¿estabas siendo negativa, Dagmar mía?

Era el nombre con el que prefería llamarme, uno de los varios que me habían impuesto al nacer y el que más me gustaba a mí, pues todos los de la familia, menos él, me llamaban Minnie. Dagmar era un nombre singular que me caracterizaba y era el de una reina consorte legendaria de nuestro país.

Me encogí de hombros.

—No sé por qué tiene que haber tanto alboroto.

Él se rio.

—Tu hermana se va a casar con el hijo y heredero de la reina Victoria. Un día, si Dios quiere, será reina consorte de Gran Bretaña. La mayoría de la gente lo considera cosa digna de alboroto, en efecto.

—Puede que lo sea para Mamá y para la reina Victoria. Por lo que respecta a Alix, todavía está por verse si la cosa es grande o no. —Vi que el gesto de mi padre se ensombrecía—. Solo estoy preocupada por ella, Papá. Parece como si lo aceptara todo sin planteárselo —añadí.

Soltó el humo, se agachó para apagar el puro en el suelo del camino y se echó la colilla al bolsillo de la chaqueta.

—No tiene que plantearse nada. Es una boda muy prestigiosa, fomentada por tu madre y aprobada por la reina Victoria. Alix sabe que debe cumplir su deber.

Esta afirmación me dejó desconcertada. Yo creía que conocía a Alix mejor que nadie; pero no me había detenido a pensar que, en efecto, mi hermana siempre había dado muestras de un sentido del deber ejemplar.

Ella tenía casi tres años más que yo, y nos habíamos criado durmiendo en el mismo cuarto y estudiando juntas. A nuestro hermano mayor, Federico, lo habían enviado a estudiar al extranjero, y el segundo, Willie, estaba en la Academia Militar Danesa, mientras que nuestra hermana menor, Thyra, y nuestro hermano tercero, Valdemar, todavía eran niños. Por tanto, Alix y yo nos habíamos mantenido unidas, en una casa donde siempre había faltado el dinero y que estaba dominada por nuestra madre, que, cuando se reunía toda la familia en las fiestas, derrochaba su atención sobre nuestros hermanos.

A mí me había producido siempre resentimiento lo mucho que atendía a Freddie y a Willie, a pesar de que Alix me decía que era natural, porque una madre valoraba siempre más a sus hijos varones. Yo no entendía por qué, dado que nosotras, las hijas, ayudábamos a llevar la casa mientras los hijos estaban fuera. Pero, a diferencia de mí (a mí me fastidiaban las tareas domésticas inacabables), mi hermana no se quejaba nunca. Por las noches, hablábamos entre susurros, con las manos irritadas por el trabajo, acercando nuestras camas estrechas. Nos prometíamos la una a la otra que un día nos compraríamos una casa propia junto al Sund, con suelos que no fregaríamos nunca nosotras. Tendríamos cien perros y nos pasaríamos las horas muertas pintando, pues a las dos se nos daban bien las acuarelas. Todo aquello había cambiado cuando ella aceptó la propuesta del príncipe Alberto Eduardo. Se convirtió en otra persona. Dejó de ser mi hermana querida y, de pronto, fue la favorita de Mamá, inundada de prácticas de etiqueta, lecciones de baile o pruebas de vestidos, preparándose para hacer una nueva vida en otro país, de la que yo no formaría parte.

—Ya casi no la veo —dije, rehuendo la mirada de mi padre—. Mamá siempre tiene cartas importantes que debe escribir Alix, personas a las que deben visitar o prendas que se debe probar. Me da la impresión de que ya nos ha dejado.

—¿Le has dicho todo esto a ella? —me preguntó él con suavidad—. Puede que esa negatividad tuya le haya hecho pensar que estás enfadada con ella.

Hice otra pausa. ¿Estaba enfadada yo? Me figuré que debía de estarlo. Desde luego que que no me gustaba que hubiera accedido tan de buena gana a aquella boda y que hubiera dejado de ser confidente mía.

—¿Te parece que estoy enfadada? —le pregunté yo.

—Siempre —dijo él, y me dio un pellizco en la mejilla—. Eres nuestra rebelde.

—¡Rebelde! —exclamé—. ¿Porque no quiero que cambie todo? Se nos ha trastornado la vida por completo, Papá. Yo no me esperaba nada de esto.

Él suspiró.

—Me doy cuenta de lo difícil que es para ti y lo siento. Pero el matrimonio es un cambio esencial en la vida, Dagmar. Debemos dejar a nuestros seres queridos para fundar nuestra propia familia. —Hizo una pausa—. Tienes casi quince años. ¿No lo has pensado nunca?

—Claro que sí —respondí; aunque la verdad era que no lo había pensado. Puede que el matrimonio fuera inevitable, pero hasta entonces me había resultado fácil no tenerlo en cuenta—. Pero ¿cómo es posible que Alix se case con una persona a la que apenas conoce? Bertie de Gales vio una fotografía suya y pidió tener una reunión con ella; no los presentaron hasta la Pascua, ¿recuerdas?, cuando fuimos juntos todos a Rumpenheim. Allí estaba la zarina con su hijo mayor; a mí me pareció que a Alix le gustaba el zarévich. Sí que pareció que a Nixa le gustaba ella, mientras que Bertie y ella apenas cruzaron tres palabras. Pero ¿ahora lo quiere lo suficiente para casarse con él?

Ante la falta de respuesta de mi padre, proseguí.

—Tú debías de querer a Mamá cuando te casaste con ella.

—La quería —dijo, y se le suavizó la expresión—. Tu madre era enérgica y decidida. Me enamoré de ella en seguida. Se parecía algo a ti, cuando era joven. Sabía exactamente lo que quería.

No me quise dejar apaciguar. En aquel momento, no me gustó que me compararan con mi madre, que había intrigado para dar un giro total a nuestra existencia.

—Pero antes de conocer a tu madre, intenté ganarme a Victoria —añadió Papá con una sonrisita.

Me quedé atónita.

—¿De verdad?

—No fui el único. Docenas de príncipes lo intentaron. Era el mejor partido de Europa. Y yo, a pesar de mi falta de medios, era bastante arrojado. Le escribí cartas y me ofrecí a visitarla, con la esperanza de ganarme su mano. Por desgracia, me desdeñó, a mí y a varios otros, para casarse con Alberto de

Sajonia-Coburgo y Gotha.

—Y este se murió —gruñí—. Y la dejó viuda para que se metiera en nuestros asuntos.

—Bueno, bueno. No debes culpar a la reina. Es cierto que el hijo del zar manifestó interés por tu hermana; pero Alix no quería vivir en Rusia, pues no habla el idioma.

—En la corte rusa hablan en francés. ¿Te das cuenta? ¡Alix no sabe nada! Y la lluvia tampoco le gusta nada; y, según dicen, en Inglaterra llueve constantemente. ¿Qué va a hacer cuando no pueda salir de su casa sin mojarse?

—Pues tendremos que procurar que se lleve bastantes paraguas —dijo Papá, y me dirigió otra sonrisa—. Sé que esto no es fácil para ti; pero empezar ahora con dudas no servirá para darle seguridad.

Hice un gesto de dolor. Había estado demasiado absorta en mis propios sentimientos, sin pensar en absoluto en los de Alix. Me acerqué más a mi padre, en busca de consuelo, y él me pasó un brazo por la cintura y me dio un beso en la frente.

—Sin sombrero otra vez —dijo—. Tu madre se va a enfadar mucho.

—Que lo sume a su lista de ofensas —repliqué; y a mi padre le sonó la risa en el pecho mientras me guiaba por el camino, rodeándome con el brazo, encerrándome en una sensación de seguridad que me hacía ser consciente de que también tenía miedo de perderle a él. Yo sabía que nuestro rey estaba enfermo y que estaban en marcha apresuradamente los preparativos para confirmar a Papá como príncipe heredero. ¿Cómo sería nuestra vida, con él en el trono y con Mamá de reina, rodeados día y noche de una multitud de cortesanos y de funcionarios?

Me estremecí al imaginármelo. Mi padre me estrechó con más fuerza.

—¿Qué otra cosa te preocupa? —me preguntó.

Me sentí estúpida. Cualquiera otra muchacha habría recibido de buena gana aquel ascenso de categoría, aquella posibilidad de llamarme princesa y de hacer de hija mayor, ahora que mi hermana se marchaba.

—¿Tenemos que mudarnos al palacio de Amalienborg después de volver de la boda de Alix? —le pregunté a mi vez.

—Me temo que sí. El rey Federico me ha otorgado el inmenso honor de ser su heredero; pero la tarea no ha sido fácil. Hemos tardado meses enteros en

llegar a un acuerdo entre todos. Ahora, su majestad se empeña en que debemos vivir de manera acorde con nuestro rango.

Me miró, bajando la vista, pues yo era corta de estatura como mi madre, mientras que Alix era alta y esbelta como él.

—Nuestra casa amarilla no es adecuada para un futuro rey y su familia —prosiguió—. Tendremos este palacio para el verano, y después tú tendrás tus propios aposentos en el Amalienborg. Eso te gustará, ¿verdad? Tener habitaciones propias para hacer lo que quieras, después de haber compartido dormitorio durante tantos años...

—¿Estará allí Thyra? —le pregunté, aludiendo a mi hermana de nueve años, que me seguía de un lado a otro con adoración cuando no estaba haciendo travesuras con nuestro hermanito—. Se instalará allí conmigo en cuanto pueda. A mí no me importa —añadí—. No sabría qué hacer con todos unos aposentos para mí sola.

—Un cambio nada agradable, ¿eh? Pues tendremos que arreglárnoslas como podamos.

Asentí con aire sombrío mientras él buscaba y buscaba algo en su chaqueta. Se disponía a sacar la colilla del puro; pero clavó la vista en el palacio de pronto. Siguiendo su mirada, vi que mi madre nos hacía señas desde una ventana del piso superior.

—Parece que han terminado antes de lo que esperábamos —dijo Papá—. Bueno. Vamos a contemplar el ajuar de tu hermana. Sé amable con ella. Recuerda lo que te he dicho: Alix no es como tú. No se expresa con facilidad. Busca el momento de hablar con ella a solas. Necesita tu apoyo más que nunca. No quiero que estéis reñidas cuando salgamos para Inglaterra.

—Sí, Papá —dije.

Pero no estaba segura de querer escuchar lo que pudiera decirme mi hermana. ¿Y si descubría que no me iba echar en falta tanto como yo quería?

CAPÍTULO 2

Se sirvió la cena en el salón de las arañas. Ahora teníamos lacayos de librea con guantes blancos que nos servían la sopa, el salmón al horno, verduras suculentas, empanadas recién horneadas y decantadores de clarete; un banquete con el que podía haber comido toda nuestra familia una semana entera. Observé que Mamá daba instrucciones a los criados desde su silla con perfecto aplomo, como si llevara toda la vida mandando a multitudes. Mi hermano y hermana menores, Valdemar y Thyra, bien lavados tras sus juegos desenfrenados en el jardín y posados sobre sillas doradas ante la enorme mesa con mantel de lino, estaban apagados, cosa rara en ellos, como si los desconcertara el despliegue de tenedores, cucharas y cuchillos de plata que tenían junto a sus platos.

—El tenedor pequeño es para la ensalada —susurré a Thyra, tocando dicho utensilio—. El más grande es para la carne y el pescado. Se van usando de fuera adentro, ¿lo ves?

Mi hermanita asintió con la cabeza, moviendo el lacito que le adornaba los tirabuzones de color dorado oscuro. Thyra, como yo, tenía los ojos castaños y expresivos y la nariz chata; salía a nuestro padre, mientras que el pequeño Valdemar era rubio, con los ojos grises azulados y la complexión pálida de nuestra madre y de Alix.

Mientras comíamos, Mamá hablaba a Papá en voz baja, sin duda acerca del ajuar y de las disposiciones para el viaje a Inglaterra. Yo apenas la oía, a pesar de que antes, en nuestro palacio amarillo, solíamos mantener debates animados durante las comidas. Era un indicio más de que nuestra vida ya no era la misma; y cuando Valdemar, de cuatro años, anunció de pronto: «¡Yo quiero ir a Inglaterra!», nos sumió a todos en el silencio.

Me llevé la servilleta a la boca para contener una risita.

—A los niños no los invitan a las bodas —le dijo Mamá en tono de reprensión—. Te quedarás aquí con Thyra y con tu institutriz, hasta...

—¡No! —exclamó Valdemar, golpeando la mesa con el puño—. ¡Yo quiero ir!

Mamá echó una mirada a Papá, que parecía a punto de estallar de risa, como yo.

—Cristián, querido, haz el favor de informar a nuestro hijo de que no se pueden tolerar tales arrebatos.

Papá recuperó la seriedad.

—Valdemar, haz caso a tu madre —dijo, intentando adoptar un tono severo.

Mi hermano torció el gesto. Alix le dio unas palmaditas en la mano, murmurando. Valdemar la miró con incertidumbre, y repitió por fin:

—¿Un tren nuevo?

Alix asintió con la cabeza.

—Te lo prometo. Tengo entendido que en Inglaterra hacen unos trenes de juguete preciosos.

Tuve que contenerme para no replicar que también los hacían preciosos en Dinamarca. Teníamos un tren de juguete heredado de mis otros hermanos, que había funcionado de maravilla hasta que un día Valdemar lo había pisoteado, en una rabieta. Entonces, para mi sorpresa, Alix se volvió hacia mis padres y les dijo:

—No sé por qué no puede venir con nosotros. Al fin y al cabo, es mi boda. Quisiera que estuviera allí toda nuestra familia.

¿Quién se lo habría figurado? Era la primera vez que yo le oía expresar una opinión propia. Me erguí más en mi silla, mientras Mamá se debatía contra su sorpresa, incómoda.

—Pero ¡tenemos muchas cosas que atender! Estará toda la familia de la reina Victoria, además de otros invitados importantes. Yo no puedo cuidar de los niños, de ninguna manera.

—Puede cuidar de ellos Minnie —dijo Alix, volviendo la vista hacia mí.

Asentí sin pensarlo.

—Sí. Claro que puedo.

—Bueno. Entonces, queda acordado —dijo Papá, con alivio perceptible, lo que le mereció una mirada severa de Mamá.

Valdemar podría haber soltado un aullido de triunfo si no fuera porque Mamá le lanzó una mirada de advertencia. Se afanó con su plato, desmigajando el pescado al horno hasta que Alix tomó su tenedor para ayudarlo; al mismo tiempo, me dirigió una rápida sonrisa de agradecimiento. Aquello me disipó las dudas. Si ella quería que estuviésemos allí todos, era que debía de albergar dudas. Tomé la resolución de buscar el momento de hablar con ella.

Después de la cena, mandaron a Valdemar y a Thyra a acostarse, en el piso superior, a pesar de sus protestas, mientras los demás nos reuníamos en el salón. Papá se sirvió un coñac y mamá tomó su labor de bordado. Mientras enhebraba la aguja, dijo:

—Minnie, tócanos algo.

En el palacio había un piano grande, muy distinto del pianoforte decrepito que teníamos en la casa amarilla; pero cuando me senté en el taburete y me puse a tocar, me sentí absolutamente torpe. Fallaba una nota tras otra; tenía la cabeza puesta en Alix, que estaba sentada junto a la ventana, mirando al exterior, mientras caía la penumbra en los jardines.

—Minnie, ¿eso que estás destrozando es de Haendel? —comentó Mamá, irritada. Mis manos se detuvieron.

Alix se volvió hacia la sala con un suspiro.

—Ha sido un día muy largo. Creo que me voy a retirar —dijo.

—¿A estas horas? —dijo Mamá—. Pero ¡si todavía no es de noche siquiera!

Pero Alix se acercó a ella y a Papá para darles sendos besos en las mejillas. Cuando se dirigió a las puertas del salón, me puse de pie de un salto.

—Voy contigo —anuncié; y salí al pasillo tras Alix antes de que Mamá hubiera tenido tiempo de hacerme volver.

Alix no dio muestras de advertir que la seguía hasta que le toqué una manga. Sobresaltada, se detuvo. Leí en su expresión de recelo que ya sabía lo que le iba a decir yo.

—¿Estás demasiado cansada para hablar conmigo? —le pregunté.

Ella sonrió.

—Me preguntaba cuándo me lo ibas a decir.

—Podías haberlo dicho tú también —dije a mi vez; pero me mordí el labio,

arrepentida de haber empezado con un comentario agrio—. Supongo que has estado demasiado ocupada.

—Totalmente. No tenía idea de que costara tanto esfuerzo organizar una boda. Como tenga que ver un vestido o un sombrero más... —Me miró a los ojos—. ¿Subimos a mi cuarto?

—No —dije, impulsiva. Ella ya tenía cuarto propio. Yo no quería contemplar los montones de cosas nuevas que se iban a enviar a Inglaterra—. Vamos a hablar en la galería.

La galería era un pasadizo espacioso, con losas blancas y negras, que recorría toda la extensión de la fachada del palacio que daba al jardín. La encontramos sumida en tinieblas; las plantas, como bestias emplumadas en sus jardineras de porcelana, se cernían sobre los muebles de mimbre blanco que yo destestaba porque siempre me enganchaba los vestidos en alguna parte de su estructura, y...

Alix interrumpió mis titubeos.

—Puedes sentarte. Si te haces un descosido, puedes hacer que te lo arreglen. Se acabó el coser a la luz de las velas; ahora tenemos a otros que nos cosen la ropa.

Me dejé caer en la butaca más próxima, en son de desafío. No entendía si se estaba burlando de mí.

—Supongo que te gusta tener criados —le dije.

—¿Por qué no me iba a gustar? —repuso ella, sentándose ante mí—. Resulta refrescante no tener que padecer uñas rotas y pinchazos de agujas en los dedos. ¿No te gusta a ti? —me preguntó, devolviéndome la mirada.

Yo me encogí de hombros.

—Los criados hablan. Tienen ojos y oídos. Preferiría que cada momento de mi vida no fuera tema de chismorreos en los cuartos de servicio.

Alix bajó la vista y jugueteó con el encaje de su manga.

—Pareces enfadada, Minnie.

—¿Ah sí? —Me molestó que Alix repitiera lo mismo que me había dicho Papá—. Quizá tenga buenos motivos.

Ella alzó la vista. Entre las sombras de la galería, sus ojos parecían inmensos en su rostro ojeroso.

—¿Qué motivos? —me preguntó.

Yo quería protestar, decir que estaba enfadada porque ella se casaba con una persona a la que no podía tener ningún afecto; porque sabía que era culpa de Mamá, que había obligado a Alix a hacer su deber. No sabía por dónde empezar y dije, sin pensarlo:

—¿Por qué dijiste que sí?

Ella guardó silencio; no apartó la vista, pero volvió a aparecerle en la mirada aquel distanciamiento. Aquello me animó a añadir:

—No es posible que lo quieras. Apenas lo conoces.

Ella me respondió con tono comedido.

—¿Crees que habría accedido a casarme con él si no me hubiera parecido adecuado? No —dijo—. Todavía no lo conozco, ni sé si me hará feliz. Pero ha pedido mi mano y me hará princesa de Gales. Lo consideraré con mucho cuidado antes de dar mi consentimiento.

—¿Tu consentimiento? ¿O el consentimiento de Mamá? Alix, yo siempre creí...

—¿Qué? —dijo ella—. ¿Qué es lo que siempre creíste?

Desconcertada ante su seriedad, me faltaron las palabras.

—No... no lo sé. Solo creí que las dos nos casaríamos cuando nos enamorásemos, como hicieron Papá y Mamá.

Alix sonrió. Aquel fruncimiento sutil de su boca me desgarraba, tan estoico y resignado, como cuando tenía que hacer frente a uno de nuestros montones interminables de ropa por zurcir.

—Minnie, ya no somos niñas ni esperamos que el señor Andersen nos cuente cuentos a la hora de dormir. Papá será rey. Debemos casarnos de una manera que honre a nuestra patria. Aunque Dinamarca no sea una nación poderosa, tenemos enemigos, y el más importante es Prusia. A ese demonio de Bismarck no le agradó que eligieran a Papá como sucesor al trono, en lugar del candidato que prefería él. Ya pasó el tiempo de los cuentos de hadas.

—¿Cuentos de hadas?

Había alzado la voz. Me interrumpí y respiré hondo para calmarme. Mi hermana, tan responsable, que no había prestado nunca atención al mundo exterior, hablaba de pronto como un diplomático.

—Esto no es una cuestión de cuentos de hadas —proseguí—. El zarévich... ¿no crees que casarte con él nos traería más honra? Yo diría que el imperio

ruso es más poderoso que el británico. Y Nixa te quiere.

—¿Que me quiere? —Su voz tenía un matiz de risa—. Nixa Romanov no me quiere.

—¿No? Bueno, pues lo aparentó muy bien. Vi cómo te miraba en Rumpenheim, donde conociste al soso de Bertie de Gales. Nixa apenas hablaba con nadie, solo contigo. Papá me dijo que le habría pedido tu mano, pero que tú habías dicho que no podrías vivir en Rusia porque no hablas el idioma. Alix, en la corte de los Romanov hablan francés. Tú hablas el francés mucho mejor que el inglés.

—Si dije eso, fue para sacar a Nixa del apuro. Solo me iba a pedir en matrimonio porque se lo había mandado su padre. El zar Alejandro no quiere que su hijo se case con una prusiana.

—Tú no eres prusiana.

—No. Pero Nixa no me quería a mí. —Se me quedó mirando con una franqueza que me desazonaba—. ¿Es posible que no tengas idea, de verdad?

De pronto, sentí que me faltaba el aire. Cuando su mano tocó la mía, estuve a punto de retirarla bruscamente.

—Cuando estábamos en Rumpenheim, a la que no dejaba de mirar era a ti —siguió diciendo—. Estaba embelesado. Cuando estuvo hablando conmigo, lo único que hizo fue preguntarme por ti. Quiso pedir tu mano, solo que Papá no lo consintió. El zar había enviado a su hijo a que me cortejase a mí. Lo único que hice yo fue salvar la situación para todos dejando claro que no estaba interesada.

La miré fijamente; fue una de las pocas veces en mi vida que me quedé sin habla.

Ella me dio unos golpecitos en la mano.

—Ay, Minnie. ¿Tan ciega eres? Todo el mundo lo notó. Hasta el soso de Bertie, como lo llamas tú, comentó que Nixa se estaba comportando como un mozalbete enamorado.

Volví en el recuerdo a los días que habíamos pasado en Rumpenheim. Recordé los paseos a caballo matutinos y tonificantes; los almuerzos perezosos en los pabellones de los prados del castillo; los bailes y las partidas de *whist* en las veladas. Pero, por mucho que lo intentaba, no evocaba un recuerdo sólido del príncipe heredero ruso. Era difuso; una figura

imprecisa con botas relucientes. Yo conocía a su madre, la zarina, desde hacía años. Había nacido princesa de Hesse-Darmstad, de la rama dominante de la familia de mi madre; pero la emperatriz María Alexandrovna me había parecido siempre bastante imponente, con su rostro de patricia y sus ojos tristes aunque penetrantes, que daban la impresión de condenar en silencio nuestro atuendo andrajoso, mientras ella iba abrigada con martas cibelinas que nosotros no podríamos permitirnos jamás. Pero Mamá y ella se carteaban con regularidad, y la emperatriz siempre nos convocaba cuando pasaba por Alemania o por Dinamarca, camino de sus vacaciones anuales en Niza. Así habíamos conocido a su hijo mayor, Nicolás, o Nixa, como lo llamaban, en aquellas ocasiones, cuando la acompañaba. Para mí no había sido más que un chico más; cortés y privilegiado, poco dado a las familiaridades. De hecho, yo no recordaba que me hubiera prestado ninguna atención. Y cuando estuvimos en Rumpenheim, yo me había centrado tanto en su interés por Alix que, al parecer, no había llegado a mirarlo a él. No me gustaba no haberme dado cuenta de lo que habían visto todos los demás, según decía ahora mi hermana.

—No seas absurda —dije—. No me querría a mí si te pudiera tener a ti.

Alix retiró la mano.

—Esto no es un concurso. Se enamoró de ti. Si se marchó de Rumpenheim sin pedir tu mano fue por que Papá no quiso que te metiera ideas en la cabeza sin que el zar hubiera aprobado antes el proyecto. Nixa Romanov no será nunca mi esposo. Pero puede ser el tuyo —concluyó, como afirmando un hecho irrefutable.

Yo estaba tan desazonada que no supe qué decir.

—Debes pensártelo —dijo Alix—. Nixa parecía decidido y aseguró a Papá que la zarina será favorable al proyecto, como también lo será Mamá. Y es posible que el zar Alejandro lo apruebe, en vista de que tú tampoco eres una princesa prusiana.

—¡No soy princesa de nada! Ni siquiera han coronado aún a Papá.

—Ya somos princesas para el mundo. —Había en su tono algo que me produjo un escalofrío—. Tienes que hacerte mayor ya, Minnie. Tienes que ver el mundo tal como es, no como a ti te gustaría que fuera. Como hijas del rey de Dinamarca, nos buscarán como esposas de reyes.

—A ti no —le recordé—. Tú ya eres de Bertie de Gales.

—Lo soy —dijo. Se puso de pie entre crujidos de seda gris—. Mi futuro está decidido. Pero el tuyo no lo está. Debes decidir con prudencia. Escucha a tu corazón; pero piensa también con la cabeza. Puede que el amor lo pueda todo en los sonetos; pero el amor no es necesariamente lo que nos dará seguridad.

Alcé los ojos hacia ella, clavada en mi asiento. Aquello era lo que menos esperaba oír de sus labios.

—¿Seguridad? —repetí en voz baja—. ¿Has elegido a Bertie por... seguridad?

—Entre otras cosas. Aunque Nixa hubiera pedido mi mano, yo le habría dicho que no. Es cierto que no quiero vivir en Rusia. No soy como tú; no tengo naturaleza aventurera. —Hizo una pausa—. ¿Sigues enfadada conmigo?

—No he estado enfadada contigo nunca —susurré.

Ella volvió a sonreír, aunque esta vez su sonrisa estaba cargada de paciencia.

—Ah, sí que lo estabas. Creo que bastante enfadada. No debes estarlo. Seguimos siendo hermanas. Siempre te querré, por encima de todo.

Quise abrazarla. Hice ademán de ponerme de pie, con las lágrimas asomándome a los ojos, abrumada por lo que me había contado, por mi propia ignorancia de las intrigas que pretendían atraparnos, como una máquina invisible que funcionaba en secreto y con eficiencia para sembrar el caos en nuestras vidas.

Alix retrocedió antes de que yo hubiera tenido tiempo de tocarla.

—Ahora no —dijo, con voz velada por la emoción—. Tendremos tiempo suficiente para despedirnos. Pero todavía no.

Se marchó de la galería. Cuando desapareció en el interior del palacio, por la escalera que subía a su cuarto, yo no me rendí al frío que sentía dentro.

Estaba perdiendo a mi hermana, por seguridad. Perdida en la inmensidad de esta idea, no llegué a pensar de nuevo en la revelación de que el heredero de los Romanov podía aspirar a casarse conmigo.

CAPÍTULO 3

Regresamos a Copenhague y a nuestro palacio amarillo, a sus sillones hundidos cubiertos de chales para disimular el relleno de crin que se les salía por los lados; a los cuartos que olían a humedad, con acuarelas enmarcadas pintadas por nosotras, y a los cortinajes desvaídos que habíamos lavado incontables veces y que reparábamos nosotras mismas.

Con todo lo que me alegraba de volver a casa, la nostalgia me fue invadiendo con el paso de los días. Aquel palacio por el que habíamos correteado de niños había empezado a esfumarse como un fantasma, desvaneciéndose en sus propias paredes fatigadas a medida que el futuro impregnaba cada vez más nuestro presente.

Alix y Mamá eran inseparables; se encerraban juntas durante horas enteras, revisando detalles de su ajuar o visitando a matronas aristocráticas que habían descubierto de pronto que existíamos y solicitaban dar una comida en honor de la futura princesa de Gales. Papá también solía estar ausente; asistía a la corte a petición del rey enfermo y me dejaba a mí para que pasara el rato con los pequeños sin hacer nada, pues las tareas domésticas que antes ocupaban mi tiempo las realizaban ahora nuestros nuevos criados.

Evitaba caer en una franca melancolía leyendo en voz alta nuestros libros de cuentos descabalados o jugando con mi hermanito y mi hermanita. Pero no dejaba de preocuparme por cómo les iría a ellos, tan pequeños y a punto de verse catapultados a la atención pública, como miembros de una familia real. Yo quería protegerlos, pero no podía hacer nada: apenas podía protegerme a mí misma. Me quedaba despierta por las noches, trazando planes de fuga fantasiosos. Disfrazados, nos embarcaríamos para ir a las colonias (yo no sabía a qué colonias), y allí seríamos gente corriente (no tenía idea de qué haríamos). O bien, Papá caería en la cuenta de que no quería ser rey y

rechazaría la corona, devolviéndonos a la vida tal como la habíamos conocido; porque la reina Victoria no querría entonces que Alix se casara con su hijo, y...

Podría haberme reído de mis propias ilusiones si no hubiera sabido lo que tenía por delante. Y cuando cayó en Dinamarca el invierno, el mes de marzo de 1863 y la partida de Alix se fueron acercando cada vez más, y las ráfagas de viento y de nieve susurraban su inevitabilidad.

Entonces, de pronto, se nos acabó la tregua. Antes de que yo hubiera sido capaz de ordenar mis ideas, la casa estalló en un caos; se recogían baúles para llevarlos al barco; Mamá se paseaba de un lado a otro vociferando órdenes a las doncellas agobiadas, que cubrían con sábanas el mobiliario, como amortajando nuestro palacio. Ya era un fantasma, en efecto.

—¿Tienes miedo? —susurré a Alix la noche antes de nuestra partida, después de haber esperado, acostada, horas enteras a que Mamá saliera del cuarto de ella para que pudiésemos pasar un rato a solas.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a estarlo?

Pero sí tenía miedo. Yo se lo notaba en los labios contraídos y en el modo en que erguía la cabeza cuando subimos a nuestro tren para Bruselas, donde embarcamos en el yate real de la reina Victoria, que lo había enviado expresamente para nosotros. Nuestros compatriotas daneses se apiñaban en los muelles para despedirla, saludándola con la mano y gritando su nombre. Yo tuve que morderme los labios para no echarme a reír. Nadie nos había aclamado hasta entonces por nuestros nombres; aquello parecía ridículo.

Mi diversión se convirtió en asombro cuando llegamos a Inglaterra.

Allí recibieron a Alix con gran pompa. Aunque la lluvia de principios de marzo nos caía encima como cuchillos fríos y nos hacía temblar con nuestra ropa nueva (que había tenido un coste considerable, como no dejaba de recordarnos Mamá), miles de súbditos de la reina Victoria se agolpaban a lo largo de la ruta hasta Londres, aclamando a Alix, que iba en su carruaje cubierto. La acompañaban Mamá y Bertie, que nos había recibido con una sonrisa sardónica en los labios cubiertos por su bigote; y yo aprecié una clara huella de perfume femenino en su levita.

Yo, que iba con Papá en el carruaje que seguía al de mi hermana, aparté la

vista de los británicos que nos aclamaban, y que parecían inmunes al chaparrón helado todos ellos, y miré a mi padre.

Él formó con los labios la palabra «paraguas» y me hizo contener la risa una vez más.

Paraguas, en efecto. Alix los iba a necesitar a docenas.

Tomamos un tren en la estación de Paddington. Cuando llegamos al castillo de Windsor pasaba de la medianoche. Después de un nuevo desplazamiento en carruaje hasta el castillo, retrasado por la presencia de más multitudes fervorosas que querían llegar a ver a su nueva princesa, yo tenía los pies helados y las manos hechas carámbanos bajo mis guantes nuevos de becerro; aunque apenas advertía la incomodidad cuando nos apeamos, tambaleantes, de nuestros carruajes para entrar en el castillo.

Lo que sentía era, más bien, inquietud ante la perspectiva de verme ante la reina. Victoria era famosa en todo el mundo. Había llegado al trono con dieciocho años y bajo su reinado los británicos habían emprendido una expansión implacable de sus dominios, anexionándose la lejana India y dando lustre a su corona. Pero su feliz matrimonio con el príncipe Alberto, con quien había tenido nueve hijos, había quedado roto por la muerte temprana de este, que había puesto de luto a todo su imperio. A pesar de nuestro aislamiento, yo misma había tenido noticias de su duelo desgarrador, y mi madre había observado que, si hubiera dependido de la propia reina, se habría hecho enterrar con él. Me la imaginaba como una diosa antigua: severa, inflexible, vestida de negro; y la primera imagen que tuve de ella no hizo más que confirmármelo.

Estaba de pie en el zaguán de entrada, rodeada de sus cortesanas, una colección de faldas anchas y tocados con volantes. Ella no destacaba porque fuera de negro (todas vestían con matices diversos de aquel tono sombrío), sino porque su dominio silencioso llamaba la atención inmediatamente. No era alta; de hecho, era mucho más baja de lo que me había figurado yo; pero nadie podría haberla tomado por otra persona distinta de lo que era. Victoria Regina estaba plantada como si el mundo girara a su alrededor, no como si ella se moviera con el mundo.

Subiéndose el velo que le ocultaba los rasgos (evidentemente, no se había quitado aún el luto), nos miró fijamente con sus ojos acuosos y dijo por fin:

—¿Dónde os habíais metido?

Se hizo el silencio. Yo me pregunté dónde creía ella que nos habíamos metido, hasta que intervino su hijo Bertie, que dijo:

—El pueblo.

Tras asentir levemente con la cabeza, como si aquella explicación bastara, la reina dirigió la mirada a Alix. Antes de que mi hermana tuviera tiempo de hacer una reverencia que llegaba tarde, Victoria la envolvió en un abrazo.

—Ya estás aquí por fin —dijo, como si la espera de la llegada de Alix la hubiera estado consumiendo.

Todos le hicimos reverencias. Mientras la reina se aferraba a mi hermana, yo tuve que volver los ojos para no ver aquellos brazos regordetes, cubiertos de negro, que envolvían a Alix como alas de cuervo.

Victoria se aferró a Alix tanto tiempo que temí que la ahogara. Cuando se apartó, a la reina le brillaban lágrimas en los ojos, mientras nos regañaba:

—Habéis llegado muy tarde. Servirán la cena antes de una hora. Os recomiendo que subáis a vuestras habitaciones a cambiaros. Yo no podré acompañaros; esta espera me ha dejado agotada. Os veré mañana.

Y, dicho esto, la reina se volvió y se marchó, seguida de su colección de cortesanas fúnebres, junto con una manada de perros de aguas de docilidad sorprendente.

Alix volvió la cabeza para mirarme. No parecía asustada. Parecía resignada.

* * *

La semana siguiente estuvo llena de actividades previas a la boda. Yo no podía acercarme a Alix en público; estábamos rodeados de centenares de personas y la reina misma era el centro de atención alrededor del cual debíamos girar todos los demás. Pero advertí que Alix y Victoria desarrollaban una afinidad inconfundible. La reina no era dada a las manifestaciones de afecto; pero durante la cena, o tomando el té, o durante alguno de sus paseos interminables por los jardines, acompañada de aquellos perros de aguas que nunca se alejaban mucho de ella, ponía los dedos sobre el brazo de Alix sin más, con un gesto maternal, posesivo, que daba a entender

que, por lo que a ella se refería, mi hermana ya pertenecía a Gran Bretaña, como todo lo demás a lo que la reina pusiera su nombre.

Y aquello no aliviaba en absoluto mi indignación.

A Papá prácticamente no le hacían caso; lo trataban como a un invitado de poca importancia, a pesar de que era el padre de la novia, heredero de nuestro rey, y duque de Schleswig, Holstein y Lauemburgo, en título, aunque no lo fuera en la práctica. Yo me preguntaba si los tiempos en que había cortejado en vano a Victoria eran un mal recuerdo para la reina. Esta solo se dignaba hablar con él cuando lo exigía el protocolo; y, como el protocolo lo establecía ella, hablaban pocas veces. Mamá estaba demasiado ocupada como para ofenderse, atendiendo minuciosamente a Alix cuando tenía ocasión y persiguiendo a Thyra y a Valdemar, que se escapaban de mi vigilancia poco estricta para corretear por el castillo, jugando al escondite con los hijos de la hija de Victoria, Vicky, princesa real de Prusia, sobresaltando a los criados y arrancando sonidos metálicos a las armaduras vacías en sus hornacinas.

Un día despejado (todo lo despejado que podía ser un día en Inglaterra) salimos a montar a caballo. Papá era jinete experto desde sus tiempos en la Guardia Montada Danesa, puesto que había ejercido para poder sustentarnos a todos con su modesto sueldo hasta que se había convertido en heredero del rey. Se había empeñado en que aprendiésemos a montar todos de niños; a Alix le gustaban los caballos pero prefería las yeguas tranquilas, mientras que yo no tenía tales miedos. Para mí no había nada tan emocionante como ir a caballo, la sensación de poder y de velocidad que me daba. Era lo más parecido a volar que yo podía disfrutar y fui a la excursión con energía, sumándome a los caballeros y a las damas para dar un paseo en el exterior del castillo, en uno de los muchos corceles de los establos reales. Vi con orgullo que Papá hacía buen papel, y hasta arrancó a Victoria unas palabras de alabanza al exhibir ante ella, en el patio, su habilidad ecuestre.

Pero yo tenía que improvisar un vestido de amazona. A nadie se le había ocurrido que yo tuve que mostrar mi habilidad a caballo; y, como no tenía la gorra adecuada, me limité a recogerme el cabello en una redecilla y me atreví a hacer frente así a las miradas de asombro de la reina.

Victoria no montaba y se retiró a su gabinete; pero su hijo mayor, Alfredo, de dieciocho años, sí. Había estado acechando en un segundo plano. Era un

joven de labios gruesos, con los ojos azules tibios de su madre y cara de desagrado constante. Parecía que todo lo ofendía, salvo la comida y la bebida, que consumía en cantidades prodigiosas. Se las arregló para cabalgar a mi lado; golpeó mi pierna con la suya e hizo que mi caballo tirara del bocado.

—¿Estás disfrutando de la fiesta? —dijo, mirándome con lascivia. Como yo no sabía bien a qué fiesta se refería, sonreí y metí espuelas para alcanzar a Alix y a Bertie. A pesar de mis primeros recelos, mi futuro cuñado empezaba a caerme bien. Bertie, hombre viajado y cosmopolita, había manifestado hacia Alix una amabilidad que me daba a entender que, aunque no estuviera más enamorado de ella que ella de él, al menos estaba decidido a cultivar un respeto mutuo.

Regresamos al castillo bastante más animados, gracias al aire libre. Cuando me dirigía a mi cuarto a cambiarme para tomar el té (rito solemne en el que Victoria exigía la presencia de todos), me salió al paso una de sus fúnebres cortesanas, que estaban en todas partes.

—Su majestad desea verla.

Una audiencia privada era una cosa muy infrecuente; pero tampoco me cabía la posibilidad de pedir un momento para arreglarme. Cuando la reina te llamaba, tenías que ir. Pasándome una mano por la falda arrugada, y avergonzada por el olor a caballo que llevaba en los dedos, seguí a la dama por los pasillos de Windsor, adornados con tapices, hasta que llegué a un gabinete con las paredes revestidas de madera. Después de dar un golpecito en la puerta, la dama me dejó abandonada ante el umbral.

—Puedes entrar —dijo en voz alta la reina.

Pasé a una sala muy fría en la que veía la condensación de mi aliento.

Aunque había chimenea, esta estaba vacía y limpia. La sala estaba sobrecargada, como el resto del castillo, donde se acumulaban los objetos diversos sin un propósito apreciable; había piezas medievales de gran valor junto a mesas llenas a rebosar de daguerrotipos con marco de plata o de figuritas de porcelana; las paredes estaban abarrotadas de cuadros ahumados y en los rincones se amontonaban los bustos de mármol o los libros.

Estaba sentada tras su escritorio, con un montón de papel y con la pluma en la mano. Yo había oído decir que era una escritora de cartas muy activa y que se pasaba horas enteras cada día redactando misivas para sus parientes e

instrucciones para los gobernadores en lugares remotos de su imperio. Cuando entré no levantó la vista y me dejó estrujando entre las manos los guantes y la redecilla que me había quitado, hasta que dijo por fin:

—Me dicen que te manejas muy bien a caballo.

—Gracias, majestad.

¿Debía hacer una reverencia ante el cumplido? Me dolían las piernas de montar. Si hacía la reverencia, ¿hasta dónde debía bajar antes de erguirme de nuevo dolorosamente?

Su pluma rascaba el papel.

—¿Sueles montar de esta manera?

—Sí, majestad. En Dinamarca procuro montar todo lo que puedo...

—No —dijo, levantando la vista y dirigiéndome una mirada penetrante—.

De esta manera.

Al principio no entendí lo que quería decir. Después, cuando bajó los ojos, lo comprendí.

—No tenía gorra, majestad.

Contuve el impulso de alisarme con las manos los rizos desordenados.

—Eso parece.

Siguió escribiendo. Por fin, echó arenilla secante sobre la carta y dijo:

—Podías haber pedido una. Estoy segura de que podríamos haberte proporcionado una gorra, Dagmar.

—Minnie —dije yo; y, cuando caí en la cuenta de que la había corregido, pensé que debía de estar loca—. Sólo me llama Dagmar mi padre.

—¿Ah, sí? —Su expresión era inescrutable—. ¿Te estima mucho?

¿Qué pregunta era aquella? ¿Que si *me estimaba*?

—Es mi padre, majestad. Quiere a su familia. Y nosotros lo queremos a él.

Le recorrió el rostro una cierta pesadumbre. Me dieron ganas de arrancarme la lengua con los dientes. Un marido, padre amoroso de sus hijos... lo que había perdido ella.

—Así debe ser.

Se puso de pie y se dirigió a un juego de butacas tapizadas que estaban ante la chimenea apagada.

—Ven. Siéntate conmigo. Quiero que hablemos más.

Me senté junto a ella. La butaca me parecía enorme y me tragaba entera; el

cojín estaba helado. ¿Cómo era capaz de pasarse todo el día en ese escritorio, en una habitación que podría servir para conservar carne fresca?

—Alfredo me ha dicho que montas como una inglesa —dijo.

Sonreí, suponiendo que se trataba de otro cumplido. Para ella, los ingleses debían de hacerlo todo mejor que nadie.

—Y dice que lo estás pasando bien aquí —prosiguió—. ¿Es así?

¿Dudaba de la palabra de su hijo? ¿O quería poner a prueba mi agradecimiento a su hospitalidad? Recordando el poco aprecio que había demostrado a mi padre, me dominó la desconfianza. Pero la contuve, y me limité a decir:

—El país es hermoso, Majestad; pero la verdad es que llueve bastante.

—La lluvia es sana. Para el cuerpo y para el campo.

—Sí; es cierto.

Aquello era una pesadez. ¿Me había convocado a una audiencia privada para comentar mi falta de sombrero adecuado y aquel tiempo insoportable? A ese paso, no iba a llegar a mi cuarto con tiempo para lavarme, cambiarme y volver a su inmenso salón para asistir al té obligatorio.

Sin previo aviso, me dijo:

—Alfredo está muy impresionado contigo. Estoy segura de que no te habías fijado. Pero has de saber que, no hace mucho tiempo, pensé en ti como esposa para él.

¿Lo había pensado? Aquello me sorprendió casi tanto como el que Alfredo estuviera impresionado conmigo, pues yo no me había fijado. Y, aunque me hubiera fijado, no podía reconocerlo ante ella. Para ella, una dama como es debido no debía observar nunca el interés de un caballero. Pero al recordar el comentario de Alfredo, con su mirada de lascivia, estuve a punto de alzar los ojos al cielo. Si era así como manifestaba interés su hijo, a este le quedaba mucho que aprender. No obstante, aquella revelación, que ella había esperado a soltarme en privado, me dejó atónita. ¿Acaso no le bastaba con apoderarse de mi hermana como se había apoderado de la India? ¿Se pensaba que las princesas danesas venían a pares, como los zapatos o los guantes?

—Quiero oír tu opinión —dijo, con leve tono de reproche—. Me temo que ahora no sería un partido adecuado; pero de tu respuesta dependerá si opto por hablar con tu padre. Es importante para mí, es *vital*, que nadie se case en

contra de su voluntad.

Yo dudaba que mi voluntad tuviera algún peso en la cuestión. Aunque las princesas danesas vinieran a pares, ella podría elegir entre otras muchas novias para su hijo. Tragando saliva con la garganta seca por el frío, respondí:

—No conozco en absoluto a su alteza, majestad.

—Eso tiene remedio. Podrías quedarte con nosotros algún tiempo después de la boda, de huésped nuestra. A tu hermana le encantaría. He puesto Sandringham y Marlborough House a disposición de Bertie, de modo que habrá sitio de sobra. Cubriré todos tus gastos, naturalmente.

—¿Mis gastos? No estamos tan empobrecidos, majestad. Mi padre será pronto rey de Dinamarca.

Había dado salida a mi indignación antes de poder controlarla. En el silencio de plomo que se produjo a continuación, vi que ella alzaba levemente las cejas rubias casi invisibles.

—Tienes carácter —dijo ella—. Yo era en tiempos una muchacha con energía. Podría decirse que con demasiada energía.

Un velo oscuro le cubrió de nuevo la mirada, se le metió en los ojos y le hundió las comisuras de los labios. La muerte de su amado Alberto la asediaba.

—Majestad, vuestra consideración me honra; pero ahora que mi hermana vivirá tan lejos de nuestro país, no quiero infligir otra pérdida semejante a mis padres.

—Pero toda muchacha se debe casar.

Me contempló con una expresión impasible, como si nada pudiera afectar a su semblante, ni siquiera una franca negativa. Cuando no respondí, dijo:

—Sí. Demasiada energía con mucho, me temo. Y con una fuerza de carácter en consonancia. Muy bien. No volveremos a hablar de esto. Debes marcharte ya, no vayas a llegar tarde al té.

Hice una reverencia y me dirigí a la puerta. Ella no se movió de su butaca y siguió mirando la chimenea vacía. Pero cuando me disponía a marcharme le oí decir:

—Compadezco al hombre que se case contigo, Dagmar de Dinamarca. No serás fácil de domar.

Aquello parecía una acusación. Y me agradó.

Entré discretamente en el cuarto de Alix después de otra cena formal, de aquellas que Victoria dominaba por completo, como sus tés: una ceremonia solemne, amenizada por platos bañados de salsas marrones y por conversaciones inocuas entre el tintineo de las copas de cristal de roca y de los tenedores de plata.

Mi hermana estaba sentada en la cama, en bata, con los cabellos sueltos, contemplando con desconcierto el elaborado vestido de novia que estaba puesto en un maniquí, en un rincón. Era una fantasía de encajes blancos de Honiton y seda plateada, adornado de azahares de seda. Junto a ella había un cofrecillo abierto con sartas de perlas, una diadema de diamantes y otras joyas que debía llevar en la ceremonia, tal como había ordenado la reina.

—Mira esto —dijo, tomando un colgante tachonado de piedras preciosas—. ¿Lo reconoces?

Lo miré con atención.

—¿Es la Santa Cruz de Dagmar? —le pregunté con incredulidad.

—Una reproducción —dijo Alix—. Pero es idéntica al original en todos sus detalles. Me la ha enviado como regalo el rey Federico. Quería asistir a la boda, pero su majestad se opuso.

Claro que Victoria se opuso. Era natural que nuestro rey sin hijos y su actual amante, una mujer plebeya sin una gota de sangre real, no fueran bienvenidos. Pero aquella reproducción de la joya del siglo XIII que se veneraba en Dinamarca era hermosa. Extraordinaria, de hecho, y más valiosa que nada que hubiésemos tenido nunca ninguna de los dos. Mi hermana se disponía a vivir sumida en el lujo, aunque se arriesgara a pasar frío de por vida, pues al parecer Victoria no estaba dispuesta a aceptar que las chimeneas estaban para usarlas y abría las ventanas de par en par allí donde estuviera, para que entrara el sano aire de Gran Bretaña.

—Es un poco ogra, ¿no te parece? —dije, pasando los dedos por los delicados remates de encaje de su vestido de novia, que parecían al tacto merengue picado—. Tiene aterrorizados a todos. ¿La has visto esta noche en la cena? —Puse voz grave para imitar el tono quejumbroso de Victoria—. «Alfredo. Basta de vino. Tenemos otros invitados que también quieren probarlo. Vicky, haz el favor de que ese niño no ponga los codos sobre la mesa. Bertie, ¿es necesario que hables de la India? Estamos comiendo. No

quiero oír hablar de colmillos de elefante». Desde luego que sabe tener a raya a su tropa.

Alix frunció el ceño.

—Es su madre. Es lo que debe hacer una madre.

Parecía irritada. Yo pensé que estaría molesta porque yo no había vigilado más de cerca a nuestros hermanos menores, como había prometido; sobre todo, después de una de sus correrías por el salón en la que habían pisado al perro de aguas favorito de Victoria, que había soltado un aullido. Dije:

—No echarás de menos a Mamá. La reina habla igual que ella, aunque Mamá es más guapa.

—No debes decir esas cosas —dijo Alix; aunque le asomó a la cara una sonrisa—. Hoy te ha llamado a tener una audiencia privada con ella. Es inusitado; todo el mundo hablaba de ello. Alfredo fue a hablar con Bertie más tarde. Parecía disgustado.

—¿Cómo lo sabes? Parece disgustado siempre. Debe de ser por su digestión. Come demasiado.

Alix se rio por lo bajo, para mi alivio.

—Desde luego. Será obeso antes de cumplir los treinta. ¿Te preguntó la reina por él?

—La verdad es que sí —dije, dirigiéndole una mirada incisiva—. Me dijo que Alfredo estaba impresionado conmigo, y que ella había pensado en mí como esposa para él, pero que no creía que fuera un partido adecuado. —Hice una pausa—. ¿Le has dicho tú lo de Nixa?

—¿Que está interesado por ti? No. Ella solo sabe que yo lo rechacé. Me dijo que había sido muy razonable por mi parte. Cree que Rusia es una tierra bárbara, demasiado dura para las esposas extranjeras.

—Debe decirlo por las esposas danesas. Los Romanov se han casado con muchas alemanas hasta ahora y ninguna se ha muerto por su barbarismo, que yo sepa.

—Quizá esté preocupada por ti —dijo Alix.

—¿Por qué debería estarlo? No es asunto suyo con quién me case yo. Y si a Alfredo le intereso tanto, debería habérmelo dicho él a mi. En vez de a su madre.

—Dudo que ella esperara que él manifestara algún interés —dijo Alix, e

hizo una pausa—. Si hubieras dicho que sí, podrías haberte quedado aquí conmigo.

Aquello me sorprendió.

—¿Era lo que querías? —le pregunté—. ¿Es que tienes dudas, ahora que estás aquí?

Estuve a punto de añadir que, después de haber conocido a Victoria, yo tendría dudas, desde luego.

—No las tengo. Pero recuerda lo que te dije: escucha a tu corazón...

—«Y piensa con la cabeza». No se me ha olvidado.

Nos miramos mutuamente; la corta distancia que nos separaba parecía de pronto demasiado amplia, casi insuperable.

—No sé qué voy a hacer sin ti —dije por fin, bajando la vista—. Nunca volverá a ser lo mismo, ¿verdad?

—No —dijo ella. Se acercó a mí y tomó mis manos entre las suyas—. Pero nosotras sí seremos siempre las mismas. Minnie, prométeme que no cambiaremos nunca. Seremos siempre hermanas queridas, pase lo que pase.

—Basta. Me vas a hacer llorar antes de la boda.

—Prométemelo. —Me apretó las manos con más fuerza—. Tengo que oírtelo decir.

—Sí —le susurré, con un nudo en la garganta—. Te lo prometo. Hermanas para siempre.

—Pase lo que pase.

Alix bajó la cabeza para besarme la punta de los dedos. Después, puso la palma de la mano sobre mi mejilla.

—Eres muy fuerte —dijo—. Más fuerte de lo que crees. Hoy has rechazado a la reina Victoria. ¿Qué otra princesa se atrevería a hacer otro tanto?

Me abstuve de decirle que ella, desde luego, no había hecho otro tanto. ¿De qué habría servido?

Alix se puso de pie.

—Y no debes preocuparte por mí. Sé que aquí seré feliz. Bertie es muy amable. Tenemos toda la vida por delante.

Aquello era lo único que podía decirme para tranquilizarme. ¿Qué otra cosa podía hacer ella en aquel momento?

—Eso será un alivio para todos —dije, mientras ella volvía al cofrecillo y

le cerraba la tapa—. Imagínate qué escándalo, si dices ahora que no te quieres casar.

Alix se quedó callada. Después, se echó a reír y yo tuve que reírme también.

CAPÍTULO 4

La boda no fue grandiosa, pero tuvo mucha asistencia. Se celebró en la capilla de San Jorge de Windsor, en cuyos bancos cabían novecientas personas.

Vi con orgullo que mi hermana, con su vestido de novia y su juego de joyas de perlas y diamantes, regalo de Bertie, brillaba más, incluso, que las hijas de la reina. Alix no había estado nunca más hermosa; era una visión iridiscente junto a su marido coloradote, que parecía muy satisfecho.

Iban de luna de miel a un palacete de campo llamado Osborne, donde había estado también de luna de miel la reina con su difunto Alberto. Tras la recepción de la boda y el desayuno en la galería Waterloo, Victoria desapareció en cuanto Alix subió a cambiarse. Yo esperaba con impaciencia a mi hermana, pues sabía que no tardaría en partir en tren. Cuando volvió a aparecer, todos la contemplamos con asombro, yo incluida, con su vestido de terciopelo blanco y su mantón de armiño.

Sólo se la podía calificar de «regia». Y su despedida fue necesariamente «apresurada». Iban con retraso, como solía suceder todo en las bodas. Sin que yo hubiera tenido tiempo de decirle una sola palabra, me rozó la mejilla con un beso y Bertie y ella salieron con prisa del castillo, seguidos de sus séquitos respectivos, para subir a los carruajes que los llevarían a la estación. Los seguían los novecientos invitados.

Salimos al día siguiente sin haber visto más a la reina. Yo esperaba no volver a verla nunca más. Aunque me alegraba de marcharme, me preocupaba por Alix, que ahora debería soportar la vida de casada con una suegra tiránica.

* * *

Cuando regresamos a Copenhague a mediados de marzo de 1863, nos sobrevinieron más cambios inesperados.

Después de haber derrocado a su rey nacido en Baviera, Otto, a finales del otoño de 1862, los griegos rechazaron como sucesor al hermano de Otto. Elaboraron una lista de candidatos para elegir a un nuevo monarca, entre ellos Alfredo, el hijo de Victoria. Y, para sorpresa de todos, mi hermano Willie, de diecisiete años, que parecía destinado a hacer carrera en la Marina Real, resultó elegido por la Asamblea Nacional Griega el 30 de marzo. Asumió el título de Jorge I, rey de los helenos, y tras la ceremonia de entronización en Copenhague, salió en octubre para Grecia, elevando así una vez más la categoría de nuestra familia. Sentí lástima por él. Aparte del título de rey, se había visto obligado a cumplir su deber, igual que Alix, aceptando una corona que él no había solicitado y que lo iba a alejar de nosotros. Aquello no hizo más que reforzar mi determinación de quedarme donde estaba.

A poco de marcharse Willie, llamaron a Papá al lecho de nuestro rey moribundo. A Federico le pasaban factura por fin los notorios excesos que había cometido a lo largo de su vida. Sucumbió en el mes de noviembre, tal como había vivido: con ruido y sin arrepentimientos.

—Mi padre se convirtió en el rey Cristián IX.

Nos trasladamos al palacio de Amalienborg; un edificio destartado que necesitaba urgentemente una renovación, de la que se encargó Mamá con la laboriosidad y el sentido de la economía que la caracterizaban. Yo era oficialmente la princesa Dagmar de Dinamarca. Cuando dije que el título me parecía ridículo, Mamá me riñó.

—Aunque no te guste, eres princesa.

—Pues yo no me siento como tal —dije; con lo que la hice fruncir los labios.

Papá me dio unas habitaciones propias, como me había prometido; tal como había previsto yo, Thyra se empeñó en compartirlas conmigo y yo accedí. No soportaba aquellos espacios amplios y vacíos sin tener a mi lado a Alix para que me parecieran un hogar.

Papá se encontró acosado por conflictos poco después. Prusia y Austria discutían a Dinamarca su titularidad de los ducados de Schleswig, Holstein y Lauemburgo, en el istmo de la península de Jutlandia, entre el Mar del Norte y

el Mar Báltico. Otto von Bismarck, ministro presidente de Prusia a las órdenes del rey Guillermo, nos declaró la guerra y se apoderó de los ducados, alegando que los poseíamos de manera ilegal. A pesar de los vanos intentos de Papá por mediar para recuperar los ducados, los periódicos de nuestro país lo culpaban de la pérdida, lo que me avivó el odio a los alemanes.

Aquel debilitamiento de nuestra situación también tuvo consecuencias inmediatas sobre mí.

Mamá me llamó a su nuevo estudio, que estaba lleno a rebosar de muestras de tejidos y de planos arquitectónicos para la renovación del palacio.

—He recibido una carta de su majestad imperial el zar Alejandro II. Aprueba la pretensión de su hijo. Propone enviarnos inmediatamente al zarévich Nixa. ¿Verdad que es maravilloso? —dijo, mostrándome la carta—. Vendrá aquí a pedir tu mano en persona. Eso no se suele hacer —siguió diciendo, mientras yo seguía inmóvil y en silencio—. Es un gran honor. A las posibles esposas se les invita siempre a la corte de los Romanov para que las evalúen; pero, en vez de ello, su alteza vendrá a...

—¿Evaluarlas? —le interrumpí—. ¿Cómo?

—Para determinar si son adecuadas. Minnie, ¿es que no estás entusiasmada? Es un gran honor —repitió.

—Ya lo habías dicho. Pero ¿y si la posible esposa resulta ser inadecuada?

Se puso a dar golpecitos con el pie en el suelo por debajo de la falda, marcando un ritmo impaciente en el suelo de tarima deformado (había hecho retirar las alfombras antiguas), unos golpecitos que yo no veía pero no podía pasar por alto.

—No te llaman para evaluarte. Nixa ya te ha visto. Te han considerado adecuada. Él lo cree así, y también su padre, el zar.

Dejé la carta.

—¿No es un poco repentino? —dije—. Ahora que Prusia nos ha humillado y nos ha robado los ducados, creo que se me considerará de lo más inadecuado.

Advertí su vacilación casi inapreciable. Observando los papeles desordenados sobre su escritorio, pruebas de sus manejos, me pregunté cuántas cartas habrían cruzado la zarina y ella; dos reinas que organizaban el futuro de su prole sin atender a las calamidades políticas, como habían hecho

tantas otras reinas antes que ellas.

—La situación de tu padre no tiene nada que ver con esto —respondió ella al fin—. Una princesa tiene que casarse en todo caso, sin que importe quién haya robado qué a quién.

—Ya veo —respondí, pues ella no reconocería jamás lo contrario—. Pero Nixa apenas me conoce. Al parecer, eso tampoco es impedimento.

—¿Qué impedimento puede haber? No hay ninguno.

—Yo —dije, afrontando su mirada de horror—. El impedimento soy yo. ¿O no voy a poder opinar sobre quién tomo como esposo, como Alix no pudo opinar sobre el suyo?

Mamá apretó los labios con fuerza.

—Sí opinó. Opinó, y mucho, te lo puedo asegurar.

—Entonces, ¿podré hacer yo otro tanto?

Creí por un momento que empezaría a reñirme por mi ingratitud, que le frustraba los planes que había trazado con tanto cuidado. Pero dijo con tono severo:

—Naturalmente. Tu padre y yo no te obligaríamos jamás.

Asentí con la cabeza. Tenía la intención de tomarle la palabra. Lo que era más importante todavía, sabía que Papá le tomaría la palabra. Si a mí no me resultaba agradable el zarévich, no habría boda.

* * *

Llegó a principios del verano, cuando Dinamarca estaba exuberante de flores silvestres y los ríos iban crecidos con la nieve fundida. Nos habíamos trasladado al palacio de Fredensborg, en las afueras de Copenhague, a orillas del lago Esrum, pues Mamá consideraba que la *orangerie* y los jardines barrocos serían el entorno ideal para nuestro encuentro.

Yo no sabía qué esperar. Tal como había dicho yo a Alix, en la corte de los Romanov hablaban en francés; era una corte sofisticada, célebre por su grandiosidad; tenía más de occidental que de oriental, a pesar de sus raíces. Pero Rusia había adquirido ya para mí esa amenaza bárbara que le había atribuido Victoria. Me imaginaba inviernos interminables bajo cielos nevados a media noche, con paganos envueltos en pieles que tragaban vodka y

destrozaban la vajilla. Yo me aferraba a cualquier cosa que potenciara mi determinación de encontrar indigno al zarévich, hasta que mis temores alcanzaron unas proporciones tan épicas que me vi forzada a reconocer que no todo podía ser cierto.

Pero seguía firme en mi resolución. Alix se había equivocado. Yo no era aventurera. No tenía deseos de abandonar mi país, a mi familia ni mi fe (como yo era luterana, se esperaba que me convirtiera a la Iglesia Ortodoxa rusa), para ir a un país rodeado de mitos y de tundras heladas.

Me figuré que llegaría rodeado de cosacos. Pero la primera vez que lo vi (la primera vez que lo vi *de verdad*) venía andando él solo por los jardines hacia donde estaba yo sentada bajo un roble, con un libro en las rodillas.

Con los ojos entornados, dejándome vencer por el sueño, oí de pronto la llegada de sus pasos. Me erguí bruscamente y se me cayó el libro. Al principio creí que la figura masculina que caminaba hacia mí era mi padre, que, desde la pérdida de sus ducados, había tomado la costumbre de dar paseos por las tardes para tranquilizarse el ánimo. Mamá no me había comunicado la fecha exacta de la llegada del zarévich y yo me figuraba que lo precedería algún tipo de ceremonia.

Pero allí estaba, el heredero del trono de Rusia, a pocos pasos de mí, ladeando la cabeza con curiosidad mientras yo me apresuraba a recuperar mi libro caído, sin pensar nada al principio. Después, cuando fui consciente de la situación, dejé el libro donde estaba para alzar mi rostro hacia él.

Era apuesto. Yo no lo podía negar. Los Romanov eran una familia apuesta. Pero no era grande; parecía demasiado delgado con su chaqueta entallada y sus pantalones grises de rayas, con la camisa blanca almidonada, abierta y sin corbatín; una informalidad que me llamó la atención un momento antes de que se inclinara para recoger mi libro. Cuando sus ojos grises azulados se cruzaron con los míos, dijo con suavidad:

—Lamento haber molestado a vuestra alteza. Le ruego que acepte mis disculpas.

Su cabellera espesa era oscura, con reflejos cobrizos en sus profundidades. Sus rasgos eran angulosos y tenía un movimiento un poco peculiar de la boca cuando hablaba, una imperfección sutil que le daba aire de duende. A pesar de todo, me sentí interesada. Se comportaba como si no tuviera derecho a estar

allí y como si tuviera que darme explicaciones por aquella intrusión.

Escucha a tu corazón.

Oyendo mentalmente las palabras de Alix, me aventuré a sonreír mientras él hojeaba mi libro, alisando sus páginas arrugadas.

—*Enoch Arden*, de Lord Tennyson. En inglés —dijo, y me lo devolvió—. ¿Le gusta la poesía en lenguas extranjeras, princesa Dagmar?

Yo no me había acostumbrado todavía a mi título; aunque el modo en que lo pronunciaba él con su acento ruso (había aprendido algo de danés, cosa que me impresionó) no me resultó desagradable.

—Me lo envió mi hermana Alix —dije—. Dice que en Londres lo está leyendo todo el mundo. Enoch naufraga y al volver a su país se entera de que su mujer, que lo había dado por muerto, se ha casado con un amigo suyo de la infancia. Enoch no se da a conocer, pues la quiere tanto que no desea truncar su felicidad. Muere de pena. Es triste. No sé si me gustan las poesías tristes.

—Yo tampoco lo sé, aunque en Rusia la poesía triste es una afición nacional.

Mientras él sonreía, caí en la cuenta de que no se había presentado, como si fuésemos dos viejos amigos que nos hubiéramos vuelto a encontrar por casualidad; y esto también me desconcertó.

Nada de aquello concordaba con mi noción de cómo iba a ser nuestro primer encuentro.

—Parece sorprendida —dijo él cuando me puse de pie. Era alto, pero no demasiado. Advertí que podía mirarle a los ojos sin tener que levantar demasiado la cabeza.

—Lo estoy. —No tenía por qué mentir—. No había esperado verlo hoy.

—Pero ¿sabía que iba a venir? —Parecía temer que no lo supiera, de modo que me forcé a asentir con la cabeza; y después, mientras seguía clavando los ojos en mí, dije—: Me ha encontrado perdiendo el tiempo. Eso no le gustará a mi madre. Ella había esperado que nuestra primera reunión fuera más digna.

—Entonces, no se lo diremos. —Me miraba con tanta atención que me pregunté si yo tendría en la cara una mancha de hierba—. No es usted como yo creía.

—¿No?

¿Habría decidido que no le interesaba pedir mi mano, ahora que me había

vuelto a ver en persona? Una cosa será admirar a una muchacha desde lejos, mientras ella corretea de un lado a otro sin saber nada, como hacía yo en Rumpenheim, y otra muy distinta verse cara a cara con ella y tomar la decisión de casarse con ella o no. Sin saber lo que hacía, me llevé una mano al pelo y descubrí, para mi disgusto, que la cinta deshilachada con que me lo recogía se había caído casi del todo. De pronto, quise ser aquella muchacha que él había visto por primera vez y que lo había embelesado, como me había asegurado Alix; y maldije para mis adentros lo poco que había atendido yo a la importancia de la ocasión. Debía haberme preparado, como me había dicho Mamá incontables veces; haberlo saludado como correspondía a mi categoría. Él me habría tomado por una descuidada, con mi vestido de diario, muy usado; con el pelo suelto, leyendo poesía a media tarde bajo un árbol, sin sombrero ni...

—Sí —dijo él—. Es usted distinta. Más... dinámica

Se me escapó una risa de incredulidad.

—Mamá no diría eso.

—Entonces, es que no la ve como yo.

Antes de que yo hubiera podido responder a su comentario, que no estaba segura que pretendiera ser de alabanza, él dijo:

—He venido de muy lejos esperando este momento. Lo tenía planificado en la cabeza; pero...

Sonrió una vez más. Tenía los dientes pequeños y blancos, pero uno de los superiores estaba torcido y se sobreponía al contiguo. Otra imperfección perfecta.

—Estará decepcionado —dije.

—Oh, no. —Se acercó a mí con tal rapidez, que pensé que me iba a tomar de la mano. No lo hizo; flexionaba los dedos, con la mano baja, como si se esforzara por contener el impulso—. En absoluto. ¿Y usted?

Aquel era el momento que yo había temido. Era cuando yo tendría que mandarlo a su casa. Percibí que no se manifestaría ofendido. Estaba demasiado bien criado como para hacerme sentir incómoda. Se limitaría a retirarse. Tenía a toda Europa para elegir.

Pero dije, sin pensármelo:

—No. Decepcionada, no.

Se le agrandó la sonrisa, que le iluminó el rostro. Era más bien pálido; no parecía que pasara mucho tiempo al aire libre.

—¿Paseamos? —le pregunté, aunque asustándome de mi propio atrevimiento, pues esas cosas debe proponerlas siempre el caballero; y él se acercó más a mí, tanto esta vez que sus dedos delgados rozaron los míos.

—Con sumo gusto.

* * *

Pasó un mes con nosotros. Por las mañanas, íbamos a pasear a caballo (a pesar de su aspecto delicado, era muy aficionado a la equitación) y en barca por el lago. Íbamos de paseo por el jardín, sin carabina, lo que demostraba que todos daban por hecho que era un pretendiente serio; y él me hablaba de Rusia, como si intuyera de alguna manera mis inquietudes calladas.

Me dejé fascinar por las descripciones que me hacía del imperio de los Romanov; de las estepas habitadas por tribus mongolas y de las montañas abruptas del Cáucaso, pobladas por los circasianos rebeldes que el zar había jurado domeñar o aniquilar. Me hizo disfrutar del clima delicioso de Crimea, a orillas del Mar Negro, y correr como un lince salvaje por las tierras salvajes de Siberia. Me hizo de guía de las bellezas etéreas de San Petersburgo, bajo el cielo claro y reluciente; esas noches blancas que yo conocía, pues en Dinamarca las teníamos en verano, pero a las que él daba tal magia que me hizo anhelar verlas en Rusia. Habló de la decisión histórica de su padre, que había emancipado a los siervos de la gleba, con lo cual los campesinos, tras siglos de servidumbre, se habían convertido en terratenientes y el zar Alejandro II se había ganado el amor de su reino.

—En Rusia tenemos muchos príncipes y princesas —me dijo—; pero en nuestra familia real nos llaman grandes duques y grandes duquesas.

—Como en Prusia —dije yo—. ¡Qué curioso! ¿Tenéis muchos?

Él se rio por lo bajo.

—Demasiados, según mi padre. Quiere limitar nuestros privilegios autocráticos; pero sus hermanos, mis tíos, los grandes duques, no quieren ni oír hablar de ello. No quieren que cambie nada; aunque tiene que cambiar —dijo, tomándome de la mano, como ya solía hacer durante nuestras

conversaciones—. Mi padre dice que, si queremos sobrevivir, tenemos que dejar atrás el pasado. El primer deber de un Romanov es estar al servicio de Rusia, antes que pensar en sí mismo.

Yo lo admiraba por su amor a su país. Era un rasgo común a los dos, pues yo también amaba al mío. Me preguntó muchas cosas sobre Dinamarca y yo se las respondía con entusiasmo; pero cuando le exponía los logros de nuestro pequeño país y los comparaba en silencio con el poderío de Rusia, empecé a darme cuenta de que apenas teníamos nada más en común. Nixa, además de ser príncipe heredero del imperio más poderoso del mundo, estaba muy viajado, pues había recorrido toda Europa y Asia, y estaba muy instruido, como solo podía estarlo un príncipe imperial. Yo lamentaba vivamente mi falta de estudios y de experiencia, mi afición a leer poesías sosas, mis tontas acuarelas y las volteretas que daba a escondidas en el prado cuando Mamá no me miraba. Las diferencias que nos separaban eran tan amplias como el golfo de Finlandia, y si bien no parecía que a él le importaran, no me cabía duda de que a su madre, la zarina, sí le importarían.

Y, en efecto, no tardé en descubrir que, si Nixa me había desconcertado, su madre me desconcertaría todavía más.

Aquella emperatriz remota que solo me había dirigido unas pocas palabras intrascendentes había cambiado por completo. Vino a nuestra casa de visita, camino de sus vacaciones anuales en Niza. Cuando la recibí en el salón, bajo la vigilancia de Mamá, me abrazó con alegría; me besó en ambas mejillas, a la manera francesa, y después me puso las manos en los hombros para examinarme con su mirada penetrante, aunque melancólica.

—¡Qué preciosa eres, Minnie querida! La cintura, estrechísima, y esos ojos negros tan grandes... ¡Vaya, eres encantadora!

¿Lo era? No pude menos de dirigir una mirada a Mamá, que estaba henchida de orgullo en su sillón. Recordé que en un primer momento a Nixa le había mandado su padre que cortejara a Alix. ¿Había considerado también «encantadora» la zarina a mi hermana? ¿Era una mera expresión de cortesía para aliviar cualquier posible incomodidad? María Alexandrovna (este era su nombre imperial, pues a una esposa extranjera se le exigía adoptar un nombre ruso al convertirse a la Iglesia Ortodoxa) había nacido princesa y había presidido la corte de su esposo durante muchos años. No podía escapársele

que nuestra situación era delicada.

—¿Se ha hecho alguna vez un daguerrotipo? —preguntó a Mamá.

Mamá soltó un suspiro de desolación.

—Hace varios años que no se lo hace —dijo. No añadió que la fotografía era un invento nuevo y caro; nunca habíamos tenido el dinero suficiente para contratar a un fotógrafo oficial, suponiendo que se pudiera encontrar alguno en Dinamarca.

—Eso tenemos que remediarlo —dijo la zarina—. Debo tener un retrato suyo para enseñárselo a Alejandro. Haré venir a alguien de Francia. Se han hecho avances notables. Ya no es tan pesado como antes hacerse un daguerrotipo. ¿Te gustaría, querida? —preguntó, dirigiéndome una nueva sonrisa.

Yo asentí con la cabeza. Me hizo sentarme a su lado y entabló conmigo una conversación superficial en la que evitaba con habilidad cualquier tema que pudiera provocar un tropiezo. Al final, me quedé tan desconcertada como cuando había llegado ella. Estaba bien que la admiraran a una; pero me dominaron una vez más las dudas, que me hicieron retraerme de Nixa; no abiertamente, sino de una manera sutil que él llegó a advertir por fin.

Todavía no me había pedido la mano. Yo apreciaba el tacto que demostraba al no soltármelo hasta que se hubiera ganado mi afecto. Hasta que una noche, después de cenar, mientras todos se retiraban al salón, me tiró de la manga y me hizo pasar a uno de los rincones del pasillo, protegido por un biombo.

Antes de que yo hubiera tenido tiempo de preguntarle qué pasaba, me dijo:

—¿Es que no me amas?

—¿Si te amo? —Lo miré con asombro—. Si nos acabamos de conocer...

Él bajó los ojos.

—Pero yo creía que...

—Nixa...

Aunque yo había procurado no tocarlo nunca sin que me tocara él a mí primero, esta vez lo hice: apoyé suavemente los dedos en su manga. Sentí que temblaba, y dejé allí la mano.

—¿Que creías? —le pregunté.

—Creía que tú... —Parecía que le faltaban las palabras. Después, irguió los hombros—. Creía que podrías querer ser mi esposa algún día —añadió.

Lo pensé en silencio y dije por fin:

—Creo que podría. Algún día.

—Entonces, ¿me dirías que sí si yo...?

Parecía tan entusiasmado, pero también tan dispuesto a recibir un rechazo, que me dieron ganas de reírme. Pero una risa no habría sido conveniente. Se había puesto claramente tenso; todo su cuerpo estaba tirante como un alambre, hasta que yo le dije:

—Si me lo pides como es debido, creo que te lo diría.

Él me abrazó torpemente, procurando no aproximar demasiado a mí su figura delgada. Oí que me susurraba al oído:

—Me da miedo pedírtelo.

—Pero debes pedírmelo —dije, apartándome—. La muchacha debe esperar siempre a que se lo pidan.

—¿Te quieres casar conmigo? —susurró; y yo temí que llegara a clavar una rodilla en tierra.

—Sí —dije.

Porque sí quería; y aquello era lo más inesperado de todo.

* * *

Nuestro compromiso fue recibido con alegría por mis padres y por la zarina. Cuando Nixa se marchó con su madre para seguir camino a Francia, la noticia ya había llegado a Inglaterra, donde Alix, que había tenido en enero a su primer hijo, un varón, estaba tan dichosa que se empeñó en venir a visitarnos en cuanto hubiera convencido a Victoria. Al parecer, aunque ya hacía seis meses que había dado a luz, la reina se preocupaba por la salud de todos los miembros de la familia y dictaminaba que Alix, como madre reciente que era, debía viajar lo mínimo posible.

—Alix dice que Bertie quiere que asistan a mi boda —dije, leyendo en voz alta su carta.

Papá sonrió.

—Eso sería francamente notable —dijo—. Hace muchos años que ningún miembro de la familia real británica pisa suelo ruso; Victoria y Alejandro no se llevan nada bien. Figúrate: tu boda podría traer consigo la distensión entre

ambos imperios.

—No pienses en eso —dijo Mamá, arrancándome la carta de mi hermana—. La política no cuenta en esto. Dos jóvenes se han enamorado y tienen la dicha de haberse encontrado. Si su alteza de Gales desea asistir al enlace en persona, que así sea.

Papá me dirigió un guiño. Vi que, si bien se alegraba por mí, también lo entristecía saber que me apartaría de su lado para irme a un país extranjero. Yo tomé la determinación de pasar más tiempo con él; aunque sus deberes como rey eran tan apremiantes que me resultaba difícil verlo siquiera.

En cuanto a la negativa de Mamá a asociar ventajas políticas a la boda, no tenía importancia. Nixa me había elegido a mí, por mí. Yo no se lo había puesto fácil, pero había terminado por ganarme el corazón. No por ser el zarévich, sino por cómo era por dentro. Yo me había enamorado de Nixa Romanov, con su espíritu delicado y su alma noble.

Aquel amor me alentó durante los meses de separación; aunque nos intercambiábamos cartas frecuentes que salvaban la distancia. Llegó el fotógrafo de París y me hizo el retrato. Yo no vi el resultado hasta que llegó una copia enmarcada varias semanas más tarde; el original se lo habían enviado a la zarina. Mi imagen me dejó consternada. Llevaba un vestido blanco de cuello alto y el pelo me caía en rizos complicados. Mis ojos enormes me dominaban el rostro monocromo. Mamá afirmaba que el parecido era perfecto. Contrató a su propio fotógrafo para nuestra corte y enviaba retratos nuestros a San Petersburgo con profusión, por correo especial.

Nixa, a cambio, me envió su retrato y los de sus parientes para que yo pudiera poner rostro a los nombres de mi futura familia Romanov. Un retrato en especial, el del zar y la zarina rodeados de sus seis hijos, cuyas edades iban de los veintiún años de Nixa a los cuatro del gran duque Pablo, junto con la hija que les quedaba, la gran duquesa María, de once años, me hizo reír y señalar con el dedo una figura corpulenta que parecía estar aparte de ellos, aunque lo cierto es que estaba junto al propio Nixa.

—¡Mira! Debe de ser un cosaco.

Mamá me riñó.

—Qué cosas dices, Minnie. No es un cosaco. Es el gran duque Alejandro, hermano de Nixa. En la familia lo llaman Sasha. Solo tiene diecisiete meses

menos que Nixa. Nixa y él están muy unidos.

—¿De verdad? —Observé atentamente a aquel personaje inexpresivo que dominaba en altura a todos los demás—. Nixa apenas me ha hablado de él. Y no se parece a ninguno de los demás.

Nixa me envió también una caja de libros para que los leyera. Había cuentos de hadas rusos, con brujas, osos bailarines y hechiceros inmortales; poesías del célebre Pushkin, que a mí no me parecieron nada tristes, y novelas del ídolo literario Tolstoi, además de una gramática elemental de ruso para que me fuera familiarizando con el lenguaje. Me escribió que me enviarían de la embajada rusa de Copenhague a un sacerdote ortodoxo para que me instruyera en mi nueva fe, ya que mi conversión a la Iglesia Ortodoxa era un requisito imprescindible al que yo no podía objetar. Mamá me tranquilizaba diciéndome:

—En Rusia siguen venerando a nuestro Salvador.

A veces me despertaba en plena noche, entre sueños agitados. Mientras oía respirar cerca de mí a mi hermanita Thyra, intentaba evocar mentalmente a Nixa y verlo en su ambiente, en aquel gran palacio de Invierno donde habían vivido sus antepasados durante generaciones, con su célebre sala de malaquita. Intenté representarme las primeras nieves vírgenes; los alegres paseos en trineo cuando la gente salía a disfrutar del exterior helado y oír los crujidos del hielo que se iba apoderando del Neva, solidificando de tal manera sus partes menos profundas que se podía poner uno unos patines y deslizarse sobre él.

No podía mantener aquellas imágenes ilusorias durante mucho tiempo. Aparecían y se desvanecían como humo y me dejaban desorientada, con una intranquilidad que empezaba a desazonarme.

—Son nervios —me dijo Mamá cuando se lo dije en confianza—. Los nervios son un tormento para una futura novia, si ella no los tiene a raya. No debes dar vueltas a cosas que no sabes. Piensa solo en cuánto te quiero y deja que el futuro se resuelva solo.

Ella obró en consecuencia, teniéndome ocupada con los planes de mi ajuar, en el que había trajes de noche del célebre costurero Charles Frederick Worth,

cuyas creaciones suntuosas eran la última moda. Yo no preguntaba cómo podíamos permitirnos esos dispendios, ya que el taller estaba en París; pero Mamá era inflexible en este sentido. Yo debía viajar a mi boda vestida a la última para que nadie pudiera decir que en Dinamarca estábamos atrasados.

Monsieur Worth enviaba unas muñecas pequeñas muy lindas vestidas con los modelos; eran unos maniqués elegantes que hacían chillar a Thyra de gusto, pero Mamá le prohibía que los tocara. Cuando hubimos elegido los vestidos, Mamá me dijo que viajaríamos a París para que me los probasen en persona. Yo me emocioné pensando en que llegaría a Rusia vestida como una de aquellas muñecas idealizadas.

Cuando acabábamos de comprar los pasajes para París, todo mi mundo se derrumbó.

CAPÍTULO 5

Mamá entró en mi cuarto con el telegrama. Habíamos regresado a Copenhague y yo hacía el equipaje, o intentaba hacerlo, eligiendo las prendas que quería llevarme entre las que tenía amontonadas sobre mi cama. Tras nuestra estancia en París iríamos a Niza, donde ya estaba la zarina, que había salido de San Petersburgo antes de lo habitual porque padecía una enfermedad indefinida. Mamá me había dicho que María Alexandrovna tenía débiles los pulmones y debía estar cerca del mar con regularidad. Tenía en Rusia varios palacios en la costa, pero parecía ser que debía estar cerca de un mar que estuviera fuera de los dominios de su marido. Nixa se había reunido allí con ella para que pudiésemos pasar algún tiempo juntos antes de mi viaje a Rusia. Cuando vi el papel que tenía Mamá en la mano no le di importancia.

—¿Ha vuelto a enviar saludos su majestad la zarina? —le pregunté, mientras le enseñaba mi sombrero de paja maltratado—. ¿Crees que este me servirá para cuando estemos en la casa de campo? Ya sé que es a principios de primavera y no hará demasiado calor, pero no quiero que me salgan manchas. ¿O no sería mejor llevar un parasol?

—Minnie... —dijo Mamá. Su voz tenía una calma, bajo la que asomaba un leve temblor, que me dejó inmóvil. El sombrero me crujió entre las manos; la paja se había quedado quebradiza.

Mamá no se movió del umbral; no porque no quisiera, sino porque, al parecer, no era capaz de moverse. Apoyó una mano en la jamba como si temiera caerse.

—Es Nixa —dijo, y el sombrero se me cayó de entre los dedos—. Ha sufrido un accidente.

Yo no dije una sola palabra. Vi su expresión atribulada, la hojita de papel que tenía en la mano, y el cuarto zozobró a mi alrededor.

—Tuvo una caída del caballo —dijo Mamá, todavía con esa voz callada terrible—. Le empezó a doler la espalda. No podía andar. Después, tuvo fiebre. Su majestad imperial hizo venir a un especialista de Viena. Minnie, tiene meningitis espinal.

Podría haberme dicho el nombre de cualquier otra enfermedad: habría sido lo mismo. Cuando sus palabras se hundieron en mi interior, consumida como estaba por los golpes atronadores de mi corazón en los oídos, busqué algo a lo que agarrarme, lo que fuera.

Mamá corrió hasta mí, me asió de la cintura y me depositó en la cama, donde me quedé sentada sin fuerzas, sin voz, con la vista perdida en el vacío.

—Ha pedido verte —me dijo—. ¡Ay, niña mía, tenemos que darnos prisa! Ya le han dado la extremaunción. La zarina nos suplica que vayamos en seguida.

* * *

Yo no había estado nunca en Francia, y cuando fui por fin, no vi nada. Viajamos cuatro días en tren, cruzando la odiosa Alemania. La zarina nos había enviado billetes de la clase mejor. Desde Dijon, su propio tren imperial nos llevó a Niza y el emperador de Francia, Napoleón III, dio orden de detener todos los demás trenes para que nos cedieran el paso. En un compartimento tapizado y revestido de madera de nogal, lujoso como un palacio y con criados de librea, yo iba sentada junto a la ventanilla, viendo pasar el paisaje francés sin fijarme en ninguno de sus elementos, como si me precipitara por un túnel interminable.

Mamá hablaba poco. No había palabras que pudieran aliviar mi sufrimiento. Yo me había enamorado y me había comprometido a casarme; ahora, me quitaban a mi prometido. Aunque Mamá hubiera intentado consolarme, yo no la habría escuchado. Atendía a la herida que llevaba en el corazón y pedía al cielo una y otra vez, siguiendo el traqueteo de las ruedas en los raíles: «Que no sea verdad. Que se recupere. Hazme un milagro para curarlo. No lo dejes morir».

Creía que si Nixa se moría, yo me moriría también. Querría reunirme con él en su tumba, como había querido Victoria con Alberto, pues ya no me

imaginaba la vida sin él.

Lo creía así con todas las fibras de mi ser.

Era muy joven todavía.

* * *

La zarina nos estaba esperando en la entrada de su espléndida Villa Bermont, que, recogida entre naranjales y acacias fragantes, dominaba el Mediterráneo. Me pareció una crueldad que aquel lugar tan hermoso pudiera ser escenario de tanta desolación.

Leí en sus ojos doloridos y en el abrazo agradecido que dio a mi madre que no habíamos llegado demasiado tarde. También supe, sin que nadie lo dijera, que Dios no escucharía mis oraciones.

—Ha pedido verte en cuanto llegases —me dijo la emperatriz.

—Debo cambiarme antes —susurré sin pensarlo. Mi voz me parecía muy remota, como si no fuera yo misma en absoluto.

—Tonterías —dijo Mamá, y me empujó hacia la zarina, que me guio por el palacete airoso, que olía a mar, hasta el cuarto de él.

—No sufre dolores —susurró la zarina cuando me detuve ante la puerta—. Le han dado láudano. Ve a su lado, querida. Ha esperado más tiempo del que... —dijo, y se le quebró la voz.

Más tiempo del debido. Más tiempo del que le había concedido Dios.

Fui hasta su cama. Tenía los ojos cerrados; la piel, tan pálida que casi se confundía con las sábanas. El cráneo se le marcaba bajo la piel, como si el mal que se había apoderado de él quisiera devorarlo hasta los huesos. Me tragué las lágrimas. No debía llorar delante de él. No debía verme desconsolada; mi presencia debía darle fuerzas; tenía que saber que yo...

—Minnie...

Su voz me llegó entre el murmullo lejano del mar, a lo lejos; habían abierto las ventanas del cuarto para que entrara el aire. Aunque él no veía el agua, la oía.

Me senté en el taburete que estaba a su lado y le tomé la mano. Me sobresalté al notar lo fría que tenía la piel. Y cuando levantó los ojos, vi el miedo en su mirada bordeada de rojo. Aunque no estuviera sufriendo dolores

visibles, gracias a la droga, sentía dentro un dolor más hondo. Nixa sabía que estaba condenado.

Abrió los labios cuarteados.

—No —dije, tomando un vaso de agua de la mesilla—. No hables. Estoy aquí. No te abandonaré.

Su mano se aferró a la mía. Rehusó el vaso que yo intenté llevarle a los labios.

—Escucha... —dijo con voz ronca. Estaba sin fuerzas, pero me clavaba los dedos en la palma de la mano. Me acerqué más a él; le olía el aliento fétido, el cuerpo sin lavar, empapado de sudor—. Debes escucharme. Tengo que decirte que... yo... te he fallado. He estropeado tu felicidad. Como Enoch.

—No. Nada de eso. Nunca.

—Sí. —Me había subido la mano hasta la muñeca y me sujetaba—. Estoy... estoy perdido para ti. No podemos casarnos. Te prometí...

Sin saber por qué, como si algo dentro de mí hubiera percibido una presencia invisible, unos pasos cercanos, volví la cabeza hacia la puerta. No había nadie.

Volví a mirar a Nixa.

—Sasha —dijo—. Prométeme que te casarás con él en mi lugar. Es mi hermano. Él... te querrá tanto como te quiero yo. O más, por mí.

Estuve tentada de apartarme de él con incredulidad; pero sus dedos me rodeaban la muñeca como sarmientos helados, y su rostro... Dios santo, su rostro. Me estaba *suplicando*.

—Prométemelo, Minnie.

Yo no era capaz de pronunciar las palabras que él tenía que oír. Quería hacerlo, por él, pero me sentía como si me estuviera despeñando hacia el mar por un acantilado infinito, sin llegar nunca al agua; seguiría agitándome y rodando para siempre por el aire vacío, hasta desintegrarme.

Se quedó flácido. Sus dedos se soltaron de mi muñeca y se quedó tendido, tan inmóvil que creí que había muerto. Pero vi que movía el pecho casi imperceptiblemente y yo no me aparté del taburete; lo vi alejarse a la deriva, como Enoch en su barca.

Mamá me acompañó a las habitaciones que nos habían preparado, mientras la zarina volvía a su puesto para seguir cuidando a Nixa. Un criado nos trajo una comida a nuestras habitaciones; yo no fui capaz de mirarla, ni mucho menos de probarla y, mientras me desvestía para acostarme, Mamá me preguntó:

—¿Te ha dicho algo de Sasha?

Levanté la vista hacia sus ojos afligidos, preguntándome cómo lo sabía.

—¿Por qué iba a decirme nada?

Ella me miró de un modo raro.

—¿No te ha dicho nada?

—No. ¿Por qué lo preguntas.

Mamá debió de percibir la histeria que se me asomaba la voz, pues echó una mirada de desconfianza a nuestra puerta cerrada, tal como había hecho yo en el cuarto de Nixa, y me dijo:

—Porque Sasha está aquí. Vino en cuanto se enteró de la enfermedad de Nixa.

—¿Que está aquí? —Recordé aquella sensación extraña de sentirme observada mientras estaba con Nixa, el sonido de un paso tras la puerta. Me invadió la repugnancia—. ¿Por qué no se ha presentado?

—A la zarina le ha parecido mejor dejarte que pases antes un tiempo con Nixa. Lo verás más tarde. Mañana, quizá —añadió, trabándose con las palabras al darse cuenta de que lo que procuraba evitar era decir que lo vería acompañando a Nixa en sus últimas horas, suponiendo que no muriera por la noche.

Me refugié en mi cama; quería huir, olvidarme de todo. Oí que Mamá me susurraba:

—¿Te despierto si...?

—Sí —dije.

Sonó el pestillo de la puerta, y me dejó a solas.

No dormí. Buscaba el olvido, pero sentía aquella presencia invisible como si estuviera plantada a los pies de mi cama: el extraño con el que mi prometido me había pedido que me casara en lugar de con él.

A primera hora de la mañana nos reunimos junto al lecho de Nixa. El sol de

abril doraba el mar; pero ahora las ventanas estaban cerradas y en el cuarto había un olor sofocante a almizcle mezclado con champán, un preparado que empleaba el especialista vienés para despertar a Nixa de su estupor. Estaban junto a la cama dos popes ortodoxos (a mí me parecían extraños, con sus casullas negras adornadas con estolas *epitrachelia* de brocado dorado y sus prendas de cabeza, las *kamilavka*, de borde plano. Uno de ellos entonaba cánticos.

De la mano del otro pope colgaba un incensario de oro repujado que oscilaba emitiendo volutas con aroma a mirra, que se sumaban a aquella atmósfera asfixiante. Cuando Mamá y yo entramos en el cuarto, tuve que apartar la mirada de los rostros barbudos y sombríos de los popes, mientras Nixa agonizaba y se avecinaba su última hora.

Entonces lo vi: el gran duque Sasha, inmóvil junto a su madre.

La zarina estaba sentada en el taburete, inclinada; llevaba puesto aún aquel mismo vestido negro con el que nos había recibido el día anterior, lo que indicaba que había pasado allí toda la noche. No levantó la vista cuando Mamá y yo pasamos ante las damas de compañía y otros invitados, que lloraban. Supuse que todos los invitados eran aristócratas rusos que estaban de vacaciones en Niza y que debían de tener un trato íntimo con la familia imperial para poder estar presentes. Aquello parecía una falta de respeto, una parodia. No era una representación teatral. Era el final trágico de una vida joven.

Apretando los puños, ocupé mi lugar junto a la zarina. Cuando ella sintió mi presencia, buscó mi mano. Yo no aflojé el puño y ella me lo asió como estaba.

Eché una mirada a su hijo segundo. Si no hubiera sabido que era hermano de Nixa, no habría creído jamás que estaban emparentados. A diferencia de Nixa, el porte recio de Sasha le daba un aspecto desgarrado; y era tan alto que iba encorvado. Adelantaba la cabeza desde su grueso cuello; bajo su frente, ya con entradas, sus ojos grises azulados eran estrechos; tenía la boca pequeña y adusta, y le hacía un contraste extraño con su bigote ralo. Me pareció que no tenía nada del refinamiento de Nixa.

No me devolvió la mirada. Pero cuando Nixa advirtió que yo estaba allí, volvió hacia mí los ojos velados y susurró:

—¿Verdad que es encantadora?

Si se lo había preguntado a su hermano Sasha, este no respondió. El pope seguía entonando cánticos y mis lágrimas lo nublaban todo. En el momento final, me solté de la zarina para arrodillarme junto a la cama.

—No me dejes —dije con voz vacilante.

Él suspiró. Fue su último suspiro.

La zarina soltó un leve grito. Me volví a medias, todavía arrodillada; la desesperación de la zarina había quebrado el silencio. Un hombre alto, esbelto, con el cabello ralo en la coronilla, bigotes algo grises y gruesas patillas se adelantó para consolarla. Sasha se apartó. Yo me quedé inmóvil. Aquel hombre mayor alto... me resultaba muy familiar. Y cuando murmuró: «María, mi *solnyshko*», lo reconocí.

El zar Alejandro. Él también estaba aquí.

Mi prometido había muerto; pero yo busqué a mi madre con frenesí, con furia. La encontré tras la zarina, entre las mujeres que se llevaban pañuelos al rostro. Ella apartó los ojos. Entonces comprendí que aquellos desconocidos que me rodeaban, a los que yo había tomado por aristócratas de vacaciones, eran la familia imperial en persona.

Yo no soportaba la humillación de que no me hubieran puesto al tanto, cuando ellos, todos ellos, sabían lo que acababa de perder. Me puse de pie, tambaleante; la falda se me enredó en los tobillos y alguien soltó una exclamación contenida, temiendo quizá que fuera a caerme de espaldas sobre el cadáver. Sasha se adelantó de un salto. Me sostuvo del hombro con mano firme, obligándome a mantenerme erguida.

Lo miré a los ojos de hierro fundido. Sin que hubiera tenido tiempo de darle las gracias, él susurró entre dientes, de modo que sólo lo pude oír yo:

—*Se lo he prometido. Recuérdalo.*

Me soltó, se apartó y volvió a sumirse en un silencio helado.

Mi madre me acompañó a salir del cuarto, de aquel futuro encantador que yo había pensado que sería mío.

No volvió a hablarse de la última petición de Nixa. Yo no reconocí lo que me había pedido y me lo guardé durante la procesión con antorchas hasta la

iglesia ortodoxa. Tras la misa, el ataúd fue transportado por un barco de guerra ruso a San Petersburgo, donde se le harían las exequias fúnebres.

Sus majestades imperiales vinieron a despedirse antes de que me marchara con Mamá, que se había empeñado en que debíamos viajar a Rumpenheim para que yo pudiera pasar el duelo y descansar. La zarina, tras darme la Biblia ortodoxa que había sido de Nixa, me abrazó con fuerza.

—Siempre estará con nosotros, hija mía —susurró—. Su recuerdo está ahora en nosotros. Mientras lo recordemos, vivirá para siempre, en el cielo y en nuestros corazones.

Hice una reverencia ante el zar, que estaba pálido, ceniciento, y él me dio un beso en la mejilla. Con voz temblorosa que desvelaba su hondo dolor interior, dijo:

—Siempre serás bienvenida en nuestra familia. También sentimos tu dolor.

Intentó sonreírme; pero sus ojos grises azulados, los ojos de Nixa, estaban oscuros de pena. Yo advertía que la muerte inesperada de su hijo mayor y heredero lo había dejado devastado, como a mí.

Se apartó con los hombros hundidos y su hijo tercero, el gran duque Vladimir, me abrazó con un calor que estuvo a punto de hacerme llorar. Vladimir poseía algo del atractivo de Nixa, solo que de una manera más masculina; su porte robusto contrastaba con sus ojos castaños y sensibles, los de su madre. Aunque no nos habíamos conocido hasta entonces, aprecié su afecto sincero cuando me dijo «Debes venir pronto a San Petersburgo»; y vi que la zarina se estremecía.

Sasha no hizo acto de presencia. Cuando la zarina nos acompañaba hasta el tren, nos dijo que el nuevo zarévich estaba inconsolable, tan abrumado que se negaba a hablar con nadie. Ya había salido de Niza para acompañar el ataúd de su hermano hasta Rusia.

Camino de Dinamarca, mi madre me ofrecía constantemente bollos y té que yo me negaba a probar; me murmuraba palabras cariñosas con las que pretendía consolarme; me recordaba que Nixa y yo nos habíamos querido mucho y que yo le había dado mucho consuelo al final. Yo dejaba que aquello me bañara como el rumor de las olas ante la ventana de Nixa, que sabía que no olvidaría jamás.

—*Se lo he prometido. Recuérdalo.*

Aquello me perseguía. Pues si bien yo no había hecho la misma promesa, me sentía obligada por ella.

CAPÍTULO 6

En Rumpenheim contraí unas fiebres recurrentes que nuestros médicos no entendían, aunque Mamá sí. Se daba cuenta de que el duelo me dominaba como una sombra negra y se negó a dejar que triunfara. Me animaba a salir a pasear por los jardines, lo que me hacía llorar porque los árboles me recordaban al roble donde me había encontrado él por primera vez. Me obligaba a montar a caballo; pero aquello también me hacía llorar, porque recordaba que había sido una caída de caballo lo que había precipitado su muerte. Me hacía pasar horas enteras sentada a su lado en el salón, haciendo labores de aguja que no tardaban en empaparse de lágrimas. Desempaquetó los vestidos que habían llegado de París y que habían sido pagados y terminados sin mí; pero yo había perdido tanto peso que no me sentaba bien ninguno; y la visión de aquellos vestidos sublimes de satén rosado pálido y seda color crema, que debían haberme hecho brillar en Rusia, me hacía llorar más todavía.

Por fin, Mamá renunció a distraerme de ningún modo. Una mañana, me dijo bruscamente:

—Ya no está. Y eso no puedes cambiarlo de ninguna manera.

Yo me la quedé mirando fijamente.

—¿Crees que no lo sé?

—Entonces, ¿por qué? ¿Es que tienes que morirte tú también? ¿Se debe a esto ese malestar intolerable, ese no querer hacer nada, ni siquiera comer, picando migas de comida como un pajarito? No lo voy a consentir. Querías a un hombre y lo perdiste; eso les ha pasado a muchas mujeres. Tu muerte no traería consigo más que nuevo dolor. ¿Es que quieres que tengamos que llevarte a la tumba?

—¿Pues *qué quieres* que haga? —exclamé; aunque era la primera vez en mi

vida que alzaba la voz ante mi madre.

—Quiero que vivas. Llóralo, pero vive tú. Nixa no querría verte así. Sólo quería tu felicidad.

—¡Me dijo que había estropeado mi felicidad! Me dijo... ¡me dijo que me había fallado!

Hundí la cara entre las manos.

Ella se acercó a mí y me puso una mano en el hombro.

—Él no tiene ninguna culpa. Tú tampoco. Ha sido la voluntad de Dios. Cuanto antes lo aceptes, más fácil será todo. Te ruego que lo intentes. Por mí. Por tu papá. Por tus hermanos y hermanas. Estamos preocupadísimos por ti.

Mi hermana...

Levanté el rostro hacia mi madre.

—Alix. Quiero verla —dije.

—Pues la verás. Le escribiré ahora mismo.

—No. En Inglaterra no. —Temblaba solo de pensar en encontrarme de nuevo ante Victoria, que había dicho que le daba lástima el hombre que se casara conmigo—. Debe venir aquí ella.

—Sí —dijo Mamá—. Vendrá.

* * *

Alix llegó acompañada de su marido, Bertie, y del hijo de ambos, Alberto Víctor, así como de su nuevo recién nacido, Jorge. Mi hermana nos hizo saber que, en vista de las circunstancias, ella se había empeñado en hacer el viaje a pesar de las objeciones de Victoria, y su presencia cariñosa a mi lado me ayudó a aliviarme la pena. Bertie había ganado tanto peso que a mí me parecía rollizo, con su cara rojiza y sus bigotes, y la levita ceñida le oprimía el vientre. Pero estaba muy atento conmigo; me dio el pésame y estaba claro que era un padre orgulloso. Me arrancó sin querer una sonrisa cuando, al tomar en brazos a su pequeño Jorge para enseñármelo, a la criatura se le escapó una ventosidad. Mamá, horrorizada, dijo:

—¿Se puede saber qué están haciendo comer a ese pobre niño?

Bertie respondió tranquilamente:

—Leche materna. Parece que el chico ha heredado mis intestinos

hanoverianos.

Alix también había ganado peso, pero a ella le aumentaba la belleza. Parecía satisfecha con su matrimonio. Me tomó bajo su protección y me dijo que no debíamos hablar de cosas serias; aquella era nuestra reunión y debíamos aprovecharla de la mejor manera posible. Y la mejor manera posible consistía en muchas comidas para hacerme engordar, partidas de naipes, lecturas de poesía y tocar el piano juntas. También hacíamos excursiones a nuestros diversos palacios, donde Mamá se enfadaba por lo sucias que estaban las ventanas, y yo me reí a carcajadas por primera vez desde la muerte de Nixa cuando Alix tuvo que dar una patada en el suelo para prohibir a Mamá ponerse a limpiar la suciedad en persona, recordándole que era reina y que tenía criados que se encargarían de ello.

Alix me curó. Consiguió con su presencia lo que no había podido conseguir nadie.

—Aunque estemos en pleno cataclismo, la vida sigue adelante —dijo, mientras las dos bordábamos el paño de un moisés para su pequeño—. Todavía eres muy joven y tienes muchas cosas por delante cuando hayas dejado atrás este tiempo de dolor.

—¿Como cuáles? —le pregunté— Yo soy... ¿cómo lo dicen los franceses? *Une demoiselle à marier*.

—Eso eres. Y lo cierto es que eres *une princesse* casadera. ¿Has pensado en ello desde...?

No pronunciábamos su nombre; era un acuerdo tácito entre las dos. Pero en aquel momento, arrullada por nuestras agujas e hilos y por los gorjeos de Jorge junto a ella, sentí de pronto el deseo de descargarme de mi secreto y de curarme la herida para poder volver a sentirme íntegra.

Le conté lo que me había pedido Nixa y lo que me había dicho Sasha.

Mi hermana abrió mucho los ojos.

—¿No se lo prometiste tú también?

Bajé los ojos.

—Debería habérselo prometido. Ahora lo lamento. Se marchó de este mundo sin mi promesa.

—No debes lamentarlo. Se estaba muriendo. No sabía lo que te pedía.

—No —dije en voz baja—. Sí lo sabía. Sasha se tomó sus palabras en

serio y no olvidó recordármelo. Nixa debía de desearlo de verdad.

—¿Y tú? —me preguntó ella, mirándome fijamente—. ¿Es eso lo que quieres.

—No lo sé. Supongo que no puedo saberlo, a menos que...

—A menos que te cases con él —dijo Alix—. Pero si descubres entonces que no es lo que quieres, ¿qué remedio te quedará? Sería impensable el divorcio o la separación.

Intenté esbozar una sonrisa.

—Sí; hay que evitar el escándalo. Mamá no lo consentiría.

—Entonces, debemos hacer averiguaciones. Tienes que conocer con certeza las intenciones de Sasha. ¿No ha habido correspondencia? ¿Ninguna petición formal, ni...? —Dejó la frase en el aire mientras yo negaba con la cabeza—. Claro que no —prosiguió—. O, si la ha habido, Mamá no te lo ha dicho. Ella no te dice nada hasta que piensa que estás preparada para oírlo. ¿Lo estás?

Me quedé callada.

—Sinceramente, no lo sé —dije por fin—. Supongo que, si tiene esa intención, deberé estar preparada. Nixa...

Me faltó la voz. Tragué saliva y me obligué a mí misma a seguir, a decir su nombre en voz alta.

—Nixa me sorprendió —dije por fin—. No quiero que me vuelvan a sorprender.

Mi hermana sonrió con tristeza,

—Lo comprendo —dijo.

* * *

Mamá confesó que había habido cartas. De hecho, la zarina y ella se habían cruzado muchas cartas durante el año oficial de luto. Hasta el mismo zar había manifestado su aprobación. Por lo que respectaba a Sasha, no había aventurado ninguna opinión en público; pero Mamá se apresuró a aclararme que el rumor de que había dejado a una amante suya era infundado. Ví que mi madre se arrepintió de sus palabras en cuanto hubo terminado de hablar. Estaba claro que el rumor tenía algún fundamento; con independencia de que

Sasha hubiera dejado a su amante en señal de constancia, a mí aquello me parecía prueba suficiente de que solo estaba comprometido con aquel matrimonio por un sentimiento de obligación. Pero Alix lo veía de otra manera. A ella le parecía claro que había tomado la determinación de dedicarse por entero a mí.

—Todos los hombres jóvenes tienen sus devaneos —me dijo—. Y muchos no los dejan nunca. Si él lo ha dejado, es una magnífica señal de su carácter. Te está esperando, Minnie. Ahora debes decidirte tú.

Se abstuvo de repetirme su consejo de que escuchara a mi corazón pero que usara también la cabeza; pero estaba implícito. Yo tenía ahora una segunda oportunidad para casarme con el zarévich y vivir en Rusia siendo su mujer, la zarevna. Una oportunidad como aquella no se volvería a presentar. Pero yo titubeaba, acosada por las dudas, hasta que Alix partió para Inglaterra, y tuve horas inacabables para reflexionar, noches sin sueño para representarme en la imaginación una y otra vez aquella escena en el lecho de muerte.

Mamá volvió a hacerse cargo de la cuestión.

—Está dispuesto a venir a hacernos una visita y exponer su propuesta en persona. No hará falta que te recuerde lo poco común que es esto.

Yo me estaba preparando para acostarme, cepillándome el cabello ante el espejo, pues había hecho retirarse a mi camarera, Sophie, ya que me parecía que nunca tenía mucho en que ocuparla. Mirando el reflejo de mi madre en el espejo, le pregunté:

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—No lo... —empezó a decir; pero se contuvo—. No te mentaré. Me lo dijo la zarina cuando estuvimos en Niza. Nixa había comunicado su deseo a Sasha y a ella. A mí no me pareció bien contártelo entonces. No estabas en condiciones de pensártelo.

Tal como me había imaginado. Dejé el cepillo del pelo.

—Es un bruto. Me habló entre dientes con silbido de serpiente, cuando su hermano todavía no estaba frío en aquella cama. —Mamá frunció el ceño, y yo proseguí—. ¿Qué crees que debo hacer?

Quería evitar sus preguntas, que me llevarían irremediablemente a desvelar que Nixa me había pedido lo mismo a mí y yo no le había dado respuesta.

—¿Qué te puedo aconsejar? Has sufrido tanto... —Soltó un suspiro—. No

es Nixa. Pero tampoco es desagradable. Quizá sea algo bruto, como dices tú, al menos en su aspecto externo; pero eso no es culpa suya. Sasha, como hijo segundo que es, se formó para servir en la Guardia Imperial. Nadie pensó que podría encontrarse en su situación actual.

—Como nadie pensó que yo me encontraría en la mía —dije yo.

—Así es. Pero podéis hacer mucho el uno por el otro. En un matrimonio el amor no lo es todo, con tal de que haya confianza y respeto mutuos. Y el amor puede ir surgiendo con el tiempo entre los que están comprometidos a alimentarlo. La zarina me asegura que Sasha está muy comprometido.

—¿Que haya dejado a una amante es prueba suficiente de su compromiso?
—le pregunté con sequedad, sin poderme contener.

Mamá me miró, pensativa.

—Comprendo tu aversión, Minnie. Me doy cuenta de que la muerte de Nixa ha sido muy dura para ti, y tú nunca has aceptado fácilmente los cambios. Pero, aun así, debes casarte, tener hijos, tener un hogar propio.

El tono de estoicismo de mi madre me hizo vacilar, a pesar de lo cual respondí con voz firme.

—¿Y basta con eso? ¿Tener un hogar e hijos propios, con la esperanza de que haya amor algún día? Yo sigo siendo princesa de Dinamarca; tú me lo has recordado muchas veces. Sin duda, casarme con un Romanov no es mi única oportunidad de ser esposa y madre.

Mamá suspiró.

—Eres muy joven todavía para entender las realidades de esta vida. Aunque no te casaste con Nixa, muchos te ven ya como a una viuda. Y no hay más que un zarévich.

Mientras yo vacilaba ante este duro recordatorio de que estaba comprometida, de alguna manera, por la muerte del hombre al que había querido, ella siguió diciendo:

—Casarte con Sasha te lo puede cambiar todo. Te puede dar una posición en la vida con la que serás una de las mujeres más importantes del mundo. Si llega el amor con el tiempo, será una bendición; pero el matrimonio en sí siempre será un gran honor —dijo, arrancándome una mueca, pues eran las mismas palabras con las que me había intentado forzar a aceptar a Nixa—. Un día será zar, si Dios quiere (Dios otorgue a su padre muchos años más de

reinado). Piensa en todo lo que puedes conseguir como zarevna suya y después como zarina. Podrías ayudar enormemente a Dinamarca. Una mujer puede gobernar, incluso desde detrás del trono.

Volví la vista por fin directamente hacia ella.

—¿Gobernar? Yo no quiero gobernar.

—Pero gobernarás. —La sinceridad de su voz me desconcertó de nuevo—. Eso deben hacer las esposas reales. ¿Acaso crees que tu padre sería el rey que es sin mí? Yo soy el acicate que lo impulsa. Soy sus ojos y sus oídos, su conciencia y su consejera. Sin nosotras, la mayoría de los hombres serían siempre niños. Nuestra familia ha llegado a ser lo que es por mí, porque yo no he dejado nunca de aspirar a más de lo que teníamos.

De pronto, lo comprendí.

—Willie... ¿Fuiste tú...?

—Sí. Conseguí la corona de los helenos para tu hermano apoyando su candidatura ante Victoria. Al fin, es mujer, aunque sea una de las pocas que pueden ejercer su poder abiertamente. Y es madre. Sabía que los griegos estaban pensando en Alfred como nuevo rey, y no quería que renunciara a ello. Pero aceptó de buena gana mi propuesta de ofrecer las islas Jónicas, valioso protectorado británico, para hacer cambiar los votos a favor de Willie. Esta es la influencia que puedes tener tú: tendrás influencia sobre las naciones y beneficiarás a tus descendientes... pero solo si eliges bien.

No esperó mi respuesta. Me dejó ante mi tocador, atónita y consternada. Pero también con admiración. Por primera vez en mi vida no veía en ella a la exigente de mi madre. Veía a una mujer que nos había labrado una situación partiendo de la nada.

Aunque yo no quería reconocerlo, ella había tomado mi decisión por mí. Me casaría con Sasha y asumiría mi destino, tal como había querido Nixa que hiciera.

Aunque no estuviera enamorada.

* * *

Llegó la confirmación oficial, con el sello del águila bicéfala de los Romanov en lacre dorado. Según la costumbre, debía casarme en noviembre,

que era el mes tradicional en que se celebraba la boda de un zarévich. Mamá puso en juego todos sus recursos y me obligó a pasar horas enteras de estudio diario con mi profesor de ruso y con el pope ortodoxo que habían enviado para que me instruyera en mi nueva fe. Alix escribió entonces para decirme que estaba embarazada de nuevo, del tercero, y la reina le había prohibido tajantemente que viajara, de modo que no podría asistir a mi boda en Rusia.

Mamá soltó un resoplido.

—A Victoria no le agrada tu boda, en vista de que rechazaste a su Alfredo.

Yo no hice ningún comentario. Me agradaba bastante haber fastidiado a Victoria de nuevo, aunque lamentaba que mi hermana debiera sufrir las consecuencias.

Mi partida llegó mucho antes de que estuviera preparada para despedirme. Viajé con tres damas de compañía y con mi doncella, Sophie, además de con una perrita de aguas llamada Beauty que me había regalado Papá.

—Para que tengas algo vivo de Dinamarca contigo —me dijo, arrancándome las lágrimas, cuando lo abracé antes de embarcar en nuestro yate real renovado, el Slesvig. Mi hermano, el príncipe real Federico, me escoltaría a Rusia como representante nuestro; pero Mamá y Papá habían puesto reparos a asistir en persona; no podían permitirse el gasto. El coste exorbitante de mi ajuar y de mi dote había agotado nuestro erario.

Entonces, la abracé. Después de todo lo que había pasado entre nosotras, en aquel momento ninguna de las dos éramos capaces de hablar. Mamá se apartó de mí susurrando: «Recuerda quién eres». Acto seguido, me dejó en manos de Freddie, que me acompañó a bordo.

En el puerto dos navíos de guerra rusos se cernían a nuestro lado como monstruos marinos de acero; eran mi escolta oficial hasta los dominios del zar. Los barcos dispararon salvas, y la banda de música de mi barco entonó nuestro himno patriótico:

*Nací en Dinamarca, ahí está mi hogar,
De ahí mis raíces, y allí está mi mundo.
Lengua danesa, dulce como voz materna,
Contigo resuenan los latidos de mi corazón...
¡Te amo, oh, Dinamarca, mi tierra natal!*

Canté el himno, acompañado de Freddie y de mis damas sobre la cubierta,
con Beauty en mis brazos. Se me partía el alma al abandonar mi patria.
Pero yo sabía que mi patria no me abandonaría nunca.



SEGUNDA PARTE



1866-1881

NOCHES BLANCAS

Это очень высокий к Богу
Это очень высокий до царя

*Dios está muy alto.
El zar está muy arriba.*
Proverbio ruso



CAPÍTULO 7

Entre los libros que me había enviado Nixa mi cuento favorito era una fábula según la cual Rusia brillaba con el tono rojo dorado del pájaro de fuego, porque un hechicero malvado, envidioso de la habilidad que tenía una niña campesina para tejer, le había arrojado una maldición. La había convertido en pájaro de fuego y había intentado raptarla. Pero cuando se la llevaba por el cielo, el pájaro de fuego había muerto y sus plumas habían caído desde lo alto y se habían esparcido por el país, cuyo suelo fértil las había absorbido y había reflejado su color en las hojas de los árboles rusos, en sus flores silvestres y en el traje tradicional de los *mujiks*, los campesinos.

Y yo descubriría que el rojo del pájaro de fuego era, en efecto, el matiz de Rusia; el rojo vivo de la sangre, de la salud, la prosperidad y la buena fortuna. Teñía todos los hogares, todos los puestos del mercado y todas las catedrales, donde los iconos venerados se iluminaban con lámparas de vidrio rojo colgadas de cadenas de filigrana. El rojo era también el color de las casas, de las troikas, de los carruajes y de los trineos. Rojo en la tracería de las puertas en forma de manzanas, tan apreciadas; en los hastiales de las casas, en los aleros de los tejados y en las fachadas; bordados rojos delicados en los pañuelos y en las mangas de los *sarafany*; escarlata vivo en los utensilios de madera revestidos de laca brillante, y elegantes ribetes de color rojo de sangre en los uniformes de los cosacos que desfilaban en procesión para celebrar mi llegada.

El rojo no era el único color de mi nuevo país. Mi llegada a San Petersburgo se adelantó a las primeras nieves y, en la nitidez cristalina del aire, aquella ciudad asombrosa a la que llaman la Venecia del Norte relucía con incontables matices iridiscentes (turquesa, verde pera, blanco marfil, azul etéreo y rosado pálido) en las cúpulas de las catedrales en forma de cebolla,

en las fachadas de los palacios y en los letreros caprichosos de las tiendas. Los puentes salvaban las aguas del río Neva y los múltiples canales para unir las islas a la tierra firme. Yo no había visto nunca nada como aquello. Mientras forzaba la vista para contemplar la ciudad desde la cubierta de mi barco, me dominaba el asombro. Nixa me lo había descrito; pero verlo así, en persona, me hacía sentirme como si hubiera llegado a un lugar extraño y maravilloso, a una visión del paraíso.

No me permitieron desembarcar. En vez de ello, el zar y la zarina, junto con mi prometido, Sasha, y sus hermanos, los grandes duques Vladimir, Alexis, Sergio y el pequeño Pablo, así como su hermana, la precoz gran duquesa María, subieron a mi barco para darnos la bienvenida a Freddie y a mí. Para mi gran sorpresa, el zar me presentó en persona una bandeja corriente de peltre con pan y sal, la bienvenida rusa tradicional, mientras ardía sobre el puerto un enorme castillo de fuegos artificiales que convertía el cielo de la noche en un firmamento que resplandecía.

Al día siguiente, nos llevaron por la ciudad en carruajes descubiertos, escoltados por húsares a caballo. El pueblo aclamaba y caía de rodillas cuando pasaba el zar, como si fuera un dios. Sus gritos de «¡Dios salve al zar!» nos atronaban; a mí me parecían prueba del amor profundo que sentían los rusos hacia sus monarcas. Pero la zarina se volvió hacia mí en nuestro carruaje y me dijo:

—Para el pueblo tu llegada es un buen presagio. Has venido a nosotros en el mes de la festividad de la Cruz, cuando cayó del cielo la cruz de San Andrés.

Yo sonreí con desconfianza. Aquello me pareció una superstición y yo me había criado en la fe luterana, en la que no había lugar para la idolatría. Pero quería ver más, explorar aquella ciudad magnífica. Para mi desilusión, inmediatamente después de la procesión regresamos al puerto y embarcamos en el lujoso yate imperial, el Alexandria, que había fondeado por la noche junto a mi barco.

Navegamos por el golfo del Mar Báltico próximo a la ciudad hasta llegar a la residencia de verano del zar llamada Peterhof un conjunto imponente de palacios construidos sobre un acantilado alto, junto al mar. Yo no me hacía cargo de su extensión, con sus inmensos jardines formales y señoriales y su

variedad de fuentes con cascadas. Aunque el palacio principal en sí no era tan grande en realidad (solo tenía treinta habitaciones), a mí me parecía que en su comedor, decorado con frescos, podría caber toda Dinamarca.

Desde Peterhof seguimos tierra adentro, en tren privado, hasta el suntuoso palacio de Catalina, de colores azul cielo y dorado, en el pueblo de Tsarskoye Selo, otra suntuosa residencia veraniega rodeada de jardines de belleza plácida. Allí pasamos seis días. A esas alturas, yo ya estaba agotada y necesitaba desesperadamente un respiro; mi cabeza era un torbellino de impresiones y de emociones enmarañadas. Me sentía empequeñecida por la grandiosidad de mi entorno, por darme cuenta de que había llegado a un país cuya riqueza superaba con mucho nada que hubiera conocido yo; pero me inquietaba todavía más mi impresión de que si bien el zar y la zarina estaban encantados de mi venida, Sasha no lo estaba.

Apenas me había dicho una palabra. Compensaba su silencio su locuaz hermano Vladimir, que me acompañó a una visita vertiginosa del palacio de Catalina y del palacio de Alejandro contiguo, con sus amplios salones de mármol, cámaras pintadas y salas. Vladimir me enseñaba con orgullo el conjunto ostentoso de habitaciones formales llamado la Enfilada Dorada, donde había un salón de baile impresionante, lleno a rebosar de tracería barroca dorada y de arañas de cristal.

Me detuve con asombro en el salón de Ámbar. Esta cámara, revestida por completo de paneles esculpidos en ámbar, con fondo de espejos y pan de oro, emitía un brillo sobrenatural de color azafrán. Mientras yo me esforzaba por imaginarme los costes y los años de trabajo artesano que habían hecho falta para construir una maravilla como aquella, tocando con cuidado un panel translúcido rematado por un ángel de estuco bañado en oro, Vladimir me dijo:

—Este salón fue un regalo que hizo a Pedro el Grande el rey de Prusia Federico Guillermo I. En un principio se construyó para el Palacio Real de Berlín; pero Pedro lo admiraba tanto que el rey se lo ofreció en prenda de su alianza. La emperatriz Isabel, hija de Pedro, lo hizo instalar aquí. Se ha ido ampliando a lo largo de los años. Ahora hay más de seis toneladas de ámbar en este salón.

—Pero ¿el ámbar no se quiebra con facilidad? —dije—. ¿Cómo pudieron crear los artesanos esta obra?

—El ámbar se vuelve flexible cuando se calienta con cuidado en un baño de aceite —me explicó Vladimir—. Se pueden unir sus piezas recubriendo las superficies con aceite de linaza, calentándolas y presionándolas juntas mientras están calientes. Los Romanov no reparamos en gastos —añadió, riendo—. Si esto te impresiona, espera a ver nuestro palacio de Invierno, en San Petersburgo.

—Así debe de ser Versalles —susurré. Era el único palacio que se me ocurría que se le pudiera comparar. Había oído muchas historias sobre la residencia legendaria del Rey Sol francés.

Sasha, que nos seguía los pasos, haciendo retumbar con sus botas el suelo con incrustaciones de marquetería, murmuró:

—¿Ves esto?

Y cuando me volví hacia él, sorprendida, levantó el puño.

—Aquí, en esta sencilla mano rusa, podría doblar todo Versalles como una herradura —dijo.

—¿Sí? —Me agradaba tanto oírle hablar, que apenas tenía importancia lo que dijera—. Eso me gustaría verlo.

Vladimir se rio.

—No lo tienes, que lo hará —dijo.

Aquella misma noche, durante la cena de gala, Sasha tomó ante toda la corte una bandeja de plata y, mirándome sin pestañear, la retorció entre los dedos como si fuera de arcilla. Echó a un lado la bandeja doblada y anunció.

—De este modo, Rusia no tiene nada que envidiar a ningún país.

—Quiere impresionarte —dijo Vladimir cuando me acompañaba al salón de baile—. Teme parecerte un mal sustituto de Nixa.

Yo no respondí, aunque me desconcertaba que Sasha creyera que podía ganarse mi afecto haciendo exhibiciones públicas de fuerza muscular. Resistiendo una punzada de nostalgia abrumadora que me sobrevino al pensar en casarme con un hombre capaz de tal acto, me entregué a la euforia de la danza. Allí podía brillar. Había practicado tanto que apenas estaba cansada después de haber bailado dos cuadrillas y mi favorita, la viva mazurca polaca.

—Te ganarás todos los corazones de los rusos bailando de este modo —jadeó Vladimir, con el rostro enrojecido y sudoroso—. En Rusia saber bailar es una prenda que no conviene infravalorar. Parece ser que Dinamarca

tampoco tiene nada que envidiarnos.

Me sobrevino el pensamiento de que era una lástima que no fuera él mi prometido, pues Sasha se pasó todos los bailes sentado; seguía el ritmo de la música dándose palmadas en el muslo y golpeando el suelo con el pie, pero sin hacer nada por acompañarme.

Al día siguiente regresamos a San Petersburgo en tren privado.

Fuimos en landós descubiertos por la ancha avenida llamada avenida o *Prospekt* Nevski hasta el palacio de Invierno. La ruta estaba abarrotada de nuevo por el público, que nos aclamaba y se quitaba la gorra cuando nos veía. Sasha iba sentado a mi lado en silencio, con su uniforme azul de la Guardia Imperial que le daba un aspecto más esbelto; con el bigote ralo que le contrastaba con la mandíbula pétrea y con un aire de reserva en los ojos grises azulados, algo protuberantes, como si todas las ceremonias que nos rodeaban fueran un aburrimento que debía soportar.

Cuando nuestros carruajes atravesaron velozmente la Puerta de Narva, que conmemoraba la victoria de Rusia sobre Napoleón, y entraron en la extensa plaza del Palacio, dominada por el obelisco de Alejandro I, de granito rojo, que estaba en su centro, me quedé sin aliento.

Se levantaba ante mí el palacio de Invierno.

El palacio se ceñía a la orilla del río y llegaba hasta donde me alcanzaba la vista. Era un coloso bermellón brillante, interrumpido por pilastras blancas con coronas de oro. Cuando el sol cobraba fuerza, resplandecía sobre el palacio y convertía las enormes ventanas oblongas, con marcos blancos, en estanques reflectantes. Me cubrí los ojos y alcé la vista hacia el alero del tejado, erizado de estatuas de bronce. Podría haber parecido sobrecargado, una monstruosidad barroca; pero, de alguna manera, era casi airoso, como salido de un cuento de hadas.

—Más de mil habitaciones —dijo Sasha.

Sobresaltada, me volví hacia él.

—¿Cómo hace la gente para encontrarse? —pregunté.

—Se las arreglan. No viviremos aquí. Cuando estemos casados, residiremos en el palacio Anichkov. Está cerca, pero no demasiado cerca. Yo prefiero estar a cierta distancia de la corte.

Sentí que mi sonrisa era tibia. ¿Pretendía tranquilizarme?

Entramos en el palacio, anunciados por los sonoros clarines dorados de los heraldos. El interior era más imponente todavía: salones de alabastro interminables revestidos de espejos; galerías con bosquecillos de pilares de lapislázuli, de ónice y de malaquita, y escalinatas hechas de mármol resbaladizo de color nata montada, por las que a mí me costaba trabajo subir con mis pesadas faldas de lana.

Sophie me seguía apresuradamente, mientras Beauty tiraba de su correa. De pronto, cuando llegamos a lo alto de una escalera, el grupo se dividió. Los hombres fueron en una dirección, y las mujeres, encabezadas por la zarina, me llevaron al ala oeste, laberíntica, hasta una serie de aposentos de brocado rojo, con sillones y sofás tapizados, escribanías y mesas doradas y una cama con dosel en la que podrían dormir diez personas. No pude por menos que quedarme mirándola, recordando cómo nos habíamos acurrucado en invierno Alix y yo en nuestros camastros destartados, tras haber metido lana en las grietas de las ventanas para cortar las corrientes.

La zarina se quedó conmigo mientras sus damas desaparecían en una antecámara. Yo estaba sin fuerzas; el sudor me corría bajo el abrigo que me llegaba hasta los tobillos. De alguna manera, ya estaban allí mis posesiones, amontonadas en un rincón. Aquel conjunto lastimoso de baúles parecía un hormiguero pisoteado, por comparación con la opulencia que acababa de ver yo. Me hacía sentirme como una mendiga; de repente, tuve que morderme los labios para contener un mortificante arrebató de lágrimas.

Beauty ladró mirándome con sus ojos oscuros y húmedos, con la lengua colgando.

—Tiene sed —dije a Sophie, que parecía tan desconcertada como yo—. Lleva horas sin beber nada.

—*Eau pour le chien* —ordenó la emperatriz. A los pocos instantes, entró una de las mujeres de la antecámara con una palangana, que dejó ante mi perrita de aguas. Ésta se puso a beber, salpicando de agua la suntuosa alfombra roja.

—También tú debes de tener sed y estar cansada —dijo la zarina. Aquel gesto suyo de reconocer mi incomodidad con voz suave me hizo asomar las lágrimas a los ojos. Pestañeando entre una neblina líquida, susurré:

—Yo... yo no sé qué hacer, majestad.

—Oh no —dijo, acercándose a mí—. Aquí, nada de majestades. Soy María, sin más.

Me tomó entre sus brazos y me puso en la nuca su mano fresca. Cuando apoyé la cabeza en su hombro huesudo, sentí tanto la ausencia de mi madre que se me escapó un sollozo ahogado.

Ella extrajo un pañuelo del bolsillo de su falda y me secó las mejillas.

—Ya... ya. Si quieres, le visitaremos mañana. Iremos juntas a presentarle nuestros respetos.

Había interpretado mal mi pena. Creía que lloraba por Nixa, cuando, para mi vergüenza, apenas pensaba en él, mientras añoraba mi hogar más de lo que había creído posible.

Asentí con la cabeza.

—Sí... quisiera... verle.

—Está en la fortaleza del otro lado del río, en la catedral de San Pedro y San Pablo.

Retiró la mano de mi cuello y me asió la mía; ahora tenía los dedos helados, como si el hablar de su tumba le hubiera absorbido todo el calor del cuerpo. Aunque le temblaba la voz, le aprecié un matiz acerado.

—Te adaptarás con el tiempo. Venir a este país nunca es fácil; pero nos adaptamos, hija mía. Tenemos que adaptarnos. No te dejes abrumar. Ahora eres una Romanov. Debes aceptar tu papel y asumirlo. Es la única manera de sobrevivir.

Me soltó.

—Me ocuparé de que estés atendida como es debido —me dijo—. Tienes que preparar muchas cosas en los próximos días: tu conversión a nuestra fe, tu ajuar y la boda en sí. —Se apartó de mí con una sonrisa mustia—. Sé que nos sorprenderás a todos.

Cuando la zarina pasó a la antecámara, Sophie se apresuró a asistirme. Cuando intenté desabotonarme el abrigo, tenía los dedos entumecidos dentro de los guantes, a pesar de que en el cuarto (y, de hecho, en todo el palacio) hacía un calor sofocante. Estaba caldeado con una inmensa *pechka* de azulejos que había en un rincón, la ingeniosa estufa rusa sobre patas con forma de garras que emitía un calor ardiente, como un horno de cerámica diabólico. Me parecía que me iba a ahogar si no me despojaba inmediatamente de algunas

capas de ropa más.

Entró en el cuarto una mujer joven, esbelta, de cabellos cobrizos y rostro interesante, aunque no hermoso. Hizo una reverencia.

—Soy Alejandra Apraxina, princesa Obolenski. Mi marido, el príncipe, es jefe de la casa imperial de su alteza imperial. Ejerceré de dama de compañía principal de vuestra alteza. Si a vuestra alteza le place, puede llamarme Tania en privado —añadió con una sonrisa.

Aquella informalidad suya inesperada me arrancó un suspiro de alivio.

—Y tú me llamarás Minnie.

—Minnie —repitió ella con cuidado, pues era un nombre que no le resultaba familiar. Acto seguido, ayudó a Sophie a despojarme del abrigo, el sombrero, los guantes y el manguito, y a continuación se puso a abrir mi equipaje mientras yo, sentada en una de las incómodas butacas de brocado rojo, veía cómo fruncía los labios cuando alisaba mis prendas de lino arrugadas.

—Me temo que mis encajes no serán tan finos como los que debéis de tener aquí —me aventuré a decir. De hecho, estuve a punto de decir que nada de lo que había traído (a excepción de mis vestidos parisienses, en sus cajas forradas de satén) debía de ser tan fino como cualquier cosa que tuvieran ellos aquí.

—No importa —dijo Tania—. Su majestad imperial ya se ha encargado de ello. Es costumbre que el zar proporcione un ajuar a su nuera. Solo falta que lo inspeccione vuestra alteza.

—¿Hoy?

No soportaba la idea de afrontar una nueva prueba de la penuria de mi familia.

—Mañana por la tarde, tras la visita de vuestra alteza a la fortaleza de Pedro y Pablo con su majestad —dijo ella. Dio instrucciones a Sophie sobre cómo debía guardar mis cosas; aunque a esas alturas yo pensé que más valía que lo tiraran todo, salvo mis vestidos de Worth.

Me subí a Beauty al regazo de un tirón y hundí el rostro entre su pelaje. Olía al frío exterior y al aceite de linaza que impregnaba las maderas del palacio. Intenté en vano encontrar en ella el aroma de mi casa, captarlo en mi memoria, dominada por el temor a olvidarlo demasiado pronto.

Pero si bien ella era algo vivo de Dinamarca, ya solo olía a Rusia.

CAPÍTULO 8

Era una tumba sencilla ante el iconostasio fastuoso: un sarcófago de mármol blanco, protegido por rejas de hierro forjado, con su nombre y sus fechas grabados en una placa en la baranda; el sarcófago en sí estaba adornado con la curiosa cruz ortodoxa de travesaño triple, en oro.

La gran duquesa María había insistido en venir con nosotros y había charlado sin cesar de todo lo que se le venía a la cabeza durante el viaje por el puente que cruzaba el Neva hasta la isla Zayachy, donde ascendía sobre el resto de la ciudad la aguja de la catedral, rematada por un ángel. Pero en el momento en que entramos en la iglesia inundada de incienso, donde ardían los cirios con llamas temblorosas y los iconos nos miraban bajo el techo abovedado, de color verde lima, con frescos que representaban a un Cristo de largos dedos, María se quedó callada y tomó la mano de su madre.

Nos arrodillamos ante la tumba. No había reclinatorios ni cojines para las rodillas (durante los servicios religiosos ortodoxos la congregación estaba siempre de pie), y con nuestras capas y vestidos de color oscuro pasamos desapercibidas entre las mujeres de edad avanzada ataviadas con chales, que encendían cirios y rezaban cerca de nosotras.

Yo había llevado una corona de rosas del palacio, donde había, al parecer, un suministro constante de las mismas, dispuestas en floreros sobre las mesas y en cubos de mármol en los pasillos. Dejé la corona junto a la tumba y susurré por él la oración ortodoxa que me había aprendido cuidadosamente.

Oí llorar a la zarina.

Cuando regresábamos más tarde al palacio había en el aire un frío invernal y las aguas del río estaban agitadas. La gran duquesa María me preguntó:

—¿Quisiste mucho a mi hermano Nixa?

—Sí —dije, sonriendo para disimular la pena que me había evocado

aquella pregunta—. No lo conocí mucho tiempo, pero fue muy bueno conmigo. Íbamos... íbamos a casarnos.

—Pero te casarás con Sasha en su lugar —dijo ella, frunciendo el ceño—. ¿Lo quieres a él también?

La emperatriz miraba hacia el río sumida en sus reflexiones y parecía que no atendía a la conversación. Pero yo le eché una ojeada rápida, sorprendida por la sagacidad de su hija.

—Lo querré —dije por fin—. Es mi deber de esposa.

María se lo pensó.

—Bueno, si quieres a mis hermanos, entonces tú y yo debemos ser hermanas —dijo.

Me incliné hacia ella y le dio un beso en la mejilla.

—Entonces, lo somos —dije en voz baja.

Mi ajuar, como todo lo demás, tenía una abundancia abrumadora. Llenaba un salón entero; estaba dispuesto sobre mesas cubiertas de paños y vigilado por los turcos con turbante que custodiaban al zar. Había capas de marta cibelina, de armiño y de lince; abrigos, mantos, chaquetas y batas; botas de cuero repujado y guantes forrados de piel; chales coloridos, medias delicadas de seda y ropa interior exquisita, también de seda, y montones de esos pañuelos de encaje que estaban en todas partes y que eran esenciales para una novia rusa. Su gran calidad confirmaba que, en efecto, estaban por encima de todo lo que yo tenía; aunque dudaba de que fuera capaz de sonarme la nariz con ellos.

—¿Lo debo inspeccionar *todo*? —pregunté a Tania, consternada. La zarina se había retirado a sus aposentos; su tos persistente me hizo temer que hubiera contraído unas fiebres con la inquietud de la visita a la tumba de Nixa. Pero María me acompañó, revolviendo entre las mesas, toqueteando las prendas como si fueran juguetes y haciendo muecas a los guardias de rostro pétreo.

—En absoluto —dijo Tania—. Ni nada, si vuestra alteza lo aprueba.

—Lo... lo apruebo —dije, vacilante; a pesar de lo cual pasé varias horas examinando el ajuar, cautivada por su riqueza y consciente de que se lo debía todo a mi suegro, el zar.

* * *

Las semanas siguientes estuvieron dedicadas a actividades planificadas según un horario estricto, desde que me despertaba hasta la hora en que me dejaban derrumbarme en mi cama con la cabeza dándome vueltas.

Mi conversión al cristianismo ortodoxo consistió en un rito sombrío de dos horas en el que me vi obligada a abjurar de mi fe luterana y a maldecirla escupiendo tres veces, mientras me ahogaba con las nubes de incienso que se elevaban de los incensarios que oscilaban suspendidos de sus cadenas a mi alrededor. Como tenía que someterme a ello, yo razonaba para mis adentros que lo importante era tener fe en Dios y no cómo se practicara esta. Tras haber asumido mi nuevo nombre ruso, María Feodorovna (patronímico que significa «Don de Dios» y que suelen adoptar la mayoría de las esposas de origen extranjero), me ungiéron y me llevaron a besar los iconos, antes de tomar mi primera comunión ortodoxa.

En la fiesta de gala que se celebró aquella noche en mi honor me presentaron por primera vez, por real decreto, con el nombre de Su Alteza Imperial la Gran Duquesa María Feodorovna. Llevaba un vestido azul con los hombros descubiertos, con una banda blanca de satén y un broche de zafiros estrella, y lucía en la cabeza el tocado ruso tradicional, el *kokoshnik* en forma de media luna, reluciente de diamantes y de perlas. Cuando empezó el baile, ya sentía que mi atuendo me pesaba como si fuera de plomo. Pero bailé con él, y me enorgullecí de ello.

Pero lo que me resultaba absolutamente incomprensible era el ritual de la ceremonia de boda que ensayaba con el altivo maestro de ceremonias de la corte, quien se tomaba como un insulto personal mi falta de conocimientos. Tania no se apartaba un momento de mi lado, asesorándome, traduciendo al francés cuando el maestro de ceremonias, malhumorado, empezaba a hablar en alemán. Yo no me había molestado nunca en aprender el alemán tan bien como debería, teniendo en cuenta que en la corte de los Romanov lo hablaba casi todo el mundo, además del francés. En realidad, el único idioma que yo oía rara vez era el ruso. Tania me dijo que no lo hablaban en la corte para nada, lo que me hizo preguntarme por qué evitaban usar su lengua materna.

Pero yo sabía, por mis lecturas laboriosas de historia, que Pedro el Grande

había aspirado a acercar Rusia más a Europa y que sus sucesores habían mantenido esta tradición. La estirpe Romanov ya ni siquiera era rusa del todo; Catalina la Grande había nacido en Polonia y había entrado en la familia Romanov por matrimonio, antes de organizar un golpe de estado para hacerse con el trono. La corte imperial funcionaba como cualquier otra de Europa en cuanto a formas y modo de vida; solo que en Rusia su magnificencia estaba entreverada de costumbres eslavas ancestrales que se esperaba que yo aprendiera con toda su complejidad. Y mientras me esforzaba por dominarlas, quisiera haber contado con alguien en quien confiar. Aunque mi hermano seguía allí, estaba ocupado con sus propias obligaciones en calidad de príncipe real representante de nuestra nación y solía estar ausente haciendo visitas por la ciudad, con Vladimir y los funcionarios del zar. Y yo apenas veía a Sasha, salvo en las cenas de gala y en las recepciones. Estaba claro que él marcaba distancias, lo que no hacía más que avivarme la angustia. Nunca me había sentido tan mal preparada ni tan sola. Después de los banquetes y de las galas, en la soledad de mi cuarto, me rendía a la desesperación. ¿Cómo iba a sobrevivir? ¿Cómo podía honrar a Dinamarca siendo la esposa de un hombre al que apenas conocía y que algún día, ojalá muy lejano, sería zar a su vez?

La mañana del 9 de noviembre, que amaneció con las primeras nieves, me condujeron por fin al salón de Malaquita para someterme a aquella prueba.

Tardaron tres horas de suplicio en ataviarme con mi atuendo de novia. Mientras el peluquero, al que habían contratado especialmente para la ocasión, formaba con mis cabellos oscuros los rizos que habían gustado a Catalina la Grande, yo veía en el espejo de cuerpo entero (que había sido de la sobrina de Pedro el Grande, y que era el único espejo que podía usar una novia Romanov) cómo sumergían a Dagmar de Dinamarca en pliegues de seda plateada y en el manto carmesí con ribete de armiño. Tenía posada en la cabeza la diadema de Catalina la Grande con su pieza central, el diamante rosado, y rematada por los arcos de diamante de la corona y el plateado velo de novia. En las muñecas y en el cuello llevaba brazaletes de joyas y sartas de perlas.

El efecto era cautivador; pero aquello era tan pesado que tuve que poner a prueba mi resistencia cuando el zar y mi hermano me escoltaban en la marcha procesional hasta la capilla real. Por debajo de todo mi esplendor, estaba

empapada de sudor; tan nerviosa que vacilé, sintiéndome mareada por un momento, cuando subí al estrado tapizado de rojo junto a Sasha, que llevaba el uniforme azul y plata de su regimiento.

Él, sin alterar el gesto, me tendió una mano para sostenerme. Me quedé inmóvil, como paralizada, al recordar cómo me había sostenido tras la muerte de Nixa.

Se lo he prometido. Recuérdalo.

El metropolitano recitaba el servicio religioso mientras nosotros rodeábamos el altar tres veces. Me pregunté qué sentiría Sasha, obligado a casarse conmigo por una promesa que había hecho a su hermano en su lecho de muerte. Mientras dirigía miradas discretas a su perfil inexpresivo, me preguntaba si me apreciaría mínimamente o si llegaría a aborrecerme por haberle estropeado la vida, por haberle hecho asumir sus deberes no solo como zarévich sino como esposo mío, responsable de engendrar herederos en mí, responsable de mi felicidad y de mi bienestar; de una mujer que había querido a su difunto hermano y a la que él no quería.

Seguía pensando en esto cuando concluyó la ceremonia. Se recitó la oración por la familia imperial, en la que se incluía mi nombre. El zar y la zarina se adelantaron para besarnos en las mejillas. La zarina me susurró:

—Recuérdalo: ahora eres una de nosotros.

En el exterior las salvas de cien cañonazos con las que se hacía saber al pueblo que tenían una nueva zarevna hacía vibrar las ventanas del palacio. Nos llevaron por la enfilada de pasillos, pasando ante cortesanos que nos hacían reverencias, hasta un balcón con colgaduras de terciopelo rojo que dominaba la plaza. Cuando salimos al aire helado por el que flotaba la nieve, el pueblo que se había reunido a nuestros pies (una masa anónima, miles y miles hasta donde yo alcanzaba a ver con mis ojos deslumbrados) entonó una sonora aclamación. Yo no entendía al principio lo que decían; pero, de pronto, con emoción repentina, comprendí las palabras rusas:

—¡Dios guarde a nuestra zarevna!

En aquel instante, contemplando al pueblo de mi nuevo país adoptivo que gritaba el título que me acababan de otorgar, me invadió una oleada de calor que eliminó el frío del aire. Aquello era inexplicable, inesperado; pero yo comprendía que, al casarme con el príncipe heredero de Rusia, había hecho

algo más que vincularme a un desconocido. Me había vinculado a una dinastía y a un imperio, a las mujeres que me habían precedido durante siglos y que habían cumplido su deber para su país. Yo ya no era la hija empobrecida de una familia antes insignificante, una princesa sin poder. Ahora era, en efecto, una Romanov, con todos los desafíos, los privilegios y las obligaciones que tenía aparejados mi categoría.

—Demuestra a la Madre Rusia que tú también la amas —me dijo Sasha. Me tomó de la mano y alzó nuestros brazos unidos, mientras los gritos del pueblo nos llegaban en forma de aclamación entusiasta.

—¡Dios guarde a vuestra alteza imperial!

Yo ya no era Dagmar de Dinamarca. Ahora era su alteza imperial María Feodorovna.

Me permitieron quitarme el manto antes de la recepción. Libre de aquella carga, esperaba con interés aquella fiesta de gala a la que asistirían toda la familia imperial y centenares de miembros de la aristocracia, todos los que habían conseguido las ansiadas invitaciones que les permitirían sentarse en las mesas de comedor del salón de Nicolás, con sus candelabros, sus columnas corintias y sus ventanales inmensos. Siguiendo la costumbre, nosotros no cenamos con los invitados; comimos en un salón aparte y después el zar fue a alternar con sus invitados, que tenían prohibido ponerse de pie en su presencia. En vista del protocolo estricto por el que se regía todo lo demás, aquella muestra de informalidad me pareció curiosa.

Las presentaciones fueron interminables. La zarina había proporcionado a Tania la lista de invitados y esta me había instruido sobre la pronunciación correcta de los nombres, los títulos que les correspondían, y diversos datos sueltos de información personal, tales como la graduación de un hijo mayor en el regimiento de Preobrazhenski, o la boda reciente de una hija. A mí me parecía que esta sobrecarga de conocimientos se me iría de la cabeza en seguida; pero descubrí que lo recordaba todo a medida que se iba presentando ante mí cada noble con su esposa. Y advertí que les hacía una impresión favorable, pues mis preguntas les encantaban.

—Un comienzo excelente —me susurró Tania antes de que yo me dirigiera

al salón donde comeríamos, siguiendo al zar—. No olvidarán lo atenta que ha estado vuestra alteza. Correrá la voz; en la alta sociedad no hay cosa que corra más deprisa que los chismes. Cuando empiece la temporada social, todos estarán ansiosos de invitarla. Así es como vuestra alteza se hará dueña de la sociedad: nombre a nombre y recepción a recepción.

Aquello parecía cansado; pero lo cierto era que yo llevaba más de doce horas de pie y me moría de hambre. Hasta el propio Sasha, que había estado a pie firme a mi lado durante las presentaciones, me echó una mirada rápida cuando atacé el primer plato, que era de venado asado con salsa de ciruelas.

—Veo que tu apetito no es remilgado.

—¿Debería serlo? —pregunté, con el tenedor detenido a medio camino de la boca.

—En Versalles, puede ser —repuso él—. Aquí no.

Después de haber saciado nuestro apetito, pasamos a un salón contiguo para el baile, que abrimos Sasha y yo con una mazurca. No fue fácil. Él me pisaba los pies y parecía que ser el centro de atención lo incomodaba. En cuanto terminó la pieza, me llevó a un lado. Pero entonces se presentó ante mí Vladimir, con las mejillas rojas por el vino; me hizo una reverencia y, mientras Sasha nos fulminaba con la mirada, yo concedí el baile a su hermano, cuyo garbo airoso nos abría camino entre las demás parejas del baile. Aquello prosiguió hasta bien pasada la medianoche y me dejó fortalecida. El baile siempre me había producido un efecto saludable. Y ahora que había recuperado la vitalidad, tendría que afrontar la prueba siguiente: mi noche de bodas.

Según la tradición, el novio y la novia Romanov debían pasar su primera noche lejos de la corte, en la *dacha* privada del zar. Yo había albergado la esperanza de que se pasara por alto aquella costumbre, en vista del frío y de la nieve; pero no fue así. Acompañados por nuestro nuevo séquito, a Sasha y a mí nos metieron en un carruaje tirado por ocho caballos veloces y nos llevaron a velocidad desenfrenada desde la ciudad hasta el campo. La noche rusa se derramaba sobre el mundo como tinta; cuando nos aproximábamos a la finca, iluminada con antorchas, oí aullar a un lobo en alguna parte de aquella vasta extensión despoblada y nevada.

Nos recibieron con la ofrenda tradicional de pan de centeno y sal. Tania me

llevó a unos aposentos privados, donde me despojaron de mi vestido y me pusieron uno de los camisones bordados de mi nuevo ajuar. Después, me llevaron a la cámara nupcial, adornada con guirnaldas y con la cama sobre un estrado plateado. Después de que besara el icono sagrado que me acercaron a los labios, me metieron entre las sábanas, húmeda del agua bendita con que me habían asperjado, y me dejaron sola.

Me puse a esperar, oyendo los latidos de mi corazón. Seguí esperando. Tiré de la voluptuosa colcha de piel de oso, me envolví con ella y estaba a punto de quedarme dormida cuando se abrió la puerta. La habitación estaba a oscuras, pero lo acompañaba alguien que llevaba una vela y vi recortada en el umbral su figura enorme. Cuando entró, tuvo que bajar la cabeza para no darse con el dintel.

—¿Y bien? —dijo Sasha, plantándose ante mí con los brazos en jarras.

Me quedé tan atónita que me faltaron las palabras. Llevaba puesto un turbante como los de la guardia turca, rematado con una pluma de pavo real. Cubría su figura corpulenta una bata de tonos metálicos que parecía una armadura. Me incorporé en la cama y él se adelantó produciendo un tintineo. Iba calzado con unas babuchas orientales en cuyas puntas curvadas había unos cascabeles.

Intenté contenerme. Sentí que se agitaba dentro de mí una descarga incontrolable de fatiga, incredulidad e hilaridad; y, antes de que pudiera controlarla, se me soltó la risa y cuando hube empezado a reírme no fui capaz de parar. Se me saltaban las lágrimas y me rodaban por las mejillas mientras él se quedaba allí plantado, aturdido, palideciendo, primero, y después irritado, entornando los ojos.

—Es la costumbre para la noche de bodas del zarévich —gruñó—. ¿Te vas a reír de mí?

Me puse seria de inmediato al recordar cómo había retorcido con las manos aquella bandeja de plata.

—Reírme de ti, nunca —dije—. Pero debes reconocer que es... inesperado.

—Soy un bufón —dijo, lanzando una mirada furiosa hacia la puerta, que su acompañante invisible había cerrada después de que entrara él, dejando antes la vela en una mesilla—. Ese cursi del maestro de ceremonias se va a arrepentir de esto. Le dije que no me importaba que fuera la costumbre. No

estoy dispuesto a que...

—No te preocupes por la costumbre —dije, acercándome hacia él en la cama—. Ven aquí, Sasha.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre de manera íntima y observé el efecto que le hizo, cómo bajaba los ojos mientras tomaba puñados de aquel atuendo ridículo.

Yo estaba tan poco preparada para aquel momento como él. Todos los rituales que enmascaraban nuestro matrimonio fuera de aquellas paredes no nos servirían de nada en aquella situación. Allí éramos marido y mujer y debíamos hacer lo que hacían las parejas casadas. Yo no ignoraba del todo los requisitos, pero él tenía ventaja. Si eran ciertos los rumores, había tenido una amante. Yo estaba intacta.

—Si te ríes, no —dijo—. Si te ríes, te...

Dejó la frase en el aire y cayó en un silencio incómodo, como si no supiera bien qué podía hacer sin perder la dignidad. Aquello me agradó. Me agradó que, aunque podía ser zafio, no carecía de sensibilidad.

—No me reiré —le prometí; y él, como quien se dispone a arrojarle de cabeza al agua helada, tomó la bata y se la quitó por encima de la cabeza, haciendo caer el turbante al mismo tiempo y dejando ambas prendas en el suelo con estrépito. Debía de ser pesado; el camión de lino que llevaba debajo estaba húmedo, pero cuando se subió a la cama no percibí ningún olor, ni el menor asomo de sudor. Olía a limpio, como a jabón.

Se había bañado antes de venir conmigo.

Nos quedamos acostados uno junto al otro, sin movernos; hasta que le oí decir:

—Sé que todavía no me quieres, pero ojalá podamos...

—¿Sí? —dije, volviéndome hacia él. La vela parpadeaba y daba poca luz. Entre las tinieblas que nos rodeaban, su perfil parecía un grabado. Yo podría haberlo seguido con los dedos.

—Ojalá podamos intentarlo —dijo—. Quiero que seamos felices, María.

—Minnie —dije yo—. Todos me llaman Minnie.

Él guardó silencio. Dijo por fin:

—Prefiero llamarte Manya. Aquí quiere decir María, pero también puede significar «rebelde»... Me lo recuerdas.

No pude menos de sonreír.

—También mi padre me llamaba «rebelde». Me quedo con Manya. Y, Sasha... —añadí—. Yo también quiero que seamos felices.

¿Qué otra cosa podía decir? Estábamos casados. Nixa ya no estaba. Yo no quería que la sombra del amor que había sentido por él se interpusiera entre nosotros. Había tomado mi decisión. Aquel era el hombre con el que me había comprometido, para bien o para mal, en la salud y en la enfermedad, para amarlo y respetarlo. Él me necesitaba a mí tanto como yo a él; estaba tan atado a nuestro vínculo como yo.

Extendió la mano hacia mí para tocarme el pecho con prudencia. Yo cerré los ojos. Me acarició, acercándose a mí, un hombre tan grande reducido a una ternura insegura, titubeando antes de apoyar los labios sobre los míos. Nuestro primer beso de verdad. No me despertó ninguna pasión, pero tampoco me resultó desagradable. Tenía el aliento limpio, como el cuerpo.

Sentí su excitación contra mi muslo. Murmuró:

—Eres tan pequeña... Como una niña. No... no quiero hacerte daño.

—No me lo harás —dije, y bajé la mano—. Pero sé delicado...

Fue delicado. Y lo que hicimos no me desagradó.

Para mi sorpresa, no me desagradó en absoluto.

CAPÍTULO 9

El invierno era magnífico, con tal de no pasar demasiado tiempo en el exterior. Yo había conocido inviernos duros en Dinamarca, pero el invierno ruso era otra historia. Aunque no parecía que a la mayoría de los rusos les molestara el frío que entraba hasta los huesos, ni los meses de nieve, ni los vientos glaciales que aullaban sobre el Neva y congelaban el río y los canales. A los rusos les encantaba levantar montes de hielo y dejarse caer por ellos en trineos, como paganos. Pero a nadie le gustaba mucho andar. Abundaban los trineos de alegres colores y los *drozhki* de alquiler, que son unos carruajes descubiertos, o la característica troika, tirada por tres caballos y diseñada para correr sobre los ventisqueros, conducidos por cocheros barbudos ataviados con caftanes forrados con piel de borrego. Pero las calles seguían tan animadas como siempre y la gente salía a ocuparse de sus asuntos, y se calentaba con hogueras en recipientes metálicos que había en cada esquina. Y en todas las casas acomodadas, construidas con paredes impermeables, ardía la notable estufa rusa, y las ventanas dobles, tras sólidas contraventanas y gruesos cortinajes, se empañaban con la condensación.

En cuanto comenzó la temporada social, la ciudad cobró una vida frenética. Los actos comenzaban hacia la medianoche y duraban hasta bien entrada el alba. Se celebraban galas, óperas, bailes, obras de teatro y conciertos sinfónicos en salones, teatros y palacios resplandecientes, haciendo gastos inmensos en combustible para las estufas, en velas de cera y en el gas de los candelabros. Se presentaban bufés magníficos, llenos a rebosar de platos exquisitos traídos de los almacenes donde se había conservado la carne y pescado en abundancia sobre bloques de hielo del invierno pasado. En Rusia fue donde supe que se podían congelar los alimentos, y tanta abundancia me asombraba: esturiones y truchas saladas succulentas; perdices, urogallos,

venados, jamones y salchichas, además de cereales, frutas secas y frutos secos, acompañados de espárragos y verduras tiernas criados en invernaderos de interior. La hospitalidad era una virtud rusa y el invierno era la estación en que había que comer, beber y festejar. El invierno era para estar alegres y a los rusos les encantaba la alegría.

Sasha y yo nos establecimos en nuestro palacio Anichkov, donde se cruzaba la avenida Nevski con el canal de Fontanka; era una casa espaciosa que tenía un jardín cerrado y un estanque grande, que a mí me encantaban. Desde mi nuevo palacio yo salía en mi troika a visitar a la aristocracia. Tal como había predicho Tania, todos ansiaban recibirme y las invitaciones llegaban a mi puerta a diario. Sasha gruñía que «si de aquellos tontos con la cabeza hueca dependiera», yo no pondría los pies en mi casa hasta que se deshelara el Neva; pero yo, como nueva tsarevna que era, me sentía obligada a dejarme invitar, mientras que Tania me recalca la importancia de ganarme la buena voluntad, sobre todo de los tres hermanos del zar, sus dos hermanas y sus respectivas familias.

Yo disfrutaba de la atención que me prestaban. Las conversaciones, en francés, nunca eran aburridas, y todos se apasionaban por la última ópera, por la última obra de teatro o por la última novela. La comida era deliciosa y la música, de Rimski-Korsakov, Mussorgski y Borodin, sublime. Yo me ponía hermosos vestidos nuevos, encargados por docenas a los modistos de París y de San Petersburgo. Con mi cabellera rizada adornada con plumas, con peinetas enjovadas o con perlas, y con joyas que relucían sobre mi piel, me pasaba las noches bailando despreocupadamente, pues no había nada indecoroso en ello. A diferencia de algunas damas, yo siempre volvía a mi casa. Sasha podía gruñir, pero no me lo impedía. Uno de los dos tenía que hacer vida social, y, como decía él, «mejor que seas tú, Manya mía». Él también tenía sus entretenimientos; iba a sitios con su hermano Vladimir y con sus compañeros oficiales. Yo me abstenia de preguntarle en qué consistían aquellas actividades. El príncipe Obolenski, el marido de Tania, lo vigilaba y Sasha, como yo, volvía siempre a casa, aunque con los ojos adormilados por el vodka.

Pero el protocolo le obligaba a acompañarme a las galas oficiales en el palacio de Invierno, adonde acudían miles de invitados, y el salón de Nicolás

ardía de calor, adornado con parterres de rosas y avenidas de laureles. Sasha lo aborrecía. Ponía mala cara, se tiraba del uniforme y siempre bebía de más. Cuando estaba bebido, perdía la timidez y tocaba la tuba con la orquesta; tenía buen oído para la música y tocaba bastante bien cuando estaba sereno. Lo más frecuente era que acabara teniendo un ataque de furia inexplicable que me obligaba a llevármelo a casa para meterlo en la cama, antes de regresar sola al palacio para seguir con la velada.

Yo tenía todo lo que habría podido soñar: riqueza, posición, la ciudad entera a mis pies. En mi primera Epifanía, que era la fecha en que se entregaban tradicionalmente los regalos, celebré en mi palacio mi primer baile; me encargué de los preparativos con semanas de adelanto, dirigiendo a mis desaliñadas doncellas. Había descubierto que en las casas rusas reinaba la suciedad y el desorden. Los armarios de la ropa blanca ya eran un batiburrillo desorganizado y las doncellas se quedaron desconcertadas cuando me puse a ordenarlos con ellas, tirando lo viejo y lo apolillado para sustituirlo por lo nuevo y flamante. Al parecer, las señoras de categoría no se ocupaban de la administración de su casa, y mucho menos las zarevnas; pero entonces salió a relucir mi infancia dedicada a las tareas domésticas bajo las órdenes de mi madre.

—Hay que fregar estos suelos —decía a mi personal de servicio—. Y quitar el polvo a fondo a las habitaciones a diario. Vosotros os laváis, ¿verdad? —les preguntaba, mientras ellos me miraban boquiabiertos—. Muy bien. Pues la casa también hay que asearla. Vivimos en ella.

Por el contrario, los rusos estaban obsesionados por la limpieza del cuerpo y había baños de vapor públicos en toda la ciudad, para hombres y mujeres. Mi sala de baños privada estaba dotada de todo lo necesario y Sasha se bañaba cada dos días, incluso en pleno invierno. Por eso me soliviantaba que unas gentes tan escrupulosas permitieran que se acumularan tranquilamente en todas las superficies capas de varios dedos de polvo de las cenizas de las estufas y de las chimeneas. Me gané una fama despiadada por mi costumbre de realizar inspecciones por sorpresa y ponerme a olfatear la ropa blanca; pero mis sirvientes aprendieron con el tiempo que, si querían seguir a mi servicio, debían hacer lo que yo les decía. Los que perseveraban, recibían el premio correspondiente, pues yo percibía unos ingresos anuales considerables como

tsarevna, otorgados por el zar en persona, y era partidaria de pagar bien a mis criados.

En invierno, los días eran cortos y las noches largas; pero las casas particulares y las iglesias estaban iluminadas con velas y canciones. En enero ya se iba ampliando la tenue luz del día, poco a poco al principio, y se celebraba entonces la ceremonia de la Bendición de las Aguas, en la festividad de la Epifanía, en la que acompañábamos al zar en procesión hasta el río, donde se había abierto un agujero en el hielo por el que quedaban al descubierto las profundidades tenebrosas del Neva. Después de que el metropolitano hubiera sumergido su báculo para bendecirlas, entregaban al zar un vaso de aquella agua salobre; él tomaba un trago y después el pueblo se arremolinaba para llenar cubos, pues se atribuían propiedades milagrosas a las aguas bendecidas. En abril se deshacían los hielos del Neva y se disparaban salvas desde la fortaleza para anunciar la llegada de la primavera.

En aquel mundo perfecto solo me faltaba un hijo. Pero Sasha y yo teníamos relaciones íntimas con regularidad, y yo confiaba en que no tardaría en dar fruto.

Tenía diecinueve años y era la zarevna.

¿Cómo se me podía negar nada que deseara?

CAPÍTULO 10

—¿Vienes a pasear hoy con nosotros? —me preguntó María, de trece años. Me había encontrado a la gran duquesa en la antecámara del despacho del zar; le brillaban de expectación los grandes ojos azules. Los paseos diarios a pie del zar por el muelle del Palacio, que bordeaba el palacio de Invierno, eran una costumbre establecida de todas las primaveras. Después de haber despachado sus asuntos de Estado, Alejandro se paseaba por el exterior, descartando el protocolo, para saludar a sus súbditos. Creía que el Padrecito de Rusia, como llamaban a los zares, no debía encerrarse, y aquel día me había hecho el honor de pedirme que lo acompañara.

—Sí —dije, sonriendo a María, que llevaba un vestido blanco y una pabela con cintas, y trenzas en sus cabellos castaños—. ¡Qué guapa estás!

Yo no la veía con tanta frecuencia como habría deseado. Era demasiado pequeña para asistir a las fiestas de gala invernales, y lo mismo sucedía a sus hermanos, menores que ella, los grandes duques Sergio y Pablo, que, como ella, estudiaban con tutores particulares; solo que los chicos se preparaban para el ingreso en sus regimientos. Por eso me agradó encontrarme allí con María, que estaba encima de la otomana con el setter irlandés rojo del zar, Milord; le acariciaba las orejas y sacaba la lengua a los asistentes con turbante que custodiaban la entrada del despacho.

María soltó un suspiro dramático.

—Por fin. Qué aburrido es el invierno.

Yo me senté a su lado.

—No serás niña siempre. Cuando seas mujer, el invierno no te parecerá lo mismo.

Hizo con su joven rostro un perfecto mohín de disgusto.

—Mamá sigue en Niza. A ella tampoco le gusta nada el invierno.

—Sí. El frío le sienta muy mal —dije yo. María era todavía demasiado joven para darse cuenta de que el estado de salud de su madre era cada vez más frágil, o de que las frecuentes escapadas de la zarina a Crimea o a Niza, supuestamente en busca de un clima más templado, estaban tan motivadas por su tos como por su necesidad de huir de las obligaciones sociales de San Petersburgo—. Pero ahora que ha llegado la primavera, no tardará en volver. Y este verano iremos a Peterhof y a Tsarskoye Selo. ¿Verdad que será encantador? Podrás correr por todos esos jardines maravillosos.

Yo quería que María tuviera jardines, que jugara y corriera, que disfrutara de los últimos años de su infancia. Me había dado cuenta de la suerte que había tenido yo de haberme criado sin estar sujeta a una etiqueta estricta. Pues si bien María era alegre y vivaracha, aficionada a correr por el palacio, a deslizarse por las barandas de mármol y a unirse a los criados de librea que se ocupaban de pulir los suelos, patinando junto a ellos con zapatillas acolchadas, la vida de gran duquesa no era fácil para una niña, sobre todo cuando su madre faltaba durante largas temporadas y su padre gobernaba un imperio.

—Supongo —dijo, con esa indiferencia voluble de los niños. Se acercó más a mí. —Siempre que los nihilistas no nos hagan refugiarnos en la fortaleza de Gatchina.

La miré con consternación.

—¿Por qué dices tal cosa?

—Papá acaba de gritarlo a uno de sus ministros. No quieren que siga paseándose al aire libre. Los nihilistas le han amenazado otra vez.

Me recorrió un escalofrío. Ya era bastante malo recibir esa noticia de la niña, pero es que no tenía ni idea de que aquel grupo de anarquistas descontentos que habían adoptado el sobrenombre de «nihilistas» para promulgar su evangelio de revuelta social hubieran amenazado al zar. Había oído hablar de ellos en las recepciones, por supuesto. Pero casi todos los despreciaban, calificándolos de agitadores y libertarios con demasiado tiempo libre, que se erigían en defensores de los oprimidos y de los siervos de la gleba a los que la emancipación había dejado sin tierra, obligados a pagar impuestos y que emigraban a las ciudades en busca de trabajo cada vez en mayor número.

—No debes preocuparte por esas cosas —le dije—. No son...

Me interrumpí al salir el zar de su despacho. Mi suegro, alto y enjuto, llevaba su levita vieja, corbatín y sombrero, y un bastón en la mano enguantada. Dirigió una gran sonrisa a María, que corrió a abrazarlo, y después a mí.

—Siempre tan puntual, querida —me dijo entre su espeso bigote—. Deberías haberles dicho que me avisaran de que estabas aquí.

—¿A ellos?

Eché una mirada a los asistentes, que seguían impassibles como columnas.

Él se rio por lo bajo y me tomó del brazo. Atravesamos el palacio con María y Milord, que trotaban a nuestro lado, y acompañados por su guardia personal, que llegó hasta la entrada lateral pero no pasó de allí, por orden suya. Pero él no emprendió el camino en su dirección habitual, hacia el paseo a orillas del Neva, sino que nos hizo dirigirnos hacia la calle Sadovaya. Pasaba desapercibido con su ropa corriente y su sencillo sombrero fedora, y los transeúntes se cruzaban con él sin mirarlo. Más allá del castillo Mijailovski, que servía de academia militar, se abrió a nuestra vista el Jardín de Verano, un oasis de verdor en una isla situada entre el canal de Fontanka y el de los Cisnes.

—¿A los jardines, hoy? —le pregunté.

Alejandro asintió con un triste movimiento de la cabeza.

—Si podemos dar esquinazo a esos imbéciles que me siguen.

No me explicó quiénes eran los imbéciles. Cuando yo volví la cabeza para echar una mirada nerviosa a mi espalda, él me oprimió el brazo con más fuerza.

—Vamos —me dijo—. Aquí podemos disfrutar de intimidad. No estoy dispuesto a que me priven de ella.

María se adelantó con Milord, correteando.

—¡No vayas demasiado lejos! —le gritó Alejandro mientras paseábamos bajo los olmos, ante fuentes de mármol de colores—. Me han advertido que el paseo del muelle ya no es seguro —me dijo—. Parece que ya no hay ningún lugar seguro fuera del palacio, si es verdad lo que dicen mis ministros. Son

como gallinas, siempre alborotados por mí.

—María oyó el alboroto —dije yo, desplegando mi parasol para protegerme el cutis.

—¿Ah, sí? —Me dio unas palmaditas en el brazo—. Ya no es una niña. No puede serlo, viviendo como vivimos. Oye demasiadas cosas. Los criados hablan. Todo el mundo habla. Un alboroto infame, como he dicho. Cualquiera creería que me está esperando en cada esquina un asesino nihilista.

—Entonces, ¿es cierto? —dije, deteniéndome—. ¿Han llegado a amenazar a la persona de vuestra majestad?

—¿Lo dudas? Querida, Rusia no es lo que parece.

Le miré a los ojos.

—No entiendo —dije—. ¿Quiénes son esos nihilistas para amenazar a su zar?

Él parecía incómodo y lanzó una mirada a María, que esta riñendo a Milord, que había optado por orinar en pleno camino.

—Su nombre lo dice todo. «Nihil», en latín, significa «nada». Rechazan la autoridad y proponen la anarquía como medio para el cambio. Aborrecen nuestra monarquía, nuestra aristocracia y nuestra Iglesia. Como las turbas de la Revolución Francesa, quieren hacer pedazos todo lo que nosotros representamos.

Sentí como si se hubiera cernido una sombra sobre nosotros, aunque no había ninguna nube en el cielo, aquel cielo inmenso y cristalino de las primaveras de Rusia.

—Eso es absurdo. Vos liberasteis a los campesinos y abolisteis la servidumbre de la gleba. Sos el Zar Liberador. Vuestro pueblo te adora.

Él suspiró.

—Mi pueblo no es nihilista. Sólo quiere hacer su vida con un mínimo de penalidades. Esos rebeldes son unos descontentos. Intelectuales en su mayoría, que han adoptado el fervor de los revolucionarios. Según me cuentan, no siempre concuerdan en sus ideas, pero creen que si liberé a los siervos de la gleba fue para que nuestras nuevas fábricas pudieran disponer de mano de obra esclavizada. Hacemos todo lo que podemos para reprimirlos, pero ellos siembran el terror con la esperanza de que yo otorgue reformas o abdique. Preferiblemente, que abdique. No quieren tener zar.

—No se puede consentir. ¡Es una traición! —exclamé en voz alta, y María nos miró.

Alejandro le indicó con un gesto que siguiera adelante.

—Aunque lamento mucho decirlo, puede que sea una traición, pero no todo lo que proponen es infundado —dijo—. Es verdad que los campesinos sufren. Yo los liberaré de su servidumbre secular, pero no es tan sencillo liberarlos de las ataduras de la tradición. No había previsto las consecuencias. Ahora que ya no están vinculados a unos terratenientes, han quedado a la deriva; y, cuando vienen aquí a buscar trabajo, los explotan, pues muchos son analfabetos. Si yo hubiera sabido todo esto, quizá no hubiera estado tan decidido a cambiar su modo de vida. Son pocos los que agradecen el cambio cuando este no les aporta ningún beneficio.

Yo no me imaginaba lo que me estaba describiendo. Al recordar al pueblo que se postraba de rodillas en la nieve cuando él pasaba en su carruaje, tuve que extrañarme de mi propia ingenuidad. ¿No había percibido el fondo oscuro que se descomponía por debajo de mi nueva vida dorada? Y entonces, al darme cuenta de que estábamos allí, solos en el jardín, dije, alarmada:

—Si representan un peligro para ti, no deberíamos...

—No, no —dijo él, negando con la cabeza—. No estoy dispuesto a esconderme en ese montón de piedras, ni a no poder dar un paso sin que me sigan los guardias. Cuando llega nuestro destino, no podemos huir de él.

Me guio por el camino hacia el pequeño palacio de Verano de Pedro el Grande, posado al fondo del jardín ante un lago artificial.

—Tú no debes preocuparte por estas cosas —siguió diciendo, como haciéndose eco de lo que yo misma había dicho a María—. Los nihilistas son una molestia, pero no me han matado todavía.

—No lo quiera Dios —dije. Me habría santiguado si no hubiera sido porque sostenía el parasol con una mano mientras llevaba la otra apoyada sobre el brazo de él.

—Así sea; pero ellos no creen en Dios. —Rio con sequedad. Después, quedó en silencio, dando golpecitos con el bastón en el sendero—. Quiero hablarte de Sasha. ¿Eres feliz con él? Te ruego que no me digas lo que creas que debo oír. Ya me lo hacen bastante en la corte. Dime la verdad. ¿Es un marido leal?

Aunque no había llegado a decirlo expresamente, yo lo entendí.

—Sí. Tiene sus costumbres, pero eso no. ¿Por qué? —pregunté, escrutando el rostro de mi suegro.

—Por nada. Solo que al principio protestó con bastante vehemencia cuando le dijeron que debía renunciar a ella antes de casarse contigo. —Chascó la lengua en señal de reprobación—. ¡María! Deja a Milord que haga sus necesidades donde quiera.

Mientras observaba cómo su hija, compungida, seguía hasta el lago contiguo al palacio de Verano, yo me debatía con una inquietud repentina. Era verdad que Sasha había dejado a una amante; el zar me lo acababa de confirmar. Y saberlo me oprimía el corazón. Yo no había visto ningún indicio de deslices por su parte. Salía de parranda con Vladimir por las noches; pero aquello no debía querer decir que...

—¿Minnie? —Volví a mirar a Alejandro al oír su voz—. Si me dices que ya no hay el problema de la amante, me alegro mucho. Sasha ha cumplido su palabra.

—Todavía no nos conocemos bien, Majestad —dije con indecisión—. Pero Sasha... ha sido amable conmigo.

—«Amable». Eso no es precisamente lo que yo considero una aprobación muy positiva por parte de una recién casada; aunque supongo que la amabilidad en el matrimonio está infravalorada. ¿Le quieres? —me preguntó Alejandro súbitamente.

—Yo... —Me faltó la voz. No quería mentir, pues él me había pedido que fuera sincera—. Aprenderé a quererle. En estas cuestiones el amor lleva su tiempo.

—Así es. Para algunos. —Su rostro sufrió un cambio sutil, una tristeza que lo ablandó, de modo que parecía más joven y mucho más viejo a la vez—. En tiempos, yo quería mucho a mi mujer.

Aquella triste confesión me desazonó. Hablaba como si ya no la quisiera; pero ¿cómo podía ser? Llevaban casados más de veinte años, habían tenido ocho hijos; habían sufrido la pérdida de una hija en los primeros años de su matrimonio y, después, la muerte de Nixa. Yo creía que aquellas pruebas los habrían unido más. Pero recordé entonces las ausencias de la zarina, su aparente necesidad de huir. ¿Quería también huir de su marido?

Se detuvo, riendo por lo bajo, cuando María corrió hasta él para sacarle del bolsillo de la levita un paquetito hecho con un pañuelo, con el que corrió de nuevo hacia el lago para echar migas de pan. Los patos, refugiados juntos en el centro del agua para huir de la amenaza del perro, no le hicieron caso.

—No conseguirá nunca hacerlos venir estando aquí Milord —dijo Alejandro—. Pero ella, si le dejamos, se pasará aquí todo el día con las migas. Es terca. Como Sasha. ¿Sabías que sus hermanos lo llaman *el Novillo*?

—¿*El Novillo*? —El mote estaba tan bien puesto que tuve que sonreír—. Le viene bien. Sí que tiene carácter de toro. Y terquedad.

—Lo conoces mejor de lo que crees. Cuando era niño, sus tutores se desesperaban. Me decían que no tenía cabeza para estudiar. Me recomendaron que lo entregara a los regimientos para que los militares le inculcaran disciplina. ¿Quién iba a pensar que llegaría a ser mi heredero?

Suspiró mirando a María, que daba pisotones de frustración ante la falta de colaboración de los patos.

—Ahora, debe aprender. Sasha no está preparado para asumir el trono, si se da el caso de que los temores funestos sobre mi seguridad se hagan realidad antes de lo esperado. Yo no puedo dejar este imperio a un hombre que no sabe reinar. Nuestra época moderna no tiene piedad con los tontos coronados. —Volvió a mirarme—. ¿Lo ayudarás tú?

—¿Yo? —dije, sorprendida—. Majestad, yo tampoco tengo muchos estudios.

—Pero tú lees. Te gustan los libros. Y te ganas el corazón de la gente. No lo niegues. Ya he oído hablar mucho de ti a las esposas de mis hijos, que no hacen más que repetir lo elegante y lo lista que eres. Las grandes duquesas nunca alaban a ninguna mujer para que no haga sombra a sus propias prendas, que son considerables. Podrías ponerle un tutor, encargarte de que haga algo más que lo que le dice Vladimir. Los jóvenes pueden ser muy impetuosos, y Vladimir no es muy buen ejemplo. Vino, bailarinas, caballos de carreras... me voy a arruinar, solo con lo que gasta Vladimir. Sasha necesita orientación. No es Nixa.

—No —dije en voz baja—. No lo es.

—Podrías buscar a alguien en que confíe. En la corte tuvo bastantes tutores; puede que alguno de ellos sea adecuado. Debemos conducirlo a ello sin que

sospeche nada, como...

—Como un toro al corral —dije, acompañando mis palabras de una sonrisa para aliviar su mordacidad—. Supongo que no le haría daño leer algo más que el periódico.

—Y enseñarle algo de moderación —añadió el zar—. Sasha bebe demasiado, y no debería poner en peligro su salud. A diferencia de Vladimir, que puede darse todos los caprichos que quiera, Sasha heredará el trono y su hijo lo heredará tras él. —Hizo una pausa—. Espero tener noticias pronto de tal suceso bendito, querida. Un zarévich tiene que tener un hijo. Más de uno, si podéis.

—Lo estamos procurando —dije con timidez.

—Y el resto debemos dejarlo, como solemos decir, a la voluntad de Dios. —Miró por encima de mi hombro, entornando los ojos—. Ah. Veo que nos han encontrado por fin.

Me volví y vi que dos hombres vestidos de paisano se escabullían rápidamente tras los sauces. Solté una exclamación contenida. Alejandro dijo:

—Gendarmes, enviados por el palacio. Mis ministros no cejan; pero yo tengo otros planes y debo esquivarlos. ¿Te importa que os deje a ti y a María a su cargo? Sin duda, tendrán un carruaje aquí cerca para llevaros al palacio.

Antes de que yo hubiera tenido tiempo de responder, se caló el sombrero y se alejó caminando, más allá del palacio de Verano, por una avenida bordeada de olmos que conducía hasta la otra salida. Al poco rato, había desaparecido. Los dos gendarmes salieron de su escondrijo, claramente indecisos sobre lo que debían hacer ahora, viéndome a mí allí plantada y a María, que miraba hacia el lugar por donde se había marchado su padre, abandonada por el perro, que había corrido tras el zar.

—Tiene a Milord para que lo proteja —le dije, acariciándole el pelo, cuando volvió hacia mí su expresión de disgusto. El sombrero le colgaba a la espalda por las cintas; frunció el ceño todavía más cuando los gendarmes nos volvieron a escoltar hasta la puerta principal, donde los estaba esperando un carruaje cerrado, en efecto. Cuando subimos a este, María miró por la ventanilla con furia. Yo me adelanté a bajar la cortinilla para que tuviésemos intimidad y ella dijo con tono cortante:

—Ya es inútil. Los nihilistas no nos harán daño. Al que buscan es a Papá, y

se ha ido a ver a esa mujer.

La miré fijamente. Después de tantas revelaciones inesperadas que me habían hecho aquel día, no estaba segura de querer oír una más.

—Te equivocas, mi niña. Lo único que quiere tu padre es pasearse a solas. Ser emperador es una carga muy difícil y...

—¿Qué sabrás tú? —me interrumpió, recordándome entonces a Sasha—. Cuando Mamá no está, la visita constantemente. Hasta me llevó a verla una vez.

—¿A verla?

Sentí un vacío en el estómago.

—Sí. A su amante.

María se volvió para mirar por la ventanilla, mientras el cochero hacía restallar el látigo y los caballos arrastraban el carruaje hasta la carretera.

Vi desde mi ventanilla que los dos gendarmes volvían corriendo al jardín, pero sabía que no localizarían al zar. Alejandro ya no estaba: iba camino de una cita con un secreto propio; con un secreto que yo no le había sospechado nunca.

Quería preguntar a Sasha si lo sabía. En vista de que su hermana lo sabía, supuse que él debía de estar al tanto también. Pero no estaba segura de ello, ya que Sasha no solía enterarse de los chismorreos. Antes de que hubiera tomado una decisión, mi marido me distrajo. En cuanto entré en el comedor, me entregó una carta de mi madre que acababa de llegar. La leí rápidamente.

—Mi hermano Willie viene a visitarnos. ¡Con Bertie y mi hermana Alix!

Estaba tan emocionada que se me disipó la incomodidad que había sentido por el secreto del zar, pues echaba mucho de menos a Alix y había estado preocupado por ella. Freddie había regresado a Dinamarca después de mi boda, pero nuestra familia se mantenía en contacto regular por correspondencia; así me había enterado yo de que Alix había tenido una hija, la princesa Luisa. Mi hermana había contraído unas fiebres reumáticas poco después de dar a luz. Yo estaba preocupada por su salud y sentí un alivio inmenso al enterarme de que se encontraba lo bastante bien como para viajar.

Sasha profirió un ruido que indicaba escepticismo.

—Debe de haber algo más detrás de esto.

—Mamá dice que Willie debe tomar esposa —dije, plegando la carta—. Sus asesores griegos se empeñan en que debe elegir una novia ortodoxa, pues no se ha convertido y deben tener la seguridad de que tiene la intención de criar a sus herederos en la fe ortodoxa. Mamá nos ha pedido a Alix y a mí que le ayudemos a buscarla. Tenemos que informar al palacio en seguida. Tendrán que hacer preparativos importantes.

—Si la reina Victoria ha dado su aprobación a que su heredero y la esposa de este pongan los pies aquí, puedes tener la seguridad de que el palacio ya está informado —dijo Sasha.

Volvió a su periódico y a su huevo pasado por agua. Se había levantado tarde, pues había salido la noche anterior. Al recordar cómo había llegado a las cuatro de la madrugada, tambaleándose, tan borracho que apenas se tenía en pie, se me despertaron las sospechas. Pero recordé entonces cómo me había besado en el cuello, diciéndome con voz estrepajosa «Minnie, mi Manya» y había intentado metérseme en la cama; cosa que yo no había consentido, pues le recomendé que se fuera a serenarse en su propio aposento y ya nos veríamos a la mañana siguiente. Solo que no nos habíamos visto, porque su padre me había convocado y yo salí antes de que Sasha se hubiera despertado, ya que el zar era un madrugador empedernido...

Recordando las cosas de las que me había enterado aquel día, me tranquilicé. Sasha había renunciado a una amante y era demasiado torpe, con mucho, para ocultar la existencia de otra. Si el zar no lo había conseguido, ¿cómo lo iba a conseguir mi marido?

—Bueno —dije—, si Willie busca una esposa, deberemos darle ese gusto. Una esposa le sentará de maravilla.

—Además de sentar de maravilla a Dinamarca y a Rusia. En cuanto a Willie, o a Grecia, o incluso a Gran Bretaña, eso está por ver.

—¿Ah, sí? —Me lo quedé mirando fijamente hasta que bajó el periódico. Le había quedado en el bigote un fragmento de yema de huevo—. ¿No crees que una esposa puede mejorar las cosas, marido mío?

—Lo que es yo, no lo dudo en absoluto —dijo—. Ven aquí, Manya mía. Siéntate en mi regazo.

Separó sus gruesos muslos bajo su bata, que estaba abierta, apenas sujeta a

su ancha cintura, dejando de manifiesto la ascensión de su miembro viril dentro de sus calzoncillos.

Yo me reí.

—Nada de eso. Termínate el desayuno y después sube a bañarte y a vestirte. Viene mi familia. Tenemos muchas cosas que hacer. Ya atenderemos a nuestras necesidades después. Pero... —añadí, recordando de nuevo mi conversación con su padre—, no sin antes haberte encontrado un tutor adecuado.

—¿Un tutor? —Me miró como si le hubiera dicho que corriera desnudo por la avenida Nevski.

—Sí. Para los dos. Debemos educarnos como es debido. Yo quiero aprender más acerca de... acerca de todo. Y tú tienes que leer algo que no sea ese periódico, o el menú de la taberna que frecuentes con Vladimir. Prepararás una lista de nombres para que podamos entrevistar a los posibles candidatos.

—No conozco ningún posible candidato —dijo con cara de enfado.

—Debes conocerlo. ¿No tenías tutores en el palacio? —dije; pero lamenté al instante de mi torpeza; pues, según el zar, sus tutores lo habían dejado por imposible.

Para mi alivio, murmuró:

—Solo había uno que me gustaba. Creo que yo no le gustaba a él.

—Le gustarás ahora. Escríbele. Dile que queremos verlo. Ahora mismo.

* * *

Se llamaba Pobendonostev. Era delgado, demacrado incluso; miraba con ojos penetrantes desde detrás de sus quevedos con montura de alambre y tenía el espinazo tan recto que yo no me imaginaba que fuera capaz de inclinarse en absoluto. Después de que yo interrogara a Sasha con insistencia, él me había contado a regañadientes que Pobendonostev era abogado y antiguo estudiante de Teología, nombrado por el zar para educar a sus hijos, y que era el tutor al que Sasha había admirado y había querido agrandar. Observé que el hombre olisqueaba cuando entró en nuestro salón. Había flores frescas en los jarrones y yo había puesto en los rincones helechos en tiestos, dentro de tibores chinos. Él miraba todo aquello como si la naturaleza fuera algo con lo que no tenía

tratos y no le interesara plantárselo siquiera.

—Muchacho —dijo, y vi con asombro que Sasha casi se encogía en su asiento—. Debo reconocer que esto ha sido una sorpresa. —Dirigió hacia mí su sonrisa seca—. Alteza...

Le serví una taza de té, cosa que en aquellos tiempos no hacía a nadie más que a mi marido.

—*Monsieur*, buscamos a un hombre con instrucción y categoría que nos ayude a seguir un programa de estudios —le dije—. Tengo entendido que usted está muy cualificado, *monsieur*, pues ha instruido a los hijos del propio zar.

—Sigo instruyendo a los grandes duques Pablo y Sergio. Es mi mayor honor —dijo, probando el té. Estaba hecho a la rusa; lo había servido de mi samovar, después de haberlo dejado en infusión el tiempo suficiente para que adquiriera el sabor intenso de rigor. Su falta de expresión indicó que estaba a la altura de sus exigencias.

—Por desgracia, no tuve tanto éxito con Sasha. ¿Verdad, muchacho? —dijo, mirando a mi marido—. Por más que me esforcé, nuestro zarévich salió al mundo con un bagaje intelectual paupérrimo.

Aunque aquel tonillo altanero no me agradaba, la metáfora me llamó la atención.

—Me temo que ambos hemos tenido bagajes paupérrimos.

—Sé leer y escribir —gruñó Sasha—. Eso debería bastar...

Lo contuve dándole un toque en el muslo con la mano.

Pobendonostev estaba sentado en silencio, como sopesando mi propuesta. Yo no me había engañado. Contribuir a preparar a Sasha para su futuro era demasiado tentador. Como afirmaba que había fracasado una vez, su orgullo no le permitiría negarse.

—Creo que deberíamos empezar por la Historia —dijo por fin—. Fuera de nuestras ciudades, Rusia es un país desolado donde abundan la ignorancia y la superstición —afirmó con pasión sorprendente. Hizo una pausa para recalcar el énfasis dramático—. A los campesinos se les engaña con facilidad. Deben obedecer siempre al zar, porque el zar está puesto por Dios para reinar sobre ellos.

Yo sonreí, aunque sus palabras me hicieron estremecerme, pues me recordaban la amenaza de los nihilistas que me había descrito Alejandro. Pero

vi que Sasha asentía de mala gana con la cabeza, en gesto de aprobación. Mi marido compartía la veneración que sentía Pobendonostev por la autocracia.

—Pues que sea por la Historia —dije—. Si me facilita usted una lista de libros, me encargaré de ello.

—Libros; sí. —Apuró su té y se puso de pie con un ímpetu que se contradecía con su rigidez—. Le proporcionaré la lista en esta semana, alteza. La solicitud de vuestra alteza es un honor para mí. Creo que el proyecto será muy satisfactorio.

En cuanto se hubo marchado, Sasha estalló.

—¡Me toma por tonto! *Tu* solicitud, ha dicho, como si yo no estuviera delante siquiera. Siempre me ha desdeñado. Fue él quien dijo a mi padre que yo solo servía para los regimientos. Será muy satisfactorio para él, quizá; pero no para mí.

—Sasha —suspiré—. Me dijiste que lo respetabas. Tiene unas credenciales intachables.

—Y lo respetaba. Deseaba tanto ganarme sus alabanzas, que mis hermanos se burlaban de mí. «Mirad, el *Novillo* está esperando a que Pobendonostev lo unza al yugo», decían. Yo intentaba demostrar que se equivocaban; pero él dijo a Papá que yo no aprendería jamás...

Apartó la vista de mí. El recuerdo de su humillación de la infancia lo hacía temblar.

Me acerqué a él.

—Sasha, tú ya no eres ese niño. Ahora eres el zarévich. Sólo tienes que aplicarte. Pronto verás lo bien que lo puedes hacer. Y yo estudiaré contigo; aprenderemos juntos como marido y mujer. Debemos estar preparados para cuando llegue el momento.

Apartó de sí mi mano de consuelo, mis palabras tiernas. Me echó una mirada feroz de las suyas y me dijo con desprecio:

—Deberías volver a tu tarea de cambiar las sábanas para la visita de tu hermana.

Y salió con furia, cerrando las puertas del salón con tal portazo que los paisajes en acuarela que yo me había traído de Dinamarca se ladearon en la pared.

Suspiré. Estaría enfadado un tiempo, pero sabía que yo tenía razón. Debía

aprender a reinar. Dependía de ello su futuro, nuestro futuro.

Pero mi tarea no sería más fácil por el hecho de tener razón.

CAPÍTULO 11

Willie, Bertie y Alix llegaron a finales de mayo de 1867, en la época de las noches blancas relucientes, cuando el sol no llegaba a ponerse del todo y San Petersburgo irradiaba una transparente claridad. Tras una serie de fiestas de gala, viajamos a Peterhof, donde Alix y yo pudimos tener por fin tiempo para chismorrear.

—¿No temías que Bertie se viera envuelto en un escándalo? —le pregunté, sentadas las dos en la terraza del palacio junto al mar, disfrutando de la brisa salada del Báltico cercano. Para sorpresa de todos, Sasha había congeniado inmediatamente con Bertie y había acompañado por la ciudad al príncipe de Gales y a mi hermano, junto con Vladimir, que siempre estaba dispuesto. Sus correrías bañadas en vodka por el infame Novaya Derevnnya (el barrio enclavado en una isla del Neva donde abundaban profusamente las mandolinas, los gitanos y la bebida) habían saltado a los titulares en la prensa internacional.

Alix se encogió de hombros como si aquello no la afectara.

—¿Más que en Londres? Me parece muy difícil.

—¿En Londres bailaba como un húsar sobre las mesas de las tabernas, o se ponía un gorro de piel y comía *piroshki* de los puestos de la calle? —dije con malicia—. Creo que Victoria no lo aprobará, ni mucho menos.

—No, no lo aprobará —dijo ella, sin mirarme a los ojos—. Pero me parece mejor que el resto de sus trastadas.

Yo, sorprendida, quise sacarle más detalles, pero vi que seguía con la mirada a su marido, que se paseaba por el jardín con Willie, acompañados de Sasha con sus movimientos pesados. A mí también me había inspirado cierto temor al escándalo mi propio marido, decidido como estaba a obsequiar a Bertie con las mejores muestras de la hospitalidad rusa.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo Alix, volviéndose hacia mí—. ¿Estás preocupada por Sasha?

Entonces fui yo la que desvié la mirada.

—Es el zarévich —dije—. Todo lo que hacemos se cuenta. Aquí los periodistas y la alta sociedad son implacables.

—Los periodistas y la alta sociedad son implacables en todas partes. Y no debes preocuparte por él. Eres dueña de su corazón por completo. No he visto nunca un hombre más enamorado de su mujer.

Hice una pausa.

—¿Lo crees así de verdad?

Ella sonrió.

—Ay, Minnie. Sigues ciega como siempre. Deberías atender menos a las habladorías y abrir más los ojos. Te adora. De hecho —añadió, bajando la voz—, me extraña que no le hayas dado un hijo aún. ¿Pasa algo malo, aparte de tus sospechas absurdas?

—No —respondí, con voz más viva de la que pretendía—. Todavía no he concebido, pero lo estamos intentando.

—Bueno. —Se inclinó sobre mi oreja y me susurró—: Con tal de que lo estéis intentando...

Me aparté de ella, fingiendo en broma que su tono sugerente me indignaba; después, las dos nos reímos a carcajadas, haciendo que nos miraran el zar y la zarina, que estaban sentados cerca de nosotras.

—Su majestad imperial ha perdido demasiadas carnes desde la última vez que la vi —dijo Alix—. Y esa tos que tiene... Espero que no sea nada grave.

Me abstuve de mirar hacia la emperatriz, que había vuelto a la corte hecha un espectro y requería la atención frecuente de sus médicos. Dije, bajando la voz:

—Los médicos temen que sea tisis.

—Oh, no. —Alix dio muestras de dolor—. Pobre mujer. Qué enfermedad tan terrible. Dura años enteros, y es incurable. El zar debe de estar desconsolado, después de tantos años de matrimonio.

Aunque quería confiarle lo que había descubierto acerca de Alejandro, me callé. Percibía en mi hermana algo distinto, una reserva que, si bien no nos afectaba directamente a las dos, prevalecía como un velo que no se debía

retirar. Su alusión a la conducta de Bertie en Londres me hizo dudar de la conveniencia de darle a conocer los deslices del zar; no estaba tan ciega que no hubiera captado su insinuación de que también Bertie podía haber faltado al lecho conyugal.

Opté por cambiar de tema.

—Ahora que estamos aquí, vamos a pensar en una esposa para Willie. Él, de momento, no ha hecho nada por encontrarla por su cuenta, con tantas juergas en la ciudad. ¿Qué te parece la hija del zar? Ya sé que María solo tiene trece años y Willie, veintiuno. Pero podrían comprometerse, con la condición de que él se espere a que ella cumpla la edad adecuada.

—Ella no le presta la menor atención —dijo Alix—. A menos que esté remando para dar un paseo en barca a Olga y a ella en el lago. El pobre Willie ya debe tener unas agujetas terribles en los hombros. —Hizo una pausa, mirándome—. Creo que a él le gusta más Olga. ¿Cuántos años tiene?

—Casi dieciséis —dije, devolviéndole la mirada—. ¿Crees de verdad...?

Alix se rio.

—Ya te lo he dicho: sigues tan ciega como siempre. Minnie, Willie no le quita los ojos de encima siempre que ella está presente. Y es completamente adecuada. Hija del hermano del propio zar, criada en la fe ortodoxa.

—Sí, pero... —reflexioné—. Tendríamos que pedirselo al padre de ella, el gran duque Constantino; y al zar, por supuesto. Y no estoy segura de que lo aprobasen.

—Quizá debiésemos preguntárselo primero a Willie —dijo Alix.

Yo no creía que a Willie le interesara. Olga, la hija de Constantino, era muy tímida y no era especialmente bonita, aunque tenía los hermosos ojos de los Romanov. Era la hija mayor de un clan de seis hermanos revoltosos y había hecho una vida muy protegida, como todas las muchachas de su categoría. A mí me parecía tan inmadura como María. Pero cuando consultamos a Willie, este reconoció que había cobrado aprecio a Olga; y el gran duque Constantino estaba tan entusiasmado que descartó cualquier posible duda. Alejandro, aunque algo incómodo por la elección de Willie, no expresó ninguna objeción, con tal de que la muchacha estuviera de acuerdo. En cuanto a Olga, cuando Alix y yo la consultamos, se sonrojó y murmuró que era un gran honor, con lo que me hizo dudar que entendiera lo que significaba el matrimonio. Pero

Willie estaba encantado; de manera que Alix y yo nos metimos de lleno en los planes para la boda y organizamos un acto magnífico que tuvo lugar en el palacio de Invierno en octubre de aquel mismo año. Willie se llevó a su nueva esposa a Dinamarca para que conociera a nuestros padres, antes de regresar a Grecia con ella.

Al cabo de cinco meses de estancia con mi hermana, lloré a la partida de Alix. Me abracé a ella en el muelle y ella me murmuró:

—Quiere a Sasha todo lo que puedas, Minnie. Aunque no sea tan sofisticado como Nixa, le llenas el corazón. En esta vida no se puede pedir más.

Yo no sabía cuándo volvería a ver a mi hermana, pero me tomé en serio su consejo; dejé de lado mis inquietudes sobre la fidelidad de Sasha y me dediqué a nuestros estudios, dirigidos por Pobendonostev, a nuestras obligaciones sociales y a mi casa.

Cuando las nevadas habían enterrado a San Petersburgo y en las catedrales subían al cielo los cánticos navideños, descubrí que estaba embarazada por fin.

* * *

Una mañana de principios de mayo, el día seis del mes, me desperté antes del alba, jadeando por un dolor repentino. Me toqué entre las piernas y sentí que estaba empapada. Sin aliento, al invadirme otra punzada repentina, hice sonar frenéticamente la campanilla de mi mesilla de noche.

Tania y Sophie entraron a trompicones, con ojos de sueño y con los gorros de noche torcidos en la cabeza. Dormían en la cámara contigua a la mía; habíamos venido aquí, al palacio de Alejandro, a mediados de abril para prepararnos para mi parto, una medida que yo había retrasado al máximo, reacia a dejar mi Anichkov para soportar el tedio de aquella finca campestre aislada. No dejaba de repetir que no era una inválida, que solo estaba embarazada. Solo la zarina, con su insistencia en que mi hijo debía nacer en Tsarskoye Selo, me había persuadido a instalarme en aquellos lujosos aposentos que daban a los jardines, y que se habían destinado para mi alumbramiento.

—Sasha —jadeé, dirigiéndome a Tania—. Traedlo. Creo... que ya es la hora.

Aunque todos me aseguraban que el modo en que llevaba el vientre indicaba que mi hijo sería niño, yo me había dicho a mí misma que me daba igual. Fuera hijo o hija, yo lo querría igual. Pero cuando Sasha entró precipitadamente en el cuarto, donde Sophie me secaba la frente mientras yo soltaba quejidos de dolor y la comadrona me hurgaba entre las piernas, se puso blanco y empezó a gritar, a nadie en concreto:

—¡Avisad al palacio de Invierno ahora mismo! Mi esposa va a dar a luz a mi hijo. Decidles que se apresuren.

Entre los arrebatos de dolor que me quitaban el aire de los pulmones, conseguí decir:

—¿Que se apresuren? ¿Por qué? Puedo dar a luz perfectamente sin...

—No —dijo Sasha, mirando a Tania con furia—. Encárgate de que no la dejen sola ni un instante. Mi padre y mi madre deben estar presentes para asistir al nacimiento.

Cuando salió a toda prisa, aturdido, vociferando órdenes de nuevo a los lacayos que estaban en el pasillo y dando a conocer así a todo el personal del palacio mi apurada situación, yo torcí el gesto.

—¿Es que debo esperar a que lleguen?

Tania asintió.

—Es el protocolo, alteza.

El zar y la zarina llegaron dos horas más tarde para montar guardia en mi cuarto, junto con Sasha, para mi vergüenza. Al cabo de diez horas, cuando ya pensaba que de buena gana me arrancarían al niño yo misma de un tirón, sentí su salida repentina. Cortaron el cordón umbilical.

Oí un cachete sonoro sobre unas nalgas húmedas y un llanto de protesta. Cuando me hundí en mis almohadas empapadas de sudor, sumida en una neblina de fatiga, oí que Sasha anunciaba:

—¡Un hijo!

—Nacido en la festividad del santo Job —dijo la zarina con tristeza—. Deberemos pedir a Dios que no lo ponga a prueba en la fragua de las calamidades para que demuestre su fe, como hizo con el pobre Job.

Yo quise replicar que, sin duda, Dios ya había puesto a prueba a su madre

lo suficiente en el parto, pero estaba demasiado agotada, y la emperatriz estaba enferma; su tisis ya era un secreto a voces para la familia. Yo sentía lástima por ella, pues sabía cuánto seguía sufriendo por la muerte de Nixa.

—Dejadme verlo —susurré. Tania me puso en el pecho al recién nacido, envuelto en paños blancos. Cuando su manita me asió del pecho, me dominó una sensación que yo no había conocido jamás hasta entonces.

Mi niño. Mi hijo. Estaba aquí por fin. Era mío.

—Lo llamaremos Nicolás, en recuerdo de mi abuelo —dijo Sasha. Calló, mirándome de pronto. Durante la mayor parte del parto había apartado la vista, paseándose por el cuarto mientras yo empujaba y gritaba, pero sin mirarme de verdad. Ahora, sí me miraba.

—¿Manya?

Volví mi mirada cansada de él a Alejandro, que estaba de pie, rodeando a su esposa con el brazo. Me sonrió.

—Es un nombre afortunado para un zar —dijo.

—Sí —musité—. Que se llame Nicolás.

A mí me parecía perfecto; tenía los ojos grises azulados de Sasha y mechones sedosos de mis cabellos oscuros, que se le aclararían cuando se hiciera mayor, y un cuerpecito con olor suave, como a nata. Me quedé consternada cuando me dijeron que debía ponerle una nodriza. Quería darle el pecho yo misma, y siempre que podía me iba a su cuna y hacía retirarse a la nodriza para dejarlo mamar de mis pezones doloridos. Yo tenía leche en abundancia; no había tenido ningún contratiempo en el embarazo, a pesar de todas las precauciones que habían tomado por miedo a que padeciera las fiebres puerperales u otras enfermedades que mataban a las nuevas madres. También me había perturbado el comentario supersticioso de la zarina sobre su fecha de nacimiento; yo no compartía su misticismo piadoso, pero no podía menos de creer que dar el pecho a mi hijo nos protegía a ambos, como un talismán.

Para el bautizo, vestí a Nicky (como lo llamábamos todos) en un botón de algodón y encaje bordada a mano que le había hecho yo; llevaba bordado en el babero su nombre y su fecha de nacimiento. El zar le dio la cruz de oro tradicional de los Romanov y proclamó efusivamente que se le saludaría con

trescientas salvas desde la fortaleza y habría champán gratis en todas partes, desde los grandes palacios, pasando por las mansiones aristocráticas, hasta las tabernas del puerto.

Sasha se pavoneaba orgulloso. Pero me dijo en privado:

—¿No es algo pequeño? Mi madre ha comentado que aparenta la mitad del tamaño que teníamos Vladimir y yo al nacer.

—Todos los recién nacidos son distintos. Yo soy pequeña. También soy fuerte. ¿No lo he llevado a cuestas nueve meses? Se hará un oso ruso, como tú.

Sasha asintió, dubitativo.

—Pero no debemos mimarlo demasiado —dijo—. Cuando yo era chico, dormíamos en catres, nos bañábamos con agua fría y no teníamos lujos para darnos importancia. Como sabes, mi padre todavía guarda el orden más estricto en sus aposentos.

Recorrió con la mirada nuestro salón, lleno de plantas de interior, biombos japoneses lacados y chucherías que había comprado por impulso en los bazares locales; fotografías enmarcadas en todas las mesas y las paredes cubiertas de cuadros. A mí me gustaba aquella profusión, sobre todo en invierno. Me producía una sensación acogedora, hogareña.

—Es un bebé —dije—. No va a dormir en un catre, ni mucho menos.

Sasha se rio por lo bajo.

—Mi cisnecita se ha convertido en leona —dijo—. ¡Ay del que intente tocar a su cachorro!

Había dicho una gran verdad. Yo estaba decidida a criar a mi hijo en persona, siguiendo el ejemplo de mi propia infancia, sin pagar a otros para desentenderme de él. Hasta me serví de mi necesidad de cuidar de mi hijo como excusa para posponer mis estudios con Pobendonostev, que, en cualquier caso, no me estaban sirviendo de mucho, pues el tutor había dedicado todos sus esfuerzos a Sasha. Mi marido, a pesar de sus protestas, se había interesado por el estudio con pasión, hasta el punto de que ni siquiera me dijo nada acerca de mi ausencia. Yo, al disponer del tiempo libre que me dejaban aquellas pesadas lecciones de las tardes, me ponía al día en mi correspondencia mientras Nicky dormía la siesta. Las cartas entre mi madre y yo se hicieron semanales. Ella me daba consejos sobre el destete y la nutrición y me recomendaba que no envolviera al niño en paños apretados porque así se

truncaba su desarrollo natural. Yo hacía todo lo que me recomendaba ella, para lo que tenía que discutir con la nodriza. Ser madre era un don absorbente y una carga que me encantaba. Nada me gustaba más que vestir a Nicky y llevarlo en mi carruaje a enseñárselo a sus tías y tíos abuelos, que se quedaban embobados con él, o pasearme llevándolo en su carrito, junto al zar, en el muelle y en el jardín de Verano; aunque yo ahora me empeñaba en que nos escoltaran siempre unos gendarmes.

Estaba tan absorta en el cuidado de mi hijo que no sentía la necesidad de tener más; aunque esperaban que los tuviera. Y a las pocas semanas de que me hubiera recuperado del parto, Sasha ya volvía a visitar mi cama.

El amor que Alix me había recomendado que alimentara, pero que yo no había empezado a sentir del todo, empezó a florecer por entonces. A pesar de nuestras diferencias sobre la crianza de Nicky, el haber tenido un hijo nos había unido más, y yo empecé a agradecer el afecto de mi marido, sus brazos gruesos y su tacto tierno. Era el único amante que yo había conocido, pero no me imaginaba a otro: atento y sensible, más pendiente de mi placer que del suyo propio. Cuando me hacía suspirar en voz alta, solía susurrar: «Según dicen, cuando una mujer tiene placer, engendra hijos varones», con lo que me hacía atraerlo más hacia mi interior, aunque le respondía: «qué tontería».

No tardé en quedarme embarazada otra vez. Casi un año justo después del nacimiento de Nicky, tuve otro hijo. Este se llamó Alejandro, por su abuelo el zar. También era un niño hermoso, mayor que Nicky, con gran satisfacción y orgullo por parte de Sasha.

—Ahora, hermanas —dijo, acunando en brazos al pequeño Alejandro—. Los niños tienen que tener hermanas.

Lo miré y alcé los ojos al cielo.

—Todavía no. Las madres tienen que tener un respiro.

—¿Serías capaz de cerrar la puerta a tu propio marido, esposa mía? —gruñó.

—Si es preciso... —respondí; pero él sabía que no lo haría y sonreí al verlo besar las mejillas regordetas de Alejandro mientras nuestro hijo recién nacido intentaba asirle el bigote.

—Este es fuerte —dijo Sasha—. Un verdadero Romanov. Le enseñaré a cazar jabalíes.

A mí me parecía natural que diera preferencia a aquella prueba más robusta de su hombría, aunque la cosa no tenía sentido para mí. Nicky era más pequeño, pero también era sano y estaba bien formado.

Cuando se aproximaba el primer cumpleaños de nuestro segundo hijo, en 1870, íbamos a viajar a Dinamarca para visitar a mis padres. Sasha había manifestado un vivo interés por ver mi país, y yo estaba deseosa de enseñárselo. Entonces, el pequeño Alejandro contrajo una fiebre alta. Sasha, aterrorizado, mandó aviso al palacio. Cuando el médico imperial al que había enviado el zar salió del cuarto del bebé y dijo con tristeza: «Me temo que es meningitis, Alteza», yo solté un chillido tan penetrante que Sasha retrocedió, impotente.

—¡Si solo tiene once meses! No se ha caído de ningún caballo.

Llena de incredulidad al oír el nombre de la misma enfermedad que había matado a Nixa, apenas atendí a la solemne explicación que me dio el médico de que la enfermedad podía producirse sin ninguna lesión. Me aparté de él bruscamente, irrumpí en el cuarto del bebé e impedí que se acercara a él nadie más que yo.

Sentada junto a su cuna, le secaba una y otra vez la frente arrugada, empapada de sudor terrible, mientras él se retorció y se quejaba, hasta que quedó reducido al silencio. Yo volvía a ver a Nixa en aquella casa de campo, su rostro demacrado y sus ojos de súplica, y todo mi mundo quedó destrozado.

Todo lo que me rodeaba, todo lo que tenía dentro de mí, se volvió negro.

No me enteré de que ya no estaba hasta que entró Sasha y sentí en mi hombro su mano temblorosa.

—Manya, amor mío. Vamos. Nicky... te necesita —dijo con voz velada.

Habían recluido a mi hijo en el palacio de Táuride, con su nodriza, por miedo al contagio. Alcé los ojos hacia Sasha y le susurré:

—No dejes que se lo lleven.

Sasha me levantó de mi taburete, junto a la cuna, y me condujo hasta la puerta. Cuando hice ademán de volverme, me asió con más fuerza.

—No mires atrás.

Yo estaba tan desconsolada que no fui capaz de asistir a su funeral. Sasha lo acompañó hasta su tumba en la catedral de san Pedro y san Pablo; y la zarina, que también libraba una batalla contra la muerte, me envió desde su

retiro de Crimea una carta de condolencia desgarradora, en la que me recordaba que a veces Dios nos quita lo que más queremos.

Arrugué la carta en el puño y la arrojé a un lado soltando un gemido. Cuando Sasha llegó a casa aquella noche, me encontró tendida en el suelo. Tania y Sophie estaban junto a mí y le dijeron que habían intentado reanimarme; pero él las mandó marcharse con un bramido. Ellas lo habían intentado. Pero en aquel momento terrible, imaginándome a mi nene perfecto, tendido, frío e inmóvil, bajo un sarcófago blanco, no deseaba otra cosa que morirme yo también.

—Manya —dijo Sasha, inclinándose junto a mí para tomarme en sus brazos—. No debes hacerte esto a ti misma. Dios nos debe de querer mucho para haber llamado a Su lado a nuestro pequeño.

—Dios me lo ha quitado, como nos quitó a Nixa —dije, llorando—. Dios no me quiere.

Me cubrió la cara con sus manos.

—No debes volver a decir nunca más una blasfemia como esa. Dios te debe de querer más que a otros para pedirte un sacrificio como este.

Cuando me estremecí ante su reprensión tranquila, él siguió diciendo:

—Yo también lloro la muerte de nuestro pequeño; pero tú... tú eres mi vida. Este mundo no significa nada para mí sin ti.

Le asomaron repentinamente las lágrimas a los ojos. Yo no lo había visto nunca llorar. Bajó la mirada y susurró:

—Sé que no seré nunca para ti como Nixa.

Y de repente me di cuenta de algo que no había reconocido hasta entonces. En algún momento indeterminado que se me había pasado por alto, yo me había enamorado de él. Con todo su aspecto inexpresivo y su vulnerabilidad incómoda, con toda su devoción tenaz hacia mí, aunque no le hacía falta; pues, a semejanza de sus hermanos, podía haber tenido a muchas otras mujeres. No obstante, en todo este tiempo, aunque sin duda habría oído decir que Sasha, *el Novillo*, había tenido suerte de casarse con la novia de su difunto hermano, no había flaqueado ni un momento. Jamás me había reprochado la llama secreta que ardía en mi corazón desde la desaparición de Nixa y que había quedado al descubierto con la muerte de nuestro hijo.

En vez de ello, me había entregado su corazón. Su gran corazón de toro,

con todas sus inseguridades.

—Sasha... —dije.

Se le nubló el gesto, como si se dispusiera a recibir una punzada.

—No me importa que no me quieras nunca como yo te quiero —dijo—. Nicky y yo... los dos te necesitamos mucho.

—Sí —dije, con voz quebrada—. Sí te quiero, marido mío.

Él soltó el aliento despacio, como si hubiera tenido un nudo dentro de sí, y me arrastró hacia su pecho.

—Tendremos más hijos —dijo—. Te lo prometo. Muchos más. Llenaremos esta casa de sus risas, hasta el techo, para que un día puedas recordar a nuestro niño perdido sin tanta tristeza.

Aquella confesión tierna me derrumbó de tal modo que dije, sin pensarlo:

—Llévame a casa.

Él murmuró:

—Estamos en casa, mi amor. Rusia es nuestro hogar.

—Quiero ir a Dinamarca. Quiero ir a mi país. Con mis padres.

Él me abrazó con más fuerza.

—Pues iremos —dijo—. Iremos en cuanto lo podamos organizar. Pediré licencia a mi padre.

Fue entonces, en aquel momento en que nos abrazábamos el uno al otro como dos supervivientes de un cataclismo, cuando me entregué a él por completo. Durante las semanas siguientes, mientras nos preparábamos para el viaje, me esforcé, por él y por nuestro Nicky, que estaba confuso y percibía mi dolor pero era demasiado pequeño para entender la pérdida que debía de sentir al ver retirar del cuarto la cuna de su hermanito muerto.

Yo tenía que ser fuerte, por los dos. Pues, así como yo lo era para ellos, ellos eran para mí mi vida.

CAPÍTULO 12

MI madre y mi padre nos recibieron con alegría. Se ocuparon de mí como se habían ocupado siempre, y Mamá me administró muchas comidas y aire fresco para reforzarme el cuerpo y el espíritu.

—Pero ¡si estás en los huesos! —exclamaba. No podemos consentir que te consumas. Tienes que cuidar de tu hijo y de tu marido.

Thyra, mi hermana de dieciséis años, no estaba. Se había enamorado de un oficial del ejército danés. Era una elección desafortunada, pues el oficial no tenía una categoría que le permitiera casarse con una princesa. Tuvo que intervenir Mamá para poner fin a la relación y envió a la desconsolada Thyra a Atenas para que estuviera una temporada con Willie y su mujer, con la esperanza de que se pasara el disgusto.

Pero vino Alix, con Bertie y sus hijos pequeños, pues mi hermana había dado a luz a su hija segunda, Victoria, el mismo año que yo había tenido a Nicky. Tras esta llegó al año siguiente su hija tercera, Maud. Y estaba embarazada una vez más, me dijo con un suspiro; pero el embarazo era tan reciente que se había opuesto a la habitual prohibición de viajar por parte de la reina. Paseábamos por los jardines de Fredensborg y mi hijo seguía con paso vacilante al Jorge de Alix, que tenía tres años más que él y era todo un tirano que impartía órdenes en tono perentorio a Nicky y a Alberto, su propio hermano mayor.

—Mi Jorge cree que se debe hacer valer —dijo Alix—. El hijo segundo siempre es el más exigente, pues sabe que no es el primero... —Se interrumpió de pronto y me asió del brazo—. Perdona. Lo he dicho sin pensar. Esto de tener un hijo al año me ha vuelto una inconsciente.

—No te disculpes —dije, conteniendo unas lágrimas que me asomaron de pronto—. Tus hijos son muy hermosos. Bertie y tú debéis de quererlos mucho;

y, mira —añadí para disipar la sombra que le había asomado a los ojos—. Sasha está abobado. ¡Es todo un ruso grandullón y tonto!

Mi marido estaba en el césped a cuatro patas, con su chaqueta de lino arrugada y sus pantalones bombachos de *mujik* (en cuanto salíamos de la corte se negaba a ponerse nada que no fuera aquella chaqueta vieja, unos pantalones gastados y una botas raídas) y los niños soltaban chillidos de placer subiéndosele a las anchas espaldas, asistidos por Bertie, que se reía a carcajadas mientras Sasha gateaba de un lado a otro, agitando la cabeza y haciendo ademán de morder las piernas a los niños.

—Le encantan los niños. Él mismo es como un niño grande —dijo Alix. Se volvió hacia mí—. ¿Has pensado cuándo puedes volver a intentar...?

Volví a tragar saliva para deshacerme el nudo de la garganta.

—Sí. Pronto. Los dos queremos tener más hijos.

Su sonrisa se ensanchó.

—Los hijos son nuestro consuelo. Hasta que se hacen mayores y nos dejan, debemos levantarnos de la cama por ellos todos los días, pase lo que pase.

Percibí un distanciamiento entre Bertie y ella; aunque yo no lo entendía claramente, existía. Una noche, Alix se retiró temprano; los hombres se terminaron el coñac y fumaron demasiados puros hasta que subieron a sus habitaciones, bebidos y tambaleándose. Yo me quedé a solas en el salón con Mamá y me aventuré a preguntarle:

—¿A ti te parece que Alix no es feliz?

Mi madre estaba zurciendo calcetines. Seguía repasando su ropa y la de Papá, cosa que me había consternado tanto que me empeñé en suministrarles fondos para completar sus modestas asignaciones. Ella, sin alzar los ojos de la aguja, respondió:

—No debes preguntárselo nunca.

—¿Por qué? ¿Es que te ha dicho algo?

Yo no estaba segura de querer saberlo. Yo había llegado a querer a Bertie, no solo porque este apreciaba a Sasha, sino porque era todo lo que había podido desear yo en un cuñado: afable, nunca grosero, paladín contra Prusia en Inglaterra. Francia y Prusia estaban al borde de la guerra y los discursos en los que Bertie exponía abiertamente la necesidad de parar los pies a la agresión alemana no habían gustado en absoluto a Victoria.

Mamá soltó un suspiro triste.

—Directamente, nada. Pero lo suficiente para que sepa que ella debe hacer la vista gorda. Bertie es un buen marido; pero tiene sus debilidades, como todos los hombres.

—Es decir, tiene sus amantes —dije sin rodeos.

Ella me miró a los ojos.

—Ya te he dicho que no debes preguntárselo nunca. No conseguirías más que humillarla. A pesar de todo, él la quiere. Creo que más de lo que él mismo se piensa.

Volví a mi lectura, pero las palabras se me difuminaban ante los ojos y me despedí para subir al cuarto de los niños. Los chicos compartían una cama, donde se amontonaban juntos como cachorrillos. Las niñas de Alix estaban en el cuarto contiguo con su niñera, que podía oír a los niños si lloraban por la noche. Después de alisar el pelo a Nicky y de quitarle de encima el brazo posesivo con que lo rodeaba Jorge, fui silenciosamente por el pasillo hasta el cuarto de Sasha. No compartíamos habitaciones, ni siquiera en Rusia. Él tenía sus aposentos propios, que eran austeros, y yo los míos, que no lo eran. Cuando queríamos tener un rato íntimo, él acudía a mi cama; pero habíamos acordado un equilibrio amistoso teniendo camas separadas.

Le oí roncar tras la puerta. Pero entré y me desvestí hasta quedar en ropa interior. Me deslicé en la cama, caliente como un horno por su cuerpo, y me acurruqué a su lado. Él gruñó y se acercó más a mí. Su virilidad me presionó la baja espalda. Me subí la ropa interior y le ayudé a entrar en mí.

—Quiero un hijo, Sasha —susurré cuando me penetraba—. Quiero otro hijo.

* * *

Lo supe cuando las últimas hojas secas del otoño flotaban por las avenidas. Me sentía llena de malestar y por las mañanas tenía unas náuseas que inquietaban a Tania. No dije nada a Sasha hasta finales de noviembre, cuando me examinó nuestro médico personal y lo confirmó. A pesar de nuestra alegría, y debido quizá a la pérdida de nuestro hijo segundo, Sasha se puso imposible y quería que me encerrara y que evitara cualquier actividad que pudiera

cansarme.

—¿Ahora que va a empezar la temporada? —le dije—. Tu madre se ha ido a Crimea. ¿Quién va a abrir la gala en el palacio de Invierno? Tu padre necesita que esté a su lado yo, la zarevna. Y allí estaré.

Él, iracundo pero incapaz de detenerme, a menos que cerrara las puertas con candados, se ponía su uniforme ceñido, azul y plateado, y sus pantalones de piel de alce, y me acompañaba penosamente a la corte, donde yo, con el color que me daba mi nuevo estado, me las arreglaba para bailar, flirtear y conversar. Sasha, firme a mi lado, ponía caras de enfado; hasta el propio Vladimir comentó que no había visto nunca a mi marido tan pertinaz.

—¿Le has dado motivos para que sospeche de ti? —me preguntó, burlón, cuando bailábamos bajo las arañas de cristal de roca tallado del salón de Nicolás.

—Jamás —dije—. ¿Y no va siendo hora de que tú, cuñado, dejes de hacer el zascandil y te busques una pareja como es debido?

—¿Cómo? ¿Es que no me basta con dos bailarinas del Mariinski?

—En serio —dije, dándole un golpecito en el hombro con mi abanico—. La semana pasada, sin ir más lejos, tu padre se quejaba de que tus deudas de juego son escandalosas, y decía que si no te casabas y empezabas a comportarte como debe comportarse un gran duque, te iba a desheredar. ¿Qué harás entonces con tus bailarinas?

Vladimir agitó la cabeza de león y soltó una carcajada. Pero la risa no le duró mucho tiempo.

—Debo buscarme una esposa —dijo—. Papá me lo ha exigido como condición no negociable para mi solvencia económica. Así que iré a hacer un largo viaje por el extranjero (es lo que hacemos los grandes duques), a ver si encuentro una. Deséame suerte, Minnie. Es una lástima que tú ya estés tomada —me dijo guiñándome un ojo, el muy pícaro.

—Eres incorregible. Que tenga suerte la dama en cuestión. Le hará falta.

Cuando me despidió con una reverencia y lo dejé para acudir de nuevo junto a Sasha, que me esperaba con gesto torvo, Vladimir me dijo, alzando la voz:

—Tendrá suerte la dama o no la tendrá, pero yo no dejaré a mis bailarinas. De eso no me cabía ninguna duda.

* * *

Cuando el Neva, con el deshielo, arrastraba bloques de hielo hacia el mar y el jardín de Verano estallaba de las flores de mayo, me puse de parto, de nuevo en Tsarskoye Selo. Al cabo de pocas horas tuve a mi tercer hijo, al que bautizaron con el nombre de Jorge. Sasha se pavoneaba con orgullo llevando en brazos al niño, que aullaba. Era robusto, todo un niño Romanov, y su llegada contribuyó a aliviarme la pena por la muerte de nuestro pequeño Alejandro. Ya teníamos dos hijos vivos.

Pero Nicky, para disgusto de Sasha, seguía siendo pequeño y se aferraba a mí más que a su padre. Sasha se puso muy severo con nuestro primogénito, a pesar de su corta edad. Una mañana, avisada por Sophie, me los encontré con el pobre Nicky de pie en la bañera, desnudo, tiritando, mientras Sasha le echaba por encima un cubo de agua fría.

—¿Estás loco? —dije a mi marido, apartándolo para envolver con una toalla a mi hijo, que tiritaba—. Solo tiene cuatro años. ¿A qué viene esto, por Dios?

—Es para hacerlo fuerte —dijo Sasha, adelantando el labio inferior, como hacía siempre que se encontraba ante un problema, ya se tratara de que le habían servido una col demasiado pasada o de una lección difícil que le impartía Pobendonostev—. Debe aprender que la vida no es todo almohadones blandos y los brazos amorosos de Mamá.

—Eres un bruto. Podrías haberle provocado una pulmonía. Como te vuelva a encontrar haciéndole esto, serás *tú* quien te enterarás de lo crueles que pueden ser los brazos amorosos de Mamá.

Se marchó, cerrando la puerta del baño de un portazo. Nicky susurró:

—Papá me odia.

—No, no, mi dulce niño. Papá no te odia. Sólo que es...

—¿Un bruto? —dijo Nicky, y yo me reí, haciéndole una caricia.

—Sí —dije—. Es un *mujik* grandullón y bruto. ¿Lo mandamos a trillar trigo?

Mi hijo ladeó la cabeza como pensando que era buena idea. A partir de entonces, me aseguré de que Sasha no lo sometía a malos tratos.

—¿Es que quieres que aprenda a tenerte miedo? —pregunté a Sasha, que

torció el gesto.

—Prefiero que me tema a que sea como Sergio —repuso.

Yo callé. Su hermano menor, el gran duque Sergio, tenía quince años; le faltaba uno para alcanzar la mayoría de edad y era un joven ejemplar que dominaba varios idiomas, entre ellos el italiano, pues se había empeñado en leer a Dante en su lengua original. Y también tenía dotes musicales y tocaba la flauta en la orquesta del palacio de Invierno. Sergio, alto y delgado como una cigüeña, era notablemente atractivo; tenía los pómulos marcados de los príncipes renacentistas y ojos castaños verdosos que tendían al ámbar, como los de los gatos, en ciertas condiciones de luz.

—¿Y qué tiene de malo Sergio? Es estudioso, instruido y...

—Tú no te enteras de lo que me entero yo —dijo Sasha, poniéndose de pie pesadamente—. Mi hermano Pablo me ha contado... cosas. Cosas que no te voy a repetir. Pero fijate en lo que te digo —me advirtió—. Nicolás no va a ser como Sergio. Si de mí depende.

Era imposible discutir con él cuando estaba de mal humor. Por otra parte, fuera lo que fuese lo que le había contado Pablo, no era posible que fuera tan terrible como él daba a entender. Los hijos menores del zar, Pablo y Sergio, eran inseparables; se habían criado juntos y habían acompañado a su madre a Crimea y a Niza hasta que ella estuvo demasiado enferma.

En el palacio iban a clase juntos y se abrían camino juntos en un mundo dominado por sus hermanos mayores, Sasha, Vladimir y Alexis.

En cuanto a Nicky, yo no estaba dispuesta a consentir que nadie le inspirara miedos. Mi primogénito no era como los Romanov. Yo ya lo percibía y no me parecía que fuera ningún defecto. Más bien al contrario, de hecho.

Ya teníamos demasiados Romanov fanfarrones.

CAPÍTULO 13

Vladimir regresó de sus viajes por Europa, donde había repartido mucha felicidad entre una serie inacabable de propietarios de casinos y de hoteles, actrices, y los allegados respectivos de todos ellos.

Vino a verme en mi palacio Anichkov. Sasha había salido de paseo con Beauty y con su terrier de caza, Moska. Mientras tomábamos el té, Vladimir dejó al descubierto sus nuevos gemelos de esmeraldas y ónice con su monograma. Aquella falta de control suya me hizo alzar los ojos al cielo; pero, de pronto, me anunció:

—He encontrado una esposa.

—¿De verdad?

Después de las aventuras que me había contado, además de la furia del zar cuando llegaban las facturas de los diversos países europeos, yo creía que lo último que había tenido en la cabeza había sido buscarse una esposa.

—Sí —dijo Vladimir—. Me conviene. Al parecer, yo le convengo a ella más aún. Ya estaba prometida pero ha roto el compromiso para casarse conmigo.

Yo sospeché que la dama emprendedora ya se hacía cargo de las ventajas que él le ofrecía. Algunas mujeres preferían tener un marido derrochador, con su renta imperial y su afición a las bailarinas y a los caballos de carreras, pues les dejaba mucho tiempo libre para dedicarse, a su vez, a sus propios intereses.

—Y ¿quién es la afortunada dama? —le pregunté.

Hizo chascar la lengua.

—No te va a gustar —dijo.

—Y ¿por qué no? Creía que quizá no te llegaras a casar nunca, visto el camino que llevas.

—Es alemana —dijo. La mano se me quedó paralizada en el samovar. Es la duquesa María de Mecklemburgo-Schwerin, hija del gran duque Federico II. Su padre tiene sangre eslava; su bisabuela era hija del zar Pablo I. Pero su familia también tiene relaciones de amistad con el canciller Bismarck y con el nuevo káiser —se apresuró a añadir sin darme tiempo a reaccionar.

Me recosté en mi asiento, sin servirle más té, y me lo quedé mirando, sumida en un silencio de desaprobación, hasta que él dijo en tono quejumbroso:

—Todo el mundo quería que me buscara una esposa. ¿Me van a juzgar ahora por su origen?

—Yo no. Estoy segura de que sabes lo que te conviene —dije. Pero mi tono de voz daba a entender lo contrario y él siguió hablando con aquel tono lastimero que a mí no me impresionaba en lo más mínimo.

—Minnie, no hay tantas princesas dispuestas a venirse aquí como viniste tú y a adoptar nuestras costumbres. Me doy cuenta de que la derrota de Francia por Alemania te ha debido de dejar mal sabor de boca, pero te ruego que no me lo tomes a mal. Ya me ha reñido bastante mi padre.

—Mi mal sabor de boca no tiene nada que ver con esto —dije—. ¿Su majestad se opone?

—En teoría, no. Pero en la práctica... —Jugueteó con sus gemelos—. Ella no se quiere convertir. Dice que ha de obedecer sobre todo a Dios y que Dios quiere que siga siendo luterana.

—Eso es muy alemán, lo de tener esa seguridad personal de los deseos del Omnipotente.

—¿Serás amable con ella cuando llegue? —me preguntó—. Eres la zarevna. Confío en ti.

—Si es que llega. A las esposas de los Romanov no se les ha permitido nunca elegir entre convertirse o no.

—Ah, llegará —dijo él. Yo no entendía si estaba lleno de confianza o desconcertado—. Aunque María se crea que conoce los deseos de Dios, si Él no está de acuerdo, ella no le hará caso.

—Parece encantadora —dije con sequedad—. Espero su llegada con impaciencia.

* * *

María de Mecklenburgo-Schwerin se negó a convertirse; pero tal fue la presión a la que se vio sometido Alejandro, que quería que Vladimir sentara cabeza, y la que ejerció el padre de la duquesa, que quería quitarse de las manos a una hija díscola, que se llegó por fin a un acuerdo. Por primera vez en ciento cincuenta años, un gran duque Romanov se casaría con una mujer que no había abrazado la fe ortodoxa.

Sasha estaba furioso. Al igual que Bertie, había absorbido el antiprusianismo de mi familia, pues yo no dudaba en expresarlo; sobre todo después de la guerra catastrófica, con el asedio brutal de París, que costó a Napoleón III el trono imperial y que derribó por tierra mis esperanzas de una derrota prusiana con la que pudiésemos recuperar nuestros ducados daneses. Ahora Sasha descargaba su rencor sobre Vladimir, al que despreciaba abiertamente en el palacio de Invierno, y decía al padre de ambos que aquel matrimonio sería «una abominación»; hasta que tuve que recordar a mi marido que a veces tenemos que tragarnos las cosas que no podemos masticar.

—Será Vladimir el que tendrá que tragar —dijo él—. Esa vaca alemana lo va a llevar de las orejas y se gastará hasta su último rublo.

—Puede ser; pero ella será la gran duquesa Vladimiróvich, de modo que tendremos que acostumbrarnos.

Solo que no fue gran duquesa Vladimiróvich. Adoptó el patronímico de Pavlovna para recalcar su ascendencia Romanov; llegó en 1874, y revolucionó nuestras vidas por completo.

* * *

Yo no quería que me cayera bien.

A partir de la pérdida de nuestros ducados daneses se me había arraigado en el alma el odio a Alemania. El desagrado que me producía aquella boda aumentó todavía más por el hecho de que el zar regaló a su nueva nuera una esmeralda de cien quilates que había sido de Catalina la Grande, además del rubí de cinco quilates que le dio Vladimir, así como un conjunto de esmeraldas

magnífico, que rivalizaba con todos los que tenía yo. Cuando vi a la gran duquesa Pavlovna deslizarse con su porte escultural por el pasillo central de la catedral de Kazán, adornada como una emperatriz, me causó un regocijo salvaje pensar que ni con todas las joyas de las cajas fuertes de los Romanov podía librarse de su rostro germánico de pesada mandíbula; aunque tuve que reconocerme a mí misma que tenía unos ojos castaños expresivos y una presencia llamativa, a pesar de su figura demasiado gruesa.

Y el zar me dejó claro que, me gustara o no, esperaba que yo me hiciera amiga suya; de hecho, algo más que hacerme amiga suya.

—Es tozuda —me dijo—. Quería a Vladimir y ya lo tiene. No tengo idea de qué hará con él, pero no quiero que ella haga el ridículo. Encárgate de que entienda lo que se espera de ella. Aborrezco la vulgaridad.

Era un comentario revelador sobre su nueva nuera; de modo que, en cuanto Vladimir y ella hubieron regresado de su luna de miel en el extranjero, que duró un mes, me encargué de visitarla en el palacio de Vladimir, que estaba ante la orilla del río, próximo al palacio de Invierno, en el distrito más exclusivo de la ciudad. Al entrar en el zaguán me encontré con una barahúnda de obreros; había altos andamios montados sobre las paredes y los suelos estaban cubiertos de lonas.

Ella bajó, airosa, por la escalera principal, con un vestido de seda verde con polisón y con los rizados cabellos de color caoba, más claros y más ensortijados que los míos, apenas contenidos por peinetas engastadas de diamantes. Tras darme un abrazo perfumado y unos besitos en ambas mejillas, me condujo a su sala de estar en el piso superior, donde habían sacado su servicio de té de Limoges y las gruesas puertas doradas dobles amortiguaban en parte el ruido.

—Renovaciones —me hizo saber, de manera innecesaria, en su francés con fuerte acento. Como buena alemana, no se había molestado en perfeccionar su pronunciación. Con el tiempo, yo descubriría que aquello le daba más encanto.

—En este *Schloss* falta urgentemente un toque femenino. Mobiliario nuevo, suelos nuevos, tapicería nueva... todo. Vladimir apenas se alojaba aquí. Como te puedes imaginar, lo dejó todo completamente desaliñado.

—Ya veo.

Me propuse decir lo mínimo posible. Que hablara ella y se pusiera al

descubierto. Sentada ante mí en un canapé tapizado de paño, hizo salir a su doncella con un gesto en cuanto la muchacha hubo terminado de servir el té y me sometió a un escrutinio atento. Su mirada era penetrante, de una intensidad casi invasiva.

—Debes contármelo todo. Tengo grandes deseos de que seamos amigas.

—Tardaría mucho tiempo en contarlo *todo* —repliqué—. Quizá puedas empezar tú por contarme qué te parece Rusia. Recuerdo que, cuando llegué aquí, todo me parecía muy extraño.

—¿Ah, sí?

Probó un sorbito de té, y acto seguido tomó una pitillera de plata adornada con perlas diminutas. La abrió de golpe, extrajo un cigarrillo delgado, de papel negro, y lo encendió con una cerilla, expulsando el humo entre los labios contraídos en un gesto afectado.

—A mí no me parece nada extraña Rusia —dijo.

Me la quedé mirando fijamente.

—Ah, ¿quieres uno?

Me ofreció la pitillera. Yo no fumaba; pero me la estaba tendiendo de una manera que parecía un desafío, de modo que tomé un cigarrillo, lo encendí y me puse a toser en cuanto el humo acre me llegó a la garganta. Se me saltaron las lágrimas. Cuando dejé el cigarrillo en un cenicero de cristal de roca que estaba en la mesa, entre las dos, ella se inclinó hacia mí con el suyo entre los dientes.

—A mí me encanta un cigarrillo con el té. Es lo que se lleva en París y en Berlín. En estos tiempos, todas las princesas fuman.

La alusión a Berlín era intencionada. Me forcé a tomar el cigarrillo e inhalar el humo. El intento me produjo tal ataque de tos que ella, alarmada, hizo ademán de levantarse, hasta que yo conseguí decir:

—Es más fuerte que al que estoy acostumbrada.

—Es tabaco ruso —dijo dulcemente—. ¿Cuál fumabas? —Pero, entonces, sonrió—. No fumabas; pero ahora fumarás. Admiro a las mujeres que no se dejan superar.

—No tenía idea de que esto fuera un concurso —dije; pero, a pesar de mi determinación de mantenerme distante, empezó a caerme bien. No era lo que yo había esperado. No tenía ninguna agresividad teutónica; sólo una

conciencia firme de su personalidad. Aquello resultaba refrescante en una mujer de veinte años.

—Siempre es un concurso, entre las mujeres que están casadas con hermanos —dijo—. Espero que podamos dejar atrás lo evidente y convertirnos en rivales amistosas.

—¿En rivales?

—Vaya, pues sí. Yo estoy dispuesta ser aquí una figura destacada de la sociedad. —Se inclinó hacia mí—. No te imaginas lo aburrida que era mi existencia hasta que conocí a Vladimir. Él me ha rescatado de una vida de sumisión y aburrimiento constantes.

Lo primero lo dudé. No me parecía mujer capaz de ser sumisa ante nadie.

—Vladimir es una joya, desde luego —dije; y ella debió de detectar mi tono de ironía, pues se rió; soltó una carcajada que me sobresaltó y que no tenía nada de falso.

—Una joya, desde luego. Es un réprobo. Ya lo sé todo; no me vas a asustar. Las bailarinas, los caballos, las deudas de juego... me lo ha contado todo. Yo me empeñé. Antes de abrir una cuenta corriente hay que conocer bien el banco.

—Ha hecho una vida agitada. Me temo que tienes mucho trabajo por delante.

—No. El que tiene mucho trabajo por delante *es él*. Le he dejado bien claras mis expectativas. De él depende cumplirlas. Si se piensa que voy a tolerar las deudas, se equivoca.

—¿Y las bailarinas?

Se encogió de hombros.

—A un animal salvaje no se le puede domar; sólo enseñarle a hacer lo que se le manda.

Me reí por lo bajo sin poderme resistir.

—Domar a Vladimir. Desde luego que no tienes miedo a nada.

—¿A qué iba a tener miedo? —Apagó su cigarrillo en el cenicero, donde se consumía el mío en una columna de cenizas—. Es mi marido. Es libre de hacer lo que quiera, a condición de que obedezca unas cuantas reglas sencillas. Si no es capaz, yo también me buscaré un amante. Las mujeres casadas pueden hacerlo, ¿sabes?

Con todo lo temibles que eran sus palabras, yo no me asusté. Hablaba con

toda claridad, como quien expone los términos de un contrato. Pero debí de poner cara de asombro, pues señaló la pitillera.

—Toma otro. Cuesta tiempo, pero a la larga el humo resulta agradable.

Y, cuando yo lo hice así, tosiendo como antes pero decidida a dominar aquel vicio, me preguntó con tono meloso:

—¿Te he asustado?

—No en absoluto. ¿Esperabas asustarme?

—Tenía esa esperanza. —Se encogió de hombros de nuevo—. Pero es buena señal para las dos que no te haya asustado, Minnie. —Tomó la tetera y me llenó de nuevo la taza—. Has de llamarme Miechen.

* * *

Había hablado en serio. Durante aquella temporada, las puertas de su palacio, todavía por terminar, se abrieron de par en par a la aristocracia. Yo advertí en seguida que, si bien yo era indiscutiblemente la primera dama de la corte, en virtud de mi rango de zarevna y por la ausencia ya crónica de la zarina, Miechen aspiraba a hacerse valer en San Petersburgo, tal como me había advertido.

Sasha, de mal humor porque yo lo había obligado a acompañarme aquella noche y a ponerse su uniforme dorado y verde del regimiento de Preobrazhenski, echó una ojeada al zaguán recién renovado y gruñó:

—¿Es que se ha llevado todos los dorados del palacio de Invierno?

—Es bastante ostentoso —asentí, pues lo era. Su renovación había sido a base de mármol multicolor y de angelotes dorados por todas partes.

Sasha estuvo a punto de enseñar los dientes cuando Vladimir y Miechen salieron a recibirnos. Cuando ella le dedicó una sonrisa despreocupada, él le echó una mirada virulenta. A diferencia de mi vestido discreto de seda blanca, con gargantilla de perlas y diamantes, ella llevaba un vestido espectacular de seda cornalina, a la última moda, con los hombros blancos y redondos empolvados y, lo que más consternaba a Sasha, desnudos; llevaba los brazos envueltos en largos guantes de satén, con todas las joyas que había sido capaz de echarse encima, incluido el impresionante conjunto de esmeraldas. El efecto era francamente vulgar, como había temido el zar; pero ella no daba

muestras de que le importase en absoluto lo que opinara mi marido ni nadie. Dejó a Sasha poniendo caras de rabia a su hermano y me tomó a mí del brazo para llevarme airoso a su salón, lleno de invitados.

En el transcurso de la velada corrieron el champán, el coñac y el vino. Circularon en abundancia el caviar, el salmón ahumado y diversos patés de importación, presentados en fuentes de oro por criados con libreas del color morado característico, con la corona gran ducal de Miechen. Sasha no se esforzaba por disimular su desagrado; pero Vladimir parecía satisfecho, resignado de una manera que yo no hubiera creído posible, rondando en las cercanías de su mujer como una estrella en su órbita y, naturalmente, potenciando el ambiente general de sofisticación con su propia cultura.

Horas más tarde, cuando volvíamos a casa, Sasha me dijo:

—No entiendo qué ve en ella. Es una advenediza. Su palacio es horrible y esa cena de bufé ha sido un desenfreno. Lo va a dejar en la bancarrota antes de que lleguen a su primer aniversario.

—Él sabía con quién se casaba. Ella no lo ha engañado.

—Todavía lo engañará —repuso él—. Una mujer como esa siempre lo hace.

Miechen me inspiraba tanta admiración como envidia. Había dictado las bases sobre las que se asentaría su matrimonio. No la inquietaban los devaneos, pero se las arreglaba de alguna manera para someter a Vladimir a su voluntad. Además, tenía un marido que la halagaba y al que le gustaban la vida social y admirar y ser admirado. Me sentí de pronto resentida contra Sasha por su aversión a los bailes, por su costumbre de rondar por la casa con ropa desastrada, y empecé a reñirle. Una vez, picado después de una discusión, me encontró fumándome un cigarrillo a hurtadillas en mi salita. Cuando entró por la puerta, me sentí tan aturdida que, al volverme hacia él, oculté el cigarrillo tras mi espalda.

—Te sale humo de la espalda —dijo él—. Ten cuidado, no vayas a arder.

Me volví fumadora diaria. Miechen había estado en lo cierto: me acostumbré a fumar, pero me limitaba a cuatro cigarrillos al día y jamás fumaba en público. No quería que lo supiera nadie más que Sasha; aunque, a veces, cuando daba las buenas noches con un beso a mis hijos, Nicky arrugaba la nariz y decía:

—Mamá, hueles a puro.

La influencia de Miechen me invadió como un veneno. Yo tenía la sensación desazonadora de que me estaba valorando, de que me juzgaba, cuando la invitábamos a venir con Vladimir a nuestro palacio, como si estuviera sopesando si teníamos derecho a ser lo que éramos. Nunca me dijo ninguna palabra de desprecio; pero yo empecé a comprarme trajes nuevos a docenas, tras descubrir que ella no tenía ningún modelo del nuevo modisto parisino Félix, rival de Worth, pues prefería gastarse grandes sumas solo en la casa Worth. Admiraba mis decoraciones y hasta me preguntó dónde había comprado mis biombos japoneses, pues ella necesitaba algo parecido. Pero mientras los míos adornaban mi salón, a la vista de todos, ella puso los suyos en su vestidor privado, como telón de fondo de su rica alcoba tapizada en seda.

Yo no era capaz de determinar si éramos rivales amistosas o si teníamos amistad siquiera; y dudaba que a ella le importara. Lo más inquietante era que a mí sí me importaba, aunque no debiera.

Yo sería un día emperatriz de Rusia. Y ella lo sabía bien.

CAPÍTULO 14

Rodando por las calles de Londres, junto a Alix, con Bertie y Sasha por delante de nosotros en otro carruaje descubierto, el público inglés nos aplaudía; y, por una vez, no nos cayó ni una gota de lluvia. Recordando mi primera visita a aquel país no pude contener una sonrisa.

Entonces yo no era más que Dagmar de Dinamarca, hermana menor de la nueva princesa de Gales, y Victoria me había consultado como posible esposa de su hijo Alfredo. Ahora regresaba siendo su alteza imperial María Feodorovna, para preparar el terreno para el compromiso matrimonial inesperado de la hija del zar, María, con el mismísimo Alfredo, que ahora llevaba el título de duque de Edimburgo. Cuando Alix me escribió para decirme que Alfred se había enamorado de María en el transcurso de una reunión de parientes alemanes en Hesse-Darmstadt, lo primero que pensé fue que, evidentemente, no era capaz de controlar sus impulsos carnales. ¿Acaso no se había prendado de mí durante la boda de mi propia hermana? No obstante, y tras muchas negociaciones, tanto Alejandro como Victoria dieron su consentimiento, que anunciaba una reconciliación poco común. En los periódicos de Londres se especulaba que ambos imperios habían acordado soluciones pacíficas a las disputas sobre diversos dominios en Asia. Los periódicos de San Petersburgo, como de costumbre, denunciaban una conspiración británica para debilitar a Rusia. Victoria accedió a que Sasha y yo viniésemos de visita para subrayar que sería un matrimonio por amor, no por intereses políticos.

—Vamos a saludar con la mano —dije a Alix, que puso cierta cara de sorpresa pero hizo lo que le proponía. La multitud coreó nuestros nombres con un fervor poco común entre los británicos.

Yo me reí, recostándome en el asiento tapizado, mientras nos dirigíamos al

palacio de Buckingham.

—Qué risa —dije, señalando nuestros vestidos a juego, de franjas delgadas, y nuestros alegres sombreritos adornados con cerezas artificiales. Había sido idea mía ir vestidas iguales para confundir a todos.

Alix soltó una risa seca.

—Conseguiste lo que querías, por fin. Pero estoy segura de que la reina te reconocerá cuando te vea.

—Espero que sí —respondí con una sonrisa.

Naturalmente, la reina no estaba presente para recibirnos; se había retirado al castillo de Windsor para evitar la agitación de nuestra visita. No obstante, yo estaba decidida a divertirme. Una noche, en un baile que dieron en nuestro honor, Alix y yo volvimos a vestirnos iguales, con vestidos de satén azul y joyas idénticas, y bailamos cada una con el marido de la otra (y los dos se habían dejado la barba para colaborar con nuestra broma), mientras los invitados se subían a las sillas, a las mesas y hasta a los bordes de las macetas para vernos de lejos.

Victoria envió desde Windsor una nota escueta en la que decía que estaba contrariada por la noticia de nuestra conducta infantil.

Pasamos tres semanas en Inglaterra, recorriendo los reales sitios, hasta que pasamos al fin los inevitables días en Windsor con su majestad, que me pareció muy envejecida y quejumbrosa. Me miraba con sus ojos llorosos como si no fuera capaz de creer lo que veía.

—No se creía que te fueras a casar con Sasha —me confió Alix, acurrucadas juntas las dos en su cama como hacíamos en Dinamarca cuando éramos niñas; pues, a pesar del aire templado del verano, en el palacio de Windsor seguía habiendo una humedad inhóspita—. Ella tampoco quería que Affie se casara con María; pero Bertie le dijo que el mundo está cambiando y que debemos llevarnos bien con Rusia.

—Espero que Alfredo esté de acuerdo —dije yo—. ¿Has visto qué cara ha puesto esta noche cuando Sasha se lo llevó aparte después de la cena? Me pareció que se iba a echar a llorar cuando Sasha le advirtió que tratara a María con el respeto que se merece.

Alix subió las mantas hasta nuestras barbillas.

—No debe preocuparse por ella; nosotros nos encargaremos de que a

María no le falte nada.

Aquel comentario suyo me dejó inquieta. Durante nuestro viaje de vuelta a San Petersburgo, Sasha expresó en voz alta lo que yo no había sido capaz de exponer con claridad.

—Es un error —dijo—. Mi hermana no tiene idea de con quién se casa. Lo único que quiere es casarse; pero ¿qué vida puede tener en esa isla triste, con un patán por esposo y una reina miserable como suegra?

—Tú desde luego que has cazado y comido a tu gusto —dije, tocándole con el dedo en el estómago—. Has engordado con la caza de la isla triste.

—Lo pasé bien con Bertie, Alix y los faisanes —repuso él—. Lo demás no me gustó.

Me encontré a María sumida en una impaciencia febril, aguardando con ansia mis consejos sobre la reina, sobre Inglaterra y sobre su futuro esposo. Me limité a repetirle lo que había dicho Alix. ¿Qué otra cosa iba a hacer, ahora que ya se estaban haciendo los preparativos para la boda en el palacio de Invierno?

—Mi hermana Alix espera tu llegada con gran interés —le aseguré—. Se encargará de que no te falte nada.

María estaba tan nerviosa que no cayó en la cuenta de que yo no había dicho nada del marido que también se tendría que ocupar de ella. Me pregunté si Sasha estaba en lo cierto acerca de los motivos de María.

A las pocas semanas de su boda y de su partida para Inglaterra, María ya escribía al zar para quejarse. La reina no le había permitido encender la chimenea en sus aposentos de Balmoral; y cuando María se había presentado a la cena con la *tiara russe* de diamantes que le había dado su padre como regalo de bodas, Victoria se había irritado y había dicho que aquello era «demasiado bueno», mientras miraba de manera significativa a sus hijas, ninguna de las cuales, según escribía María, «tenía nada tan fino». Estaba nostálgica y triste, y el zar, sin saber qué hacer, me llamó.

—No debí consentirlo —me dijo—. Al principio, me oponía. Pero María me lo suplicó. Decía que lo amaba.

—¿Y lo creíste? ¡Si solo tiene veinte años y ha pasado toda su vida en este palacio! ¿Qué puede saber ella de lo que es el amor?

Soltó un suspiro de desolación.

—No quise contrariarla. Recuerda que es mi única hija y yo había prometido que no la obligaría a casarse con alguien a quien no quisiera.

Le dije que escribiría a mi hermana para pedirle que ayudara a María. Sabía que sería una cuestión de tiempo hasta que María aprendiera a ceder, como todas las recién casadas en un país extranjero. Pero cuando salí de hablar con Alejandro en su despacho, volví a oír mentalmente las palabras de la zarina.

Venir a este país nunca es fácil; pero nos adaptamos, hija mía. Tenemos que adaptarnos.

Yo me temía que, por desgracia para María, la adaptación podía ser a costa de anularle el alma rusa.

* * *

Mi hija Xenia, de ojos oscuros y rasgos delicados, llegó en la primavera de 1875. Yo me negué a recluirme en Tsarskoye Selo y me empeñé en dar a luz en mi propia cama, en mi palacio. Como era niña, su nacimiento fue recibido con menos fanfarrias.

Pero Sasha estaba muy conmovido. Adoraba a Xenia y su llegada le hizo suavizar el control autoritario que ejercía sobre nuestros hijos. Le compraba muñecas, vestiditos de encaje, hermosos gorritos y hasta un pony de madera en miniatura sobre el que la ponía y la sostenía mientras la mecía y ella soltaba chillidos de placer. Ahora que teníamos dos hijos y una hija, nuestra vida familiar nos absorbía hasta tal punto que apenas prestábamos atención a la situación anárquica que tenía lugar ante nuestras puertas...

Hasta que un asesino nihilista intentó matar al zar cuando se paseaba por el jardín de Verano. Los gendarmes, a los que Alejandro ya no podía dar esquinazo, se arrojaron sobre el canalla antes de que hubiera tenido tiempo de disparar su pistola, pero el pánico subsiguiente puso fin a los paseos informales de Alejandro. Confinado en el palacio de Invierno, se veía obligado a ponerse un chaleco antibalas bajo la ropa siempre que salía en su carruaje blindado; porque, como me dijo con tristeza, «me quieren cazar como a un lobo».

—Él se lo ha buscado —afirmó Sasha—. Mi padre ha hablado de autorizar

una constitución, de permitir que una Duma¹ limite nuestra autocracia. Pobendonostev dice que eso sería el fin de todo lo que representamos. Rusia se levanta sobre tres pilares: la autocracia, la ortodoxia y la nacionalidad. El zar ha sido designado por Dios para que gobierne, no para que desmonte el gobierno de Dios.

Entonces lamenté amargamente haber aceptado a nuestro tutor, teniendo en cuenta, sobre todo, que yo no había vuelto a emprender los estudios con él después del nacimiento de Nicky, por lo que hasta cierto punto no había sido consciente de la influencia perniciosa que ejercía sobre mi marido.

—Si dice eso, es que es un fanático. No concuerda con el mundo actual en que vivimos —dije; y él me miró con asombro—. Sasha, tu padre me dijo una vez que los campesinos sufren. Por falta de tierras, se ven obligados a venir aquí, a trabajar en las fábricas, donde apenas ganan para vivir. Muchos son analfabetos, y por ello los explotan.

—En Rusia siempre han sido así las cosas. ¿Es que vas a discutir nuestro derecho divino a gobernar este imperio como lo hemos gobernado desde hace siglos?

Comprendí que había dicho una inconveniencia, pero ya sentía la necesidad urgente de abrir sus puntos de vista restringidos, que no podían servir más que para producirle más disensiones con el zar.

—Si existen los nihilistas es porque habéis gobernado de esta manera durante siglos —dije—. Tu padre no se propone deshacer todo lo que representa la dinastía; se limita a reconocer que deben hacerse ajustes. Está claro que no podemos seguir así, esperando a que llegue otro canalla a pegarle un tiro.

Sasha echaba chispas por los ojos.

—Puede que no sea su propósito. Pero con tanto hablar de una constitución, se les incentiva. Lo que él no haga, lo harán ellos por él. Mira esto —dijo, poniéndome en las manos un panfleto.

Bajé los ojos y leí el texto impreso con tinta borrosa sobre papel barato:

Pueblo de Rusia, víctimas de los opresores: salid con vuestras horcas y volved iluminados por las llamas de los grandes palacios, llevándoos en vuestros bolsillos el dinero que os pertenece a

vosotros.

Sentí como una descarga de rabia mezclada con temor.

—¿De dónde has sacado esto? —le pregunté, aunque conocía la respuesta—. ¿Ha osado Pobendonostev traer a nuestra casa esta basura?

—Los están sacando en imprentas clandestinas en toda la ciudad. Quería enseñarme que los nihilistas azuzan a nuestro pueblo, a los campesinos que sufren, como dices tú, para que se levanten contra nosotros.

Me quedé horrorizada. Yo me compadecía de los pobres y de sus penalidades, aunque ahora me daba cuenta de lo poco que sabía en realidad. Había vivido en un mundo en el que raramente llegaba a atisbar cómo vivían los millares de personas que me rodeaban y había dado por supuesto que no era asunto mío, que era el zar quien debía hacer cumplir la ley y velar por el bienestar de su pueblo.

Ahora me encontraba ante la terrible posibilidad de que, si los nihilistas conseguían sus fines, podía quedar destruido todo lo que yo conocía y quería.

—Deberían condenarlos a muerte por esto —dijo Sasha—. Ahorcarlos en la plaza del palacio para que quede claro que no estamos dispuestos a tolerar la sedición. Pero mi padre, al que tú defiendes, ha perdonado a ese cretino que intentó pegarle un tiro y lo dejó libre para que vuelva a refugiarse en las guaridas donde pululan, en las buhardillas de toda esta ciudad. La próxima vez, no fallarán. La próxima vez, lo matarán...

—Calla, Sasha —dije. Nicky había dejado de jugar con sus soldaditos de plomo, en la alfombra junto a la chimenea, y nos miraba, inquieto, con el ceño fruncido.

—Que aprenda ya —dijo Sasha—. Que comprenda que el zar ostenta el poder solo por la gracia de Dios y no puede confiar en su propio pueblo.

Yo quería despedir a Pobendonostev, pero Sasha no me lo consentía. Antes bien, autorizó a aquel hombre repelente a hacer venir a nuestro mismo salón a personas de todo tipo, con ideas que yo no llegaba a entender: catedráticos de universidad y escritores flacos con abrigos raídos, que peroraban sobre ideales de libertad radicalmente opuestos a las ideas de Pobendonostev. Sentí repulsión cuando uno de estos escritores me miró con ojos lascivos y me dijo, con aliento que olía a vino:

—¿Cuántas familias cree usted, *madame*, que podrían vivir cómodamente en este mismo palacio?

—Una —repuse, enfadada y conteniendo el impulso de decirle que debía llamarme «Alteza Imperial»—. La mía. ¿Cree usted que deberíamos alquilar habitaciones?

—Por eso no puede entender lo que tiene delante de las narices —dijo el hombre con una risa de desprecio, volviéndose hacia los demás, que me miraron todos como si fuera una niña torpe.

Ví que a Sasha se le oscurecía de rabia el rostro ante el craso insulto que se me había infligido. Pero entonces miró a Pobendonostev y la sonrisa sardónica del tutor lo hizo callar. Entonces lo entendí perfectamente. Nuestro tutor nos estaba rodeando deliberadamente de aquello que él mismo detestaba para demostrarnos que, si consentíamos que los radicales se salieran con la suya, la única consecuencia sería el caos.

Al día siguiente, necesitada desesperadamente de huir del ambiente melancólico de mi casa, me fui con mis hijos a visitar a Miechen en su palacio. Allí, sus criados, que eran legión, se ocupaban de mis hijos y del hijo de ella, Cirilo, de un año. Los niños correteaban por un cuarto infantil lleno de juguetes, del tamaño de un salón de baile pequeño y con el techo repleto de la tracería dorada que estaba en todas partes.

—Ese tutor nos va a hacer caer en desgracia —dije, fumándome un cigarrillo tras otro, sin atender a mi cuota estricta—. Alejandro está enfadadísimo. ¡Ha reñido a Sasha por haber recibido a revolucionarios en nuestro salón!

—Qué desagradable —dijo Miechen—. Y lamento aumentar más aún tu aflicción, Minnie, pero la gente también dice cosas.

—¿La gente dice cosas? —repetí, con voz quebrada por la incredulidad.

—Sí. Que en el palacio Anichkov puede entrar quien quiera, aunque sea nihilista, con tal de que haya leído a Dostoyevski y no lleve corbata. —Hizo aquel gesto suyo de encogerse de hombros en señal de modestia—. No es que yo confirme esas cosas, cuidado; pero no puedo evitar oírlas.

—Eso... eso es indignante —susurré. Ví en sus ojos una chispa de malicia, un fulgor de satisfacción por haber descubierto un punto vulnerable en mi existencia, ideal en todos los demás sentidos.

—Lo es —dijo—. Lo que es yo, no lo toleraría jamás. Ni tampoco me arriesgaría a disgustar a su majestad por dar gusto a un hombre al que he contratado y al que tengo a sueldo.

—Es un criado —dije, poniéndome de pie—. Los criados no dictan quién entra en mi casa.

Ella me dedicó una sonrisa fría.

—Espero sinceramente que no —dijo.

Ordené a mi doncella que recogiera a mis hijos y a Xenia, que iba en su moisés, y regresé a mi palacio hecha un torbellino de indignación. En cuanto volvió Sasha a casa, tras sus horas de servicio en el regimiento, le planté cara en el zaguán, sin haberle dado tiempo a desabrocharse el capote.

—¿Es que quieres que nos difamen y nos expulsen de la corte para dar gusto a Povendonostev? Vas a poner fin a estas reuniones inmediatamente. Haz saber a nuestro tutor que puede seguir adelante con tu instrucción, de manera limitada, pero que no vamos a volver a ver en esta casa a ninguno de esos facinerosos.

Él entrecerró los ojos.

—¿Es posible que mi mujer me esté mandando?

—Lo es —dije, y di media vuelta—. Y a menos que quieras que tu mujer y tus hijos se vayan a vivir a otra parte, harás lo que te manda.

* * *

Pobendonostev no protestó. Ya había conseguido su objetivo: dirigir a Sasha por un camino de inflexibilidad que lo ponía en oposición al zar, de cuya emancipación de los siervos de la gleba y las miserias subsiguientes, habían surgido los nihilistas. Yo apenas era capaz de tratarlo con educación; estaba tan furiosa por no haber podido sacarlo de mi casa tirándole de la oreja, sin más, que fui a ver al propio Alejandro. Irrumpí en su despacho sin hacerme anunciar previamente.

—Minnie —dijo, levantando la vista de su escritorio, donde estaba pluma en mano entre sus papeles, con el viejo Milord sesteando a sus pies. No digas una sola palabra en defensa de Sasha. Ha llegado a tal punto que ya no tiene perdón. Esas tertulias en tu casa, y ese demonio de Pobendonostev, llenándole

los oídos de veneno... ¿cómo has podido permitirlo? Estoy muy decepcionado. Ni la propia Miechen, con todos sus despilfarros, ha conseguido hacerme tanto daño —añadió al ver mi expresión.

—No tengo excusa —dije—. Solo que tú me pediste que guiara a Sasha. Como Pobendonostev lo había educado en su infancia y después ha sido tutor de tus hijos, los grandes duques Pablo y...

—Ya no. Ese hombre ya tiene prohibido poner el pie en este palacio. Debería mandarlo a Siberia, a ver si le gusta, para que enseñe a los presidiarios a faltar al respeto a su emperador.

Avancé un paso más hacia él.

—Las tertulias han terminado. He dicho a Sasha que ya no las toleraré. ¿Qué más puedo hacer? Ahora que su majestad la zarina viene tan poco a la corte, puede que yo pueda asumir algunos de sus deberes. Quiero arreglar las cosas.

—¿Puedes? —dijo Alejandro. Dejó la pluma y se pasó la mano, manchada de tinta, por la cara cansada. Había envejecido. La amenaza nihilista, la enfermedad de su hija y, sin duda, la amante secreta, lo estaban agotando—. Mi hermano Nicolás ha abandonado a su esposa para juntarse con una mujer vulgar. Se rumorea que mi otro hermano, Constantino, cuya hija se casó con tu hermano, es ocultista y hace venir a su casa a profetas y a *stranniki*, y todos ellos lo instan a que me arrebatase el trono. Mi hija, María, es terriblemente infeliz en Inglaterra. Y, por si todo esto fuera poco, los Balcanes están soliviantados y los otomanos de Turquía nos acaban de declarar la guerra. ¿Cómo pretendes arreglar nada de esto?

—No lo sé —dije, mirándolo con impotencia—. Sin duda, habrá algo que pueda hacer.

Él me miró, reflexionando.

—Siempre te he apreciado mucho —dijo—. Eres mi nuera favorita, porque nunca te metes en lo que no te importa. Lamento que Sasha haya adoptado esa postura en mi contra, pues no entiende la gravedad de nuestra situación. No puedo permitir que nuestro imperio caiga en la revuelta cuando tenemos una solución: una constitución y una Duma, aprobadas por el pueblo, para contener las críticas y salvarnos a todos. Te dije una vez que temía haber cometido un error al liberar a los siervos de la gleba; pero he llegado a entender que mi

error fue no haber liberado a toda Rusia. Pero me llena de ánimo el que no compartas la postura de mi hijo, de desaprobación hacia mí.

Intentó sonreír, aunque le salió más bien una mueca.

—Mi mujer es presidenta de la Cruz Roja —dijo—. Es un cargo honorífico, pero, ahora que ha estallado la guerra, requeriremos la asistencia de la Cruz Roja en nuestros momentos de necesidad. Te autorizaré a que asumas sus deberes, mientras ella conserva el título. —Mientras yo asentía con la cabeza con energía, al borde de las lágrimas al ver que su confianza en mí, aunque deteriorada, perduraba, él continuó—. Pero te advierto que la organización no es como debería ser. He oído quejas sobre la desaparición de fondos, mala gestión y apatía general. Parece que ningún funcionario de mi imperio cree que debe ser honrado si puede salirse con la suya.

—Yo llevo mi casa. Puedo dirigir la Cruz Roja.

—Ojalá fuera lo mismo —dijo él, soltando un suspiro.

¹ Duma: Asamblea legislativa de Rusia. (N. del T.)

CAPÍTULO 15

—Esta es la sala de madres solteras.

La matrona jefe de la Cruz Roja de San Petersburgo se detuvo conmigo en el umbral de una sala grande, mal iluminada, con vigas vistas, donde había hileras y más hileras de mujeres demacradas en camastros de hierro, que proferían un estrépito de toses malsanas. Cuando me dispuse a entrar, percibí el olor fétido aun a través de mi mascarilla protectora: unas miasmas pútridos de carne sin lavar, de pústulas abiertas, pus, excrementos y antisépticos.

La enfermera jefe me detuvo.

—Tienen gripe y tifus. No es prudente, alteza imperial.

Miré al interior de la sala. Las hileras parecían interminables.

—¿Tantas? —pregunté.

Estaba muy impresionada. Había asumido los deberes de la Cruz Roja con el propósito de reconciliarme con Alejandro, pero también había tenido la esperanza de demostrar mi propia caridad para con los desventurados. Pero no había contado con aquella visión desgarradora de las desgracias de los pobres, cosas que no había imaginado nunca siquiera. En mi visita al hospital había visto lo suficiente como para echarme a llorar. No solo eran abrumadoras las necesidades, sino que parecía que no había manera de aliviarlas. Ante tanta miseria, no podía por menos que entender por qué querían nuestra muerte los nihilistas. Mientras nosotros vivíamos con esplendor, Rusia sufría ante nuestros mismos ojos, que no querían ver.

—Estas no son ni la cuarta parte de todas las que hay en la ciudad —dijo la matrona—. Solo atendemos a las más enfermas. La mayoría son prostitutas u obreras de fábricas. Sus hijos, muchos de los cuales quedarán huérfanos pronto, están en la sala inferior y son el doble en número. Alteza, nos vemos obligados a rechazar a cada hora a muchos más que necesitan de nuestros

cuidados. No tenemos camas ni personal suficiente para acogerlos a todos.

Pensé que debía entrar, ofrecer el consuelo que pudiera; pero la matrona me dirigió de nuevo a las oficinas de la administración del hospital, donde me quedé sentada ante su escritorio, sin fuerzas tras aquel espectáculo increíble.

—Como ha visto vuestra alteza, carecemos de fondos —me informó, de pie ante sus montones de papeles—. No sabemos adónde van a parar los dineros que nos asigna el Ministerio imperial, pero aquí no llegan. En nuestra situación actual no podemos pagar a los médicos. Estamos al borde del cierre. Es una vergüenza.

Miré las paredes con manchas de moho; sentí el viento que se colaba por los marcos resquebrajados de las ventanas y comprendí que no exageraba. Todo el hospital se venía abajo.

—Me encargaré de que se administren los fondos —dije—. Hablaré en persona con el ministro de Finanzas, en la corte; y, si es preciso, traeré aquí yo el dinero en persona.

Ella me hizo una reverencia de agradecimiento, pero aprecié el escepticismo en su voz cuando dijo:

—Es una gran dicha para nosotros contar con el interés de vuestra alteza.

Yo estaba decidida a demostrar que contaban con algo más que con mi interés. Tardé meses enteros en deshacer los nudos burocráticos en virtud de los cuales más de la mitad de los fondos de la Cruz Roja habían ido a parar a bolsillos poco escrupulosos, pero me apliqué a la labor sin descanso, convocando a los funcionarios del ministerio para exigirles las cuentas. Si alguno intentaba rehuirme, yo lo amenazaba con hacérselo saber al zar. No tardó en correr la voz, hasta que bastó con que se hablara de que yo intervenía en un asunto para que los malhechores huyeran como ratas. A mí no me interesaba impartir castigos (no tenía poder para ello, aunque quisiera haberlo tenido) y me dediqué, en cambio, a reorganizar la Cruz Roja y a que esta tuviera los fondos que merecía, donando incluso sumas importantes de mis propias rentas. Con el tiempo, los administradores de los fondos comprendieron que si algo iba mal, tendrían que rendirme cuentas a mí.

No me importaba gran cosa que mis trabajos me hicieran más visible. Los periódicos publicaban artículos de fondo en los que se alababa mi interés por algo que no eran las modas ni las galas y daban a entender que las otras

grandes duquesas podrían hacer otro tanto, aliviando así en parte las críticas a nuestra indiferencia propia de los Romanov. Acudía al hospital todos los días; estudié cursos para obtener el título oficial de enfermera y hacía turnos en las salas, sin atender a las quejas indignadas de Sasha, que decía que estaba poniendo en peligro mi salud. Recluté a mis hijos para que ayudaran a preparar paquetes de ayuda para los desamparados que hacían cola durante horas ante los centros benéficos y sufragué la renovación completa de una sala que se inauguró con mi nombre. Quería establecer centros educativos para que las mujeres pobres tuvieran otras posibilidades que trabajar como costureras, obreras de fábrica o prostitutas; pero mis proyectos quedaron interrumpidos por la guerra contra Turquía.

La Cruz Roja, bajo mi administración, estuvo a la altura de las circunstancias y envió al frente de batalla material médico, hospitales de campaña y otros suministros necesarios. Sasha fue movilizadado al frente de su regimiento; a mí me inquietaba mucho que terminara encontrándose en una batalla, pero no flaqueé en mi labor. Había encontrado por fin el modo de resultar útil a mi país de adopción, de devolver a Rusia una parte de lo que me había dado ella a mí.

Ser miembro de la familia imperial traía consigo sus obligaciones. Yo había descubierto la mía.

* * *

La guerra produjo unas bajas terribles. El sobrino del propio zar murió en combate y Sasha también participó en la lucha. Yo pasé una angustia tremenda hasta que recibí noticias de que estaba ileso. Todos los varones de la familia imperial que tenían condiciones físicas para cumplir su deber se habían visto obligados a presentarse para la causa; tuvimos suerte de que no perecieran más. A finales de 1877 los turcos habían sufrido unas pérdidas insostenibles y nuestro ejército había llegado a la capital otomana, Estambul. Los británicos, temiendo que Rusia se apoderara de la antigua ciudad y llegara en sus conquistas más allá de lo que consideraban aceptable, enviaron una flota de barcos de guerra para impedir que nuestra armada invadiera la capital. El zar, presionado para negociar un acuerdo, accedió a unos términos en virtud de los

cuales los turcos renunciaban a sus provincias de Rumanía, Serbia y Montenegro y otorgaban la autonomía a Bulgaria. A consecuencia de la conciliación de Alejandro, Prusia no tardó en ocupar Bosnia y Herzegovina y Gran Bretaña se apoderó de Chipre, antes dominio otomano.

Y la victoria que pudiera haberse atribuido al zar quedó empañada por una corrupción nacional que contribuyó a hacer olvidar sus desacuerdos con Sasha. Mi marido fue el único mando del teatro de operaciones al que no se acusó de la malversación de fondos a gran escala, a consecuencia de la cual las botas y los abrigos que habían llegado al frente para los soldados estaban hechos de telas raídas, el pan contenía serrín, la carne estaba podrida y las bayonetas eran tan débiles que se rompían, costando la vida a incontables soldados rusos. Alejandro puso a Sasha al frente de una comisión que había de investigar los abusos de poder. Se investigó a todos los altos mandos, incluidos los tíos mayores y Vladimir. El voluminoso informe que preparó Sasha hizo perder el color a su padre. Se impusieron cuantiosas multas a los grandes duques y a Vladimir, y los periódicos publicaron el escándalo en sus primeras planas.

—Solo son culpables de negligencia —dijo Sasha—. Todos ellos acusan a sus subordinados, sin recordar que fueron ellos los que habían nombrado a tales subordinados. Naturalmente, mientras los gatos miraban hacia otro lado, los ratones se sentían libres para saquear a voluntad. —Soltó un bufido—. Ahora veremos cuánto presume Miechen esta temporada, cuando se entere de que la renta de Vladimir se ha reducido a una miseria y de que nadie quiere ser visto en su palacio ni en sus proximidades.

Entre tantas turbulencias, descubrí que estaba embarazada de nuevo. Me desagradó la contrariedad, pues, debido a mi embarazo y a la agitación en el extranjero, no podría asistir a la boda inesperada de mi hermana Thyra con el príncipe Ernesto Augusto, heredero titular del ducado alemán de Hannover. Prusia se había anexionado recientemente Hannover, de modo que en realidad mi hermana se había casado con un príncipe titulado pero sin reino. Me extrañó la precipitación del enlace, y supuse que mi madre lo había acordado para evitar que Thyra volviera a establecer más relaciones inadecuadas.

Mi tercer hijo, Miguel, o Misha, como lo llamábamos, nació en diciembre de 1878. Aquel hijo nuestro, engendrado en la guerra, sería el más delicado

que tendríamos, como si su naturaleza misma se resistiera a la violencia que había precedido a su nacimiento. Nicky y Jorge pusieron a Misha el mote de *Apoltronado*, porque tenía la costumbre de dejarse caer en la silla más cercana como si su espíritu no pudiera con el peso de su cuerpo. Yo lo quería con todo mi corazón; y Sasha, quizá porque Misha había nacido después de que él hubiera sido testigo de los horrores de la guerra, lo trataba con una ternura que hasta entonces sólo había manifestado con Xenia.

Ahora que tenía tres niños que se hacían mayores y una hija, me sometí a lo inevitable y, por recomendación de Alix, contraté a una niñera inglesa, la señora Franklin. Pero yo seguía atendiendo personalmente a mis hijos y me empeñaba en cenar con ellos y en revisar sus avances académicos. Sasha ya se saldría con la suya más adelante, y entonces los chicos conocerían los camastros duros, los baños fríos y la disciplina firme que él creía necesaria para fortalecerles el carácter; pero, mientras fueron pequeños, siempre hubo en nuestra casa afecto, calor y juegos y mucho amor.

No quería que ninguno de mis hijos llegara jamás a no sentirse querido.

* * *

Los almuerzos privados con el zar en mi palacio fueron idea mía. Cuando Sasha y él se tanteaban para buscar un acuerdo mutuo, pensé que les hacía falta pasar tiempo juntos sin ceremonias; además, Alejandro fascinaba a mis hijos, que lo saludaban formalmente llamándolo «Su Majestad Imperial el *Grandpère*» para, acto seguido, subirse a sus rodillas. Alejandro soportaba con paciencia sus parloteos y estaba prendado de Misha, de mirada suave, que siempre se sentaba junto a él.

Yo sabía que Alejandro tenía un dolor interior. La zarina había regresado de Niza por última vez; se había instalado en sus aposentos del palacio de Invierno, de los que solo volvería a salir en su ataúd.

Yo había acompañado a Sasha a visitar a su madre y me había quedado muy afectada. La zarina estaba consumida, en los huesos; jadeaba, le faltaba el aire y tosía esputos sanguinolentos, pero Sasha no manifestaba ninguna solidaridad con el sufrimiento de su padre por la pérdida inminente de su esposa. Cuando se hablaba del tema, mi marido guardaba silencio y Alejandro no le hacía

ningún reproche, por lo que yo me preguntaba si Sasha se habría enterado, por fin, del adulterio del zar.

Por si me quedaba alguna duda, Miechen se encargó de disipármela. Aunque lo había pasado muy mal después de que Vladimir cayera en desgracia por la guerra, y se le había vetado el acceso a la corte hasta que su marido suplicó al zar que lo perdonara, no había renunciado en nada a su orgullo; había asistido a otras recepciones durante la temporada, presumiendo, en efecto, y adornada con joyas suficientes como para deslumbrar a todas las anfitrionas. Y seguía tan al tanto de los últimos chismes como siempre.

—Ya lo sabe todo el mundo —dijo—. Si Sasha no lo ha oído, es que debe de estar sordo. Se llama Catalina Dolgorukova. Su padre era príncipe, amigo íntimo de su majestad, y jugador empedernido que dejó a su familia en la ruina. En su lecho de muerte suplicó al zar que cuidara de sus hijos, de modo que Alejandro envió a los varones a academias militares e hizo ingresar a Catalina y a su hermana en el instituto Smolny, que, como bien sabes, está reservado para la nobleza y fue fundado por Catalina la Grande, nada menos.

—Sí —murmuré—. Es muy exclusivo. Lo patrocina la zarina.

—En efecto. Pero su majestad les pagaba la instrucción y el alojamiento. Cuando Catalina se graduó, le adquirió una vivienda adecuada en la ciudad. Sigue soltera, aunque ya ha cumplido los treinta, y aparentemente él sigue siendo su protector; pero no hay que consultar a un vidente para determinar por qué se ve ir y venir de su casa al carruaje de él. Al parecer, la cosa ya dura desde hace años. A veces se le ha visto salir a altas horas de la madrugada —añadió con voz cortante—. Algunos afirman, incluso, que ya le ha dado un hijo.

Mientras yo retorcí las manos en mi regazo, ella añadió:

—Ya ves, todo un escándalo.

En aquel momento estuve a punto de decirle que ella no era quién para criticar a nadie, cuando Vladimir se acostaba con bailarinas a diestro y siniestro mientras ella se gastaba la fortuna de él en adornar el palacio de ambos y su posición. Me contuve. No era momento ni lugar. Además, ella no había hecho más que repetir lo que decían otros. Nada de aquello era secreto; ya no lo era, pero yo sentí repulsión. Ella no perdonaría jamás a nuestro suegro que hubiera permitido que salieran a la luz pública los desmanes de

Vladimir, ni la humillación que había sufrido ella como gran duquesa.

No me atreví a contar a Sasha la conversación que había mantenido con Miechen. Si Sasha sabía lo de la amante de su padre, no decía nada y seguía asistiendo a nuestros almuerzos de los domingos. Parecía que, a condición de que nadie hablara de su madre, el zar y él iban arreglando sus diferencias, al menos a primera vista.

El hermano de la zarina, el gran duque de Hesse, vino a hacer una visita, pues se le había llamado a ver a su hermana antes de que esta falleciera, y Alejandro solicitó a Sasha que fuera a recibir al gran duque a la estación de ferrocarril y lo acompañara hasta el palacio de Invierno. Aquello era una muestra visible de que Sasha había recobrado la confianza del zar, y partió con su séquito aquella tarde helada de febrero mientras yo me quedaba en casa, acostando temprano a mis hijos para poder prepararme para el banquete que se celebraría en honor del gran duque. Como la zarina tenía que guardar cama por su enfermedad, yo recibiría a su hermano junto con el zar.

Pero cuando mi troika me dejó en el palacio de Invierno, Sasha no había llegado todavía.

—El tren viene con retraso —dijo Vladimir—. Mi padre no está contento. Ya sabes cuánto aborrece los retrasos. Si quieres verlo, está en el Salón de los Vicemariscales. Yo me quedaré aquí a esperar a Sasha.

Tomando en las manos la pesada cola de mi vestido, subí por la escalera del Jordán, que conducía a los salones principales. Encontré a Alejandro, que se paseaba por el salón.

—¿Dónde está? —dijo, volviéndose hacia mí con gesto ceñudo—. ¿Es que no es capaz de hacer nada tal como se le dice? Son casi las siete. Nuestra recepción iba a ser a las seis y cuarto.

—Majestad, no se puede culpar a mi marido del retraso de un tren —dije yo.

Alejandro apretó los labios. Cuando llegó su asistente y dijo que ya habían llegado su alteza imperial y nuestro huésped, salió apresuradamente del gran salón, seguido de mí y de las otras grandes duquesas, entre las cuales iba Miechen, muy ufana, pues había oído el comentario cortante del zar acerca de Sasha.

Acabábamos de llegar a lo alto de la escalinata y contemplábamos los

escalones que se disponían a subir Sasha, Vladimir y el gran duque, cuando de pronto vacilaron todas las silbantes luces de gas.

A continuación, el suelo de mármol tembló.

Miechen me dirigió una mirada alarmada. Estábamos a ambos lados del zar, pero yo apenas había hecho ademán de asirlo del brazo cuando el enorme candelabro de cristal tallado que estaba suspendido sobre la escalera se desplomó con una explosión de cristales rotos. Cayó del techo una lluvia de fragmentos de yeso. Las grandes duquesas se apartaron, chillando; yo no las oía, pero vi sus bocas abiertas y sus ojos con un brillo de terror, hasta que yo misma fui arrastrada por un rugido ardiente que irrumpió desde el comedor que estaba al fondo del pasillo y nos azotó las espaldas.

Nos quedamos sumidos en la oscuridad. Cuando salió al pasillo la nube ondulante de madera, yeso y piedra desintegrados que me ahogaba, llegó hasta mí a fragmentos un clamor terrible de gemidos lejanos. Busqué a tientas algo a lo que asirme entre el polvo denso.

—¡Minnie!

El zar tenía la boca junto a mi oído, y gritaba, pero yo lo oía como por un tubo estrecho, desorientada, mientras él me ayudaba a levantarme y se ponía a gritar los nombres de los demás. Cuando todos fueron respondiendo con voces temblorosas de miedo, oí a Miechen, y entonces, recordé.

Mi voz estalló.

—¡*Sasha!*

No veía nada por debajo de nosotros. Pensé, en un arrebato de pánico horrorizado, que debía de haber quedado destruida toda la escalera. Sasha, Vladimir y el gran duque de Hesse estaban subiendo y...

—¡Luces! —gritó Alejandro.

Salieron corriendo criados de otras estancias. Pareció que transcurría una eternidad hasta que llegaron con lámparas de queroseno o con velas. Las débiles llamas apenas iluminaban, pero bastaron para poner de manifiesto que la escalera estaba intacta. Sasha, el gran duque y Vladimir yacían amontonados al pie de los escalones de mármol. Cuando descendí hasta ellos trabajosamente, pisando entre los restos de yeso y de cristal, Sasha fue el primero que se levantó, vacilante.

Se tambaleó, parpadeando, y después se inclinó a ayudar al gran duque, que

estaba conmocionado. Vladimir se incorporó; tenía un corte en la sien que le sangraba. Mis zapatillas de corte hacían crujir los restos dispersos, hasta que caí en brazos de mi marido.

Él me apretó con fuerza mientras Alejandro, Miechen y las otras grandes duquesas, con los tirabuzones hechos trizas y los tocados perdidos, bajaban cuidadosamente por la escalera, acompañados de los lacayos con lámparas. Salimos apresuradamente a la plaza, donde se había reunido la guardia del palacio.

Sobre el fondo de la noche tachonada de copos de nieve ardían llamas de color mandarina tras las ventanas destrozadas del mismo salón donde nos disponíamos a cenar. Mientras estábamos allí plantados, tiritando, el zar gritó a uno de sus guardias:

—¿Qué ha pasado?

—Una explosión, majestad —dijo con voz temblorosa el cosaco, que, cubierto con su gorro de astracán negro, alzaba la vista con horror y asombro hacia el salón envuelto en llamas—. En el sótano, bajo el alojamiento de la guardia finlandesa. Dios los proteja —añadió, santiguándose—. El regimiento estaba dentro.

—Debe de haber muchos heridos —dijo el zar. Mientras él empezaba a dictar órdenes, yo me solté de la mano de Sasha.

—Necesitan ayuda —dije—. Yo soy enfermera titulada.

Apartándome de él, hice una seña a Miechen. Debo reconocerle que, a pesar de las manchas que tenía en la cara maquillada y de que le faltaba una zapatilla, se sumó a mí de inmediato. Acompañadas de las otras grandes duquesas y de nuestras damas, atravesamos rápidamente el patio rectangular para llegar al ala opuesta, donde hicimos acopio de sábanas para emplearlas a modo de vendas, de colchones de los aposentos de los criados, cubos de agua caliente y material médico. Gracias a mi formación en la Cruz Roja, contuve la histeria y dirigí la instalación de una enfermería improvisada. En cuanto se hubo apagado el incendio del comedor, se extrajo de entre las ruinas a los pocos supervivientes de la residencia de los guardias, que había quedado destruida, y los trajeron a nosotros, rescatados por los criados, por el zar, por

Sasha, por Vladimir y por otros grandes duques, que retiraban los escombros con sus manos desnudas.

Algunos habían perdido brazos o piernas; otros tenían la ropa quemada incrustada en la carne. Mi vestido se empapó de sangre sin que yo me diera cuenta hasta horas más tarde, cuando nos relevaron los médicos y las enfermeras a los que se había hecho venir de los hospitales de la ciudad y llegó Sasha, bañado en mugre y en hollín, para llevarme a casa.

Durante el viaje en carruaje hasta el Anichkov, yo llevaba la cabeza apoyada en el pecho del Sasha, que olía a humo de pies a cabeza. Sasha me envolvió con sus brazos y profirió una única palabra:

—Asesinos.

* * *

—No fue una fuga de gas —dijo Sasha, plantado ante mí, con voz y con mirada pétrea—. Se infiltraron en el palacio. Había trabajadores arreglando la fontanería en el sótano. Uno de ellos, un carpintero, trajo explosivos, cartucho a cartucho. Debió de tardar semanas enteras. El funcionario que comprobaba los pases recordaba que había llegado tarde el día mismo del banquete.

—¿Un carpintero? —repetí yo, incapaz de creerlo.

—Sí. Debió de encender un detonador calculado para que estallara cuando debíamos estar en el salón.

Sasha no manifestaba ninguna emoción. Era como si estuviera contando una cosa que no nos afectara en lo más mínimo. Pero yo, tras años de matrimonio, sabía que cuando adoptaba esa actitud de impassibilidad era cuando estaba más furioso.

—Quería asesinarlos a todos —prosiguió—. Pero mató a ocho guardias finlandeses en sus aposentos y a doce criados en el comedor y dejó heridos a cuarenta y cinco más, algunos de tanta gravedad que no podrán recuperarse.

Me miró fijamente. Yo estaba sentada en nuestro salón, con los dedos entrelazados, sintiéndome como si pudieran estallar en cualquier momento nuestras mismas paredes. Habían tardado unos días en dejar de zumbarme los oídos y de temblarme las manos; pero él había regresado al palacio a la mañana siguiente para inspeccionar los destrozos y participar en la

investigación oficial.

—De modo que, ¿han sido...? —dije.

—Los nihilistas —asintió él—. Mi padre ha mandado detener a todos los sospechosos de disidencia. Jura que esta vez no habrá piedad. No se puede arriesgar a ello. El mes que viene será la celebración de su Jubileo de Plata.

—¿Tenemos que asistir nosotros? —pregunté yo, con un hilo de voz.

—Por supuesto que sí. No debemos darles ninguna señal de miedo. Lo prohíbo. Iremos y les miraremos a las caras miserables para que vean lo poco que nos afectan.

—Pero ¿si ni siquiera sabemos quiénes son! No conocemos sus caras. Pueden ser cualquiera. Cualquiera en absoluto. Dios santo, si han escondido una bomba en el palacio, no estamos a salvo ninguno.

Me eché a llorar y él me puso una mano en el hombro.

—Minnie —me dijo con voz tranquila—. Si cedemos ante ellos ahora, estaremos huyendo siempre.

Tragué saliva.

—Los niños no. No voy a poner en peligro a los niños.

—No —dijo él—. Los niños deberán mantenerse apartados de la corte, de momento.

No encontraron nunca al carpintero que había tramado nuestra muerte. Pero la consecuencia de las medidas que solicitó Sasha fue que el zar estableció una rama poderosa de la policía secreta llamada la Okhrana, encargada de perseguir a los grupos de disidentes. Sasha decía que por cada uno que atrapaban se les escapaban otros diez. Hablaba como si todo San Petersburgo estuviera plagado de ellos. Sus juramentos de venganza eran tan vehementes que tuve que mandarle que no volviera a decir una sola palabra delante de los niños, pues Nicky me preguntó si podía colarse un nihilista por encima de las puertas de nuestra casa para matarnos mientras dormíamos. Un solo acto horrible había echado por tierra todo lo que había hecho yo por preservar la sensación de seguridad de mis hijos.

Aunque yo no era capaz de reconocerlo por entonces, ya sospechaba que nuestro mundo no volvería a ser el mismo jamás.

CAPÍTULO 16

María lloraba con un patetismo desgarrador cuando la abracé. Había venido de Inglaterra para estar con su madre y la zarina yacía ahora en su ataúd, en la capilla, cubierta de rosas blancas. Yo le había presentado mis respetos, besándole la mejilla fría y demacrada y recordando cómo había intentado consolarme ella a mí después de lo de Nixa y tras la muerte de mi pequeño. ¡Qué sola debía de haberse sentido; qué impotente ante los golpes del destino!

—Está con Dios —dije a María para consolarla. Parecía envejecida prematuramente, y con sobrepeso; no se parecía en nada a la gran duquesa joven y dinámica que corría tras Milord en el Jardín de Verano—. Tu madre ya está en paz.

—Ha sufrido tanto... —susurró María—. Ay, Minnie, ¡si tú la hubieras visto! Fue terrible. Al final no era capaz de respirar siquiera.

La punzada de remordimiento por no haberla visto (porque Sasha no había consentido permitirme regresar al palacio de Invierno después de la explosión) quedó ahogada por la exclamación que soltó repentinamente María entre mis brazos. Me volví en parte y vi en el umbral a Alejandro, que tenía la vista perdida más allá de las mujeres vestidas de negro que asistían al velatorio con su hija.

María, apartándose de mi lado, le dijo con un gruñido:

—¿Cómo fuiste capaz?

Alejandro se quedó inmóvil.

—Yo los oía —dijo María—. Todos los días; por encima de nosotros. Corrían. Jugaban. Reían. Mientras mi madre, tu emperatriz, agonizaba en su lecho de muerte, tú te traías a tu puta y a tus bastardos a este mismo palacio para atormentarla en sus últimos días.

—Hija mía... —empezó a decir él, mientras yo también lo miraba

fijamente.

María sabía lo de su amante desde hacía años; había sido ella la primera que me lo había dicho, pero esto... A mí, como a María, me parecía inadmisibles haber instalado a dicha mujer en el palacio mientras se estaba muriendo su esposa. Y a sus hijos ilegítimos: la confirmación de que los tenía me conmocionó.

María levantó una mano. Temí por un momento que llegara a pegarle. Pero se limitó a señalar la puerta con un dedo tembloroso.

—Tú no te mereces estar aquí. Me avergüenzo de ti. La vergüenza que tú no tienes, la tenemos nosotros por ti.

Aquello era un insulto imperdonable que él no habría tolerado jamás. Pero se volvió y se marchó con la cabeza baja, mientras María rompía a sollozar con angustia. Las mujeres la rodearon. Yo salí discretamente, con la idea de ir a consolar a Alejandro, aunque sus actos me hubieran consternado. Pero ya no estaba. Sasha y sus cuatro hermanos estaban en la antecámara, meditabundos, con rostros sombríos de determinación que daban a entender que, por una vez, los hijos del Romanov estaban unidos en contra de su padre.

El pueblo acudió al recorrido del entierro para arrojar flores y medallas bendecidas cuando se trasladó a la zarina a la catedral para que reposara junto a Nixa. Se decretaron cuarenta días de luto oficial, durante los cuales se suspendieron todos los actos sociales.

Tras la muerte de su madre, Sasha ordenó que nos trasladásemos a pasar el verano al palacio de Yelagin, en la isla del mismo nombre, en la desembocadura del Neva. El palacio, amplio y hermoso, con una entrada rematada por una cúpula y una sucesión de salas nobles, ofrecía apacibles panoramas del río. Yo echaba de menos mi hogar, mi gabinete y mi sala de estar revestida de seda color frambuesa, con todos mis objetos de arte; pero eso era preferible en aquellas circunstancias. Al menos, mis hijos podrían jugar allí en los jardines sin que yo tuviera que temer que un nihilista les arrojara un artefacto explosivo por encima del muro.

Allí me recliné para responder por fin a las cartas de Alix y de mis padres, que me habían manifestado su gran inquietud por la situación en Rusia. Alix me instó a que fuera a pasar una larga temporada en Dinamarca. Yo pensaba hacer eso mismo en cuanto terminara el luto oficial; pero cuando apenas

habían metido a la zarina en su tumba, cuando el calor del mes de julio cubría San Petersburgo, Sasha regresó de una visita a Vladimir temblando de ira.

—Nos han convocado. A todos. Al cenar en el palacio de Invierno.

—¿A cenar? —repuse, titubeando—. ¿Tan pronto? Pero si todavía estamos de luto.

—Lo manda el zar. Y no finjas que no sabes por qué.

Ya estaba allí por fin el secreto; me lo arrojaba a la cara como un cadáver.

—Sí —dijo—. Tenemos que recibir a la princesa Catalina Yurievskaya. Es el título que tiene ahora, otorgado por decreto imperial. Se ha casado con ella y ha legitimado a los tres hijos de los dos.

—*¡Tres!* —exclamé, poniéndome de pie de un salto. La escribanía portátil cayó de mis rodillas al suelo con estrépito, dispersando los papeles y sobresaltando a mi vieja Beauty.

—Ah —dijo Sasha, mirándome fijamente—. Creía que estabas al corriente de todo. La vaca alemana de Vladimir lo sabía, desde luego. No tardó ni un momento en decírnoslo cuando llegó la convocatoria de mi padre. Parece ser que todo el mundo sabía cómo se llevaba a la cama a su protegida y sembraba en ella su semilla.

Yo lo miraba, muda de horror, pensando en María, que había partido para Inglaterra inmediatamente después de acompañar a su madre a su tumba, sin volver a dirigir la palabra a su padre.

Antes de que yo hubiera recobrado el don de la palabra, Sasha siguió diciendo:

—He de confesar que la alemana ha tenido el mérito de haberse negado de manera bien visible a reconocer la presencia de esa mujer. Y no es del todo ignorante, para ser luterana. Dijo que el zar ha quebrantado la ley ortodoxa, pues nuestra Santa Iglesia exige esperar un plazo mínimo de cuarenta días antes de volver a casarse tras la muerte de un cónyuge. Pero Vladimir no puede desatender la convocatoria, arriesgándose a caer en desgracia de nuevo. Ni tampoco se lo pueden permitir económicamente —añadió con una risa amarga—. ¿Cómo podría seguir ella renovando su casa, sin las rentas de él?

Alcé la cabeza.

—Puede que Miechen tenga que asistir a la cena —dije—. Nosotros, no.

—Nosotros, sí —dijo mi marido, apretando la mandíbula en gesto de

determinación—. No me voy a privar de la ocasión de mostrarles cómo pensamos recibirla. Tú vendrás conmigo y te vestirás adecuadamente. Con tus zafiros y tu seda plateada. Según parece, ya no estamos de luto.

Se marchó, pisando fuerte. Beauty me miraba con tristeza desde sus cojines.

El zar se había casado con su amante. Que Dios nos ayudara a todos.

* * *

Era rubia, y delgada hasta la exageración. Aunque, de hecho, tenía mi misma edad, sentí hacia ella un arrebato inconsciente de solidaridad; su vestido de corte blanco y su *kokoshnik* cargado de perlas le daban el aspecto de una huérfana ataviada con ropas ajenas. Mirándonos con temor con sus grandes ojos azules, también parecía una cervatilla entre fieras. Solo yo me preocupé de aliviar aquella impresión.

Habían venido incluso los hijos, por orden de Alejandro. Nos dispusimos agrupados en orden de precedencia: Sasha y yo los primeros, con nuestros hijos Nicky y Jorge, los dos únicos que yo había accedido a traer. Después, los hermanos del zar: Constantino, con su uniforme rojo y dorado, de nariz ganchuda y altanero; Nicolás, caído en desgracia, que se había vuelto gordo y tendía a los comentarios burlones, y el hermano menor, el gallardo Mikhail; todos ellos con sus respectivas familias. Los otros hijos del zar, Vladimir, Alexis, Sergio y Pablo, estaban agrupados, con gestos torvos. Miechen, vestida por todo lo alto, de seda azul y diamantes, alzaba la mirada al techo, como si solo los frescos tuvieran algún interés.

Nicky y Jorge, que ya tenían doce y nueve años respectivamente, estaban deseosos de ver a sus primos, a los que no conocían. Los codazos y los susurros que se intercambiaron con los cuatro hijos del gran duque Miguel, sobre todo con el hermoso Sandro, de doce años, no hicieron más que agravar la tensión cuando los hicimos callar, pues no tenían idea de por qué estábamos allí.

Tras el zar y su nueva esposa estaba un niño de cabellos dorados, de no más de ocho años, que tenía los rasgos delicados de ella y los ojos grises azulados inconfundibles de él. Estaba solo, las dos hijas eran demasiado

pequeñas para ser presentadas, pero mis dos hijos miraron con extrañeza a aquel recién llegado inesperado. Nicky me tiró de la larga manga.

—¿Quién es ese? —preguntó.

Sasha lo miró echando chispas por los ojos.

—Nadie —dijo.

—Su majestad imperial el Emperador y Autócrata de todas las Rusias, Alejandro II, y la princesa Yurievskaya —anunció con voz estridente el Gran Maestro de Ceremonias de la corte, subrayando la incomodidad del momento. Dio un golpe en el suelo con su bastón de marfil. Hicimos todos una reverencia colectiva. Pero no fue tan larga como debía. Cuando el zar llegó ante nosotros, Sasha me asió del hombro y me obligó a levantarme con una prisa poco decorosa. Tenía color en las mejillas, un rejuvenecimiento sorprendente para un hombre que había enterrado a su esposa hacía poco. Tras devolver la mirada malévola de Sasha, mientras mi marido hacía caso omiso de la mujer que estaba junto al zar, Alejandro se volvió hacia mí.

—Minnie —dijo con seriedad—, te presento a la princesa Catalina Yurievskaya. Mi esposa.

Sentí clavadas en mí las miradas afiladas que me rodeaban. Ahora que yo era la segunda dama de la corte, después de Catalina, mi reacción sería trascendental. Sasha me había dicho que no diera muestra alguna de aceptarla en ningún sentido; pero yo no podía negarme a dirigirle la palabra como había hecho él. En los labios temblorosos de Catalina se apreciaba que estaba conteniendo las lágrimas. Se me ablandó el corazón, pues ella no tenía ninguna culpa. Una protegida que había dependido de la misericordia del zar cuando era poco más que una niña... ¿cómo podría haberse resistido?

Incliné la cabeza y murmuré:

—Alteza imperial...

Las otras grandes duquesas siguieron mi ejemplo e inclinaron la cabeza también. Solo Miechen apartó el rostro con desagrado. Cuando hubieron concluido estas presentaciones mortificantes, desfilamos al comedor; no a aquel en el que había explotado la bomba, que todavía se estaba reparando, sino al salón del Pabellón, más grande; era un entorno menos íntimo, donde al menos estaríamos más distanciados en la mesa y no sería tan fácil hacer confidencias privadas cáusticas.

La princesa, sentada en el mismo sillón que antes había ocupado nuestra difunta zarina, manifestaba una actitud inquieta e intentaba entablar conversación con los que la rodeaban. Nadie le respondía por extenso y todos le rehuían la mirada en cuanto podían. Sasha estaba sentado al pie de la mesa, como congelado, con los hombros inmensos erguidos bajo las charreteras y la mirada clavada en su padre, entre los jarrones de flores, los candelabros y las bandejas de varios pisos cargadas de comida.

En todo el tiempo que llevaba yo en Rusia no me había sentido tan incómoda como entonces. Cuando hubieron servido los postres y el café, Sasha gruñó:

—Ya nos vamos.

Yo vacilé.

—Pero ¡si no hemos terminado Y los chicos están muy contentos de estar con los hijos de tu tío. No está bien que nos marchemos...

—Ya.

Se levantó como una montaña, con lo que todo el salón quedó en silencio. El zar, que no nos había mirado una sola vez durante toda la comida, volvió los ojos hacia él.

—Te quedarás —dijo.

Sasha arrojó sobre la mesa su servilleta impoluta. No había probado bocado.

—Nicolás. Jorge —dijo en voz alta—. Despedíos de vuestros primos. Ya es hora de que estéis acostados.

Mientras mis hijos se despedían precipitadamente, Sasha se volvió hacia mí.

—¿Vienes, esposa mía?

Miechen, que estaba sentada frente a mí, me dirigió una sonrisa maligna.

—*¿Te quedarás?* —bramó el zar; pero yo ya estaba de pie, buscando mi chal, mientras Sasha nos dirigía hacia la salida con una mano en el hombro delicado de cada uno de nuestros hijos.

Era una declaración abierta en toda regla. A partir de entonces, mi marido estaba en guerra con su padre.

—Festividades a montones —dijo Miechen. Había venido a mi palacio remando ella misma en su barca y había manifestado su admiración por mi entorno, aunque no sin un comentario crítico: «¿No hay aquí una humedad terrible, tan cerca del Neva?». Después, contempló mi última colección de pinturas (yo había empezado a coleccionar arte ruso en mi tiempo libre), y exclamó:

—¡Y nunca descansas! Y son tan distintos... Campesinos y mercadillos. No es a lo que una está acostumbrada, ¿verdad?

—Sasha lo prefiere. Quiere que nos rodeemos de obras de pintores rusos. Dice que nuestros hijos deben aprender que no solo el arte occidental merece la pena de exhibirse.

—Bueno. Pero estos tardaremos en verlos expuestos en el Hermitage —repuso ella.

Después, nos sentamos en mi salita y tomamos el té, mientras ella me contaba los chismes de la corte; pues, aunque había despreciado a la princesa, estaba claro que el zar había optado por pasárselo por alto. Pero con nosotros no era lo mismo. No éramos bien recibidos y por ello yo me había perdido las fiestas de gala celebradas en honor de Catalina.

—Yo creía que no habías venido porque te habías ido a Dinamarca —dijo Miechen con tono ofendido—. Si hubiera sabido que no era así, quizá no hubiera ido yo tampoco.

Le dediqué una sonrisa forzada, sabiendo que no habría hecho tal cosa.

—El secretario imperial me hizo saber que puedo ir a Dinamarca de visita siempre que quiera —le dije—; pero que mis hijos y Sasha lo tienen prohibido. Y, como no quiero ir sin ellos, debo aguantar aquí.

—¿Alejandro ha negado a tu familia permiso para salir? —dijo ella con enfado—. Se está portando de una manera que resulta humillante. Casi deberíamos admirar el descaro con que nos hace sufrir tanta vergüenza. —Me miró fijamente—. ¿Debo suponer que si no asistes a sus recepciones es porque todavía no te hablas con él?

—Me hablaría con él, si Sasha le hablara —suspiré; estaba demasiado cansada con tantas agitaciones como para fingir ante ella—. Sasha dice que preferiría que lo mandaran exiliado a Siberia. No soporta el insulto a la memoria de su madre.

—Y hace bien —dictaminó Miechen; pero sin dar muestras de admiración. Más bien parecía contenta de que fuera Sasha el que cargara con el peso del desagrado del zar—. Es imperdonable. Una deshonra. Vladimir piensa lo mismo, pero...

—No se lo puede permitir —dije, sin molestarme en mitigar el tono cortante de mi voz—. Lo entiendo. El zar se ha casado con ella. No podemos hacer nada por evitarlo.

—Y la coronará, además. Acuérdate de lo que te digo. Esto no es más que el principio. El año que viene nos harán ir a Moscú para asistir a su consagración.

—¿De verdad crees que llegará tan lejos?

Yo no era capaz de imaginármelo. No solo por lo poco preparada que estaba Catalina, sino porque a mí no me había parecido muy dispuesta a ello.

—En el último acto al que asistí yo, Alejandro hizo traer al hijo de ambos. Había no sé qué actuación, unos malabaristas italianos —dijo, profiriendo un sonido de repugnancia—, un pasatiempo de lo más vulgar; pero ¿qué podemos esperar en estos tiempos? En cualquier caso, hizo sentar al niño en sus rodillas y le preguntó: «¿Te gustaría ser gran duque?» Delante de todo el mundo. Si eso no es señal de lo que ha de venir, no sé lo que es.

No supe qué responder. Con todo lo que quería a Alejandro, su conducta ya era injustificable.

—Ese matrimonio se ha condenado en toda Europa —siguió diciendo Miechen, mientras masticaba el quinto mostachón de mi bandeja—. Habrás oído lo que dijo Victoria... ¿No? Ah, se quedó muy perturbada. Afirmó que, cuando los emperadores empiezan a tomar esposas morganáticas, ¿qué esperanza podía quedar de mantener la santidad de las estirpes reales?

—Parece propio de ella —murmuré. Había recibido una carta de Alix en la que esta me contaba afirmaciones de consternación de la reina similares a aquella; aunque no estaba dispuesta a reconocerlo.

—Constantino está fuera de sí —añadió Miechen.

Mientras ella seguía hablando, eché una rápida ojeada a las puertas de la salita, aunque había ordenado a mis criados que salieran, como hacía siempre que venía ella de visita. Nunca estaba segura de lo que podía llegar a decir.

Ella bajó la voz.

—Ha tenido reuniones en su palacio de Mármol. Para debatir la situación con sus hermanos y con otros. Vladimir ha asistido.

Recordé que Alejandro me había dicho que se rumoreaba que Constantino era ocultista y tenía tratos con personajes desagradables. Las personas de ese tipo abundaban en Rusia: los campesinos veneraban a los *stranniki*, o peregrinos santos, y los *yurodivye*, o santos tontos, eran habituales en las tertulias aristocráticas; farfullaban acerca de fuerzas invisibles y desplumaban o seducían a los crédulos (a veces, hacían ambas cosas). Yo no me imaginaba que Vladimir, hombre de mundo, de gustos europeos, pudiera asistir a tales reuniones.

—Solo para enterarse de lo que se dice —me explicó Miechen, interpretando mi silencio—. No lo justifica; tú ya sabes cuánto desprecia todo ese misticismo absurdo. Pero parece que esta vez Constantino está haciendo algo más que hacerse leer el porvenir en las cartas. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Sí —dije, y probé mi té. Se había quedado frío y sabía amargo—. Hablar de tales cosas es un acto de traición. Vladimir haría bien en evitar las reuniones de Constantino de ahora en adelante.

—Eso mismo le había aconsejado yo. Pero ya lo ves. El propio hermano del zar maquina contra él. Si el zar sigue adelante y la hace coronar... bueno, no podrá decir que no se le había advertido.

Dejé mi taza en el platillo produciendo un tintineo sonoro.

—¿Y se lo han advertido? —pregunté. Aquello había llegado demasiado lejos. Una cosa eran los chismorreos, y yo debía reconocer que los había echado de menos; pero esto ya era otra cosa. Esto era peligroso.

—Supongo que sí —dijo—. Pero, si no es así, ahora se lo advertirán, sin duda. ¿Verdad?

Miechen pretendía ofrecérmelo como un regalo. Ella sabía que mi destierro de la corte no era obra mía ni yo lo quería. Aunque yo no aprobaba los actos de mi suegro, tenía que pensar en mi propia posición; y consumirme en una isla no favorecía dicha posición. Ni la de ella. Miechen necesitaba que su rival amistosa volviera a la corte. ¿Con quién iba a competir ella, si no?

Se marchó, saciada de chismes y habiéndome espoleado a la acción, y yo volví a mi sala de estar para contemplar el río. Oí a mis hijos en el jardín, con

su niñera. Una nube de mosquitos flotaba sobre la orilla. No podíamos pasar allí todo el mes de septiembre. Con todo lo seguro y encantador que era aquel palacio, Miechen tenía razón: aquel encierro era insalubre.

Aquella noche, cuando Sasha y yo nos disponíamos a cenar, yo había tomado una decisión. Regresaríamos a nuestro hogar del Anichkkov.

Y yo pediría audiencia al zar.

CAPÍTULO 17

Alejandro me hizo esperar todo el otoño. Yo guardé el destierro de la corte tácito durante la temporada social, pero no dejé de asistir a actos de sociedad, entre ellos una fiesta de disfraces que se celebró en el palacio de Vladimir, donde Miechen tuvo la generosidad de hacer que todos se pusieran en fila para saludarme. Dondequiera que iba me recibían todos con efusión, más que la que podría haber esperado si mis circunstancias hubieran sido menos dignas de simpatía. La princesa Yurievskaya, por su parte, era denigrada en general; la tachaban de aventurera desvergonzada y se burlaban del zar por su enamoramiento. Yo no participaba en estas críticas (al fin y al cabo, era su esposa y él era el abuelo de mis hijos), pero agradecía la solidaridad que recibía. La noticia de mi vuelta a la sociedad llegaría al palacio y a Alejandro no le quedarían más opciones que recibirme o dejar claro que tenía intención de desheredar a Sasha.

Esta posibilidad me acosaba. Ya había sucedido que se alterara el orden de sucesión, aunque había sido de forma violenta. Pedro el Grande había hecho matar a su propio hijo. Catalina la Grande había depuesto a su marido, Pedro III, que había sido asesinado más tarde. Yo no temía que el zar llegara a hacer daño físico a mi marido; pero el repudio sería un desastre casi tan grande como aquel y a Alejandro no se le había calmado la ira. En otros tiempos habría atendido inmediatamente mi solicitud. De hecho, hasta ahora ni siquiera habría hecho falta tal solicitud, pues él había tenido siempre abiertas las puertas a su familia. Ahora solo recibía a los que manifestaban respeto a su esposa.

Yo, tragándome mi orgullo, envié a Catalina con motivo de la Epifanía un hermoso conjunto de perlas de río azules que me había legado la difunta zarina. Como sabía que Sasha se enfurecería si se enteraba, me aseguré de que

no se enterara, sustituyendo las perlas por una reproducción idéntica creada por el apreciado joyero Gustav Fabergé, cuya discreción estaba a la altura de su arte.

Mi regalo ablandó al zar. Me convocó después de la gala de Año Nuevo, en la que abrió el año de 1881 bailando una polonesa con Catalina ante la corte.

Cuando entré en su despacho, volví la vista hacia el cojín tapizado vacío que estaba junto a su escritorio, donde dormía siempre Milord.

—Murió —dijo, antes de que hubiera tenido tiempo de preguntárselo.

—Lo siento mucho, majestad —dije—. Era un perro magnífico.

—Y un amigo leal, cosa rara —dijo Alejandro. Salió de detrás de su escritorio y dejó atrás el cojín, que todavía tenía pelos rojos—. Lo hice enterrar en el cementerio de mascotas del palacio de Catalina. Se lo merecía.

Asentí con la cabeza, apretando los guantes que llevaba en las manos. No me tomé ninguna familiaridad, ni me senté hasta que él me indicó una silla. Se acercó a la ventana que dominaba el gran patio; su estudio daba al interior, cosa que a él debía de desagradarle. Toda su vida se había vuelto de interior, sin sus paseos diarios, con los nihilistas maquinando agitaciones y con su segundo matrimonio como causa de descontento general.

—Querías verme —dijo por fin. No parecía dispuesto a facilitarme las cosas.

—Así es. Quería hablarte de...

Me faltó la voz. Ahora que ya estaba allí, no sabía formular las palabras necesarias para que mi marido dejara de estar caído en desgracia.

—Minnie —dijo, y si bien en su voz no había ternura, tampoco había recriminación—. Los dos sabemos por qué estás aquí. Esto no es una cosa que se pueda llevar con mano firme. Sasha no me perdonará jamás; él es así. Tendría que anular el matrimonio, despedirla a ella y a los niños. Y eso no lo puedo hacer.

—Lo sé —dije.

Porque lo sabía. Ahora me daba cuenta de lo que pocos querían ver. Estaba enamorado. Su pasión por la zarina se había evaporado, debido sin duda a las pérdidas que habían sufrido los dos, a la enfermedad de ella y su distanciamiento de Rusia, a la monotonía de los años juntos. Catalina le había

vuelto a despertar esa pasión. Enfrentarse a él no solo sería inútil, sino contraproducente.

—Puede que tú lo sepas —dijo—, pero Sasha no lo sabe. O, si lo sabe, no le importa. Mi felicidad no significa nada para él.

Vino hacia mí, cojeando un poco. Cuando di muestras de inquietud, sacudió la cabeza.

—Estaba jugando con los niños y tropecé —me explicó—. Un accidente de padre.

¿Había jugado alguna vez con Sasha o con sus otros hijos? Yo lo dudaba. A juzgar por lo que me había contado Sasha, su infancia había sido austera y por eso aspiraba él a imponer lo mismo a nuestros hijos. Era lo que les habían enseñado a él y a sus hermanos.

—Constantino conspira contra ti —le solté. No había pensado decírselo, al menos no tan pronto. Tenía intención de empezar por abogar por Sasha, por dejar establecida su rehabilitación antes de que el zar y él se pusieran a atajar las maquinaciones de Constantino.

—Naturalmente —dijo Alejandro, mirándome con ojos cansados—. Todos conspiran, en una u otra medida. Creen que soy débil y pretenden aprovecharse de ello. Pero, si lo consiguen, el trono que heredarán no será el que ocupé yo.

Advertí la amenaza en sus palabras y debió de notármelo en el rostro, pues él, tras frotarse los bigotes en silencio, añadió:

—Ha llegado el momento. He preparado un manifiesto para una asamblea constituyente.

Guardé silencio. Ya tenía ante mí la realidad de lo que Sasha había temido desde siempre y contra lo que tanto había clamado. Alejandro volvió a su escritorio y tomó un papel.

—Me ha convencido de ello mi Catalina. Este imperio no puede seguir siendo lo que es, un lugar de placer para unos pocos privilegiados. El pueblo debe expresar su opinión. Y yo se lo concederé. Seguiremos reinando, solo que no como antes. Debe existir una Duma de representantes electos y nuestra autocracia deberá irse recortando paulatinamente. Costará tiempo y habrá muchos descontentos, sin duda, y tu marido será el primero. Pero afirmo que, tan cierto como que soy zar, Rusia tendrá una constitución, porque es lo que

debemos hacer para sobrevivir.

Yo no podía moverme. Ni siquiera era capaz de hablar. Aquello era una declaración de guerra contra su propia familia. Temblé al imaginarme las repercusiones que tendrían aquellas medidas.

—¿Lo desapruebas? —me preguntó.

Para mi sorpresa, susurré sin pensarlo:

—No.

—Eso me figuré. Tu país natal tiene una constitución, como las tienen la mayoría de las monarquías de Europa. La propia reina Victoria y el káiser responden ante sus parlamentos. Sólo aquí nos comportamos como si pudieran llegar las hordas mongolas, superar nuestras defensas y arrebatarnos nuestro derecho divino a hacer lo que queramos. Hemos aprendido muy poco de la historia. Deberíamos haber aprendido de las duras lecciones que nos han enseñado los franceses y los estadounidenses. Cuando se niega al pueblo la voz sobre cómo debe gobernársele, el pueblo lucha, con violencia si es necesario. Se puede quitar a los gobernantes. A Luis XVI lo guillotinaron. Al presidente Lincoln lo asesinaron. Al fin y al cabo, somos mortales.

—Es... Es una aspiración honorable, majestad —dije, devolviéndole la mirada firme. No quise observar que el asesinato del presidente Lincoln se había producido a consecuencia de una guerra civil que había partido en dos a los Estados Unidos, pues entendía lo que quería decirme. Hasta un gobernante sabio puede ser abatido.

—Ah —dijo él, sonriendo—. Por fin sale a relucir mi Minnie. Sabes que digo la verdad. Tú has visto los sufrimientos, con tu trabajo en la Cruz Roja. Estabas en este mismo palacio cuando intentaron destrozarnos con una bomba en el comedor. Ellos siguen una lógica rudimentaria y aplican métodos salvajes, pero sus motivos... Cualquiera que tenga ojos y oídos no podrá menos de entenderlos. Yo he tenido que hacer mucho examen de conciencia para comprenderlo; pero mi Catalina no es uno de nosotros. Ella lo entiende por completo. Si yo pudiera, abdicaría —añadió—. Pero Rusia no está preparada para un cambio tan radical. Debe hacerse despacio, por etapas. Debemos llevarla sin que sospeche...

—Como un toro al corral —dije con suavidad.

Él se rio por lo bajo.

—O, más exactamente, como se hace salir del foso a un oso encadenado.

Nos quedamos callados un momento. Por fin, dije:

—Debes decírselo a Sasha. —Me puse de pie. Ahora que había dejado clara su intención, yo no podía vacilar—. Debe saberlo él antes de que hagas ninguna proclamación pública. Él es el zarévich. Si no se lo dices antes, lo tomará como el más grave de los insultos. Se lo merece —afirmé con determinación.

Alejandro frunció el ceño.

—No estoy de humor para otra cena en la que me llene de barro.

—Un almuerzo —dije yo—. Lo organizaré yo. Puedes venir tú a nuestro Anichkov un domingo, después de misa, y decírselo entonces. Si tiene que haber algún desacuerdo, que sea en privado.

—Ah, habrá desacuerdo, eso es seguro —dijo él, arrugando todavía más el ceño—. Pero, diga lo que diga, no me va a disuadir. Te lo advierto ahora, Minnie. A cualquiera que se atreva a oponerse a mí, ya sea él, o Constantino, o cualquier otro, lo encerraré en la fortaleza o lo mandaré al exilio.

—Lo entiendo —dije, asintiendo con la cabeza. Sasha no lo entendería, pero habría que decírselo, en cualquier caso.

—Tengo que partir para Crimea —dijo Alejandro—. Regresaré en marzo. Organiza el almuerzo para entonces. Y, Minnie —añadió, cuando yo me dirigía ya a la puerta—, no digas una palabra de esto a Sasha. Que sea yo quien se lo haga saber. Si tiene algo que decir, que me lo diga a mí primero.

* * *

Yo había ocultado a Sasha que sabía lo de la amante del zar. No me había gustado ocultárselo, pero lo había hecho por el bien de la armonía en la familia. Pero aquel secreto lo había sentido, a mi vez, como una infidelidad por mi parte. Me parecía que siempre estaba al acecho en la punta de mi lengua, quemándome y perforándome la boca. Para aliviar mi conciencia, le confesé, durante el desayuno, que había ido a ver a su padre.

—¿Crees que yo no estaba al tanto? —dijo él—. A los chismosos de la corte no se les escapa nada. Me llegó la noticia cuando todavía no había salido de su despacho. —Pasó una página de su periódico e hizo una seña a

Iván, su ayuda de cámara desde hacía mucho tiempo, para que sirviera más té —. ¿Y bien? ¿Qué te dijo? ¿Debo humillarme, ponerme de rodillas y besar la mano de su ramera en el salón de Nicolás?

—Se da cuenta de que ha cometido un error —dije, afanándome en untar de mermelada mi bollo para rehuir su mirada—. Sabe que fue demasiado repentino. Inoportuno. Espera que se produzca una reconciliación. No quiere estar reñido contigo. Él entiende... —dije, alzando un poco la voz—. Entiende lo difícil que ha sido esto y accede a debatir contigo sus planes cuando regrese de Crimea.

Me sentía sin aliento, al borde de un precipicio. Iván estaba inmóvil detrás de nosotros. Le eché una mirada y se marchó discretamente.

—Ajá —dijo Sasha, tomando su taza—. Conque espera que se produzca una reconciliación. No quiere que estemos reñidos. Tiene unos planes que quiere debatir. ¿Por ejemplo...?

—No lo sé. No me lo dijo.

Me juré a mí misma que aquella sería la última vez. No volvería a mentirle. Aquello era un engaño terrible, como si le hubiera tendido una trampa.

—Si no te lo ha dicho, es porque sus planes no son otros que coronarla como emperatriz y vivir con ella en pecado —dijo Sasha, y volvió a sumergirse en la lectura del periódico con expresión impassible.

—Pero ¿lo verás? —le pregunté—. ¿No serás descortés?

Él no alzó la vista.

—La descortesía es la suya. Y, sí, lo veré. Con tal de que sea él quien venga a verme aquí.

* * *

Pasaron los fríos de febrero y llegó el mes de marzo. Una nevada tardía había blanqueado la ciudad. Preparé el almuerzo, que se había acordado por medio del secretario privado del zar para el domingo día trece. Después de la misa, Alejandro pasaría su revista habitual en la Escuela de Equitación Imperial. Después, haría saber que iba a visitar a su hermano Miguel. Pero, en realidad, ambos vendrían al Anichkov. Para dar más color al ardid, invité a mis sobrinos los Mijáilovich a que fueran a patinar con mis hijos y les compré

unos patines nuevos para la ocasión, con lo que el zar tendría el pretexto perfecto para llegar con su hermano, aparentemente para recoger a los niños. Entonces, yo los invitaría a quedarse a almorzar.

El día acordado, me puse mi chaquetilla entallada de marta cibelina y mi gorro ladeado, una falda de terciopelo azul que me llegaba hasta las pantorrillas y unas botas de patinar de cuero rojo. Después, fui a asegurarme de que Nicky y Jorge ya se estaban cambiando; puse una bufanda a Misha, que entonces tenía dos años y estaba resfriado, y consolé a Xenia, que tenía cinco y lloraba diciendo que quería venir a patinar con nosotros.

—Pero ¡si todavía no sabes patinar, cariño! —le dije, enjugándole las lágrimas, bajo la mirada seria de reprobación de la señora Franklin. Era una niñera excelente, pero no aprobaba los mimos. Había decretado que a los niños había que dejarlos llorar para que aprendieran que con las lágrimas no se conseguía nada hasta que yo la hice callar afirmando que «en esta casa, sí se consigue».

—Bajad en cuanto os hayáis atado esas botas —dije a Nicky y a Jorge, que, como de costumbre, alargaban el proceso compitiendo por cuál de los dos lo haría más deprisa.

En la sala de estar Sasha estaba sentado ante mi escritorio con incrustaciones de marcasita y escribía. Siempre me resultaba cómico verlo inclinado sobre aquel escritorio, como un gigante que no cabía en la butaca; él tenía su escritorio propio en su despacho, pero en mi cuarto de estar hacía más calor, porque yo hacía encender la estufa, mientras que su despacho era una nevera, porque él se negaba a derrochar calor.

—Vamos a patinar —le recordé.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó, mordiendo su pluma.

—Supongo que hasta que llegue tu padre.

Fui a besarle la mejilla gris. Se había vuelto a dejar la barba. Con treinta y siete años recién cumplidos, ya había perdido la mayor parte del pelo de la cabeza y había llegado a la conclusión de que la barba le daba aspecto de «ruso auténtico», como decía él; pero los pelillos hirsutos me rascaban los labios. Le di un besito en la oreja y le dije:

—Deberías afeitarte.

—No —respondió él, y bajé al zaguán a esperar a mis hijos.

Mientras Sophie abría las cajas de los patines nuevos, miré por la ventana lateral. Caía la nieve, ligera pero constante. ¿Nos obligaría a cancelar el plan? En tal caso, ¿en qué situación nos quedaríamos? Lo único que yo temía más que aquello era la llegada de la circular de la corte, esa misma semana, con el anuncio del manifiesto que autorizaba la creación de una Duma. Sasha se pondría furioso y yo no podría hacer nada por evitar una batalla campal entre mi marido y su padre.

Nicky y Jorge bajaron por las escaleras dando gritos. Cuando me volví hacia ellos con gesto severo (pues Sasha les había dicho una y otra vez que no bajaran corriendo como cosacos borrachos), se oyó a lo lejos un ruido sordo.

Los niños no lo notaron, ocupados como estaban en apoderarse de sus patines nuevos, pero Sophie sí. Levantó los ojos hacia mí. A los pocos momentos, Sasha salió de mi sala de estar.

—¿Están disparando salvas a estas horas?

Sin que yo hubiera tenido tiempo de responder, sonó otra detonación, mucho más fuerte esta vez, tanto que hizo vibrar las ventanas. Oí ruido de cristales rotos en el salón, que daba a la avenida.

Sasha me miró a los ojos. Me cogió de la mano.

—No —susurré cuando me arrastró hacia la puerta. Él la abrió de un fuerte tirón. Nos asomamos al exterior; a lo lejos, entre los copos de nieve, flotaba una nube de humo negro.

—Que preparen nuestra troika en seguida —dijo Sasha.

Sophie se puso de pie, sobresaltada. Los niños, desconcertados, dejaron caer ruidosamente los patines sobre el suelo de mármol del zaguán. Intenté sonreírles, pero el corazón me palpitaba tan aprisa que me sentía mal.

Trajeron ante nuestra puerta nuestro trineo, uncido a dos caballos.

—¡Idiota! —gritó Sasha al caballero—. ¡He dicho el carruaje! Trae el carruaje.

—Dijiste la troika —le susurré.

—¿He dicho eso? —dijo, volviéndose hacia mí.

—Sí.

—Mamá, ¿no vamos a patinar? —preguntó Jorge. Yo negué con la cabeza. Nicky se había puesto pálido, como si ya supiera lo que nadie era capaz de decir.

—¡Dios del cielo! —exclamó Sasha, saliendo con energía al exterior—. ¿Cuánto tiempo se tarda en cumplir mis órdenes?

No había llegado hasta la esquina, camino de las caballerizas de la parte trasera, cuando un tintineo de jaeces anunció la próxima llegada del carruaje ante la puerta.

—Trae su abrigo —dije a Sophie, pues mi marido estaba en camisa, con la cabeza descubierta, bajo la nieve que caía, mirando el carruaje como si no recordara para qué lo había pedido. Cuando Sophie me hubo entregado su capote y su gorro de astracán, llamé a los niños con un gesto—. Venid.

Nicky me tomó la mano, pero Jorge retrocedió. Sophie dijo:

—Yo lo cuidaré, alteza. Váyase. Su alteza la espera.

Apretando la mano de Nicky, me uní a Sasha, que se echó encima el abrigo y el gorro mientras subíamos al carruaje.

—Al palacio —dijo al cochero.

Avanzamos velozmente por la carretera que discurría a lo largo del canal de Catalina. Nicky se apoyaba en mí; sentí que temblaba. Lo rodeé con mis brazos y estaba subiendo la manta de piel para cubrirnos las piernas cuando Sasha soltó una exclamación contenida de alarma. Miré por la ventanilla y vi un grupo de personas que se santiguaban, mientras los policías intentaban impedirles que mojaran paños en un charco carmesí que empapaba la nieve pisoteada. A poca distancia había un trineo volcado y un caballo destrozado, todavía uncido a su arnés, con los intestinos asomando. Ante nosotros había rastros de color rojo oscuro, que parecían negros a la luz tenue, como surcos sanguinolentos cortados con navajas.

—No mires —dije a Nicky, cubriéndole los ojos, cuando intentó levantar la cabeza.

Nuestro carruaje tomó la entrada trasera del palacio hasta donde conducían los rastros oscuros, y se detuvo bruscamente. Sasha abrió la portezuela de golpe y miró con ojos de rabia al regimiento de Preobrazhenski, cuyo coronel era él, que nos cerraba el paso con bayonetas caladas.

—¡El zarévich! —bramó; y los guardias se apresuraron a apartarse para franquearnos el paso.

Les vi los pálidos rostros bajo los gorros cónicos con el emblema del águila bicéfala. Supe con certidumbre terrible que nos había sobrevenido alguna catástrofe.

La troika imperial estaba detenida cerca de la entrada trasera. Había gruesas manchas de sangre coagulada en la nieve; tanta sangre que mis botas chapotearon en ella cuando me dirigía a la escalera, aferrada a Nicky y siguiendo a Sasha. Allí nos encontramos con Olga, la esposa del gran duque Miguel, con sus hijos, que estaban vestidos para acudir a nuestra salida a patinar. Cuando me vio, cayó en mis brazos y estuvo a punto de derribar a Nicky. Mi hijo se asió de mi chaquetilla, mientras Olga decía, llorando:

—Me han dicho que Misha ha muerto. Dicen que ha sido una bomba. ¡Que Dios tenga misericordia de nosotros!

Su hijo, Sandro, que a sus quince años ya estaba crecido y daba muestras de los rasgos tallados de los Romanov, se dirigió a Nicky. Oí que susurraba:

—Mi papá no ha muerto. No iba en la misma troika. Pero nuestro pobre *grandpère*...

Sasha se abalanzó entre los hijos de Miguel y subió precipitadamente por las escaleras. Los escalones estaban manchados de sangre. Yo subí muy poco a poco con Nicky y con Olga, que lloraba sobre mi brazo. Sus hijos nos seguían. Recorrimos el corredor hacia el despacho del zar, que estaba lleno de criados de librea arrodillados.

Miguel salió por la puerta abierta. Llevaba todavía el capote, cuya lana verde estaba salpicada de sangre. Murmuró algo a Sasha. Mi marido asintió con la cabeza, me hizo un gesto con la mano y pasó al despacho.

Olga gimió: «No puedo». Miguel se hizo cargo de su esposa, que vaciló en sus brazos como si estuviera a punto de desmayarse. Yo sentía lo mismo cuando entré con Nicky en el despacho donde me había reunido con Alejandro hacía solo dos meses. Aquella sala elegante, revestida de paneles blancos, con sus mesas en las que se exhibía una multitud de fotografías familiares, estaba abarrotado de ministros, oficiales de la casa imperial y miembros de la familia. Vi en un rincón a Miechen entre las grandes duquesas. Nuestras miradas se cruzaron y chocaron; después, desvié la vista mientras la multitud se apartaba a mi paso para dejar al descubierto el diván donde estaba tendido algo innombrable, atendido por el médico real, el doctor Botkin. A su lado

estaba el metropolitano, con casulla, rezando. Sasha bajó la vista como estupefacto.

Nicky se echó a llorar. Yo lo aparté y le susurré:

—Ve con la *tante* Miechen.

No era capaz de mirar hacia otro lado y avancé un paso, y después otro, fascinada por el horror que tenía delante.

Alejandro estaba irreconocible. Un ojo le asomaba del rostro mutilado; sobre su mandíbula destrozada se abría una brecha con dientes rotos que había sido su boca. Mientras agonizaba, le goteaba la sangre de las heridas y le formaba un charco en la alfombra. Llevaba los andrajos de su uniforme; los pantalones estaban hechos tiras sobre unos muñones informes. No tenía piernas.

Se puede quitar a los gobernantes... Al fin y al cabo, somos mortales.

Me invadió el dolor. Retrocedí hasta Miechen, a cuyo lado estaba acurrucado Nicky. Mientras yo intentaba contener mi angustia, ella me llevó aparte.

—Dos bombas —murmuró—. Dos hombres, en el puente del canal. Tiraron la primera, pero fallaron. Dieron a su escolta de cosacos. Alejandro se apeó para atender al guardia herido y Miguel se apresuró a impedirselo. Otro hombre al que no había visto nadie le arrojó la segunda. Le dio de lleno, como has podido ver...

—No. —Quise tapar los oídos a Nicky, que tenía tensa la cara manchada de lágrimas, como si a punto de gritar—. Basta. Por favor.

—No puede sobrevivir —dijo ella—. Debes prepararte.

Mientras ella seguía hablando, miré a Sasha. Se había apartado del lado de su padre y estaba ante la ventana que daba al patio. Yo percibía a través del cristal el griterío de las multitudes que ya se habían enterado de la tragedia y se congregaban en la plaza del palacio.

Vladimir, que llevaba su corbata y su chaleco con leontina de los domingos, se acercó a Sasha y le pasó un brazo por los hombros. Oí que hablaba con tono apremiante. Sasha irguió la cabeza de esa manera que tenía cuando le decían algo inesperado... o desagradable.

Oí que Vladimir le decía: «Tienes que hacerlo». Su voz, que nunca había tenido nada de sutil, me llegó entre el silencio de la sala. Sasha asintió

escuetamente. Vladimir salió del despacho e hizo una seña a los ministros, que se apresuraron a seguirlo. En el pasillo el gran duque Constantino se paseaba de un lado a otro. Con su complexión delgada, parecía más encogido en sí mismo. Tuvo un gesto de temor cuando Vladimir pasó ante él sin mirarlo siquiera. Yo volví la vista hacia Sasha y vi que miraba con furia desde la ventana a su tío afligido.

De pronto, irrumpió en el estudio, por una puerta lateral, una figura vestida de encaje blanco que chillaba. Todos nos quedamos paralizados cuando la princesa Yurievskaya se arrojó sobre el zar. Las grandes duquesas, que la habían despreciado y rechazado unánimemente, presenciaron con mudo horror su desesperación cuando tomó en sus manos la cabeza destrozada de Alejandro, empapándose el vestido con su sangre.

—*¡No, no, no!* —aullaba.

Yo me adelanté sin pensarlo y la aparté. Ella se derrumbó en mis brazos y ambas quedamos de rodillas en el suelo ensangrentado del despacho. Sentí que su cuerpo delgado, que sus huesos mismos bajo su piel, temblaban de desesperación.

—Silencio, por favor —dijo el doctor Botkin. Volvió la mirada hacia la familia imperial. Sus miembros se acercaron, aunque no mucho, evitándonos a la princesa y a mí, con los ojos clavados en el zar moribundo. Alejandro profirió un borboteo ahogado y quedó inmóvil.

Botkin le tomó el pulso.

—El emperador ha muerto —anunció, con lágrimas en los ojos.

Catalina quedó en silencio. Pareció que se disolvía contra mí.

Afuera, en la plaza, con la entrada del palacio bloqueada por el regimiento de Preobrazhenski, llegó corriendo un mensajero con la noticia. Sonó un aullido resonante: «¡Dios salve al zar Alejandro III!».

En el despacho todos cayeron de rodillas para rezar por el alma recién partida. El metropolitano, que nos había dicho misa aquella misma mañana, entonó el cántico por los difuntos con voz temblorosa. Alguien me quitó de los brazos a Catalina, inerte; se había desmayado.

Me puse de pie y fui con mi marido. Sasha me contempló, pensativo. Me pareció ver, durante un instante vertiginoso, que le asomaba una sonrisa a los labios.

Entonces regresó Vladimir, que traía consigo al prefecto de policía.

—¿Ordena algo vuestra majestad imperial? —preguntó el prefecto.

Estuve a punto de no entender por qué se lo preguntaba al zar difunto, hasta que comprendí que se dirigía a Sasha. Y el pobre prefecto parecía perturbado hasta la médula, pues acababan de asesinar al difunto zar bajo su responsabilidad. Miré al pasillo y vi que Constantino había desaparecido.

Yo esperaba que lo primero que mandaría Sasha sería que detuvieran a su tío. Pero dijo:

—Tu policía es inútil. Has dejado que los malhechores corran sueltos como lobos. Retírate. Los militares asumirán el mando de momento. Quiero que se ejecute a los canallas que han asesinado a mi padre. En seguida.

Se volvió hacia Vladimir sin hacer caso del prefecto, que le hacía una reverencia casi hasta el suelo.

—Reúne al gabinete —dijo—. Los veré de aquí a una hora. Y di a ese metropolitano que se disponga para tomar el Juramento de Alianza en el salón de San Jorge. Quiero que estén presentes todos. Haz venir también a clérigos para que tomen juramento a las tropas.

—A la orden, majestad imperial —dijo Vladimir, y dirigió a Sasha una mirada cómplice—. Lo encontraré —dijo, bajando la voz—. Lo encontraré y te lo traeré en persona.

—Hazlo —gruñó Sasha—. Desmonta todo el palacio si hace falta.

Antes de que yo hubiera tenido tiempo de preguntarle qué era lo que había encargado a Vladimir que buscara, me tomó de la mano. En un solo momento, sobrepasó todas las expectativas. Cuando nos dirigimos hacia la escalera del Jordán y los criados hacían reverencias, él no se dignó mirarlos; iba con la cabeza alta y porte perfectamente erguido. Ya no arrastraba los pies, ni hacía gestos torpes, ni echaba la cabeza hacia delante sobre su cuello corto.

Sasha *el Novillo* ya era el zar Alejandro III, Autócrata de todas las Rusias.

Y yo, atónita e incrédula, era su zarina.



TERCERA PARTE



1881-1894

EL ZAR MUJIK

Esas flores rojas que tanto nos cautivaban...
Gran duque CONSTANTINO KONSTANTINOVICH



CAPÍTULO 18

—Tuvimos que besarlo en la frente después de misa, dos veces al día, durante siete días —conté a Alix—. Era terrible. Los embalsamadores habían hecho todo lo que podían, pero estaba... no habían podido ocultar los daños. Y el olor... —recordé, estremeciéndome—. El tercer día ya lo olía antes de entrar siquiera en la capilla.

Era la primera oportunidad que tenía yo de estar a solas con mi hermana y contarle todos aquellos horrores, pues ella era la única persona con la que podía ser completamente sincera. Bertie y ella habían llegado justo a tiempo para asistir el entierro de Alejandro en la catedral de San Pedro y San Pablo, en la fortaleza, desafiando las advertencias aterrorizadas de Victoria, que decía que Rusia se había convertido en un nido de asesinos que se habían cebado en su soberano. Pero Alix no había visto el rostro destrozado de mi suegro como lo había visto yo.

—No me lo puedo ni imaginar —dijo—. ¡Qué salvajes! No tengo palabras.

—Y ahora, esto —le dije, indicándole los estrechos aposentos de la planta baja del palacio de Gatchina, a cuarenta y ocho kilómetros de la ciudad en tren—. Prácticamente, un cuartel. Rodeados de un muro alto, con portones de hierro forjado. —Se me cayó el alma a los pies de nuevo cuando contemplé las cajas con mis posesiones personales, que no había abierto todavía—. Ni siquiera en los salones principales; tenemos que estar aquí, en el salón del Arsenal, porque se puede defender mejor en caso de ataque. Yo quería que nos hubiésemos quedado en nuestro Anichkov, o que nos mudásemos al palacio de Invierno; pero tuvimos que marcharnos de la capital por cuestiones de seguridad. Sasha ha aplazado nuestra coronación en Moscú. No quiere decir cuánto tiempo tardaremos en poder regresar a la ciudad.

Sin pensarlo, extraje un cigarrillo de la pitillera de plata que llevaba en el

bolsillo y lo encendí con dedos temblorosos. Alix me miraba fijamente.

—No puedo dejar de temblar —dije—. Los médicos me dicen que tengo un trastorno nervioso. Apenas duermo ni como y...

—Sí, no tienes buen aspecto en absoluto —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Cuándo has empezado a hacer eso?

—¿Esto? —Comprendí que me miraba así porque fumaba—. Me aficionó Miechen. Según parece, ahora todas las princesas de Europa fuman.

—En Inglaterra no. Minnie, eso no te puede sentar bien.

La miré con impaciencia.

—Me calma los nervios. ¿No decías que no tenías palabras?

Apretó los labios y me vio aspirar el humo, hasta que dijo por fin:

—Si Sasha cree que lo mejor es que residáis aquí de momento, deberás arreglártelas. No está tan mal —dijo con poco convencimiento—. Necesita una mano de pintura, pero con tu mobiliario y unos cuantos cuadros en las paredes...

—Déjalo, por favor —dije. Eché la ceniza en mi taza de té—. Es una tumba, tanto como la fortaleza. Es como si nos hubieran enterrado vivos.

Percibí que mi voz se velaba con la rabia impotente que me había dominado desde el momento en que me había dado cuenta de que el asesinato de Alejandro nos había arrojado al terror.

—Ningún zar se había retirado de su capital desde que Pedro el Grande dejó Moscú para construir San Petersburgo. Yo comprendo la inquietud, después de aquella explosión terrible, y, ahora, de esto. Pero somos la familia imperial. No podemos pasar de las puertas exteriores sin una escolta de cosacos. Y la policía secreta vigila todos nuestros movimientos. Sasha me dijo una vez que, si cedíamos, no dejaríamos de huir nunca. Y ¿acaso esto no es ceder ante esos monstruos?

—Pero ¿los han detenido? —preguntó Alix.

—Sí —dijo, soplando el humo con furia—. Había una mujer también. Lo organizó ella, en una quosería, nada menos. Ella estaba en el canal; agitó un pañuelo para avisar a los otros de que se acercaba el trineo de Alejandro. Ya han ejecutado a los cuatro. Ahorcados.

—Dios santo —dijo Alix, uniendo las manos en su regazo.

Aplasté mi cigarrillo. Quería fumarme otro, pero Alix me habría reñido.

—Como tú dices, tendremos que arreglárnoslas hasta que podamos volver a la ciudad. Sasha debe reunirse con su gabinete, tiene que ocuparse de sus oficiales y de sus regimientos, tiene que gobernar todo el imperio. No lo puede hacer desde Gatchina...

Un sollozo me cortó de pronto las palabras. Mientras Alix se ponía de pie, alarmada, yo me llevé la mano a la boca. Me había propuesto no volver a llorar; me había recordado a mí misma que con las lágrimas no se conseguía nada, como decía la señora Franklin. Pero en aquel momento sentía deseos de estallar en sollozos por aquella injusticia, por el final brutal que había tenido el zar que había liberado a los siervos de la gleba y que quería tantas cosas para Rusia, y por el miedo que se había desencadenado tras él, del que yo temía que no pudiésemos escapar nunca.

—Ay, Minnie —dijo Alix, abrazándome—. No podemos saber por qué nos pone a prueba Dios en momentos como estos. Pero tienes a Sasha, que te protegerá.

Abrazada contra ella, susurré sin pensarlo:

—Sasha ha cambiado.

—Ha perdido a su padre de una manera horrible. Es natural que haya cambiado...

—No —dije, apartándome de ella—. Es más que eso. Ha... ha quemado el manifiesto.

—¿Qué manifiesto? —dijo ella, desconcertada.

—El anuncio de una constitución. —Me obligué a mí misma a confesárselo, a dar salida a aquel secreto que me acosaba casi más que la muerte de mi suegro—. Alejandro quería otorgar el derecho a constituir una asamblea. Vladimir lo sabía, de alguna manera. Encontró el manifiesto en el escritorio de Alejandro. Registró el despacho; cuando advirtió que uno de los cajones estaba cerrado con llave, el ayuda de cámara de Alejandro le dijo que la llave la tenía Catalina Yurievskaya. Vladimir dijo a esta que, si no le entregaba la llave, la pondría en la calle con sus hijos, reducida a pedir limosna.

Alix palideció.

—Ella le dio la llave —seguí contando—. Sasha, como premio, otorgó a ella y a sus hijos una renta anual a condición de que vivan en el extranjero. Vladimir trajo aquí el manifiesto; lo quemaron en la chimenea. Se iba a

publicar en la circular de la corte el día después de que a Alejandro lo... — Intenté en vano dominar la desesperación de mi voz—. Fue el último acto de su padre y él lo destruyó. Alejandro se lo iba a decir, pero no llegó a tener ocasión. Se confiscaron todas las circulares con el anuncio. Sasha ha ordenado el cierre de toda publicación que la Okhrana considere subversiva. Dice que Rusia no es digna de nuestra confianza.

—Lo hace por el país —susurró Alix—. Por el futuro de tus hijos.

La miré a los ojos.

—Puede que él lo crea —dije—. Pero ¿qué clase de futuro será ese?

* * *

Sasha tenía que pasar tiempo en San Petersburgo, pues si bien el aparato de la corte podía residir en Gatchina, el imperio no podía. Para que pudiésemos comunicarnos, hizo instalar en nuestra nueva residencia un puesto de telégrafos.

Supuse que lo echaría de menos terriblemente y me desconcerté al ver que no, al principio. Había llegado a amarlo, a pesar de sus modales bruscos y de su aversión hacia las actividades sociales que me agradaban a mí. Yo había intentado achacar su retraimiento y su falta de elegancia en el trato a su formación, al hecho de que lo habían criado para que fuera militar en las filas de la Guardia Imperial y no como zarévich; aunque tampoco habían criado como a tal a su hermano, el gran duque Vladimir, y este era el complemento perfecto de Miechen. Pero el cambio brusco que había sufrido, su acto de quemar la última medida de Alejandro, me había dejado sumida en unas dudas temibles. Me preguntaba si el hombre con quien me había casado seguía siendo, en realidad, un extraño para mí, a pesar de que Alix me repetía que nos quería, a mí y a su familia; que no hacía más que lo que debía para proteger nuestra seguridad, así como la unidad del país en el que ahora reinaba, tras el asesinato brutal de su padre.

Pero cuando Alix hubo regresado a Inglaterra con Bertie y yo me encontré de nuevo sola con mis hijos, rodeada de legiones de criados cuyos nombres no me había aprendido todavía, empecé a añorar a mi marido. Su familiaridad, sus risas estrepitosas ante mis comentarios maliciosos, nuestra intimidad...

aquello me hacía echarlo de menos más de lo que había creído posible, pues él era el ancla que me mantenía fija en nuestra existencia, nueva y accidentada, como emperador y emperatriz de Rusia.

Para alivio de mis penas, me dediqué a la tarea monumental de documentarme acerca de las cuatrocientas instituciones públicas, entre ellas hospitales, manicomios, asilos y orfanatos, para los que debía ejercer de patrocinadora, como zarina que era. También atendí a mis deberes con la Cruz Roja y a los centros de formación para mujeres, para los que ya podía establecer una dotación imperial. Además, era patrocinadora oficial del Instituto Smolny para Niñas, aquel gran centro educativo que había fundado Catalina la Grande y financiaba con mis propias rentas la sección rusa de la Sociedad Protectora de Animales, una causa que era muy querida para mí. Me dije que no debía olvidar las experiencias que había tenido durante el reinado de mi suegro. Aunque su manifiesto no vería nunca la luz del día, yo tomé la resolución de hacer, en su memoria, todo lo que pudiera por el pueblo que estaba ahora a nuestro cargo, aunque nunca llegara a ser suficiente: siempre había más necesidades de las que podía aliviar yo sola con mi trabajo personal.

A mis hijos les llegó a gustar mucho su sala de juegos abovedada con sus juguetes, sus pupitres, una mesa de billar y un columpio que había instalado Sasha. Acudían a mí para que jugásemos al escondite y corrían a esconderse tras los magníficos tapices de la galería de Chesma, de forma curva, o entre las enormes estatuas de jade y los jarrones de porcelana de la galería China, a pesar de que yo sabía que si rompíamos algo, sería irreparable. Mis hijos menores se adaptaron y no me preguntaban nunca por qué vivíamos ahora tan lejos de nuestro hogar de la ciudad. Aquí tenían nuestros jardines privados y estaban entretenidos con sus estudios y con sus actividades al aire libre; pero Nicky era más sensible.

Una noche me desperté y me lo encontré de pie ante mi cama, en camisón, temblando. Cuando me levanté a abrazarlo, temiendo que tuviera fiebre, él susurró:

—El perro. Le he oído ladrar.

—¿El perro? ¿Cuál, querido?

Había varios perros en los terrenos del palacio, pero por entonces no

teníamos ningún perro familiar, salvo los perros de caza de Sasha, que estaban en perreras. Mi querida Beauty había dejado de existir a la avanzada edad de dieciséis años y Nicky había compartido conmigo el duelo, pues quería a todos los animales. La habíamos llevado en un pequeño ataúd al cementerio de mascotas del palacio de Catalina, en Tsarskoye Selo, y la habíamos enterrado junto al Milord de su abuelo. Nicky me había hecho prometer que le haría erigir una lápida.

—El fantasma del perro de Pablo —dijo, con los ojos muy abiertos en la cara tensa.

Me quedé confusa por un instante, hasta que, de pronto, lo comprendí. Al zar Pablo I lo habían estrangulado allí, en Gatchina; se decía que el perro del difunto zar, entristecido, aullaba de tal manera por la muerte de su amo que habían tenido que sacrificarlo.

—No, mi niño —le dije, haciéndolo meterse en la cama conmigo—. Solo es tu imaginación. Aquí no hay fantasmas. Te ha asustado el sonido del viento.

—Los criados dicen que hay fantasmas.

Se aferró a mí. Tenía casi trece años; era delgado y larguirucho, todo codos y rodillas, pero seguía siendo muy joven de corazón y se alteraba con facilidad.

—Y bien —dije, pasándole la mano por la espesa cabellera—. ¿Qué podemos hacer para expulsar a los fantasmas? ¿Serviría un perrito nuevo?

Alzó el rostro hacia mí.

—¿Un borzoi? —susurró. Era su deseo más ferviente. Aquel perro lobo ruso de pelo largo era apreciado por su vista penetrante, por su agilidad y por su rapidez al perseguir a las presas; pero Sasha se lo había negado, pues decía que Nicky no tenía edad suficiente para educar como era debido a un perro tan valioso.

—De acuerdo; un borzoi —dije, abrazándolo.

Consulté a un criador. Al cabo de una semana trajeron una cachorrilla revoltosa de pelo blanco. Nicky estaba fuera de sí de contento. La llamó Juno y la llevaba a todas partes; la educaba con paciencia y la reñía cuando orinaba en la alfombra. Al cabo de poco tiempo, Jorge, Misha y él intentaban hacer de Juno un soldado que participara en sus juegos; le ataban al lomo un escudo viejo y la hacían desfilar. Yo veía, divertida, cómo intentaban reprimir su

tendencia a perseguir a las liebres que corrían por nuestros jardines, a pesar de lo cual atrapó a unas cuantas. Yo las hice despellejar y servir en la cena y les expliqué que la caza era un instinto natural del animal.

Nuestra primera Pascua como emperador y emperatriz fue tranquila, pues había pasado poco tiempo desde la muerte de Alejandro. Por respeto a nuestro duelo, Sasha canceló toda celebración oficial y no vino a Gatchina a pasar la fiesta con nosotros. Pero cuando regresó, al cabo de varias semanas, cansado y con ganas de vernos, me sorprendió el cambio notable que había sufrido. Ahora que llevaba la barba larga, había adoptado la costumbre de meterse los pantalones bombachos en las botas viejas y de llevar en público la camisa suelta y la chaqueta informe, despreciando el atuendo formal propio de su rango. Cuando le pregunté si estaba bien que el emperador fuera de tal modo, él me dijo que así se sentía más cómodo y que, como era el emperador, podía ir vestido como quisiera.

—Además, al pueblo le gusta —añadió—. Me llaman el zar *mujik*, el Padrecito que va vestido como un campesino. Me ven como una persona igual que ellos; y así lo quiero yo.

Aquel apelativo me hizo alzar los ojos al cielo, mientras él se dirigía a los niños y se reía a carcajadas ruidosas cuando Juno saltó para apoyarle las patas y Nicky palideció y se adelantó a contenerla.

Sasha me echó una mirada.

—Me has desobedecido, Manya. Ahora reside en nuestra casa un borzoi.

—Necesitábamos una mascota —repuse yo—. Si hubieras estado aquí, se te podría haber consultado.

Yo estaba dispuesta a defender mi decisión y Nicky parecía a punto de echarse a llorar ante la mera indicación de que Sasha no lo aprobaba; pero mi marido se limitó a dedicarme una sonrisa maliciosa.

—Lo dudo —dijo—. Pero como no hemos celebrado la Pascua como es debido, te he encargado un regalo especial.

El regalo tradicional ruso en la festividad religiosa eran los huevos duros pintados. Una mañana, meses más tarde, cuando llegó el paquete, Sasha, con aire de satisfacción, me vio retirar los papeles de seda perfumados hasta que quedó al descubierto un huevo de esmalte sencillo.

—Qué encantador —dije; aunque no tenía ningún adorno ni otro elemento

exterior que indicara que era algo más que una simple reproducción del regalo tradicional.

Sasha se rió por lo bajo.

—Se lo encargué a Fabergé —dijo. Se inclinó hacia mí e hizo girar la parte superior del huevo. Se abría como una tapa. Vi con asombro y agrado que en el interior brillaba una yema hecha enteramente de oro. Sobre ella estaba posada una gallina de oro con ojos de rubíes.

Me reí con sorpresa.

—Es como las muñecas *matrioshka*: ¡unas cosas metidas dentro de otras!

—Hay más —dijo él—. Abre la gallina.

Con mucho cuidado, por lo pequeña y delicada que era, abrí la gallina por una línea de unión apenas visible que se apreciaba por su mitad; en su interior había una reproducción de nuestra corona real, incrustada de diamantes. Miré a Sasha, que asintió, y abrí la corona con la yema de mi dedo. Jorge, Nicky, Misha y Xenia se agolparon a mi alrededor, asombrados, y vieron que aparecía, por un mecanismo invisible, una reproducción pintada del palacio de Gatchina, sobre la cual había unos minúsculos camafeos enmarcados en perlas, que eran retratos de todos ellos.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Sosteniendo aquella creación en las palmas de mis manos como si fuera un ave enjoyada, rodeada de su cáscara abierta, susurré:

—Es un pedazo de cielo.

—Mi Manya es mi cielo —dijo Sasha con voz ronca.

El huevo pasó a ocupar un lugar destacado en nuestro gabinete de curiosidades y otros familiares nuestros lo admiraron tanto que a Fabergé no tardaron en lloverle los encargos. Aquello se convirtió en una tradición nuestra de todas las pascuas de Resurrección. Los huevos, hechos a mano, eran costosísimos; exigían un año o más de trabajo meticuloso y ninguno superaba a los que encargaba mi marido para mí, pues nadie osaba gastar lo que gastaba él. Ni siquiera Miechen tuvo el atrevimiento de superarlo.

Me hacía otros regalos también magníficos: rubíes y zafiros, sartas de perlas del tamaño de cerezas, broches, pendientes y brazaletes de diamantes rosados engastados en oro blanco.

—¿Te gustan tus esmeraldas nuevas, Manya mía? —murmuró, apretando su

cuerpo inmenso contra el mío y haciendo crujir toda la cama—. Deberías llevarlas en nuestra próxima recepción.

—¿Aquí? —dije, sorprendida—. ¿En esta mazmorra? ¿Contigo vestido como un pueblerino? ¿No te parecería más propio que me pusiera un pañuelo en la cabeza y un delantal?

—No será para siempre —dijo él, compungido.

—Y ¿cuándo termina, exactamente, este «para siempre»? —dije, incorporándome y ahuecando mis almohadas—. Ya son seis meses. Pronto empezará la temporada. ¿Qué vamos a hacer aquí, tan lejos? ¿Haremos venir a nuestros invitados en tren?

Yo lo había dicho con ironía, pero él, tras pensárselo un momento, dijo:

—¿Por qué no? Renueva el palacio a tu gusto. Organiza una fiesta de gala y hazlos venir aquí. Deben venir, estemos donde estemos.

—¿Hablas en serio? —dije, mirándolo fijamente.

—Total y absolutamente.

Me pasó el pesado brazo por la cintura y me atrajo hacia él de un tirón.

—Ha pasado demasiado tiempo —dijo, besándome la garganta mientras yo me defendía de él sin gran energía—. Mi Manya huele a perfume francés y yo quiero lamerla.

—Si tú odias todo lo francés —dije, empujándole el pecho con las manos—. Nada de cuadros franceses en nuestros aposentos. Solo arte ruso. Nada de hablar en francés en la mesa. Solo ruso. Nuestros pobres niños se pasan día y noche estudiando el idioma con sus libros.

—Deben saber que son rusos —gruñó él—. No es ninguna deshonra.

—No lo es.

Puse mis manos en sus mejillas cubiertas de barba y le miré a los ojos grises azulados, que no se parecían en nada a los de Alejandro, a pesar de que tenían el mismo tono. Aunque él no había manifestado ningún sentimiento por la muerte de su padre, yo sabía ahora que todo lo que había hecho desde que había asumido el trono había sido con el fin de vengar a Alejandro y de defendernos a nosotros.

—Quiero volver a nuestro Anichkov, Sasha —le dije—. Echo de menos nuestro hogar. Echo de menos nuestra vida de San Petersburgo. Allí éramos muy felices.

—¿Es que ahora no eres feliz?

Le asomó al rostro una expresión de desolación.

—Contigo, siempre. Pero podría ser más feliz.

Él guardó silencio. Después, dijo:

—La Okhrana me dice que los descontentos ya huyen en desbandada o se pudren en alguna de mis cárceles.

—Entonces, ¿estamos seguros? ¿Podemos regresar?

—Nunca estamos seguros. Pero ¿cómo puedo negarte nada? Volveremos a abrir el Anichkov y residiremos allí durante la próxima temporada.

Y, cuando solté una exclamación de agrado y me arrojé sobre él para cubrirlo de besos, profirió una leve risita en la garganta.

—Pero, antes, mi Manya tiene que darme a cambio una cosa...

Dejé de besarlo y sentí en mis muslos su mano que me subía por debajo del camisón.

—¿Solo eso? —murmuré—. ¿Nuestro zar *mujik* se contenta con tan poco?

—Nunca me contento —dijo, y subió más la mano—. Pero me bastará de momento.

Aquella noche, en nuestra habitación tenebrosa con techo de yeso abovedado, tan bajo que él alcanzaba a tocarlo con la mano, concebimos a nuestro último hijo.

CAPÍTULO 19

Emprendí la renovación del palacio de Gatchina a pesar de mi embarazo y del resto de mis deberes. El mes de septiembre siguiente inauguré el palacio con un baile espléndido. Los salones, recién dorados, estaban resplandecientes, adornados de flores de invernadero traídas desde Crimea y llenos de mis invitados cubiertos de joyas, venidos todos ellos de San Petersburgo en trenes privados.

—Vaya, Minnie, qué sana estás, y tan pronto después de haber tenido a tu pequeña Olga —afirmó Miechen, que me contemplaba con mi vestido de seda rosada y su escote cuadrado, a la moda, los faldellines en capas delgadas con volantes malvas bajo el busto y un ramillete de diamantes rosa en forma de mariposas con antenas de esmeraldas prendido a mi tocado. Ella también iba vestida tan magníficamente como siempre, de satén negro francés; a diferencia de mí, el nacimiento de su cuarto retoño, Elena, su única niña, le había marcado más las curvas de su figura regordeta por naturaleza; aunque llevaba el peso adicional con el descaro que la caracterizaba.

—Olga nació hace tres meses —le recordé—. Apenas engordé unos gramos. Es de huesos pequeños, como yo. Aunque tiene toda la cara de su padre —añadí, riendo.

—Bien. —Miechen recorría con sus ojos de codicia la espléndida colección de tapices que había reunido la emperatriz del zar Pablo I, y que yo había hecho sacar de su almacén para exhibirlos—. Y has hecho maravillas con este sitio tan viejo. Creí que ibas a perecer de aburrimiento aquí.

—Es una residencia real. Alejandro lo empleaba en sus partidas de caza. Le he tomado cariño.

—¿Tú cazas? —me preguntó con gesto de sorpresa—. Yo creía que querías a todas las criaturas del señor. ¿No fundaste tú esa sociedad en defensa de los

animales?

—Miechen, tú sabes muy bien que la caza no es lo mismo. Y sí: he aprendido a cazar con escopeta. Sobre todo urogallos y perdices. Y también me gusta pescar. En el lago de Plata que tenemos aquí se dan unas truchas espléndidas. Y, naturalmente, en la finca tenemos mucho terreno; a los niños les encanta corretear.

Se rio con tonos agudos.

—Te has convertido en toda una *Hausfrau*, Minnie. Cualquiera que te oiga pensaría que no echas de menos San Petersburgo en absoluto.

Percibí la mordacidad de su risa. Yo no estaba tan aislada como para no enterarme de las recepciones gloriosas que daba ella en su palacio, cada vez más grande, donde, en mi ausencia, se había propuesto eclipsar a la corte como centro principal de los actos sociales.

El ascenso de Sasha al trono había beneficiado a Vladimir; mi marido había confiado siempre en su hermano menor y Miechen se aprovechaba de ello, pues, a falta de emperatriz en la ciudad, todos acudían a ella.

La tomé del brazo. Tenía las muñecas cargadas de brazaletes de diamantes sobre los largos guantes.

—Volvemos a la ciudad para la temporada —le dije.

Estuvo a punto de detenerse.

—¿Tan pronto?

—Sasha dice que es bastante seguro. Ha puesto en fuga a los nihilistas y está de acuerdo en que podemos volver a vivir en la capital durante períodos limitados. Pero no en el palacio de Invierno —dije—. Solo para actos de Estado. No quiere que residamos allí de forma permanente.

—No se puede negar que ha enseñado los dientes. El que se le resiste se arriesga a que lo detenga la Okhrana y a ir a parar a la horca o a Siberia, de donde no regresa nadie. —Hablaba con el desparpajo habitual que adoptaba siempre que comunicaba una novedad que esperaba que me alterase a mí—. Hemos oído decir que las universidades conocidas por sus tendencias radicales se someten a vigilancia, se les multa o se cierran. Algunos osan decir que nuestro zar *mujik* se está convirtiendo en un tirano.

—¿Eso dicen? —dije, negándome a darle muestras de inquietud—. ¿Y quién lo dice, por ejemplo?

—Ah, el surtido habitual de intelectuales y periodistas de medio pelo — respondió ella con ligereza, mientras se detenía a examinar un par de tronos viejos que había sacado yo de los sótanos del Gatchina y había mandado volver a dorar—. ¿Son antiguos? Qué bonitos. En todo caso, muchos están optando por irse a vivir al extranjero. Afirman que ahora, en Rusia, expresarse con libertad es un peligro.

—Lástima —dije. Contuve una sonrisa cuando vi su gesto de admiración ante los relojes en miniatura extraordinarios que habían sido de Pedro el Grande y que ahora se exhibían en vitrinas—. No deben de ser conscientes de que su zar *mujik* también está sufragando exposiciones de artistas rusos y patrocinando inversiones comerciales en nuestras industrias, que, como sabrás, están muy retrasadas respecto de las de Europa.

Ella me echó una mirada burlona.

—Sí; todos esos cuadros pintorescos de campesinos y de mercadillos se exponen ahora en el Hermitage. Nadie sabe qué se le ocurrirá ahora. Pero, comoquiera que sea... bueno, no quisiera alarmarte.

—¿Alarmarme? ¿Cómo?

—No están muertos todos, Minnie. Puede que haya puesto en fuga a los nihilistas o que les haya obligado a pasar a la clandestinidad, pero siguen siendo una amenaza. Sus panfletos y sus circulares tienen una circulación mucho más reducida, pero todavía se encuentran si se buscan.

No pude evitar el tono de censura al responder:

—¿Y tú los buscas?

—¿Yo? ¿Para qué? Pero se oyen cosas. Al menos, cuando se está en San Petersburgo.

Le solté el brazo cuando nos aproximamos al salón, iluminado por luces de gas, donde los invitados hacían filas para saludarme.

—Entonces, ha llegado el momento ideal para que regresemos —dije, adelantándome y dejándola allí—. El zar y la zarina deben oír todo lo que dicen sus súbditos.

* * *

Me alegré muchísimo de volver a estar en San Petersburgo. Mandé a mis

doncellas que retiraran las lonas que protegían del polvo, que abrieran todas las ventanas y que fregaran todos los suelos. El Anichkov no había cambiado por dentro; pero, junto a él, habían derribado una manzana entera para levantar un nuevo muro alto y un pasadizo subterráneo para huir en caso necesario.

Los niños estaban descontentos de marcharse del palacio Gatchina, donde gozaban de mayor libertad que en la ciudadela cerrada; pero no tardaron en animarse con las visitas de sus primos los Mijáilovich. Me divertía ver cómo se sonrojaba Xenia, de siete años, siempre que venía de visita el hermoso Sandro, que tenía nueve años más y era el mejor amigo de Nicky. Con su porte esbelto, sus ojos azules oscuros y su facilidad de palabra, Sandro se estaba convirtiendo en un joven galante y siempre se detenía a saludar a Xenia y a decirle lo bonita que estaba, mientras ella lo contemplaba con adoración.

A mis hijos les venía bien estar con otros de su edad y a mí me venía bien estar en sociedad, accesible y dispuesta a ir a cenas, a la ópera, al ballet y al teatro, y a dejarme ver en público en calidad de emperatriz, manifestando abiertamente lo poco que me importaban los rumores inacabables que hablaban de descontento; pues, como había dicho Miechen, mi marido había enseñado los dientes, en efecto. Después de haber absorbido durante años el adoctrinamiento de Pobendonostev, Sasha lo reflejaba a su vez, y su postura aristocrática se apreciaba claramente en todos sus actos. No sería un zar liberal, como lo había sido su padre.

Hasta que dio una sorpresa a todos, incluso a mí.

* * *

Habíamos vuelto a Gatchina. Sasha iba a partir para Moscú para preparar nuestra coronación, una ceremonia tradicional agotadora, con siglos de antigüedad y que exigía unos detalles interminables. La había aplazado casi dos años, refunfuñando que era un asunto pesado y caro al que no veía ninguna utilidad; hasta que yo le recordé que, por mucho que le gustara que lo llamaran «el zar *mujik*», no dejaba de ser el zar y los zares tenían que coronarse. Tras haber pasado una larga mañana ayudándole a repasar el itinerario para el viaje que le habían enviado sus funcionarios, anunció que estaba agotado y se encerró en su despacho para echarse una siesta en su sofá destartado (se

negaba a dejarme que cambiara nada en sus habitaciones), mientras yo me enfrentaba con las molestias de Olga, que estaba echando los dientes, y con un nuevo plan de estudios para Nicky. A nuestro hijo mayor, como zarévich nuestro que era, debían ponérsele tutores nuevos, y al retirarlo de las clases comunes con sus hermanos se había desencadenado una tormenta de resentimientos.

—¿Por qué no puedo estudiar con Nicky? —protestaba Jorge. Era el más vivaracho de mis hijos, dado a las travesuras a pesar de lo delicados que tenía los pulmones. Imitaba a sus tutores con una exactitud desconcertante, arrancando carcajadas a sus hermanos y tirando por tierra la dignidad del maestro al que había optado por remedar.

—Porque Nicky es el heredero —le decía yo—. Tú seguirás estudiando con el maestro Heath.

—Heath, Heath —graznó Popka, el loro verde de Jorge, que le había regalado en mala hora su tío Vladimir. Aquella criatura había adoptado la misma falta de respeto de mi hijo. Una tarde tuve que contener la risa cuando vi salir huyendo del aula al maestro Heath, que se llevaba las manos a la calva. Yo no me había dado cuenta siquiera de que usaba peluquín hasta que no lo vi colgado de las garras del loro.

—No es justo. ¿Por qué tiene que ser él el heredero? —preguntó Jorge

—Porque es el hijo primogénito —dijo Xenia, que estaba acurrucada con un libro en el asiento junto a la ventana. Le encantaba leer; siempre tenía un libro en las manos. —Deja de protestar, Jorgito. Nos divertiremos más sin Nicky, con lo serio que está siempre.

—Xenia, no digas esas cosas tan feas —le reñí—. Si Nicky está serio es porque...

—«Porque tiene que aprender sus muchos deberes» —recitó Jorge, imitando exactamente mi tono de voz y haciendo sonreír a Xenia—. Ya lo sabemos, mamá. Nos lo dices constantemente.

—De modo que sí me escuchas. Había empezado a dudarlo. Ahora, quiero que terminéis vuestros deberes. Podéis reiros todo lo que queráis del maestro Heath, pero vais a aprender de él. U os quedaréis sin cenar esta noche. Otra vez.

Jorgito se dirigió a regañadientes a su pupitre frunciendo el ceño con un

gesto igual al de Sasha. No era estudioso.

Cuando los hube dejado, Tania me salió al encuentro en el pasillo.

—Minnie —me dijo (pues yo prefería que me hablaran sin ceremonias cuando estaba en casa)—, el gran duque Vladimir y su esposa, la gran duquesa, están aquí. Los he hecho pasar al salón.

—¿Ahora? Pero ¡si no teníamos cita! Sasha está reposando, y... —Me faltó la voz al ver su expresión—. ¿De qué se trata?

Se apoderó de mí el pánico, temiendo que hubiera sucedido otra calamidad.

—No lo han dicho —se apresuró a decir ella—. Pero el gran duque parece muy disgustado.

—No me digas. ¿De qué se tratará ahora?

Me pasé una mano por el moño deshecho; llevaba puesto mi vestido de diario y no estaba arreglada para recibir visitas, pero Vladimir podía ponerse de mal humor si se le hacía esperar, de modo que bajé al piso inferior en *déshabillé*.

Antes de que hubiera tenido tiempo de saludarles, él me soltó con un gruñido:

—¿Lo sabías?

Miechen, envuelta en martas cibelinas, me miraba fijamente.

—¿Si lo sabía? —repetí.

—Lo de Sasha —me espetó Vladimir—. Lo que ha hecho. Lo que nos ha hecho.

—No lo sé —respondí, manifestando esta vez mi descontento. No me importaba que mi cuñado siguiera tratándome con la familiaridad de siempre; pero aquellos modales me parecían de lo más desagradables.

—Dice la verdad —dijo Miechen, como si yo no estuviera delante—. Sasha no le dice nunca nada si no cree que debe saberlo.

Yo la miré con enfado, incapaz de contener mi irritación.

—Nos ha reducido las rentas —dijo Vladimir, sacándose bruscamente del bolsillo del gabán una circular arrugada. Las venas moradas, debidas al abuso de la bebida, se le marcaban entre la palidez de la rabia mientras leía en voz alta: «Por decreto de Su Majestad Imperial, se hace saber por la presente que los cambios siguientes de...».

—¿Es necesario todo esto? —le interrumpí

Él arrugó la circular en el puño y la arrojó al suelo.

—Por esta orden ponen límites a quién puede llamarse gran duque o gran duquesa —dijo Miechen, mientras yo miraba significativamente la bola de papel—. A partir de ahora, solo podrán usar el título de Alteza Imperial los hijos y nietos del soberano por línea de varón. Nos reducirán las rentas en consecuencia. Además, ningún miembro de la familia imperial podrá casarse con nadie que no pertenezca a la confesión ortodoxa y tales matrimonios quedarán anulados si se llevan a cabo sin licencia imperial. —Su sonrisa era glacial—. Eso es todo, en esencia; pero si quieres, Minnie —añadió, recalcando mi nombre—, lo puedes leer tú misma. Ahí lo tienes, a tus pies.

Me invadió la furia. Aquel tono suyo de desdén era indignante; pero, mientras yo buscaba una respuesta, Sasha dijo con voz grave desde la puerta:

—La señora que tienes delante es tu emperatriz.

Vladimir avanzó un paso hacia él con rabia.

—¿Cómo te atreves a hacernos esto? —le preguntó.

Sasha respondió con voz tranquila.

—No pretendas hacerte el zar conmigo, hermano. Recibirás veinte mil al año, que es bastante más de lo que reciben nuestros tíos. Si quisiera, podría dejártelo en cinco mil.

—Constantino no lo tolerará —vociferó Vladimir—. Nosotros no lo toleraremos. ¿Es que yo, el hijo de un emperador, tengo que subsistir con una miseria? ¿Tengo que dejar a mi esposa porque no pertenece a nuestra fe, teniendo tres hijos y una hija que criar?

—Aguántate —dijo Sasha—. O márchate de Rusia. En lo que respecta a tu mujer, el matrimonio se llevó a cabo con el consentimiento de nuestro padre. Piensa que tienes suerte en ese sentido.

Temí que a Vladimir le diera una apoplejía. El rostro se le puso carmesí mientras movía la boca, formando palabras que yo pedía al cielo que no llegara a pronunciar. No lo hizo; se lo pensó mejor y optó por gruñir a Miechen:

—Ya he oído bastante.

Pasó bruscamente ante mí, hacia la puerta. Cuando intenté mirar a Miechen a los ojos para indicarle que no solo la entendía sino que aquello me llegaba

por sorpresa, ella me dejó atrás sin decir palabra.

Me apoyé en el respaldo de la silla más próxima, aplastando la circular con el tacón. Cuando volví la vista hacia Sasha, me dijo:

—Tiene un concepto de sí mismo demasiado elevado y ella también. Un zar debe guardarse siempre, sobre todo, de su propia familia. Recuerda cómo trataron mis tíos a mi padre. ¿Creen que no lo tolerarán? Seré yo quien no lo tolere. Se enfrentan a todas las reglas. Van y vienen a su voluntad, gastándose fortunas por el camino... la fortuna de Rusia, que les da más que suficiente para vivir como es debido, pero que a ellos nunca les basta, sea como sea.

Tuve que sentarme.

—Sasha —dije—. Es tu hermano. ¿Quieres que se vuelvan enemigos nuestros por una cuestión de dinero?

Él me miró fijamente.

—¿Te parece que es una cuestión insignificante? Solo con lo que cuesta nuestra coronación se podría financiar una armada. Pero los moscovitas tienen que tener su procesión. Mi tesorería está al límite, con todas las medidas de seguridad y todas las rentas que se pagan a la familia para que puedan seguir teniendo diamantes, vino y asados. Crían como conejos y todos quieren llevar el título de Alteza Imperial para poder comer del pesebre. Yo debo pagar para mantener nuestras residencias, yates, trenes y museos, y nuestras academias de ballet, de arte y de música. Cada recepción de estado cuesta un dineral. Según me dicen, en el palacio de Invierno se cambia la ropa de cama todos los días aunque no haya nadie. He despedido a la mayor parte de los criados que se pasan el día sin hacer nada y he prohibido los galones dorados en los uniformes y en las libreas.

Yo le devolví la mirada.

—¿Estamos tan empobrecidos como para que tengas que prohibir los galones dorados?

—Es Rusia la que está empobrecida. Tú debes saber, por tu trabajo con la Cruz Roja, que tenemos que construir hospitales y escuelas. No podemos prosperar teniendo que mantener a un centenar de grandes duques y sus casas. Es una vergüenza. Ninguna corte de Europa derrocha como nosotros. No estoy dispuesto a tolerarlo. Si el zar tiene que reducir el gasto, tendrán que reducirlo todos los demás.

—¿Te refieres a mí también?

—Eres la emperatriz. Debes dar ejemplo. ¿Es preciso que te gastes quince mil rublos en un manto de martas cibelinas y diez mil en un traje de noche de París, según dicen las últimas facturas de tus modistos? Lo dejo en tus manos.

—No a todos nos gusta vestirnos como los campesinos —repuse yo, picada por aquella reprensión inesperada.

—No he dicho nunca que debemos hacer tal cosa. Pero esa alemana debe aprender cuál es su lugar y debe enseñárselo también a Vladimir. En cuanto a los demás, no protestarán —dijo, volviéndose hacia la puerta—. Constantino sabe que tiene suerte de estar vivo. Vladimir quería hacerlo detener por lo que pasó a mi padre. Yo me negué. Puede que nuestro tío sea un excéntrico sin remedio, pero no se habría atrevido nunca a arrojar una bomba a su propio hermano. Ojalá pudiera decir yo otro tanto de los míos.

Me dejó para volver a su despacho. Pensé que debía ir a darle ánimos, pues supe entonces que había cruzado una línea invisible. Como zar que era, estaba sometido a todas las preocupaciones y sacrificios anejos a su rango. Pero aquel sacrificio, realizado por un decreto que podía sembrar la discordia en su familia, sólo lo podía entender yo. Era un sacrificio por su país. Ninguno de los que gozaban de las riquezas imperiales estaría dispuesto a aceptar que, para él, Rusia debía ser lo primero, que debía estar antes incluso que los Romanov.

Yo lo admiraba y entonces lo quise todavía más.

Pero no fui con él. Me quedé sentada en mi silla, con la circular arrugada bajo mis pies, y comprendí que, a partir de entonces, no solo deberíamos guardarnos de los nihilistas.

CAPÍTULO 20

Era el mes de mayo, pero hacía un frío de febrero. El viento salvaje atravesaba las diversas capas de armiño que me cubrían, me congelaba los dedos de los pies en mis zapatillas tachonadas de gemas y me convertía el aliento en vapor helado.

Todo Moscú estaba esperando. Se habían reunido miles de espectadores en el recorrido que iba desde el palacio Petrovski, pasando por los muros de ladrillo rojo del Kremlin, hasta la abigarrada catedral de San Basilio con sus cúpulas en forma de cebolla. Sasha había ido en cabeza, montado en un caballo de guerra blanco, con su gorro blanco y su uniforme verde sin adornos, una figura enorme y solitaria entre los húsares y los lanceros, los cosacos con sus *kalpaks* de astracán y la Guardia a Caballo con sus cascos rematados por águilas, seguidos por las filas exóticas de los representantes de nuestros dominios en Asia.

El repicar de campanas de las muchas iglesias de Moscú intentaba en vano sobreponerse a las detonaciones de las salvas de artillería. Cuando me dirigí a mi carroza, de dorados y cristales, me parecía que estaba a una distancia inalcanzable. La diadema que llevaba en la cabeza, una de las joyas de la corona de los Romanov, con el velo de encaje de seda y los collares entrelazados de diamantes y perlas, que también pertenecían a la colección real, me resultaba pesada como una piedra; el manto de brocado de plata era una cascada congelada que me caía por la espalda.

Xenia ya estaba en la carroza, con su primer vestido de corte y su *kokoshnik*. Yo no había querido que asistiera, ni mucho menos mis hijos, desde que Sasha me dijo que en la nueva instalación de luz eléctrica que se había montado en el Kremlin (la primera de Rusia, una novedad que había encargado él con motivo de nuestra coronación) la policía había encontrado

aparatos explosivos conectados a los interruptores. Hubo que revisar todo el cableado, palmo a palmo. Las investigaciones ulteriores condujeron hasta una buhardilla de Moscú donde había un montón de gorras de visera alta, como las que suelen llevar los moscovitas, cada una de las cuales contenía una bomba de nitroglicerina como la que había matado a Alejandro. La conspiración se había frustrado; pero yo estaba tan angustiada que me negué a atender a las súplicas llorosas de Xenia, que quería acompañarme, hasta que Sasha me hizo ceder.

—Es nuestra hija mayor. Quiere ir contigo, en tu carroza. Permíteselo.

Se prohibió, por decreto, arrojar gorras al aire por miedo a que pasara desapercibida alguna de esas bombas camufladas. Nos habían asegurado que no había más amenazas y que todos los culpables estaban detenidos; pero yo tuve que hacer frente a un miedo que casi me paralizaba cuando la carroza me llevaba por el recorrido que conducía hasta donde nos esperaban las autoridades eclesiásticas, el metropolitano y Sasha. La multitud aclamaba mi nombre; yo solo veía una masa interminable de bocas abiertas. Estaba atrapada con mi hija en una jaula traslúcida que podía quedar destrozada en cualquier momento cuando estallara una bomba a nuestro paso.

Llegué solo una hora más tarde, aunque parecía que habían transcurrido años enteros. Cuando había tomado la mano de Xenia, se abrió la portezuela de la carroza. Sasha se había saltado el protocolo para acompañarnos en persona.

—Manya —dijo, inclinándose hacia mí—. Nuestras joyas te sientan bien. Estás muy pálida. Como un cisne. Pero muy triste. Sonríe, amor mío. Que la gente vea alegría en su nueva emperatriz.

Me volví hacia la multitud. Sus aclamaciones me cubrían como olas. Cuando levanté la mano, buscaba con angustia ese rostro oscuro, esa figura taciturna con la muerte preparada, dispuesta a arrojarnos fuego y desolación cuando pasásemos por delante.

El pueblo rugía, alabándonos. De la mano de Sasha, con Xenia a nuestro lado, que iba contentísima (más tarde, volvería locos a sus hermanos con sus crónicas orgullosas de aquel día), entramos en la Uspenski Sobor, la Catedral de la Asunción, con sus cinco cúpulas doradas y sus fachadas rematadas en arcos, que representaban a Cristo y a los cuatro evangelistas.

En el interior flotaban nubes de incienso y de mirra. El iconostasio relucía con un millar de iconos. El metropolitano bendijo la corona imperial, construida para Catalina la Grande, con su cruz de diamantes rematada por un rubí enorme, y se la entregó a Sasha. Los fieles se arrodillaron, y Sasha se puso en la cabeza la corona él mismo. Después, yo me arrodillé ante él. Él se quitó la corona y me tocó con ella la frente, como símbolo de nuestro vínculo, y luego me puso en la cabeza la diadema de emperatriz consorte, rematada con un zafiro azul como el mar. Yo solo se la había visto llevar una vez a mi difunta suegra, en un acto formal de la corte, y me sorprendió lo ligera que me resultaba en la frente.

En el esplendor de ese momento, envueltos en incienso y en los himnos entonados por la multitud, me puse de pie y él me miró a los ojos. Sasha me rodeó con sus brazos y me susurró:

—Ningún hombre ha querido a una mujer como yo te quiero, zarina mía.

Siguiendo la tradición, se organizaron festejos para el pueblo en el campo de Khodynka, a las afueras de Moscú, donde, como emperador y emperatriz recién coronados, repartiríamos recuerdos conmemorativos, vasos y platos con nuestros símbolos.

Tres días más tarde, tras una serie agotadora de fiestas de gala, nos reunimos en dicho campo, en un estrado cubierto por lonas. Hacía un viento racheado de los que solo se dan en Moscú, que azotaba la lona y le arrancaba fuertes crujidos que parecían disparos. Yo intentaba contener mi miedo, viendo a las multitudes venidas de todos los rincones de Rusia que acudían a recoger los regalos. Cualquiera de ellos podía ocultar una bomba, escondida bajo una manga bordada o bajo unas faldas de campesina, a pesar de que se había prohibido terminantemente llevar sombreros y gorras.

Estábamos rodeados por un cordón de seguridad de guardias y entre la multitud rondaban agentes de la policía secreta disfrazados de artesanos. A mí me parecía que aquello era como una débil empalizada contra una invasión. El pueblo formó dos filas, una para Sasha y otra para mí. A consecuencia de las medidas de seguridad, no entregaríamos los regalos en persona; se encargarían de ello chambelanes con chalecos antibalas. Pero cuando se adelantaba cada

familia a recoger el plato o el vaso barato de peltre (apenas tenían valor alguno, aparte del sentimental) yo me clavaba las uñas en la palma de la mano. Debía de estar rígida, pues Sasha me echó una mirada con la que me obligó a esbozar una sonrisa. Él no había dado ninguna muestra de temor durante nuestra coronación, aunque debió de sentirlo. Todos vieron en él la imagen viva del firme *Batushka*, el Padrecito de Rusia nombrado por Dios.

Las colas parecían interminables. Cuando yo ya me sentía desfallecer de agotamiento, se presentaron ante mí una madre con su hijo. El chambelán que me representaba le ofreció el plato. La madre, que se había quitado el pañuelo de la cabeza, en señal de respeto u obedeciendo la prohibición de cubrirse la cabeza, me miró con ojos de súplica.

Yo estaba inmóvil en mi estrado. No parecía de edad avanzada, pero tenía entreverados de gris los cabellos oscuros, lo que dejaba de manifiesto su origen campesino. Las mujeres envejecían a pasos acelerados en las duras condiciones de vida del campo. El viento le agitaba mechones que se le soltaban de las trenzas que le rodeaban la cabeza. Tenía las mejillas hundidas por el hambre y las penalidades.

Cuando le ofrecieron el plato, lo rechazó negando con la cabeza y profirió unas palabras en ruso con un acento que yo no entendí, pues había venido de una provincia cuyo dialecto no me resultaba familiar. Mi chambelán le gritó y le tendió el plato con brusquedad, mientras ella hacía un gesto de súplica, tendiendo ante sí el niño envuelto en trapos, como en señal de defensa.

El viento retiró la bufanda con que tenía envuelto el rostro el niño. Cuando yo di un paso atrás, dominada por mi temor a un acto de violencia, vi que el niño tenía las mejillas cubiertas de una erupción de forúnculos.

El chambelán indicó a los guardias que se llevaron a la mujer, que clavó los ojos en mí. Sin que yo misma supiera lo que iba a hacer, me salió de la garganta tensa y seca un «Espera». Me obligué a mí misma a ir hasta el borde del estrado, que era lo bastante bajo como para que me sintiera completamente expuesta.

—¿Qué dice? —pregunté.

—Nada, alteza —respondió el chambelán impaciente, que también debía de estar cansado, pues llevaba varias horas de pie, repartiendo recuerdos—. Algo de una bendición.

—¿Una bendición? —repetí, volviéndome hacia Sasha.

—Quiere que bendigas al niño —me dijo él en voz alta—. Algunos *mujiks* creen que el toque del zar o de la zarina puede devolver la salud. Es una superstición, Manya. No tienes por qué seguirla.

Volví la vista hacia la mujer. Los guardias la rodeaban, dispuestos a llevársela. Miré entonces a la criatura lastimosa (¿era niño o niña?) y oí una voz en mi interior.

No te dejes abrumar. Ahora eres una Romanov. Debes aceptar tu papel y asumirlo. Es la única manera de sobrevivir.

Entre todas las voces que podía haber recordado en aquel momento, la que me llegó fue la de mi suegra, muerta y enterrada hacía mucho tiempo. Yo era la emperatriz, como lo había sido ella. Al final, ella había rehuido su cargo, desgarrada por el duelo y por la infidelidad de su esposo. Yo no debía hacer lo mismo.

Descendí por los escalones laterales, haciendo apartarse con un gesto al desconcertado chambelán. Los guardias se pusieron tensos. Yo hice caso omiso de las advertencias silenciosas que me transmitían con la mirada.

El niño tenía los ojos enormes, castaños, como los de su madre, pero vacíos, como si hubieran perdido toda capacidad de sentir. Extendí la mano, de entre mi manga ricamente adornada y, como movida por un instinto antiguo, la puse sobre la mano del niño y musité una oración.

La mujer profirió un gemido y cayó de rodillas, arrastrando consigo al niño. Oí que decía: «Dios salve a vuestra majestad» con palabras que sí entendí.

—No —respondí yo. De pronto, se me asomaron a los ojos lágrimas saladas—. Que Dios te salve a ti, hija de Rusia —le dije, tendiéndole la mano.

Ella se inclinó sobre mi mano, sin tocarla con las suyas, pero aplicó sobre mi piel sus labios agrietados. Sentí que inspiraba el aire, como si yo emitiera un aura sobrenatural. Me volví al chambelán, que me miraba con ojos de asombro; tomé el plato de su mano y se lo entregué a la mujer. Ella lo apretó contra su pecho mientras le rodaban las lágrimas por el rostro demacrado. Después, desapareció, perdida entre la multitud que ya había recibido sus baratijas y esperaba a que nos marchásemos para que se abrieran los puestos de comida y comenzara la fiesta que les daría algo de esparcimiento durante el

resto del día.

Cuando volví junto a Sasha, él me dijo:

—Nunca había estado tan orgulloso de ti como lo estoy ahora.

Yo no me sentía orgullosa. Me sentía liberada. Ya no tenía que estar encogida de miedo a las amenazas de los nihilistas, a la muerte por una explosión o por algún otro acto terrible. Todavía podía suceder, pero aquel día yo lo había superado. Me había portado como una Romanov.

Teníamos nuestro deber para con Rusia. Juré no olvidarlo nunca.

* * *

Sasha se empeñaba en seguir una rutina invariable. Afirmaba que aquello le aportaba cierto alivio, mientras soportaba sus reuniones interminables del gabinete y mientras forcejeaba con las complejidades del imperio y con sus tíos y hermanos, que se presentaban de pronto donde él estuviera para exponerle algún problema o alguna queja... y tenían bastantes de ambas cosas. Pero ninguno abandonaba su presencia contento, pues él les mandaba marcharse a gritos si se negaban a ceñirse a sus dictados.

A consecuencia de todo esto empezó a beber demasiado. Nunca durante el día, cuando debía atender a sus obligaciones, pero solía beber de noche, después de cenar, cuando desaparecía para encerrarse en su despacho. Yo, antes de irme a acostar, me acercaba de puntillas y lo veía tendido en aquel sofá desfondado, con una botella de vodka vacía junto a él, mientras lo velaba en un rincón su ayuda de cámara, Iván, y el jefe de su casa, el príncipe Obolenski, el marido de Tania, esperaba inquieto en el pasillo. Yo cubría a mi marido insensible con una manta (era imposible despertarlo cuando se encontraba en ese estado), hacía retirar la botella e, inevitablemente, soltaba una reprimenda al príncipe, que me aseguraba que haría todo lo que estuviera en su mano para que Sasha bebiera menos. Yo sabía que lo intentaría y que Sasha no le haría caso, pero era importante para mí manifestar mi desagrado.

Yo establecí nuestra rutina con el fin de aliviar la carga a Sasha. En invierno, durante la temporada social, residíamos en la ciudad; asistíamos a la ópera y al ballet y celebrábamos fiestas de gala en el palacio de Invierno, en las que yo me divertía y él gruñía. En primavera íbamos a Gatchina para gozar

de actividades al aire libre. A principios de verano teníamos que trasladarnos a Peterhof, a orillas del mar, o a Livadia, en Crimea, para huir del calor. En otoño viajábamos a Dinamarca para celebrar nuestra reunión familiar.

Alex y Bertie y sus hijos se reunían con nosotros. Sasha daba claras muestras de alivio por estar lejos de Rusia cuando llegábamos a Copenhague, donde la recepción que nos hacían nuestros padres, por comparación con nuestros excesos imperiales, era frugal, casera, como mis vestidos de la infancia.

—¡Por fin salimos de la cárcel! —exclamaba sonoramente Sasha mientras recorría el andén, dando grandes pisotones, para ir a abrazar a mi padre y a mis hermanos. Valdemar seguía soltero, pero Freddie ya estaba casado y tenía hijos. Y si bien al marido de mi hermana menor no quería dejar su casa, en Austria, por lo que a Thyra la veíamos rara vez, mi hermano Willie agradecía la oportunidad de salir de Grecia con su mujer, Olga, y con su tropa de seis hijos.

Nosotras, las mujeres, nos ocupábamos de nuestras criaturas revoltosas, entre ellas las mías. En Fredensborg los paseos diarios a orillas del lago, las salidas a pescar, a montar a caballo y a pasear en barca y las cenas en la terraza sentaban a Sasha de maravilla. Los niños acudían a él; siempre estaba dispuesto a ayudarles a poner el cebo en los anzuelos o a adentrarse por el lago con el agua hasta las rodillas para rescatar sus barcos de juguete perdidos. En la media luz del anochecer se paseaba por los caminos con mi padre, con Bertie y con mis hermanos, envueltos todos en una nube de humo de puro, y los chicos los seguían a poca distancia como tiranos rebeldes; pues siempre querían estar donde estuviera Papá Sasha.

En Dinamarca se ablandaba. Reñía menos a Nicky, bebía con moderación y sonreía más, con esa sonrisa suya tan adorable que le hacía arrugar los ojos. Sus risas con las travesuras de los chicos, que le arrojaban calcetines llenos de agua y después, cuando él los perseguía, huían chillando, resonaba con tanta frecuencia que Mamá dijo:

—Me parece que oigo a un emperador feliz.

—Aquí sí lo es —le dije, recostada en el sofá de mimbre con Alix mientras me fumaba uno de mis delgados cigarrillos rusos, costumbre esta que ninguna de las dos aprobaba.

—¿Y la emperatriz también es feliz? —preguntó Alix, mirándome con malicia.

—Claro que lo es —dictaminó Mamá, antes de que yo hubiera tenido tiempo de responder—. Cuando dos personas se comprometen, siempre puede haber amor.

Y había amor, en efecto. En las sábanas de nuestra cama, secadas al sol, con fragancia de lavanda, Sasha y yo renovamos nuestra pasión, riendo como niños nosotros también y arrancando a Mamá un gesto de desaprobación cuando llegábamos tarde y desgreñados al bufé del desayuno.

Nuestro imperio dejaba de existir, como si en Dinamarca estuviésemos sujetos a un hechizo. Allí, libres de la carga del título imperial, no éramos más que marido y mujer, padre y madre, y amantes apasionados.

—Si yo pudiera, pasaría el resto de nuestros días en paz —susurraba Sasha cuando llegaba el momento de partir—. Tu gente sí sabe vivir contenta con los placeres sencillos de la vida.

Era ruso hasta la médula, pero un poco de Dinamarca le calentaba el alma.

CAPÍTULO 21

—Alguien ha perdido unas enaguas —dijo Miechen, señalando hacia un rincón del salón de Nicolás, poblado de una selva de arbolitos en macetas y de flores de invernadero—. Allí, junto a la mata de lilas.

Cuando vi la prenda arrugada, a pocos pasos de dos grandes duquesas que mantenían una conversación, me llevé la mano a la boca para contener una risita.

—¿De quién será? —dije yo.

—Sea de quien sea, estoy segura de que ahora también ella está escondida tras una mata —dijo Miechen; y mientras ella esbozaba una sonrisa, yo me eché a reír.

Estábamos en el baile nocturno del palacio de Invierno, celebrando la boda del gran duque Sergio, hermano de Sasha, de veintisiete años, con la princesa Elisabeth de Hesse y del Rin, una de las muchas nietas de la reina Victoria.

Aquella boda había sido obra mía. Sergio ya era tan alto como prometía ser de niño y ahora medía más de un metro ochenta, pero seguía siendo delgadísimo y tenía una intensidad que muchos malinterpretaban como malicia. Después de haber concluido su educación, lo habían nombrado coronel jefe de la Guardia de Corps de Preobrazhenski, el regimiento de élite que había fundado Pedro el Grande, y se había dedicado a su carrera militar con la misma dedicación ejemplar que había manifestado en sus estudios de la infancia. Pero había seguido soltero y yo había tomado la determinación de remediarlo.

—Necesita una esposa —dije a Sasha—. Ninguno de tus hermanos está casado todavía, salvo Vladimir, y yo tengo el deber de encontrar parejas adecuadas para la familia, ya que a ti no te apetece hacerlo. Sergio ya tiene casi treinta años. ¿Me das permiso? Al gran duque de Hesse y del Rin, que es

viudo, le dejó su difunta esposa cuatro hijas solteras, y alguna de ellas será adecuada.

Sasha frunció el ceño.

—¿Es ese mismo alemán que se casó con una de las hijas de Victoria?

Me sorprendió que lo supiera siquiera, dado el poco interés que solía manifestar por las cosas de su familia, aparte de la cuestión del derroche.

—Sí —dije—. Con su hija Alicia, que murió de difteria. Victoria ha criado a sus nietas, prácticamente, pues Alicia era una de sus hijas favoritas. Soy consciente de que no resultará fácil conseguir que la reina lo apruebe.

—Ni fácil, ni probable —dijo él—. Después de la boda desastrosa de mi pobre hermana María con ese patán de Alfredo, dudo que Victoria vuelva a consentir que otro miembro de su familia se case con un Romanov. Y también dudo que Sergio esté dispuesto —añadió, torciendo el gesto.

Yo evité referirme a María. Esta había cumplido su deber teniendo cinco hijos, pero su matrimonio se había deteriorado hasta el punto de que, cuando sus hijos fueron mayores, ella pidió la separación, pues había heredado de su madre tierras del ducado de Sajonia-Coburgo donde podía vivir.

En vez de tocar este tema, dije:

—¿Y por qué no? Tu madre era princesa de Hesse, y visitó el Hesse-Darmstadt con Nixa y con tus hermanos; Sergio debe de haber conocido a las princesas en algún momento de su infancia.

—Yo no visité nunca el Hesse-Darmstadt con mi madre —repuso él con tono tajante—; pero tienes mi permiso. Ya es hora de que Sergio se case. Es hora, desde luego. No quiero que caiga sobre nosotros su deshonra.

Yo no lo entendí. Sergio era el más diligente de sus hermanos que todavía vivían y nunca había dado motivos de escándalo. El hermano menor, el gran duque Pablo, que tenía por entonces veintitrés años, ya había tenido y se había deshecho de varias amantes, y Alexis, el mayor, tenía muy mala fama por sus conquistas. Sergio era el único que seguía siendo intachable.

Luis de Hesse y del Rin hizo saber, por medio de enviados, que su hija menor, Isabel (o Ella, como la llamaban en la familia) era la más adecuada. Tenía diecinueve años; además, al parecer, Sergio y ella ya habían establecido una relación, a pesar de la distancia que los separaba, a raíz de que ella le enviara unas cartas de pésame muy sentidas tras las muertes de la madre y del

padre de él.

Sasha, informado de la aprobación del padre y de que Luis conseguiría la aprobación de Victoria, hizo venir a Sergio de su campamento de Krasnoye Selo, donde vivía con su regimiento durante la mayor parte del año. Cuando se reunió con Sasha en el despacho de este, yo me paseaba nerviosa por mi salón, esperando el momento en que Sasha empezaría a gritar ante la resistencia de Sergio.

No salió ningún sonido del despacho. Cuando Sergio vino a verme después, estaba firme como una vara con su uniforme verde y dorado, haciendo girar con una mano el anillo de plata que había sido de su madre y que él llevaba siempre en el meñique, y me anunció:

—Creo que debo felicitarla, majestad. Voy a casarme con la princesa Elisabeth de Hesse y del Rin.

—Entonces, ¿es a ti a quien hay que felicitar! —exclamé, encantada, sin que me importara que me hubiera llamado por mi título, pues Sergio era siempre formal en sus modales.

—No —dijo él, haciendo una reverencia—. Es vuestra majestad quien se merece todas las felicitaciones.

Me dejó algo desconcertada; no sabía si estaba contento o no. Cuando pregunté a Sasha cómo había reaccionado Sergio, mi marido hizo una mueca.

—Dijo: «Como ordene vuestra majestad». Te recomiendo que te guardes tu simpatía para la novia.

—No soy capaz de entender la antipatía que tiene a Sergio —confié a Miechen una tarde que tomábamos el té juntas, poco antes de la llegada de Ella. Mientras nuestros maridos seguían reñidos y apenas se hablaban, nosotras habíamos preferido seguir siendo rivales amistosas, como cuñadas que éramos, sumergidas en la alegría y en la competencia de la temporada. — Puede que Sergio no sea tan sociable como tu Vladimir, ni tan aventurero como Alexis, ni tan servicial como Pablo, pero es un buen muchacho, aunque sea poco afectuoso, y estricto en el cumplimiento de su deber.

Miechen soltó un resoplido.

—No es tan poco afectuoso como te imaginas —dijo.

Se había enterado de algo, por supuesto. Pero, para mi sorpresa, no se avino a contármelo hasta que la amenacé con preguntárselo al propio Sergio,

pues nosotros éramos responsables de la boda.

—Ay, no hagas eso —dijo, más confusa de lo que yo la había visto jamás—. Son cosas de las que no debes hablar nunca.

—¿*De qué* no debo hablar? ¿Es que tiene una amante inadecuada, o el vicio de jugar a la ruleta?

Aquello no me habría impresionado; parecía que todos los hombres de la familia Romanov, con la excepción de Sasha, y quizá también de Vladimir por entonces, estaban sometidos a una maldición que los llevaba a hacer sufrir a sus esposas con su afición irrefrenable a las bailarinas, al juego y a otros deslices.

—Ojalá fuera solo eso —dijo Miechen, inclinándose hacia mí—. Según me dicen, con uno de sus propios lacayos; y se sabe que frecuenta ciertas casas de baños públicas. Mi simpatía para la novia, desde luego. La pobre la necesitará.

En un primer momento me la quedé mirando, confundida. Después, cuando por fin me hice cargo del sentido de sus palabras, le dije:

—Jamás habría esperado que llegarías a decir tales vilezas de un miembro de nuestra familia.

—Muy bien —dijo ella, apartándose de mí—. Pregúntaselo a Sasha, si quieres.

Ella sabía que no me atrevería. A Sasha le horrorizaría saber que yo conocía siquiera la existencia de tales cosas; cuanto más, que las nombrara en voz alta relacionadas con su hermano. Pero entonces recordé lo que me había dicho años atrás: «Mi hermano Pablo me ha contado... cosas. Cosas que no te voy a repetir». Y yo no le había preguntado más. No quería saberlo. Había oído hablar de hombres que preferían a otros hombres y, con todo el tiempo que llevaba viviendo en San Petersburgo, no había dejado de enterarme del trasfondo de lujuria y de relaciones ilícitas que caracterizaba a nuestra sociedad, tanto como su barniz de refinamiento. Pero, Sergio... me parecía increíble.

Y aquella noche, en la fiesta de gala posterior a su boda, no vi ningún motivo que me hiciera creer en lo que me había apuntado Miechen. La novia, Ella, era hermosa, esbelta como un sauce, y tenía los ojos azules, cabello castaño claro, rostro ovalado clásico y boca tierna. Parecía claramente que

Sergio se ablandaba en su presencia; aunque era mucho más alto que ella, solía inclinarse para hablarle al oído; era una imagen romántica de lo que debían ser un gran duque y una gran duquesa.

Ahora bailaban juntos. Cuando Miechen y yo terminamos de reírnos de la dama desconocida que había perdido las enaguas, vi que mi cuñada recorría el salón con la mirada en busca de más diversiones. Sasha se había retirado temprano, como solía hacer en los actos de corte; pero yo estaba tan satisfecha de mi labor de casamentera que había decidido quedarme sin él, aunque en algún momento sería responsabilidad mía hacer callar a la orquesta y desear a todos muy buenas noches.

—¿Ese que veo allí es Nicky? —preguntó Miechen, levantando los impertinentes, que le colgaban de una cadena de oro sobre el amplio pecho. Tras el nacimiento de sus hijos se había puesto oronda; pero el peso añadido no hacía más que darle más empaque—. Sí que lo es. Parece bastante interesado por la hermana de Ella, que es como un ratoncito. ¿Cómo se llamaba? —preguntó, chascando la lengua con enfado—. Nunca me acuerdo, aunque ya me la han presentado dos veces.

—Alejandra —dije, siguiendo su mirada—. Su hermana Ella la llama Alicky.

—Eso es, Alicky. Si se me ha olvidado, será porque llama muy poco la atención. Me temo que en eso no se parece nada a su hermana.

Yo asentí. Alejandra de Hesse y del Rin no se parecía a su hermana; pero es que solo tenía doce años, cuatro menos que mi Nicky, que ya había cumplido los dieciséis, su mayoría de edad, y había recibido una graduación honoraria en el regimiento de húsares. Aquella noche llevaba el uniforme; a su figura esbelta le sentaba bien el *kamzol* rojo y negro, con su chaqueta de galones dorados y remates de piel echada sobre un hombro y sujeta con cordones con borlas.

—Nicky es muy cortés —dijo Miechen con dulzura—. Cómo presta atención a una pobre *Fräulein*...

Me estaba tomando el pelo y yo entendía por qué. Era cierto que mi hijo parecía interesado, de pie ante Alicky, que estaba sentada y levantaba hacia él el rostro solemne mientras él hablaba con una locuacidad que yo no le había visto nunca hasta entonces en público. Se sentía incómodo en los actos

sociales, como Sasha. Hablaba con voz suave, tenía carácter reservado, y una vez me había confesado que con su poca estatura se sentía insignificante ante sus robustos primos, los Mijailovich, engreídos como buenos Romanov.

—¡Y pensar que Sasha se queja de que es demasiado tímido! —dijo Miechen—. Se lo pensaría mejor si viera ahora a Nicky. Lástima que nuestro emperador se haya acostado temprano.

Le eché una mirada.

—Ten cuidado, Minnie —me dijo con una sonrisa—. Si dejas que esos dos estén juntos demasiado tiempo, quizá te tengas que tragar tu odio a Prusia.

—Dispénsame —dije; y me dirigí rápidamente a mi hijo, que no advirtió mi llegada; aunque sí me vio llegar Alicky de Hesse, que se puso pálida. Cuando se puso de pie e intentó hacerme una reverencia patética, pensé, sin quererlo, que no carecía de atractivo. Era alta para su edad y esbelta; tenía los labios finos, pero su nariz era regia y su cabello era espeso, dorado cobrizo. Su rasgo más llamativo eran sus ojos azules, vivos, con un toque de gris; a la luz combinada de las nuevas lámparas eléctricas del salón y las de gas, casi parecían de color violeta.

Una muchacha bonita que sería una mujer hermosa, aunque menos hermosa que su hermana. En aquel momento sentí una aversión repentina hacia ella. Una muchacha alemana bonita, a la que estaba prestando demasiada atención mi hijo, el zarévich, como había dicho Miechen; aquello me irritaba. Pero contuve mi desagrado, pues cabía pensar que Nicky se estuviera limitando a ser amable con una invitada extranjera en nuestra corte, cuñada de su tío Sergio. En otras circunstancias me habría agradado verlo tan atento, en vez de quedarse plantado a un lado, incómodo, como solía hacer en estos actos, esperando el momento en que terminara la gala para poder volver a sus libros.

—Majestad imperial —murmuró ella.

Yo sonreí y le indiqué que se levantara. Las mejillas y la garganta le ardían con un enrojecimiento de vergüenza que le sentaba mal.

—Llámame Minnie —dije, haciendo lo posible por parecer cariñosa—. Ahora que tu hermana se ha casado con nuestro Sergio, eres de la familia. En la familia todos me llaman Minnie.

Ella bajó la vista sin repetir mi nombre.

—Alicky me estaba diciendo cuánto le gusta Rusia —dijo Nicky, con un

marcado temblor en la voz.

Yo, ajustándole la chaqueta al hombro como si se le fuera a caer, repuse:

—¿Eso decía, querido?

Estuve a punto de añadir «No la he visto hablar nada». Volví dirigirme a ella y le dije:

—Llevas aquí muy poco tiempo. Rusia no es solo San Petersburgo.

La mancha roja irregular le invadió el escote flaco. Llevaba un vestido pasado de moda, de seda malva, supuse que cosido con sus propias manos. A pesar del control obsesivo que ejercía Victoria sobre su familia, la reina no tenía nada de generosa. Aquella muchacha debería haberme dado pena. Su madre había muerto cuando ella era niña y su padre era un duque de poca monta y pobretón. Con su atuendo desmañado podría haberme recordado a mí misma a su edad. Solo que yo no veía en ella nada de mi propia vitalidad y confianza; la dominaba la timidez y ese enrojecimiento que le sentaba tan mal.

—Sí, majestad —dijo.

Estaba claro que no iba a conseguir entablar conversación con ella.

—Hijo mío —dije, dando un golpecito a Nicky con mi abanico—. ¿No crees que deberías prestar más atención a tu hermana? Xenia puede querer bailar. ¿Con quién va a bailar, si no es contigo?

—Con Sandro —replicó él, para mi sorpresa. En otra época, se habría despedido inmediatamente para hacer lo que yo le indicaba—. Lleva bailando con él toda la noche.

—Bueno; es primo suyo. Ve con ella. Insisto. Se hace tarde y el zarévich debe bailar al menos una vez con su hermana antes de que concluya la velada. La corte lo espera.

Pareció por un momento que me iba a desobedecer. Mi primera sorpresa se convirtió en incredulidad cuando dijo a Alicky:

—¿Quieres bailar con mi hermana y conmigo?

Creí que iba a desmayarse. Se había puesto roja como una remolacha. Pero le dirigió una tímida inclinación de cabeza y respondió en voz tan baja que apenas la oí:

—Si su majestad lo permite...

—¿Mamá? —me preguntó Nicky, mirándome con una decisión que me hizo comprender que mi pequeño ya no era tan pequeño.

—Naturalmente —respondí, con una sonrisa forzada.

Él se apartó para dejar pasar a Alicky. Esta estuvo a punto de olvidar los modales, pero en el último momento se acordó de hacerme otra reverencia torpe. Tenía la elegancia de una lechera. ¿Es que Victoria no había enseñado a su nieta lo mínimo para desenvolverse en una corte?

Pero cuando Nicky y ella se adentraron en el salón abarrotado, buscando a Xenia, vi que andaban al unísono y que se inclinaban el uno hacia el otro, como apoyándose mutuamente.

* * *

—Creo que me gustaría casarme con ella cuando sea mayor de edad —dijo Nicky un mes más tarde en la mesa del desayuno. Sus hermanos ya habían terminado de comer y habían subido a asistir a sus lecciones. Sasha limitaba estrictamente las horas de las comidas pero aquel día yo había hecho una excepción con Nicky. Había estado raro, más distraído de lo habitual. A pesar de la mirada de enfado que lanzó Sasha por encima del periódico, dije a Nicky que se quedara en la mesa para terminar de comer.

—¿Casarte con quién, hijo mío? —dije. Tomé un trago de té y miré la tortilla a medio terminar que tenía en el plato—. Haz el favor de comer. Te estás quedando demasiado delgado.

Él tomó un bocado. Le espantaba la idea de parecer más pequeño aún. No podía responderme con la boca llena, de modo que lo hizo Sasha por él, sin alzar la vista del periódico.

—Confío en que no estés hablando de esa muchacha de Hesse. Ya me he enterado de lo tonto que estuviste con ella mientras estuvo aquí, aprovechando todas las ocasiones de ir al palacio nuevo de Sergio para llevarla de paseo en carruaje por el jardín de Verano. Es muy bonito dar tales muestras de hospitalidad a la hermana de la nueva esposa de tu tío; pero, ahora que ha regresado al territorio de su padre, espero que pongas fin a cualquier apego estúpido.

—Me... ¿me estabas *vigilando*? —dijo Nicky, consternado.

Sasha se rio entre dientes.

—Mi Okhrana tiene la misión de proteger a mi familia. ¿Es que te habías

creído que podías escabullirte de aquí y volver sin que nadie se enterase?

—Sasha —dije, bajándole el periódico—. ¿Era necesario?

—Sí —dijo él—. No estamos tan seguros como para que mi hijo y heredero pueda corretear por la ciudad con una mocosa, y sin escolta...

—No es una mocosa —exclamó Nicky, poniéndose de pie de un salto—. Es una princesa. Y yo... yo no estaba tonto con ella. —Le falló la voz cuando Sasha lo miró con severidad—. No lo estaba.

—Si tú lo dices... —dijo Sasha. No parecía enfadado, a pesar de que rara vez daba muestras de tolerancia con Nicky. Pero ahora llegó a sonreír, incluso—. Bien, bien. De modo que nuestro osezno tiene colmillos, después de todo.

—Ella me aprecia mucho. —Nicky se puso firme. Me produjo una gran ternura verle sacar el estrecho pecho—. Yo la aprecio. Nos hemos prometido escribirnos. ¿Podré escribirle sin que lea mis cartas la Okhrana?

—Querido, se te enfría el desayuno —le dije. Evité cuidadosamente hacer ningún comentario; pero no quería que mi hijo se casara con una alemana empobrecida. Un gran duque lo podía hacer. Pero no el zarévich.

—¿Papá? —pregunto Nicky, que seguía de pie—. ¿Puedo?

—Si quieres... —dijo Sasha, volviendo a mirar su periódico—. Yo mismo te franquearé las cartas.

—Gracias, Papá.

Nicky se sentó a la mesa para terminarse la tortilla. Después, hizo una reverencia y se marchó, sin haberme dado un beso en la mejilla como hacía siempre que partía para sus estudios.

En cuanto hubo salido, me dirigí a Sasha.

—¿Cómo que «si quiere»? ¿Cómo que le franquearás las cartas tú mismo?

Sasha se encogió de hombros.

—Quiere escribirle unas cuantas cartas. ¿Qué hay de malo en ello?

Busqué mi pitillera, a pesar de que no solía fumar en la mesa.

—Lo que hay de malo en ello es, como dijo Nicky, que es una princesa. Una princesa soltera y con pocas perspectivas, añadiría yo, cuya hermana mayor acaba de hacer una boda espléndida con un gran duque imperial.

—Un matrimonio que acordaste tú. ¿Vas a encender ese cigarrillo? A mí no me molesta.

Dejé el cigarrillo a un lado, solo por llevarle la contraria.

—Lo acordé por el bien de Sergio.

—Y yo te lo agradezco mucho, Manya. Parece que Sergio está prendado de su esposa y verlo resulta todo un alivio. —Dobló el periódico—: ¿Tenemos nuestra discusión? Hoy tengo que pasar revista a la Escuela de Equitación. Si tenemos que reñir, que sea ya, porque se me hace tarde —añadió con voz de paviencia burlona.

Le fruncí el ceño.

—Pues, como iba diciendo, está soltera y tiene a Nicky en un puño —dije—. ¿Cuándo había expresado interés por una muchacha, hasta ahora?

En cuanto hube terminado de decir esto, me arrepentí. En mis palabras se traslucía un eco inconsciente de los temores de Sasha acerca de Sergio, que se habían disipado después de su matrimonio hasta tal punto que había cedido a los recién casados el uso del palacio de Beloselski-Belozerski como lugar de residencia en la ciudad. Cuando Sasha tenía tales muestras de generosidad, quería decir que estaba apaciguado. La inclinación de su hermano a sentar cabeza y a fundar una familia le había eliminado las sospechas acerca de sus inclinaciones.

—Es normal que Nicky se interese por las muchachas —dijo Sasha—. Ya es un hombre.

—Solo se ha interesado por una muchacha. Por ella. Y él tiene dieciséis años. ¿Cómo es posible que sepa a estas alturas con quién se quiere casar?

—Y ella, ¿cuántos años tiene? ¿Trece?

—Doce —dije con acidez.

—Demasiado joven para casarse. Minnie, Nicky tiene que ir buscando. De manera que está enamorado de una princesa bonita que vive en Hesse y quiere escribirle cartas. Déjalo. Ya se le pasará. A su edad, queremos casarnos con la primera muchacha que nos llama la atención. Pero nunca lo hacemos.

Empujé con la punta de los dedos el cigarrillo que estaba sobre la mesa. Comprendía que Sasha tenía razón, pero no quería reconocerlo.

—Puedo pedir a Pablo que le busque una bailarina, si te parece más adecuado —siguió diciendo—. Creo que esa joven que baila en el Mariinski, la Pequeña K, está disponible. He oído decir que le gustan los grandes duques.

—A cambio de dinero de gran duque —repuse yo—. Lo único que tiene de

pequeño Matilde Kschessinka son las zapatillas de ballet. Todo lo demás, incluido su gusto, es desmesurado y vulgar.

Sasha se inclinó sobre mí y me besó en los labios.

—No se parece en nada a la pequeña Alicky de Hesse, que es pobre y decente hasta la exageración, ¿eh? —Me tomó la barbilla con la mano—. ¿Estamos de acuerdo?

Yo accedí a regañadientes.

—Con tal de que solo sean cartas... —dije—. Ahora reside aquí su hermana Ella y no cabe duda de que la invitará a venir a visitarla. Quizá veamos a Alicky de Hesse más de lo que queremos.

Sasha se rio por lo bajo.

—No me cabe duda de que, en tal caso, tú le harás recordar sus limitaciones.

Cuando se hubo marchado, encendí mi cigarrillo y me recosté en mi butaca para fumar.

Vaya que sí. Si hacía el menor intento de atrapar a Nicky, ya se lo recordaría yo.

CAPÍTULO 22

Cuando Nicky cumplió los diecinueve años, ingresó en el regimiento de Preobrazhenski, cuyo coronel era Sergio, y fue a residir al cuartel de Krasnoye Selo. No estaba lejos, en las afueras de la ciudad, al sureste; pero desde entonces Nicky faltaba de casa durante una parte del año y yo lo echaba de menos terriblemente. Le enviaba cada semana paquetes de ropa blanca limpia y cartas llenas de consejos que a él, sin duda, lo avergonzaban, pues se suponía que debían tratarlo como a cualquier otro militar.

Mientras tanto, mi Jorge cumplió los dieciséis años. Era alto y guapo, pero seguía padeciendo enfermedades de los bronquios que me producían inquietudes constantes. Como hijo segundo, su destino era la carrera militar en un regimiento. Sasha repetía que la enfermedad se le pasaría; pero los médicos opinaban que tenía los pulmones débiles y que no se podía pensar en hacerle vivir en un cuartel.

Xenia, a sus doce años, empezaba a florecer como mujer. El cariño que sentía por su primo Sandro había ido en aumento hasta llegar a ser amor mutuo y habían manifestado su deseo de casarse. Sasha y yo dijimos que no daríamos nuestra autorización hasta que Xenia cumpliera los dieciocho, como mínimo, y recomendé a mi hija que esperara a ser lo bastante madura para contraer cualquier compromiso. Ella se plantó en sus trece, lo que hizo decir a Sasha, entre risas:

—O con Sandro, o quedarse solterona. Sale a su madre, desde luego.

—¿A mí? Esa terquedad de los Romanov la ha heredado de ti —repuse yo.

Misha, a sus ocho años, seguía siendo el más dócil; no era un estudiante destacado, ni mucho menos, pero tenía constancia en el estudio. Dada la gran diferencia de edades de mis hijos, Misha y Olga, que tenía casi seis años, pasaban la mayor parte del año en Gatchina. Yo, con todas mis obligaciones,

ya no disponía del tiempo suficiente para dedicarlo a su formación. Aunque debía ocuparme de que se prepararan para la vida adulta, sabía que estaban a salvo en el campo y siempre volvíamos con ellos cuando concluía la temporada social.

No obstante, la pequeña Olga era un enigma para mí. Adoraba a Misha y siempre acudía corriendo a Sasha para que este la tomara en brazos y le diera vueltas por el aire. Pero jugueteaba sin interés con los vestidos que le hacía yo y se resistía a probárselos. En lugar de ello, volvía al oso de peluche que le había regalado Sasha cuando cumplió los dos años, con todo lo raído que estaba ya, sin tocar los muchos otros juguetes de peluche que le había comprado yo a lo largo de los años.

—Querida, ¡déjame que lave a Pupsi y le cosa los ojos! —le dije yo una vez—. Ha perdido los botones. Está ciego.

Cuando yo iba a tomarle el oso, ella se lo apretó contra el pecho.

—Pupsi no está ciego —dijo—. La ciega eres tú.

Aquellas palabras me recordaron las de mi hermana Alix: «Ay, Minnie. ¿Tan ciega eres?». Dolida y confusa, la dejé. Olga era la única de todos mis hijos con la que me parecía que no podía entenderme, pero Sasha quitaba importancia a mis inquietudes.

—Rara vez te ve —me decía—. En cuanto tenga que asistir a su primer baile, tú serás su amiga favorita. ¿Quién puede ponerla hermosa mejor que su madre?

Yo no creía que llegase a ser hermosa; no del modo que lo era Xenia. Mi hija mayor ya llamaba la atención con su rostro interesante y su figura esbelta. Pero yo me consolaba pensando en que Olga podría tener como confidentes a su padre y a Misha cuando fuera mayor.

Aunque yo era una madre entregada a todos mis hijos, no estaba dispuesta a suplicarles su cariño.

* * *

—Cinco estudiantes —me contó Sasha con voz inexpresiva—. Llevaban libros huecos, llenos de explosivos. Por las obras de la iglesia, fuimos por la carretera del canal de Griboyedov, cosa que ellos no esperaban. Gracias a eso

nos libramos del atentado. La Okhrana los tiene detenidos.

Íbamos en nuestro carruaje por el parque de Gatchina, recién llegados de San Petersburgo, a donde habíamos ido a hacer una visita a la iglesia en construcción del Salvador sobre la Sangre Derramada, el templo con cúpulas bulbosas que había mandado construir Sasha en el lugar donde habían asesinado a su padre.

Incapaz de soportar la idea de que podíamos haber muerto en aquel mismo lugar, me eché a llorar.

—Yo creía que nos ibas a librar de esta pesadilla, Sasha —sollocé—. Creía que había terminado.

—No llores, Manya —dijo, dándome unas palmaditas en la mano, incómodo, pues no era aficionado a las manifestaciones públicas de cariño y nos seguía a caballo nuestra escolta—. Hago todo lo que puedo; pero son como ratas: se multiplican constantemente y contagian a otros. A esos cinco los condenarán a muerte, pero no puedo aventurar cuándo llegarán otros cinco a ocupar su lugar. Me odian porque no les quiero dar lo que piden. Pero yo estoy dispuesto a morir por Rusia, si es preciso. No voy a dejar de cumplir mi deber hasta que acaben conmigo.

—Pero ¿qué es lo que quieren para acosarnos de este modo? —dije, limpiándome las lágrimas con furia.

Él desvió los ojos.

—Tú ya lo sabes. Lo has sabido siempre —dijo. Se me heló la sangre, tanto por que habían estado a punto de arrojarnos bombas como por sus palabras—. Era el motivo de tu almuerzo con mi padre, aquel día. —Siguió diciendo y me miró—. ¿Me equivoco?

—No —susurré.

—Eso creía yo. Me alegro de que lo hayamos hablado. No me gusta que haya secretos entre los dos.

—Alejandro... te lo iba a decir él mismo. Yo le insistí en que debía decírtelo.

—Solo que fue Vladimir quien me lo dijo en su lugar. Se había enterado. Nuestro padre no era tan astuto como se creía. Un director de periódico que había conocido el texto del manifiesto antes de su publicación se lo contó a Vladimir. Gracias a Dios. Yo me habría visto obligado a sancionar una cosa

que no había tenido intención de permitir jamás. Si los nihilistas mataron al hombre mismo que se disponía a darles lo que querían, ¿que habrían hecho cuando ya lo tuvieran?

Me mordí el labio. No estaba dispuesta a confesar que yo había apoyado los planes de Alejandro. Ya no los apoyaba, ahora que había visto lo que había costado a mi suegro su afán reformista y lo que podía costarnos a nosotros. A pesar de todo lo que me esforzaba por cuidar de nuestro pueblo en mi labor benéfica, no podía por menos que estar de acuerdo con mi marido. Rusia no estaba preparada para unos cambios tan drásticos.

—Te perdono —añadió él—. Sé que lo hacías con las mejores intenciones.

Estas palabras pusieron fin a todo debate ulterior. Yo no abordé más el tema, pero volví a caer víctima de mis nervios. Sasha, al ver mi agitación, aceptó una invitación de los gobernadores del Cáucaso, que habían manifestado su deseo de dar muestras de su lealtad al zar.

—Nos vendrá bien —me dijo—. Los caucasianos son buena gente. Hace muchos años que no visita la región un zar. Iremos con nuestros hijos y con nuestro séquito en el tren imperial. Tendremos las mismas comodidades que en casa, sin el veneno de San Petersburgo.

—Pero íbamos a ir a Dinamarca en otoño... —dije; aunque, cuando vi que apretaba la mandíbula, como recordatorio silencioso de lo que habíamos hablado, asentí—. Muy bien.

Quizá tuviésemos las mismas comodidades que en casa, pero aquello no me consolaba. El tren imperial era lujoso; sus vagones, conectados entre sí, tenían dormitorios tapizados de damasco, salas de estar, salones, baños, estancias para los criados y dos cocinas. Estaba pintado de azul, con el escudo del águila imperial bicéfala dorada en las portezuelas, y era idéntico a un segundo tren que también hacía el recorrido, muy vigilado, de modo que cualquier intento de hacernos daño quedaría frustrado por la duda de cuál de los dos era nuestro tren.

Aquello podría haberme resultado agradable en otras circunstancias. Nicky, dispensado de sus deberes militares para el viaje, vino con nosotros. Con su instrucción en Krasnoye Selo se le habían ensanchado los hombros y se había animado a dejarse crecer un frondoso bigote. No dijo nada de Alicky de Hesse, y yo no le pregunté. Mi hijo mayor dio claras muestras de que le

agradaba estar con sus hermanos, que se reían y se burlaban de él por su porte rígido, y les prestaba atención; sobre todo a Olga, que se pegaba a él como una lapa. Hasta Jorge, que se recuperaba de un fuerte resfriado, tenía mejor aspecto, y color en las flacas mejillas, cuando Xenia y él recitaban poesías de Pushkin por las noches. Pero yo no podía olvidar que viajábamos por una región montañosa remota, lo que podía ser una trampa mortal, con todo nuestro personal, agentes de la Okhrana, policías de paisano y guardias cosacos; con todas aquellas medidas de seguridad que yo había llegado a aborrecer, porque nos recordaban inevitablemente el peligro constante que corríamos.

A pesar de todo, la visita resultó ser deliciosa. Los caucasianos nos recibían ofreciéndonos el pan y la sal, con danzas de derviches y con *cherkeskas* bordados. Yo me sentaba junto a Sasha con la misma autoridad que él, vestidos ambos con esas túnicas, pues en el Cáucaso se otorgaba a las mujeres autoridad de jefe.

Un mes más tarde, partimos para Gatchina, enviando por delante al tren falso. Mis hijos menores estaban inquietos y reñían por tonterías y a Jorge se le había agravado la tos de tal modo que yo me tenía que levantar por las noches a darle friegas en el pecho con unguento. Xenia añoraba a Sandro, del que evidentemente no era capaz de separarse mucho tiempo, y advertí que Nicky había empezado a escribir cartas, que supuse que irían a Hesse. Yo también estaba cansada y decaída y quería volver a nuestra rutina habitual; pero Sasha estaba muy animado, como lo estaba siempre que se trataba con su «pueblo trabajador, tan distinto de esos sicofantas de la ciudad».

Íbamos traqueteando en nuestro vagón de estar, en la cola del tren. Jorge dormitaba en un sofá mientras Xenia y Misha leían juntos, Olga dibujaba y Nicky escribía en la escribanía portátil. Sasha estaba tendido, bostezando, pues había bebido demasiado vodka con el almuerzo. Yo tenía ganas de fumarme un cigarrillo y me disculpé, diciendo que iba al baño. Todos sabían que iba a salir al pasillo para fumar, pero yo mantenía el pretexto, a pesar de que en una ocasión Nicky me había acompañado al exterior y se había fumado un cigarrillo conmigo, pues había adquirido el hábito en el cuartel, para mi disgusto.

En esta ocasión, absorto como estaba en su carta, no me siguió. Me envolví en mi chal, pues en el pasillo hacía frío; tomé mi pitillera y, cuando me

disponía a encender el cigarrillo, el tren tembló. La cerilla me quemó los dedos y dejé caer el cigarrillo; cuando me incliné a recuperarlo, sonó un chirrido metálico agudo que me ensordeció. A continuación, una fuerte sacudida me derribó. Arrojada contra la pared del pasillo, empecé a volver a gatas hacia el compartimento de estar, mientras el corazón me palpitaba con fuerza en la garganta.

Se apagaron las luces.

Yo volví a revivir la noche de la explosión en el palacio de Invierno. Era la misma caída irracional en el horror; solo que en esta ocasión era todo el tren el que se escoraba y se caía de las vías. Oí crujidos de acero; un chirrido horrible cuando aplicaron los frenos inútilmente. Cuando el tren se detuvo por fin, entre temblores, yo había quedado cabeza abajo en el pasillo, con las faldas sobre la cabeza, ahogándome con el polvo acre. Después de apartar a patadas la masa arrugada de mis faldas, conseguí ponerme de pie y me encontré una escena de destrucción increíble.

El vagón donde estaba la sala de estar se había deformado; una parte del techo se había hundido y colgaba como un tabique de bordes serrados entre donde estaba yo y donde había estado el resto de mi familia. Estaba tan aturdida que todo me daba vueltas. Sentí un goteo cálido en la sien. Me la toqué con la mano. Ví sangre en mis dedos.

Oí que Sasha gemía:

—Minnie... Manya, ¿dónde estás?

—¡Aquí! —grité—. ¡Estoy aquí, Sasha!

Pasé como pude por el marco deformado de la puerta, donde se me enganchó el vestido, y encontré a Sasha hundido en escombros hasta la cadera, cargando sobre los hombros con una parte del techo hundido. Tenía la cara contraída; temblaba mientras sostenía el techo con todas sus fuerzas.

—Los niños —dijo—. Búscalos. No sé dónde están.

Yo los llamé por sus nombres. Oí por encima de mí la voz de Nicky, que decía, asustado: «Aquí, mamá»; y, cuando levanté la vista, lo vi asomado por una abertura de la parte del techo que estaba intacta. Jorge, Misha y Xenia estaban con él. Habían conseguido salir, de alguna manera.

—Olga. ¿Dónde está Olga?

Me invadió una oleada de miedo. Sentí náuseas, mientras Sasha soltaba un

gemido tembloroso y el techo empezaba a caérsele de los hombros. Busqué frenéticamente entre los restos, hiriéndome las manos con fragmentos de elementos decorativos y gritando el nombre de Olga. Rezaba para mis adentros sin cesar: «Dios mío, que mi niña esté viva».

Entonces, para mi alivio, llegó uno de nuestros cosacos, que llevaba en brazos a Olga. Había salido despedida del vagón; cuando la tomé de manos del cosaco, lloriqueaba:

—Nos van a matar a todos...

—No, no. Calla, querida.

La abracé contra mí. El cosaco me ayudó a salir del vagón destrozado, que se había incrustado en los delanteros al descarrilar el tren. Nicky y mis otros hijos saltaron del tejado para reunirse a mi alrededor.

Tardaron más de una hora en liberar a Sasha. El cosaco, con otros guardias y con los agentes de la policía secreta, retiraron con palas los restos que lo rodeaban para liberarle las piernas atrapadas e hicieron palanca con una viga para levantar el techo que le cargaba sobre la espalda; solo tuvo unos instantes para apartarse antes de que se hundiera. Sasha, cojeando, con los pantalones hechos jirones, con contusiones visibles en el muslo izquierdo, vino hasta nosotros y todos nos abrazamos. Los niños estaban traumatizados y tenían cortes y magulladuras; pero tras una rápida inspección no se apreció ninguna lesión grave. El polvo hacía toser a Jorge y yo lo envolví en mi chal manchado. Sin embargo, el que más me preocupaba era Sasha: era preciso atenderle la pierna herida. Pero cuando Sasha se volvió a observar lo que había delante, entre el humo y la llovizna que había empezado a caer, dijo en voz baja:

—Mira, Manya: Dios nos ha salvado.

Por delante de nosotros el desastre era abrumador. La locomotora y los seis primeros vagones habían descarrilado y estaban volcados en el talud. Si hubiésemos ido en cualquiera de los vagones delanteros, habríamos perecido. Los supervivientes extraían de los vagones aplastados a los muertos y a los heridos y depositaban cadáveres destrozados en el barro, bajo postes derribados envueltos en un amasijo de cables.

—Tardarán horas en enterarse —dijo Sasha—. Esos son los cables del telégrafo. Tendremos que arreglárnoslas hasta que llegue ayuda.

Se dirigió, cojeando, hacia los que rescataban a otros y fue reuniendo a los que se encontraba vagando sin rumbo como fantasmas.

—Mis hijos —dije al cosaco—. No los pierdas de vista.

Xenia asía con firmeza a Olga, que había quedado en silencio y con los ojos inexpresivos. Cuando me dispuse a seguir a Sasha, que se acercaba a la zona más afectada, Nicky me tomó de la mano y me dijo:

—Quiero ir contigo.

Le apreté la mano con fuerza mientras chapoteábamos por el barro del talud, recogiendo por el camino artículos sueltos: sábanas y ropa blanca, fundas de almohada y toallas que habían salido despedidas. Yo me puse a desgarrarlo todo trabajosamente para preparar vendas, mientras él, con su encendedor y con fragmentos de madera del tren destrozado, hacía una hoguera para calentarnos y para hervir agua.

Mientras Sasha buscaba supervivientes sin atender a la hinchazón de su pierna, Nicky y yo atendíamos a los heridos, ayudados por los criados ilesos y por el único médico que venía a bordo. Calados hasta los huesos por la lluvia, vimos morir a varias víctimas, con heridas terribles y huesos destrozados, o conmocionados.

En un momento dado, Nicky me llamó con urgencia. Estaba intentando en vano contener la herida que tenía en el pecho una doncella que había viajado con nosotros desde Gatchina y cuyo nombre yo no conocía siquiera.

—No puede respirar —dijo, alarmado—. ¿Qué puedo hacer, Mamá...?

—Es demasiado tarde —susurré. Brotó sangre a borbotones de la boca de la muchacha y esta quedó inmóvil.

A Nicky se le empañaron los ojos de lágrimas. Hizo la señal de la cruz sobre ella, mientras yo lo contemplaba, impotente, más orgullosa de él que nunca, pero también padeciendo más que nunca porque tuviera que ser testigo de tales sufrimientos.

Pareció que transcurría una eternidad hasta que el silbido agudo del tren de rescate nos avisó de su llegada. Nuestro tren falso había llegado a Borki. Los funcionarios habían intentado en vano comunicarse con nosotros por telégrafo y se habían figurado la catástrofe. Cuando llegaron a ayudarnos los equipos de emergencia, yo estaba tan agotada que apenas me tenía de pie. Sasha los rechazó, gritándoles con voz ronca que hacía falta su presencia, hasta que fui a

hablar con él.

—Deja que se encarguen los médicos y las enfermeras —le dije—. Ya hemos hecho todo lo que hemos podido.

Él me miraba desconcertado, ennegrecido de hollín y de mugre, con las manos cubiertas de heridas por haber rebuscado entre los vagones destrozados.

—Todo esto... ¿para qué? —susurró—. ¿Para matarme a mí? ¿Tanta muerte para abatir a un solo hombre?

Lo llevé al tren de rescate, con nuestros hijos. Cuando hubieron retirado de la vía nuestro tren destruido, seguimos viaje hasta Borki. Allí, en el andén de la estación, todavía con nuestra ropa manchada, llevamos a cabo una ceremonia fúnebre por los muertos. Sasha daba salida sin recato a las lágrimas, que le rodaban por el rostro ennegrecido de hollín.

—Monstruos —dijo—. Lo pagarán.

CAPÍTULO 23

—Más peticiones —dije, dejando el montón de papeles en el escritorio de Sasha, ya abarrotado. Hasta aquel día, yo no había entrado en su despacho a interrumpirle casi nunca—. Deberías leerlas.

—¿Por qué? —repuso él, inclinándose hacia atrás en su butaca rechinante, que pedía a gritos que la cambiasen por una nueva, como todo lo demás de su despacho.

—Porque son de tus súbditos. ¿Es que vas a hacer caso a ese vampiro de Pobendonostev, para nuestro mal? Esas leyes nuevas dirigidas a erradicar el nihilismo van demasiado lejos.

—¿Cómo es eso?

Seguía hablando con voz tranquila, pero yo sabía que me estaba arriesgando a provocarle un arrebato de mal humor. Desde el accidente de tren, se había vuelto testarudo; había otorgado a la Okhrana mayor libertad de acción para llenar nuestras cárceles y había autorizado nuevas leyes de censura por las que más intelectuales rusos habían huido al extranjero. Yo había apoyado su postura en público, pues sabía que no pretendía más que protegernos; pero ya no podía seguir apoyándolo.

—«Todos los súbditos del Imperio deberán ceñirse a las costumbres rusas y profesar la fe ortodoxa» —cité en voz alta—. Estás prohibiendo a los judíos que vivan fuera de la Zona de Asentamiento, exigiéndoles que se integren, se trasladen o se marchen. ¡Ya volvemos a tener pogromos¹ fuera de las ciudades! Muchos están optando por el exilio. Estas peticiones son de judíos adinerados de San Petersburgo que llevan años haciendo donaciones a mis campañas benéficas. ¿Qué les voy a decir?

—Puedes decirles, quizá, que quien hace la ley es tu marido.

Su voz había adoptado un matiz cortante. Aquel no era mi lugar. No me

correspondía entrometerme en cómo gobernaba él su reino.

—No me gusta —dije yo, sorprendiéndome a mí misma; pues en otras ocasiones no había intervenido—. No dejan de ser súbditos nuestros. ¿Pretendes que todos los judíos de Rusia se conviertan o se exilien?

—Si es preciso... Todos debemos hacer lo que sea necesario para salvaguardar el Imperio.

—Es increíble —dije alzando las manos, con lo que le hice pestañear—. ¿Y mis campañas benéficas y nuestras recepciones en la corte? ¿También debemos sacrificarlos para salvaguardar el Imperio?

—Ya te lo dije. Nunca más. Nunca más volverán a hacernos daño. Si debemos vivir aquí, en Gatchina, sin fiestas de gala y sin actos sociales, así será. No estoy dispuesto a poner en peligro a mi familia.

Callé. No podía culparlo. El comedor del palacio de Invierno; el trineo de su padre en el puente del canal; el atentado frustrado en Moscú y el de San Petersburgo; y ahora, para él, hasta el accidente de nuestro tren privado... Los disidentes habían demostrado que podían atacarnos en cualquier lugar, en cualquier momento; y nada podría impedirlo, salvo la muerte de ellos o la vigilancia por parte de Sasha.

—Sasha —dije por fin, con voz más suave—. Yo lo entiendo. Yo también estoy muy preocupada. Pero el accidente no fue cosa de los nihilistas. Has leído el informe oficial. Nuestra locomotora estaba en malas condiciones e iba demasiado deprisa y sobrecargada con nuestros vagones.

—No me creo el informe. Fueron responsables ellos.

—Aunque fuera así, no podemos vivir así, con miedo constante. Ni podemos culpar a toda Rusia. Tú mismo me dijiste una vez que no podemos huir nunca de ellos.

—No estamos huyendo.

Tomó su bastón y se puso de pie. El accidente le había dejado una cojera permanente y ya no era capaz de andar sin el bastón, «como un viejo boyardo», refunfuñaba él. Yo sabía que tenía, además, dolores de espalda, ya que a veces se detenía, tomaba aire con fuerza y maldecía entre dientes antes de seguir, pues a él le parecía impensable dar muestras de debilidad.

—Son ellos los que huyen —siguió diciendo—. Y huirán todos de mi reino o los haré ejecutar a todos. —Me miró, frunciendo el ceño—. Tú puedes

encargarte de tus campañas benéficas, organizar tus bailes y ser emperatriz. ¿Cuándo te he negado ese derecho? ¿Quieres más dinero para tus campañas benéficas? Lo tendrás. Pero no estoy dispuesto a socorrer a los enemigos de nuestra fe, ni a consentir que nos amenace ningún descontento.

Cambió de tema bruscamente, dando a entender que había llegado al límite de su tolerancia.

—¿Cómo está Jorge?

—Mejor —dije yo. Nuestro hijo había sufrido otra bronquitis aguda y se había recuperado, aunque su salud seguía siendo precaria—. Pero no creo que se haya repuesto lo suficiente para acompañar a Nicky en su viaje por el extranjero, el año que viene. Imagínate que cae enfermo...

—Nunca se recuperará si lo cuidas tanto. Déjalo, mujer.

Sasha hizo ademán de dirigirse a la librería donde guardaba el vodka, casi poniendo al descubierto la botella que yo sabía que escondía tras los volúmenes; pero desistió, sin duda porque yo también le había parado los pies en ese sentido.

—Quiero tranquilizar a los que nos han presentado peticiones —dije por fin, mientras él estaba de pie junto a su escritorio, taciturno—. Es mi deber. Mis campañas benéficas dependen de sus aportaciones. ¿Te opondrás tú, si yo lo hago con discreción?

—Haz lo que quieras —gruñó—. Siempre lo haces.

—Gracias.

Salí del despacho sabiendo muy bien que sacaría la botella en cuando me hubiera marchado.

Su falta de medida me afligía, pero el efecto que tenía sobre mis hijos era más inquietante aún. Nicky había llegado a temerle. Como zarévich nuestro que era, se esperaba que brillara en todo lo que hacía; pero cuando había alcanzado el rango de teniente coronel en el regimiento de Preobrazhenski, Sasha se había limitado a burlarse de él diciéndole que podría hacerlo mejor si no estuviera tan ocupado en «escribir sonetos a esa muchacha de Hesse».

Y esto me preocupaba más a mí, a su vez.

Alicky había vuelto a Rusia a visitar a su hermana Ella durante la temporada social de 1889. A Ella la admirábamos mucho en la familia, pues Sergio era un marido difícil con su propensión a llevar su casa como un

cuartel, vestido de uniforme a todas horas, hasta para desayunar. Pero Ella, o la *tante* Titinka, como la llamaban mis hijos, no se quejaba nunca. Siempre que estábamos en la ciudad, recibía de buena gana a mis hijos en su palacio al otro lado de la avenida Nevski; les ofrecía mostachones y tazas de chocolate de taza y no protestaba cuando le llenaban las alfombras persas de la nieve que habían traído en las botas.

—Pero todavía no da señales de tener hijos —dijo Miechen con malicia—. O es estéril, o...

Yo suspiré.

—No todas las mujeres conciben inmediatamente. Algunas tardan un tiempo.

Miechen se guardaba de hablar de Sergio; pero la hermana de Ella no le merecía el mismo respeto.

—He oído decir que Nicky visita a la ratoncita todas las tardes, cuando está libre en su regimiento. Hasta la acompaña a todos los bailes y recepciones. Debes de estar desilusionadísima.

—Nicky no tardará en partir para hacer un largo viaje por el extranjero. Alicky regresará a Hesse. Está muy comprometida con su fe luterana. Nicky dice que el padre de ella le ha pedido que no se convierta nunca, mientras él viva, y Sasha prohíbe el matrimonio con una no ortodoxa. Por lo tanto, no tengo por qué estar desilusionada.

—Puede que sea luterana devota de momento; pero sabe bien lo que le conviene. Un zarévich no se presenta todos los días.

Me reí, aunque no me hacía gracia. Yo había confiado en las consideraciones de Sasha, creyendo que Nicky perdería el interés por Alicky. Pero, para mi desconcierto, no había sido así. No entendía lo que veía en ella y empecé a temer que Miechen tuviera más razón de la que yo quería reconocer. ¿Acaso aquella alemana desconocida pretendía acorralar a mi hijo, arrancándole una propuesta de matrimonio?

Tal como estaban las cosas, no veía el momento de enviar a Nicky de viaje. Visitaría varias cortes extranjeras y yo pedía al cielo que alguna otra princesa le echara el ojo. Lo que le hacía falta era variedad y, como heredero nuestro que era, íbamos a procurar que la tuviera. Pero despedirme de él y de Jorge me resultó desgarrador, pues a pesar de que habíamos consultado a diversos

médicos, ninguno había encontrado remedio satisfactorio para este. Todos estaban de acuerdo en que mi hijo segundo tenía los pulmones débiles; pero Jorge se había negado en atender a mis súplicas de que se quedara. Yo los despedí tragándome las lágrimas.

No habían transcurrido dos meses desde su partida cuando llegó a Gatchina un telegrama de Nicky. Jorge había caído enfermo y se volvía con nosotros.

* * *

—Me temo que es tisis —nos hizo saber el doctor Botkin después de haber examinado a Jorge, que había llegado con un aspecto tan demacrado que me había dejado horrorizada—. En ambos pulmones. Necesita un clima más cálido lo antes posible. No puede soportar los inviernos de aquí.

Nos comunicó esta noticia devastadora con profunda tristeza, pero también con cierta precipitación, pues debía de temer la reacción de Sasha.

Mi marido se quedó inmóvil en su asiento, como si hubiera enmudecido, y tuve que ser yo la que exclamé:

—¡Si todavía no tiene ni veinte años! ¿Cómo es posible? Usted mismo lo examinó muchas veces, doctor, y sus colegas también. Jamás habían hablado de tisis.

Botkin, incómodo, asintió con la cabeza.

—Me temo que tenemos nuestra parte de culpa, en efecto. Es muy joven para padecer la enfermedad y sus síntomas eran contradictorios al principio. Pero ahora estoy seguro. Ruego a vuestras majestades que me perdonen. Dimitiré inmediatamente de mi cargo de médico imperial.

—Usted atendió a mi padre en sus últimos momentos —dijo Sasha en voz baja—. ¿Cómo iba a saberlo? Ya lo ha diagnosticado. No acepto su dimisión.

Hablaba sin mirar a Botkin. Tenía la mirada puesta en algún lugar remoto.

—Majestad... —dijo Botkin haciendo una reverencia, y tomó su maletín de instrumentos. Oí que Jorge tosía en su dormitorio y me dirigí a su puerta.

—Nuestra finca de Crimea —dije sin pensar, sumida en una neblina de incredulidad—. Lo llevaré allí para que descanse.

—La humedad del mar no le sentaría bien —repuso Botkin—. Debe ser más alto. Más seco. A los tísicos les va mucho mejor en esos climas. Así se

puede retrasar la marcha de la enfermedad durante muchos años, majestad.

—¿Mas alto? —dije yo, mirándolo sin comprender.

—Quiere decir, en las montañas —dijo Sasha, haciendo salir a Botkin con un gesto. Levantó los ojos hacia mí por fin—. Los médicos recomendaron lo mismo a mi madre. Ella se negó. Tenía que ser Niza o Crimea, hasta que... — Se le atragantaron las palabras—. Nuestro niño. ¿Por qué nos manda Dios tantas pruebas?

No me podía quedar a consolarlo. Tenía que ocuparme de Jorge. Pero cuando hube administrado a nuestro hijo el jarabe de láudano que le había recetado Botkin y me quedé a su lado hasta que se hubo dormido, oí los fuertes sollozos de Sasha en la sala contigua, como si se le fuera a romper el enorme corazón.

* * *

Nos instalamos en una finca en Abastumani, en las estribaciones del Cáucaso, próxima a la ciudad de Kazbek, donde había un hospital. Jorge aceptó su diagnóstico sin dar muestras visibles de alteración, pero se empeñó en quedarse en Rusia, en vez de irse a un sanatorio extranjero. Yo le organicé el viaje; envié por adelantado muebles y cofres con sus posesiones y lo llevé, primero por tren, y después en carruaje por un camino que era un verdadero sendero de cabras, hasta la finca, que no era lujosa para nuestro nivel pero era bastante espaciosa y tenía un amplio porche que dominaba el valle. Contraté a personal local para que cuidara de él. Cuando lo hube instalado, después de haberle hecho la cama yo misma y de haberle echado un chal a los hombros, le dije:

—Esto es solo hasta que estés bien. Botkin dice que con este aire de montaña seco te recuperarás. Podrás volver con nosotros en cuanto hayas mejorado.

—De nada me sirve oír promesas que no se harán realidad —me replicó él.

Las lágrimas me hacían arder los ojos. Jorge me abrazó para consolarme, aunque ahora era él el exiliado.

—Creo que aquí voy a estar bien —me dijo mientras lo apretaba contra mí. Era mi hijo más alegre, el que había estado siempre tan lleno de travesuras, el

que más se parecía a mí en su temperamento. —Ya no seré su alteza imperial. Seré Jorge Alexandrovich a secas.

—¡Jamás! —dije, tomándole la cara entre mis manos—. Siempre serás un gran duque.

Pasé dos semanas con él, pero tuve que marcharme por fin. No podía dejar sola a mi familia demasiado tiempo. Xenia, Olga y Misha habían llorado al partir su hermano y Tania me escribió contándome que Sasha se pasaba horas enteras encerrado en su despacho y solo salía para darse largos paseos por el parque de Gatchina con sus perros, con el gorro de astracán calado hasta las cejas y la cabeza baja, como si no soportara ver los lugares donde habían jugado nuestros hijos. El dolor que le producía la enfermedad de Jorge era para mí como una piedrecilla atravesada en la garganta que me dolía cada vez que respiraba.

Cuando partí en mi carruaje por el camino de montaña que me llevaría hasta el tren imperial que me esperaba en Kazbek, Jorge me despidió con la mano desde el porche. Me dije a mí misma que no sería para siempre.

Pero lo fue. Aunque yo no fuese capaz de aceptarlo.

* * *

—Su padre ha muerto. Su hermano Ernesto es ahora gran duque de Hesse y del Rin; en abril se casará con Ducky, la hija de la tía María. Asistirá toda su familia, incluso la reina. Quiero ir. Alicky me ha invitado.

Nicky estaba plantado ante nosotros, impávido, aunque las miradas que me dirigía de vez en cuando empañaban su imagen de firmeza.

—Deja de mirar a tu madre con ojos de corderito —le espetó Sasha—. Esta vez no va a abogar por ti. Tú ya sabes muy bien quién se va a casar con quién y has tenido la desfachatez de anunciar tus intenciones a diestro y siniestro sin molestarte en informarnos primero a nosotros; de manera que, ahora, sé hombre y mírame a los ojos a mí.

Nicky irguió la cabeza.

—Os lo estoy notificando. He hecho todo lo que me pedíais. Fui a viajar y conocí a muchas princesas...

—Tengo entendido que tu primo, el libertino de Grecia, conoció a muchas

princesas. Lo único que hiciste tú fue llevarte un golpe en la cabeza que te dio un samurái por hacer el tonto.

—No era un samurái —dije a Sasha, irritada. A Nicky lo había asaltado en Japón un transeúnte que se había sentido ofendido por su payasadas y había atacado a su primo y a él, que iban riéndose en un palanquín. El golpe había rebotado a Nicky en la sien y no le había dado en un ojo de milagro. Todavía tenía la cicatriz y sufría dolores de cabeza de vez en cuando, aunque se había curado—. Podían haberlo matado.

—No lo han matado —dijo Sasha, mirando fijamente a su hijo—. Y aquí está, exigiéndonos asistir a una boda real y cortejar a una muchacha que ha dejado claro que no puede convertirse a nuestra fe porque se lo impide su conciencia, pero que ahora debe dejar libre el terreno a su nueva cuñada. Y si mi sobrina Ducky se parece en algo a mi hermano, no me cabe duda de que sabrá poner a Alicky de Hesse en su lugar... y su lugar no es Rusia.

Nicky tragó saliva. Vi el movimiento de su garganta, por encima del cuello blanco almidonado de la camisa que llevaba bajo un traje nuevo color gris carbón que se había comprado en París.

—¿Hiciste algo de lo que te encargué cuando estabas en Francia, además de comprarte ese atuendo de petimetre? —dijo Sasha—. ¿Hiciste la corte a la princesa Elena, como se te dijo?

—Sí —dijo Nicky.

—¡Mientes! —vociferó Sasha—. Su padre, el conde, me dijo por carta que tu primo, el libertino de Grecia, le había hecho la corte, mientras tú decías lo menos posible.

—Ella... no es para mí.

Yo advertía que Nicky intentaba desesperadamente no volver a mirarme. Me daba mucha lástima, pero estaba decidida a no ceder. ¿Quién sabía lo que podía pasar si iba a Hesse a asistir a la boda del hermano de Alicky, rodeado de la familia de esta? Victoria me parecía capaz de echarle encima a Alicky, aunque solo fuera para que su nieta fuera emperatriz de Rusia algún día.

—No lo es —repuso Sasha con tono cargado de sarcasmo—. La princesa Elena es bonita, instruida, pero no es para ti. Sí que es para otro cualquiera, como hija que es del heredero reconocido del trono de Francia; pero no es para ti. A ti solo te sirve esa muchacha alemana insignificante. ¿Es esto lo que

debemos entender?

Nicky respondió con voz tranquila.

—¿Por qué os oponéis tanto a ella? Solo ha dicho que no podía convertirse mientras viviera su padre. Su hermano no tiene nada que objetar. Si yo pudiera presentar mi propuesta, Alix me haría caso. Sabe que debe convertirse para ser mi esposa.

—No le basta con convertirse —dijo Sasha, tomando su bastón, poniéndose de pie y dirigiéndose hacia Nicky. Nuestro hijo tuvo el valor de no vacilar ante el bramido de Sasha—. Necesita mi consentimiento. ¡Y no lo tiene! Dios mío, tu hermano Jorge está enfermo, vive en las montañas, y ahora tengo que hacer frente a estas tonterías tuyas, cuando él sería un heredero mejor de lo que serás tú nunca. Vete a Hesse a hacer de pretendiente en la boda de su hermano. Pero, sea lo que sea lo que digas a Alicky de Hesse, ¡yo *no* doy mi consentimiento!

—Papá, no lo entiendo —dijo Nicky con voz temblorosa—. ¿Por qué?

—No tengo tiempo para tus gimoteos. Me esperan en San Petersburgo —dijo Sasha, que se dirigía, cojeando, a la puerta del salón—. Minnie —me dijo a mí con voz tajante—, inspira tú un poco de buen juicio en esa cabeza dura, antes de que yo pierda la paciencia y se lo meta a golpes.

Salió bruscamente, llamando a su ayuda de cámara a gritos. Nicky se quedó mirando hacia la puerta, desconcertado.

—Cierra la puerta y ven a sentarte conmigo —le dije.

Cuando lo hubo hecho, hice acopio de toda mi fortaleza. Yo no podía negar que era mi hijo más querido. Era mi primogénito y tenía un ascendiente especial sobre mí que era para él, al mismo tiempo, un bálsamo y un veneno, pues siempre acudía a mí en busca de consejo y yo le animaba a hacerlo. Quería que confiara en mí, porque así yo ocuparía siempre el primer lugar en su corazón. Solo que no lo ocupaba. Ya no. Lo ocupaba ella. Yo tenía que contenerme, aunque el desagrado que me producía llegara a convertirse en repugnancia. ¿Cómo era posible que una ratoncita como aquella, como la llamaba Miechen, hubiera conquistado a mi hijo con unas pocas visitas y un puñado de cartas?

—Tu padre no pretende ser severo contigo —empecé a decirle; porque, ahora que estábamos a solas, había hundido los hombros con abatimiento—.

Está muy preocupado por Jorge y a ti te quiere mucho. Pero tú eres el zarévich. Tu boda no depende solo de tus preferencias personales; es una cuestión de Estado. Debes elegir a una persona que esté preparada para asumir los deberes propios de su rango.

Ni siquiera en aquel momento me sentía capaz de enumerarle el resto de mis objeciones: el origen alemán de la muchacha, que yo podría haber pasado por alto si no viniera acompañado de una absoluta carencia de formación en los modales cortesanos y de una timidez extrema, que ponían de manifiesto lo que era, una princesa de poca categoría. No era capaz de decirlo, porque sabía que aquello iba cargado de juicios de valor. ¿Cómo podía denigrarla yo, que era su propia madre, por unas carencias que yo misma había tenido en gran parte cuando llegué a Rusia por primera vez? Pero había algo más. Aparte de su pobreza y de su falta de formación, su carácter mismo la descalificaba ante mis ojos. El propio Nicky también era tímido. Al lado de ella, parecerían más bien hermanos que cónyuges. Ninguno de los dos entendía cómo podía desvanecerse la pasión, cuánta paciencia y cuántos esfuerzos hacían falta para sostener un matrimonio a lo largo de los años.

—Alicky se convertirá, Mamá. Entiende lo que se espera de ella.

—¿Lo entiende? —dije, crispando las manos en mi regazo, aunque hubiera querido tomar las tuyas y quitarle aquella mancha del corazón de alguna manera, por arte de magia—. Su formación no ha tenido nada de ejemplar. No sabe nada de lo que es la vida aquí. Quizá le parezca que ser zarevna es un sueño hecho realidad; pero yo te aseguro que no lo es. Lo sé. Yo también lo fui.

—Pero cuando Papá se casó contigo, tú no eras rica ni estabas preparada. Nos has contado que la tía Alix y tú os cosíais vuestra propia ropa y que no teníais institutrices porque tu padre no se las podía permitir. ¿En qué sentido es distinta ella?

No respondí. Me había tomado por sorpresa, volviendo contra mí mis propias palabras.

—Nuestra Iglesia prohíbe que un hombre se case con la viuda de su hermano —siguió diciendo Nicky—, a pesar de lo cual Papá se casó contigo. Tú no sabías nada de la vida de aquí; pero aprendiste. Alicky también aprenderá. Tú le puedes ayudar. Eres mi madre. Le he dicho que también serás

una madre para ella.

—Nixa y yo no llegamos a casarnos —le recordé. Después, mientras me seguía mirando, confuso, continué en tono suave—: Solo quiero que pienses en esto con mucho cuidado. Tú tampoco tienes experiencia y nosotros... no estamos seguros de que sea la novia ideal para ti.

—¿Para mí? —dijo él—. ¿O para vosotros?

Retrocedí. Me había visto las intenciones. Así como él apenas podía ocultarme nada, yo tampoco podía ocultarle a él gran cosa.

—¿Es por ella? —preguntó, con voz en la que se apreciaba cierto enfado, una ira que había estado conteniendo pero que ahora le asomaba a la superficie—. ¿Porque no os gusta? ¿Porque no es ingeniosa, ni encantadora, ni está a la moda? ¿Porque no es como Ella ni como Miechen? ¿Es por eso?

—Claro que no. Aunque no sea como Ella, con una Miechen nos basta en la familia.

—Entonces, ¿por qué? —Buscó mi mano—. Mamá, tengo casi veinticuatro años. Si debo tomar una esposa, como tú dices, por mí y por Rusia, ¿por qué no ha de ser la mujer que amo? Es alemana y sé que eso no te agrada; pero llevamos siglos casándonos con alemanas. Con el tiempo será como tú: una rusa. No es lo que tú crees. No la conoces en absoluto.

—No —reconocí—. No la conozco.

—Xenia se casará con el hombre al que quiere —dijo, levantando la voz para sobreponerse a mi protesta—. Podrás decir que es demasiado joven durante algún tiempo, pero quieres que se case con Sandro. Se quedará aquí; no se irá al extranjero a casarse con un príncipe que la hará infeliz. ¿Acaso no me merezco lo mismo yo?

No supe qué decir. Contemplaba su rostro hermoso, sus ojos de súplica, y volvía a ser mi pequeño, que buscaba en mí una seguridad que yo nunca le negaba. Me sentí atrapada una vez más entre mi deseo de tranquilizarlo y la desconfianza insondable que me producía ella. Yo no era capaz de entender por qué no me alegraba que hubiera encontrado a aquella muchacha a la que quería y que, sin duda, debía de amarlo a su vez; pues él no era un joven que entregase su corazón a la ligera. Yo no descifraba mis propias objeciones. Era como un pozo oscuro en mi alma. Lo único que sabía, pero sin poder decirlo, era que, si bien ahora se podían querer el uno al otro, en un matrimonio real el

amor no bastaba nunca. A la larga, el amor solía ser lo de menos.

—Sí —dije por fin—. Claro que te mereces lo mismo.

Antes de que hubiera tenido tiempo de añadirle que aquello no quería decir necesariamente que ella lo fuera a hacer feliz, Nicky me soltó la mano y se puso de pie.

—Entonces, si lo crees, debes convencer a Papá —dijo—. Acompañaré a Ella a la boda de su hermano y me esforzaré al máximo por cumplir mi deber como representante nuestro. Pero me produciría una gran vergüenza que Papá se negara a permitirme cumplir mi palabra cuando pida la mano de Alicky.

Había interpretado erróneamente mis palabras, tomándolas por una aprobación; y, cuando ya se dirigía a la puerta, me apresuré a decirle:

—Olvidas una cosa. Victoria no ha apreciado nunca a Rusia. Tú necesitas el consentimiento de tu padre. Alicky necesita el de su abuela.

—Lo sé —dijo, y añadió algo que me resultó desgarrador—. Ya he escrito a la tía Alix. Ha accedido a interceder por nosotros. Victoria quiere mucho a Alicky, y ésta le ha comunicado su deseo. La reina no ha dicho que sí, pero lo dirá cuando yo pida su mano.

Me dejó sentada en mi butaca. Ya se lo habían dicho a Victoria. Había escrito a mi hermana, aunque esta estaba de luto por la pérdida reciente de su hijo mayor, Alberto Víctor, que había muerto poco después de cumplir los veintiocho años por la epidemia de gripe que azotaba a Europa; una tragedia que la tenía desconsolada.

Me sentía como si me acabaran de despojar de mi derecho a ocuparme del destino de mi hijo.

¹ Pogromo: Ataque multitudinario contra una minoría étnica o religiosa, sobre todo contra los judíos. (N. del T.)

CAPÍTULO 24

Alix y yo nos paseábamos por los jardines del Peterhof, bajo los quitasoles que sostenían nuestras damas de compañía, junto a las fuentes que refrescaban el aire inmóvil.

Xenia y Sandro habían partido para celebrar su luna de miel, después de haber triunfado en la lucha por poder casarse. Aquello no había sido fácil para mí. Al principio me había negado, pero Xenia tenía ya diecinueve años, la misma edad que había tenido yo al casarme con Sasha, y había montado una escena tal, amenazándome con fugarse (una idea tonta que solo se le podía ocurrir a una muchacha tonta y enamorada, pues sabía bien que yo podía impedirle pasar de la puerta principal), que tuve que ceder.

Los invitados a la boda ya se habían marchado del palacio; sólo quedaba la familia más cercana. Bertie estaba con mi marido, contemplando su colección de escopetas, o sus cabezas de ciervo, o lo que hicieran cuando estaban juntos. Mi hermana debía de haber advertido mi estado de ánimo, pues, cuando nos quedamos a solas, se aventuró a decirme:

—Sasha no tiene buen aspecto. ¿Ha estado enfermo?

—Tiene dolores de espalda —dije yo—. Trabaja constantemente y se preocupa por Jorge.

—¿Nada más? ¿Lo ha visto un médico?

Me detuve.

—¿Es que crees que no lo cuido? ¿Es que debo dejarte a ti que te encargues de su cuidado, como ya has hecho con mi hijo? —Al verla titubear, proseguí—. ¿O acaso no le apoyaste en su petición de la mano de Alejandra, aun cuando ella volvió a expresar sus reservas sobre su conversión, citando esta vez los reparos de Victoria?

—Sí; pero entonces Victoria quiso decidirlo por sí misma cuando invitó a

Nicky a pasar una temporada en Inglaterra con Alicky y con ella. Eso no tuvo nada que ver conmigo.

—¡Decidir si su nieta debía aceptar, como si se tratara de la petición de un principete de poca categoría y no del zarévich! —repuse—. Yo había albergado la esperanza de que, cuando Victoria anunciara su oposición, a Nicky ya no le quedarían más opciones. Prefería que hubiera sido ella la que se lo negara. Pero él se presentó en casa con un sombrero Homburg y un traje de *tweed* escocés y nos contó que Victoria daba su aprobación y que podíamos enviar a un capellán para que instruyera a Alejandra, ya que esta había accedido a convertirse cuando llegara el momento; como si nuestro consentimiento ya no tuviera la menor trascendencia.

Alix echó una mirada a nuestras damas de compañía y estas plegaron las sombrillas y se apartaron a cierta distancia.

—Minnie, esto no es justo —me dijo.

—¿Ah, no?

Yo quería fumarme un cigarrillo. Quería escandalizarla encendiéndolo en pleno jardín y echándole el humo en la cara.

—¿Y en qué sentido es justo que te hayas confabulado tú en su favor? —le pregunté—. Yo no te habría hecho a ti una cosa así jamás. Nunca me he entrometido en cómo llevas tu familia.

Alix suspiró.

—Sin duda, te darás cuenta de que Nicky no me dijo nunca que no contaba con tu aprobación. Me dio a entender lo contrario e hizo muy mal. Si yo hubiera sabido que tú no lo aprobabas, no habría accedido a hablar con la reina en su favor.

—¿Y cómo podías saberlo, sin habérmelo preguntado? —Extraje bruscamente mi pitillera y encendí un cigarrillo, ante la mirada horrorizada de Alix—. Pero, ahora, Victoria ha dado su consentimiento y Nicky no quiere a ninguna otra, de modo que lo que yo piense es irrelevante. Mi Jorge está enfermo; he perdido a Xenia; ahora perderé también a Nicky. Es el destino de una madre. Nosotras los criamos; ellos se hacen mayores y nos abandonan.

—Minnie, te aseguro que no tenía ni idea —dijo Alix, tocándome el brazo—. Debes perdonarme. Sé que estás preocupadísima por Jorge. Yo conozco ese dolor demasiado bien. Cuando mi Eddy cayó enfermo y murió, yo también

quería morirme. Al menos, tú todavía tienes a Jorge. Es joven. Es fuerte. Si se cuida bien, puede vivir muchos años más con su enfermedad.

Sentí que me dominaba un sentimiento de culpa. Alix no se me había manifestado nunca hundida por la muerte de su hijo, al que ella llamaba Eddy. Tras la muerte de este, yo le había enviado muchas cartas y sus respuestas habían estado siempre llenas de resignación. Pero la pérdida le había dejado su huella; ahora estaba menos hermosa, el dolor la oscurecía. Era una pérdida permanente de la que no se recuperaría nunca.

—Xenia y Sandro están muy enamorados —siguió diciendo—. Y Nicky y Alicky, lo mismo. Los vi juntos en Inglaterra: todo el mundo comentaba lo perfectos que son el uno para el otro; hasta la propia Victoria, a pesar de que su compromiso no la satisface más que a ti.

—No estarán comprometidos mientras no lo diga Sasha.

Me solté de su brazo y seguí fumando, contemplando los juegos de agua de la Gran Cascada, una alegre fuente que esparcía nubes de rocío sobre una gruta con leones dorados y estatuas musculosas.

—¿De qué se trata? —se aventuró a preguntarme Alix—. ¿Qué es lo que no me has contado?

Me aclaré la garganta, dejé caer el cigarrillo y lo aplasté sobre el camino con la punta de mi zapato.

—Desde luego, qué valor tienes al preguntármelo —dije, volviéndome hacia ella—. Tú ya sabes lo que no te he contado. Victoria lo sabe. La muchacha no es adecuada. Le falta el vigor necesario para ser zarevna.

Alix me miró con gesto de incompreensión.

—¿Por qué dices eso? A veces le duelen las piernas. Los médicos dicen que es un tipo de lumbago, por un accidente de la infancia. Estaba jugando en el jardín de Hesse y cayó sobre unos paneles de vidrio que protegían las plantas de las heladas. Yo misma le vi las cicatrices cuando estuvimos tomando las aguas en Bath. Pero, por lo demás, está bastante sana.

Yo sabía que mis sentimientos eran irracionales y que brotaban de un núcleo inexplicable de resentimiento que no era capaz de explicar; pero, a pesar de todo, lo intenté.

—Lo que quiero decir es que habla el francés con un acento terrible, es tan tímida que apenas es capaz de hablar siquiera en público y no tiene empaque.

¿Cómo va a poder soportar los rigores de la vida que tiene que hacer aquí la esposa del zarévich? Yo sé muy bien lo arduo que puede ser, cuánto hay que renunciar a las propias preferencias personales para satisfacer a otros. Dudo bastante que a Alicky de Hesse la hayan preparado en lo más mínimo para lo que se va a exigir de ella.

—Minnie, a ti tampoco te prepararon. Aprenderá como tú, con el tiempo —dijo Alix; y, antes de que yo pudiera emprender una nueva comparación desfavorable entre ella y yo, mi hermana continuó—. Como tú has dicho, nuestros hijos se hacen mayores. Es inevitable. Pero no nos abandonan. Solo se marchan cuando nosotros les hacemos imposible quedarse. Tú no puedes ser un obstáculo para la felicidad de tu hijo, por muy buenas que sean tus intenciones. Sólo conseguirás que se resienta contra ti. ¿Es eso lo que quieres?

—No. —De pronto, me sentí como una arpía—. Quiero que tenga una esposa que lo quiera, una familia propia. Pero que no sea esa. Tiene algo... —Rehuí la mirada de mi hermana. —Debes de pensar que soy irracional; pero hay algo en mi corazón que me dice que no es adecuada para él.

—Él no está de acuerdo contigo —dijo mi hermana, suavizando la voz—. Son tus nervios, Minnie. Te ha afectado tanto la enfermedad de Jorge, y ahora el matrimonio de Xenia, que todo te parece insalvable. Pero Nicky sabe lo que le dice el corazón. Se quieren y quieren casarse ¿Es eso tan terrible?

—No lo sé —murmuré—. No debería serlo.

Volvió a asirme del brazo.

—No lo es. Tú sabes que un matrimonio con amor es un don poco común. Ven conmigo. Vamos a ver qué hacen nuestros maridos, antes de que no dejen ni una gota de coñac. No debes inquietarte tanto. La impresión que me produce Nicky a mí es que no le falta buen juicio. Procuró mucho dar buena impresión a Victoria. Y no hará falta que te recuerde que esa es toda una hazaña —añadió, dándome un leve codazo en las costillas.

Tuve que sonreír a mi pesar. Alix me apretaba el brazo con fuerza y regresamos al palacio, donde Sasha y Bertie tomaban coñac, en efecto, y se contaban relaciones fantásticas de sus partidas de caza.

Dejé de pensar en ello por una vez. Me lo quité de la cabeza.

La vida era más sencilla cuando podía hacer como que Alicky de Hesse no existía.

* * *

—Las botas no me entran.

Sasha estaba de pie en el umbral de mi sala de estar de Gatchina, en calcetines, mirándome como si yo tuviera la culpa.

Cuando Alix y Bertie se marcharon, hicimos una excursión de un mes por Finlandia a bordo del Estrella Polar, nuestro yate imperial, a la que vinieron Olga, Misha y Jorge. Nuestro hijo apenas tosió en todo ese tiempo, aunque yo, extremando la prudencia, no le permitía que se bañara en el mar. Sasha, animado por la recuperación de Jorge, comía con su apetito habitual, enseñaba a Olga a pescar con lombrices (ella hacía muecas, pero no dudaba en ensartar las lombrices en el anzuelo) y enseñaba a Misha a localizar los bancos de lucios y de percas bajo las frías aguas finlandesas.

Pero volvió a su mal humor cuando tuvo que despedirse de nuestro hijo y yo volví de acompañar a Jorge otra vez a Abastumani, donde se había desvanecido y le había vuelto la tos. Había manchado el pañuelo de sangre por primera vez. Yo me quedé en su finca tres semanas, tan preocupada que no quería apartarme de su lado.

Ahora, con un suspiro de frustración, tomé la pluma para seguir con la carta que estaba escribiendo cuando me había interrumpido Sasha.

—Se te deben de haber mojado —dije—. El cuero habrá encogido. Tienes botas a docenas. ¿Es que tienes que usar el mismo par todos los días hasta que se te caigan las suelas?

—Ninguna me entra.

Levanté la vista hacia él, que, asiéndose a la jamba de la puerta, levantó hacia mí uno de sus pies.

—¿Lo ves?

Lo miré.

—¿Y qué? No veo más que el mismo pie grande de...

Entonces se quitó el calcetín de un tirón. Me quedé sin respiración un momento. Tenía los dedos del pie hinchados; la piel, teñida de un tono amarillento enfermizo. Me acerqué a él. Apoyó el pie en el suelo y torció el gesto.

—Me duele.

—¿Te duele? Debemos llamar a Botkin en seguida...

—No. —Aunque no había aceptado la dimisión del médico, no había querido saber nada de él desde el diagnóstico de Jorge—. No quiero que me ande tocando. Seguramente es gota.

—Siéntate —le dije, acompañándolo a mi sofá. Cuando tomó asiento con cuidado, le pregunté—: ¿Te sigue doliendo la espalda?

Él asintió con la cabeza

—Desde antes de la boda de Xenia.

—¿Por qué no lo habías dicho? ¡Hace más de dos meses que se casó Xenia!

—Lo digo ahora —dijo, frunciendo el ceño—. Deja de sacar las cosas de quicio. Es gota. Como demasiado.

—Eso es verdad.

Pero dije a Obolenski que hiciera venir a nuestro médico. A pesar del gran enfado de Sasha, lo hicimos retirarse a su dormitorio y Botkin se encerró con él.

Volví a mi sala de estar, donde me puse a fumar y a pasearme, inquieta, de un lado a otro. Cuando entró Botkin, me bastó con ver su gesto serio para que me diera un vuelco el corazón.

—No es gota. Creo que tiene los riñones gravemente inflamados. Le he tomado una muestra de orina para analizársela. Majestad, ha perdido bastante peso desde la última vez que lo examiné y dice que le falta la respiración. Me ha dicho que apenas es capaz de andar media hora sin agotarse, cuando estaba acostumbrado a caminar por el parque de aquí tres horas cada día —me dijo, con un cierto matiz de acusación—. ¿Por qué no me habían consultado antes?

—No me dijo nada. Nunca se había quejado. Fuimos a Finlandia. Estaba bien. Pescaba todos los días... —Me dejé caer en el sofá, vencida por los remordimientos—. Yo no le había notado ninguna pérdida de peso. He estado tan preocupada con la boda de nuestra hija y lo de Jorge...

—Lo comprendo —dijo Botkin—. La pérdida de peso puede pasar desapercibida en un hombre de su corpulencia. Pero debo empeñarme en que guarde reposo absoluto. Las enfermedades de los riñones son peligrosas. Conozco a un experto en tales dolencias, el doctor Leyden. Sugiero que lo hagamos venir de Berlín...

—¿De Berlín? —dije, soltando una carcajada temblorosa—. Sasha no lo consentirá. ¡Un alemán! Dios nos libre.

—Majestad, esta no es una cuestión de nacionalidades. El zar está muy enfermo.

Oí sus palabras. Las oí y sabía que Botkin no era dado a las afirmaciones alarmistas, después de lo de Jorge, y mucho menos en lo que se refería a la salud del emperador. Pero yo no era capaz de asimilarlo. Se me había cerrado un pestillo interior que me bloqueaba la razón, el sentido común.

—Si lo llevo a Livadia, ¿le sentaría bien? —le pregunté.

—De momento, a condición de que pueda descansar. Pero el aire de mar no lo puede curar por sí solo. Deberá examinarlo un especialista, que le indicará el tratamiento adecuado. Es indispensable. Solo tiene cuarenta y nueve años. Si sigue los consejos de los médicos, podrá salir de esto.

—Hablaré con él. —Me puse de pie con gran esfuerzo, asiéndome del borde del sofá—. Mientras tanto, no le diga ni una palabra. No debe saberlo de antemano; de lo contrario, su doctor Leyden no llegará a poner el pie en Rusia. Conozco a mi marido. No cederá, si tiene medios para impedirlo.

—¿Puedo, al menos, telegrafiar a Leyden a su consulta, exponiéndole la situación?

—Sí —dije—. Sea discreto. No quiero que lo sepa nadie más.

—Tiene mi palabra, majestad —dijo Botkin, haciendo una reverencia.

* * *

Sasha se resistió tanto que pensé que no sería capaz de hacerlo salir de Gatchina.

—No es nada —rugía; pero sufría tales dolores que no llegaba a conseguir del todo hacerse el valiente—. Es gota, o una piedra en el riñón. ¿Es que no recuerdas que este invierno es la primera temporada de Xenia como esposa de Sandro? Tenemos responsabilidades. No podemos marcharnos de vacaciones a Crimea a mediados de octubre.

—No son unas vacaciones —le dije yo, abotonándose el capote. Le venía holgado. Ahora, todas sus prendas le venían holgadas, cuando hacía solo seis meses que las reventaba por las costuras—. Es un descanso. He cancelado

nuestros compromisos. Xenia lo comprende. Debemos seguir los consejos de Botkin.

—Ese imbécil ni siquiera sabía que Jorge estaba enfermo. ¿Por qué vamos a hacerle caso ahora?

—Por mí —dije. Me apoyé las manos en el pecho—. Por favor. Hazlo por mí. Yo no podría soportar que... —Me faltó la voz—. Debes hacer esto.

—Manya. ¿Estás llorando? —Me levantó el rostro hacia el suyo—. ¡Qué boba! Estás alterada por una cosa de nada —me dijo; pero, sin retirarme la palma de la mano de la barbilla, me besó con suavidad, como hacía en los primeros tiempos de nuestro matrimonio, cuando estaba inseguro de mi amor—. No tengo ninguna intención de abandonarte.

* * *

En Crimea seguía haciendo buen tiempo, pero se aproximaba el invierno y la residencia imperial era de piedra y madera, con tejado de tejas, y tenía a veces humedades cuando subían tormentas del Mar Negro. Yo seguía dudando qué hacer. Había enviado un telegrama a mi hermano, en Grecia, pidiéndole el uso de su residencia real en Corfú durante el invierno. Él me había respondido que estaba a nuestra disposición. Pero el viaje sería muy duro para Sasha en el estado en que se encontraba, aunque lo hiciésemos en nuestro yate imperial. Llegué a la conclusión de que podría recuperar fuerzas pasando antes algún tiempo en Livadia.

Cuando estuvo instalado en una habitación con vistas al mar, no tardamos en vernos rodeados de familiares. Fue imposible guardar el secreto de la enfermedad de Sasha. Corrió la voz y fueron llegando sus hermanos con sus familias y ocuparon todas las habitaciones libres. Solo faltó Miechen, que encargó a Vladimir que nos dijera que estaba rezando por Sasha. Xenia y Sandro pusieron fin a su luna de miel para reunirse con nosotros, acompañados de Nicky. Habíamos dejado a Olga y a Misha en Gatchina, pero Sasha preguntaba por ellos con tanta frecuencia que tuve que hacerlos venir. Aunque no a Jorge. Estaba demasiado enfermo y el clima era demasiado inestable. No lo quise consentir.

Y, así, se formó a nuestro alrededor una corte, pequeña pero no menos

molesta, y Sasha decaía a pasos tan agigantados que sus ministros apenas podían disimular su consternación, mientras él seguía hostigándolos. Revisaba a diario sus informes del gabinete, sentado en un gran sillón, con el cuerpo demacrado envuelto en un chal y el ceño fruncido.

Nicky confiaba en poderse casar en noviembre, que era el mes tradicional para la boda del zarévich. Yo le paré los pies.

—Haz el favor de no abordar el tema con tu padre. ¿Es que no ves lo malo que está? Lo que menos necesita es tener más preocupaciones. Espera. Deja que se recupere y después podremos tomar una decisión.

Nicky no insistió, por el bien de Sasha; pero yo comprendí que su plan no iba a marchar como yo había esperado. Aunque Sasha no había otorgado su consentimiento oficial, mi hijo ya se consideraba prometido en matrimonio a Alicky de Hesse.

Yo no podía discutir con él. Me movía por Livadia con aire alegre y reñía a Xenia cuando me la encontraba llorando sobre el hombro de Sandro.

—Basta. ¿A qué viene esto, en nombre del cielo? Tu padre se recuperará. No se abate fácilmente a un oso ruso.

Pero por las noches, cuando yo me levantaba de mi sofá cama para abrazarlo mientras él murmuraba que le dolía, veía que se estaba consumiendo. Apenas comía; se le caía una saliva biliosa y cuando me pidió uno de sus puros, en cuanto se lo llevó a los labios y lo encendió, rompió a toser y lo escupió.

—Ni siquiera puedo fumar —se lamentó—. Qué manera más triste de terminar la vida.

Sus palabras me llenaron de terror. Envié nuestro tren imperial para que fuera a traer al especialista alemán que había recomendado Bodkin. El doctor Leyden era un hombre meticuloso que llevaba unos quevedos a la antigua que me recordaron a Pobendonostev. Soportó los débiles aspavientos e insultos de Sasha mientras lo examinaba. Los gritos de dolor de Sasha cuando tuvo que orinar en una taza resonaron por todo Livadia.

Tras analizar la muestra al microscopio, Leyden acudió a mí.

—Padece albuminuria —me dijo, como si yo tuviera alguna idea de lo que era tal enfermedad.

Me lo quedé mirando en silencio.

El médico siguió diciendo con su voz de indiferencia:

—Una degradación incurable de los riñones. Lamento decirle, majestad, que no tiene tratamiento eficaz. El zar se está muriendo.

Botkin lo acompañó hasta su carruaje y a la estación de ferrocarril, pues yo no quería que se quedara en la finca. Después, intenté recuperar la compostura, que se me hacía pedazos, y fui al cuarto de Sasha.

Este estaba sentado en su butaca, apoyando en un taburete los pies hinchados.

—No lo digas —susurró cuando le apreté la mano—. Estate tranquila. Yo estoy tranquilo.

* * *

No había manera de ocultarlo. En los momentos de crisis, las noticias volaban, y los grandes duques estaban agitados. Una mañana, después de haber pasado una noche terrible cuidando de Sasha, Vladimir me detuvo en un pasillo y me dijo:

—Debemos publicar un comunicado. Todo el mundo habla de la muerte inminente de mi hermano.

—Que hablen —repliqué yo; pero, cuando me disponía a apartarme de él, hizo algo a lo que jamás se habría atrevido hasta entonces: me asió del brazo. Cuando me volví hacia él, me dijo:

—Nicky no está preparado. Ha dicho a Sandro que no está preparado para gobernar y que nunca quiso ser emperador. Pero sí que sabe lo que quiere. La ha hecho llamar por telegrama. Su novia viene hacia aquí en estos momentos.

Me lo quité de encima y me puse a registrar la casa hasta que localicé a Nicky con Xenia, en la galería de columnas. Cuando me vio, se quedó petrificado, con el cigarrillo en la boca.

—¿Cómo has sido capaz? —le dije—. ¿Es cierto? ¿La has llamado?

—Mamá, necesita... —empezó a decir Xenia, vacilante; pero yo la hice callar con una mirada furiosa y volví a dirigirme a Nicky.

—¿Lo has hecho? Dímelo ahora mismo.

—Consulté a Papá antes —susurró él—. Me dio su consentimiento.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde, cuando me hizo llamar.

Se le saltaron las lágrimas; pero yo no tuve piedad ni misericordia con él. Se me habían agotado las reservas de ambas virtudes.

—Mamá, no te enfades, por favor. Se lo pedí y él me dijo que sí, porque no se debe coronar a un zar sin esposa.

—¡Ingrato! —le dije, temblando. Por primera vez en mi vida, sentí deseos de pegarle—. Todavía no ha muerto. Y, mientras viva, sigue siendo el zar y tiene esposa. Yo. Tu madre.

Nicky bajó los ojos.

—Mamá, no debes decirle esas cosas —me imploró Xenia—. Está desconsolado. Todos lo estamos. Quiere tenerla a su lado. Cree que deben casarse antes de que Papá... antes de que...

Vaciló, incapaz de pronunciar las palabras temidas.

—Aquí no —dije—. Aquí no habrá boda.

Volví a entrar en la casa pisando fuerte y atravesé a toda prisa el comedor, sobresaltando a los grandes duques, que tomaban el desayuno con ropa informal, como si el zar no se estuviera muriendo al fondo del pasillo. Irrumpí en el cuarto de Sasha y me lo encontré sentado en su butaca; el viejo Iván había conseguido sacarlo de la cama para lavarlo y cambiarle la ropa.

—¿Dijiste a Nicky que podía hacerla venir? —le pregunté.

Sasha soltó una risita entre los labios resecos.

—Veo que Vladimir no ha tardado en contártelo.

Me llamó a su lado con un gesto. De pronto, me desmoroné. Me quedé allí plantada, con su mano extendida entre los dos, y lloré con una pena tan desgarradora que sentí que se me doblaban las rodillas.

—No, Manya; tú no. Puedo soportarlo en cualquiera, pero no en ti —dijo y me obligué a mí misma a acercarme a él y caí ante su butaca para apoyar mi cabeza en su regazo. Él me acarició mientras murmuraba:

—Haz venir a tu hermana. Ahora, la necesitas. Alix siempre te da fuerza.

Alix respondió que Bertie y ella vendrían en cuanto pudieran y yo pedí al cielo que llegaran con nosotros antes que Alicky.

Pero Dios ya no atendía mis oraciones.

* * *

Llegó cubierta de un sombrío manto gris, abotonado hasta la barbilla, con montañas de equipaje y tres damas de compañía. Aunque la casa estaba llena a rebosar, tuve que encontrarle sitio. Cuando la hubieron conducido al dormitorio que le había preparado, del que tuve que expulsar a Vladimir para enviarlo a la casa contigua, Alicky dijo:

—Lamento causar molestias.

Mi sonrisa me parecía tensa.

—Tonterías, querida. Tengo entendido que pronto seremos familia.

—Yo creía que ya lo éramos —repuso ella mirándome con sus ojos fríos de color violeta, encantadores, pero también opacos, pues no reflejaban en absoluto sus sentimientos—. Mi hermana Ella es la gran duquesa de Sergio, tía política de Nicky.

—Sí, claro. Pero ahora serás familia de una manera que no esperábamos.

Salí dejándola plantada. Había puesto a prueba mi paciencia superando toda capacidad por mi parte de seguir siendo cortés.

Por la tarde, Sasha, que se había enterado de su llegada, la llamó a su lado, acompañada de Nicky. Sus ojos febriles se iluminaron cuando ambos se arrodillaron ante él y él les hizo la señal de la cruz.

—Dejadme solo con mi nueva hija —dijo; y yo, aunque me sentí alarmada, no tuve más remedio que obedecerle. Pasaron más de una hora a solas. Cuando ella salió, vi que tenía las pálidas mejillas húmedas de lágrimas. Nicky la tomó de la mano y se la llevó. No pregunté a Sasha qué le había dicho, pero Nicky me lo contó más tarde.

—Le dijo que tenía un ángel por esposa y que pedía al cielo que ella fuera lo mismo para mí.

Estaba hecho. Sasha les había dado su bendición.

* * *

El día primero de noviembre amaneció con el cielo cubierto y un viento racheado que hacía temblar los marcos de las ventanas. Sasha se quejaba. Cuando fui a ayudarle a erguirse (pues ya no era capaz de acostarse en la cama, por el dolor, y había pasado la noche tendido en su butaca), tosió coágulos de sangre.

No me aparté de su lado. Estuve sin comer ni beber, sin cambiarme de ropa ni arreglarme el pelo. Tuve su mano en la mía mientras oscilaba entre la consciencia y la inconsciencia y cuando fue entrando en su cuarto la familia, con los clérigos, que se pusieron a entonar la oración por los moribundos. Sus hijos lo besaron uno a uno: Nicky, apretando la mano de Alicky, seguido de Xenia con Sandro, a los que siguió Olga, que estaba muy afectada, y Misha, silencioso, que intentó consolar a Olga mientras esta lloraba.

No dio muestras de saber que estaban allí; pero cuando un reloj dio las tres en algún lugar de la casa, se reanimó. Oí que susurraba:

—Las ventanas. Abridlas.

Yo levanté la mano para contener las objeciones del doctor Botkin y mandé a Iván que lo hiciera. Irrumpieron en el cuarto el rumor lejano del mar que azotaba el acantilado y el olor a sal, y me hicieron retroceder de golpe a otra casa en otra costa, donde me había esperado la muerte.

Sasha dijo entonces:

—Minnie. Mi pobre Minnie.

Y entonces volví al presente.

—Estoy aquí —susurré—. Siempre estoy aquí, querido mío.

Dejó caer la cabeza sobre mi hombro.

—No es para siempre —dijo.

Sin emitir otro sonido, mi marido me dejó.



CUARTA PARTE



1894-1906

MADRE QUERIDA

Mejor las ilusiones que nos exaltan que diez mil verdades.

PUSHKIN



CAPÍTULO 25

Había crespones cubiertos de nieve en todas las farolas, en todos los carruajes y en todos los toldos de las tiendas. El Neva estaba congelado, pero la gente no levantaba en él montañas de hielo ni salía a patinar. Rusia, desolada por el dolor, se había detenido para llorar a su zar *mujik*.

Yo me recliné en el Anichkov con mis hijos menores y con Nicky. Como Alicky y él no estaban casados, ella tenía que alojarse con Sergio y Ella en el palacio de estos, al otro lado de la calle. Pero Alicky había estado presente cuando Nicky pronunció el Juramento de Alianza y lo proclamaron zar Nicolás II. Mi hijo, desconcertado y vencido por el dolor, no tenía capacidad de reaccionar. Fue mi cuñado Bertie, que llegó con Alix demasiado tarde para despedirse, quien, con lágrimas en los ojos, reunió a los grandes duques para que presidieran el cortejo funerario hasta el barco imperial y la escolta militar que acompañaría a Sasha en su último viaje hasta su hogar.

Alix se quedó conmigo. Me entregó el último regalo de Sasha, un brazalete de rubíes y esmalte, con motivo de nuestro vigésimo octavo aniversario, que habría sido una semana después de su muerte; le había confiado el brazalete a ella por medio de una carta que había dejado a Bertie. Cuando lo vi en su caja de Fabergé, lloré, y me maldije a mí misma por no haberme dado cuenta de lo enfermo que estaba y por las veces que había dudado de mi amor hacia él. Mi hermana me daba caldo a cucharadas, me hacía preparar el baño y me lavaba ella misma. Me vestía con las prendas negras de mi viudedad y me desvestía por las noches, cuando regresábamos de las misas diarias y de los besos rituales en su frente fría en la capilla del palacio de Invierno. Me tomaba en sus brazos cuando yo pedía la muerte, repitiendo entre sollozos que no podía vivir sin él.

Solo entonces me dijo:

—Tienes que vivir por tu familia. Tus hijos te necesitan. Nicky tiene que casarse y que ser coronado y tú debes asesorarle. El mundo es así, por muy salvaje o injusto que te pueda parecer.

Me dio fuerza, como había previsto Sasha, aunque yo no lo noté por entonces.

Tras el último acto religioso, cuando todavía me resonaban en los oídos los cánticos, y con la piel todavía impregnada de incienso, presenciemos su entierro en la catedral de la fortaleza. Yo no soportaba ver como bajaban a la cripta su ataúd, envuelto en el manto imperial, y lo cubrían después con el sarcófago de mármol para ocultar su último rastro.

No era capaz de creerme que ya no estaba.

No era posible cambiar nada en nuestras casas. Conservé su despacho tal como lo había dejado; sus botas viejas, en el armario; sus sombreros desvaídos por el sol, en sus colgadores; sus bastones astillados, allí donde los dejaba él al azar. Su querido perro de caza, Sparta, me seguía a todas partes y lloriqueaba cuando llegaba la hora de su paseo juntos y Sasha no aparecía. Todo parecía estar suspendido en el tiempo, como lo estaba yo, esperando su llegada, los pisotones de sus botas para sacudirse la nieve y sus gruñidos afirmando que su gabinete estaba compuesto de idiotas y de cobardes.

Y yo lo oía a veces. Fumando en mi sala de estar, sin haberme molestado en entreabrir una ventana, le oía decir entre las nubes de humo: «Manya, fumas demasiado». Me ponía de pie de un salto y corría, tropezando con mis faldas negras, a abrir la ventana de par en par y encontraba entonces en el pasillo a Tania o a Sophie, mis guardianas constantes, preocupadas porque ya no comía tanto como debía o porque iba a prender fuego a la casa con mis cigarrillos constantes.

Por fin, me dominó la insensibilidad. Era mejor que las garras del dolor. Al menos, si no sentía nada, podía vivir. Alix y Bertie se quedaron conmigo y también prolongaron su estancia, a pesar de que entraba el invierno, todos los dignatarios y los miembros de las casas reales que habían venido a Rusia a presentar sus respetos. Sé por qué se quedaron. Mis padres, que ya eran ancianos, no habían asistido al funeral, a instancias mías, ya que la artritis de Papá lo tenía demasiado incapacitado como para soportar el viaje. Pero ellos respondieron que habían tenido la esperanza de asistir a la boda de Nicky, lo

cual me clavaba un cuchillo invisible al recordarme el motivo por el que todos se quedaban. Aunque yo aborrecía las miradas de pena y los susurros de lástima a mis espaldas («Pobre Minnie»), me parecía peor lo que quedaba por delante.

Para estar ocupada me senté con Olga a redactar tarjetas de agradecimiento en respuesta a la montaña de cartas de pésame que había recibido. Olga había querido a su padre más que a nadie de la familia, salvo a Misha; pero solo tenía doce años y se había agotado con tales arrebatos de lágrimas que habían terminado por quedársele secos los ojos.

Ahora, fruncía el ceño cuando yo le indicaba lo que debía escribir en mi papel de cartas con membrete en relieve.

—¿Es necesario? Tantas tarjetas... ¿Quién es toda esa gente?

—Son personas que han tenido la bondad de escribirnos. Y sí: es necesario. Es lo que exige la cortesía.

—Te han escrito a ti —dijo, apretando la mandíbula de una manera muy suya que ahora me afligía por su semejanza desazonadora con el gesto de Sasha—. Yo no les importo.

—Claro que sí les importas. Les importamos todos nosotros.

Percibí en mi voz la impaciencia. Olga siempre me estaba poniendo a prueba y, por una vez, lo agradecí como leve indicio de que la vida podía seguir adelante.

—Ahora, a escribir —le dije—. Cuando hayas terminado, firmaré todas las tarjetas.

Cuando hubimos concluido, Olga tenía manchas de tinta en las manos, en el vestido y en la punta de la nariz vivaracha. Yo sonreí y me mojé el dedo para limpiarla; un gesto maternal inesperado que la hizo revolverse. Después, me preguntó bruscamente:

—¿Cuándo se va a casar Nicky?

—Desde luego que no antes de que haya terminado el período de luto. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —respondió ella, con demasiada precipitación. Yo sabía que había acompañado a Nicky en sus visitas diarias al palacio de Serge, como se llamaba la residencia de Ella y Sergio, de modo que la miré a los ojos—. Alicky dice que ahora él es el zar y que a ella no le parece bien que sigan sin

casarse — añadió.

—¿Y le parece mejor casarse cuando acaban de meter en la tumba al padre de él? —repuse yo; y Olga, que no temía mis arrebatos ocasionales, me replicó:

—Solo te digo lo que he oído. Me lo has preguntado tú.

Me arrepentí de habérselo preguntado.

—Ve a lavarte la cara y las manos —le dije.

Cuando salió corriendo, me quedé sentada ante mi escritorio con los montones de cartas y de sobres que debían cerrarse. Me invadió una angustia densa como una nube de tormenta.

Mi hijo debía casarse con ella. Y yo tendría que aparentar alegría.

* * *

La boda tuvo lugar el 26 de noviembre, el día de mi cuarenta y siete cumpleaños. En Rusia no se celebraba el día del cumpleaños; lo que celebrábamos era la onomástica, es decir, el día del santo que llevaba el nombre de la persona. Por eso no pareció mal a nadie. A mí tampoco. Lo que me parecía mal era toda aquella situación; de modo que el día en que cayera era lo de menos. Los tíos de Nicky, los grandes duques, y sus ministros le habían recalcado la importancia de que se casara pronto y él había cedido. O eso fue lo que me dijo cuando vino a solicitar mi permiso. Yo asentí y le expresé mi aprobación, diciéndome a mí misma que, con independencia de mis sentimientos acerca de su novia, él había tomado su decisión y yo debía aceptarla. Quizá, como madre suya que era, estaba siendo demasiado protectora. Quizá, con el tiempo, ella resultara ser plenamente capaz de asumir mi título y mis deberes.

Con esa misma expresión de docilidad, acompañé a Alicky al palacio de Invierno para la ceremonia de ponerse el vestido de novia. Yo advertía lo nerviosa que estaba. Estaba hermosa, pero pálida; su rostro era como un icono de marfil y, sin que yo le dijera nada, me confió que no estaba durmiendo bien.

—Es el cambio de clima —le dije—. Estas noches tan largas. Se tarda tiempo en acostumbrarse.

—Supongo que será eso —dijo ella, y suspiró mirando hacia el palacio por

la ventanilla del carruaje—. Pero también sé lo difícilísimo que debe ser esto para ti, tan poco tiempo después de... —Volvió la mirada hacia mí—. Desearía de todo corazón que no fuera así. Yo quiero mucho a Nicky, pero no esperaba que pasara nada de esto. Lo siento terriblemente por ti, madre querida.

Era su primera expresión de cariño, la primera vez que me desvelaba una emoción. Me conmovió; me estaba poniendo de manifiesto su vulnerabilidad y me recordaba lo desconcertante que había sido para mí mi boda con Sasha, lo extrañas y exigentes que habían sido las normas de etiqueta, la lista interminable de deberes y de personas a las que tenía que agradar. Solo que yo había empezado por ser zarevna y había tenido años para aprender lo que se exigía de mí antes de que me coronaran. Ella no había tenido tiempo. A punto como estaba de ser arrojada a una existencia para la que no estaba preparada en absoluto, en aquel momento estaba siendo sincera conmigo. Ella no había deseado nunca nada de aquello, en efecto.

Extendí la mano para tomar la suya. A pesar de que se la sostenía con suavidad, percibí a través de sus guantes lo fríos que tenía los dedos.

—Necesitas piel.

Ella me miró sin comprenderme.

—En los guantes —le expliqué—. Los de cuero fino están muy bien para la primavera, pero en enero se te helarán las manos si no están forrados de piel con pelo. La congelación puede ser muy dolorosa.

Ella casi sonrió.

—Debo de parecerte muy falta de experiencia.

Yo le apreté la mano.

—A tu edad, todos lo somos.

No hablamos más; pero cuando entramos en el palacio siguió cogida de mi mano, como una niña que tuviera miedo de perderse.

La boda no fue suntuosa. No podía serlo en aquellas circunstancias. Pero ella se puso el vestido de seda plateada, los mechones laterales y el manto aplastante y, en la cabeza, la diadema nupcial. Subió al estrado de la capilla moviéndose con elegancia. Cuando Nicky y ella hubieron pronunciado sus votos, se volvieron hacia mí y yo los besé, mientras me rodaban las lágrimas

por las mejillas.

Nicky susurró: «Mamá, no llores, por favor»; no porque le diera vergüenza, sino porque advertía que me abrumaba la pena. En aquella capilla me acosaban los recuerdos del día de mi boda y me confirmaban la idea de que que no volvería a ser esposa ni emperatriz nunca más.

Alejandra Feodorovna, que era el nombre ortodoxo que había adoptado ella, era ahora la esposa y la zarina.

Los seguí cuando salieron entre la fanfarria de trompetas, seguida a mi vez de Alix, de Bertie y de mis demás hijos. Tenía que claudicar. Lo que antes había sido mío, ahora era de ella. Ella tenía ahora mi título y tenía a mi hijo. Dios mediante, sería la madre de mis nietos. Yo debía resignarme. Aunque en calidad de emperatriz viuda tendría precedencia sobre ella, según la tradición de la corte, ella era ahora la primera dama del imperio. Yo no debía entrometerme. Debía sacrificar mi orgullo por Rusia.

Pero la promesa de renunciar a mi pasado no era fácil de hacer ni de cumplir.

* * *

Nuestros invitados se marcharon cuando ya corrían el riesgo de quedar enterrados bajo la nieve. Alix me hizo prometerle que tendría paciencia con Alejandra.

—Recuerda que todavía es una recién llegada en Rusia. Tú debes ser una madre para ella.

Yo lamentaba tener que despedirme, pero Bertie y ella se habían quedado ya demasiado tiempo y habían tenido que resistirse a los mensajes airados de Victoria, que les exigía que volvieran. La reina me envió una carta de pésame y un libro de poesías de Tennyson; se consideraba a sí misma una experta en duelo y sus palabras y su regalo le habían salido del corazón y me las dirigía de viuda a viuda, de modo que le escribí, a mi vez, para expresarle mi agradecimiento.

Como el palacio de Invierno había estado desocupado durante años, había que actualizar las salas nobles. El gabinete anunció su petición de que Nicky residiera allí para mantener la continuidad. Mientras se llevaban a cabo los

trabajos de remodelación, Nicky y Alejandra se trasladaron a mi palacio, tras su luna de miel de cinco días en Tsarskoye Selo. Ocuparon la suite de cuatro habitaciones pequeñas, debajo de la mía, que habían sido los aposentos de soltero de él.

Xenia y Sandro también se vinieron a vivir conmigo. Volvía a tener a todos mis hijos bajo mi techo, a excepción de Jorge, y aquella familiaridad cariñosa me aliviaba las pesadumbres. Nicky venía a desayunar conmigo todas las mañanas en mi comedor; después, íbamos a mi gabinete, donde yo empecé a enseñarle todo lo que había aprendido. No se había designado todavía la fecha de su coronación; mientras tanto, tenía que entender todas las complejidades a las que debía hacer frente ahora, como zar que era.

—Una constitución —le aconsejé—. Tu abuelo me dijo que era la única manera de salvaguardar a Rusia y a nuestra dinastía, trayéndonos a la edad moderna. Debes hacerlo por nuestro pueblo. Ha llegado el momento de que dejemos de lado la autocracia y permitamos que sea una Duma la que guíe el Estado.

—Papá no lo quiso nunca —dijo él. Había perdido peso y se le apreciaban en el rostro anguloso las tensiones de los últimos meses—. Autocracia, nacionalismo y ortodoxia. Este era el lema de Papá. Mis tíos me dicen que debo regirme por él.

—Nuestra situación era distinta —repuse yo, advirtiendo que, si bien yo había defendido siempre a Sasha, ahora que ya no estaba había vuelto a mi confianza anterior en la política de mi difunto suegro.

Había vivido los tumultos suficientes para darme cuenta de que, estuviésemos preparados o no, no podíamos seguir del mismo modo. Rusia necesitaba las reformas, pues, con todo lo que yo quería a mi hijo, este no era como su padre. Carecía de la fuerza de voluntad de Sasha; nunca la había tenido, salvo en lo relativo a su deseo de casarse con Alejandra.

—No puedes reinar como reinó tu padre. Vimos asesinar a tu abuelo. Sasha hizo lo que hizo para librarnos de los nihilistas y para aplastar su movimiento. Ya no representan una amenaza y el tuyo es un régimen nuevo. Debes seguir adelante con el plan de tu abuelo de permitir el derecho de asamblea. Puede que tus tíos no estén de acuerdo, pero si tú no les paras los pies ahora, ellos te pisotearán.

—Lo estudiaré —me prometió.

No volvió a decirme una palabra de la cuestión. Una mañana, no apareció en el desayuno. Lo estuve esperando largo rato. Xenia, que estaba embarazada de su primer hijo y tenía náuseas matinales, me observaba con cautela desde el otro lado de la mesa, mientras yo daba golpecitos en el plato con mi tenedor, hasta que terminamos de desayunar sin que Nicky me hubiera hecho llegar una nota para explicarme su ausencia.

—¿Dónde estará? —dije, empujando mi silla hacia atrás.

—Mamá —dijo Xenia—, puede que Alicky y él necesiten pasar algún tiempo a solas...

—¿Tiempo a solas? —dije yo, mirándola atónita—. Son las ocho y media de la mañana. Tenemos que repasar los informes del gabinete; tenemos que escribir cartas, y, después, él debe ir al palacio de Invierno para revisar las obras de sus aposentos. Cuando se es emperador, no se pasa tiempo a solas.

Bajé al piso inferior. La puerta estaba entornada. Sus habitaciones no eran amplias y Nicky había instalado su despacho en la sala de entrada para poder recibir a sus ministros sin tener que hacerlos pasar al resto de la suite. Alejandra y él estaban en el despacho. Oí que alzaban la voz, discutiendo. Aunque sabía que no debía espiar, me detuve tras la puerta.

—Debo irme —decía Nicky—. He faltado al desayuno. Mamá estará preocupada.

—Que espere —dijo Alejandra—. Te tiene a su disposición todo el día, todos los días. Revisa tus informes y tu correspondencia; tiene que dar su opinión sobre todo. No nos permitió mudarnos al palacio de Invierno, aunque estas habitaciones son pequeñísimas. Y solo pudimos pasar cinco días en Tsarskoye Selo porque ella quería que volviésemos, a pesar de que allí estábamos mucho más cómodos.

—Sunny... —dijo él. Así la llamaba él, «soleada» en inglés, aunque en aquellos momentos no me pareció que fuera un sol precisamente—. Está de luto por mi padre. Necesita que estemos con ella.

—Necesita que estés *tú* con ella. Necesita que hagas lo que ella dice, cuando ella lo dice. Cuando yo quiero recibir a alguien, debo pedirle permiso para usar su salón. Sus criados están por todas partes, curioseando nuestros asuntos. Necesitamos intimidad, una casa propia para poder empezar a tener

nuestra familia propia.

Yo, paralizada tras la puerta, estaba oyendo lo que interpreté como el verdadero carácter de aquella joven, supuestamente tímida y retraída. Me quedé clavada en el sitio. Yo había estado en lo cierto desde el primer momento; es más, también Miechen estaba en lo cierto. Alejandra sabía perfectamente lo que se proponía. ¿Había sabido Nicky desde el principio que ella era tan exigente, tan *imperiosa*, como me parecía ahora?

Me pareció que el suspiro cansado que soltó mi hijo me confirmaba que sí e indicaba que ya habían discutido antes aquello mismo.

—Nuestros aposentos del palacio de Invierno no están dispuestos todavía. Mamá solo quiere lo mejor para nosotros. Yo no sé reinar y...

—Y ella reinará por ti. Será emperatriz viuda, zarina y zar también, si tú se lo consientes.

Él guardó silencio, mientras ella añadía:

—¿Acaso no te dijo que autorizaras la creación de una Duma, aunque eso socavaría todo lo que tú representas? Y en el banquete de despedida de Alix y de Bertie, ¿acaso no te tomó a ti del brazo y entró la primera en el salón? Me hizo seguiros como si yo fuera una criada...

—Es la norma aquí —la interrumpió él—. Ya sabes que, como emperatriz viuda, tiene precedencia.

—¡No está obligada a seguir la regla! Ahora, yo soy la emperatriz. Si es verdad que quiere lo mejor para nosotros, como tú dices, entonces debe darse cuenta de que, al no permitirme entrar yo primera contigo, con mi marido, el zar, está dando ejemplo. No voy a consentir que se me desprecie.

Yo ya había oído lo suficiente. Empujé la puerta y entré. Nicky se volvió hacia mí y su rostro perdió el color. No pude menos de admirar la compostura de Alejandra, que no dio la menor muestra de sorpresa. Daba la impresión de que había sabido desde el primer momento que yo los estaba acechando tras la puerta.

Volví la vista hacia las damas de compañía alemanas de ella, sentadas en primer plano. Ya iba siendo hora de enviarlas a su país y de ponerle como asistentes a mujeres rusas para que se enterara de que criticarme delante de criados no solo era una imprudencia, sino que era de muy mal gusto.

Suavicé la voz.

—Nicky, no has subido a desayunar, y tenemos que ver esos informes del gabinete. ¿Han llegado?

Él se dirigió apresuradamente a su escritorio abarrotado y se puso a buscar la carpeta.

Alejandra me devolvió la mirada con una calma gélida.

—Debes perdonarnos, madre querida. Me sentía mal. Pedí a Nicky que se quedara a desayunar aquí, conmigo, esta mañana.

En efecto, estaba sobre la mesa la bandeja con sus platos llenos de migas y sus tazas de té. Debía de haber ordenado a mis sirvientes que se lo sirvieran allí. Yo tendría que hablar con Obolenski, que tras la muerte de Sasha se había quedado como mayordomo de mi casa. En mi palacio mandaba yo.

—Siempre eres bienvenida en mi mesa —le dije—. Espero que te encuentres mejor. ¿Sería prematuro esperar que tu malestar sea el primer indicio de una circunstancia feliz?

Ella apretó los labios. Aunque no lo reconocería jamás, sabía que yo había escuchado su conversación y que mi observación iba apuntada a ella con malicia intencionada.

—¿Tras solo un mes de matrimonio? —objetó ella—. Siempre podemos esperarlo, en efecto. Y sí: me encuentro mucho mejor. Gracias.

Tomó su bastidor de bordar y enhebró la aguja, mientras Nicky blandía la carpeta.

—La encontré —dijo con voz aguda y temblorosa.

—Muy bien. Ven al piso superior cuando estés preparado para que podamos hablar.

Dediqué otra sonrisa a Alejandra; le dije: «Espero que sigas mejorando, querida...» y salí con aire altivo.

No me cabía duda de que ella le diría más cosas, pero no me quedaban ganas de oírlas.

CAPÍTULO 26

—No hay quien la entienda —dije, encendiendo un cigarrillo en el salón de Miechen—. Hizo que se marcharan los dos de mi casa cuando apenas se había secado la pintura de sus nuevos aposentos en el palacio de Invierno. Pero ahora vive en esas habitaciones reformadas y se niega a dar una sola fiesta de gala. Tampoco hace vida social, así que, según me cuentan, la temporada, la primera que pasa ella aquí, ha sido un desastre.

Entraba la primavera. Ya habían transcurrido los cuarenta días de luto que ordena nuestra Iglesia Ortodoxa; pero yo seguía vistiendo de negro y, hasta entonces, había rehuido los compromisos sociales, aunque empezaba a pesarme el encierro. Me convencí a mí misma de que visitar a Miechen para tomar el té con ella no podía contarse como una falta de respeto a la memoria de mi difunto esposo. Ella se había mantenido distanciada. Aquello me había dolido al principio; pues, con independencia de los desacuerdos entre Sasha y Vladimir, Miechen y yo habíamos seguido siendo amigas, al menos en apariencia. Con el paso del tiempo, yo había empezado a sospechar que ella evitaba venir a verme por otro motivo, de manera que había terminado por ir yo a su palacio en mi carruaje.

Ella se manifestó encantada de verme; ahora estaba corpulenta, pero iba vestida a la perfección, como siempre, con un vestido de día de seda y peinetas enjoyadas. Sentadas ante su juego de té de porcelana de Limoges, mientras se hacía una nueva infusión en su samovar, me dijo:

—Ah, sí que lo fue. Todo el mundo comentaba que nuestra nueva emperatriz era demasiado orgullosa para tratarse con boyardos. Supongo que no advierte la necesidad de hacerse valer. Ya tiene lo que pretendía: a Nicky en su cama y tu corona en la cabeza.

Yo debería haber tenido en cuenta su mordacidad. Como ambas eran

princesas alemanas (con la única diferencia de que Alejandra era más joven y de que su posición era, visiblemente, de mayor relevancia), cabía esperar que Miechen hablara mal de ella. Pero yo estaba demasiado arrebatada por mi propia exasperación.

—Todavía no tiene mi corona. Y debería esforzarse, aunque solo fuera por Nicky. Yo me esforcé cuando estaba en su situación y mucho antes, siendo zarevna. Tiene el deber de conseguir que la sociedad la acepte. No se va a ganar los corazones de nadie escondida en sus habitaciones.

Solté el humo con enojo. La ira me salía a raudales; ahora que se habían abierto las compuertas, no había modo de detener la inundación de mis palabras.

—Está resentida conmigo. Está resentida porque él solicita mis consejos y porque sus ministros me respetan. Está resentida porque tengo rentas propias y porque cuando estoy en mi propio palacio se iza en él la bandera imperial; porque tengo absoluto dominio sobre Gatchina, sobre mi casita de Peterhof, así como sobre el Estrella Polar, y mi tren propio. Es posible que en este preciso instante esté revisando las facturas de mi modisto para calcular cuánto gasto.

Miechen hizo un mohín de desagrado.

—Y, a todo esto, ¿no hay señales de niño? —preguntó.

—No —dije. Aplasté mi cigarrillo y encendí otro—. Le he puesto otras damas de compañía, por supuesto. Estas dicen que, si bien suele estar indispuesta con diversas dolencias, no da muestras de quedarse embarazada. No creo que tenga la culpa Nicky.

—Así es. Ahora ya sabes por qué no te fui a visitar mientras estaba ella en tu palacio.

—¿Acaso te tengo que recordar que había perdido a mi esposo? Me habría agradado mucho recibir una visita tuya.

—Debes perdonarme, Minnie —dijo, apretándome la mano—. Sasha y yo tuvimos nuestras diferencias a lo largo de los años, y me temo que él nunca me apreció; pero yo te tenía en mi pensamiento todos los días. Su fallecimiento me afectó mucho. Me duele saber que estás tan descontenta, pero...

—¿Pero...? —repetí, mirándola fijamente.

—Pues bien —prosiguió, retirando la mano—. A pesar de tu pérdida

terrible, sigues estando en una posición envidiable. Nicky confía en ti y te hace aprobar los nombramientos de cargos para su casa imperial y para su gabinete. A ella la asisten damas elegidas por ti y tus propiedades están intactas. Una influencia como la tuya no es de despreciar, ni mucho menos.

—Yo no le apruebo los nombramientos. Él me consulta y yo le doy mi opinión.

—No obstante, como emperatriz viuda que eres, sigues teniendo más categoría que ella.

—Sí, y eso es lo que le produce el mayor resentimiento —dije, recordando la conversación que había oído en mi palacio—. Si dependiera de ella, yo tendría que retirarme, como corresponde a toda viuda que se precie.

—Puede que lo aborrezca, pero no lo puede cambiar. Yo comprendo que siempre llorarás a Sasha y que puedes optar por vestir de luto durante todo el año, pero, en vista de las circunstancias, quizá debieras rogar a Nicky que celebre un baile de corte, como nuevo zar. Así podrás enseñarle a ella, con el ejemplo, cómo debe comportarse una zarina.

Me lo pensé, pues, si bien debía guardar el luto durante todo el año, en efecto, la idea resultaba atractiva.

—No puedo —dije por fin—. Xenia dará a luz en julio, y yo me voy a Abastumani el mes siguiente. Jorge ha dicho por carta que está mucho mejor. Debo hacerle una visita. No le consentí que fuera a Crimea para ver a Sasha, de manera que ha tenido que vivir el duelo él solo.

Miechen profirió un sonido de comprensión.

—Y eso sin tener en cuenta que ahora él es el primero en la línea de sucesión.

—Puede que se encuentre lo bastante bien como para regresar a San Petersburgo —repliqué yo, picada por lo que había querido dar a entender. Tampoco tenía nada de tranquilizador que el heredero del trono fuera un enfermo.

—Ojalá lo esté. Razón de más para celebrar un baile, ¿verdad? Así harás ver a la corte y a la nobleza que todo marcha como debe.

Aunque no todo marchaba como debía, me pareció que Miechen tenía razón en este aspecto.

* * *

Me pareció casi increíble lo mejorado que estaba Jorge. Su descanso en las montañas le había devuelto el color a las mejillas. Se había quitado la barba y su complexión delgada había ganado algo de carne. Paseaba en bicicleta todos los días por los caminos estrechos de la finca y, a pesar de que fumaba (cosa que me inquietaba, teniendo en cuenta su enfermedad; pero ¿quién era yo para reprochárselo, si yo también tenía el vicio?), rara vez tosió durante las dos semanas que pasé con él.

También advertí señales de que no estaba solo. No vi nada evidente, pero sí indicios sutiles en la disposición de su ropa y la huella de un toque femenino en el florero con girasoles que estaba en su mesilla de noche. Sospeché que se trataría de alguna mujer de la localidad, pero no curioseé. Lo que hiciera él era asunto suyo, con tal de que no produjera un escándalo. En cualquier caso, un devaneo allí, tan lejos de San Petersburgo, no tenía mayor trascendencia, ya que no estaba casado. Pero le dejé claro que, en calidad de zarévich en funciones, debería volver a asumir sus deberes en cuanto regresara a la ciudad.

Él se rio por lo bajo.

—Sigo teniendo tisis, Mamá. No estoy curado.

—Se pueden vivir muchos años con la enfermedad. Solo hay que verte a ti: eres la imagen misma de la salud.

—Aquí. Aquí estoy más sano. No puedo hacerme cargo de ningún deber oficial. Pero es de esperar que esto no nos inquiete mucho más tiempo. Nicky me ha dicho por carta que Alejandra está embarazada.

Yo me quedé petrificada en mi butaca, mientras él encendía un cigarrillo.

—¿Es que no te lo había dicho a ti? —me preguntó.

—No.

—Puede que la noticia sea reciente.

—Puede ser.

Acorté mi estancia. Xenia iba a dar a luz y Jorge parecía satisfecho. Cuando me dio el beso de despedida, me dijo:

—Sé amable con Alejandra. Nicky me dijo que ella y tú no os lleváis demasiado bien, por así decirlo. No debes hacer que sienta que es menos que

tú.

Aquellas palabras me dejaron consternada. ¿Es que Nicky había confiado en Jorge y no en mí? Siempre habían estado muy unidos, pero yo sentí un nudo en el estómago, como si se me hubiera negado algo que yo no sabía que me faltaba.

—Es ella la que me considera bastante inferior.

Jorge sonrió.

—Mamá —me dijo—. Tú no te das cuenta de lo dominante que puedes ser. Si te considera inferior a ella, haz que te considere superior. Hazlo por Nicky. Ya tiene bastantes cargas de por sí.

Tuve mucho tiempo para pensar durante el viaje de vuelta en tren. En cuanto llegué a San Petersburgo fui directamente al palacio de Invierno.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Yo estaba sentada en el nuevo despacho de Nicky, que fumaba y evitaba mirarme a los ojos.

—He tenido que enterarme de la noticia por tu hermano, que vive en el Cáucaso —seguí diciendo—. ¿Es que ya lo sabe todo el mundo en Rusia menos yo?

—Jorge lo sabe porque le escribí para decírselo —repuso él— No debe de creer que esperemos nada de él porque sea, de momento, el primero en la línea de sucesión. Queríamos esperarnos un poco hasta que Botkin lo confirmara.

Percibí la cautela en su voz.

—¿Que lo confirmara? Las mujeres sabemos estas cosas. Nos lo dicen nuestros cuerpos. La confirmación por parte del médico puede ser un requisito, pero es innecesaria.

Dejó el cigarrillo en el cenicero. Se dirigió a la ventana, pasándose una mano por la barba. Se había hecho construir este despacho, negándose a utilizar aquel en el que había muerto su abuelo. Dominaba el Neva; mientras contemplaba el río, que relucía al sol de julio como una ancha franja azul verdosa, dijo en voz baja:

—Ya ha perdido uno.

Me quedé atónita. Una vez más.

—¿Cuándo?

—Poco después de que nos trasladásemos aquí. Fue muy repentino. Por eso, cuando volvió a quedarse embarazada, Botkin nos recomendó que esperásemos antes de anunciarlo. Para estar seguros.

—¿Hay algún peligro? —le pregunté, abrumada por la noticia.

—Botkin dice que es poco probable. Está casi en el cuarto mes.

En el cuarto mes. Y a mí no me habían dicho nada en todo este tiempo.

—Hubiera preferido que confiaras en mí. ¿Cómo quieres que te ayude, si no tienes confianza en mí?

Se volvió hacia mí.

—Sí tengo confianza en ti. A vida y muerte.

—Ya veo. Pero ella no.

—Mamá, esto es muy difícil para ella. Muchos consideran que tú sigues siendo la emperatriz. Ella se siente... mal acogida. El aborto fue una humillación para ella; no quería que se enterara nadie.

—Y yo menos que nadie...

Él suspiró.

—Ya no sé qué más decirte.

—Ya me has dicho bastante —dije, poniéndome de pie—. Debo ir a verla.

Estaba en su sillón, en sus hermosos aposentos nuevos de color azul pálido, donde los dorados recién estrenados y las amplias ventanas quedaban oscurecidos por una abundancia de mesas sobrecargadas, sillones con cojines y reposapiés con flecos. Había llenado hasta el último rincón. Tenía una pared entera que relucía como el iconostasio de una catedral, cubierta de iconos benditos. Para ser una luterana que en un primer momento se había negado a convertirse, había adoptado nuestra fe con un fervor sorprendente.

—He oído decir que estás embarazada —le dije, en cuanto se hubo ceñido el chal a los hombros y pidió que sirvieran té haciendo sonar una campanilla de porcelana que tenía al alcance de la mano.

No habíamos cruzado ninguna frase previa de cortesía. Yo estaba demasiado cansada de mis viajes, y por las noticias inquietantes, como para

perder el tiempo en charlas intrascendentes.

Ella asintió con la cabeza.

—Lo estoy, gracias a Dios.

—Qué maravilla —dije. Pensé que debía abrazarla y besarla, pero su expresión era tan reservada que no fui capaz de hacerlo—. Me alegro mucho, por ti y por Nicky. Un hijo es un regalo que nos cambia la vida para siempre.

Me pregunté si ella sabía que yo había perdido a un pequeño, a mi segundo hijo. Aquello debería habernos unido más a las dos, pues yo comprendía su dolor aunque no hubiera llegado a nacer su hijo. Pero ella no me había dado ninguna indicación de saberlo y yo había venido a hacer las paces, no a evocar tragedias del pasado.

—Pido al cielo un hijo varón a diario —dijo, mientras su criada nos servía el té. Advertí que no era de las damas de compañía que le había nombrado yo. ¿Es que había hecho cambios en sus filas durante mi ausencia?

—No debes pedir demasiado... —dije; pero me interrumpí. Nada de consejos. Ella no me los había pedido—. Sea lo que sea, queremos mucho a tu hijo o hija.

Ella no tocó su té y dejó que se enfriara mientras yo me bebía el mío. Ella prefería los flojos tes ingleses en vez de los asiáticos, de sabor fuerte, que yo había aprendido a apreciar.

—Debemos celebrarlo —dije, tras otro largo silencio, durante el cual ella tenía la vista perdida a lo lejos, como si se hubiera olvidado de mi presencia. Yo no había visto nunca tal actitud en una futura madre, como si estuviera en trance—. Xenia no tardará en dar a luz. Haremos una celebración doble, una fiesta de gala magnífica, en la que podré presentarte personalmente a la corte.

Ella volvió a prestarme atención con un respingo y me miró con los ojos entornados.

—¿No es demasiado pronto?

Entendí a qué se refería y no quise considerarlo un obstáculo.

—Mi marido ya no está. No tengo que esconderme para demostrar mi duelo. Ahora, mi hijo es emperador y tú eres su emperatriz y vas a tener a su primer hijo. Es el momento ideal para presentarte. —Solté una leve risa que me sonó forzada a mí misma—. No esperarás quedarte en estas habitaciones hasta que nazca...

—No había esperado quedarme aquí en absoluto. Quiero trasladarme al palacio de Alejandro, en Tsarskoye Selo. Es muy tranquilo. Allí me siento muy a gusto.

—Pero... está muy lejos de la ciudad —repuse, olvidando en aquel instante las intenciones con las que había venido a verla—. Es una residencia de verano. Puedes trasladarte allí para el parto, si quieres: eso hice yo cuando tuve a Nicky; pero, de momento, debes quedarte aquí. Que te vean y te admiren.

—Dudo mucho que me admiren —dijo, sin apartar la mirada de la mía. Su tono de voz solemne me calaba hondo—. Madre querida, sé que tus intenciones son buenas, pero parece que no te das cuenta de que yo no puedo ser tú. No lo digo con ánimo de ofenderte. Has sido una emperatriz ejemplar, digna de emulación; solo que yo no quiero emular a nadie. Y sé lo que dicen de mí. Los periódicos me llaman *la novia de luto*, porque me casé con el zar demasiado pronto tras la muerte de su padre. La corte y la alta sociedad creen lo mismo.

—Exageras —dije, tanto porque me había tomado por sorpresa que su aparente retraimiento no le hubiera impedido estar al tanto de los chismorreos malintencionados, como porque la situación iba derivando al mismo precipicio que yo había querido evitar—. La alta sociedad todavía no te conoce. Debes dejar que te conozcan para que mejore la impresión que tienen de ti.

—¿Por qué? —dijo ella, frunciendo el ceño—. Como bien dices, soy la emperatriz. Daré a Rusia un heredero. ¿Es que es preciso, además, que me aprecien?

Me quedé muda. ¿Cómo responder a aquello?

—Te haría las cosas más fáciles —dije por fin.

—¿De verdad? —dijo ella, tirándose del chal otra vez, como si tuviera frío—. Yo creo que deben respetarme en cualquier caso. Nicky me eligió como esposa, pero fue la voluntad de Dios. ¿Es que van a poner en duda a nuestro zar y al Todopoderoso, porque yo no soy la que esperaban?

—No deberían —dije. No podía discutirle aquello, aunque no estaba de acuerdo—. Pero tú puedes facilitar que te tengan respeto, si haces un esfuerzo.

Sin previo aviso, pues no había pensado hacerlo, extendí una mano para

tomar la suya, tal como había hecho el día de su boda.

—Si me concedes el honor de presentarte, puedo asegurarte su respeto y su aprobación —seguí diciendo—. El primero es obligatorio, pero la segunda te la tienes que ganar. Yo también me la tuve que ganar cuando llegué aquí.

Ella retiró la mano. Tuve la sensación inquietante de que quería limpiársela con el chal.

—Si tú crees que tiene tanta importancia... —murmuró.

Aquello era lo más parecido a una cesión que yo tenía visos de conseguir. Volví a sonreír y apuré mi taza de té.

—Debo dejarte descansar. Acabo de llegar de Abastumani y mira qué aspecto traigo, con el manto lleno de polvo. Me encargaré de todo. Cuando haya preparado la lista de invitados, te la haré llegar para que la revises. Será un acto espléndido. Sé que impresionarás a todos.

Ella asintió con la cabeza y se inclinó hacia mí para que la besara en la mejilla. Me resistí de nuevo a la tentación de aconsejarle que no se pasara todo el embarazo en ese sillón. No era sano. Puede que en Gran Bretaña se aplicara el encierro preventivo para proteger al niño, pero esta no era la norma en Rusia. Yo había bailado en todos mis embarazos y ninguno de mis hijos se había resentido de ello.

Me abstuve de decirle nada. Y me marché sin que ella dijera ni una palabra más.

* * *

Me afané en preparar la fiesta de gala. Mi pope ortodoxo me había asegurado que podía volver a la vida social si quería, con tal de que asistiera a las misas establecidas por el alma del difunto Sasha. Pasé horas enteras reunida con Tania preparando la lista de invitados, que resultó ser inmensa, porque yo no era capaz de excluir a nadie importante.

Cuando enseñé la lista a Miechen, esta soltó una risita.

—Le va a dar un ataque. Más de seiscientas personas. Si apenas es capaz de recibir a tres para tomar el té.

Yo, sin desanimarme, envié la lista a Alejandra. Nicky me había dicho que ella había ido aceptando más mi idea y le había expresado su interés por saber

quién estaba invitado. Cuando Nicky se presentó a nuestra reunión de la mañana (seguíamos viéndonos todas las mañanas para revisar sus informes y debatir los asuntos pendientes), se quitó el sombrero, encendió un cigarrillo y me entregó la lista.

—Sunny quiere hacer cambios —me dijo.

Repasé la lista. Había docenas de nombres tachados por la pluma de ella.

—Pero ¡si son más de la mitad de los invitados! —dije, levantando los ojos hacia él—. No lo diré en serio. ¿Por qué? Negar a estos miembros de la aristocracia la oportunidad de saludarla no servirá más que para ofenderlos.

Nicky se humedeció los labios resecaos. Fumaba demasiado y tenía ojeras que daban a entender que no dormía por las noches.

—La han informado de que estos invitados viven de manera inmoral. Cree que no se merecen el privilegio de saludar a su emperatriz.

Solté una breve risa.

—Si vamos a excluir a todos los que hacen vida inmoral, más nos vale cancelar la gala. Estamos en San Petersburgo. Todo el mundo oculta algún pecado, o varios.

Él carraspeó.

—Hay más.

—¿Ah, sí? —dije. Me recosté en mi asiento, preparándome para el golpe.

—Quiere llevar las joyas de la corona esa noche.

—Puede pedir las —dije, agitando una mano—. Supongo que están en la caja fuerte del sótano.

—No todas —dijo él, mirándome a los ojos—. Ha pedido el inventario para revisarlo. Falta la diadema de diamantes rosados, el collar de perlas y zafiros y algunas otras piezas. Lo que está en la caja fuerte es la colección más antigua y las joyas de la zarevna.

Yo recordé el día de mi coronación, cómo me alabó Sasha por lo bien que me sentaban las joyas, y todos los demás actos de Estado en que las había llevado con tanto orgullo.

—Esas piezas no faltan —respondí con voz cortante—. Las tengo yo, como ella bien sabe.

Él se revolvió, inquieto, pero no dijo nada.

—¿Es que espera que le ceda las joyas que he llevado tantos años como

esposa de tu padre? —añadí, incapaz de contener mi resentimiento—. Tiene toda la caja fuerte a su disposición.

—Mamá —dijo él. El cigarrillo le humeaba entre los dedos—. Papá te compró muchas joyas personales para que las llevaras. Las de la corona pertenecen a la emperatriz.

—Ya veo —respondí, cerrando el puño sobre la mesa—. Teniendo en cuenta que todavía no la han coronado, más valía que se preocupara de ganarse las voluntades y no de cómo adornarse.

Él aplastó el cigarrillo en el cenicero de mi escritorio.

—Quiere presentarse en concordancia con su rango —dijo—. Las joyas de la caja fuerte están pasadas de moda, o son de la esposa de un zarévich. Tú te has quedado las piezas mejores porque son más fáciles de llevar. ¿No puedes darle ese gusto?

—¿Y esta lista? ¿Quieres que le dé ese gusto también? ¿Quieres que celebremos tu primera fiesta de gala en la corte en mi sala de estar? Porque no necesitamos para nada el salón de Nicolás si solo vamos a recibir a unos cuantos nobles ancianos y a sus venerables esposas libres de pecado.

Su gesto se endureció. Tomó el sombrero y el capote y se dirigió a la puerta con paso firme. Yo le dije en voz alta:

—Todavía tenemos que repasar tus informes.

—Pues repásalos —dijo él—. En todo caso, harás lo que quieras, sin que cuente para nada lo que yo diga.

* * *

Devolví la lista corregida y pedí cita a *Madame* Bulbenkova, la modista de San Petersburgo que estaba designada oficialmente para hacernos nuestros vestidos de corte. Ya me había vestido en muchas ocasiones. En su taller refinado diseñamos mi vestido nuevo para la gala. Cuando le pregunté si Alejandra le había consultado, dijo con aire ofendido:

—Puede que nuestra emperatriz prefiera una modista alemana, majestad.

—¿Es que existe tal cosa? —repuse yo.

Dado que ya había concluido el período de luto oficial, nada me impedía ir a la moda. Pero mantuve el secreto de mi atuendo hasta la noche de la gala, en

la que llegué temprano para revisar el salón y asegurarme de que se había llevado a cabo la decoración de acuerdo con mis instrucciones. Cuando estaba inspeccionando la profusión de flores frescas dispuestas en los huecos de las ventanas, entre los reflejos de la luz de gas color azafrán en los espejos relucientes del salón, sentí que volvía a ser la que era, emocionada por estrenar un vestido y por estar a punto de recibir a los invitados. En algún momento había dejado de percibir el vacío doloroso que me había dejado Sasha. Me sentía culpable, pues hacía menos de un año de su muerte; pero me recordé a mí misma que el duelo por él no era un deber que tenía que cumplir como si fuera una penitencia. Él no habría deseado nunca que yo fuera infeliz. Confiaba en que me estuviera contemplando desde el cielo y sonriendo al ver mi valor.

Aunque Alejandra no sonriera.

Cuando llegó con Nicky para recibir a los invitados, tenía el rostro glacial. Había elegido un vestido de corte tradicional, de seda dorada, con manto con bordados morados y dorados, aunque se iba a derretir con él. Llevaba también su diadema nupcial y un grueso collar antiguo de diamantes, sacado de la caja fuerte. El brillo de las joyas resultaba apagado sobre su piel manchada; estaba ya en el sexto mes de embarazo y padecía una decoloración que le daba el aspecto de tener la rubeola.

—Mamá —dijo Nicky, con tono perceptible de sorpresa.

Me volví hacia él haciendo que mi vestido ajustado me flotara sobre los talones; era una creación de satén negro y tul recamado de cuentas de cristal que se ceñía a mi figura delgada, con volantes de raso carmesí oscuro en los hombros y mangas ceñidas, en vez de las sueltas que eran habituales en los vestidos de corte.

—¿Te gusta?

—Es... —A Nicky le faltaron las palabras, y yo lo interpreté como un cumplido. Yo no llevaba más joyas que las peinetas con ónices y rubíes en mis cabellos sueltos, y debió de advertirlo Alejandra, mientras me echaba una ojeada que se volvió virulenta. Yo no le había enviado las joyas que había pedido, pero aquella noche había renunciado a ponérmelas para demostrar que no hacían falta diamantes para brillar.

—Estás preciosa —le dije, inclinándome a besarla para que pudiera oler

mi costosa esencia de rosas Rallet—. Con todo ese oro y morado. Muy imperial.

Ella retrocedió.

Cuando los invitados hacían fila para ser presentados, haciendo primero una reverencia ante Nicky, que estaba apuesto con su uniforme azul oscuro de la Guardia de Corps, y después ante Alejandra y ante mí, yo le iba susurrando a ella al oído, de memoria, el nombre de cada uno con sus títulos correspondientes. Cuando ella les presentaba la mano para que se la besaran y les hacía una reverencia mecánica, sin hacer intento alguno de entablar conversación, los invitados pasaban a felicitar a Sandro y a Xenia por el nacimiento reciente de su hija, Irina. Vi que a Alejandra le rodaba una gota de sudor por el cuello, bajo los mechones laterales que tanto trabajo habían debido de costar a su peluquera. Estaba rígida como una estatua, con el vientre oculto bajo el petillo y bajo los pliegues de su vestido monumental. En vez de exaltar su fertilidad, la disimulaba como si fuera una cosa vergonzosa.

Y todos los invitados que ella había tachado de la lista estaban presentes, invitados por mí.

Solo bailó una vez, después de haber hecho con Nicky la entrada de la polonesa para abrir la gala. Después, se retiró a su trono en el estrado, acompañada de Nicky, que estaba nervioso. Me acerqué a él y le tendí la mano.

—Ven a bailar la mazurca, hijo mío.

Él, indeciso, miró de reojo a Alejandra, hasta que esta asintió con la cabeza y Nicky me condujo a la pista de baile.

La corte nos dejó espacio libre bajo los candelabros y formó corro para marcar con palmas y pisotones el ritmo de la danza de inspiración gitana con la que yo giraba en brazos de Nicky; y él, que también era buen bailarín, gozaba del momento con una sonrisa exuberante.

Cuando hubimos terminado y conseguimos abrirnos camino entre la multitud (muchos de los presentes tomaban mi mano entre las suyas y me decían lo maravilloso que era verme tan radiante), vi a Miechen, que estaba con Vladimir, grueso y con la cara roja, con su uniforme que le venía muy justo.

Miechen, con sonrisa de complicidad, me hizo una seña enarcando una

ceja.

Me volví hacia el estrado y vi que Nicky estaba allí plantado, desconcertado. El sillón de Alejandra estaba vacío. Nos había abandonado en plena gala y solo lo había advertido Miechen.

* * *

—La humillaste a propósito —dijo Xenia, mientras yo supervisaba con Sophie la preparación de mi equipaje—. Se marchó de la gala llorando. Yo la vi. Estuve a punto de seguirla. ¿Cómo has sido capaz, Mamá? Iba a ser su presentación en la corte y tú hiciste que todos se rieran de ella.

—No hice tal cosa —dije, indicando a Sophie con un gesto que bajara el equipaje para cargarlo en mi carruaje—. Fue ella la que optó por comportarse como si todos los honores los merecieran ellos solos. No habló a nadie y se quedó sentada en ese estrado como una estatua. Se marchó porque quiso. Nadie la expulsó.

Xenia me miró con enfado.

—Eres imposible —me dijo—. Me avergüenzo de ti.

Callé un momento. Mi hija mayor, como Nicky y como Misha, tendían al conformismo; por eso mismo, aquel arrebató suyo me había tomado por sorpresa. Pero era perspicaz; yo había hecho caso omiso, deliberadamente, de la petición de Alejandra de modificar la lista de invitados y de devolver las joyas y me las había arreglado para brillar más que ella en la gala, demostrándole cuánto tenía que aprender. Yo consideraba que toda la culpa era suya. Si hubiera tenido el comportamiento propio de una zarina, se habría ganado la aprobación de todos, que tanta falta le hacía. Pero, por el contrario, se había mostrado altiva y distante.

Cuando Sophie salió apresuradamente de la habitación para dejarnos hablar a solas, devolví a Xenia su mirada.

—¿Cómo te atreves a hablarme con ese tono delante de mi doncella?

—Porque es la única manera de que escuches. ¿Qué diría Papá si viviera? Debes pedirle perdón. Es la esposa de Nicky.

—Papá no quiso nunca que fuera la esposa de Nicky. Y se ha marchado a Tsarskoye Selo. ¿Crees que voy a ir hasta allí solo para que me desdeñen? Por

supuesto que no. Tu abuela, en Dinamarca, está enferma. Debo visitarla. Olga y Misha ya me esperan en el yate. Yo he hecho todo lo que he podido, pero ya no estoy dispuesta a hacer más por ella.

Xenia hizo un gesto de impaciencia.

—¿Esto es hacer todo lo que has podido? ¿Hacer caso omiso de que es nuestra emperatriz y de que te va a dar un nieto? La *grandmère* Luisa no está enferma; tú te marchas a Dinamarca solo por despecho. Y siempre la llamas Alejandra, no Alicky, como para recalcar que no forma parte de nuestra familia y que debe hacer lo que digas tú, la emperatriz viuda. Mamá, está a punto de dar a luz...

—En noviembre. Estamos en agosto. No me voy a quedar aquí, con este calor, ni a instalarme en el palacio de Alejandro para verla reposar en su sofá. Ahora, haz el favor de apartarte. Llego tarde y me parece que oigo llorar a Irina. Ve a atender a tu hija.

Ella se plantó ante la puerta, cerrándome el paso.

—Si obligas a Nicky a elegir, no te gustará lo que elija —me dijo.

Estuve a punto de apartarla de un empujón.

—Volveré cuando vaya a dar a luz.

Xenia se apartó. Cuando me disponía a pasar ante ella, me dijo:

—Si te niegas a intentarlo, ella no te lo perdonará jamás.

—¿Acaso lo ha intentado ella? —repuse yo, y, cuando Xenia frunció los labios, asentí con la cabeza—. No lo ha intentado. Ni tiene el menor propósito de hacerlo.

Dejé a mi hija, que se me quedó mirando con expresión de incredulidad. Camino del puerto, en mi carruaje, sabía que, mientras yo estuviera en el extranjero, Sandro y ella se buscarían otro lugar de residencia. No se quedarían bajo mi techo. Xenia era leal a Nicky; yo no podía culparla.

En cuanto a mí, yo quería pasar un tiempo en mi país natal sin oír hablar de Alejandra.

Tal como decía Sasha con frecuencia, empezaba a sentir que Rusia era una cárcel para mí.

CAPÍTULO 27

Encontré que mi madre estaba olvidadiza; me reñía por no haberle traído el chal, cuando lo tenía sobre el respaldo de su butaca. La artritis de Papá había ido a peor, pero nada le impedía darse su paseo cotidiano por los jardines de Fredensborg, con su puro en la mano. Misha y Olga, de dieciséis y trece años respectivamente, disfrutaban de la ausencia de etiqueta; iban de paseo en barca juntos y leían inclinados sobre un mismo libro, como habían hecho desde su infancia.

Alix vino a visitarnos; en esta ocasión, sola. Estaba callada, algo retraída; pero cuando Mamá le preguntaba qué le ocurría, murmuraba:

—Nada. Estoy un poco cansada, nada más.

Yo sabía que era algo más que fatiga. El dolor por la muerte de su hijo la seguía abrumando; había tenido unas fiebres graves que la habían dejado con una pierna rígida y ahora se quejaba de que estaba cada vez más sorda. Pero yo había leído en San Petersburgo la prensa extranjera; había leído artículos de chismorreos en el *Daily News* de Londres que contaban que su alteza el Príncipe de Gales acompañaba por Londres a actrices destacadas. Yo recordé la advertencia que me había hecho mi madre años atrás de no hablar nunca de ello y callé; pero procuré, por otra parte, expresar mi afecto a Alix.

Por las tardes nos dábamos paseos a orillas del lago; Alix me cogía del brazo y recorría el camino pisando con cautela y ayudándose de su bastón, que había puesto tan de moda en Inglaterra que ya lo empleaban centenares de mujeres para parecerse a su princesa. Le pregunté por su hijo Jorge, que se había casado con la prometida de su difunto hermano, la princesa María de Teck, conocida en la familia con el nombre de May.

—Son muy felices juntos —me dijo—. Como sabes, May es de origen alemán, pero, como nació y se crio en Inglaterra, sabe comportarse. Y mi

Jorge se parece tanto a Nicky que podrían ser gemelos. Pero Victoria no está bien. Las rebeliones de la India y los enfrentamientos en Irlanda son una carga para ella. No es fácil reinar tanto tiempo como ha reinado ella. Ha disfrutado poco de la vida y no consiente ninguna desobediencia a su voluntad.

Hizo un mohín de irritación y, por un breve instante, se pareció a sí misma cuando era más joven, a mi astuta hermana que había rechazado a un zarévich para casarse con el heredero de la corona británica.

—La conmovió la carta en la que le agradecías el libro de poesías y sus palabras amables tras la muerte de Sasha. Todavía se acuerda de cuando fuiste a pasear a caballo sin sombrero. —Hizo una pausa—. ¿Lo sigues echando de menos?

—¿Montar a caballo? —pregunté.

—Ser zarina —me dijo, dándome un codazo—. No ha debido de ser fácil renunciar a ello.

—No lo ha sido. Yo me había enorgullecido de pensar que ostentaría el título hasta mi muerte. Pero cuando Sasha me dejó, ya no me pareció tan importante.

Volví el rostro hacia el lago, pues no quería que ella viera cuánto me había avivado su pregunta el dolor del pasado y mi frustración por el presente.

—Sin él, prefiero estar como estoy —dije—. Me resulta menos fatigoso.

—¿Y Nicky? ¿Le va bien?

Esboqué una sonrisa forzada.

—Muy bien. Está encantado por el próximo nacimiento de su hijo. Pero ser zar no le resulta fácil —dije precipitadamente, para no caer en la trampa de tener que hablar de su mujer—. Me temo que no tuvimos tiempo para prepararlo bien en ese sentido. Pero aprenderá. Tiene que aprender.

Alix se me quedó mirando. Supuse que debía de haber oído algo sobre la situación en Rusia. Alejandra escribía con regularidad a Victoria y yo dudaba que le dijera nada halagüeño de mí. O quizá no hablaba de mí en absoluto. Con aquello bastaría. Pero, para mi alivio, Alix no me preguntó más.

—Tienes un aspecto estupendo, Minnie —dijo al fin—. Perder a un hijo ya es terrible de por sí, pero perder a un marido...

No concluyo la frase. Al perder a su querido Eddy, había perdido también a Bertie. Yo los quería a los dos; me dolía que su duelo los hubiera separado

más, pero no quería obligarla a que me confesara lo que no quería revelar.

—Debemos seguir adelante —le dije—. Es lo que tú me dijiste. Debemos vivir por nuestros hijos.

Ella suspiró.

—Tú aprendiste algo más. También has aprendido a vivir por ti misma.

* * *

Alejandra había tenido la previsión de no permitir el paso a testigos en su alcoba del palacio de Alejandro; de modo que, aunque yo regresé tal como había prometido, no estuve presente en el nacimiento de mi nieto. Solo se permitió acompañarla a Nicky, mientras sus dolores se prolongaban a lo largo de catorce horas de suplicio.

Me llegó el aviso, por medio del palacio de Invierno, de que su majestad imperial había dado a luz. Antes de haber tenido tiempo de contar las salvas que se disparaban desde la fortaleza según la tradición (trescientas si era niño, ciento una si era niña), ya me había subido a mi tren para ir a Tsarskoye Selo. En cuanto llegué al palacio de Alejandro y entré en el despacho de Nicky, lo supe.

—Una hija —me dijo cuando lo besé, arrugando la nariz por el olor penetrante de tabaco que tenía él en el aliento—. Botkin nos ha dicho que está perfectamente sana. Ahora, una niña, pero la próxima vez será un niño. Alicky y yo todavía somos jóvenes. Tenemos mucho tiempo.

Me hablaba como con frases ensayadas, como si ya hubiera pronunciado antes aquellas palabras, sin duda a su mujer. Además, tenía los movimientos inconexos de un hombre que ha pasado demasiado tiempo de pie. Los dedos le temblaban junto al costado. Juguetó con los objetos de su escritorio antes de tomar los cigarrillos.

—Dame uno —le dije.

Él me miró con sobresalto. Yo me encogí de hombros.

—¿Por qué no? —le dije—. Estamos solos. —Él encendió el cigarrillo y me lo pasó—. ¿Cómo está? —le pregunté, inhalando el humo a fondo.

—Como te puedes imaginar,

—No me lo puedo imaginar. Cuéntamelo tú. Y haz el favor de sentarte.

Se hundió en su sillón de cuero, con el rostro apoyado en una mano flexionada; el humo del tabaco se le difundía a través de la barba. Tenía los ojos claros enrojecidos, llorosos por la falta de descanso.

—Está muy cansada. Ahora, duerme.

—Sí. Bueno, eso ya me lo puedo imaginar, después de haber tardado catorce horas en dar a luz a una criatura.

Él también estaba tan cansado que no advirtió mi tono de sarcasmo. Con ella nada era fácil, ni siquiera la más natural de las funciones. Hasta su primer parto había tenido que ser épico.

—No estoy seguro de cómo se siente al respecto —dijo él de pronto—. Cuando la comadrona le entregó a Olga (hemos decidido llamarla Olga, pues a Sunny le encanta ese personaje de *Eugenio Oneguin*), ella parecía... poco interesada.

O desilusionada. Tenía mucho que demostrar, tal como le había quedado claro en mi baile de gala. Un hijo y heredero le habría ayudado mucho a conseguir ese respeto del que carecía.

—Está cansada, como has dicho. Cuando se recupere, se enamorará. El primer hijo siempre es muy especial —le dije, sonriéndole—. Tú lo fuiste para mí y lo sigues siendo.

—Yo también lo creo. —No parecía convencido—. Fue aterrador, Mamá. Parecía que se iba a morir; había más sangre de la que yo esperaba. Todos decían que aquello era normal, pero yo tuve que salir del cuarto. Empezaba a sentirme mal.

—No es cosa para hombres. No se debería dejar entrar a ningún hombre, salvo al médico. A tu padre no le gustaba nada verme dar a luz. Después de haberte tenido a ti, se negaba a estar en el mismo cuarto.

Nicky sonrió débilmente.

—Parece muy propio de él.

—Pero la criatura está bien formada y sana, ¿verdad? Entonces, no hay nada de que preocuparse. Dale tiempo. Será una madre excelente. Sé que lo será.

Estuve a punto de añadir que era lo único que le quedaba. Si fracasaba como madre, su fracaso sería absoluto.

—Deberías ir a verla —dijo Nicky. Le cayó sobre el pecho la ceniza del

cigarrillo. Le dio un manotazo y la extendió por toda la solapa.

—Y tú deberías lavarte y dormir un poco —repliqué—. No voy a molestarla. Lo que menos necesita una mujer recién dada a luz es que aparezca su suegra a despertarla y meter las narices en sus cosas.

—No digo a Alicky. A la pequeña Olga. Creo que se parece a ti.

Era regordeta; aullaba y pataleaba, luchando con su nodriza para aferrarse a la teta. En cuanto la vi y la oí sentí que me iban a flaquear las piernas. Hasta entonces no me había dado cuenta de cuánto había temido verme ante un débil ejemplar de la sangre de Alejandra; pero la primera nieta que me habían dado Nicky y ella tenía unos pulmones combativos como los de Sasha.

—Toda una Romanov —dije sin pensarlo.

La nodriza asintió con la cabeza con gesto de cansancio.

—Siempre tiene hambre, majestad. No ha hecho nada más que pedir, desde que nació.

—Hace bien —dijo.

Tomé en mis brazos el bulto que bullía. Mientras mi nieta me daba golpes en el pecho con unos puñitos sorprendentemente fuertes, le besé la coronilla, todavía mal formada, y aprecié su aroma a leche; a esperanza y posibilidades, a vida, antes de que los años pasaran su factura.

Se quedó en silencio de pronto. Tenía los ojos medio cerrados, pero parecía que eran azules grisáceos, como los de Nicky; aunque la mayoría de los recién nacidos tenían los ojos de ese color antes de madurar.

La nodriza sonrió.

—Está claro que reconoce a su abuela.

—Como debe ser —dije, estrechándola—. Bienvenida, gran duquesa Olga Nikolaevna.

* * *

Tal como yo había previsto, cuando Alejandra se hubo recuperado del parto, dio muestras de gran interés por su hija. Aprovechó la ocasión para convencer a Nicky de que se establecieran permanentemente en el palacio de

Alejandro, donde ella forjó un entorno familiar íntimo e hizo venir a una niñera británica que le había recomendado Victoria para que la ayudara con la crianza de Olga. Yo manifesté a Nicky mi protesta.

—Tsarskoye Selo está demasiado lejos. Tú tienes que hacerte ver.

—Está a solo una hora de la ciudad, más o menos, en tren privado —señaló él—. Papá nos hizo trasladarnos a Gatchina, que está más lejos y el Gobierno se adaptó.

—Nos adaptamos *nosotros* —repuse yo—. Fue por nuestra seguridad, Nicky, y a mí no me gustó nunca. ¿Cómo sabrás si surge una amenaza, antes de que sea demasiado tarde? Como zar, tu lugar es la capital.

—Sunny no quiere vivir en la capital. Le parece que es demasiado insalubre, con tanta aglomeración y brotes de enfermedad. Quiere tener a salvo a Olga.

—No lo entiendo. Todos hemos criado a nuestros niños en la ciudad... —dije; pero me detuve al recordar la muerte de mi criatura, el pequeño Alejandro.

Al ver que la expresión de Nicky se volvía retraída, como sucedía siempre que yo le planteaba mi frustración ante la necesidad incomprensible de aislamiento de su mujer, hice el esfuerzo de no decir más. Fuera cual fuera la distancia entre el palacio de Alejandro y San Petersburgo, los dos sabíamos que la preocupación por su hija no era la única motivación de ella. Alejandra no había querido nunca asumir las obligaciones sociales que se le exigían, y ahora tenía la excusa perfecta para no hacerlo.

En lugar de ello, dije:

—Había pensado encargarle un piano Érard, como regalo por el bautizo de Olga. ¿Crees que le gustará?

—Ah, sí —dijo él con entusiasmo, agradeciendo todo intento de reconciliación por mi parte.

Y sí que le gustó. Estaba encantada y no tardó en cubrir de tientos con violetas la costosa tapa del piano de madera satinada. Nicky me decía que tocaba el instrumento todas las noches. Yo volví a reprimir mi resentimiento. Con tal de que estuviera a gusto en su nueva residencia, cuidara de su hija y se quedara embarazada otra vez. Necesitábamos un zarévich.

* * *

Seis meses más tarde, mientras el cielo de mayo relucía como el acero sobre Moscú y los cuervos volaban en círculo soltando graznidos estridentes, Nicky y Alejandra celebraron su coronación.

A juzgar por la expresión de ella mientras soportaba la ceremonia, estaba contando los minutos que le faltaban para poder regresar a su palacio. Cuando vi a Nicky ponerle en la cabeza la diadema (la misma que me había impuesto Sasha a mí), me llené de emoción. No quise asistir al baile de gala que tuvo lugar en el Kremlin aquella noche y pedí a Xenia que ocupara mi lugar.

Cuando dije que con solo oír la música me daba la impresión de que estaban saqueando la tumba de Sasha, mi hija no me riñó. Me quedé en mis aposentos llenos de corrientes (al Kremlin le hacía falta una renovación) y, después, me retiré a mi cama para cubrirme la cabeza con almohadas. Ni siquiera me aliviaba imaginarme cruelmente a Alejandra con todas sus galas, obligada a saludar a miles de personas que acudían a felicitarla. Por primera vez desde la muerte de mi marido, no soportaba no ser la zarina.

Nicky había nombrado Gobernador General de Moscú a su tío Sergio para que supervisara su coronación. La ciudad se había industrializado mucho y las consiguientes condiciones de vida miserables habían atraído a bastantes radicales, pues, si bien el movimiento nihilista había dejado de existir como tal, sus ideales seguían floreciendo. Sergio había hecho detener a los estudiantes que se manifestaban, que eran centenares en Moscú, al parecer, y había expulsado a los judíos, con lo que se había vuelto muy impopular. Y la pobre Ella había llorado al tener que abandonar San Petersburgo para ir a Moscú. Como no tenía hijos propios, se había convertido en tía querida de sus sobrinos y sobrinas Romanov, sobre todo de María y Dimitri, los hijos del hermano menor de Sasha y de Sergio, el gran duque Pablo; la mujer de Pablo (sobrina mía por mi hermano Willie) había muerto al dar a luz a Dimitri.

Cuando Nicky me invitó a participar en el solemne reparto de regalos en el campo de Khodynka, el día después de la coronación, tuve que acceder, ya que no había asistido a ningún acto; aunque temía el recuerdo de cuando había estado allí yo con Sasha. El día designado, cuando todavía me estaba vistiendo, Tania irrumpió en mis habitaciones presa del pánico.

Me volví hacia ella con tal precipitación que me salió volando el sombrero que me había sujetado Sophie a la cabeza.

—¿Qué pasa? ¡Dios mío, dime que no ha pasado nada a mi hijo!

—No; no se trata de su majestad —se apresuró a decir Tania—. Está a salvo. Pero acabamos de recibir un mensaje de su alteza el gran duque Sergio. Se ha producido una desgracia en el campo.

Tomé mi chal y me dirigí a la puerta.

—¡Majestad, vuestro sombrero! —me gritó Sophie, arrojándomelo, mientras corría con Tania hacia mi carruaje.

Aunque estábamos en primavera, hacía fresco. Tania me atendió; me sujetó el sombrero y le bajó el velo, y me cubrió las piernas con una manta mientras yo daba la orden de partir. Solo cuando rodábamos camino del campo me contó Tania, sin aliento, lo que había pasado.

Había corrido entre el populacho el rumor de que no había suficientes vasos y platos de recuerdo. La multitud, en un arrebató espontáneo, había superado las vallas para saquear los pabellones contiguos al estrado. Aquel campo servía para ejercicios militares y estaba surcado de trincheras mal cubiertas con tierra suelta. Mientras algunos se hundían en ellas, rompiéndose huesos, otros los pisoteaban con el ansia de llegar a recibir nuestros regalos. Cosacos a caballo, armados de sus *nagaikas*, sus fustas cortas y gruesas, cargaron contra a las turbas agitadas para poner coto al saqueo provocando una estampida aterrorizada.

Cuando mi carruaje se detuvo en la carretera ante los obstáculos que nos impedían el paso, se me cortó la respiración. Pasaban ante nosotros lentamente carromatos cubiertos de lonas de los que colgaba aquí una bota aplastada y roja, allá un brazo que salía de una blusa de campesino salpicada de sangre. Ví pasar un carromato tras otro, sentada en mi carruaje, horrorizada, apretando la mano desnuda, fría, de Tania.

Alguien debió de reconocerme y dar aviso, pues llegó hasta nosotros Sergio, a medio galope en su corcel negro, de uniforme, muy erguido, con el rostro aguileño pétreo, los pómulos marcados sobre la barba dorada oscura bien cuidada. Solo sus estrechos ojos verdes daban señales de vida cuando me dirigió la mirada; y la vida que vi en ellos era helada; estaba muy lejos de la devastación que se había producido bajo su autoridad.

—Majestad —dijo, inclinándose en la silla—. Debéis volver atrás. Se han suprimido las festividades. Tenía entendido que os habían informado.

Lo miré con asombro. Me faltó la voz, pero conseguí preguntarle:

—¿Cuántos?

—No se ha determinado todavía. Dadas las circunstancias, podemos suponer que la cifra es considerable. —Hizo una mueca—. Con estas multitudes pasan estas cosas. Rebeldes y descontentos que siembran el desorden a su paso.

—¿Se ha dado aviso a Nicky? —dije, tragándome mi ira.

Yo siempre había apreciado a Sergio, quizá porque eran tan pocos los que lo apreciaban; pero sentí entonces franca repugnancia al oírle explicar con tal desprecio aquella tragedia pública que debería haber sido una celebración de la coronación de mi hijo.

—Fui a informarle inmediatamente. Ahora, majestad, debo insistir. No estáis segura aquí.

Empezaba a ordenar a mi cochero a que diera la vuelta al carruaje, cuando yo alcé la voz.

—¿Va a venir en persona? ¿Vendrán Alejandra y él a consolar a los supervivientes?

Sergio no respondió. Aplicó las espuelas a su montura y se alejó al galope. Mi carruaje realizó la difícil maniobra para volver atrás y llevarme de nuevo al Kremlin. Yo ya estaba temblando. Cuando miré a Tania a los ojos, ella me dijo:

—Yo sí os di aviso, en cuanto recibí su mensaje.

Yo asentí con la cabeza.

—Venir aquí fue decisión mía —dije—. Teníamos que venir alguno de nosotros.

Pues ya sabía que Nicky no vendría.

Tras ponerme mi ropa negra de luto, fui al hospital de Moscú adonde habían llevado a los heridos. No intenté ver a Nicky, pues sabía que estaría acosado por sus ministros y funcionarios y, sin duda, por las quejas contra Sergio por no haber erigido cercas más sólidas para frenar el paso a la multitud. El

hospital parecía un campo de batalla; en cada catre disponible había un cuerpo destrozado: hombres, mujeres y niños que habían venido de toda Rusia para disfrutar de la diversión y habían quedado aplastados o descarnados hasta los huesos por las *nagaikas* que blandían los cosacos en su determinación salvaje de restaurar el orden. Muchos murieron más tarde de sus heridas. El cálculo oficial sería de más de mil muertos e hizo llorar a Nicky.

Sergei no le había informado de la gravedad del suceso y las palabras que me dijo, «con estas multitudes pasan estas cosas», se oyeron, trascendieron y se interpretaron de manera maliciosa. Corrieron por todo el imperio y por el extranjero a modo de profecía amenazante y se atribuyeron a Nicky, cuya indiferencia se criticaba.

Cuando se convocó a Sergio para pedirle explicaciones, él afirmó que no tenía idea de la gravedad de los hechos, pues se había dirigido al zar antes de salir al campo para evaluar los daños. Descargó la culpabilidad sobre sus subordinados de Moscú que habían tenido la misión de supervisar el evento.

—Se ha ofrecido a presentar su dimisión como gobernador general —me contó Nicky, pálido, cuando vino a visitarme aquella noche. Llevaba su uniforme blanco con remates de marta cibelina negra, sus insignias de diamantes y la faja imperial—. Yo se la rechacé. Sandro y sus hermanos la exigían, diciendo que Sergio tenía culpa. Pero Vladimir, Alexis y Pablo les gritaron que eran unos acólitos de Robespierre, pues ¿cómo podía haberlo previsto Sergio?

—Nadie lo pudo prever —dije yo, aliviada de no haber optado por acudir a él y haber sido testigo de la disputa amarga entre los grandes duques.

Pensé que haría bien en aceptar la dimisión de Sergio, aunque solo fuera para apaciguar la tormenta que todavía debía estallar en los periódicos. Pero, tras mi vigilia en el hospital, estaba demasiado agotada como para discutir; y cuando me dijo «no estás vestida» debí de poner cara de desconcierto.

—Mamá, el baile en nuestro honor en la embajada francesa —me recordó—. Se espera nuestra asistencia.

—¿Después de esto? —dije, mirándolo con incredulidad—. Suspéndelo. Tenemos que enterrar a nuestros súbditos muertos.

—Francia es nuestra aliada. Sunny dice que debemos ir, por diplomacia.

—Y ¿desde cuándo le ha importado a ella la diplomacia? No va a producir buena impresión que baile con la tiara de Catalina la Grande mientras la sangre de nuestro pueblo está fresca en ese campo.

Él se volvió hacia la puerta.

—Nicky —dije, y él se detuvo—. Por favor. —Me tembló la voz—. Tu pueblo te necesita. Debes hacerme caso. Suspende el compromiso en la embajada y publica una proclamación de duelo nacional. No podemos parecer indiferentes en un momento como este. Quizá no lo entienda Alejandra, pero es que no es uno de los nuestros.

—Me entiende a mí —respondió.

Abrió la puerta de un tirón y se marchó.

CAPÍTULO 28

El 10 de junio de 1897 bramaron los cañones de la fortaleza. Ciento una salvas: había nacido mi segunda nieta, hija de Nicky, a la que bautizaron con el nombre de Tatiana, también en homenaje a Pushkin. Otra niña linda y sana, dos años después de la primera; pero seguía sin llegar un hijo.

Yo no estaba presente. Mi padre me había hecho llamar con urgencia. Mamá, de casi ochenta años, estaba muy deteriorada. Cuando llegué a Fredensborg, donde ya me esperaba Alix, encontré a nuestra madre doblada y quebradiza como una rama seca y confinada en una silla de ruedas. Había sufrido una apoplejía y su figura retorcida, agitando la barbilla sobre el pecho demacrado, era un espectro de la madre recia que habíamos conocido. Cuando falleció mientras dormía, al año siguiente, Alix y yo regresamos para asistir a su funeral. Estábamos desconsoladas, a pesar de que sabíamos que era mejor así. Mamá habría aborrecido su propia fragilidad.

Papá se encerró en su cuarto y se negó a salir.

—El año que viene —me susurró Alix cuando nos despedimos.

No era posible ocultar que no volveríamos a disfrutar nunca de otra reunión familiar, con los jardines y el palacio llenos del bullicio de nuestros hijos. Freddie, como príncipe heredero, se haría cargo de la mayor parte de los deberes de Papá. El propio Papá no podría durar mucho tiempo sin Mamá pero, mientras siguiera estando, Alix y yo deberíamos volver todos los años a verlo.

—Hermanas para siempre —le dije, abrazándola con fuerza.

—Para siempre —dijo ella.

Pero, cuando se dirigió a su barco, yo me pregunté cuánto tiempo duraría ese «para siempre». Yo tenía casi cincuenta y un años; ya no era tan joven. Y, con cada pérdida, la muerte iba desmontando el mundo que había conocido y

me dejaba más inquieta por lo que podía surgir en su lugar.

* * *

—Qué detalle tan encantador —dije, intentando dedicar una sonrisa a Nicky, que estaba ante mí en mi Anickhov. Él había venido a la ciudad por asuntos de Estado, después de que Alejandra hubiera dado a luz a su tercera hija dos años después del nacimiento de Tatiana, como si siguiera un programa inmutable—. ¿Ha sido idea de ella de verdad?

Él asintió con la cabeza, incómodo.

—Somos conscientes de que acabas de salir del luto por la *Grandmère* Luisa; pero Sunny dice que sería un honor bautizar a nuestra última hija con tu nombre.

—Mi nombre es Dagmar —le recordé, procurando evitar el tono de crítica—. María es mi nombre ortodoxo, pero no es el nombre con el que me bautizaron.

Al ver que se le oscurecía la mirada, añadí:

—Pero dile que es todo un honor para mí. Es un detalle encantador, como ya he dicho.

No añadí que, en vista de que su hija había nacido hacía ya dos meses, mi opinión no tenía mayor trascendencia; ellos ya habían decidido el nombre de la criatura y no me lo habían comunicado hasta entonces.

Se le asomó al rostro una breve sonrisa. Después, oímos el traqueteo del telégrafo que funcionaba en el antiguo despacho de Sasha. Era un aparato nuevo, recién instalado en mi palacio, como el que tenía Nicky en Tsarskoye Selo; pero a mí me desagradaba su ruido de electricidad estática y lo hice montar en aquella habitación que yo no usaba nunca. Al cabo de un momento, mientras los dos nos esforzábamos por oír si Obolenski había recogido el mensaje que hubiera llegado, Nicky dijo: «Puede ser de Sunny», y salió a paso vivo.

Yo me quedé sentada, apretando los puños. Otra hija. Ya parecía poco probable que ella llegara a tener un hijo. El silencio se prolongó hasta que llegué a preguntarme dónde se habría metido Nicky. ¿Es que Alejandra le había enviado un mensaje diciéndole que se marchara sin despedirse? Me

acerqué a las puertas de mi sala de estar y oí susurros apremiantes en el pasillo, la voz de Nicky que decía a mi mayordomo:

—Deja que la prepare yo primero. Ella...

Salí al pasillo.

—¿Qué pasa?

Nicky se volvió hacia mí, mientras Obolenski apartaba la vista. Mi hijo tenía una palidez mortal y los ojos llenos de lágrimas. Sostenía el telegrama en la mano crispada.

—Mamá... Jorge ha... está...

Oí su voz. Oí lo que él no era capaz de decir en voz alta. Pero no lo podía oír. Un clamor sordo me llenaba la cabeza y sentí un gran vacío, sin ser consciente de que me flaqueaban las rodillas hasta que Nicky se apresuró a impedir que cayera derrumbada al suelo. Me sostuvo mientras daba salida a los sollozos que había estado conteniendo. Yo no pude llorar. Ni una sola lágrima.

Mi pena era tan profunda que no tenía nada dentro que pudiera derramar.

Lo habían encontrado en una cuneta, con su bicicleta caída junto a él. Según el médico local, que se había desplazado de Kazbek a Abastumani para examinar el cadáver de mi hijo, lo más probable era que se tratara de una hemorragia masiva. Pero tendría que realizar una autopsia para estar seguro.

Yo me negué. Ya sabía qué era lo que había matado a mi hijo. Le lavé las carnes frías y lo vestí con su uniforme. Sus sirvientes, muy afectados, me acompañaron a mi tren con su ataúd para hacer el viaje a San Petersburgo. Solo cuando vi el ataúd estibado en el compartimento de equipajes de mi tren recordé la impresión que había tenido de que no había vivido solo, de que había tenido a una mujer en su casa. No se me había ocurrido preguntarlo; estaba tan abrumada por su pérdida que apenas había sido capaz de ocuparme de los deberes más indispensables, pues había que enterrarlo con las exequias propias de un gran duque.

Ya no lo sabría nunca. Se había llevado su secreto consigo. Hundí la cara entre las manos y esperé a que me venciera el dolor y terminara de romper lo que me quedaba de corazón roto. Pero oí su voz, como si hubiera estado

sentado allí, a mi lado.

Ya no seré su alteza imperial. Seré Jorge Alexandrovich a secas.

Era el único de nosotros que había vivido y había muerto sin estar atado por nuestras cadenas invisibles.

* * *

Las tres nietas que me había dado Nicky tenían una belleza etérea y su vida de reclusión en Tsarskoye Selo las dotaba de una inocencia angélica. Yo no las veía con la frecuencia que hubiera querido. No esperaba a que me invitasen para ir a visitarlos, pero siempre avisaba de antemano para que Alejandra pudiera prepararse. Y tampoco me quedaba más tiempo del conveniente. Aunque ella no decía nunca abiertamente que estaba cansada de mi compañía, lo dejaba claro retirándose a su gabinete malva, porque era partidaria de no prestar atención a todo cuanto le resultaba intolerable; aunque no podía dejar de prestar atención al hecho de que necesitábamos urgentemente un heredero desde la muerte de Jorge.

Esto quedó más claro que nunca cuando envió un telegrama apremiante a mi palacio diciendo que Nicky había caído enfermo en Crimea.

Me apresuré a viajar inmediatamente en mi tren privado hasta la finca misma donde había muerto Sasha. Solo quedaba la mitad de la casa, pues Nicky había mandado derribar por completo la construcción antigua para levantar un palacio de verano nuevo. Había ido a supervisar las obras para que pudiésemos visitarlo al verano siguiente.

Yo, aterrorizada, apenas presté atención a aquel entorno triste que contenía unos recuerdos tan terribles para mí de los últimos días de Sasha. Me estaba esperando Botkin, nuestro médico imperial.

—Tifus, majestad —dijo—. Tiene fiebre muy alta. No debería haber venido vuestra majestad. La enfermedad es muy contagiosa. Es peligrosa a su edad.

Tifus. La misma enfermedad que había estado a punto de matar al hijo que quedaba a mi hermana Alix. Yo, tragándome la angustia, dije:

—No estoy dispuesta a perder otro hijo. Si tiene que morir alguien más, que sea yo. Mande aviso a la emperatriz. Dígale que no debe venir bajo

ninguna circunstancia. No debe arriesgarse, ni, Dios no lo quiera, llevar la enfermedad a su palacio, poniendo en peligro a sus hijas.

Nicky deliraba. Botkin y yo lo cuidamos con dedicación, mientras el cuerpo se le llenaba de manchas de color rosáceo y las sábanas se empapaban de sudor. Yo lo bañaba, le cambiaba la ropa de cama y rezaba pidiendo por su vida. Cuando la fiebre cedió, casi una semana más tarde, estaba tan débil y consumido que no era capaz de levantar la cabeza. Yo había tomado la costumbre de dormir junto a él, en una butaca, a pesar de los temores de Botkin de que me contagiara la enfermedad. Cuando lo oí moverse, me incliné sobre sus labios reseco y él me susurró:

—Prométemelo.

—Lo que quieras, niño querido —le dije, acariciándole la mano en la que le resaltaban las venas.

—Sunny. Mis niñas... —Le resultaba muy penoso hablar—. Prométeme que las cuidarás.

—Vas a ponerte bueno. Ha cedido la fiebre. Descansa. Yo estoy aquí. No te abandonaré.

—Prométemelo —dijo, mirándome con ojos implorantes.

Yo asentí con la cabeza.

—Te lo prometo. Ahora, descansa.

Tardó otras tres semanas en recuperarse lo suficiente para viajar; por entonces, en consulta con su ministro de Finanzas, el conde Witte, decidimos que debíamos nombrar a Misha zarévich en funciones. Nicky accedió a disgusto, con la provisión de que Misha debía renunciar al título en cuanto Nicky tuviera un hijo. Misha, que ya tenía veintiún años y militaba en el regimiento de la Guardia Montada, manifestó su consternación. Le aseguramos que era una medida que se tomaba por pura conveniencia. La enfermedad de Nicky nos había hecho ver lo que podía pasar si se moría sin haber dejado designado un heredero que lo sucediera.

Todos comprendían la urgencia de la situación, salvo Alejandra. Cuando Nicky convalecía en el palacio de Alejandro, no cabía dudar de su devoción hacia él, ni tampoco de la furia que sentía hacia mí.

—¿Y nuestro nuevo zarévich se buscará pronto una zarevna? —me preguntó cuando estábamos en su gabinete malva con mis hijas Xenia y Olga. Estas

habían venido al palacio a petición mía, para hacer compañía a las niñas mientras yo la ayudaba a cuidar de Nicky.

—No he pensado en ello —respondí; pues era cierto que no lo había pensado; y me pregunté cómo habría sido capaz ella de pensar en eso, ahora que Nicky apenas era capaz de caminar desde su cama hasta su despacho.

Se dirigió a Xenia.

—Pues bien, si lo hace así, me temo que tendré que presentarme en público sin ninguna joya. La esposa de Misha se quedará todas las que tengo, pues son de la zarevna; y la emperatriz viuda no puede prescindir de las demás.

En aquel momento, la aborrecí con tal intensidad que, si no hubieran estado presentes mis hijas, se lo habría dicho abiertamente. En vez de ello, encendí un cigarrillo. Mientras ella me miraba con desagrado, pues no le gustaba nada que se fumara en su salita privada (aunque yo había percibido más de una vez olor a tabaco en el aire, que desvelaba que también ella se fumaba un cigarrillo de vez en cuando), dije alegremente:

—Todo se arreglará en cuanto tengas un hijo. Faltarán muchos años para que la mujer de este necesite joyas.

Ella palideció, a excepción de dos manchas vivas de rabia que le enrojecieron las mejillas.

Al día siguiente, convencida de que Nicky se restablecía, salí para Gatchina. Cuando íbamos en mi tren, Xenia dijo:

—¿Era preciso que la insultaras? Con tu comentario, y al hacer que declararan zarévich a Misha, dabas a entender que ella quizá no tenga nunca un hijo varón.

—Todavía no lo ha tenido —dije yo; y Olga soltó una risita. Tampoco le caía bien Alejandra, aunque lo disimulaba mucho mejor, pues quería a sus sobrinas y sabía que no sería bueno para ella ganarse la ira de esta. A mí no se me podía prohibir hacer más visitas, pero a la hermana del zar sí.

Xenia sacudió la cabeza.

—No eres razonable, Mamá. Si no era enemiga tuya antes, no cabe duda de que lo será a partir de ahora.

Eso esperaba yo. Quería plantarle cara; quería decirle todo lo que pensaba de sus modales aborrecibles y de su mentalidad burguesa. Me indignaba que fuera capaz de provocar una riña mezquina por unas joyas cuando mi hijo, su

marido, se acababa de librar de la muerte por poco. Para subrayar mi desagrado, devolví a la caja fuerte las joyas que estaban en mi poder e hice que se lo comunicaran por carta.

Por lo que a mí respectaba, podía ahogarse en ellas si quería.

* * *

Misha, alto y elegante, con sus rasgos alargados de Romanov y su sonrisa indolente, tenía bastante éxito con las mujeres y me advirtió que no pensaba sentar cabeza. Pero al entrar el nuevo siglo mi Olga cumplió los dieciocho años sin haber dado, ella tampoco, muestras de interés por casarse. Decidí que debía ponerse de largo. No se había convertido en una belleza, pero era bastante hermosa, sobre todo por sus ojos oscuros y expresivos, aunque había salido por completo a Sasha.

—¿Una puesta de largo? —me dijo—. ¿Para qué? Detesto las fiestas.

—Eso es lo que crees, pero ¿cómo lo sabes, si no las has probado?

—No —dijo, apretando los dientes.

—Sí —repuse yo—. Y lo harás con una sonrisa.

Convirtió en un tormento tal las pruebas de su vestido, y se quejaba de tal manera durante la fiesta de gala de que las zapatillas le apretaban los pies, que yo sentía escalofríos al ver a los caballeros que se atrevían a afrontar sus muecas para invitarla a bailar. Cuando concluyó la velada, se volvió hacia mí y se arrancó la diadema.

—Ya está. Ya he hecho la puesta de largo. Y sigo detestando las fiestas.

Cuando se marchó, enfadada, miré a Tania con impotencia.

—¿Cómo voy a encontrarle un marido? —me pregunté.

—Con mucha cautela —respondió mi dama de compañía—. Y con paciencia.

* * *

La puesta de largo de Olga fue el arranque de la temporada social, la primera que hacía yo después del luto oficial por Jorge. Me había gastado un

dineral en un vestido nuevo de terciopelo rosa con apliques de satén crema y mangas con remates de encaje. Cuando llegué al palacio de Miechen y me quité el mantón, ésta exclamó:

—Pero, Minnie, ¿cómo haces para no envejecer? Si yo fuera tan crédula como nuestra *Mère Gigogne*, pensaría que tienes tratos con hechiceros para que te detengan el paso de los años.

Había asignado a Alejandra este mote, basado en el de un personaje de las marionetas francesas que representa a una mujer que vive apartada del mundo y se rodea de niños. El mote, tan gracioso como malicioso, se había extendido con una rapidez muy reveladora entre las otras grandes duquesas para escándalo de Xenia, que me riñó por haberlo repetido. A mí no me gustaba, pero estaba bien puesto.

No obstante, me inquietó el comentario de Miechen, que me hizo pasar a su panteón sofocante y anunció que su majestad imperial la Emperatriz Viuda solo se dignaba hacer acto de presencia en las veladas de la gran duquesa Pavlovna. Era una exageración, por supuesto, pues yo pensaba presentarme en todos los lugares donde me invitaran; pero le consentí aquel acto de soberbia para impresionar a sus invitados.

Más tarde, cuando estábamos en su salón, rodeados de sus invitados, me preguntó por el cuarto embarazo de Alejandra, que se acababa de anunciar.

—Descansa constantemente —le dije—. Si su sofá pudiera producir un hijo, ya tendría una docena. Pido sinceramente al cielo que lo tenga esta vez.

—Lo tendrá, sin duda, si la cosa depende de ella —dijo Miechen, saludando con un gesto de la cabeza a una condesa que pasaba ante nosotros; las esmeraldas que rodeaban su grueso cuello eran como un desafío opulento ante los modestos ópalos de la condesa.

Volví a percibir en su voz aquel matiz que delataba que tenía un secreto y quería contarlo... pero no sin que yo me esforzara un poco por sacárselo. A Miechen siempre le agradaba sentir que tenía mejores cartas y había que vencerla en un juego de ingenio para ganar la partida.

—No puede dar órdenes a Dios —dije, sin molestarme en medir mis palabras.

Yo seguía encolerizada por la conducta de Alejandra, pues, cuando esta había recibido mi carta acerca de las joyas, me había mandado decir que ya no

le parecían adecuadas y que encargaría otras nuevas. Me había obligado a ceder por despecho y, acto seguido, había anunciado su embarazo para quedar inviolable. No me desplazé al palacio de Alejandro para felicitarla. Veía a Nicky siempre que él venía a la ciudad para reunirse con su gabinete, pero a partir de entonces me negué a ceder a los caprichos de ella.

—Dios no es necesario cuando se tiene al doctor Philippe —dijo Miechen. Se llevó la copa a los labios fingiendo que bebía, hábil maniobra con la que parecía que estábamos hablando de cuestiones sin trascendencia. Volvió la mirada hacia mí—. ¿No lo sabías? Desde luego que te ha dejado a oscuras.

Sonreí para aliviar la mordacidad de sus palabras.

—Si no me equivoco, creo que tú te dispones a encenderme una luz ahora mismo.

Miechen, riendo por lo bajo, puso sus cartas sobre la mesa.

—Se conocieron por una amiga común, Anna Vyubova, una dama de compañía de ella sin grandes méritos. Pero nuestra *Gigogne* ha tenido a bien concederle una casita en la finca del palacio; cosen y tocan el piano juntas como amigas del alma. Parece ser que Vyubova le presentó a ese tal Philippe, de París. No tengo claro cuáles son las credenciales de este, si es que tiene alguna; pero una de sus supuestas habilidades es la de comunicarse con un niño en el seno materno y convencerlo... ¿o se lo manda?, para que cambie de sexo. La *Gigogne* consulta con él en la casita de Vyubova.

Hizo una pausa como si acabara de transmitirme un desliz sin importancia, aunque su revelación no tenía nada de intrascendente. El salón me dio vueltas ante los ojos como un desfile nauseabundo de figuras engalanadas como pavos reales y de canapés amontonados en bandejas de oro. Ante mi silencio, ella siguió diciendo:

—Algo tiene que hacer, si Dios no le otorga sus deseos, ¿verdad?

—Mas vale que esto no sean habladurías vanas —dije con voz severa.

Ella puso cara compungida.

—¿Lo ves? La luz puede llegar a ser cegadora. Y yo lo oí de una fuente de confianza, que sabe estas cosas y se lo contó a Vladimir.

—¿Se lo ha dicho Vladimir a Nicky?

Aunque di por supuesto que mi hijo ya lo sabía, seguramente no le gustaría enterarse de que las propensiones extrañas de su esposa eran de dominio

público.

Miechen habría alzado los ojos al cielo si hubiésemos estado a solas.

—Sabes muy bien lo que piensa Vladimir de... bueno, de todas estas cosas. Sabe muy bien que no le conviene decir nada a Nicky. En cuanto a mí, soy una tumba. También sé protegerme en lo que respecta a nuestra zarina.

Pasé la temporada social con mi alegría habitual, satisfecha de ver que me recibían con el mismo calor de siempre. Me movía por la sociedad, del salón a la ópera y de ahí al teatro y al baile de gala, procurando quitarme de la cabeza lo que me había contado Miechen.

Hasta que volví a oírlo, esta vez de labios de la princesa Zenaida Nikolayevna Yusupova, figura destacada de la alta sociedad y heredera de la mayor fortuna privada de Rusia. Lo contó, riéndose, en plena fiesta de gala, a pocos pasos de distancia de mí. Sin que yo hubiera tenido tiempo de reaccionar, a Zenaida se le vino encima un alud de preguntas curiosas de las otras damas.

Yo sabía que, antes de que se hubiera deshelado el Neva, todos los que eran alguien, y muchos que no eran nadie, se habrían enterado de que nuestra emperatriz practicaba el ocultismo.

Pedí al embajador francés que investigara, solicitándole la máxima discreción. El informe que me hizo llegar era peor de lo que yo había esperado. Provisto del mismo, esperé con impaciencia el día en que Nicky llegaría al palacio de Invierno para concluir sus asuntos antes de la llegada de la Navidad.

Mi hijo, como su padre, no era capaz de contener a su familia. Sus tíos solían irrumpir ante él sin previo aviso para quejarse a voces de tal o cual cosa. Ya debía de haber recibido alguna visita como aquella, pues, cuando entré en su despacho, me dijo:

—Mamá, si has venido a protestar, te ruego que no lo hagas. Hoy ya he oído lo suficiente como para sentir deseos de abdicar y pasarme el resto de mi vida cuidando ovejas.

—No digas esas cosas ni en broma. Dios te ha ungido para que reines.

—Eso me dicen unos y otros. Aunque parece que mis tíos no se han

enterado. —Encendió un cigarrillo mientras me miraba por encima de sus montones de papeles—. ¿De qué se trata?

—De nada. ¿Es que una madre no puede venir a visitar a su hijo, al que lleva tanto tiempo sin ver?

—Cuéntamelo —me dijo, indicándome una butaca.

Extraje la carpeta de piel del bolsillo interior de mi abrigo. Después, me senté y me arreglé las faldas como si el informe no tuviera mayor trascendencia. Quería observar su reacción y vi con satisfacción que arrugaba la frente al leerlo. Levantó hacia mí los ojos, en los que se leía la inquietud.

—¿Quién más lo sabe?

—Todo el mundo, supongo. A mí me lo contó primero Miechen y después lo oí en un baile de la princesa Yusupova. Estas cosas no se pueden guardar en secreto, ni siquiera en Tsarskoye Selo.

Él cerró el informe sin hacer más comentarios y, cuando se disponía a devolvérmelo, le dije:

—Lo hice preparar para ella. Es preciso que sepa que su doctor Philippe no tiene título para practicar la Medicina. De hecho, lo detuvieron por robo en París.

—Ya he leído el informe. He visto por qué lo detuvieron.

—Es un farsante. ¿Es que vas a permitir que un hombre así visite a tu esposa en el palacio de Alejandro?

—No solo a ella. Yo también lo he consultado. Es verdad que tiene poderes. Es capaz de comunicarse con los muertos. Hizo venir a Papá a petición mía, en una sesión.

Aquella revelación me dejó tan aturdida que, en un primer momento, creí que me estaba gastando una broma de muy mal gusto. Pero cuando se me quedó mirando como si no acabara de pronunciar unas afirmaciones tan absurdas, perdí la compostura.

—¿Estás loco? —exclamé, poniéndome de pie de un salto. Estaba al borde de las lágrimas—. ¿Cómo... cómo eres capaz de decirme una cosa así a mí, que soy tu madre y su viuda?

Él, alarmado, salió de detrás del escritorio y acudió a mi lado.

—Mamá, el doctor Philippe es nuestro amigo. Siento mayor confianza cuando él me asesora. Me dice que Papá vela por mí. —Intentó cogerme las

manos, pero yo se las retiré—. No entiendes lo que tengo que soportar. Esta crisis del trigo ha provocado revueltas regionales. Por consejo de Witte, hice que los campesinos vendieran sus cosechas a precio menor, a cambio de pagar menos impuestos. Ahora sufren una hambruna generalizada. Moscú está lleno de agitadores: Sergio ha hecho detener a docenas de malhechores, y han llegado noticias de que el matrimonio del hermano de Sunny está en ruinas. Ducky lo dejó cuando se enteró de que...

—Estoy bien informada del estado de nuestro país —lo interrumpí, mirándolo fijamente—, y también del matrimonio de Ducky. Se encontró a su marido en la cama con su paje. ¿O fue con su ayuda de cámara? Es horrible. Vergonzoso. Que lo resuelva Victoria. Al fin y al cabo, Ducky es su nieta.

—Victoria se está muriendo —dijo él con tristeza—. Sunny está muy afligida. Quiere ver a su abuela por última vez; pero, como está embarazada, no podemos viajar a Inglaterra.

Yo estaba asombrada. Sesiones de espiritismo con un charlatán y, ahora, esa pena incomprensible por una monarca que había convertido la existencia de su tía María en un purgatorio, además de no ser amiga de Rusia. ¿Es que mi hijo había perdido todo sentido de quién era?

—Vio a su abuela hace tres años —dije, negándome a manifestar ninguna lástima por la muerte inminente de Victoria—. Cuando los dos estuvisteis en Inglaterra, en vuestros viajes por el extranjero.

Se quedó callado, como indeciso. Yo tenía que ser firme. Sentía demasiada solidaridad hacia él; lo entendía mejor de lo que él se pensaba. Ya llevaba más de treinta años viviendo en Rusia. Sabía muy bien lo que tenía que soportar él. Ya había visto a su padre y a su abuelo soportarlo.

—Debes hacer que despidan a ese hombre —le dije—. Si se enteran de esto los periódicos, lo convertirán en una farsa. No es posible que se sepa que consulta a falsos videntes con la esperanza de tener un hijo varón. Solo Dios puede otorgaros lo que deseáis con tanto fervor.

Se retiró a su escritorio para encender otro cigarrillo, aunque el aire ya estaba cargado de una nube de humo, pues el frío penetrante impedía abrir las ventanas.

—¿Y bien? —Hubiera querido dar un pisotón en el suelo y gritarle, como hacían sus tíos—. Enséñale el informe. Ella aborrece los escándalos. Cuando

lea la verdad, lo despedirá ella misma.

—No puedo —dijo él en voz baja—. Prefiero tolerar a mil charlatanes que digan a Sunny lo que quiere oír, que soportar sus rabietas.

Aferrada al respaldo de la silla, tragué saliva para disolver el nudo que tenía en la garganta. Iba a llegar por fin el momento que yo había temido desde hacía mucho tiempo: su confesión de que se había casado con la mujer que no debía. Pero, entonces, dijo:

—Lo único que quiere es que la respeten como emperatriz. Puso en marcha su obra de caridad propia, una sociedad en las que las mujeres de la aristocracia harían labores y coserían ropa para los niños campesinos. Tenía la esperanza de ampliar la empresa a los orfanatos. Pero las mujeres que se afiliaban a la sociedad le enviaban listas en las que le solicitaban nombramientos para sus hijos en los regimientos y para sus hijas en la corte. Cuando ella se negaba, diciendo que ayudar a los pobres debía bastar como recompensa, ellas se daban de baja. El proyecto fracasó.

Intenté responder con tono conciliatorio, aunque no me sentía así ni mucho menos.

—Se lo podría haber dicho yo si me lo hubiera consultado. Nadie hace nada por nada. Así son estas cosas, a menos que se actúe con mucha firmeza, como lo he hecho yo en mis obras benéficas estatales...

—Unas obras benéficas estatales que no estás dispuesta a dejar en manos de otros —dijo él, con voz más severa—. Mamá, ¿por qué tienes que contrariarla a cada paso? Primero, lo de las joyas. Después, ese desastre de fiesta de gala en la corte, a lo que siguió el nombramiento de Misha como zarévich. Me doy cuenta de que no nos quedaba otra opción tras la muerte de Jorge, pero Sunny lo tomó como un insulto grave. ¿Y ahora quieres que le diga que has hecho investigar a nuestro amigo? —Aplastó el cigarrillo a medio fumar en su cenicero, lleno a rebosar, mientras murmuraba—. Con razón me dicen que todos creen que eres tú la que reina en Rusia.

Fue como si me hubiera asestado un golpe. Me quedé plantada, asida de la silla, y, en vez de ponerme a gritar o a llorar, erguí la cabeza.

—No tienes que preocuparte —le dije—. Destruye el informe. No volveré a entrometerme en tus asuntos.

Haciendo un esfuerzo, me volví hacia la puerta del despacho, esperando

una disculpa por su parte. Era la primera vez que reñíamos de esta manera. Él no se movió. Salí del despacho sin que él hiciera nada por detenerme.

Yo entendí entonces que ella era algo más que una molestia para mí. Estaba envenenando mi relación con Nicky, a quien yo había enseñado a respetarme y a admirarme. Ella no podía expulsarme del lugar que me correspondía, pero podía hacer algo peor. Podía hacerme perder el afecto de mi hijo.

Yo tenía que ceder, aunque solo fuera para no perderlo a él.

CAPÍTULO 29

MI hija Olga entró en mi sala de estar de Gatchina con su enorme sombrero de viaje y su abrigo arrugado y anunció:

—Creo que estoy comprometida.

No le presté atención. Yo estaba escribiendo cartas a mi familia, con retraso. Me había retirado a Gatchina para huir de un comienzo de año muy difícil. La reina Victoria había muerto a finales de enero y Alejandra había convertido el final de nuestra Epifanía en una letanía interminable de misas de difuntos. Ahora que Bertie ya era el rey Eduardo VII y que mi hermana Alix era su reina consorte, tuve que soportar todo aquello residiendo en el palacio de Alejandro y estando con mis nietas mientras Alejandra hacía su duelo. Para distraerla le propuse hacerse cargo de algunas de mis obras benéficas, a lo que se avino con mucha generosidad para despreocuparse de ellas después, de modo que los directores de las instituciones seguían dirigiéndome a mí sus solicitudes. Ahora estaba demasiado ocupada llorando a su abuela y cuidándose en su embarazo como para hacer buenas obras. Pensaba (y, en realidad, todos lo pensábamos) que el único deber que tenía que cumplir era el de dar a luz un heredero varón.

Y ahora llegaba mi Olga, a la que yo había dejado en la ciudad con Xenia y con Sandro en el nuevo palacio de ambos, ante el embarcadero de Moika, pues mi hija prefería asistir a los conciertos y recepciones de primavera sin que yo estuviera vigilándola.

—Qué bonito, querida —dije, sin alzar la vista—. ¿Lo has pasado bien?

—Préstame atención —me dijo, con una voz que me hizo mirarla a los ojos—. Asistí a un baile de gala en el palacio de Oldemburgo. Me invitó la princesa Eugenia y me pareció que debía ir.

—Naturalmente. Los Oldemburgo son una familia muy distinguida y la

princesa Eugenia Maximilianovna es encantadora. ¿Estuvo amable contigo?

—Amabilísima —dijo Olga sin emoción—; tanto, que yo no llegaba a entender qué se proponía. Su hijo, Pedro, nos había acompañado a Xenia y a mí a un ballet en el Mariinski; yo no le había dado importancia. Pero la noche del baile, la princesa me llevó a otra sala donde me esperaba Pedro. Me pidió en matrimonio. Yo apenas me lo creía.

Solté la carcajada.

—¡Estás de broma! —exclamé—. Pedro ya ha cumplido los treinta y es un soltero rematado.

Estuve a punto de añadir que era, además, un jugador empedernido y que había dado muchos disgustos a su madre.

—Tiene treinta y dos años. Me dijo que no había conocido nunca hasta ahora una mujer con la que quisiera casarse. Y que aguardaba mi respuesta con gran impaciencia. Yo, por fin, le dije: «Muchas gracias».

Comprendí que no estaba gastándome una broma. Su ingenio no daba para tanto.

—¿Eso es todo?

—Eso no es todo. Cuando volví al salón, todos nos felicitaron. Xenia estaba consternada. —Olga se sacó una carta del bolsillo—. Es de Pedro. Cree que estamos comprometidos. Solicita tu permiso para anunciarlo.

Le arranqué la carta y la leí.

—¡Dice que accediste a su petición!

—Le dije «muchas gracias». ¿Significa eso que accedí?

Releí la carta.

—Parece que así lo cree él —dije.

Volví a mirar a Olga, que estaba allí plantada con su abrigo y con aquel sombrero horrible en la cabeza. No pude menos de pensar que, aunque todavía no tenía diecinueve años, ya iba desaliñada como una solterona. Me remordió la conciencia y le pregunté con cierta severidad:

—¿Le diste tú alguna muestra de favor?

—Ninguna en especial. Pero supongo que es mejor él que otro al que yo no conozca.

Me resultaba imposible desenmarañar mis emociones. Pedro de Oldemburgo era un candidato bastante adecuado; estaba emparentado con los

Romanov por su abuela materna, que era hija de Nicolás I. Pero yo no lo habría elegido nunca para ella; aunque, al pensarlo, recordé también lo que había preguntado yo a Tania: «¿Cómo voy a encontrarle un marido?».

Quizá Olga hubiera encontrado la solución por su cuenta y sin haberla buscado.

—He pensado un poco en ello —añadió—. No tendría que casarme en el extranjero. Podría quedarme aquí. Eso es lo que tú quieres.

—Sí —dije—. Preferiría que te quedaras aquí pero es evidente que no lo amas.

Ella se encogió de hombros.

—Nunca esperé amar al hombre con el que me casara. Yo no soy Xenia.

No lo era, en efecto. Olga era consumada pianista y pintora y, hasta entonces, sólo había manifestado una única ambición: abrir un estudio de arte. Aunque yo había hecho todo lo que había podido para inculcarle la elegancia que se exigía a una gran duquesa imperial, Olga vivía en un mundo privado suyo que a mí me resultaba impenetrable. Carecía de la vivacidad de Xenia y de su espíritu hogareño, pero tenía una sensibilidad que yo apreciaba. Y una gran duquesa tenía que casarse, en efecto. Como decía ella, eran pocas las que encontraban el amor.

—Entonces, debemos escribir a Nicky —dije por fin—. Si tú estás bien segura.

—Lo estoy. Quiero casarme lo antes posible.

Nicky respondió que, si bien aquello lo sorprendía, no se negaría si Olga estaba decidida. Volví a consultárselo a ella, pues cada vez me inquietaba más aquella precipitación extraña. Aunque yo no había logrado establecer con mi hija menor la relación de confianza que había deseado, tampoco quería que Olga cometiera un error terrible que tuviera que lamentar durante el resto de sus días.

—¿Es preciso que lo discutamos? —me dijo ella con impaciencia—. Ya te lo he dicho: ¿por qué no con él? No me molestará, en general; y yo lo prefiero así.

En vista de que no había manera de hacerla cambiar de opinión (era como

Sasha cuando había tomado una decisión), me consolé pensando que, por lo menos, se quedaría en San Petersburgo, donde yo podía procurar tener vigilada la situación. Se comprometió formalmente con Pedro en mayo de 1901; cuando se casaran, en agosto, se trasladaría al palacio de Oldemburgo, en el campo de Marte. A Misha le dio mucha pena verla marchar y yo sabía que él la echaría de menos todos los días. Era el único de mis hijos que quedaba soltero y, en calidad de zarévich en funciones, habría que escoger muy bien a su esposa.

El día después del compromiso oficial de Olga, emprendí viaje a Dinamarca para ver a mi padre y estar con Alix antes de regresar a Rusia para el nacimiento del cuarto hijo de Alejandra.

* * *

La llamaron Anastasia, hermoso nombre para una niña hermosa; un querubín de ricitos dorados rojizos y ojos azules violeta llamativos, como los de su madre. Tuve que reconocer que Alejandra, a pesar de todas sus faltas, tenía unas hijas perfectas. Las cuatro nietas que me había dado eran encantadoras y sanas, sin ningún defecto notable. No obstante, la desilusión de Alejandra fue apreciable en esta ocasión. Nicky me dijo que estaba desesperada y que decía que había fracasado. Rusia no tenía un zarévich parido por ella. Su deseo de darle un hijo era ya frenético.

Yo me preguntaba si aquello sería posible, o incluso si no sería peligroso. Alejandra tenía ya veintinueve años; se acercaba a la edad en que empezaba a bajar la fertilidad y se jugaba la vida siempre que daba a luz, pues los partos eran muy duros para ella. Su salud se resentía; el lumbago la dejaba postrada en cama durante semanas enteras y la belleza se le disipaba con su figura rellena y su aspecto de agotamiento. Criar a cuatro hijas no era fácil para ninguna madre, y mucho menos para una como ella, que dirigía su palacio según un programa estricto que habría despertado la envidia de un general.

Pero yo había aprendido la lección. No me entrometí... aunque no tardaría en arrepentirme de ello.

* * *

Durante aquella temporada, en los salones de San Petersburgo circulaban de boca en boca las habladurías, pues había corrido la voz de que su majestad imperial consultaba a videntes. A mí siempre me había inquietado el fervor de Alejandra, sumado a su falta de atención a las consecuencias; pero ahora tenía que lidiar con preguntas malintencionadas sobre el doctor Philippe y sobre la amistad misteriosa de mi nuera con Anna Vyrubova. No tenía importancia que Inglaterra hubiera acordado una distensión con Francia y que nos estuviera instando a sumarnos a una alianza con el fin de parar los pies a Prusia, ni que Japón estuviera amenazando con hostilidades contra nuestras posesiones en Manchuria. Nadie quería comentar más tema que el de si los extraños tratos de la zarina arrojarían fruto.

—Va a conseguir que todos se rían de nosotros —dije a Miechen—. Tras el fracaso de la boda de su hermano, cabría suponer que procuraría no hacer más el ridículo.

—Eso cabría suponer. ¿Te he contado que Ducky me escribió una carta? Ay, qué cosas me contaba. Nadie estaba a salvo de su marido, ni los mozos de cuadra ni los pinches de cocina.

Hice una mueca de desagrado, aunque ya conocía los detalles sórdidos que habían rodeado el hundimiento del matrimonio de la hermana de Alejandra.

—Sea como fuere, el matrimonio se ha disuelto —dije—. Ducky se ha vuelto a Sajonia-Coburgo para vivir con su madre. Confío en que tú no la estés animando —añadí, mirando fijamente a Miechen.

Ella jugueteó con su brazalete de esmeraldas nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes muy bien. ¿No manifestó una vez Ducky el deseo de casarse con tu Cirilo?

Ella soltó un resoplido.

—Se tuvieron cariño en cierta época, en efecto, hace años, cuando él estuvo viajando. Pero ella optó por casarse con ese degenerado.

—Bueno; pues ya es imposible. Está divorciada. Y sabes que a los miembros de nuestra familia no se les permite casarse con divorciadas. Además, Cirilo y ella son primos carnales. Para casarse tendrían que recibir

una dispensa de la Iglesia que solo puede otorgar Nicky... y no la otorgará.

—Soy muy consciente de ello. Dije a Cirilo que, si le sigue teniendo inclinación, debería tomarla como amante —dijo ella; y, cuando la miré horrorizada, se rio—. Imagínate la reacción de la *Gigogne*; aunque la vergüenza recae sobre el hermano de ella. Al menos, a mi Cirilo no le gustan los pinches de cocina.

Me imaginaba fácilmente la consternación de Alejandra: aunque había aceptado, a disgusto, el divorcio de su hermano, evitaba aludir para nada al papel que había desempeñado él en el asunto; y aquello oscurecía todavía más la poca confianza que tenía yo en Miechen, que sentía incluso más antipatía que yo misma hacia mi nuera.

La temporada terminó de manera amarga.

Alejandra volvió a anunciar que estaba embarazada; pero cuando Botkin la examinó y anunció que no lo estaba, ella rompió a sollozar y se recluyó. Nicky, impotente, cuidaba de ella con asiduidad, mientras sus ministros me asediaban con quejas de que estaba descuidando los asuntos del imperio.

Tuve que poner en juego toda mi fortaleza para abstenerme de ir a toda prisa a Tsarskoye Selo y darle un tirón de orejas, soltándole de paso a ella unas cuantas palabras incendiarias. La sospecha que había dicho en confianza a mi hermana años atrás se estaba haciendo realidad: Alejandra no era adecuada y estaba afectando a la capacidad de mi hijo para reinar.

* * *

—He cometido un error. Lo único que quería Pedro era mi dinero, y ahora se lo está gastando —me dijo Olga. Se pasó la mano por el cabello y vi con consternación que se le quedaban mechones entre los dedos—. Voy a necesitar una peluca. Mira como estoy. Me va a llevar a la tumba. No debí haber accedido jamás a casarme con él.

—Pero yo creía que tú querías un marido que te dejara en paz —dije, impotente, pues ella estaba al borde de las lágrimas, como nunca la había visto yo.

—¿En nuestra noche de bodas también? —exclamó, llorosa—. ¿Y todas las demás noches, para ir a jugar a su club? Tiene relaciones con otras. Quiero

separarme de él. Y no me digas que intente arreglarlo. Soy muy desgraciada. Mi matrimonio no va a mejorar.

¿Qué podía hacer yo? Mi hija dejó a su marido y se volvió a casa; aquello fue para mí un escándalo intolerable. Misha la tomó bajo su protección; la acompañaba por la ciudad y a las celebraciones del bicentenario de San Petersburgo, en 1903.

Insté a Nicky a que organizara un baile de corte para celebrar la ocasión. Le propuse que nuestros invitados se vistieran con ropas rusas del siglo XVII, en homenaje a nuestra historia. No debíamos descuidar nuestras obligaciones y habíamos sufrido tantas deshonras familiares que nos convenía dar un buen espectáculo. Cuando él asintió, todos aceptaron mi idea y se dedicaron a probarse ropa en secreto y a dejar caer detalles sobre su atuendo para no aparecer todos vestidos del mismo modo.

Yo asumí la responsabilidad de enviar las invitaciones con membrete en relieve a nuestros trescientos noventa invitados, pues Alejandra había dejado claro que prefería quedarse en Tsarskoye Selo. Pero no tuvo más remedio que aparecer en el baile, con rostro solemne, ataviada de brocado de plata antiguo y una reproducción magnífica de una corona de esmeraldas del siglo XVII que le había construido Fabergé. Nicky, a su lado, llevaba un caftán de seda dorada y botas con puntas curvadas. Miechen, con su estilo inimitable, se puso un vestido de noble feudal, rematado con un *kokoshnik* de perlas colgantes que le rodeaban la cabeza como un turbante. Yo elegí una corona con hileras de diamantes y zafiros, con velo (menor que la de Miechen, cosa que agradó a esta), y un vestido de brocado dorado y blanco con remates de marta cibelina que había llevado la consorte de Pedro el Grande y que se había sacado de los almacenes del Kremlin. La princesa Zenaida Yusupova, que llevaba un vestido impresionante de boyarda, sin mangas, tachonado de perlas, ejecutó una danza en solitario para gusto de todos.

Fue una velada magnífica que me hizo recordar mis tiempos de emperatriz y que se prolongó hasta bien entrado el día siguiente. Nos hicimos muchas fotografías. Alejandra, emocionada a pesar de sí misma, se prestó a encargarse de las imágenes y a hacerlas publicar en un álbum de edición limitada que serviría de recuerdo. Envié a cada invitado un ejemplar firmado, acompañado de una nota manuscrita. A mí me pareció un gesto de

consideración muy atento por su parte, aunque raro en ella.

En el baile Misha presentó a Olga a un compañero suyo, oficial del regimiento de Coraceros Azules, de guarnición en Gatchina, al que se había trasladado mi hijo. Al poco tiempo, a este oficial, Kulikovski, y a Olga se les veía paseándose en carruaje y cenando juntos; hasta que yo me enteré.

—Acabas de separarte de tu marido y ahora te tratas con un vulgar oficial. Todos hablan de ello. ¿Es que no tienes sentido de la decencia?

—Su familia, ha servido en nuestro ejército durante muchos años —respondió ella—. Estaban invitados al baile, de modo que no tiene nada de indecente. Y, antes de que me digas una palabra más, quiero el divorcio. Pedro me lo tiene que conceder. El que tiene secretos que ocultar es él. Yo no tengo ninguno.

—Parece que no —dije, apretando los dientes—. Pero, aunque Nicky te conceda el divorcio, no podrás casarte nunca con ese oficial. No tiene categoría. ¿Es que no te acuerdas de que tu tío abuelo, el gran duque Pablo, era viudo cuando se casó con esa mujer vulgar, el año pasado? Nicky lo despojó de su renta y de su título. Tuvo que irse al extranjero con ella, dejando a sus hijos permanentemente con Sergio y con Ella. ¿Es eso lo que quieres?

—No tengo secretos, ni tampoco tengo hijos —dijo ella.

Siguió viéndose con Kulikovski. Como yo no podía hacer nada para impedirselo, corrió el rumor de que Olga se había buscado un amante. Yo tuve que cargar con ello. No podía controlar la conducta de mi propia hija, como tampoco podía controlar el dominio que ejercía Alejandra sobre Nicky.

A finales de otoño de 1903, Botkin confirmó que Alejandra estaba embarazada de verdad. El doctor Philippe le aseguró que tendría un hijo varón, pero ya no lo creía nadie salvo ella y Nicky. Yo no lo creía, desde luego. Y, mientras me preparaba para el nacimiento de una nueva nieta, que sería bienvenida pero que no aseguraría nuestra sucesión, nos sobrevino de pronto el estallido de la guerra contra Japón.

Yo estaba fuera de mí. Witte, el primer ministro, y otros moderados de su gabinete, habían recomendado repetidas veces a Nicky que negociara para evitar las hostilidades en Manchuria. El propio Bertie le había escrito para advertirle que, dado que Gran Bretaña había firmado un pacto de alianza con Japón, estarían enfrentados a nosotros si les declaráramos la guerra. Pero

Nicky optó por ponerse de parte de sus tíos, los belicosos grandes duques, que se atrevían a afirmar que una guerra corta era precisamente lo que necesitábamos para avivar el patriotismo. Nos bastaría con arrojar nuestras gorras hacia los japoneses para que estos huyeran como «perros amarillos».

En febrero de 1904, Japón lanzó un ataque por sorpresa a nuestra plaza de Port Arthur, en Manchuria. El hijo de Miechen, Cirilo, que era primer oficial, tuvo que arrojar al mar para salvar la vida. Mientras nuestros hombres, poco preparados, se defendían desde las cumbres fortificadas, los japoneses empleaban la artillería de largo alcance que les había prestado Prusia para destruir nuestros navíos de guerra de la flota del Pacífico. Nicky tuvo que desplegar como refuerzo nuestra flota del Báltico y movilizó nuestro ejército, que recorrió centenares de kilómetros por el ferrocarril Transiberiano, todavía incompleto, con la consiguiente pérdida de tiempo mientras se tendían vías provisionales; y así se abrió el camino que conduciría a nuestra impensable derrota.

La reputación de mi hijo cayó en picado. La indolencia corrupta, peste de nuestros mandos, lo obligó a implantar sanciones y otras medidas severas después de que a uno de sus ministros de la Guerra lo mataran de un tiro en Moscú.

Cuando llegó a San Petersburgo la noticia del asesinato, se me heló la sangre en las venas. Los asesinos, cuya identidad era desconocida, habían enviado a los periódicos un lúgubre comunicado de advertencia en el que se proclamaban miembros de un nuevo movimiento revolucionario llamado Socialdemocracia, inspirado en el fervor socialista del filósofo alemán Marx. Tal como yo había advertido a Nicky, mientras él atendía a Alejandra, había surgido una nueva amenaza para ocupar el lugar de los nihilistas vencidos. Él, como respuesta, otorgó a Sergio, en calidad de Gobernador General de Moscú, licencia para perseguir a esos nuevos grupos revolucionarios, para hacer redadas en sus lugares de reunión y para detener a sus partidarios. Pero nuestra guerra contra Japón no hizo más que atraer más afiliados a su causa, pues se estaba movilizando a centenares de hombres contra su voluntad para enviarlos a morir en campos de batalla extranjeros.

A pesar de mis súplicas reiteradas, Nicky se negaba a venir a San Petersburgo para hacer frente al descontento. Yo, para dar un empujón a la

moral que decaía, me puse a trabajar en mis obras benéficas, organizando a mi Cruz Roja para que enviara al frente suministros, enfermeras y médicos. Pero las batallas se libraban a medio mundo de distancia y las bajas se acumulaban día a día.

Alejandra se puso de parto en agosto. Yo, esperando el desenlace en el Peterhof, pedía al cielo con todas mis fuerzas que aquella vez, que sin duda sería la última, no fracasara, a pesar de que yo había perdido la esperanza. Un zarévich hijo del zar reinante garantizaría la continuidad de nuestra dinastía y sería causa de celebraciones, haciendo olvidar al pueblo aquella guerra desastrosa contra Japón.

Nicky apareció tres horas más tarde, cuando yo esperaba, inquieta, sentada en la antesala con Xenia y Olga. Daba la impresión de que hubiera dado a luz él mismo día; tenía el pelo pegado a la frente por el sudor y la camisa remangada hasta los codos; se había despojado de la chaqueta durante la dura prueba de Alejandra.

Su sonrisa cansada podría haber iluminado todo San Petersburgo.

—Alabado sea Dios —dijo, mientras nos poníamos de pie con incredulidad—. Tengo un hijo.

CAPÍTULO 30

Era todo un regalo que había enviado Dios a Rusia: un niño robusto, con los ojos grises azulados de su padre, mechones de cabellos rizados rubios y una sonrisa atenta, y así con las manitas todo lo que veía, con curiosidad.

Yo, como madrina suya, lo acompañé a la pila dorada de la capilla real del Peterhof cuando lo bautizaron con el nombre de Alexéi Nikolaevich. Nicky y Alejandra no estuvieron presentes, siguiendo la tradición; sus cuatro hijas, ataviadas con trajes de corte en miniatura y pequeños *kokoshniki* tachonados de perlas, estaban de pie detrás de mí, abriendo mucho los ojos, cuando bautizaron a su hermano. Cuando el agua fría le tocó la frente, profirió un gemido. Anastasia soltó una risita. Tatiana la hizo callar. Olga y María sonrieron cuando yo las miré llevándome el índice a los labios para imponerles silencio.

Aquello no me disgustó. Estaba bien que se bautizara entre risas. Era nuestro futuro.

Se dispararon trescientas salvas de artillería desde la fortaleza. El pueblo se regocijó en toda Rusia, olvidando de momento la guerra contra Japón. Alejandra, en su sofá cama del Peterhof, recibía a una sucesión constante de personas que iban a felicitarla; hasta se dijo que llegó a sonreír. Había conseguido lo que pocos creían posible, pero no asistió a la fiesta de gala en su honor, pues seguía recuperándose del parto. Fui yo en su lugar, radiante de alegría junto a Nicky.

Después de las celebraciones, Nicky regresó con su familia a Tsarskoye Selo y yo volví a emprender mis labores benéficas. Al cabo de un largo mes de visitar salas de hospital y de enviar cajas de medicinas al frente, llegué a mi palacio y me encontré a Obolenski, que me estaba esperando ante la puerta.

Nicky me había mandado llamar urgentemente.

* * *

—¿Por qué no deja de sangrar? Ya se le ha caído el muñón del cordón. Ya debería tener curado el ombligo. ¿No podemos hacer otra cosa?

Yo estaba junto a la cuna de madera de limonero mientras Alexéi agitaba las piernas vendadas, que le habían sujetado a un aparato de aspecto siniestro para limitar los movimientos. Lloraba lastimosamente; tenía hambre, pues hacía días que no tomaba el pecho.

A mí me parecía que estaba palidísimo, con la piel casi descolorida. Botkin aplicó un nuevo vendaje en el ombligo, sobre la herida abierta donde le habían puesto la pinza del cordón umbilical. La gasa se llenó de sangre al cabo de unos momentos, mientras Alexéi se retorció débilmente.

Eugene Botkin se pasó la mano por la calva. Me pareció que estaba muy preocupado. Se dirigió a Nicky, que miraba con gesto tenso a su hijo de nueve semanas. La nodriza rezaba en un rincón. Obedeciendo a una seña brusca de Nicky, salió del cuarto, dejando entrar una bocanada de aire fresco.

—Esto está como un horno. ¿No podemos abrir...?

Me interrumpí. No había ventanas.

—Sunny teme que el aire del exterior lo enferme —murmuró Nicky.

—Nadie le está pidiendo que abra todas las ventanas de par en par, como hacía Victoria en sus castillos. Pero no puede ser sano para él estar encerrado de esta manera.

Miré a Botkin, esperando que confirmara sus palabras. Él profirió un suspiro cansado. Llevaba tres días sin dormir, sin apartarse de Alexéi. Ni la propia Alejandra había dado tales muestras de resistencia; después de que estuviera a punto de desmayarse de tanto velar, Nicky se la había llevado a que descansara sin atender a sus protestas.

—El problema no es el aire fresco —dijo Botkin—. Si esta hemorragia no cesa... majestad —dijo, mirando a Nicky a los ojos—, deberemos considerar la posibilidad.

Mi hijo sacudió la cabeza.

—No.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté—. ¿Qué posibilidad?

—No.

La voz de Nicky resonó, penetrante, en el cuarto cerrado. El niño calló un momento. Después, Alexéi rompió a llorar de nuevo y Botkin siguió atendiéndolo.

Mi hijo me condujo al pasillo. Estaba libre de criados por orden suya. Solo montaban guardia ante las puertas del fondo sus abisinios, con turbantes, para evitar una posible intrusión.

—No debes hablar de ello —me dijo con un temblor en la voz—. Nunca delante de Sunny. Prométemelo.

—En el cuarto ya estábamos a solas —repuse; pero callé al acordarme de la nodriza a la que había hecho salir. Se me desvaneció la ira dejando un residuo helado—. Nicky, por el amor de Dios, ¿cuál es esa posibilidad que cree Botkin que debemos considerar?

Mi hijo estaba tan inmóvil que yo creí que había quedado en estado de estupor. Dijo por fin:

—Cree que Alexéi tiene la *bolezn gessenskikh*.

Fruncí el ceño.

—¿Eso es alemán?

—La maldición de los Hesse —me explicó—. Provoca hemorragias incontroladas.

Lo miré desconcertada.

—Pero... si es una enfermedad inglesa. Se da en la familia de Victoria. ¿Cómo es posible que él...?

No terminé la frase. Alejandra era nieta de la reina Victoria.

Encendió un cigarrillo con mano temblorosa.

—El príncipe Leopoldo, hijo de la reina, murió de ello. Irene, hermana de Sunny, tuvo un hijo, Heinrich, que murió de ello a los cuatro años. Y Sunny cree que su hermano menor, Frittie, también lo tenía. Se murió tras caerse de una ventana de un primer piso, pero ella dice que no murió de la caída, pues apenas tenía un rasguño. Murió de hemorragia interna.

Yo me sentía como si todo el palacio se hubiera quedado tan inmóvil, tan en silencio, que nos escuchaban las mismas molduras doradas del techo; como si toda la estructura estuviera agazapada, esperando a abalanzarse sobre nosotros como una fiera.

—¿Tiene cura? —susurré.

Él tosió, soltando el humo por la nariz.

—No.

En ese momento, temí que me diera un mareo. Busqué con la vista una silla, un taburete, cualquier cosa en que sentarme.

—Mamá... —Su voz me hizo volver a mirarlo—. Sunny está desconsolada. Si se corta la hemorragia, hay esperanzas. Botkin dice que hay especialistas suizos que están estudiando la enfermedad. El paciente se recupera a veces. Otras veces se produce una hemorragia. Deberemos... —Tomó aliento, tembloroso—. Deberemos vigilar a Alexéi muy de cerca. Si tiene algún cardenal o hinchazón, si el dolor le va en aumento, puede ser señal de una hemorragia interna.

—Pero ¿cómo podemos saber con certeza si tiene esta enfermedad siquiera? Puede que no la tenga —dije; pero mi negativa parecía demasiado estridente, como si hubiera creído que podía hacerla realidad por el hecho de decirla.

—Solo el tiempo lo dirá —dijo Nicky. Tenía los hombros hundidos. Parecía que toda su persona se derrumbaba sobre sí misma—. Los especialistas afirman que la enfermedad se transmite por línea materna; cuando Botkin habló de ello, antes de tu llegada, Sunny soltó un grito... como un animal que ha caído en una trampa. Pero Botkin dice que los síntomas concuerdan. Cualquier cosa puede provocar la hemorragia: una herida leve, una caída, un tropiezo... Puede volverse grave. Para saber su gravedad...

—Sí. —Lo busqué con la mano y lo tomé de la manga—. Entiendo.

—No debemos llegar nunca a descubrir lo grave que puede llegar a ser. —Se esforzaba por mantener la compostura; su alegría por su nuevo hijo había quedado reducida a cenizas—. Hay que mantener a salvo a Alexéi, pase lo que pase.

Lo rodeé con mis brazos. Él apoyó la cabeza en mi hombro y se echó a llorar. Pero se retiró bruscamente, mirando ya hacia la alcoba de ella, al fondo del pasillo.

—Debo ir con ella —dijo.

—Ve —le dije, enderezándole el cuello de la camisa—. Yo me encargo de las niñas. Deben de estar preocupadas.

Cuando me disponía a marcharme, me dijo:

—Recuérdalo: no digas nada. Son demasiado pequeñas para entenderlo. Los niños repiten todo lo que oyen. Sunny no quiere que se entere nadie más.

—Por supuesto —dije.

Pero cuando me dirigía a los cuartos de las niñas, me preguntaba qué pensaba hacer él. Si Alexéi tenía esa enfermedad terrible, ¿cómo podríamos ocultar tal calamidad en el seno mismo de nuestra familia y, menos aún, ocultársela al mundo entero?

Alejandra había amueblado las habitaciones de sus hijas con muebles corrientes de arce, con cortinajes de chintz que eran un reflejo del ambiente serio en que se había criado ella, junto a catres militares sobre camas de hierro forjado como los que se había empeñado Sasha en imponer a nuestros hijos. Las niñas compartían dormitorio por parejas. Olga, de nueve años, y Tatiana, de siete, a las que llamaban «la pareja mayor», tenían en sus paredes un friso estarcido de flores y libélulas, con mesas de tocador a juego e iconos bendecidos sobre las camas. María, de cinco años, y la pequeña, Anastasia, la «pareja menor», tenían rosas y mariposas y la misma decoración intercambiable.

Olga había reunido a sus hermanas en su cuarto, juntando las dos camas estrechas. Sus perritos estaban en el suelo y, en cuanto entré, ladraron y me olisquearon las faldas. Anastasia estaba dormida, abrazando con los brazos regordetes el osito de peluche danés que yo le había regalado por su santo. Las otras estaban despiertas. Todas volvieron hacia mí los ojos, cuyos matices iban del gris azulado suave de Olga al azul profundo de María.

Aunque Alejandra las había dividido por parejas, todas tenían ya su personalidad propia. Olga, la mayor, era la líder, además de ser mi favorita, porque yo la conocía mejor. A semejanza de mi hija, su tocaya, no le importaban las apariencias y solía llevar revueltos los cabellos castaños y arrugados los vestidos. También le gustaba pintar y era una pianista de talento.

Ahora, rodeando con el brazo a María en gesto protector, Olga me preguntó con cautela:

—¿Se va a morir?

—Oh, no —dije, con una sonrisa forzada—. Los recién nacidos suelen

tener cólicos.

—¿Eso es todo? —dijo Olga.

¿Habría oído algo? Su niñera estaba sentada en la entrada de sus habitaciones cuando entré y me había mirado con desconfianza. Aquella mujer no me gustaba y yo le había indicado con un gesto que se quedara donde estaba para que no me siguiera hasta el interior y se enterara de todo lo que decía.

—Sí.

Me recogí las faldas y, lamentando no poder aflojarme el corsé, me senté en el borde de la cama y alisé la densa cabellera dorada de Anastasia. La niña sudaba; el palacio estaba sobrecalentado aquella noche.

—Eso es todo —añadí—. Un mal cólico.

María pestañeaba, soñolienta. Era muy bonita, aunque demasiado regordeta. Tatiana estaba sentada muy erguida. Aunque todavía era pequeña, llegaría a ser la belleza del cuarteto, con sus ojos almendrados, grises azulados, que, como los de su madre, podían parecer de color violeta, y con el cabello cobrizo de Alejandra, una boca de gruesos labios y la nariz aguileña de Nicky. Era alta para su edad y tenía los miembros ágiles, como una bailarina.

—Hemos oído llorar a Mamá —se aventuró a decir María—. Dijo a Papá que había echado una maldición a Alexéi. ¿Por qué ha dicho eso? Mamá es buena. No peca nunca.

—Tu madre está inquieta. No hay ninguna maldición que valga —dije—. El niño se recuperará. Pero los recién nacidos son delicados; por eso debéis tener mucho cuidado con él. No debéis jugar con él con demasiada violencia.

Como no era posible contarles toda la verdad, les decía todo lo que podía para prepararlas. Aunque no se les dijera, ellas lo sospecharían, sobre todo Olga. Era curiosa, no como Tatiana, que solía parecer perdida en un sueño y había heredado el desapego de Alejandra. También Anastasia se daría cuenta; con el tiempo, Alexéi y ella establecerían el vínculo propio de los hermanos menores. A pesar de su juventud, Anastasia había dado muestras de ser penetrante y bulliciosa. Una noche, en una cena en la que le habían permitido sentarse en la mesa de los mayores con motivo de mi visita, me hizo reír al comerse los guisantes con las manos, sin atender a las reprimendas de Alejandra.

—Esta niña es demasiado desobediente —comentó Alejandra después de que la doncella se hubiera llevado a Anastasia con la cara llena de manchas verdes.

Mi nuera me dijo aquello mirándome fijamente, como si tuviera yo la culpa. Estaba claro lo que quería dar a entender: que mi nieta menor tenía mi carácter, lleno de espíritu de contradicción y de intención opositora.

—Entonces... —dije, recorriéndolas con la mirada. Yo amaba mucho a aquellas grandes duquesas hermosas, que también eran nuestro futuro—. ¿Vais a ser delicadas con vuestro hermanito?

Olga y María asintieron. Tatiana me dirigió una mirada pensativa.

—Todavía no nos dejan jugar con él —dijo—. Cuando nos dejen, tendremos cuidado.

Lo dijo como si el niño fuera un frágil tacita de té hecha de porcelana de Sèvres. Y me di cuenta de que lo era, en efecto. Podía caerse y romperse.

Me incliné sobre Anastasia, que refunfuñaba, con el rostro enrojecido hundido en su osito de peluche. Olía a chocolate; detecté en sus dedos las manchas reveladoras.

—¿Comiendo bombones en la cama? —pregunté, y María soltó una risita. Olga miró para otro lado, avergonzada, y Tatiana repuso:

—Yo no. No me gustan los dulces.

—No lo contaré —dije—. Pero no comáis demasiados. —Di un pellizco a María en el costado, haciéndole soltar un chillido—. U os pondréis tan gordas como la *tante* Miechen.

La risa de las niñas despertó a Anastasia. Al verme, se le alegraron los ojos soñolientos.

—¡Amama! —exclamó, llamándome por el mote por el que me conocía, y se arrojó en mis brazos.

Era la más impulsiva. Por mucho que le riñeran, Anastasia no hacía diferencias y entregaba su afecto a sus animales de compañía, a los criados y a cualquier otra persona que le gustara. Si alguna no le gustaba (como era el caso de la niñera), hacía caso omiso de ella. Y yo, mientras le besaba las mejillas, pegajosas por los bombones, pensé que en aquello se parecía a mí.

Me quedé con ellas, amontonadas todas como cachorrillos. Anastasia tomó del suelo a su bulldog francés, Shvybzik, y lo metió entre nosotros; los bufidos

del animal hicieron agitarse de risa a Olga y a María.

Por fin, todas acabaron por dormirse, salvo Tatiana. Esta se quedó sentada en silencio, con la vista perdida a lo lejos. Cuando le toqué la mano, dijo, sin volverse hacia mí:

—No es un cólico.

No era una pregunta, sino una afirmación, y yo no fui capaz de rebatirla.

—No. No lo es —dije.

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces, debemos ser muy delicadas con él.

* * *

Rusia condenaba la pérdida de Port Arthur y de veinte mil de nuestros hombres. Los periódicos publicaban artículos de fondo cáusticos sobre la mala gestión del zar y los agitadores se echaron a las calles. Los ministros del gabinete advirtieron a Nicky de que se iban propagando las ideas de revolución, espolgadas por los pérfidos socialdemócratas, que deterioraban su reputación todavía más, y que el malestar ya había apagado el júbilo por el nacimiento de Alexéi.

La temporada social de 1904 se suspendió en San Petersburgo a causa de las grandes pérdidas humanas que se habían producido en Port Arthur. Nuestra Navidad familiar, que pasamos en Tsarskoye Selo, fue tensa, bajo la sombra de la inquietud callada por Alexéi. Se le había cortado la hemorragia del ombligo, lo que representó un gran alivio; pero Botkin creía que Alexéi tenía la enfermedad y propuso un protocolo para salvaguardarlo en el futuro, con ligaduras y una especie de correa para tenerlo controlado cuando empezara a gatear. Aunque Alejandra no dejaba traslucir el terror que debía de sentir, yo sentía deseos de decir que todos los niños se daban golpes y tenían rozaduras, se tropezaban y se caían. Alexéi todavía era un niño de pecho, pero, cuando se hiciera mayor, ¿como podríamos contener su curiosidad, su deseo natural de explorar el mundo que lo rodeaba? Pero ni siquiera permitían que se le acercaran los perros de la familia, tan queridos, como si pudiera hacerle daño un animal delicado que se acercase a olerlo. Cuando dije a Anastasia que Shvybzik no debía entrar en el cuarto del niño, esta expresó lo que nadie se

atreví a decir en voz alta:

—¿Por qué? Shvy no va a morder a Sunbeam.

Sunbeam, «Rayo de Sol» en inglés, era el nombre cariñoso por el que llamaba Alexandra a su hijo; pero ella misma tampoco hacía honor a su sobrenombre de Sunny. Durante todos aquellos días navideños vi que se encerraba en sí misma, como aquel cuarto que ahora servía de jaula de su niño, rehuyendo cualquier cosa que pudiera tener relación con la enfermedad de Alexéi.

—No debes permitirlo —dije por fin a Nicky, exasperada, cuando vino a San Petersburgo con Alejandra para celebrar la Epifanía y la Bendición de las Aguas, sin traerse consigo a sus hijos—. No podemos permitirlo. Debes decírselo a la familia; ya están preguntando por qué se oculta al niño. Publica un comunicado oficial. Es una enfermedad, no es una maldición. Puede que ella se culpe a sí misma, y bien sabe Dios la lástima terrible que me produce, pero tu desgracia suscitará sentimientos de solidaridad. Tras la pérdida de Port Arthur, toda Rusia se pondrá de tu parte cuando se enteren de que tu hijo está enfermo.

Reaccionó como si le hubiera pedido que desnudara su alma.

—Mamá, la salud de nuestro hijo es un asunto privado. No vamos a hacer de ella un espectáculo para nuestro beneficio político. ¿Cómo eres capaz de pedirme tal cosa? ¿Desde cuándo nosotros, la familia imperial, estamos obligados a divulgar al mundo nuestros disgustos personales?

—Nuestros disgustos son evidentes —repliqué, percibiendo el eco de Alejandra en sus palabras—. Nuestros soldados se batan en retirada por Siberia. Bertie, el presidente estadounidense Roosevelt y el káiser mismo están pidiendo un alto el fuego. Hemos perdido nuestra influencia en el Lejano Oriente. Debes enmendar tus políticas. Otorga las concesiones que propugnaba tu abuelo; despide a todos los que te han aconsejado lo contrario y di a tu pueblo que tu hijo está enfermo. Debes hacer todo lo necesario para proteger tu trono.

Apretó el puño sobre su escritorio.

—De ninguna manera. No habrá alto el fuego. He mantenido a Witte en mi gabinete, como me aconsejaste tú, a pesar de que no me agradan sus posturas liberales, y he sancionado a los que nos hicieron perder Port Arthur. Pero sigo

siendo el zar. Voy a reinar como reinaron mis antepasados. Papá no quiso nunca que se aboliera nuestra autocracia. Si consiento que se promulgue una constitución y que se instaure una Duma, nuestro reinado será solo simbólico, si es que se nos permite reinar siquiera. Jamás, mientras yo viva.

—Nicky...

Él alzó una mano, todavía cerrada en forma de puño.

—No me hables más de esta cuestión.

Lo obedecí de momento, pensando que la carga constante de la guerra, la pesadumbre por la enfermedad de Alexéi y la tristeza de Alejandra serían una combinación insuperable para él. Que el tiempo le fuera aliviando la carga. Cuando así sucediera, yo volvería a intentarlo. No cejaría hasta que Nicky aceptara que, en nuestros tiempos modernos, nuestra autocracia ya estaba condenada a desaparecer. Ningún zar podía reinar como habían reinado sus antepasados.

Si él no cedía, lo obligarían a ceder.

Yo me encontraba con las grandes duquesas y con Alejandra, que estaba rígida con sus galas de corte, en el balcón del palacio de Invierno que dominaba el Neva, contemplando la ceremonia de la Bendición de las Aguas. Nicky y los grandes duques, con cirios encendidos, estaban sobre el río helado, reunidos bajo el toldo, mientras el metropolitano sumergía su crucifijo enjovado en el agujero abierto en el hielo.

Era uno de esos días de enero perfectos en los que todo adquiría un brillo reluciente; el pueblo estaba reunido tras las barreras lejanas, envuelto en el vapor de su propia respiración, con cubos para recoger el agua bendecida.

Alejandra, a mi lado, estaba tensa, esperando con impaciencia el fin de la ceremonia; yo sentía deseos de reñirla. Miechen y las demás grandes duquesas la miraban; yo no era la única que percibía cuán a disgusto estaba. Pero ahora corrían como la pólvora los rumores de que su hijo padecía una enfermedad terrible y de que no llegaría a vivir un año. Cuando Miechen me sondeó, yo le dije que no le pasaba nada malo, salvo las indisposiciones corrientes en los niños pequeños.

Ella se había reído.

—Minnie, ¿es que quieres que todos te tomen por mentirosa? Nadie esconde a un zarévich por un cólico —me dijo.

El metropolitano concluyó sus oraciones y se volvió con el cáliz hacia Nicky, a la vez que sonaban las salvas de artillería desde la fortaleza.

Una explosión repentina destrozó la ventana del balcón. Mientras las grandes duquesas chillaban, arrojándose de espaldas para evitar los fragmentos de cristal roto, yo me quedé plantada, como paralizada, bajo la lluvia de cristales. Se desencadenó el caos. Salieron guardias corriendo desde el palacio para acompañar al interior a Nicky y a sus tíos. Alejandra huyó, apartando a empujones a las grandes duquesas para precipitarse por el pasillo, rodeada de los cosacos que tenían encomendada su protección.

Miechen estaba bañada de cristales rotos, como yo. Tenía un corte en la mejilla que le sangraba. Se adelantó en el balcón, intentando percibir algo entre la nube de polvo que se disipaba en el aire helado.

—Un proyectil ha dado en la pared, por debajo de nosotros —dijo, volviéndose hacia mí—. Yo creía que en esta ceremonia solo se disparaban salvas.

—Así es —dije yo. Estaba sin aliento, luchando contra mi propio pánico mientras me asediaban visceralmente los recuerdos de la detonación en el comedor y del descarrilamiento del tren. Sasha había aplastado el terror de los nihilistas, pero perduraba su sombra y esta nueva causa había heredado su ánimo de destruirnos. La Okhrana no nos había advertido de ninguna amenaza y nadie había sufrido lesiones graves; pero yo sentí un presentimiento hondo cuando Miechen me tomó del brazo para apartarme de aquel lugar.

—Bueno —dijo, mientras pisábamos los escombros crujientes del suelo con nuestras zapatillas de corte de finas suelas—. Pues eso no ha sido una salva.

CAPÍTULO 31

MANIFESTANTES MARCHARÁN HACIA EL PALACIO DE INVIERNO.
RETIRAOS INMEDIATAMENTE.

—No lo haré —dije a Obolenski, dictando mi respuesta al telegrama urgente de Nicky—. Haz saber a mi hijo que me quedaré aquí y que demostraré que todo está como debe estar.

Pero no estaba como debía estar; y así me lo subrayó Miechen aquella tarde cuando llegó a verme, después de haber atravesado la ciudad intrépidamente en su troika con sus emblemas distintivos, como si estuviera retando a cualquiera a que le arrojara una bomba. Todavía tenía el corte en la mejilla, pues habían pasado solo dos días desde que el proyectil misterioso había impactado por debajo de nuestro balcón en el palacio de Invierno. Ninguno de los guardias de la fortaleza responsables de los cañones había confesado haber cargado ninguno con un proyectil, ni siquiera por error, de modo que lo único que había podido hacer Nicky era licenciar a los que estaban de guardia aquel día y decretar que, a partir de entonces, no se dispararían cañones en los actos oficiales.

—¿Te has enterado —me preguntó, desabrochándose el manto de martas cibelinas en mi sala de estar.

—Sí —dije—. Nicky me ha mandado que me vaya a Gatchina. Dice que mañana habrá una gran manifestación de protesta.

Miechen soltó un suspiro de exasperación.

—También ha mandado a Vladimir que se enfrente a la multitud si se acercan al palacio. Vladimir no sabe qué hacer. Dice que entre ellos hay infiltrados de la Okhrana. Algunos son revolucionarios, claro está; pero la mayoría son obreros industriales en huelga por la guerra y por sus condiciones

de trabajo. Piensan manifestarse, encabezados por un pope y acompañados de sus mujeres e hijos, para presentar una petición. Dicen que el zar siempre ha...

—Que siempre ha recibido a sus súbditos en persona —dije, hundiéndome en mi butaca—. Pero no ha sido así desde que asesinaron a Alejandro. ¿Está seguro Vladimir de que la marcha será pacífica?

Ella me devolvió la mirada.

—Nicky está preparado para actuar, en caso contrario.

Envié a Nicky otro telegrama suplicándole que acudiera a la ciudad inmediatamente. Él volvió a ordenarme que me marchara. Yo volví a negarme.

A la mañana siguiente, la del 22 de enero, hice venir a Xenia. Olga ya estaba conmigo y también acudió Miechen. Éramos una casa entera de mujeres refugiadas en mi salón, mientras los manifestantes bajaban por la avenida Nevski hacia la plaza del Palacio, cantando el *Dios salve al zar* y portando pancartas con la efigie de Nicky.

—¿Saben que él no está aquí? —pregunté, mirando a Miechen con inquietud.

Ella asintió con la cabeza con tristeza.

—Vladimir se lo hizo saber. No le creyeron. Dijeron que el Padrecito no los abandonaría en sus momentos de necesidad.

Cuando oímos el tableteo repentino de las armas de fuego, me abalancé hacia la ventana que daba a la avenida Nevski. Volvía por la calle gente que se tambaleaba, llevando a otros que iban inertes. Di una orden:

—Traed los carruajes. Debemos marcharnos en seguida.

—¿Ahora? —dijo Xenia, horrorizada.

Miechen sacudió la cabeza.

—Minnie, no es momento. Si intentamos marcharnos... —dijo, sin terminar la frase—. Debemos quedarnos dentro hasta que estemos a salvo.

Mandé a Obolenski que pusiera más guardias en las puertas. El palacio no sufrió daños; pero él volvió al interior con gesto de horror por la carnicería que había presenciado. Vladimir llegó al caer la noche, sudando a pesar del frío, como si hubiera librado una batalla.

—El jefe de los guardias, Vasilchikov... —dijo, dejándose caer en mi sofá mientras Miechen le tendía un coñac—. Ese viejo necio mandó a su regimiento que abriera fuego. ¡Allí mismo, en la plaza! Ellos estaban cantando himnos

religiosos y él disparó contra ellos. Después, mandó a los cosacos que cargaran con sus sables y sus fustas. —Apuró el coñac de un trago—. Centenares. Muertos a nuestras manos.

—¡Dios santo! —exclamé.

Apreté las manos con tal fuerza que se me clavaron los anillos en las palmas. Habíamos matado a nuestros súbditos en la plaza del Palacio. Era una repetición de lo del campo de Moscú tras la coronación de Nicky. Haría llover sobre nuestras cabezas más calumnias y alimentaría las quejas que se acumulaban contra nosotros. Yo debería haberlo reconocido, pero me limité a susurrar:

—Nicky estará fuera de sí. Él...

—¡Él lo mandó! —vociferó Vladimir—. Nicky *lo mandó*. Nos dijo que no debíamos consentir que la multitud se acercara al palacio bajo ninguna circunstancia; y ahora nos van a hacer pedazos.

—Él no lo sabía —dije, desesperada.

—Sí lo sabía —dijo Vladimir, poniéndose de pie—. Le enviaste un telegrama. Yo le supliqué que viniera para ocuparse personalmente de la cuestión. Él se negó a escucharme.

Miré a mi cuñado y lo vi por primera vez tal como era; ya no era el pícaro encantador de nuestra juventud, sino un hombre de cincuenta y siete años, con sobrepeso y con mala salud, enfurecido por las circunstancias que lo habían despojado de su superioridad, pues creía que él habría sido mejor zar.

—Lo sabía y ahora nos culparán a nosotros —dijo—. Porque es un debilucho que no debería haber asumido el trono. Sasha se avergonzaría de él. Se avergonzaba de él, de hecho. Mi hermano murió demasiado joven y dejó a Rusia en manos de un cobarde llorón que solo vive pendiente de la aprobación de su mujer y que no es capaz de tomar una sola decisión por su cuenta.

—Te estás propasando —dije yo—. Soy la madre del zar. Te recomiendo que te marches, antes de que digas algo de lo que tengas que arrepentirte y que yo no pueda perdonar.

Miechen lo tomó del brazo y me clavó la mirada mientras murmuraba:

—Vámonos, Vladimir. No vamos a consentir que nos echen, ni siquiera la madre del zar.

Él se zafó de ella bruscamente. Cuando pasó ante mí, pisando fuerte, dijo:

—Sabes que digo la verdad, Minnie. Siempre te he respetado, pero ya no estoy dispuesto a seguir siendo su lacayo. Tu hijo no es apto para reinar. Si no lo reconoce, sus errores los pagaremos todos.

Me quedé inmóvil. Xenia estaba tan alterada que se había echado a llorar y Olga le daba palmaditas en la mano como a una niña desconsolada. Yo no podía hablar. No era capaz de reconocerlo.

Pero yo también temía que, esta vez, Nicky hubiera ido demasiado lejos.

* * *

Estallaron revueltas en San Petersburgo y en Moscú, con manifestaciones masivas en las calles en protesta por la matanza a la que se había llamado «el domingo sangriento». Se proclamó la ley marcial. Mientras los soldados armados tomaban la ciudad, los obreros industriales se declaraban en huelga a millares, deteniendo la producción a pesar de que necesitábamos los suministros para la guerra contra Japón, que seguía sin resolverse. Los que no estaban en la calle blandiendo pancartas subversivas o incitando a la rebelión, se quedaban en casa rezando para que no nos sobreviniera un cataclismo peor.

Los aristócratas cerraban sus palacios para tomarse largas vacaciones en el extranjero «como si estuvieran levantando la guillotina en la puerta de Narva», dijo Miechen en son de burla cuando nos reunimos en su palacio para tomar el té. Yo interpretaba su indiferencia como una prueba más de que los de la clase gobernante debíamos hacer caso omiso del descontento, o despreciarlo.

Tras volver a mi Anichkov en mi carruaje sin insignias, hice el esfuerzo de abrir las contraventanas. Ví mendigos acurrucados junto a los puentes, entre el frío, mientras las mujeres con chales harapientos se dirigían penosamente a los mercados desabastecidos por la guerra. Sentí que la desesperación se me clavaba como las garras de un ave de presa. La ciudad animada que yo había conocido ya no existía; ocupaban su lugar el espectro de la revolución, la escasez generalizada y el resentimiento, que acechaban como ladrones nocturnos.

Yo quería marcharme para ir a visitar a mi padre en Dinamarca, pero no sabía si debía hacerlo en aquellas circunstancias, de modo que fui en mi tren privado a Tsarskoye Selo para consultar a Nicky. La línea del ferrocarril que

conducía al palacio de Alejandro, empleada únicamente por la familia o para transportar provisiones para la finca, estaba muy vigilada. Tuve que tolerar que subieran guardias a mi carruaje para revisar mi equipaje, hasta que exclamé: «¡En esa caja hay chocolates para mis nietos, no una bomba!».

En el palacio me encontré que Alejandra estaba retirada en sus habitaciones con uno de sus ataques de lumbago. Las niñas, que estaban estudiando con sus tutores, se alegraron de verme. Alexéi estaba gordito y contento, vigilado por Derevenko, el marinero que era su fiel *dyadka*, guardaespaldas constante que se ocupaba de que no se hiciera daño. Cuando me incliné sobre él hizo un gorgorito, se apoderó de una cuenta de azabache de mi manga e intentó metérsela en la boca. Yo lo así de la muñeca para quitársela. Él hizo pucheros y me soltó un aullido. Yo, llena de miedo, le inspeccioné la muñeca por si tenía alguna rozadura. No tenía lesión alguna. Solo estaba enfadado porque yo le había quitado una cosa reluciente que él quería morder.

En cuanto entré en el despacho de Nicky, este levantó la vista de su escritorio. Tenía el rostro demacrado por las consecuencias de la matanza. Levantó unos papeles.

—Una carta del káiser, de veinte páginas. Dice que te la envié a ti también. ¿La has recibido?

—Sí —dije. Encendí un cigarrillo—. No la he leído todavía. Supongo que es todo un sermón, ¿verdad?

—Es una advertencia —dijo Nicky—. Se atreve a aconsejarme que evite la revolución y la derrota ante Japón. Me riñe por no haber actuado antes en Moscú tras el desgraciado incidente del campo y por no haber impedido el último de San Petersburgo. Dice que debo despojar a Sergio de su cargo de Gobernador General de Moscú, porque mi tío es demasiado reaccionario, y que debo anunciar mi intención de establecer un parlamento. Que debo inspirar en mis ciudadanos el patriotismo, pues está claro que los rusos han perdido el sentido del deber. —Volvió a arrojar la voluminosa carta sobre su escritorio—. Según él, los japoneses están dispuestos a morir por su causa como un solo hombre a diferencia de nuestros marineros, que se amotan en plena batalla, y de nuestros soldados, que cantan consignas revolucionarias.

—Bueno. Está claro que el káiser tiene un gran concepto de sí mismo,

como todos los alemanes.

En cuanto hube pronunciado estas palabras, me mordí los labios; si bien mis sentimientos antiprusianos eran bien conocidos, aquí no eran bienvenidos, teniendo en cuenta que la mujer de Nicky era alemana de nacimiento. Pero él, demasiado absorto en sus preocupaciones, no dio muestras de haberme oído.

—Quizá no le falte razón —me aventuré a opinar—. Una sucesión de derrotas solo puede provocar más descontento. Y tener Moscú y San Petersburgo bajo la ley marcial, mientras los obreros industriales piden nuestras cabezas, no favorece en nada la estabilidad.

—¿Es que estás de acuerdo con el káiser?

—Jamás. Pero sus consejos son razonables. Al menos, en lo que se refiere a Sergio. Tu tío se ha convertido en el Romanov más aborrecido...

—Después de mí —dijo Nicky con amargura.

—No te aborrecen. Te culpan. Como zar que eres, siempre puedes arreglar las cosas. Pero Sergio ha abusado de su autoridad, condenando a miles a prisión o a la horca. Con sus actos como representante nuestro, alimenta esa furia que se desencadena contra nosotros. Debes pedirle que dimita, como acto de buena voluntad, para demostrar que pretendes reparar los daños.

—Ya ha dimitido —dijo Nicky, para mi sorpresa—. No le quedaba otra opción. Recibió una amenaza de muerte. La pobre Ella está desconsolada. Tiene consigo a los hijos de Pablo y teme por su seguridad. Fue ella la que suplicó a Sergio que dimitiera de su cargo. Tendré que nombrar a otro en su lugar.

Se dirigió a su ventana con su eterno cigarrillo en la mano.

—Sé que es culpa mía —dijo por fin—. Tú me aconsejaste que fuera a la ciudad y que tratara en persona con los manifestantes y Vladimir me recomendó lo mismo. Ahora ha dimitido él también. Se presentó aquí en persona, se arrancó las medallas del uniforme y me reprendió diciendo que ya no quería formar parte de mi gabinete porque ahora me llaman «el Zar Sangriento»; y eso que su hijo Cirilo se fue al extranjero para casarse con Ducky sin mi consentimiento.

Tratándose de una cuestión familiar, hablé con mayor firmeza.

—Dije a Miechen que no se toleraría. Ella conocía perfectamente las consecuencias que tendría que su hijo se casara con Ducky.

Nicky volvió a su escritorio.

—Sí —dijo—; pero no soy capaz de llevarlo a cabo. —Tomó otra carta del montón—. Es de la tía María. Está molesta porque he despojado a Cirilo de su título y de su renta, dejándolos a Ducky y a él sin recursos. Dice que soy un traidor a la familia. Y necesito que Vladimir vuelva a la corte. Fue el único que intentó impedir que los guardias abrieran fuego contra el pueblo. Tenía razón: debí haberle hecho caso. Y a ti también.

¿Qué podía decir yo? Así era. Los dos los sabíamos.

—¿Vas a rehabilitar a Cirilo? —le pregunté, pensando en Miechen, que me había vuelto la espalda desde el incidente con Vladimir en mi palacio.

La echaba de menos, aunque no sabía por qué. Todo lo que se relacionaba con ella era complicado. Yo sospechaba que había animado a Cirilo a que se casara con Ducky a propósito. Ganar como nueva nuera a la antigua cuñada de Alejandra era asestar una bofetada al orgullo de nuestra zarina y aquello tenía un atractivo irresistible para Miechen.

Nicky suspiró.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? No apruebo su matrimonio y Sunny está indignada; pero, tal como está la situación, no puedo consentir que estemos acosándonos entre nosotros.

Era, quizá, la afirmación más prudente que le había oído pronunciar yo desde su llegada al trono, y me dio la confianza suficiente para decirle:

—Esta guerra imposible contra Japón también nos acosa. Si tenemos que humillarnos por la paz, así sea. Envía a Witte para que negocie. Tienes que actuar ya, antes de que las cosas empeoren todavía más.

Él asintió con la cabeza con gesto de agotamiento.

—Sí —dijo—. Esta vez te prometo que haré lo que dices.

Alejandra se levantó de su sofá para cenar con nosotros y escuchar a Olga y a Tatiana, que interpretaron un dúo al piano. En aquella finca aislada dormí como no había dormido desde hacía varias semanas, sin las pesadillas que tenía en San Petersburgo, en las que corría por los pasillos perseguida por una turba a la que no veía, aunque oía perfectamente sus aullidos a mis espaldas.

Cuando me desperté y bajé al comedor (en el palacio, los desayunos eran

informales, pues Nicky madrugaba mucho más que Alejandra y las niñas comían en sus habitaciones) me encontré con que mi hijo me estaba esperando; tenía los ojos rojos, como si hubiera estado llorando.

—No —exclamé, deteniéndome asustada—. Otra vez, no. ¿Alexéi está...?

—No es Alexéi —me dijo, tomándome las manos entre las suyas—. Es Sergio. Una bomba, cuando salía del Kremlin en su carruaje. —Le faltaba la voz—. Lo han asesinado.

—¿Asesinado? No es posible... —dije yo sin aliento—. ¿No había dimitido de su cargo de gobernador? Si ayer mismo estábamos hablando de él...

—Lo han hecho pedazos, como al *grandpère* Alejandro —dijo Nicky con voz temblorosa, mientras contenía las lágrimas—. Nos ha enviado un telegrama Ella, que fue a reconocer los restos. Iba a salir con Sergio y con los hijos de Pablo, pero se quedaron porque a Dimitri le dolía el estómago. Los habrían matado también. La explosión fue tan potente que provocó una grieta en una de las agujas de la catedral.

Vacilé, aferrándome a sus manos, recordando la elegancia esbelta de Sergio, sus ojos verdes y su porte erguido a caballo cuando me hicieron detenerme camino de Khodynka. Lo de aquel día no se lo habían perdonado jamás. Habían esperado el momento de vengarse.

—Dice Ella que apenas han quedado restos suyos para celebrar el funeral. He mandado detener a los malhechores, pero Moscú es una sentina. ¡Quién sabe si los encontrarán! —Nicky tragó saliva, haciendo acopio de fuerzas para lo que tenía por delante—. Sunny no lo sabe aún. Todavía duerme. Alexéi ha pasado mala noche. Está empezando a echar los dientes. Ella se quedó en vela para frotarle las encías.

—Debemos asistir al funeral... —empecé a decir.

Él me estrechó las manos con más fuerza.

—No —dijo—. La policía ha recibido más amenazas, en las que se decía que Sergio era el primero pero no sería el último. Lo prohíbo. No podemos pisar Moscú ninguno de nosotros. Me encargaré de que lo entierren con todos los honores, pero prohíbo que asista nadie de la familia.

—Pero Ella está cuidando de los niños, porque Pablo está desterrado en el extranjero. ¿Qué van a hacer sin Sergio?

Escruté su rostro, sintiéndome en aquel momento tan perdida como él, a la

deriva en aquella tormenta de violencia en la que podía llegar en cualquier momento una ola que nos hundiera a todos.

—Les daré todo lo que necesiten —dijo, y me besó la mejilla—. Debes marcharte en cuanto puedas, Mamá. Vete a Dinamarca. Visita a la tía Alix en Inglaterra. No vuelvas hasta que yo te llame.

Se alejó a paso vivo para dar a Alejandra la noticia de la muerte del marido de su hermana. Me dejó en el comedor, donde los criados iban y venían de puntillas sirviendo café y pastas; cuando oí el grito de desesperación de Alejandra, me llevé las manos a la boca y me retiré.

* * *

Tras mi llegada a Dinamarca, Nicky cumplió su promesa y envió a los Estados Unidos al conde Witte, que convenció al presidente Roosevelt para que apoyara nuestra negativa a pagar indemnizaciones a cambio de que nos retirásemos inmediatamente de Manchuria. Se atribuyó a Witte el mérito de haber puesto fin a una guerra que nos había costado millares de vidas y nos había sumido en la revolución, y Nicky lo recompensó confiándole la redacción del Manifiesto para la Mejora del Orden del Estado, que sería el primer paso que daría mi hijo hacia el establecimiento de una constitución.

Witte me escribió contándome que el anuncio de las futuras reformas había tranquilizado a los revoltosos. Los agentes de la Okhrana que estaban infiltrados en los grupos socialdemócratas comunicaban que los agitadores temían mucho que su revolución quedaría aplastada si otorgábamos libertades constitucionales. Estos agentes habían interceptado mensajes de líderes anarquistas de Ginebra que propugnaban el enfrentamiento implacable. Witte advertía que uno de estos líderes revolucionarios, en concreto, representaba una amenaza significativa. Había nacido en Rusia en el seno de una familia adinerada pero sin título nobiliario y se llamaba Vladimir Lenin. Después de que ejecutaran a su hermano por terrorismo, durante el reinado de Sasha, él había abrazado el marxismo. Detenido dos veces por sedición, había huido al extranjero, donde se había hecho líder de una facción marxista radical llamada «los bolcheviques», que propugnaba la toma del poder por el proletariado y la abolición del régimen imperial. A diferencia de los nihilistas, que no habían

tenido nunca un mando unificado, esos bolcheviques estaban unidos bajo Lenin. Lo que Witte no decía expresamente, pero yo lo deducía, era que mi hijo se encontraba en una encrucijada peligrosa. Si Nicky no dejaba de defender la autocracia, se arriesgaba a perder el trono.

Escribí en seguida a Nicky: «Es mejor renunciar a algo que perderlo todo».

Mi padre ya tenía ochenta y siete años, y su corte se había anquilosado tras la muerte de Mamá. A Alix le impedían reunirse conmigo sus deberes de reina, pero mi hermana Thyra sí pudo venir. Thyra y yo nos alegramos mucho de vernos de nuevo después de varios años; nos instalamos en el Amalienborg e íbamos de compras por Copenhague, para alegría del pueblo danés. Thyra lo estaba pasando muy mal en su matrimonio; pero compartíamos los recuerdos de nuestra infancia, en aquella época en que nuestra vida era menos complicada. Cuando se marchaba, le prometí que la visitaría en Austria.

Yo seguía en Dinamarca cuando llegó la noticia de que nuestros soldados derrotados llegaban penosamente a la patria y descubrían que no se había tomado ninguna medida para aliviar su situación.

Con la economía destrozada por la guerra, volvió a resurgir el descontento; una nueva huelga general paralizó el país y se produjeron más manifestaciones violentas. Los revolucionarios se organizaban en Moscú y exigían el establecimiento de «soviets» o consejos asesores regionales, cuyos miembros pertenecían a la clase obrera. Subrayaban sus intenciones asesinando a diversos funcionarios y poniendo bombas. Witte volvió a escribirme solicitando mi apoyo. A pesar de los cortes del telégrafo, conseguí hacer llegar mi respuesta, en la que solicitaba a Nicky que avanzara lo más aprisa posible en el reconocimiento de las libertades civiles.

En octubre, la cosa estaba hecha. Mi hijo proclamó en Rusia la monarquía semiconstitucional. Se establecería una Duma Estatal, o parlamento, así como un Consejo de Estado ampliado que consultaría con los soviets, y se rescindían las restricciones a la libertad de conciencia, de expresión y de asamblea. Lo que había planeado mi suegro hacía tantos años ya era una realidad; pero cuando escribí a Nicky diciéndole que me volvía a casa, él respondió que debía esperar.

Fue muy triste para mí celebrar la Navidad tan lejos de mis hijos. Procuré disfrutar de las fiestas con mi padre y mis hermanos, que me rodeaban para

hacerme sentir como en casa; pero yo ya no sentía que Dinamarca fuera mi hogar. Mi corazón ya era de Rusia.

Tras las festividades del Año Nuevo de 1905, Papá se quejó de dolores en el pecho. Mientras yo estaba a su lado, estrechándole la mano nudosa, nos dejó como nos había dejado Mamá, con toda tranquilidad. Alix acudió en seguida para asistir al funeral. Cuando bajaban el ataúd a la cripta de la catedral de Roskilde para depositarlo junto al de nuestra madre, mi hermana me cogió de la mano.

—Ahora somos huérfanas de verdad —me susurró.

* * *

Ahora que había retrasado mi regreso a Rusia, decidí que Alix y yo debíamos hacer realidad nuestro sueño de la infancia, el de comprarnos una casa propia en Dinamarca. Nuestro hermano, ahora rey Federico VIII, a sus sesenta y dos años, se trasladó con su familia a Amalienborg para reactivar la corte. Freddie había pasado más de cuarenta años esperando con paciencia en un segundo plano; y si bien nos aseguró a Alix y a mí que siempre seríamos bienvenidas, lo cierto era que una hermana podía ser muy parecida a una suegra y convertirse en un huésped molesto. Lo que hice fue hacerme acompañar de Alix para visitar juntas varias fincas disponibles, hasta que encontramos la casa de Hvidøre, una casa señorial rural en la costa de Øresund.

La casa me despertó recuerdos tristes de Sasha, pues a él le habría encantado tanto como a mí, con su torre de reloj de estilo italiano, su rosalda descuidada y sus huertos de plantas aromáticas y de frutales, y una playa privada al otro lado de la carretera. Tenía mucho espacio: un gabinete para Alix y para mí, cinco dormitorios y dos salones, así como habitaciones amplias para la servidumbre; pero, para disgusto de mi hermana, no tenía un cuarto de baño que funcionara.

—El propietario no es capaz de mantenerla —dije—. El precio que piden es absurdo. Ofreceremos menos y la renovaremos con lo que nos ahorremos.

Casi tenía que gritar a mi hermana al oído, pues su sordera había ido a peor; pero ella accedió y realicé la compra. Encargué modernizaciones tales

como instalación eléctrica, calefacción central y fontanería nueva, así como un túnel para acceder a la playa sin tener que cruzar la carretera. Alix recomendó una empresa británica para que llevara a cabo la decoración interior; nos dedicamos a repasar muestras de papeles pintados y catálogos de muebles hasta que ella tuvo que volverse a Inglaterra.

—El año que viene vendremos aquí en yate y no molestaremos a nadie —le dije—. ¿Verdad que será encantador tener una casa propia? Podremos ser huérfanas juntas.

Ella sonrió.

—Tú siempre encuentras la manera de vivir —me dijo.

Nos abrazamos y nos despedimos con nuestra promesa habitual:

—Hermanas para siempre.

En abril, Nicky me envió aviso de que quería que yo asistiera a la apertura de la Duma. Partí para Rusia en mi tren con mi séquito, mis perros y seis vagones llenos de equipaje, pues había gastado mucho en cosas para mí y en regalos para la familia. Pero no me entristecía marcharme de Dinamarca. Ahora tenía una casa a la que podía volver.

Yo no sospechaba por entonces la importancia que llegaría a tener para mí la casa de Hvidøre como refugio.



QUINTA PARTE



1906 - 1914

EL MÍSTICO DE LA ZARINA

Reza, zar de Rusia. Reza.

RASPUTÍN



CAPÍTULO 32

Recorrí con la vista a los miembros de la Duma recién elegidos que ocupaban la parte izquierda del salón de San Jorge del palacio de Invierno. Llevaban blusas de obrero y pantalones de *mujik*; se habían quitado las gorras en señal de respeto, pero llevaban al cuello el odioso pañuelo de color rojo subido de los revolucionarios. Sus expresiones variaban entre la insolencia y el odio, pero uno en concreto me llamó la atención por su mueca de desdén.

—¿Quién es ese? —susurré a Miechen, que estaba a mi lado.

—Es uno de ellos —me dijo ella al oído—. Según dice Vladimir, recibe instrucciones directamente de Lenin. Bolchevique hasta la médula. No me extrañaría que fuera el que arrojó la bomba que mató a Sergio.

Se me formó un nudo en la garganta. Intenté mantenerme impassible, allí plantada con mis hijas, a poca distancia de Alejandra, que iba vestida como nosotras, con su vestido de corte blanco y su tocado de perlas y diamantes. En el estrado, bajo el palio, Nicky, con su uniforme del regimiento de Preobrazhenski, se disponía a pronunciar su discurso de apertura,

Pero yo no dejaba de volver la vista hacia los representantes electos que estaban frente a nosotros. A mi llegada, me había enterado, con consternación por mi parte, de que habían cesado a Witte y que el cargo de primer ministro se había entregado a Goremykin, un miembro del gabinete de sesenta y seis años sin méritos notables. Cuando consulté a Nicky, me dijo: «Witte quería hacer más concesiones de las que yo estaba dispuesto a otorgar. Le pedí que dimitiera. Ya no confiaba en él para salvaguardar nuestros intereses».

Esta explicación me había resultado incomprensible hasta ahora que veía a aquellos hombres torvos que participarían en nuestro Gobierno, tan distintos de los que estaban en la parte derecha del salón, donde se encontraban nuestros ministros y funcionarios con uniformes de gala o trajes de corte.

Nicky tomó la palabra.

—El bienestar del soberano de Rusia no puede estar separado del bienestar de nuestro pueblo; y las penas de este son nuestras penas. Hijos leales de Rusia, os instamos a que recordéis vuestro deber para con nuestro país; a que pongáis fin a estas agitaciones sin precedentes y a que, trabajando con nosotros, os esforcéis en todo lo posible por restaurar la tranquilidad.

Mientras él seguía exponiendo sus intenciones de gobernar de manera concertada con la Duma, pero sin privar jamás a su hijo, el zarévich, de sus derechos sucesorios, miré a Alejandra. El rostro se le había quedado tan duro como los diamantes que llevaba en la garganta. Ella percibió que la miraba y volvió los ojos hacia mí. Me clavó su mirada virulenta durante un momento espeluznante.

—Ella te echa a ti la culpa —susurró Miechen con una sonrisa superficial—. Cree que esta humillación la habéis trazado entre Witte y tú, con el fin de privar a Alexéi de la autocracia cuando llegue el momento. Si pudiera, arrojaría la próxima bomba ella misma. Contra ti.

—Era necesario —dije, temblando con un arrebató repentino de ira.

Yo había apoyado aquella reforma por el bien de Rusia y de mi hijo; pero, de pronto, no soportaba que estuviésemos sometidos a aquellos rebeldes zafios que querían abolir lo que había otorgado Dios a los Romanov durante los casi trescientos años de su reinado. Era una farsa impuesta por matones y asesinos. Si Sasha nos hubiera visto en tal extremo, habría rugido de rabia. Si hubiera vivido, no habríamos llegado nunca hasta este punto. Los habría hecho estrangular en la plaza del Palacio con sus propios pañuelos rojos.

—Eso está por ver —respondió Miechen.

Cuando Nicky concluyó su discurso y se volvió hacia nosotras, sonaron los aplausos. Llorábamos sin recato, aunque mis lágrimas eran de alivio, sobre todo. Todo había concluido. Estaba hecho. Habíamos cedido. Puede que fuera una farsa; pero ahora podíamos seguir viviendo sin miedo a las maldades.

Alejandra era la única que tenía los ojos secos, como si estuviera tallada en piedra.

* * *

—Nos queremos —dijo Misha—. No queríamos que sucediera y me doy cuenta de que es complicado, porque Natalia todavía tiene marido; pero queremos casarnos.

Miré a mi hijo menor con consternación. Hacía pocas semanas que yo había regresado a Gatchina tras mi viaje anual al extranjero. Habían pasado tres años desde la apertura de nuestra Duma, pero nada había ido según lo esperado. Los miembros de la Duma estaban enfrentados entre sí y con Goremykin (que había resultado ser tan inepto como yo me había temido, hasta el punto que me había visto obligada a suplicar a Nicky que lo sustituyera). Mientras tanto, los revolucionarios seguían agitándose y hostigándonos. En vista de que lo único que podía hacer era dar consejos a mi hijo, que en muchos casos me los agradecía pero no los seguía, yo había optado por pasar el mayor tiempo posible en el extranjero e iba a visitar a mi familia y a mis amigos todos los años. Aquel año había ido a París para pasar un mes con mi cuñado Alexis; después, al sur de Francia y, por último, a Dinamarca para ver a mi hermano. Después, Alix se había reunido conmigo en Hvidøre para pasar allí tres semanas, haciéndonos nuestras propias comidas y leyendo juntas por las noches. Yo echaba siempre de menos Rusia cuando estaba fuera, pero, en cuanto hube regresado, me di cuenta de que lo que echaba de menos era el recuerdo de un pasado que ya no existía. En su lugar había agitaciones y lo inesperado... y malas noticias, como ahora.

—No lo dirás en serio —exclamé—. Si tiene marido, es que ya está casada.

—Ya se ha divorciado antes. Tiene una hija de Wulfert, su segundo marido...

—¡Un oficial, compañero tuyo! Dios bendito, ¿qué pasa entre los Coraceros? Me avergüenzo de ser su coronela honoraria. Primero, Olga con Kulikovski; ahora, tú con la mujer de otro oficial. ¿Es que vuestro coronel no controla la conducta de su regimiento?

A Misha se le endureció la mirada, a pesar de que yo me había contenido. Siempre había sido el más dócil de mis hijos, entregado a su deber y procurando evitar los escándalos, aunque había tenido sus amantes. Yo había dado prácticamente por perdida a Olga, a la que se le negaba todavía el divorcio y que se seguía dejando ver con Kulikovski; pero había contado con

que Misha se mantuviera recto. Aunque ya no era nuestro zarévich, era esencial para la dinastía: era el segundo en la línea de sucesión, después de Alexéi. Yo le había propuesto varias posibles esposas, princesas de Gran Bretaña y de Suecia, sin que él diera muestras de interés; por ello, me había tomado por sorpresa.

—Wulfert ha accedido a conceder el divorcio a Natalia —dijo.

Aunque me estaba esforzando por conservar la calma, di un golpe con los nudillos en la superficie del escritorio.

—Ni pensarlo —dije—. ¿Cómo puedes hacernos esto, Misha? ¿Es que no eres consciente de lo que está pasando? El primer ministro Goremykin era un inútil; tu hermano tuvo que cesarlo y designar a otro en su lugar. La Duma es un desastre; no se ponen de acuerdo en nada y hay manifestaciones en las calles a diario. Esos revolucionarios osan exigir la abdicación de tu hermano. Si nosotros fracasamos, ellos ganan. Tú debes casarte de manera que mejores nuestra situación. La esposa de un vulgar oficial, divorciada dos veces, tendría un efecto radicalmente opuesto.

Me miró a los ojos a su vez. Después, horrorizada, le oí decir lo siguiente:

—Puede que Nicky deba abdicar. Nunca quiso reinar. Basta con que vea cómo vive nuestro pueblo, su hambre y su falta de trabajo, su lucha constante por la supervivencia. Muchos han dejado de creer que los pueda salvar el zar.

Me puse de pie de un salto.

—Es nuestra dinastía. ¿Es que no cuentan para ti las tradiciones de siglos, los sacrificios que hicieron tu abuelo y tu padre para que seamos los que somos ahora?

Él sostuvo mi mirada de furia.

—Mamá, Rusia ya no necesita que seamos los que somos. Yo tampoco quería nada de esto. Deseo casarme con quien yo quiera. —Tras una breve pausa, continuó—. Natalia está embarazada. De mí.

Sentí que me faltaba el aliento.

—¿Cómo... cómo puedes saberlo siquiera? Sigue teniendo marido.

—Ya no duerme con él.

Se pasó una mano por los cabellos ralos. Tenía calvicie prematura, como su padre. A mí me parecía que le acentuaba la frente noble y los rasgos delicados, la nariz bien tallada con su estrecho bigote y sus ojos profundos, a

pesar de que ahora empezaba a darme cuenta de que, casi como Olga, era un hijo mío al que yo no conocía nada bien.

—No veo ningún motivo por el que Nicky pueda negármelo —siguió diciendo—. Tiene de heredero a Alexéi. Olga quiere a otra persona pero no puede divorciarse de su marido. Xenia y Sandro se han separado. ¿Es que mi hermano va a querer que yo también sea infeliz?

—No me hables de Xenia —exclamé—. ¿Me quieres romper el corazón como me lo ha roto ella? El matrimonio es para toda la vida. No se deja a un cónyuge por una desavenencia.

—Mamá, tú sabes que es algo más que una desavenencia. Sandro mantenía a una amante en Niza. Pidió el divorcio y Nicky se lo tomó a mal y puso fin a sus años de amistad. ¿Y para qué? Xenia me dijo que ella lo había sospechado desde hacía algún tiempo y que estaba esperando a que Sandro se lo confesara. Quizá ella se contente con quedarse como están, pasando la mayor parte del año en Crimea con los niños y con Irina mientras Sandro va y viene de Francia; pero yo no quiero vivir así.

—Nicky no lo consentirá jamás —repetí; pero empezaba a dominarme el terror. Aunque Misha diera impresión de docilidad, podía llegar a ser tan terco como el propio Sasha cuando se le metía una cosa en la cabeza—. Tú eres su hermano. Eres un gran duque. Natalia Wulfert no tiene categoría ni título. No es nadie.

—Para mí sí es alguien —repuso él. Se irguió cuan alto era, con el casco emplumado sujeto bajo el brazo—. Estoy dispuesto a renunciar a mi título y a mi rango. Seguiré el ejemplo del tío Alexis y me iré al extranjero. A él le gusta mucho París. Al menos, allí puede hacer lo que quiera.

—Alexis siempre ha viajado mucho y se trasladó a París tras la caída de Port Arthur y el asesinato de Sergio. Además, no está en la línea de sucesión al trono.

—Se trasladó a París porque su amante sigue casada con su marido —repuso Misha—. Como Nicky no habría tolerado jamás su relación aquí, Alexis se marchó para estar con la mujer que quiere, y yo lo admiro. ¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo?

Quise correr hasta él para estar a su lado, para ponerle una mano en el hombro y contenerlo de alguna manera. Fue tal mi precipitación, que me

tropecé con el borde de mi vestido.

—Alexis optó por marcharse —le dije—. Pero tu otro tío, el gran duque Pablo, fue desterrado por casarse con esa mujer vulgar. Misha, tú eres el hermano del zar. No podemos permitirnos un nuevo escándalo. Prométeme que no harás nada precipitado. Dale tiempo. Pide la baja de los Coraceros y toma otro puesto militar lejos de aquí. Si al cabo de un año sigues decidido a casarte con ella, hablaré con Nicky en tu favor.

Misha irguió la cabeza, obligándome a estirar el cuello para mirarle a los ojos.

—¿Crees que se arreglará con el tiempo? —dijo—. ¿Quieres que me marche y me ponga a esperar, por si tiene un aborto o muere en el parto?

Retrocedí,

—¿Cómo eres capaz de decirme una cosa tan horrible? —exclamé.

—Porque he visto cómo se trata a Olga. —Hizo una pausa, observándome—. Pediré el traslado a los húsares de Chernigov, en Orel, en las afueras de Moscú. Pero te lo advierto: no voy a abandonar a Natalia. Le he alquilado un piso en San Petersburgo y ella se ha separado de su marido. Dejadla en paz. Es la condición que te pongo para esperarme a que creas que ha llegado el momento. Si la intimidan de algún modo, me casaré con ella inmediatamente. No me da miedo marcharme de Rusia. De hecho, creo que puede gustarme.

Sin darme tiempo a responderle una sola palabra, dio media vuelta y se marchó.

Tuve que cubrirme la boca con las manos para no gritar.

* * *

—¡Qué desastre! —exclamé en cuanto entré en el salón de Miechen—. ¿Qué voy a hacer? Misha dice que *la ama*... ¡a una mujer casada, sin categoría, que ya se ha divorciado una vez y que espera un hijo suyo! Entre tantos problemas, un escándalo más para la familia.

Miechen profirió un sonido de comprensión.

—Sí que lo siento por ti, Minnie. Resulta muy duro cuando nuestros hijos se niegan a atender a nuestros consejos. La boda de Cirilo con Ducky no resultó fácil para mí, como bien sabes. A veces tenemos que dejar que

nuestros hijos se hagan la cama ellos mismos, por mucho que nos duela. Solo entonces entenderán que lo único que queremos es que tengan sábanas limpias.

—¡Al menos, Ducky es princesa! Esa tal Wulfert es una plebeya. Cuando Nicky se entere, se pondrá furioso. Y Alejandra me lo restregará por la cara, aunque no tiene derecho, encerrada como está en Tsarskoye Selo mientras el país se desmorona y ella solo es capaz de pensar en proteger a...

Contuve mi arrebató y no terminé la frase.

—¿Sí? —dijo Miechen, enarcando una ceja—. Por mí, no dudes en contarlo. No sé qué enfermedad tendrá el niño, pero debe de ser muy grave. ¿Es que pretende tener oculto a nuestro zarévich hasta que alcance la mayoría de edad?

Lamenté haber hablado más de la cuenta. Seguían corriendo los rumores acerca de mi nieto, aunque Alexéi acababa de cumplir los cinco años y era un niño robusto y travieso al que adoraba su familia. No podía decir a Miechen que no había sufrido más hemorragias prolongadas, aunque sí había tenido algunos cardenales persistentes cuando, burlando la vigilancia de su *dyadka*, se había dado un golpe fuerte con una mesa o una silla. Era evidente que había heredado la temida enfermedad, pero yo no estaba segura de que esta exigiera una reclusión tan rigurosa, aunque no osaba decir una sola palabra al respecto a Alejandra.

—Ella no consiente que se deje ver ninguno de los niños —dije—. Teme que acechen asesinos detrás de cada mata. Si de ella dependiera, ninguno saldría nunca de Tsarskoye Selo, salvo para ir a sus vacaciones de verano en Finlandia.

—Parece que sí depende de ella, en efecto —dijo Miechen, y me señaló un asiento—. Siéntate, Minnie. Toma un cigarrillo. —Me ofreció su pitillera—. Es tabaco turco. Estuvieron a punto de ponerme una multa por importarlo sin permiso. Puede que Goremykin fuera un inútil, pero hizo trabajar de firme a los inspectores de aduanas para que encontrasen artículos de contrabando y poder imponer sanciones —comentó, soltando un resoplido—. Envié unos cuantos a Nicky por el día de su santo. Le gustaron tanto que pidió al embajador de Turquía que le mandara una provisión cada año. Si el propio zar permite el contrabando, no hay nada que hacer.

Después de encender el cigarrillo aromático y de tomarme el té a grandes

tragos, dije bruscamente:

—Nicky cesó a Goremykin por consejo mío. Le propuse primero que volviésemos a traer a Witte, que era capaz de dirigir la Duma; pero Nicky no lo consintió de ninguna manera y acordamos traer a Stolypin. Este propuso que se celebraran nuevas elecciones a la Duma; ahora quiere aumentar el presupuesto estatal para que los campesinos adquieran tierras. Asegura que, si se les tiene contentos en el campo, los revolucionarios se quedarán sin público.

—Ah —dijo Miechen, recostándose en su asiento—. Así se explicaría la bomba que estalló en su casa, cuando suspendió las sesiones de la Duma para forzar las nuevas elecciones.

El cigarrillo me tembló entre los dedos cuando me lo llevé a los labios, tanto por el recuerdo del hecho como por el cinismo con el que ella lo evocaba.

—Miechen, no debes tomarlo a la ligera. La bomba mató a veintiocho de sus invitados. A su propia hija le cayó el balcón encima y le aplastó las piernas.

—Sí, fue terrible.

Se echó cuatro terrones de azúcar en la taza. No parecía afectada. Nunca parecía afectada, pasara lo que pasara.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —le pregunté, exasperada—. Mira cómo estoy yo. Mis nervios... Misha y Olga están dispuestos a mandarme a la tumba y no tendremos tranquilidad mientras no se destruya a esos monstruos de los revolucionarios. Quieren ponernos de rodillas a todos.

—O pegarnos un tiro en la nuca. Minnie, yo soy racional. Todavía no estamos muertas. —Tomó un trago de té y siguió hablando—. En lo que se refiere a la hija de Stolypin, ha vuelto a andar. La lesión no debió de ser tan grave como te hicieron creer. O puede que ese amigo de la *Gigogne* sea de verdad lo que dicen.

—¿Qué amigo? —pregunté, sintiendo de pronto un nudo en el estómago—. El doctor Philippe murió hace cuatro años.

—No es Philippe —dijo ella, saboreando el deleite de haberme tomado desprevenida—. ¿Es que no te has enterado? Tengo entendido que este último parece sacado de una novela de Dostoyevski. Cuando estalló la bomba en casa

de Stolyhpín, la *Gigogne* mandó allí en seguida a su nuevo amigo. Según parece, curó a la niña. Los médicos se disponían a amputarle las piernas y él rezó por ella. Y, oh, maravilla: a la semana siguiente ya andaba, como Lázaro. ¿De dónde sacan a estos milagrosos? Yo nunca encuentro a ninguno cuando tengo dolores de espalda.

Conteniendo la oleada de preguntas que se me ocurrían, me llevé el cigarrillo a los labios. Se había apagado. Extendí la mano hacia su encendedor de mesa dorado.

—Se llama Rasputín —añadió ella, como si aquel nombre debiera significar algo para mí.

Yo no quise interrumpirla, ahora que se había soltado a hablar.

—¿Ah, sí? —dije.

—Sí. Y no es ningún farsante de París, aunque también se lo presentó a la *Gigogne* su dama de compañía, la Vyubova —dijo ella con malicia—. Es un campesino de Siberia, que asegura que tuvo una visión de Nuestra Señora de Kazán y se hizo *strannik*, peregrinando a todos los lugares sagrados; descalzo, naturalmente. Vyubova oyó hablar de sus poderes de sanación milagrosos; viajó hasta su aldea para consultarlo y lo invitó a venir al palacio de Alejandro para que la *Gigogne* lo conociera. Según he oído decir, ésta está muy impresionada. —Miechen hizo una pausa, observando mis reacciones—. Ahora vive allí, en San Petersburgo, y la semana pasada misma lo volvieron a invitar a ir a Tsarskoye Selo, aunque nadie sabe para qué; pero, como ya te figurarás, todo el mundo hace cábalas. Un hombre de tan mala reputación, visitando a la emperatriz en su propio palacio...

—¿De mala reputación? —dije, renunciando a aparentar desinterés—. ¿Cómo es posible que yo no sepa nada de esto? ¡Si solo he estado fuera cuatro meses este año!

—Yo me limito a contarte lo que he oído, Minnie.

—Sí, pero ¿cómo lo has oído? —repuse yo.

—En un almuerzo en el palacio Yusupov —dijo ella, como si fuera evidente—. Por cierto, vi allí a tu nieta Irina. Se ha convertido en una belleza. Todo el tiempo que pasa en Crimea debe de sentarle bien; aunque es una lástima que no veamos más a Sandro ni a Xenia últimamente. ¿Cuántos años tiene su hija ya?

—Casi catorce —respondí. Estaba apretando con tal fuerza su taza de té de porcelana de Limoges, que temí que se quebrara. No estaba dispuesta a hablar de Xenia con ella. Sin duda, ya debía de estar bien enterada de la desintegración del matrimonio de mi hija mayor.

—¿Solo? Parece mayor. Deberás vigilarla atentamente. Parecía que el príncipe Félix Yusupov y ella se apreciaban bastante, y él ya tiene veintiún años.

—¿Qué tiene eso de malo? —repliqué—. Félix es heredero de una de las mayores fortunas de Rusia. Las dos conocemos a su madre, la princesa Zenaida, desde hace muchos años. Nuestro círculo no es tan amplio como para que podamos prohibir que se traten. No es el peor que podría haberse buscado Irina.

Miechen sonrió.

—Quizá no te pareciera tan bien si supieras de Félix algo más que el valor de su fortuna. Baste decir que tiene el mismo vicio que nuestro difunto Sergio. Solo que Félix no se molesta en ocultarlo. Y prefiere vestirse de manera acorde, si entiendes lo que te quiero decir.

Lo entendí. Y preferiría no haberme enterado. Como me solía suceder, me arrepentí de pronto de haber ido a contarle todas mis penas. Partiendo de mi inquietud por Misha y Olga, y pasando por mi temor a que Rusia volviera a dirigirse a la revolución, habíamos llegado por fin a los chismorreos sórdidos. Como de costumbre, me despediría de ella con la sensación de haberle desvelado más cosas de las que pretendía.

Pero no me despedí de momento. La animé a que siguiera hablando:

—¿Decías, de ese nuevo amigo...?

—Ah, sí. Bueno. Pues parece ser que Félix se ha interesado por el misticismo, como suelen hacer muchos jóvenes ricos e indolentes. Zenaida me dijo que había ido a Moscú para visitar a Ella. La pobre está desequilibrada por la pérdida de Sergio. —Hizo una mueca—. Deben de tener la locura en la sangre Hesse. Ella enseñó a Félix un dedo de Sergio. Lo habían encontrado en el tejado del Kremlin, tras el funeral, y ella lo guarda en un relicario. También habló mucho a Félix de dejar sus posesiones mundanas y fundar un convento para ingresar en él. ¡Una gran duquesa Romanov, sirviendo gachas a los pobres! —Miechen se echó a reír, hasta que vio mi expresión.

—No es motivo de risa —dije—. Sé lo que es perder un marido.

Me puse de pie bruscamente, disgustada, y me disponía a tomar mi chal cuando ella se apresuró a decir:

—Fue Zenaida la que me dijo que la *Gigogne* tiene ese nuevo amigo. Por pura casualidad, su hijo Félix conoce a Anna Vyrubova. Al parecer, Félix oyó hablar de Rasputín por medio de ella, o lo conoció en persona en alguna de las recepciones habituales.

La miré fijamente.

—¿Dijo Zenaida algo más que yo deba saber?

Miechen agitó una mano.

—Solo que Rasputín se ha vuelto popularísimo gracias a que cuenta con el favor de la *Gigogne*. Supongo que esto resulta bastante entretenido para algunos, pero yo no asisto nunca a esas reuniones. Pero Félix Yusupov sí. ¿No deberías hacer una visita a Zenaida? Según me dice, hace más de dos años que no te recibe y teme haberte ofendido de alguna manera.

—No me ha ofendido. Y ¿qué es eso de su mala reputación?

Miechen titubeó, haciéndome apretar los dientes.

—Se ha ganado muchos seguidores —dijo—. Todas mujeres, naturalmente, y de todas clases. Se sabe que frecuenta las tabernas de los gitanos y los burdeles de las islas... No quiero ser indiscreta, Minnie, ¿es preciso que te dé detalles?

¿Que no quería ser indiscreta? ¿Desde cuándo?

—Sí —dije—. Si no me los das tú, me los darán otros.

Aprecié que su aversión no era fingida. Si se tratara de los pecadillos habituales, no dudaría en contármelos. Nunca había vacilado hasta entonces.

—Es un libertino —dijo—. Orgías. Borracheras en público. Seduce a sus adeptas; les dice que Dios quiere que pequemos porque solo entonces podemos ser perdonados. Tiene un harén a su disposición, a pesar de que tiene mujer e hijos en Siberia. ¿Te basta con esto? Como ya te he dicho, puede que Félix Yusupov sepa más. ¿Cuánto más necesitas saber? Un campesino zafio que abandona a su familia para venirse a San Petersburgo y retozar como un sátiro no parece compañía adecuada para nuestra zarina.

Ya había oído bastante y cambié de tema bruscamente.

—Alexis me llevó al establecimiento de Louis Cartier en París —dije—.

¡Qué cosas tan hermosas! Me compré varios broches. *Monsieur Cartier* me dijo que tú eres una clienta muy estimada y que tienes cuenta abierta en su casa.

Se le iluminó inmediatamente el rostro al dejar los chismorreos para tratar de su mayor pasión: las joyas. Mandó a su criada que le bajara el cofrecillo y me enseñó sus últimas adquisiciones: una fortuna en diamantes en oro blanco, rubíes, esmeraldas, zafiros y topacios, engastados en filigranas que representaban insectos y animales, todo ello labrado delicadamente a modo de encajes.

—No podrás ponerte todo nunca —observé con acidez, pensando que no dejaba de satisfacer sus caprichos aun estando en pleno caos.

—Podré, desde luego que sí. En cuanto nos libremos de esos revolucionarios tan pesados y podamos organizar de nuevo una temporada como es debido. —Me dio una pitillera de oro y esmalte rematada con diamantes rosados y con una M a modo de monograma—. ¿Verdad que está bien que tengamos la misma inicial? Debes usarla para guardar algunos de mis cigarrillos turcos, para Nicky.

Por mucho que insistí, no pude rechazar su regalo generoso y salí de su palacio con una nueva baratija y con una inquietud irremediable. No quise consultar a los Yusupov sobre mi propia familia.

Prefería ir a Tsarskoye Selo a enterarme en persona.

CAPÍTULO 33

La finca, rodeada de una verja de hierro forjado y vigilada a todas horas, estaba tranquila. La aldea china en miniatura que se había construido para los niños era como un espejismo exótico entre la neblina de la mañana. Aunque hacía una mañana todavía agradable para estar a finales de noviembre, brillaba la escarcha en los prados y había en el aire un fresco que anunciaba que el palacio estaría helado. Alejandra compartía el concepto de su madre de que los entornos fríos eran sanos, aunque a veces le daba de pronto por mandar encender las estufas, y nos hacía sofocarnos de calor.

Los lacayos descargaron mi equipaje del carruaje que me había traído a través del parque desde la estación de tren privada. Aunque el viaje duraba solo poco más de una hora en tren, yo nunca iba de visita para volverme el mismo día. Tenía que preparar equipaje para una estancia de una semana, pues nunca sabía con certeza qué me podía encontrar. Si Alejandra estaba enferma, como solía suceder, tendría que hacer tiempo hasta poder verla.

Me detuve en el vestíbulo del palacio. Era un espacio oscuro, con suelo de mármol blanco y negro y con paños estampados en las paredes, donde se conservaban los regalos de los funcionarios: llaves simbólicas de ciudades y otros artículos con los que nadie sabía qué hacer; una mezcla de obsequios a modo de bazar, expuestos en nichos y en vitrinas. Me desabroché el manto de armiño (el palacio estaba caldeado aquel día y sentí una oleada de calor) y me pregunté si Nicky estaría en su despacho o con Alejandra, en los aposentos de esta, en el ala oriental que daba al lago y a los jardines.

Los lacayos se afanaban a mi alrededor, cumpliendo mi orden de llevar mi equipaje a mis apartamentos. Cuando me disponía a preguntar por qué no había salido nadie a recibirme, vi venir hacia mí a toda prisa por el pasillo a dos figuras.

Reconocí inmediatamente al príncipe Vladimir Obolenski, que era *gof marschal* de Nicky y una de sus pocas personas de confianza. Obolenski tenía un porte regio, con el bigote perfectamente encerado y rostro mustio de aristócrata. Iba impecablemente vestido con su uniforme rojo y dorado; era primo de mi propio mayordomo jefe y había llegado a dominar la complicada etiqueta de la corte, establecida a lo largo de varios siglos, para ejercer su difícil cargo.

Al verme, avivó el paso. A su lado caminaba a grandes pasos un personaje que no me resultaba familiar, de barba negra larga y desaliñada y cabellos hasta los hombros, con pantalones sueltos metidos en las botas, como un *mujik*, y una camisa de lino de campesino que parecía una casaca. Mientras Obolenski me hacía una reverencia, me pregunté si sería un vagabundo al que habían encontrado rondando por el palacio.

—Majestad, no la esperábamos —dijo Obolenski, claramente consternado porque yo me hubiera tenido que valer por mí misma.

Miré al desconocido que estaba a su lado. No me hizo ninguna reverencia. Tenía menor estatura que el príncipe y tampoco era ningún vagabundo, a pesar de su aspecto desaliñado. De hecho, parecía bien alimentado; un trabajador, de piernas fuertes, hombros anchos que le llenaban la casaca y manos grandes, venosas, de dedos ahusados, que tenía unidas sobre el vientre. Llevaba al cuello un sencillo crucifijo de madera, colgado de una correa de cuero. Sus ojos eran llamativos, de una intensidad azul clara casi sulfúrica, como el hielo traslúcido. Me miró con interés, sin ningún recato.

—¿No recibisteis mi telegrama? —pregunté al príncipe, forzándome a apartar la vista del otro hombre, que entreabría en gesto lascivo los gruesos labios bajo su barba descuidada.

—Lo recibimos. —Obolenski parecía agitado, cosa muy rara en él—. Pero creíamos que vuestra majestad llegaría a última hora de la tarde. —Estaba enfadado por no haber sido informado de la llegada de mi tren. Yo conocía al príncipe lo suficiente como para saber que aquel descuido costaría caro a alguien—. Debo suplicar el perdón de vuestra majestad. Es inexcusable haberla hecho esperar.

—No he esperado mucho rato —dije. Empezaba a sentirme intranquila. ¿Quién era aquel desconocido que me miraba fijamente? En cuanto me lo

pregunté, lo comprendí: era el nuevo amigo de Alejandra, Rasputín.

—Solo tardaré un momento, majestad.

Obolenski se volvió hacia la puerta principal, dispuesto a acompañar al amigo hasta la salida. El amigo no lo siguió. Se me quedó mirando como si percibiera la incomodidad que yo sentía bajo la piel. Creyendo que se disponía a rodearme con los brazos para darme el abrazo y el triple beso tradicional de Rusia, retrocedí. Él dijo con tristeza, la voz áspera:

—*Matushka*, ¿por qué me temes? No quiero hacerte daño.

—¿Temerte? —repetí—. Claro que no.

Él inclinó la cabeza y los cabellos grasientos le cayeron sobre el rostro y sobre la nariz aguileña. Siguió a Obolenski hasta el exterior. Yo sentí la necesidad de bañarme. Aquel hombre debía de tener pulgas. Había dejado un olor desagradable, a sudor rancio y ropa sucia. ¿Conque aquel era el amigo que había impresionado tanto a Alejandra? ¿Es que había perdido la razón? No era más que un vulgar campesino que, evidentemente, no había visitado ninguna de las muchas casas de baños públicas que existían en San Petersburgo.

Obolenski regresó a los pocos momentos. Murmurando disculpas, mientras yo volvía a asegurarle que no tenía importancia, me acompañó hasta el interior del despacho de Nicky, ante cuya puerta montaban guardia los abisinios.

Era mi estancia favorita del palacio. Masculina, con armarios de nogal pulidos y altos paneles de madera en las paredes, rematados por una tira de papel de pared de damasco rojo. Nicky había llenado la habitación de artículos personales, un mapamundi con trípode de bronce y estanterías llenas de sus libros encuadernados en piel. Su escritorio estaba ordenado, pues le gustaba mantener en orden sus papeles. Lo tenía cubierto de fotografías familiares enmarcadas en plata y esmalte, muchas de ellas tomadas por Alejandra y por las niñas con sus cámaras Kodak Brownie. El aire olía a tabaco y a aceite de linaza, a papel y a tinta; trascendía al propio Nicky y me hacía recordar su amor por la literatura y su necesidad de soledad.

—Su majestad imperial, la Emperatriz Viuda —anunció el príncipe, tras lo cual me hizo una reverencia y se retiró.

Nicky había estado dormitando en su sillón de cuero verde, con un libro en el regazo. Cuando me oyó entrar, se puso de pie con tal precipitación que se le

cayó el libro al suelo.

—Mamá...

—Parece que nadie me esperaba —dije, quitándome los guantes—. Debes tranquilizar a Obolenski; asegúrale que no lo considero responsable. Soy capaz de recibirme a mí misma en caso necesario.

Nicky encendió un cigarrillo. Todavía llevaba puesto el batín, con un gorro de dormir de terciopelo con borla en la cabeza. En su mesa de escritorio estaba la bandeja de su desayuno, que no había tocado. ¿Se habría levantado tarde? Siempre estaba en pie horas antes que Alejandra. A esas horas ya debería haber desayunado y estar vestido.

—¿Has pasado aquí toda la noche? —le pregunté, preocupada.

Él asintió con la cabeza.

—Alejandra está agotada. Le dejo nuestra cama para ella sola.

Yo sabía por mis visitas que, a diferencia de la mayoría de las parejas casadas, seguían durmiendo juntos, a pesar de que tenían habitaciones separadas; era una prueba de su devoción y tolerancia mutua. Pero su respuesta había aumentado mi inquietud.

—¿Es que no está bien? —pregunté, pensando en cuánto tiempo debería quedarme allí.

Él asintió con la cabeza, indicándome con un gesto el sillón que estaba a su lado, igual al suyo.

—Ha estado cuidando de Alexéi. Ha tenido un accidente.

Me quedé inmóvil. Después, hice el esfuerzo de sentarme, mientras buscaba en mi bolso mi pitillera nueva.

—¿Es grave? —dije, sin poder contener un matiz de reproche—. No sabía nada.

Nicky suspiró.

—Se cayó, jugando con las niñas. Al principio creímos que no era más que una contusión; pero se le hinchó la rodilla... —Le faltó la voz. Pasó unos momentos fumando nerviosamente; buscó su encendedor de plata y me lo entregó—. Tenía el doble del tamaño normal. El dolor, Mamá... Nada se lo aliviaba. Alejandra siguió el consejo de Botkin y le dio el ácido salicílico, el mismo que toma ella para el lumbago. No le sirvió. Le subió la fiebre. No sabíamos qué hacer.

Aquella noticia me horrorizó.

—¿Por qué no me lo dijiste? Habría venido en seguida.

—Ya está mucho mejor —dijo Nicky. Terminó su cigarrillo; en el silencio incómodo, le ofrecí mi pitillera.

—Son los turcos de Miechen. Me ha dicho que te gustan.

—¿Eso te ha dicho?

Extrajo un cigarrillo de la pitillera y se puso a dar vueltas entre las manos a la creación de Cartier, como si la estuviera admirando. No era eso. Estaba alargando el momento; no quería reconocer que él me habría hecho llamar, pero que Alejandra no se lo habría consentido.

—Soy su abuela —dije—. Prefiero que me tengas al corriente tú. Miechen me dijo que habéis estado recibiendo las visitas de un nuevo amigo. ¿Es Alexéi la causa?

Él entrecerró los ojos.

—¿Sabe Miechen lo de mi hijo? —preguntó.

—Por supuesto que no —respondí, con voz más cortante ante su tono de sospecha—. No se lo he dicho a nadie, como tú me pediste. Pero sospecha que el niño tiene alguna enfermedad grave. Todos lo creen. ¿Qué podemos esperar? Si no saben la verdad, especulan. —Hice una pausa, tomando una bocanada de mi cigarrillo—. ¿Ese que acaba de salir del palacio era el nuevo amigo?

—Sí. El padre Grigori. Ha sido una bendición para nosotros.

Aquello me resultó difícil de creer.

—¿Cómo es eso?

—Tiene un poder... —Nicky se interrumpió y enmendó sus palabras, pues sabía que yo no creía en esas cosas—. Sabe tratar a Alexéi. Lo tranquiliza. Se sienta con él; reza, y le habla. Detiene la hemorragia. Llegó cuando estaba peor que nunca. Alejandra estaba tan desesperada que yo no fui capaz de negárselo, aunque yo apenas conocía a aquel hombre. Pero hizo lo imposible. —El alivio se traslucía en sus ojos soñolientos—. La hinchazón empezó a reducirse al cabo de un día. No había hemorragia. Alexéi sigue en cama, pero el padre Grigori nos ha asegurado que se recuperará. Nunca dice más. Nunca hace promesas, pero nos da mucha esperanza.

—Entiendo.

No lo entendía, pero tendría que aceptar sus palabras. ¿Qué importancia tenía que un supuesto hombre santo sin lavar musitara unas cuantas oraciones y ofreciera consuelo, si no hacía ningún otro mal? Aunque a mí no me gustara, no podía plantear ninguna objeción razonable, por muy inquietante que fuera. Para un niño enfermo la esperanza era esencial; aunque, en el caso de una enfermedad como la de Alexéi, podía ser peligroso esperar demasiado. La desilusión podría resultar más penosa después.

—¿Puedo verlo?

—El padre Grigori se ha marchado. Ya lo has visto. Nunca se aloja aquí. Yo no lo consentiría...

—No —dije, tocándole la mano para tranquilizarlo—. A Alexéi.

—Sí, claro. Está en su cuarto. Te acompañaré.

Estaba dormido. Su rostro de rasgos delicados estaba pálido, pero sin dolor apreciable. Tenía la pierna izada con una polea para que le bajara la sangre estancada de la rodilla, que tenía muy descolorida y que a mí me pareció que seguía estando horriblemente inflamada. Tras echar una mirada a Derevenko, que montaba guardia en un rincón, acerqué un taburete al lecho de mi nieto y lo vi dormir con los párpados temblorosos. Conteniendo las lágrimas, le retiré de la frente los hermosos cabellos castaños dorados mientras susurraba:

—Nuestro niño precioso...

Tenía la piel cálida al tacto, pero no febril.

Abrió los ojos grises azulados. Los ojos de Nicky.

—*Grandmère*...

Sonreí.

—He venido en cuanto he podido —dije—. ¿Cómo te encuentras.

Él reflexionó, como pasándose revista al cuerpo.

—Ya no me duele —dijo.

—Eso es buena señal. Muy buena señal. Antes de que te quieras dar cuenta, estarás levantado y volverás a correr.

Yo no estaba dispuesta a reñirle por hacer lo que hacían todos los niños. Ya se encargaba de ello Alejandra, que aspiraba a inculcarle una conciencia constante de que era diferente, no solo por su categoría sino porque estaba

enfermo.

—Estaba corriendo —dijo él—. Por eso me resbalé. ¿Está muy enfadada conmigo Mamá?

—No, no —le dije, acariciándole la mejilla—. Está preocupada. No está enfadada. Contigo no está enfadada nunca. Ahora, descansa. Ha venido tu papá. ¿Lo ves?

Me aparté cuando entró Nicky, que había estado esperando en el pasillo.

—Hijo mío...

Hablaba con tal compostura que yo tuve que apartar el rostro. La inquietud de Nicky por Alexéi era muy honda. Yo sabía que no podía sentir otra cosa; pero no lo mostraba nunca y se sentó, circunspecto, en el taburete que había dejado yo y tomó un libro de la mesilla.

—¿Quieres que te lea en voz alta? —dijo.

Yo me marché de puntillas. Aunque la rodilla de Alexéi tenía un aspecto pésimo, no parecía que el niño estuviera sufriendo. Mientras Nicky se quedaba con él, yo fui a ver a las niñas. Encontré que sus habitaciones estaban vacías; una doncella cambiaba las sábanas. Me recomendó que esperara en el salón, pues sus altezas sacaban de paseo a sus perros a aquella hora.

En el salón me encontré a Anastasia, que estaba en el asiento de la ventana con su álbum de recortes.

Mi nieta menor, a sus ocho años, había crecido, aunque no llegaría a ser alta; en esto saldría a mi parte de la familia. Y era muy bonita; no tenía una belleza etérea, como Tatiana, ni era tan arrebatadora como Olga, pero sus ojos azules, muy separados, mostraban vivacidad y tenía rizos revueltos de cabellos dorados rojizos, como los de su madre, recogidos del rostro redondo con un lazo arrugado. Su sencillo vestido blanco con borde de encaje tenía manchas de algo que parecía ser mermelada de ciruela del desayuno. En cuanto me vio, saltó a abrazarme, y acto seguido me mostró su álbum de recortes, en el que guardaba pétalos prensados, restos de hojas y una pluma de cuervo, rodeado todo ello de textos garabateados.

—¿Qué dice aquí, Malankara? —le pregunté, llamándola por el mote que solía darle, mientras intentaba descifrar su letra incomprensible. Tuve que contener la pena que me daba el contraste de Anastasia, robusta y floreciente, con el estado en que se encontraba Alexéi en el piso de arriba.

—Una oración —dijo ella.

—¿Es letra cirílica? ¿No? Pero tampoco está en francés.

—Está en inglés —dijo con justo orgullo. Era muy pequeña para atreverse con aquel idioma, que tanto su padre como su madre hablaban con fluidez.

—Una oración en inglés —dije, sonriendo—. Y ¿qué pides en esa oración, mi niña?

—Pido por una persona —dijo Anastasia, irguiendo la cabeza en un ademán que recordaba asombrosamente al de Alejandra cuando oía algo que no le gustaba—. Por mi hermano. Nuestro amigo nos ha dicho que las oraciones lo pueden curar. Escribir nuestras oraciones es la mejor manera de que nos escuche Dios.

—¿Ah, sí? —dije, sintiendo un vacío en el estómago—. ¿Y vuestro amigo os suele dar consejos?

Intenté responder con voz tranquila, porque Anastasia, a pesar de su corta edad, era sensible y después de los sufrimientos de Alexéi captaría todavía mejor, incluso, cualquier trasfondo.

—Es amigo nuestro, Amama —dijo ella, como si mi ignorancia la extrañara.

—Sí; pero yo no lo conozco —le recordé, evocando su sonrisa lasciva y cómo me había clavado la mirada extraña—. Por eso no es amigo mío todavía.

—Ah.

Desarrugó el ceño. Entendía la explicación, pero se le había olvidado mi pregunta. Dejé a un lado su libro de recortes y tomé sus manos entre las mías. Mirándole los deditos, con los rasguños propios de haber jugado con los perros de la familia, con los gatos del palacio y por otros pequeños accidentes, me sorprendí al ver lo delgados que estaban los míos bajo mis anillos y las manchas que tenían. Cuando la miré a los ojos, me pareció como si se me viniera encima el peso de los años.

—¿Qué más os dice tu amigo?

Yo no sabía con certeza por qué me inquietaba tanto. Miechen me había hecho saber que aquel hombre no era ningún modelo de virtud; pero era inconcebible que hubiera hecho algo indecoroso aquí. Alejandra no habría tolerado jamás la más mínima transgresión en la corte, ni mucho menos la soportaría en su propia residencia. Pero era evidente que había conocido a

mis nietas. Le habían permitido visitar Tsarskoye Selo, no solo para atender a Alexéi sino también para ver a las niñas.

—Se llama padre Grigori. Dice que podemos ayudar a Alexéi con oraciones. —Titubeó antes de continuar—. Dice que Dios nos atenderá porque nos ama mucho.

Era la respuesta que cabía esperar en una niña; pero tenía algo en la voz, un leve temblor, que me incitó a preguntarle:

—¿Os ha dicho algo más alguna vez, a tus hermanas o a ti?

No respondió. Percibí entonces algo en sus ojos recelosos, un secreto; y cuando le dije con viveza: «Respóndeme», ella musitó:

—Mamá dice que no debemos hablar de nuestro amigo a...

Dejó la frase en el aire. Se apartó de mí, mirando hacia las puertas del salón, que estaban abiertas, como si esperara que hubiera alguien acechando allí. La tensión que advertí en sus hombros me produjo una oleada de ira. Me puse de pie, dispuesta a exigir que saliera quien estuviera allí escondido, pero entonces Anastasia dijo:

—Mamá.

Y mientras me esforzaba por escuchar entre el ruido sordo de los latidos de mi corazón, oí lo que ya había percibido ella: el chirrido de unas ruedas que se aproximaban.

Anastasia tomó el libro de recortes del asiento de la ventana y dio un tirón a su lazo, con lo que solo consiguió que le colgara más del pelo. Antes de que yo hubiera tenido tiempo de enderezárselo, entró por la puerta Alejandra.

Iba en una silla de ruedas como la que había usado mi madre en sus últimos días; llevaba su chal malva sobre los hombros y una de sus damas de compañía le empujaba la silla. En el silencio repentino que se produjo a su llegada, Alejandra volvió inmediatamente la vista hacia mí, que estaba de pie junto a la ventana, con su hija.

Alejandra frunció los labios.

—Nastya, ¿por qué no estás fuera con tus hermanas? Es hora de hacer ejercicio, no de perder el tiempo dentro de casa.

Como para confirmar sus palabras, se oyeron por la ventana risas lejanas y ladridos alegres. Olga, Tatiana y María pasaron por la terraza exterior, vestidas con abrigos azules a juego, sujetando las correas de las que tiraban

sus perros. Anastasia estaba inmóvil, como paralizada.

—Le pedí yo que se quedara —dije, poniendo una mano en el hombro de mi nieta. La niña temblaba—. Quería que me contara todo lo que ha estado estudiando.

Alejandra mandó salir a su dama de compañía con una seña, sin apartar la vista de mí. Su aspecto me inquietó, pero no me sorprendió. Aquella belleza serena que había ganado el corazón de Nicky ya no existía; había quedado hundida por su mala salud y sus preocupaciones. Pero yo no sabía que el lumbago la hubiera incapacitado tanto como para que tuviera que ir en aquella silla. ¿Habría cuidado de Alexéi hasta derrumbarse? Volvió a dominarme la ira. ¿Cómo podía haberse descuidado tanto? ¿Es que no tenía el sentido común suficiente para descansar como es debido, para estar fuerte para Nicky y para sus hijas? La hostilidad entre ambas debió de apreciarse, pues Anastasia se apresuró a besarme y, tras el obligado beso en la mejilla a su madre, salió corriendo por la puerta.

—Haz el favor de andar —le dijo Alejandra en voz alta—. No corras.

Debía de ser una orden que repetía a todas horas, todos los días, con el propósito de contener a Alexéi, y que resultaba inútil en el caso de Anastasia, como lo demostraba el estrépito de los pies de mi nieta al alejarse.

No me moví, mientras Alejandra ocupaba su lugar ante la mesa dorada, cubierta de fotografías enmarcadas y de diversos chismes, entre ellos un dedal de porcelana que parecía fuera de lugar. Mientras la veía establecerse en el espacio que habían despejado para hacer lugar a su silla de ruedas, tuve que resistirme al impulso de reñirle.

—No estás bien —dije, trasladándome a una silla frente a la suya—. No lo sabía.

—Has estado fuera.

Mientras ella hacía sonar una campanilla que estaba sobre la mesa, estuve tentada de replicarle que mis viajes anuales al extranjero no eran motivo para ocultarme importantes asuntos de familia. Pero me limité a sentarme, con un nudo de indignación en la garganta.

Alejandra, a la que el silencio nunca ponía incómoda, esperó, arrancándose hilos sueltos de su chal. Llevaba el cabello rojizo recogido en un moño y observé que ya tenía canas. Aparentaba diez años más de los treinta y siete

que tenía. A su edad, yo me habría pasado toda la noche bailando, ataviada con mis vestidos espléndidos, hecha un torbellino con mis ganas de vivir. Volví a contener la irritación que me asediaba siempre que estaba con ella. Yo no había tenido que soportar las mismas circunstancias que ella.

—¿Te enseñó Anastasia todo lo que está estudiando? —dijo de pronto—. No es posible —prosiguió, adelantándose a mi respuesta—. Solo tenía consigo ese cuaderno y, si no me equivoco, no era de sus lecciones de gramática. Me temo que no es una estudiante ideal.

No se le escapaba nada. Tampoco había cambiado en eso.

—Anastasia me ha enseñado lo suficiente —dije; y ella apartó la vista.

Llegó su dama de compañía con el servicio de té y lo puso ante nosotros.

—Vamos a esperar a que se haga —dijo Alejandra.

La dama hizo una reverencia y se marchó. Cuando hubo pasado el tiempo requerido, esperé a que mi nuera inspeccionara la tetera. Cuando se inclinó hacia delante, le asomó al rostro un espasmo y tuve que encargarme de ello yo, aunque no recordaba la última vez que yo hubiera servido a nadie.

Ella suspiró.

—Ya están mejor las cosas —dijo.

La entendí. Ahora que su hijo se iba curando, todo estaba mejor. Debí haber asentido; ella había tenido que estar frenética. Pero recordé la mirada grosera de su amigo y su pregunta inquisitiva y me quemé la lengua con el té caliente. Por fin, tras otro largo silencio, ya no pude soportarlo más.

—Me habló de *tu* amigo —dije, asegurándome de que percibiera el énfasis que daba a la palabra—. Parece ser que ha estado enseñando a una niña que las oraciones son la única manera de ayudar a su hermano.

Alejandra hizo una pausa con la taza ante los labios.

—Supongo que has venido aquí con un propósito. Di lo que tengas que decir, María.

Nada de «madre querida». Nada de «Minnie». María: mi nombre ruso adoptado. En su manera de pronunciarlo había algo que venció a mi piedad, a mi comprensión, teniendo en cuenta que había estado luchando por Alexéi y que se veía obligada a estar en aquella silla por ello. En aquel momento me salieron a la superficie mi angustia por mi hijo, los rescoldos de mi enfado por mis propios hijos y mi conversación con Miechen. De pronto, me molestaba

mucho que aquel hombre santo suyo se moviera a sus anchas por el mismo lugar donde yo tenía que mandar aviso por adelantado cuando quería venir.

—¿Cómo puedes permitirlo? ¿*Quién* es ese hombre para poder tomarse esas libertades? Se dice que se jacta de su trato contigo y que repite tu nombre a diestro y siniestro. ¿Eres capaz de permitir que ese amigo diga y haga lo que quiera?

Aunque yo estaba preparada para recibir una negativa indignada, ella no siguió ese camino.

—No me gustan nada las habladurías —dijo—. Nunca me han gustado. Y lo que hace es curar a mi hijo, el zarévich.

Que Dios me perdone: sentí deseos de arrojarle el té a la cara.

—No hace tal cosa. No puede. —Percibí que se me quebraba la voz, indicando que empezaba a perder la compostura—. Lo que tiene el niño es incurable.

—¿Qué te han contado? —me preguntó con voz inexpresiva.

—Tú ya lo sabes. No me pidas que te lo repita.

—No importa. Dios ha enviado al padre Grigori para que me guíe en mis penalidades.

—¿También lo ha enviado Dios para que guíe a tus hijas?

—Jamás. —Contrajo las manos en los reposabrazos de la silla de ruedas como si fuera a ponerse de pie—. Aquí no ha hecho nunca nada indecoroso. Yo estoy siempre presente durante sus visitas —dijo, confirmando que, como siempre, conocía las habladurías mucho más de lo que quería reconocer.

—Cuéntaselo a San Petersburgo —reliqué—. Cuéntaselo a Miechen, que afirma que es...

—No me importa lo que afirme la gran duquesa Pavlovna. Ni me importa, ni quiero oírlo.

Me atravesaba con la mirada. Su fervor me parecía temible, como si me estuviera retando a que dijera en voz alta lo mismo que alegaba que no quería oír.

—No puedes hacer caso omiso de la sociedad creyendo que la gente no hablará —dije, conteniendo el impulso de sacar a la luz lo que me había contado Miechen—. Siempre hablan, pase lo que pase.

—¿Y qué me importa eso a mí? El padre Grigori ha salvado a Alexéi. Es lo

único que tengo que saber.

Llegó de los jardines otra salva de carcajadas. Las niñas pasaron trotando de nuevo ante la ventana, en sentido opuesto, con las bufandas agitadas por el viento.

Oí que Olga reñía a Anastasia: «¡Date prisa, Nastya!», y entonces me di cuenta de lo que debía ver Alejandra: a sus hijas, gozando del aire de la mañana, burlándose de ella con su exuberancia mientras su hijo, aquel que ella consideraba que lo merecía más que ninguno, no podría disfrutar nunca de una juventud despreocupada.

—Tú no puedes saber lo que es sufrir como yo sufro —murmuró.

Fue como si me clavara una puñalada en el pecho.

—Perdí a mi hijo Jorge. ¿Lo has olvidado?

—No.

Volvió a atravesarme con sus ojos violeta. El violeta, el color de su vestido y de su chal, un tinte melancólico que se aferraba a ella, que le impregnaba los poros, como el humo de una pira de lavanda, que le apagaba toda la alegría.

—No lo olvidaré nunca —repitió—. ¿Es que quieres que me pase a mí lo mismo?

Me asomaron las lágrimas. Las contuve. No quería llorar delante de ella.

—Yo habría dado la vida por mi hijo —susurré.

Ella volvió a apartar la mirada, dirigiéndola de nuevo a la ventana por donde habían pasado sus hijas.

—Ojalá pudiera hacer yo otro tanto —dijo.

* * *

Tras mi regreso a San Petersburgo, mi cuñado Vladimir, el marido de Miechen, murió de una hemorragia cerebral. Aunque Miechen estaba desconsolada por su pérdida, tuvo una de las manifestaciones de valor que la caracterizaban y se negó a dar salida a su dolor, aparentando casi impasibilidad mientras vestía el cadáver de su marido con su uniforme (se había muerto durante el almuerzo, fumándose un puro) y ocupándose de disponer el funeral. Todos asistimos al entierro, en el que Vladimir fue sepultado junto a sus padres y hermanos en la catedral de San Pedro y San

Pablo.

A mí me parecía que aquello era el final de una era. Recordaba cómo me abrazó Vladimir tras la muerte de Nixa y su carisma bullicioso. Había sido un cuñado cariñoso incluso durante los enfrentamientos; y, a pesar de sus deslices ocasionales, había sido un buen marido para Miechen. Yo sabía que el estado de viuda no la iba a cambiar, pero la redefiniría, como me había redefinido a mí. Y su muerte me reavivó el duelo por Sasha; de modo que, una mañana, mandé a mi cochero que me llevara al otro lado del Neva helado, hasta la fortaleza y la catedral.

Me arrodillé ante la tumba de Sasha, bajo las bóvedas pintadas. Había evitado visitarla con la frecuencia debida; su sarcófago de mármol, tan sólido e imparcial, era un recuerdo demasiado crudo de que no volvería a verlo jamás en esta vida. Era demasiado doloroso; allí estaban todas las tumbas de mis seres queridos: mi marido, mi niño pequeño, mi Jorge, Nixa, mi suegro y su esposa, que tanto había sufrido; y, ahora, Vladimir. Eran unas pruebas insuperables de lo fugitivo que es el tiempo, de que vivimos nuestros días sin saber cuál puede ser el último.

—Te echo de menos —murmuré—. Te echo de menos aun cuando no estoy pensando en ti. Echo de menos tu voz, tu apetito. Tu sonrisa. Rusia te echa de menos, Sasha, y mucho. Rusia te necesita, y tú no estás. Nuestros hijos son como desconocidos para mí. Nicky está perdido. No sabe qué hacer, cómo plantar cara a los revolucionarios, ni a sus ministros, ni a sus tíos. Ni a su propia esposa. Se esfuerza mucho. Yo veo que lucha, pero no le puedo ayudar. Y su hijo, su niño precioso... —Bajé el rostro; me rodó una lágrima por la mejilla—. No está bueno, Sasha. Sufre mucho. Su estado los tiene hundidos de tristeza, de preocupación y de miedo. Tanto miedo... ¿Qué será de él? ¿Qué será de Rusia si se muere? ¿Qué será de nosotros?

La tumba me respondió con un silencio que era un reproche. Nos enseñaron que los muertos velan por nosotros; que aunque el cuerpo se pudra, el alma permanece. Que no nos dejan nunca; están vivos en nuestros corazones y en lo alto, en el cielo. Yo lo creía. Pero a él no lo sentía nunca cerca de mí. Nunca tenía la sensación de que me estaba protegiendo. Era un recuerdo que ya se desvanecía y yo advertía que se me olvidaban sus dichos favoritos, las cosas que él quería. Otras veces me sobrevinía, como un diluvio, una imagen de él y

yo intentaba sujetarla, quedármelo conmigo; pero era como tomar puñados de agua: se deslizaba a través de mí y desaparecía de nuevo en el estanque del pasado.

—¿Dónde estás ahora? —dije—. ¿Dónde estás, ahora que te necesitamos tanto?

Oí que Tania decía detrás de mí:

—Majestad, es hora... vuestro tren para Gatchina está esperando.

Me puse de pie con un gesto de dolor por el tirón que tenía en la espalda y le devolví la almohadilla de terciopelo que ella me llevaba en su bolsa, pues en aquella casa de Dios no había comodidades materiales. Dios no quería que nos sintiésemos cómodos para que no olvidásemos el camino de espinas que debíamos seguir fuera.

Durante el viaje en tren a Gatchina, Tania me dejó sola en mi apartamento, donde me puse a fumar y a mirar el paisaje por la ventanilla estrecha. Apoyando la mano en el cristal, sentí, como una llama en las puntas de mis dedos carentes de calor, el frío del invierno que se nos venía encima.

Cuando llegué a Gatchina, ya había tomado la decisión de marcharme de nuevo al extranjero a principios de primavera. Tenía por delante los meses de invierno, una Navidad apagada por la muerte de Vladimir y por la recuperación de Alexéi, que llevaba la pierna encerrada en un aparato de hierro para que no doblara la rodilla. Tendría que limitarse a realizar actividades tranquilas, vigilado siempre por Alejandra y por su marinero. Las niñas le leían en voz alta y dibujaban y pintaban haciéndole compañía en su cuarto de juegos; pero también lo trataban como si fuera de cristal, sumadas a la conspiración de silencio que ya ahogaba a Tsarskoye Selo, sin preguntar nunca lo que ya sabían.

Su hermano podía morir de una simple caída. Y Rusia podía morir con él.

Yo no tenía idea de lo que nos esperaba. Ninguna premonición. Quizá la hubiera percibido si hubiera tenido tratos con videntes, como hacía Alejandra. Pero ella tampoco tenía idea. Vivíamos en un sueño, encerradas en nuestro esplendor lacado, como las miniaturas barnizadas de nuestros célebres huevos de Pascua, mientras empezaba a derrumbarse el mundo que estaba más allá de nuestras puertas.

CAPÍTULO 34

—No; no puede ser. No es posible. Otra vez, no.

Me abracé a Olga mientras Tania recogía el telegrama que se me había caído de entre los dedos. Lo leyó y dijo:

—Murió hace más de una semana. —Me miró con ojos llenos de tristeza—. Tu sobrino te pide que vayas a Inglaterra en cuanto puedas. Lo siento mucho, Minnie. Sé cuánto lo querías. Tu pobre hermana debe de estar desconsolada.

Tragué saliva; de pronto, me faltaba el aire.

—No puedo respirar —dije.

Olga me desabrochó el vestido por la espalda y me desató el corsé. Cuando se hubo aflojado el armazón de ballenas que me oprimía el tórax, me derrumbé en mi silla y me puse a sollozar, llevándome las manos a la cara.

Bertie... tan encantador, tan galante. Bertie... muerto. Como mi Sasha.

—¿Cómo es posible? —susurré cuando ya no me quedaban fuerzas para llorar. Olga, impotente, me daba palmaditas en la espalda, mientras Tania mandaba a Sophie que me trajera té—. Sólo tenía sesenta y ocho años. Viajaba mucho; siempre estaba contento... No estaba enfermo. Nadie me había dicho que estuviera enfermo.

Olga tomó el telegrama de las manos de Tania.

—No dice cómo murió —dijo—; sólo que quieren que vayas lo antes posible. —Calló, intentando consolarme, aunque no se le daba nada bien conmigo ni en los mejores momentos, tanto menos en una situación de crisis—. ¿Quieres que vaya contigo?

—No —me apresuré a decir, y ella torció el gesto—. Jorge no ha pedido que vaya nadie más; debe de querer que esté yo por Alix. Pero sin duda solicitará que la familia asista al funeral. Debo responderle —añadí, y me puse de pie haciendo un esfuerzo, apoyándome en el brazo de Olga. En solo un

momento, me sentía vieja—. Hay que informar a Nicky en seguida.

—Enviaré un telegrama al palacio.

Olga me acompañó hasta mi escritorio y se encaminó a la puerta. Fuera cual fuese la respuesta de mi sobrino Jorge, ella no me acompañaría. Había esperado con impaciencia el momento de salir de la habitación. ¿De qué me iba a servir mientras yo consolaba a mi hermana?

Volvió cuando yo estaba escribiendo la carta en la que aseguraba a mi sobrino que llegaría en cuanto pudiera, en mi yate particular.

—Nicky ya lo sabe —dijo—. También le mandaron aviso a él... No puede asistir al funeral.

En aquel momento me despojé de mi desesperación.

—No lo consentiré. Si ella se tiene que quedar aquí, por los niños, que se quede. Él puede ir solo. Ha muerto el rey de Gran Bretaña, el marido de su tía. Todos los monarcas de Europa asistirán para presentar sus respetos.

—No la culpes a ella —dijo Olga—. Jorge solo ha solicitado tu presencia, porque su Parlamento ha dicho que no pueden aceptar la presencia del zar, dadas las circunstancias.

Mientras yo la miraba desconcertada, ella me aclaró:

—No pueden garantizar su seguridad, Mamá. Habrá una recepción pública. Demasiada gente para asegurar la seguridad de Nicky.

—Dios santo —dije, bajando los ojos a mi carta a medio escribir—. Entonces, no será preciso enviar esto. Si solo he de asistir yo, más me vale partir en seguida.

—Te puedo acompañar yo —dijo Olga, ofreciéndose de nuevo—. No quiero que estés sola.

—Alix está allí. De lo que menos te tienes que preocupar es de que yo esté sola.

* * *

—Se negó a dejarnos retirar el cuerpo de Papá —me contó mi sobrino Jorge mientras nos acompañaba a Sandringham House, en Norfolk, donde habían llevado a Alix—. Después de una bronquitis aguda que le duró varias semanas, Papá tuvo un ataque al corazón. Mamá veló su cadáver durante ocho

días; cuando intentábamos convencerla para que dejara que los embalsamadores hicieran su trabajo, nos gritaba. Tuvimos que retirarla a la fuerza. Parecía que no entendía la situación. Se comportaba como si él se fuera a despertar.

Me miró a los ojos. Se parecía tanto a Nicky que era como ver un reflejo de mi hijo; hasta tenía su misma complexión esbelta, su barba exuberante y sus modales tranquilos.

—Sé que se está quedando sorda, tía Minnie; pero ¿no será posible que su pérdida de oído le esté afectando también a la mente?

—Lo que le afecta a la mente es la pérdida de su marido —dije yo—. No tiene nada que ver con su oído. Ella sabía que había muerto. Sencillamente, no era capaz de reconocerlo.

—Se ha montado una capilla ardiente en Westminster, por ella. Pensamos que podría aliviarle el dolor ver cómo le presentaba sus respetos el público. —Se acarició la barba, con gesto que volvió a recordarme a Nicky—. Espero que tú le puedas servir de consuelo. No deja que se le acerque nadie. No hace más que estar sentada en esa habitación...

Lo tranquilicé con una sonrisa.

—Haré todo lo que pueda —dije—. Cuando llegue el momento, estará preparada. Tú atiende ahora a tu reino y a tu familia. Te necesitan.

La fachada majestuosa del palacio de Sandringham House, con sus múltiples torreones y ventanas en voladizo, no daba una idea precisa de su interior. Las salas principales eran bastante espaciosas, aunque estaban demasiado recargadas; pero los aposentos de la familia real estaban abarrotados y eran oscuros, como los que nos había asignado Sasha en Gatchina. No obstante, Alix había criado a sus hijos en aquella finca rural, a la que se había retirado para huir de las habladurías de Londres sobre los deslices de Bertie.

En sus aposentos sus damas de compañía, muchas de las cuales llevaban muchos años con ella, desde su larga etapa de princesa de Gales, vestidas de luto, se pusieron de pie apresuradamente. Con su impenetrabilidad británica, con el cabello recogido en moños idénticos y rostros con los mismos gestos severos, me recordaron al séquito lúgubre del que se hacía rodear la reina Victoria. Yo no conocía sus nombres, pues nunca me molestaba en recordarlos

cuando Alix los mencionaba. Y tampoco intenté entonces remediar mi desconocimiento.

—¿Dónde está su majestad la reina? —pregunté.

—Su majestad la reina María está en el palacio de Buckingham —respondió una mujer de nariz aguileña que iba de negro desde el cuello hasta los pies—. Su majestad la reina madre está ahora en su dormitorio y...

La dejé atrás a paso vivo y oí que soltaba una exclamación ahogada. Abrí de un tirón la puerta del dormitorio y pasé a un cuarto tan oscuro que era como una cueva.

Tuve que detenerme y pestañear para acostumbrarme a la oscuridad. Fui percibiendo las formas del cuarto; había una zona de asientos tapizados de cretona y gruesas cortinas con cenefas que cerraban el paso a la luz de las ventanas.

—Ya he dicho que no tengo hambre. Dejadme en paz.

La voz incorpórea de Alix me llegó de alguna parte, hacia mi izquierda. Mientras me iba aventurando más hacia el interior, esquivando una mesa sobrecargada, con toda su superficie llena de fotografías enmarcadas, dije con precaución:

—Alix. ¿Dónde estás?

Silencio. Entonces, ladró un perro y vi que Alix se levantaba de un sillón de orejas que estaba junto a la chimenea. Tenía el rostro cubierto de sus cabellos revueltos. No me había oído, pero el perro la había alertado. Cuando miró hacia mí, forzando la vista, dijo con incredulidad: «¿Minnie?». Después, vino hacia mí a trompicones.

—¡Ay, Minnie! Me han quitado a mi Bertie.

Cuando cayó en mis brazos, y mientras el fox terrier blanco y desaliñado que la acompañaba me olisqueaba los pies con desconfianza, me pregunté durante un segundo de angustia si mi hermana se habría vuelto loca, en efecto. No era absolutamente impensable, en vista de lo que me había contado su hijo. Pero cuando se aferró a mí, llorando, y yo la conduje de nuevo a su sillón, vi que no estaba loca; solo estaba tan desconcertada por el giro repentino del destino que la había despojado de su marido, que aún no lo había aceptado plenamente. Lo supe porque se llevó la mano a los cabellos con un débil gesto de vanidad, intentando ordenárselos. El fox terrier, tras haber determinado que

yo no constituía una amenaza, se plantó en un cojín junto al sillón y se puso a observarme con sus ojos castaños y tristes.

—Se llama César —dijo Alix, mientras yo devolvía al perro su mirada mustia—. Bernie lo adoraba. Mira el collar: dice que es del rey. Hasta ahora no me había tenido afecto. Pero el animal no hacía más que vagar por el palacio, lloriqueando, de modo que me lo he traído aquí, conmigo. No me ha abandonado ni un segundo. No le importa que debo de estar hecha un adefesio —añadió, intentando sonreír.

Yo sentía unas ganas locas de fumar; pero me resistí a la tentación, pues aquello nunca había gustado a Alix.

—Todos están muy preocupados por ti —dije, alzando la voz para que pudiera oírme.

—¿Ah, sí? —Sus ojos eran como magulladuras que tenía en el rostro—. No tardarán en olvidarme.

—Vamos —dije, buscando una campanilla para pedir que sirvieran té—. No debes decir esas cosas. Recuerda lo que me dijiste después de lo de Sasha. La pérdida es terrible, yo lo sé muy bien. Pero tienes que cuidar de tu familia. Jorge es rey, y tú debes aconsejarle. El mundo es así —dije, devolviéndole sus propias palabras—. Por muy brutal o injusto que pueda parecer.

—No es lo mismo. Jorge tiene a su primer ministro y al Parlamento para que lo asesoren. Ahora es reina María. Aquí se espera que la reina viuda se retire.

Al menos, decía cosas lógicas. Dejé de temer que hubiera perdido la razón.

—No debes retirarte, si no lo deseas —dije. Encontré el cordón de una campanilla en la pared y tiré de él. Al ver que no venía nadie, me dirigí a la puerta. Esta se abrió de repente y apareció la empalagosa dama de compañía de nariz aguileña, que se asomaba como temiendo que le arrojaran algo. César volvió a ladrar. La dama retrocedió. El perro había estado ahuyentando a los cuervos.

—Té caliente —le dije—. Que esté fuerte. Y galletas. O bollos con mucha mantequilla.

—Minnie, no tengo hambre —protestó Alix, pero yo alcé la mano, indicando a la mujer que se marchara.

—Vas a comer —dije, volviendo a su sillón—. No voy a consentir que te

quedes como un espectro. En mis momentos de duelo, tú estuviste a mi lado. Ahora, yo estoy contigo.

Le rodaron las lágrimas por las mejillas.

—¿Qué voy a hacer? —exclamó.

La abracé, sin perder de vista a César, que gruñía.

—Vivirás —le dije—. No puedes hacer otra cosa.

Pasó un rato llorando, pero nadie tiene lágrimas inagotables, ni siquiera ella. Cuando se fue aliviando un poco, habiendo dado salida a su pena desnuda por tenerme a su lado, me permitió que le cepillara y le arreglara el pelo. Después, tomó unos sorbos del té que le había servido su dama de compañía desconfiada y dio unos bocados distraídos a la tostada con mermelada, aunque entregó la mayor parte a César. Al parecer, no se disponía de galletas ni de bollos, aunque yo habría creído que estos eran artículos esenciales en cualquier casa británica.

—¿Has pensado en dónde vas a vivir? —me aventuré a preguntarle, cuando hubo limpiado las migas del hocico de César. Ahora que Alix tenía un poco de alimento en el estómago, empezaba a volver a su ser habitual.

—Quiero quedarme aquí. Es mi casa. Me la asignó Bertie. Puede que no agrade a Jorge, pues él se crio aquí y cree que debe hacer lo mismo con sus hijos; pero no pueden pretender que yo resida en Londres, con tantos recuerdos. Ahí nunca estuve a gusto.

—Puedes ir a Hvidøre siempre que quieras. Si se espera que te retires, bien puedes viajar.

Yo evitaba cuidadosamente hablarle de Bertie. No veía motivo para hacerlo. Sabía cuánto había sufrido ella en su matrimonio. Aunque había llegado a quererlo y había sido un marido benigno, Alix debía de sentir que no era lo bastante buena, que no podía compararse con las actrices y con las demás mujeres interesantes que él había perseguido con la misma pasión con que se aplicaba a la caza y a la diplomacia.

Soltó un leve suspiro.

—No puedo pensar en ello ahora, Minnie. Estoy muy cansada.

—Entonces, debes descansar. Ya tendrás tiempo de decidirlo.

La acompañé al dormitorio adjunto, la metí en la cama, la arropé y me senté a su lado. César, al que Bertie, al parecer, no había enseñado las

limitaciones propias de las mascotas, saltó a la cama y se instaló a su lado. Alix se quedó dormida a los pocos momentos de haber apoyado la cabeza en la almohada.

—Estoy aquí —susurré—. No te dejaré nunca. Somos hermanas para siempre.

* * *

Mientras el pueblo hacía cola durante horas delante de Westminster para ver al rey en su ataúd, yo hacía todo lo posible por devolver a Alix su aspecto digno y presentable. Ella colaboraba, para mi alivio; pero cuando regresamos al palacio de Buckingham para prepararnos para el funeral de Estado, la encontré ordenando sus joyas. Estaba repartiéndolas en dos montones y etiquetándolas cuidadosamente.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunté.

—Esas no son mías —dijo, señalando el montón más grande—. Son de la corona. Ahora las debe llevar May.

Observé la colección. No había ninguna joya tan deslumbrante como las que había llevado yo siendo zarina, ni siquiera como algunas de las mías personales; pero constituían un tesoro considerable, especialmente la diadema, que Alix había llevado en las inauguraciones del Parlamento, y un broche en forma de mariposa de plata y diamantes.

—Debes quedártelas —le dije—. Las has llevado todos estos años. Que May se ponga lo que tengan guardado en la caja fuerte. O en esa torre que tienen en Londres. O donde guarden las joyas de la corona.

—Minnie, estas son las joyas de la corona. No me las puedo quedar. Hay un protocolo.

—¿Es que te va a exigir alguien que las entregues?

Cuando hube dicho esto, tuve un recuerdo desagradable de aquella ocasión en que Nicky había venido a hablar conmigo en nombre de Alejandra.

—Yo no entregué nunca las mías —añadí; sin confesar que al final sí las había entregado—. Me las quedé y me las ponía.

—Tú tenías derecho. Aquí debo devolver las joyas que Bertie no me compró para mí y debo renunciar a mi precedencia. Se espera que lo haga.

Jorge me dijo que en el funeral debo ir detrás de May.

—No harás nada de eso, por supuesto que no —repuse, y fui inmediatamente a hablar con Jorge; entré en su estudio sin más, pasando por delante de sus asistentes, que se quedaron atónitos.

—Sea cual sea el protocolo, no irás a relegarla a un segundo plano —dije a Jorge, agitando un dedo en el aire—. May tiene toda la vida por delante para ser reina. Esta será la única aparición pública de tu madre junto a su marido, tu padre. En su ataúd.

Él murmuró que aquello era de lo más inusitado y que tendría que consultar con los funcionarios que se encargaban del protocolo; pero, al final, me salí con la mía. Alix fue en el cortejo por delante de May y tuvo el valor de empeñarse en que encabezara el cortejo funerario César, al que llevaba con una correa un *highlander*, tras el carruaje fúnebre que llevaba el ataúd, y por delante de todos los jefes de Estado, entre ellos el propio Jorge y ocho monarcas más; el káiser Guillermo II protestó vehementemente ante tal ultraje.

—Bertie adoraba a César más que a nuestros propios hijos —dijo Alix después del funeral, cuando yo recordaba entre risas el gesto torvo del káiser—. ¿Por qué no había de ser su perro el primero que se despidiera de él?

Con estas palabras, me tranquilizó; comprendí que, con el tiempo, iría aceptando la pérdida de su querido esposo y de su rango de reina. No tendría que pasar por las agitaciones que había sufrido yo en Rusia en mi viudez; pues aunque May tenía carácter fuerte, no era como Alejandra. Procuraba adaptarse a la presencia de Alix y evitaba la altivez excesiva.

Tras el entierro, en la capilla de San Jorge, en Windsor, convencí a Alix para que viajara conmigo a nuestra casa de Dinamarca, donde César lo pasaba muy bien en el mar y dejaba todos los sofás y las camas llenos de arena húmeda, pues, por mucho que lo reñía, él no hacía caso.

Por fin, mi hermana y yo tuvimos que separarnos.

—No sé cuándo nos volveremos a ver —dijo, estrechándome entre sus brazos mientras César lloriqueaba—. Tengo la impresión de que soy capaz de soportar casi cualquier cosa con tal de que estés tú a mi lado.

—Te visitaré todos los años. Iré primero a Inglaterra y después podremos viajar juntas a Hvidøre. Te prometo que no estarás nunca sola en este mundo mientras yo viva.

Solo en mi viaje de vuelta a Rusia, en mi yate, me di cuenta de que se habían invertido nuestras posiciones. De ser la hermana mayor, a la que yo idolatraba y envidiaba, la que se había casado primero y me había dejado atrás, Alix había pasado a depender de mí.

Necesitaba de mi compañía más que nunca, pues el reino de su hijo, en su isla, tenía estabilidad y ella era la reina madre y debía contentarse con sus jardines, sus nietos y recibir algunas visitas en su casa de campo.

Yo no podía permitirme ese lujo. A mi edad, debía haberme encontrado en la misma posición que ella, con libertad para retirarme y aburrirme en mi vejez. Pero Rusia me necesitaba; aunque mis hijos ya estaban crecidos y se resistían a seguir mis consejos, no podían arreglárselas sin mí.

Aunque hubieran cambiado muchas cosas entre Alix y yo, yo seguía envidiándola.

* * *

Cuando regresé a San Petersburgo, su nombre estaba en todas partes. En las tertulias, donde las damas de sociedad se disputaban su presencia; en las tabernas y en los tenderetes de las orillas del río, donde se trataba con todo tipo de morralla, y en los periódicos, donde se especulaba constantemente sobre aquel *starets* misterioso que había llegado a alcanzar tal intimidad con la familia imperial.

Los periodistas se equivocaban. No era un *starets*. Los ancianos santos meditaban en los monasterios y buscaban la verdad divina en la soledad y en el silencio. Los *startsy* no recibían a damas sensuales en palacios, ni aceptaban las invitaciones de sus discípulas femeninas a visitarlas en sus propios hogares; ni pasaban las noches de juerga y bebiendo vodka en los campamentos de la isla de Novaya Derevnya; ni proclamaban que el pecado era la única vía que conducía a la redención.

Y si bien nadie había llegado a determinar con exactitud por qué Rasputín visitaba Tsarskoye Selo, yo me temía que sería una mera cuestión de tiempo, pues no parecía que él fuera muy dado a la discreción. Pero, de momento, guardaba silencio. Podía proclamar sus tratos con el *Batushka* zar y la *Matushka* zarina, poniendo así de manifiesto su origen al llamarlos por los

nombres que les daría cualquier campesino devoto, pero no decía nada de Alexéi. Se había integrado en la conspiración, aunque fuera distinto del resto de nosotros.

Por fin, acabó por vencerme la curiosidad. No podía recibirlo en mi casa, eso habría sido impensable; pero me dije que tenía el deber de enterarme de todo lo que pudiera. Un hombre vulgar como él, tan cercano al trono... podía albergar ambiciones ocultas.

Me rendí a lo inevitable e hice por fin, al cabo de de mucho tiempo, una visita a la princesa Zenaida Yusupova.

Zenaida, delgada y hermosa, de ojos verdes claros cristalinos y cabellos negros azulados como plumas de cuervo, había sido huésped fija de nuestras fiestas de gala en vida de Sasha. Había heredado riquezas inmensas y su marido y ella administraban cuarenta mil hectáreas y treinta fincas con sus respectivos palacios. Su colección de joyas superaba, incluso, a la imperial, e incluía la perla Peregrina, que había sido de la corona española, y un par de pendientes de diamante de María Antonieta. Cuando estaba en la ciudad residía en su palacio de color azafrán, en el Moika, cerca de la residencia de mi hija Xenia. Era un edificio de líneas clásicas, con teatro privado y amplias galerías que albergaban miles de obras de arte preciosas.

Me recibió en su inmenso salón rojo, con molduras de escayola rococó y frescos en el techo. Iba muy elegante, de negro; hizo servir café turco fuerte y, con su sonrisa cortés, me dio el pésame por la muerte de Bertie y la de Vladimir; a este último lo había conocido bien.

—Es una tragedia enterrar a un marido —dijo—. Y tú lo sabes, Minnie, por desgracia.

—Supongo que depende de la esposa —dije. Probé su café espeso y de sabor penetrante y le añadí otro terrón de azúcar.

—O del marido —dijo, riéndose. Tenía una risa sutil que había perfeccionado en las recepciones; no tenía necesidad de llamar la atención, pues sabía que tenía clavados en ella todos los ojos—. ¿Cómo está su majestad, tu hermana? —me preguntó, dando a Alix su título. Zenaida no se tomaba familiaridades nunca.

—Todo lo bien que cabe esperar. Al parecer, en Inglaterra no tienen nada establecido para las reinas viudas. Alix ha tenido que entregar sus joyas.

—¿Todas?

Sabía bien que no debía dar muestras de consternación; pero vi en el movimiento de su ceja bien depilada que la sentía.

—Las de la corona —dije—. La desgracia de perder a un marido se extiende, incluso, al propio adorno, cuando resulta que ese marido es rey.

Profirió una exclamación de disconformidad. Después, señaló mi bolso con su mano blanca de largas uñas.

—Vamos a fumar, Minnie, para celebrar esta ocasión. Hacía mucho tiempo que no me visitabas.

Saqué mi pitillera.

—Cartier —dijo con un gesto de aprobación, aunque no había visto el emblema—. Encantador. Hace unos *objets d'art* muy innovadores. Tengo entendido que nuestra gran duquesa Pavlovna es uno de sus mayores clientes en nuestro país.

—Y no me cabe duda de que tiene las facturas impagadas que lo demuestran —dije, sacando dos cigarrillos y ofreciéndole mi encendedor.

Ella sonrió. Nacida y criada en la alta sociedad, el chismorreó era su pasatiempo favorito.

—El gran duque Vladimir debió de arrepentirse del día en que dijo «sí quiero», en lo que respecta al acceso a su fortuna.

Nos reímos juntas. Éramos dos mujeres tomando café y fumando en un salón en el que habrían cabido quinientas personas. Ella echó la ceniza de su cigarrillo en un plato de porcelana de Fabergé que estaba en su mesa y me preguntó:

—¿Te he ofendido en algo?

—No, no. He sido yo la que te he descuidado. Mi agenda en estos días... —Suspiré—. Parece que no hago nada más que viajar al extranjero a toda prisa, regresar, y volver a viajar al extranjero a toda prisa. Debo de estar pagando el precio de la longevidad. Nuestros seres queridos nos dejan y nosotras nos quedamos preguntándonos cuándo nos llegará la hora.

—No digas eso. No has envejecido ni un solo día desde la última vez que te vi. A diferencia de otra cuyo nombre no diré para no estropearnos la tarde.

La entendí. Miechen y ella compartían su antipatía hacia Alejandra, que, incapaz de comportarse como una emperatriz, había puesto freno a lo que era

la savia vital de San Petersburgo, los actos sociales. Buena muestra de ello eran los salones vacíos del palacio de Invierno, antes relucientes de esplendor. Donde yo había brillado con luz suprema, Alejandra no había dejado más que soledad.

—Lo cierto es que te he venido a ver por un motivo —empecé a decir, avergonzada de pronto por mi egoísmo; había estado tan absorta en mis penalidades que había descuidado mis obligaciones sociales—. Miechen me dijo algo de Félix.

Ella hizo un gesto. La criada, que estaba en un rincón lejano, donde podía vernos pero no oírnos, se adelantó a servirnos más café y a reabastecernos la fuente de *petit fours*. Después, Zenaida la hizo retirarse.

—Te ruego que hables sin rebozo. Si puedo servirte de algo, estoy a tu disposición.

Le dediqué una sonrisa de agradecimiento.

—Me temo que te va a parecer una tontería.

—En absoluto. Irina es tu nieta. Yo he estado muy severa con Félix, por ella. No puede pensar en pedir su mano hasta que ella haya cumplido los dieciocho años.

Recordé, demasiado tarde, lo que también me había dicho Miechen acerca de mi nieta y del príncipe Yusupov.

—¿Ha llegado tan lejos la cosa?

Si se hubiera tratado de cualquier otra persona, habría dado muestras de desazón.

—Yo había creído que querías debatir la cuestión, en nombre de Xenia. Me doy cuenta de que puede que mi hijo no sea el cónyuge que Sandro y ella querrían para Irina.

Tragué saliva. Zenaida también debía de saber que mi hija se había separado de su marido. No había manera de evitar el tema.

—Xenia no ha dicho nada. Ahora... ahora suele estar en Crimea, de manera que quizá no esté al corriente del afecto de Félix por Irina. Pero, sí: la decisión tendrían que tomarla Sandro y ella; Irina es su hija.

—Ya veo.

Para mi alivio, esperó mis palabras con atención, hasta que yo dije, con un aire de misterio exagerado para las circunstancias:

—La verdad es que estoy aquí por Grigori Rasputín.

Ella no tuvo ninguna reacción visible, pero percibí que emanaba de ella una tensión repentina, como si se hubiera colado en la sala un vago aire fétido. Después, dio una calada delicada a su cigarrillo y dijo, entre el humo que se le disipaba entre los labios:

—Por desgracia, en esa cuestión no te puedo servir de ayuda. No sé más de lo que te habrá contado Miechen.

—Miechen creía que Félix podía haberlo conocido, ya que tu hijo se interesa por el misticismo e incluso ha visitado a Ella en su convento de Moscú. Pensé que, quizá...

—Mi querida Minnie, tú también tienes hijos mayores. ¿Te suelen informar de sus intereses o de las personas con que se tratan?

—Rara vez —respondí, con una sonrisa forzada—. Ya te he dicho que es una tontería por mi parte.

—En absoluto. Si yo estuviera en tu lugar, también me preocuparía. ¿Me permites que hable con libertad? —Cuando asentí, prosiguió—. Su majestad imperial no se hace querer. Que nuestra emperatriz reciba en su palacio a un hombre así, teniendo cuatro hijas menores y un hijo que heredará el trono un día... no solo es indecoroso, sino que es muy peligroso. No es preciso que te recuerde lo delicada que es nuestra situación. La Duma es un desastre; la policía secreta está desmandada; los revolucionarios ponen bombas y amenazan con aniquilarnos. Ella no tiene idea de lo que puede estar metiendo en su casa. Un lobo es siempre un lobo, aunque se vista de santo.

Sentí un escalofrío.

—¿Crees que es un lobo?

—Eso creo. No lo he conocido en persona, pero no hace falta conocer en persona al lobo para saber que hay que cerrarle bien la puerta. —Aplastó el cigarrillo en el plato—. Puedo decir que Félix visitó a Ella, en efecto, y que su conducta le pareció inspiradora. Crio a los hijos del gran duque Pablo cuando nombraron a Sergio tutor suyo; después, tras la muerte de Sergio, se ocupó de que la pequeña María se prometiera con el príncipe de Suecia y se empeñó en que su hermano, Dimitri, terminara su educación antes de instalarse en su palacio de aquí. Sólo después de haber hecho todo esto, vendió sus posesiones y fundó su convento. Su piedad es ejemplar. Félix se quedó tan impresionado

que ha prometido hacer lo mismo. Tengo una deuda de gratitud con Ella por haber abierto los ojos de mi hijo al sufrimiento de este mundo.

Estuve a punto de echarme a reír.

—¿Félix quiere fundar un monasterio?

—De momento —dijo ella con sequedad—. Yo le he asegurado que, como único hijo mío que me queda, su primer deber es llevar adelante nuestra stirpe familiar. Puede casarse y darme nietos. Después, podrá dedicarse a la caridad, desde luego. Puedo decir que será un alivio, pues su falta de sentido ha tenido su coste.

—Te entiendo más de lo que te puedes suponer —musité, pensando en Misha, cuya amante, Natalia, había tenido un hijo mientras yo estaba en el extranjero, precipitando sus prisas por casarse con ella, aunque yo le suplicaba que esperara un poco más.

Ella me miró, pensativa.

—Si quieres hablar en persona con Félix, haré que te vaya a visitar en cuanto regrese. Ahora no está en Rusia; lo he enviado a Oxford, a estudiar Bellas Artes. Me he empeñado en que, si quiere casarse con Irina, debe cultivar intereses que vayan más allá de los caballos de carreras y la ropa. Pero me parece que él tampoco ha conocido a ese hombre en persona. Mi hijo tiene sus excentricidades, pero creo que yo me habría enterado. Esta ciudad tampoco es tan grande como para que Félix pudiera pasar desapercibido, teniendo en cuenta, sobre todo, la reputación de Rasputín. Naturalmente, si me entero de algo más antes del regreso de Félix, te lo comunicaré.

—Gracias —dije, apurando mi café. Me sentía desanimada; me había puesto en una situación embarazosa sin conseguir a cambio enterarme de nada que no supiera ya—. En cualquier caso, supongo que debería hablar con él. Xenia me pedirá mi opinión sobre él, si pide la mano de mi nieta.

—Sí; creo que deberías. Quiero estar segura de que no tienes ninguna objeción. Félix puede ser muy terco cuando se lo propone y está decidido a casarse con Irina. Como ya te he dicho, está intentando reformarse; pero todavía tiene que superar su pasado.

Para salvar las apariencias, pasé con ella una hora más, aproximadamente, preguntándole por nuestros conocidos y poniéndome al día sobre las últimas intrigas. Nada de aquello me divertía. En otros tiempos habría disfrutado

comentando los amoríos y las infidelidades, las pequeñas mentiras y las rivalidades; pero ahora me sentía como si aquel mundo en el que yo había destacado en mi época me hubiera dejado muy atrás. Los miembros de la alta sociedad seguían porfiando en derrochar y en valer más que los demás, montados en un tiovivo fastuoso que daba vueltas y más vueltas, sin pensar en el futuro para nada.

Zenaida era sabia, pero la mayoría de los que conocíamos no lo eran. No veían el lobo a la puerta, y la tenían abierta de par en par.

CAPÍTULO 35

—Nicky me lo ha negado —se lamentaba Olga.

Yo estaba sentada en mi gabinete de Gatchina, rehuyendo la mirada de Misha y deseando poder embarcarme para Dinamarca en aquel mismo instante. Habían acudido a mí haciendo frente común y Olga me había soltado una diatriba.

—Pedro se puede seguir llamando gran duque, mientras que a mí se me considera la adúltera descarriada.

—Pedro no se puede llamar gran duque —dije yo—. Nicky sabe que estáis separados y no le permite usar el título imperial.

—¡Como si eso tuviera importancia! —repuso Olga.

Habíamos repetido aquella discusión tantas veces (aunque sin que estuviera presente mi hijo menor para echar leña al fuego) que yo ya no sabía qué decir y repetía los mismos consejos que a mí misma me parecían poco convincentes.

—Tenemos demasiada agitación. Nuestra nueva Duma se acaba de abrir y ya hay disensiones. El primer ministro Stolypin amenaza con dimitir y los revolucionarios traman nuestra caída a cada paso. Nicky no puede permitirse el escándalo de consentir el divorcio de su propia hermana.

—El escándalo se encuentra en su propio palacio —dijo Olga, que ya no solía medir sus palabras, al menos en lo que se refería a su Kulikovski—. Debería atender en primer lugar a su esposa, que está permitiendo que ese *starets* dicte los nombramientos oficiales.

Di un respingo en mi silla. Olga me miraba con rabia.

—Ya estaría en todas las primeras planas, si no fuera porque la Okhrana detiene a todos los redactores que mencionan su nombre —siguió diciendo—. Quizá fuera mejor que solicitara mi divorcio a Rasputín.

—No es un *starets* —dije con voz cansada.

—Sea lo que sea, ejerce más influencia que nosotros —dijo Olga. Se volvió hacia Misha—: Ya te había dicho que no nos escucharía. Tal vez se lo puedas exponer tú mejor. Yo me vuelvo a casa de Xenia. No aguanto aquí ni un momento más —le dijo.

Antes de que yo hubiera tenido tiempo de responder a sus duras críticas, mi hija se marchó bruscamente, dando un portazo.

—Esto no puede seguir así —dije, mirando a Misha a los ojos, a mi vez—. Olga no se puede pasear por la ciudad con su amante mientras sigue casada. ¿Qué ejemplo estamos dando?

Misha arrojó su sombrero sobre una silla.

—Nicky tampoco está en condiciones de hablar de dar ejemplo. No consiente que Olga se divorcie para poder casarse con Kulikovski, porque este no es de noble cuna; ni que yo me case con Natalia, aunque tenemos un hijo. Pero da total libertad a ese tal Rasputín.

—Yo... yo no lo sabía —dije, arrepintiéndome de no haberme ocupado de la cuestión, planteándosela a Nicky, después de mi conversación con Zenaida—. ¿Es cierto que asesora a Alejandra en cuestiones políticas?

—Ese es el rumor que corre —respondió Misha—. Lo que haga Nicky en su palacio es cuestión suya. Pero yo quisiera que nos diera la misma libertad a nosotros. Sin embargo, ha dejado a Olga en la miseria y mi Natalia debe vivir como una prisionera, porque nadie quiere recibirla en sociedad.

—Yo te lo advertí. No tiene categoría.

—Me dijiste que hablarías con él a mi favor. —Aunque controlaba el tono de voz, yo percibía que, como Olga, había llegado al límite—. ¿Lo hiciste?

—¿Y qué querías que le dijera? Nicky no puede permitir que tires tu vida por la borda por una mujer que no es noble.

Ví que se congelaba todo su ser, como le pasaba a Sasha cuando se encontraba ante un compromiso que le resultaba intolerable.

—Me casaré con ella, pase lo que pase. Aunque tengamos que ir al extranjero y vivir exiliados.

—Misha. Te ruego que esperes un poco más. Pide el traslado de nuevo al regimiento de Caballeros de Gatchina —le dije—. Mi residencia de allí está desocupada. Puede vivir en mi finca con tu hijo. Cuando la alta sociedad se entere de que la he aceptado, le abrirán las puertas. Cuando llegue el momento

adecuado...

—Nunca llegará el momento adecuado —me interrumpió. Sin intentar proseguir la conversación, tomó su sombrero y me dejó, aunque se abstuvo de dar portazos.

Un mes más tarde, trasladó a Natalia a Gatchina. Yo no la había conocido en persona hasta entonces y me llevé una sorpresa. A sus treinta y un años, no me pareció especialmente hermosa; desde luego que no era la aventurera descarada que yo me había esperado. De hecho, me pareció más bien tímida y sencilla; pero también era innegable que Misha y ella se amaban. Lo aprecié en cómo se miraban; esas miradas rápidas de apoyo que a mí me hacían sentirme invisible.

Y cuando vi a su niño pequeño, robusto, al que habían puesto Jorge en recuerdo de mi hijo difunto, con su sonrisa traviesa y su apetito voraz, no pude menos de pensar que me encontraba ante un Romanov. Me daba vergüenza compararlo con el heredero enfermizo que había traído al mundo Alejandra, y que era el motivo por el que nos encontrábamos en esta situación insostenible. Si Alexéi no hubiera heredado la maldición de los Hesse que le había transmitido ella, no existiría Rasputín ni tendríamos rencillas familiares. La cuestión del divorcio todavía podía ser polémica, pero quizá lo hubiera sido menos si hubiésemos contado con un zarévich sano.

Conocer a mi nieto me había dado fuerzas, a pesar de que mis relaciones con mis hijos no tenían nada de cordiales. Con todo, solo pasé a la acción tras recibir una visita inesperada del primer ministro Stolypin en persona.

Era un hombre grueso, calvo como un huevo, de barba cuidada y ojos grises acerados. Me advirtió que la nueva Duma murmuraba acerca de las «fuerzas oscuras» que operaban cerca del trono.

—Han aprobado por fin mi proyecto de ley de reforma de los soviets provinciales y para otorgar tierras al campesinado —me dijo—. Pero el Consejo de Estado se niega a aprobarla. Se culpa a Rasputín de haber ejercido una influencia adversa sobre el Consejo, por su contacto con su majestad la zarina.

Guardé silencio, desazonada. Lo que me había temido era cierto. El místico tenía ambiciones y Alejandra se las fomentaba.

—Nuestro metropolitano, al enterarse de sus vicios, lo ha desautorizado —

siguió diciendo Stolypin—. Y yo preparé un informe para su majestad el zar, con todos los datos que pude recoger. Su majestad me propuso que conociera al padre Grigori en persona antes de difamarlo. Y yo lo hice así.

—¿Y...?

Recordé el informe que había encargado preparar yo sobre el doctor Philippe y lo mal que lo había recibido Nicky. Yo no quería que Stolypin cayera en desgracia, pues había conseguido controlar a la Duma con eficacia, lo que tanta falta nos hacía.

—No cabe duda de que cree tener un gran poder —dijo Stolypin—. Intentó hipnotizarme con esos ojos tan extraños que tiene, musitando palabras incomprensibles y haciendo movimientos raros con las manos. Cuando yo le dije que sus mañas no le servían conmigo, no intentó justificarse. Yo no había sentido jamás tal aborrecimiento hacia un hombre.

Me hundí más en mi asiento.

—¿Tan peligroso es?

Stolypin, al ver mi inquietud, suavizó el tono.

—No es un revolucionario, majestad. Si acaso, peca de un exceso de ardor en su devoción al zar y a la zarina. Pero no deja de ser un campesino al que están dando demasiada credibilidad. Se ha vuelto intocable porque se lo han permitido.

—Dios santo —dije, procurando adoptar una postura más erguida—. ¿Qué puedo hacer yo?

—Me temo que no mucho. También está el problema de las cartas. Le robaron unas cartas cuando estaba borracho y las vendieron a un periódico. La Okhrana las está buscando, pero no sabemos cuál es el periódico que las tiene.

—¿Unas cartas? —repetí, mirándolo horrorizada—. ¿De quién?

—De su majestad la zarina y de sus altezas las grandes duquesas.

Solté una exclamación contenida de horror, y Stolypin hizo una pausa, como sopesando hasta qué punto debía ser sincero conmigo. Cuando sostuve su mirada, dijo:

—Como bien sabrá vuestra majestad, se puede dar a una carta una interpretación torcida para apoyar una causa, y muchos de nuestros periodistas se han convertido, en secreto, en simpatizantes de los revolucionarios. No podemos cerrar todos los periódicos de la ciudad. Hemos hecho todo lo

posible para obedecer la orden de su majestad de impedir las críticas a Rasputín en los medios impresos, deteniendo a los transgresores más destacados; pero el manifiesto del propio zar afirma que la libertad de prensa es esencial para las libertades constitucionales. El zar puede conservar el privilegio de algunos de sus poderes, pero al censurar la prensa hasta tal punto no consigue más que avivar los temores de la Duma de que no se propone llevar a cabo las reformas que prometió.

—Entonces, hablaré con mi hijo —dijo—. Eso sí lo puedo hacer, al menos.

—Majestad... —dijo, inclinando la cabeza en señal de agradecimiento.

—Mientras tanto, ocúpese de que la Duma no se vuelva a desmoronar por esa ley de tierras suya —le dije—. Es posible que, si los campesinos pueden adquirir tierras propias, eso sirva para poner fin a los trastornos.

—Debo presentarla ante el Consejo de Estado el mes que viene en Kiev. Es necesario que se apruebe la ley. Pero en el Consejo hay algunos miembros nuevos que fueron recomendados por Rasputín; como son hechuras suyas, votarán lo que él les diga.

—O lo que les diga la emperatriz. Él no tiene poder propio.

—Agradezco la sabiduría de vuestra majestad —dijo él, dando a entender que encontraba demasiado poca en otras partes.

* * *

Al mes siguiente, Stolypin viajó a Kiev para presentar la ley ante el Consejo de Estado. Después, asistió a una representación de *El cuento del zar Saltán*, de Rimski-Korsakov, en la Ópera de Kiev, en presencia de Nicky, Olga y Tatiana. Mi hijo había ido a Kiev a instancias mías, en señal de apoyo a su primer ministro, acosado por todas partes. A pesar de las medidas de seguridad que se habían aplicado en todo el edificio de la Ópera, cuando Stolypin conversaba con un general, durante el entreacto, un revolucionario le disparó un tiro. Prendieron al asesino; cuando Stolypin, herido, vio que Nicky se levantaba, alarmado, en el palco imperial, levantó las manos para indicar a mi hijo que se retirara. Nicky tuvo que acompañar a sus hijas, aterrorizadas, para sacarlas de entre aquel tumulto.

Stolypin murió aquella misma noche.

Pocos días después de su funeral, los periódicos publicaron la carta de Alejandra a Rasputín, que corrió por todo San Petersburgo en copias realizadas por hectografía.

* * *

—¿Cuánto más necesitas?

Yo estaba en el palacio de Alejandro, mostrando la copia hecha por hectografía que habían dejado en mi misma puerta.

—Las están repartiendo por todas partes, como confeti —proseguí—. La está leyendo todo el mundo. Debes desterrarlo, antes de que hunda todavía más la reputación de ella.

Yo había esperado a terminar de tomar el té de la tarde, a que hubiera concluido la visita de mis nietas, entre ellas Olga y Tatiana, que seguían pálidas tras los sucesos de Kiev. Había admirado el último dibujo que había hecho Alexéi, de un caballo, y había observado discretamente la pierna que seguía llevando en un aparato, delgada pero aparentemente sin lesiones. Había sonreído a Alejandra y había mantenido una conversación cortés con ella, que ya no iba en silla de ruedas y parecía más sosegada, quizá porque creía que el asesinato de Stolypin le convenía. Nuestro difunto primer ministro había atacado a su místico, pero ella ya no tenía que temer a un difunto. Pero Nicky había dado muestras de integridad al nombrar como nuevo primer ministro a Kokovtsov, colaborador respetado de Stolypin y miembro destacado del gabinete. Kokovtsov no tardó en ofrecer a Rasputín una suma considerable a condición de que desapareciera; pero el místico había rechazado la propuesta.

En cuanto Alejandra acompañó a sus hijas al exterior para darse un paseo al sol de septiembre, me dirigí a Nicky, que me miraba con expresión mustia entre el humo de su cigarrillo.

—Ella no lo consentirá —dijo—. Él le ha profetizado que, si alguien de nuestra familia le hace daño, sería el fin de nuestra dinastía. Ella lo cree.

—¿Y lo crees tú? ¿A un campesino libertino, que ha permitido que salga a la luz pública una carta de ella y que profetiza nuestro fin para protegerse a sí mismo?

—El padre Grigori no se propuso que ninguna carta...

—No me importa lo que se propusiera. Lo único que me importa es qué te propones hacer *tú* al respecto.

Antes de que Nicky hubiera tenido tiempo de responder, Alejandra dijo desde la puerta de la sala de estar:

—Si tienes algo que decir acerca de mis asuntos, madre querida, haz el favor de decírmelo. A mí.

Me revolví en mi asiento. Ella pasó ante mí, dirigiéndose a su diván.

—Hace demasiado frío para pasear —explicó—. He dejado en el piso de arriba a las niñas con Alexéi y con sus criados.

Se cubrió las piernas con su colcha, con aire de resignación, como preparándose para recibir un ataque inevitable.

—Ya no es asunto tuyo —dije—. Ahora es asunto de toda Rusia.

—San Petersburgo no es toda Rusia, aunque tampoco tiene por qué importar a los que viven allí.

Le mostré su carta.

—¿Quieres que te la lea, para que veamos de quién es asunto?

—La escribí yo. Sé perfectamente lo que dice.

—¿Lo sabes?

Recité en voz alta:

Mi querido redentor y mentor, ¡qué cansado es estar sin ti! Mi alma solo se serena y yo solo estoy tranquila cuando tú, mi maestro, estás sentado a mi lado. Beso tus manos y recuesto la cabeza en tu hombro bendito. ¡Oh, qué ligera, qué ligera me siento entonces! Solo deseo una cosa: quedarme dormida para siempre en tus brazos. ¡Qué felicidad, sentir tu presencia cerca de mí! Ven aprisa; te espero y me atormento por ti. Te pido tu santa bendición y te beso las manos benditas. Te amo para siempre.

Vi cómo se le tensaba el rostro. Al echar una ojeada a Nicky, que estaba sentado con las piernas cruzadas, dejando que se le consumiera el cigarrillo entre los dedos, vi que estaba horrorizado; aunque yo no sabía si era de disgusto por las palabras de su esposa, o por la desfachatez que había tenido yo al leerlas en voz alta.

—¿«Quedarme dormida para siempre en tus brazos»? —repetí—. ¿Es que quieres ponernos en ridículo ante el mundo entero y plantar la semilla de nuestra destrucción con ese réprobo pecador?

Ella no respondió. Nicky carraspeó y dijo:

—Es una violación intolerable de nuestra intimidad. Kokovtsov ordenó que no se asociara nuestro nombre a...

—No se ha asociado tu nombre. La carta está firmada con una «M». De *Matushka*. La intimidad que se ha violado intolerablemente ha sido la de ella. Y de su puño y letra, nada menos.

—¿Has terminado? —dijo Alejandra con calma glacial—. Estoy cansada y quiero reposar.

—No he terminado —dije.

Enfurecida por el modo en que ella despreciaba su propia humillación, y por la evidente falta de disposición de Nicky para intervenir en mi defensa, me puse de pie, blandiendo la carta como una bandera.

—¿Crees que puedes hacer caso omiso de esto y que se irá olvidando como tantas otras cosas que no quieres ver? Stolypin me dijo que existen otras cartas, de tus propias hijas. Me da miedo pensar lo que escribieron, pues se limitan a seguir tu ejemplo. Mientras sigas consintiendo que ese hombre te asesore y sigas recostando la cabeza en su hombro bendito, toda nuestra familia seguirá agitada por esta tormenta; ¡hasta que no aguanten más y nos asalten en nuestra propia casa! Debe ser desterrado. *Lo exijo*.

Alejandra apretó los dientes; las mandíbulas se le marcaron bajo la piel.

—¿Lo exiges? —susurró; y, en aquel momento, el barniz quebradizo de cordialidad que manteníamos entre ella y yo, por Nicky y por los niños, se desintegró como lo que era: una falsa fachada—. Agradezco que nos hayas señalado esta terrible falta de decencia; pero tu exigencia es intolerable.

—¡Lo que es intolerable es esto! —exclamé, arrojando la carta a un lado—. Lo que es intolerable es que te niegues a ver lo que tienes delante de las narices. —Me volví hacia Nicky—. El metropolitano lo ha desautorizado. Ahí tienes la excusa para mandarlo al exilio.

La ceniza del cigarrillo de Nicky se desmoronó hecha polvo. Él, haciendo un gesto de desagrado, se dirigió al armario que estaba junto a la pared y tomó una nueva cajetilla. Mientras la abría, Alejandra le dijo con voz melosa, en la

que se ocultaba un puñal:

—Haz el favor de decir a nuestra madre querida que no debe preocuparse. El resto de las cartas se encontraron y se nos devolvieron. Díselo, Nicky.

Él murmuró, sin mirarme:

—Es cierto. Las tenemos en nuestro poder.

—¿Se hicieron copias antes de que las encontraran? —pregunté, incapaz de comprender cómo podían fingir tal indiferencia. Yo sabía que era solo aparente. Bastaba la carta de Alejandra para el escándalo. Si yo no la hubiera conocido como la conocía, con su sensibilidad escrupulosa, casi habría creído que estaba enamorada de ese campesino repugnante.

Ante el silencio de Nicky, añadí:

—No lo sabes, claro está. Pero les soltarás a las jaurías de la Okhrana para que no se atrevan a publicar más copias, aunque las tengan. Podemos dar gracias a Dios Todopoderoso de que los periódicos sigan teniendo miedo a algo, aunque no sea a ti.

Entonces alzó la cabeza bruscamente, herido en su orgullo. Advertí con satisfacción que erguía los hombros y se dirigía a Alejandra.

—Puede que haya llegado el momento de despedirlo.

Ella se quedó inmóvil, con el rostro inexpresivo, salvo las manchas de ira que le enrojecían las mejillas.

—¿Y qué haremos entonces? —dijo—. ¿Cómo protegeremos a nuestro hijo? ¿Cuándo ha tenido alguien en toda Rusia buen concepto de mí? ¿Cuándo? —Volvió la mirada hacia mí—. Que digan lo que quieran. Sin el padre Grigori, no tenemos esperanza. Solo él puede curar a mi hijo.

Mientras yo le devolvía la mirada, lo comprendí. Rasputín era lo primero; antes de la Duma, antes del pueblo, antes de la familia o de Rusia. Se me revolvió el estómago al darme cuenta de que, en efecto, estaba enamorada de él. Estaba enamorada de la ilusión que le vendía él: una ofrenda envuelta en la promesa mística de que, mientras él estuviera allí, susurrándole al oído, Alexéi sobreviviría. Para defender esa esperanza tenue, estaba dispuesta a luchar por el hombre cuyo mismo descuido de borracho había dejado caer la carta en manos inadecuadas y había arrastrado su nombre por el fango. Ella había dejado atrás la razón. Su sentimiento de culpa y su miedo por su hijo la habían cegado, en efecto.

—Lo alejaremos durante algún tiempo —dijo por fin Nicky, dirigiéndose al abismo que había entre nosotros—. Que se vaya a visitar a su familia, en Siberia. Solo durante algún tiempo, Sunny —añadió, alzando la voz ante su protesta—. Alexéi no ha vuelto a tener ningún incidente. Lo vigilaré atentamente, como siempre. Tenemos los próximos actos de Moscú; después, debemos partir para Livadia y, de ahí a Spala, para la temporada de caza. Una separación de unos meses no nos hará daño. No debemos desatender las apariencias.

—¿Las apariencias? —dijo Alejandra, ciñéndose el chal como si quisiera encerrarse en una crisálida—. Él nunca pide nada. Lo único que quiere es servir y extender la palabra de Dios; aliviar los sufrimientos en nombre de Cristo. Nadie con sentido común se creería las cosas tan feas que se dicen de él.

—Ya las creen todos, con sentido común o sin él —dije yo—. Y si tú no haces nada al respecto, seguirán creyéndolas... y más.

La propuesta de Nicky no me contentaba. Era preferible el exilio; pero, al menos, había expresado una opinión con la que me hacía creer que, por detrás de su fachada de pasividad, compartía mis ideas negativas sobre aquel hombre. Quizá creyera que allí no había más que la gratitud indecorosa de una madre preocupada hacia el místico que ella creía capaz de curar a su hijo; pero no era posible que hubiera oído el contenido de aquella carta sin que lo hiriera en algo más que en su orgullo de monarca. También debía dolerle el orgullo como hombre; pues ¿cuándo había manifestado tal pasión hacia nadie que no fuera él aquella mujer con la que se había casado?

—Creo que será lo mejor —dijo él, intentando sonreír—. Yo me encargaré de ello.

Ella volvió la cabeza hacia otro lado, sin mirarlo a él ni a mí.

—Si crees que es lo mejor... —murmuró.

Nicky me acompañó a su despacho. Parecía que había envejecido en una sola hora y aparentaba muchos años más de los cuarenta y tres que tenía.

—¿Te quedas? —me preguntó—. Aquí siempre tienes preparadas tus habitaciones.

—No. Mi tren me espera en la estación. Debo regresar a Gatchina. Ahora, ella querrá verse libre de mí un tiempo y yo se lo voy a conceder. Todo el

tiempo que necesite.

—Mamá —dijo él, cuando me volvía hacia la puerta—. Sé lo difícil que ha sido esto para ti. Hiciste bien en hablar como has hablado. No dudes que haremos que se vaya. ¿Vendrás con nosotros a Livadia, en todo caso? Los niños lo esperan. Quiero que estés con nosotros.

Me obligué a mí misma a asentir con la cabeza, aunque no sabía con certeza si debía.

—Sí, claro —dije.

Pero no era capaz de plantearme siquiera cómo iba a soportar unas vacaciones de varios meses con Alejandra.

* * *

No tuve que planteármelo. Cuando nos estábamos preparando para emprender nuestro viaje a Livadia, recibimos la noticia de que mi hermano Freddie había muerto de un ataque de parálisis tras haber reinado sólo seis años en Dinamarca. Me acompañaron al funeral, en la catedral de Roskilde, Olga, que se encontraba en un estado de abatimiento nervioso por su situación en su separación matrimonial, así como Misha, Natalia y el hijo de estos. Alix vino de Inglaterra. Poco después del funeral, el hijo mayor de Freddie fue coronado con el nombre de Cristián X.

Misha y Natalia fueron de allí a Niza, de vacaciones. Olga, Alix y yo nos fuimos a Hvidøre. A la pérdida de Freddie se sumaron las noticias que llegaban de Grecia, donde mi otro hermano, Willie, había sido depuesto por un alzamiento que había sumido a su reino en un conflicto violento contra Turquía. Willie había huido a Italia con su mujer y sus siete hijos, desde donde negociaban su regreso, para lo cual tendrían que aceptar una serie de condiciones rigurosas.

Mientras Olga se daba paseos por la playa, sin rumbo, recordándome las idas y venidas de Sasha después de que diagnosticaran su enfermedad a nuestro hijo Jorge y este tuviera que marcharse, yo daba rienda suelta a mis quejas en mi salón, con Alix.

—El mundo entero se vuelve contra nosotros —decía, abatida por los golpes sucesivos.

Alix asentía con tristeza, aunque apenas me oía, pues yo no podía hablarle a gritos, teniendo en cuenta que teníamos una servidumbre de treinta criados en la casa.

Pocos días más tarde, recibí un telegrama en el que se pedía mi presencia en Spala.

 Mi nieto Alexéi se estaba muriendo.

CAPÍTULO 36

Yo había ido muchas veces con Sasha al pabellón real de caza de Bialowieza, en Polonia. Cada noche se exponían en el suelo los cadáveres de los animales abatidos para que los admiraran los invitados. Los cazadores enseñaban con orgullo sus piezas, mientras las damas se llevaban a la nariz pañuelos perfumados para protegerse del olor.

Llegué al remoto pabellón de piedra revestida de madera tras una semana de viaje, machacada hasta los huesos por el traqueteo de los carruajes sobre carreteras sin pavimentar. Cuando me apeé y fui cojeando hacia el pabellón, con la espalda dolorida, apoyada en el brazo de Olga, el aire olía a carroña.

En el salón principal, adornado de cuernos y cabezas de ciervos disecadas, los invitados tomaban copas y hablaban del rececho de la mañana como si no pasara nada malo. Sorprendidos por mi aparición, con manto y sombrero con velo, me rodearon, saludándome y dándome el pésame por la muerte de mi hermano, mientras yo intentaba librarme de su asedio obsequioso para preguntar dónde estaba mi hijo, el zar.

Por fin, cuando ya me parecía que tendría que tomarme un coñac y empuñar una escopeta de caza, bajó apresuradamente por la escalera principal la dama de compañía más reciente de Alejandra, Anna Demidova. Anunció con voz chillona:

—Sus habitaciones están dispuestas, majestad. Sus majestades imperiales están esperando recibirla. Venga, venga. —Hizo una señal a Olga, que estaba en la entrada, deslumbrada entre nuestro montón de equipaje—. Deje las maletas. Puede subirlas un lacayo.

La miré frunciendo el ceño. Claro que las subiría un lacayo. ¿Acaso esperaba que arrastrásemos nuestras maletas nosotras mismas, escaleras arriba? Pero Demidova era como aquella otra Anna que se había hecho amiga

de Alejandra y le había presentado a Rasputín: no era lo que yo habría considerado un dechado de inteligencia. Robusta y rubia, con aspecto de ser justo lo que era, la hija de un comerciante próspero, se había ganado el favor gracias a su lealtad incondicional y a su carácter humilde. Alejandra prefería que sus criados fueran lo más dóciles que fuera posible; y la Demidova se ceñía a sus requisitos.

En cuanto llegamos al rellano, las conversaciones de los huéspedes de la planta baja bajaron de tono.

—¿Qué significa esto? —pregunté con tono cortante—. Mi hijo me envió un telegrama. Me decían que el niño está...

Olga me asió del brazo con fuerza y me obligó a darme la vuelta. Nicky estaba al fondo del pasillo, ante una puerta abierta. Se había llevado el índice a los labios.

—Quédate aquí —dije a Olga, comprendiendo que, en mi enfado, casi había dejado traslucir el secreto. Con toda la gente del piso bajo, con aquel ambiente de camaradería afable antes de que empezara la matanza de la tarde, yo me había llevado la impresión de que me habían hecho venir tan lejos con un engaño.

—Lo sé —me susurró Olga al oído. Me quedé paralizada—. Me lo dijo Alicky. Sé lo de Alexéi.

Ni siquiera fui capaz de mirarla.

—Xenia lo sabe también. Se lo dije yo. Ahora, ve allí.

Olga me empujó, apoyándose la mano en la baja espalda. Me pareció como si el pasillo se alargara ante mí. Cuando me acerqué a Nicky, vi que estaba como un espectro, con los rasgos demacrados y los ojos rodeados de bolsas sombrías.

—No hagas ruido —dijo—. Se ha dormido por fin. Le han administrado láudano; pero el efecto... se le pasa en poco tiempo. El dolor...

Se apartó, dejándome entrar en el cuarto.

Derevenko estaba de pie en un rincón y Alejandra estaba sentada en un taburete junto a la cama estrecha. El pabellón de Spala no tenía nada de lujoso para lo que nosotros estábamos acostumbrados. Hacía poco que le habían instalado la electricidad, y la luz tenue no alegraba mucho la decoración rústica, pensada para dar la apariencia de que nosotros, acostumbrados al

lujo, podíamos vivir como gente corriente. Cuando me acerqué, Alejandra no se volvió hacia mí. No era necesario. Yo ya sabía que también ella debía tener aspecto de fantasma, pues parecía que Alexéi ya había muerto.

Estaba tan delgado y descolorido que se le apreciaban las venas azules bajo la piel; esas venas débiles que eran su purgatorio. Tenía la pierna izquierda, la misma de la hemorragia anterior, alzada sobre un montón de almohadas; el camisón, levantado hasta más arriba del vientre; la ropa interior, flácida alrededor de sus genitales. Era una imagen obscena; pero no era nada en comparación con la hinchazón monstruosa de su ingle, como un puño que empujaba contra su piel inflamada.

Dormía con sueño intranquilo. Emitía unos gemidos lastimeros y tenía los miembros cubiertos de una capa de sudor. Alejandra le había puesto un paño en la frente y tenía una palangana junto a su asiento. Cuando le retiró el paño para escurrirlo, casi esperé ver que goteaba sangre.

La oí decir:

—No morirá. No puede. No puede. No puede...

Retrocedí; contuve un grito en la garganta. Oí que los invitados salían en tropel para emprender la cacería, dirigidos por el mayordomo según el programa establecido. Después de estar en Livadia, las niñas habían regresado a Tsarskoye Selo, custodiadas por sus criados, ya que la caza no era un pasatiempo adecuado para ellas. Por lo demás, todo debía seguir adelante dentro de la normalidad. Ningún miembro de la partida de caza tenía la menor idea de lo que estaba pasando por encima mismo de sus cabezas.

—¿Cómo? —pregunté a Nicky, mientras me acompañaba a mi cuarto, al otro extremo del pasillo.

—En un paseo en barca, en Livadia. Se golpeó la pierna con el remo. —La voz de mi hijo carecía de emoción; había perdido la capacidad de expresarla—. Botkin lo examinó y le mandó guardar cama dos semanas. Pero el hematoma le fue desapareciendo. Él se quejaba de la inactividad. Repetía que quería salir, que estábamos de vacaciones y se encontraba bien. Decía que no le dolía. Nos repetía que no le dolía. —Nicky se buscó la pitillera en el bolsillo—. Es culpa mía. Me empeñé en que siguiéramos con nuestro plan de viaje. Alexéi estaba tan emocionado de venir aquí, que yo no pensé... —Le faltaron las palabras. Le asomaron las lágrimas a los ojos—. Botkin dice que

la inflamación produce un riesgo grave de peritonitis. Me ha recomendado que publique un comunicado para preparar al pueblo. Cree que Alexéi no saldrá de esta.

—¿No puede operarle? —dije, sin pensarlo; pero me di cuenta inmediatamente de que era una locura. En una operación se desencadenaría un diluvio de sangre. Mi nieto moriría durante la operación misma.

—No se puede hacer nada —dijo Nicky—. Ahora, nada, salvo rezar.

—Rezaré. Más tarde. —Me quité el sombrero y lo arrojé sobre la cama. Olga estaba junto a la cama que estaba frente a la mía; ya nos habían subido el equipaje. Estaba ayudando a la Demidova a abrir las maletas. Ambas aparentaban no oír una sola palabra de la conversación—. Pero, antes, debo relevar a Alejandra. No puede estar allí sentada... ¿cuánto tiempo hace ya?

—Casi veintiún días —respondió él.

—¡Que nuestro Salvador tenga misericordia de nosotros! Tiene que descansar. Comer. Cambiarse de ropa. Tienes invitados. ¿Qué dicen ellos?

—Yo inspecciono las presas todas las tardes y ceno con ellos todas las noches. Ayer salí a cazar con ellos; pero hoy he mandado decir que estaba indispuesto. Ellos no lo saben. Sunny no ha hecho acto de presencia y nadie ha preguntado por ella.

Era lógico. Sabían que a ella no le gustaba aparecer, si podía evitarlo. Aunque no se presentara hasta que se hubieran marchado, a nadie le extrañaría.

—Ocuparé yo su lugar junto a su cama, aunque solo sea cosa de una hora —dije. Cuando me dispuse a pasar ante él, me dijo en voz baja:

—Está esperando.

Le miré a los ojos.

—¿Qué? ¿Al pope?

Tenían que administrarle los últimos sacramentos; evidentemente, ella querría estar presente cuando Alexéi diera el último suspiro.

—Un mensaje de Siberia. Cree que nuestro amigo enviará aviso.

—¿Cómo? ¿Por paloma mensajera? Estamos a varios kilómetros del puesto de telégrafos más cercano.

—Dice que él lo sabrá. Que lo percibirá. Él supo lo de Stolypin; lo vio en un sueño, en Kiev, yendo a la ópera en su carruaje. Se despertó gritando que la

muerte acechaba al ministro. Y así sucedió —concluyó Nicky con un suspiro.

Yo no supe qué responder. Recorrí el pasillo hasta el cuarto de Alexéi y puse una mano en hombro de Alejandra.

—Deja que lo vele yo. Te prometo que te avisaré cuando se despierte.

Ella no titubeó, para mi sorpresa. Se puso de pie torpemente, con los ojos, apagados como abalorios azules, clavados en los míos.

—No morirá —dijo—. Sé que no morirá.

Se despertó gritando. La fiebre le había subido tanto que deliraba, diciendo que quería que «lo enterraran bajo el cielo». Ya no se podía ocultar la tragedia que tenía lugar en el pabellón de caza. Nicky despidió a los invitados, que se marcharon con las presas atadas al techo de sus carruajes y llevándose consigo la noticia de que se había oído soltar alaridos al zarévich en el piso superior.

Nicky hizo preparar el comunicado cuando Alexéi cayó en un silencio tan profundo que Alejandra soltó un grito y apoyó el oído contra su pecho estrecho.

—¡Todavía respira! Lo noto. Haz llamar a nuestro amigo. Vendrá; él sabrá salvarlo.

Cuando Nicky la estrechó entre sus brazos, ella le golpeó el pecho con los puños, exclamando:

—¡Hazlo llamar! ¡Te lo ruego!

Mientras tanto, Botkin preparaba otra poción con láudano para Alexéi.

Alejandra se abalanzó sobre el médico y le arrancó la taza de la mano. El medicamento salió despedido contra la pared.

—*¡No toques a mi hijo!*

Olga se echó a llorar y tuvo que salir del cuarto. Aunque Alexéi siguiera respirando, cuando le toqué la muñeca con la punta de los dedos tenía una frialdad espantosa; la muerte ya se estaba apoderando de su cuerpo desvalido. Mientras Nicky acompañaba a Alejandra al dormitorio de los dos, sosteniéndola por la cintura con un brazo, y ella soltaba lamentos de desesperación, yo me quedé sentada junto a mi nieto.

Ante la presencia impasible de Derevenko, bajé la cabeza y me puse a rezar.

No pedí un milagro. No supliqué a Dios que le perdonara la vida. Pedí que

se lo llevara pronto; que lo liberara de aquella carga insoportable que el niño había tenido que soportar. Pedí que pusiera fin a sus padecimientos; que bajaran los ángeles alados y se lo llevaran al cielo.

—Ya —susurraba—. Lleváoslo ya. Que no pase esta agonía. Es inocente.

Horas más tarde, mientras le secaba el sudor pertinaz de la frente sin que él proferiera ningún sonido, oí un grito que procedía del fondo del pasillo y que parecía de desesperación. Di un respingo, tan sobresaltada que me llevé el paño al pecho, empapándome el corpiño. Derevenko se acercó a mí y me tendió la mano para que le diera el paño.

—Majestad, yo lo cuidaré si tenéis que salir.

Hice una pausa. ¿Debía irme? ¿Y si Alexéi...?

Olga se presentó en la puerta, sin aliento.

—Ha llegado. Un telegrama que han traído desde Varsovia. Ven en seguida.

Ella ocupó mi puesto junto a la cama mientras yo iba al cuarto de Nicky y de Alejandra. El pabellón de caza se había quedado tan silencioso que yo percibía el rumor del viento en el bosque, tras sus paredes. Cuando me acerqué a su cuarto, donde había velas encendidas ante los iconos, vi que la Demidova estaba de rodillas en la puerta, con la cabeza inclinada sobre sus manos unidas. Crucé el umbral, rodeándola, y me encontré a Alejandra, que también estaba de rodillas, con Nicky.

Alejandra se santiguó, se puso de pie y pasó a mi lado sin más, apresurándose a volver junto a Alexéi.

Miré a Nicky. Me dijo en voz baja:

—El padre Grigori dice que la enfermedad no es tan peligrosa como creemos. No debemos molestar demasiado a Alexéi.

Alejandra echó el pestillo a la puerta. A partir de entonces, solo velarían a su hijo Nicky y ella, con Derevenko y Botkin. La Demidova y una criada nos prepararon una comida. Olga y yo nos sentamos ante la larga mesa de madera del salón, libre ya de invitados; el ruido de de nuestras cucharas en los cuencos de sopa me ponía los nervios tan de punta que dije de pronto:

—¿Por qué no me dijiste que sabías lo de Alexéi?

Ella levantó los ojos.

—No me lo dijiste tú.

—Nicky me había hecho jurar que guardaría el secreto. Me has dicho que te lo dijo la propia Alejandra. ¿Por qué?

—Ella sabía que Stolypin había preparado un informe sobre el padre Grigori. Me hizo llamar para explicarme que es un hombre de Dios. Ayuda a Alexéi y a ella le aporta consuelo.

—Sé muy bien el consuelo que le aporta el padre Gregori. Diría que ya lo sabe todo San Petersburgo. Y, por si quedara alguna duda, ya estamos bien informados. Basta un telegrama desde Siberia para que nos cierre el paso al cuarto. Mi nieto morirá sin que estemos presentes para despedirnos de él.

—No morirá —dijo Olga—. El padre Grigori dice que se recuperará. Alicky le cree y hace creer a Alexéi. La fe es muy poderosa, Mamá. ¿Cuándo la perdiste tú?

—No he perdido la fe. —Vi que la Demidova se quedaba inmóvil junto al aparador, donde estaba cortando algo asado, para nosotros, y eché mi silla hacia atrás—. Me parece intolerable que mi propia hija se atreva a sermonearme. Voy a salir a dar un paseo. Necesito aire fresco.

—Ya casi ha oscurecido. No puedes salir sola —dijo Olga.

—¿Por qué no? Ya habrán matado a todos los animales en cien kilómetros a la redonda.

Tomé mi manto y salí a paso vivo.

Los prados vallados temblaban entre la neblina y se desvanecían en la noche. Por detrás del pabellón se agitaban los pinos y el susurro de las ortigas se confundía con el rumor del río. Más allá, el bosque se espesaba; era un lugar oscuro por donde se decía que rondaban los lobos. Yo no había visto nunca un lobo en Spala, ni tenía noticia de que nadie hubiera matado allí a ninguno. Me cubrí la cabeza con el manto y anduve por el camino principal para contemplar el cielo.

En el cielo del crepúsculo brillaban algunas estrellas, como esquirlas de diamantes. Respiré hondo, intentando evocar esa sensación de paz que me había producido siempre el pabellón de caza, a pesar de su propósito. Siendo esposa de Sasha había aprendido a disfrutar de la caza; aunque siempre existía un momento de remordimiento cuando el ciervo, agotado de correr y echando espuma por la boca, se quedaba inmóvil, tembloroso, y esperaba la muerte

como yo la estaba esperando ahora. Sasha se había burlado de mi sentimentalismo. Me decía que los animales no tenían sentimientos. Pero él adoraba a sus perros. Debía de saber que, cuando los reñía por alguna travesura, ellos se encogían de miedo y después se arrastraban hacia él con las orejas gachas para pedirle perdón. Conocían el dolor, el miedo y el amor. ¿Por qué no iban a sentir lo mismo los animales salvajes?

Ahora, yo ya no sabía bien qué debía sentir. Aunque la enfermedad de Alexéi me entristecía profundamente, debía resignarme. Ya no podía sobrevivir con lo que tenía. Ningún hombre era capaz de curar a un niño moribundo desde lejos, ni aunque tuviera las supuestas dotes de Rasputín. Un telegrama de consuelo no era más que eso. Tenía que prepararme para la muerte de mi nieto.

Cuando oí a mi espalda pasos que se aproximaban por el camino, me puse tensa; y no me volví hasta que oí decir a Nicky:

—Mamá, no debes estar aquí fuera tú sola.

Volví la cabeza y retiré el manto. A la luz tenue, parecía dibujado al carboncillo.

—¿Se acabó? —le pregunté en voz baja.

—Sigue muy débil.

Brilló una cerilla y Nicky encendió un cigarrillo. Pensé distraídamente que fumaba demasiado. Aquello no podía sentarle bien.

—Pero le ha bajado la fiebre —prosiguió—. Botkin está sorprendido. Alexéi ya descansa, sin haber tomado láudano. Sunny se empeñó en suprimirle todos los medicamentos.

Yo sabía que a veces se producía una mejoría previa a la muerte. Lo había visto en el caso de Sasha, en Livadia, cuando mandó abrir las ventanas para ver el mar. Pero nadie había creído entonces que fuera a sobrevivir. Todos los presentes en aquel cuarto sabíamos que estaba próximo a su fin.

—¿Le ha bajado la fiebre? —pregunté.

Nicky volvió la vista hacia el horizonte arbolado.

—Y se le reduce la inflamación. Todavía no podemos saberlo con certeza, pero ahí están los indicios. Un milagro.

—¿Por un telegrama?

Se volvió hacia mí con una expresión que yo no pude interpretar.

—Sigues sin creer —dijo.

—Olga acaba de acusarme de lo mismo. Supongo que no tengo motivos para creer.

Su cigarrillo crujió y se avivó brevemente su brillo cuando él le dio una calada. Me llegó el aroma del tabaco quemado.

—Sunny tiene fe suficiente para todos nosotros.

Se volvió hacia el pabellón.

—No te quedes demasiado tiempo fuera —me dijo—. Esas lámparas de la entrada no funcionan como es debido. Ya deberían estar encendidas y no lo están, como puedes ver. No quiero que te pierdas.

Se retiró. Volví a quedarme envuelta por el silencio, mientras la noche desplegaba su misterio.

Sunny tiene fe suficiente para todos nosotros.

A partir de este momento, si su hijo sobrevivía, su fe sería inquebrantable. Ella no se perdería nunca, mientras yo tenía que preguntarme si ya estaba perdida yo misma.

CAPÍTULO 37

Lo sucedido en Spala lo cambió todo. Olga afirmaba que no podíamos discutirlo. Habíamos visto el milagro con nuestros propios ojos: cómo le bajaba la fiebre a Alexéi; cómo recuperaba el color su pálido rostro; cómo pedía en voz baja que le diésemos de comer y de beber. Su supervivencia era inexplicable. Nadie se lo explicaba, salvo Alejandra. Cuando llevaron a Alexéi a Tsarskoye Selo para que se recuperara, con la pierna de nuevo en el aparato con sus correas, Alejandra creía con mayor fervor, si cabe, que era el padre Grigori quien había salvado a su hijo por el poder divino. Y cuando me enteré de que Rasputín volvía a visitar el palacio, supe que no podía atreverme a protestar. Yo había hecho lo que había podido. Nicky me había hecho caso durante algún tiempo. Había hecho marchar al místico. Pero, ahora, mi hijo ya no negaría nada a su esposa nunca más.

Nicky vino a Gatchina a verme un mes antes de la Navidad. Me dijo con voz cortante:

—Me ha escrito Misha. Se ha casado en Francia con esa mujer, Natalia. Me pide que la reconozca oficialmente como su esposa y como gran duquesa. ¿Lo sabías tú?

—No, claro que no.

La noticia me dejó pasmada. Después de todo lo sucedido, era lo último que me esperaba, aunque debí haberlo supuesto. Misha, sin conocer la enfermedad de Alexéi, y cansado de esperar, había hecho por fin lo que había amenazado hacer a menudo.

—¿Cómo ha podido hacernos esto? —se preguntó Nicky—. Jamás la reconoceré, ni podrá reconocerla nadie de la familia. Si no se arrepiente en seguida de su locura y hace anular el matrimonio, lo despojaré de su rango y de su renta. No volverá a pisar Rusia nunca más.

—Es tu hermano —dije. Pero él lo consideraba imperdonable.

—Ocúpate de que haga lo que le mando, si quiere seguir siendo hermano mío.

A pesar de que llegaban las fiestas, dispuse una reunión con Misha en Inglaterra y pedí a Alix que me apoyara en mi solicitud. Misha llegó con Natalia y con el hijo de ambos y se negó a reconocer que hubiera hecho nada malo.

—Nunca habría llegado el momento oportuno —me dijo—. Yo no me he divorciado. He tomado una esposa. No era consciente de que Alexéi hubiera estado tan enfermo; pero ahora está bien, ¿verdad?

Tuve una impresión marcada de que Misha sabía de la enfermedad de Alexéi más de lo que daba a entender; pero me abstuve de decirle nada al respecto porque no le haría cambiar de opinión. Tuve que llorar lágrimas amargas. Nicky se negaba a permitir que Misha regresara a Rusia. Los hijos que me quedaban estaban reñidos y mis dos hijas eran profundamente infelices.

Antes de las fiestas, me fui con Alix a Hvidøre, donde pasé mi sesenta y cinco cumpleaños sin celebrarlo.

* * *

Estaba sentada en el estrado del salón de Nicolás del palacio de Invierno, con Nicky, cuando mi nieta de diecisiete años, Olga, radiante con su primer vestido de corte de adulta y su *kokoshnik* tachonado de diamantes, abría el baile de gala conmemorativo del tercer centenario de nuestra dinastía, que se cumplía en aquel año de 1913.

—¡Que encantadora es! —dije a mi hijo, que me sonrió a su vez, con hondas arrugas junto a los ojos y la boca. Me preocupaba verlo tan envejecido. Su negativa a perdonar a Misha le pesaba, y los casi diecinueve años que habían transcurrido desde su ascensión al trono le habían dejado huella. Los cabellos se le habían vuelto grises en su mayoría; estaba demasiado delgado y tenía la piel reseca por su costumbre de fumar constantemente. Pero había accedido a mi petición insistente y se había puesto el uniforme verde y dorado para asistir al baile de gala, dejando a Alejandra y

trayendo consigo a Olga, como yo le había pedido.

—Me recuerda a ti, Mamá —dijo Nicky, mientras Olga se reía del joven príncipe que la acompañaba. El príncipe, aturullado por estar bailando con la hija mayor del zar, había olvidado quitarse el sombrero, que se le había deslizado sobre la frente hasta caerle a los pies.

—¿Ah, sí? —dije, teniendo que contener de pronto las lágrimas.

Ya no recordaba otra ocasión en la que hubiera estado tan alegre como entonces. Vi que Olga apartaba el sombrero molesto de una patada y giraba por la pista de baile en brazos del príncipe, mientras los violines tocaban las notas ardientes de la mazurca.

—Tiene tu ánimo —dijo Nicky, y extendió su mano sobre el corto espacio que separaba los dos tronos para coger la mía—. Te agradezco que me insistieras en que la trajera. Y que hicieras lo que podías con Misha. Sé que no pudo ser fácil para ti; y ahora, con lo del pobre tío Willie...

Mientras me oprimía los dedos con los suyos, aparté la vista, esforzándome de nuevo por no dar salida a esas lágrimas que no parecían estar nunca lejos de mis ojos en aquellos días.

A mi hermano Willie, el rey Jorge I de Grecia, lo había matado de un tiro un partisano turco. Tenía sesenta y siete años. Yo, desolada por su muerte pero sin haber podido asistir a su funeral por la inestabilidad reinante en Grecia, lo había llorado en Rusia y había enviado largas cartas de pésame a su desconsolada esposa y a sus hijos.

—Debes pasar este verano con nosotros en Tsarskoye Selo —dijo Nicky—. Las niñas y Alexéi te echan de menos. Sunny ha propuesto que vayamos de allí a Livadia, si quieres.

—Sí —murmuré—. Me gustaría mucho.

¿Una invitación de mi nuera, o un gesto impulsivo de afecto de mi hijo, después de un final y comienzo de año tan duros? Me dije que no debía importante. Yo había rehuido el palacio de Alejandro con la misma constancia con que Alejandra rehuía los actos públicos, pues sabía que, en lo que a ella se refería, yo debía recordar cuál era mi lugar. Rasputín se había convertido en un obstáculo pertinaz, aunque invisible, entre las dos. Ella no olvidaría ni perdonaría jamás que yo hubiera hecho que Nicky lo despidiera, por lo que él estaba en Siberia cuando Alexéi había estado a punto de morir. Después de

aquello, que me invitaran siquiera a estar con mis nietos ya era una victoria.

Terminó la mazurca. Después de que el príncipe hiciera una reverencia a Olga, entre los aplausos de la corte, esta volvió con nosotros, con las mejillas enrojecidas y los cabellos castaños rojizos, de tono más semejante al de Nicky en su juventud que al mío, asomando por debajo de la redecilla de su tocado.

—Papá, ¿quieres bailar conmigo la próxima? —dijo con entusiasmo.

—¿Cómo? —dijo Nicky, indicándole la fila de jóvenes aristócratas impacientes que se iba formando tras ella—. ¿Y privar a todos esos apuestos caballeros de la posibilidad de gozar de tu compañía?

Olga volvió la cabeza. Puso ojos de sorpresa.

Me oí a mí misma reír en un arrebató liberador, inesperado y bienvenido.

—Solo se es joven una vez, querida —le dije—. Tu papá dice que le recuerdas a mí. Yo no habría despreciado nunca a tantos admiradores.

Olga titubeó; después, subió rápidamente al estrado para darme un beso en la mejilla, dispersando sobre mí el aroma cálido de su juventud; con el calor del salón le resaltaba el toque de perfume que había tomado prestado de mi propio frasco.

—Te quiero, Amama —me dijo—. Gracias por haberme invitado.

Volvió a bajar a la pista y aceptó al primer compañero de baile con una sonrisa en los labios.

—Sí —susurré a Nicky—. Es como yo, ¿verdad?

* * *

En el verano, la finca del palacio de Alejandro era bucólica; nunca hacía tanto calor como en la ciudad, cuya aristocracia huía en masa a la costa. No habíamos ido a Livaida; a Alejandra se le había avivado el lumbago y tenía que estar de nuevo en su silla de ruedas. Parecía que ella lo prefería así; aunque no dejaba de vigilar con ojos penetrantes mientras los niños la rodeaban y la empujaban por los caminos hasta el estanque para echar de comer a los cisnes o leerle libros en voz alta mientras ella hacía sus interminables labores de aguja.

Pero aquel día solo la acompañaba Alexéi, que tenía a sus pies a su fiel perro de aguas, Joy. Le habían regalado el perro cuando era cachorro para que

lo criara y se entretuviera, y él había enseñado al animal con tal diligencia que Joy se había convertido en su sombra constante y respondía a todos sus movimientos. Mi nieto llevaba su camisa blanca de marinero con pantalones azules cortos, porque con pantalones largos el aparato le producía rozaduras. Con sus cabellos castaños lisos, los ojos grises con cejas espesas y la boca traviesa, me hacía pensar en un duendecillo; pero no había nada de divertido en el modo en que fruncía el ceño mirando a sus hermanas, mientras él tenía que sentarse metido en una silla especial que le permitía estirar la pierna con el aparato.

En la terraza que dominaba los jardines, mis nietas (ataviadas con vestidos blancos idénticos, de cuello alto, que habían pasado de moda con el cambio de siglo pero que Alejandra les había puesto desde la infancia) corrían tras aros de madera pulida que impulsaban con varillas, intentando hacerse tropezar unas a otras. Anastasia, como la menor, era incansable, aunque la alcanzaban con mayor frecuencia y se caía con un desenfreno que hacía fruncir los labios a su madre. No parecía que Alejandra fuera consciente de que a Olga ya se le marcaban los pechos, ni de que Tatiana, de dieciséis años, se movía con una elegancia de cervatilla que la haría arrebatadora con un vestido de seda plateada. Hasta María, de catorce años, con su sonrisa llena de hoyuelos y sus ojos azules cálidos, ya era una adolescente. A pesar de todo, Alejandra les gritaba «Tened más cuidado. Os vais a manchar los vestidos», como si fueran unas niñas y no tuvieran otra cosa que ponerse.

—Quiero jugar con los aros —dijo Alexéi, y dejó de golpe su libro en la mesa que estaba entre Alejandra y ella, haciendo temblar la tetera de porcelana de Wedgwood. Ella nunca hacía el té con el samovar ruso.

—Alexéi... ¿Es necesario? —dijo Alejandra, mirando de manera significativa el libro, que había estado a punto de hacer que su preciosa tetera inglesa, con su taza de té a juego, se estrellaran sobre las losas de la terraza.

—Sí. Es necesario. ¿Por qué tienen que divertirse solo ellas?

Su ceño fruncido se convirtió en una mueca de desagrado. Era muy imperioso; esperaba que todos los guardias del palacio lo saludaran cuando pasaba por delante y les dirigía miradas de odio si no le rendían el debido homenaje.

—¿Ves lo que tenemos que soportar? —me dijo Alejandra, con aire de

resignación—. Todavía no tiene nueve años y ya es un autócrata.

—Voy a ser el autócrata —afirmó Alexéi, volviendo la vista de ella hacia mí—. ¿Verdad, Amama? Autócrata de todas las Rusias. Como Papá.

Reí por lo bajo.

—Lo serás. Si no te pones a jugar al aro como una niña.

Él puso gesto compungido. Lo que él quería no era necesariamente jugar al aro; quería corretear con sus hermanas sin miedo a precipitar una emergencia.

—Puedes leernos en voz alta —dijo Alejandra—. Vamos. Sabes que me gusta mucho.

—No —dijo, cruzándose de brazos sobre su pecho delgado, gesto que me recordaba a Nicky—. Estoy aburrido de leer. Estoy aburrido de los libros y de dibujar y de los trenes y los juguetes. Quiero...

—Ya sabemos lo que quieres —dijo Alejandra, poniéndole una mano en la rodilla—. Nosotros queremos lo mismo para ti. Siempre. Te ruego que tengas paciencia, Sumbeam mío. Botkin dice que vas muy bien; si sigues mejorando, te podrán quitar el aparato el mes que viene.

Su suspiro de desaliento dio a entender que para él, como para cualquier niño, un mes era toda una vida.

—Niñas. Venid —dijo Alejandra, llamando a sus hijas con un gesto—. Vuestro hermano se aburre.

Los aros y las varillas quedaron abandonados en el césped inmediatamente, y las grandes duquesas, sudorosas, subieron en tropel a la terraza y trajeron butacas de mimbre para hacer compañía a Alexéi, que daba a entender con su voz monótona y malhumorada que seguía sin divertirse.

Alejandra tuvo un gesto de dolor y dejó a un lado su labor de bordado, señal casi imperceptible de que volvía a tener uno de sus terribles dolores de cabeza.

—¿Dónde estará Nicky? —dijo, levantando una mano para cubrirse del sol, a pesar de que todos estábamos a la sombra bajo un parasol enorme—. Hace horas que salió a montar a caballo con sus oficiales.

—Le encanta montar a caballo —dije yo, pensando que eran los únicos ratos de que disponía mi hijo para estar a solas—. Le viene bien hacer algo de ejercicio.

Para aliviarle el gesto amargo, pues lo único que le molestaba más que le

preguntaran por Rasputín era que le recordaran que su marido podía tener intereses en los que ella no participaba, le pregunté:

—Vamos a organizar un baile de puesta de largo para Olga y Tatiana, ¿te parece?

Olga dio un respingo en su asiento. Hasta la propia Tatiana, que era la más reservada de las hermanas y, por tanto, la que más se asemejaba a su madre, parecía consternada.

—¿Un baile? —repitió Alejandra—. Por supuesto que no. El palacio de Invierno no es seguro para...

—En el palacio de Invierno no —dije, sintiendo que tenía dentro a mi propio duendecillo travieso que la pinchaba—. Podemos celebrarlo en mi Anichkov. Una cosa sencilla; solo la familia y una lista de invitados escogida. Olga lo pasó muy bien en la gala del tricentenario y Tatiana ya tiene edad.

Pareció como si las niñas contuvieran la respiración colectivamente cuando Alejandra me miró a los ojos. Entendía perfectamente lo que quería decir; pero yo, sin darme cuenta, le había tendido una trampa perfecta. Quizá ella quisiera que sus hijas siguieran siendo princesas virginales para siempre, atrapadas en su cuento de hadas; pero, sin duda, Olga habría vuelto de San Petersburgo contando muchas cosas sobre su velada en la corte. Aunque Alejandra se recluía como un ermitaño, no dejaba de ser una monarca. No podía eludir el hecho de que debía presentar a sus hijas a la sociedad. Era necesario para lanzarlas al terreno del matrimonio.

—Ah, sí, por favor, di que sí, Mamá —musitó por fin Olga, incapaz de contenerse.

Alejandra prolongó su silencio. No consentía que la coaccionaran. Mientras yo echaba una ojeada a Tatiana, esta se inclinó para susurrar algo al oído de su madre. Fuera lo que fuese lo que dijo, alivió las arrugas de enfado que se habían formado en el entrecejo de Alejandra. Esta soltó un suspiro.

—Supongo que no puede hacer daño —dijo.

Olga dio palmadas de alegría.

—¿Qué nos pondremos?

—Vestidos nuevos, supongo —dijo Alejandra, y me miró—. Estoy segura de que vuestra abuela se puede encargar de ello también.

—Claro que puedo. En cuanto vuelva a San Petersburgo iré a ver a

Madame Bulbenkova. Pero debéis venir con tiempo para las pruebas —dije a las muchachas—. Le daré vuestras medidas; pero no se puede terminar un vestido sin probarlo en persona. Y no debéis comer mucho hasta que os hagan la prueba; se pierde mucho tiempo aflojando un corpiño o ensanchando una falda.

—¿Bulbenkova? —dijo Olga, desilusionada—. ¿No una modista de París?

—No —dijo Alejandra—. Llevaréis vestidos rusos. Si no os basta con eso, no es preciso que vayáis. No me pongáis a prueba; ya me han forzado bastante.

Pero, para mi alivio, no parecía enfadada; solo molesta porque yo había conseguido persuadirla de alguna manera.

Aquella noche, antes de cenar, me llevé aparte a Tatiana y le pregunté:

—¿Qué dijiste a Mamá?

Ella sonrió con despreocupación.

—Que no haremos caso de ningún chico al que invites tú, por supuesto.

Me eché a reír, mientras ella entraba airoosamente en el comedor. Puede que fuera la hija favorita de Alejandra, pero, como Olga, también tenía algo de mí.

* * *

Me encantaba estar en la ciudad teniéndolas a ellas para mí sola. Mandé airear todo mi palacio, quitarle el polvo y limpiarlo todo; les preparé los aposentos que habían ocupado Nicky y Alejandra después de casarse e hice poner saquitos de lavanda en sus cómodas y bajo sus almohadas.

El viaje hasta el taller de *Madame* Bulbenkova resultó ser una odisea. Tatiana y Olga llegaban con un equipo de seguridad de la Okhrana. Había que establecer diversas rutas hasta el establecimiento de la modista, de modo que nunca sabíamos por qué camino nos llevaría el carruaje, y se enviaban por delante carruajes falsos para confundir a los presuntos asesinos. A mí me entristecía que mis nietas tuvieran que vivir bajo una vigilancia constante; pero, a diferencia de mí, ellas habían nacido en un mundo en el que el miedo a la violencia era tan frecuente que ni siquiera lo ponían en duda.

Decidí que no irían de blanco. Aunque era lo acostumbrado para las muchachas solteras (y yo misma había ido de blanco en mi juventud, con efecto deslumbrante), hacía tanto tiempo que les había negado vestirse de

otros colores que la propuesta las desanimó. En lugar de ello, *Madame* creó para Olga un vestido de satén rosa clavel que le hacía destacar los ojos azules y el ciutis fresco; y, para Tatiana, uno color verde oliva que le resaltaba la mirada felina y la piel algo amarillenta. Los escotes eran altos, como correspondía a su edad, pero los vestidos dejaban los hombros muy al descubierto, lo que produjo a Olga estremecimientos de placer e hizo que Tatiana, pudorosa, pidiera una pañoleta.

Con todo, las dos estaban arrebatadoras. Como primer acto de su presentación en sociedad las llevé al Mariinski para que asistieran a un ballet desde el palco imperial con su tía Olga, a la que adoraban. Mi hija, a su vez, las apreciaba tanto que se tomó la molestia de hacerse un vestido nuevo, de tafetán rojizo, que complementó con mis perlas negras.

Tuve que contener las lágrimas cuando entramos en el palco y el público se puso de pie. La orquesta entonó el *Dios salve al zar* y yo saludé con la mano, mientras las niñas, todavía traumatizadas por el asesinato de Stolypin en Kiev, se mantenían en un segundo plano.

—Adelantaos y saludad —les dije—. Estamos en el Mariinski. Estáis completamente a salvo.

Cuando levantaron tímidamente las manos enguantadas, las recibieron con aplausos entusiastas, lo que me recordó que, a pesar de los tumultos en las calles, todavía había lugares en los que nos adoraban. Ambas se sentaron con alegres sonrisas. Subió el telón. Yo había dado aviso por anticipado de que estarían presentes mis nietas y de que, por tanto, esperaba que la representación fuera adecuada. Durante la temporada anterior, el bailarín Nijinski había escandalizado a la alta sociedad actuando con mallas, sin nada debajo. Tal indecencia había provocado desmayos entre las damas durante semanas enteras. Aquella noche, el ballet era una representación de *Le Talisman*, con coreografía realizada por la compañía del Mariinski y vestuario de la longitud reglamentaria.

En el entreacto encargué la tradicional mesa de té privada para poder servir el té a cualquiera que viniera a saludarme en el palco. No tardé en enterarme de que Miechen también había hecho poner una mesa de té en su palco, frente al mío de modo que reuní a Olga y a Tatiana y fui a hacer frente a mi vieja rival, seguida de mi hija, que sacudía la cabeza.

Miechen palideció al vernos, lo que no era nada fácil, pues había dado en empolvarse el rostro hasta darle blancura de alabastro, y en ponerse tantas joyas sobre su ropa de viuda (de la que ya podría haber prescindido) que parecía una portera emperifollada.

—¡Minnie! —exclamó—. Y Olga y Tatiana. Y tu Olga, también. *Quelle surprise*.

—Lo que me sorprende es esta actuación tuya —observé, cuando hubo terminado de besar a mis nietas y de admirar cómo sentaban mis perlas a Olga—. No la habría igualado ni el propio Nijinski. Una mesa de té privada, estando yo presente. ¿En qué estabas pensando?

—No sabía que estabas aquí —protestó.

—¿No te lo advirtieron los aplausos cuando entramos? Pero te habría dado lo mismo —Le di un pellizco tan fuerte en el costado, protegido por el corsé, que hizo un gesto de dolor—. Has conseguido avergonzarme delante de mis propias nietas y de media ciudad.

—Seguro que sabes que no lo pretendía —dijo.

—¿No?

Tomé el vaso de té, sostenido en un *podstakannik* de plata ricamente labrada, que me ofrecía su sirviente, mientras ella decía con indignación:

—¿Y tú, Minnie? ¿Has venido aquí esta noche solo para eclipsarme a mí?

—Naturalmente —dije, levantando mi vaso—. ¿Es que te habías creído que iba a hacer las cosas de otra manera?

Era casi como en los viejos tiempos. Miechen apretó los labios para contener una risa sarcástica y vimos el resto del ballet desde su palco, donde estuvo susurrando secretitos en los oídos de mis nietas. Olga me dijo con enfado:

—Mamá, ¿qué va a decir Alicky cuando se entere de que las has dejado estar con Miechen? Ya sabes cuánto se detestan la una a la otra.

—Cuando se entere, las muchachas ya habrán vuelto a Tsarskoye Selo —respondí—. Digan lo que quieran de Miechen, lo cierto es que tiene el respeto de la sociedad. Que mis nietas vayan aprendiendo que el respeto tenemos que ganárnoslo todos.

* * *

El baile en mi palacio fue sublime. Los doscientos invitados de mi lista escogida llenaban por completo mi sala de baile y algunos tenían que pasar a la sala de recibir. A pesar de las promesas que habían hecho a su madre Tatiana y Olga, no desatendieron a los galantes hijos de los príncipes ni a sus primos los grandes duques, que querían bailar con ellas. Cuando se cerró el baile, a las cuatro y media de la madrugada, a Olga le dolían tanto los pies que a la mañana siguiente apenas era capaz de andar y Tatiana encantó a todos con su indiferencia elegante que se contradecía con el brillo seductor de sus ojos. Ambas recibieron una inundación de tarjetas de visita y de invitaciones a tomar el té.

Por desgracia, no pudieron aceptarlas. Alejandra había estado inflexible: sus hijas debían regresar a su casa en cuanto hubiera terminado el baile. Antes de marcharse, me hicieron prometerles que iría pronto a visitarle.

Las acompañé hasta la estación. Llevaban en sus bolsos los ramilletes mustios y sus vestidos nuevos en cajas, envueltos en papel de seda, para hacer el viaje en tren privado hasta Tsarskoye Selo. Cuando se puso en marcha el tren, vi que se asomaban por las ventanillas de su vagón para despedirme con la mano, sin atender a las reprensiones de sus *dyadkas*. Llevaban gorros de piel inspirados en los uniformes de los húsares y sus rostros emanaban alegría.

Se rompió entonces la costra quebradiza que se me había formado alrededor del corazón a lo largo de años de desilusiones y de pérdidas. Aunque era consciente de que mi final estaba más próximo que mi principio, tenía a mis nietas para mantenerme joven. Había que presentarlas en sociedad a todas, acompañarlas para ayudarles a evitar los tropiezos y los disgustos de la primera edad adulta, hasta que conocieran al marido adecuado, se casaran y fundaran familias propias. Llevaban dentro de sí una nueva generación Romanov que tenía que nacer.

Yo quería estar presente para darles la bienvenida a todos.

CAPÍTULO 38

—**A**parta. ¿Cómo te atreves a cerrarme el paso?

Blandí mi paraguas ante el abisinio impassible que me impedía entrar en la residencia de mi hija recién casada, en Londres. A mi espalda, la terrible lluvia de Inglaterra azotaba mi carruaje, detenido ante la acera.

El guardia no pestañeó. Ya me costaba trabajo entender por qué había optado mi nieto político, el príncipe Yusupov, por llevarse a su luna de miel a un guardia imperial; pero yo me estaba empapando y perdiendo la compostura. Habría clavado el paraguas en el guardia, si no hubiera sido por que Félix dijo desde el interior con toda tranquilidad:

—Déjala pasar. Es la emperatriz viuda.

Aparté al guardia de un empujón, airada, y sacudí el paraguas sobre la alfombra del zaguán; lo metí en el paragüero, junto al perchero para los sombreros y miré a Félix con enfado. Estaba en la escalinata, con una bata turca y un cigarrillo en la mano, a pesar de que era media tarde.

—¿A qué vienen estas medidas tan absurdas? —le dije—. Estamos en Londres, no en Sarajevo.

—Ah —dijo él, sonriendo, con su laconismo habitual—. Has oído la noticia.

—Todos conocen ya la noticia en Europa. No se habla de otra cosa. —Me desabroché el abrigo mojado y me lo quité de encima. En vista de que no había ningún lacayo, lo dejé caer al suelo y emprendí la subida de las escaleras, torciendo el gesto por los dolores crónicos que tenía en la rodilla. Félix bajó para ayudarme—. Esta humedad tan terrible —murmuré, tomando su brazo—. La aborrezco. Me duele todo.

Me acompañó al salón del piso superior, que era lo bastante grande como para celebrar en él un banquete. Evidentemente, en su ansia de impresionar a

Irina había abandonado sus deseos juveniles de renunciar a sus posesiones mundanales y fundar una casa de religión. Estaban haciendo un largo viaje con motivo de su boda, con las mejores casas alquiladas y suites de hotel, pasajes de primera clase y compras que podía permitirse él con su fortuna.

Mientras yo estaba allí plantada, con las faldas mojadas por la lluvia, evaluando en silencio lo que les costaría el alojamiento allí, él se dirigió al bufé que estaba dispuesto en el aparador y me sirvió una taza de té.

—¿Dónde están tus criados? —dije, tomando la taza de sus manos—. No pretenderás que mi nieta se sirva a sí misma.

Él se rio por lo bajo.

—Jamás. Pero estábamos ocupados en otra cosa y dije a los criados que se quedaran en el piso de abajo. Puse el guardia a la puerta; me pareció suficiente.

Viéndolo con sus cabellos impecables y un pañuelo blanco al cuello, bajo su bata exótica, me pregunté en qué estarían ocupados. Pero no quise poner en duda lo que daba a entender. Tal como había prometido a Zenaida, su madre, cuando pidió la mano de Irina lo convoqué para interrogarlo personalmente. Después del matrimonio desastroso de Olga, yo había tomado la determinación de que ninguna otra mujer de mi familia se casaría para su deshonra.

Delgado y elegante, con sus rasgos finos y los ojos de vidrio tallado de Zenaida, me parecía que era casi demasiado atractivo. También resultó ser sincero hasta un grado desconcertante. Aunque reconocía que había pasado su juventud dedicado a actividades viles («todo lo que habrás oído contar de mí será verdad, probablemente», me confesó), acababa de obtener la licenciatura en Oxford; quería a Irina y se proponía ser un marido leal. Lo cierto fue que, tras nuestra primera reunión, me había dejado encantada y no vi motivos para oponerme. Félix era lo bastante rico como para proporcionar a Irina todo lo que pudiera necesitar; y aunque el matrimonio tendría que ser morganático, es decir, que Irina tendría que renunciar a toda pretensión a sus lejanos derechos sucesorios por parte de los hijos que pudiera tener, Xenia había accedido a regañadientes, afirmando que su hija le había dejado claro que no aceptaría a ningún otro.

—Ya he oído decir cosas así —dije con amargura, todavía dolida por la

separación de Xenia y Sandro. No obstante, la boda de mi nieta con el príncipe Yusupov se llevó a cabo con la pompa correspondiente, en la capilla del palacio de Invierno. En la recepción en el palacio Yusupov, Zenaida me abrazó.

—Ahora podemos ser consuegras —me dijo, olvidando que la madre de la novia era Xenia. A pesar de todo, me agradó su reconocimiento de que la boda no habría tenido lugar si no hubiera sido por mí. Y, ahora, me senté para tomarme el té, mientras Félix se instalaba ante mí.

—Irina bajará dentro de un momento —dijo—. Estaba todavía en la cama.

—Ya sé que estáis de luna de miel; no hace falta que me lo recuerdes. Pero ya pasa del mediodía. Y la noticia es terrible. No solo han asesinado en Bosnia al príncipe heredero de Austria, el archiduque Francisco Fernando, y a su mujer, sino que Austria ha declarado la guerra y Alemania la apoya.

—Sí. Es una lata —dijo él con displicencia.

Fruncí los labios y extraje de mi bolso mi pitillera. Félix se inclinó inmediatamente hacia mí con su encendedor de Cartier de oro y esmalte.

—A Alix no le gusta nada que fume en Marlborough House —le dije, soltando el humo—. El otro día me encontró fumando en la ventana de mi dormitorio, como una vulgar mujer de la limpieza, ya que se niega a dejarme fumar dentro y me riñó como si fuera a prender fuego a toda la ciudad. La verdad es que cada vez que la veo está más británica.

Félix se rio por lo bajo.

—Y más dura de oído —dijo—, cosa que debe resultar muy penosa, ya que no podrás decirle a gritos en su propia casa que se ocupe de sus asuntos.

En circunstancias normales, yo no habría consentido a nadie un comentario así sobre mi hermana. Pero él se las arreglaba de alguna manera para que hasta el comentario más mordaz pareciera divertido; de modo que no pude menos de sonreír, aun mientras le reñía:

—Un día de estos vas a pasarte de la raya.

—No me cabe duda.

Se levantó a servirme más té. Saltaba a la vista que no tenía ninguna prisa por llamar a un criado. Aquella actitud despreocupada suya me tranquilizó. No daba muestras de que lo alarmara demasiado la noticia que había llenado de pánico a todo Londres y a mí misma.

—Nicky me ha enviado un telegrama —le dije cuando regresó con mi taza—. Cree que la situación se va a poner fea muy pronto y que debemos volver a casa en seguida. Dice que ninguno debemos estar en el extranjero en unos momentos como estos.

Félix enarcó una ceja.

—¿Se lo ha dicho Rasputín?

—Ya basta —repuse, conteniendo la risa—. Estamos obligados a apoyar a Serbia. Al archiduque y a su mujer los ha matado un asesino solitario; pero el káiser ha optado por tomarlo como una ofensa general y por culpar a toda la nación. Nicky se dispone a movilizar a nuestras tropas. Pero no creo que haya una guerra grande por esto, como dicen los periódicos. ¿Cómo vamos a dejar de lado nuestros acuerdos por un asesinato, por muy horrible que haya sido?

—Yo no estoy tan seguro —dijo él, desvelando que la cuestión no lo dejaba tan indiferente y deshaciendo mi calma tenue—. Creo que bien puede haber, en efecto, una guerra grande a raíz de esto. El káiser estaba esperando una oportunidad como esta.

Me quedé inmóvil, con la taza en la mano. No sé qué iba a decir, pero me redujo al silencio la aparición de mi hija, que me besó en ambas mejillas con su hermoso rostro rojo de satisfacción.

—Abuelita, qué alegría de verte. No te esperaba tan temprano.

—No es temprano —protesté—. ¿Es que debo enviar aviso por adelantado?

—Con nosotros, nunca —dijo Félix, mientras Irina se dirigía al aparador para servirse té.

Aprecié en su modo de seguirla con la mirada que, fueran cuales fueran sus inclinaciones en el pasado, ahora estaba embelesado por ella. ¿Y cómo podría haberse resistido? Mi nieta, la hija de Xenia, era tan atractiva como Tatiana, la hija de Nicky; tenía el mismo aire de esfinge en los ojos, aunque los suyos eran oscuros. Se había cortado los cabellos negros en un estilo nuevo para enmarcarse el rostro. En otras circunstancias, yo me habría quedado consternada de habérmelos encontrado en la cama después del mediodía, y a Irina con su salto de cama de encaje, como si estuviera todavía en su alcoba. Pero no me molestó. Aquel desprecio suyo al decoro resultaba atractivo; eran como dos gatos lustrosos y mimados.

—¿Y bien? —dije, cuando Irina se hubo sentado junto a Félix y me miraba con ojos soñolientos—. ¿Qué vamos a hacer? Nicky nos ha pedido que regresemos en cuanto podamos, antes de que se cierren las fronteras.

—¿Es preciso? —preguntó Irina, desalentada, dirigiéndose a Félix—. Íbamos a viajar a Niza la semana que viene para visitar a Mamá... —Soltó un suspiro—. ¿Es tan grave la cosa de verdad?

—Eso me temo, amor mío —dijo Félix, acariciándole el brazo—. Yo te defenderé.

Ella hizo un mohín precoz, como solo podía hacerlo una muchacha de diecinueve años casada con un marido mayor y apuesto. Yo dudaba de la seguridad que podía ofrecerle él. Quizás la protegiera su riqueza; pero, o yo conocía mal a Zenaida, o el único hijo que le quedaba a esta no ingresaría en filas.

—Qué pesadez —dijo—. Yo no quiero marcharme.

—Ninguno queremos —repuse yo; pero mentía. Yo sí quería marcharme de Inglaterra. Llevaba allí más de un mes, visitando a Alix, y mi paciencia había llegado al límite. Entre la sordera de mi hermana, la rutina invariable del té con bollos en Marlborough House y, ahora, esta nueva crisis, yo ya estaba impaciente por marcharme de aquella isla triste, aunque había confiado en poder acompañar a Irina y a Félix en su viaje para visitar a Xenia. —Pero tu tío, el zar, dice que es indispensable que regresemos a Rusia.

—¿Cómo? —dijo Félix—. Ir por mar no es prudente, ahora que rondan los barcos de guerra alemanes.

—¿Por qué no vamos por tierra? Todavía no estamos en guerra. Me encargaré de que mi tren me espere en Calais.

—Si regresásemos en tren, tendríamos que ir por Berlín a Varsovia —me recordó—. Deberíamos enviar aviso a Xenia de cualquier cambio de planes.

—Qué molestia. Sólo los alemanes se las podrían arreglar para complicarlo todo de esta manera.

Pero yo, detrás de mi irritación, estaba cada vez más preocupada. Era pleno verano; estábamos todos dispersos por Europa, de vacaciones. Si estallaba la guerra, ¿cómo regresaríamos a casa, si Berlín cortaba el único ferrocarril internacional que llegaba hasta San Petersburgo?

—Yo podría enviar un telegrama a la princesa Cecilia de Prusia —propuso

Irina—. Ella puede solicitárselo a su suegro. No creo que nos impida el paso. Nosotros no hemos matado al archiduque.

—El káiser no nos impedirá el paso, por supuesto —dije, evitando la mirada mordaz de Félix. Era bien sabido que yo llevaba años evitando pasar por Alemania cuando viajaba por el continente—. Hazlo —dije a Irina—. Yo telegrafiaré a Xenia para que se reúna con nosotros en Calais. ¿Cuánto tiempo podéis tardar en estar preparados?

—¿Bastará con mañana? —dijo Félix.

Yo asentí.

—Os enviaré mi carruaje. Alix se llevará un gran disgusto.

* * *

Mi hermana se llevó algo más que un disgusto. En cuanto dije a Tania y a Sophie que me prepararan el equipaje, se echó a llorar.

—Pero ¡si con nosotros estarías perfectamente a salvo! —me dijo—. ¿Por qué tienes que atravesar Europa, ahora que está a punto de estallar una guerra? No lo entiendo.

—Debo hacerlo —dije, alzando la voz para que me oyera e intentando controlar mi impaciencia—. Nicky me necesita. La Cruz Roja. Provisiones para nuestros soldados. Alejandra no se haría cargo de nada de eso. Alix, ¿quieres hacer el favor de dejar de llorar? Me vas a hacer llorar a mí también; y no puedo ser una vieja llorona si tengo que plantar cara al káiser.

Alix sollozó. Había hecho todo lo que podía para adaptarse a sus limitaciones como reina madre; pero estaba sola y siempre quería que me quedara más tiempo del que yo podía. Yo había pensado en invitarla a venirse a Francia con nosotros y quizá a Hvidøre, en Dinamarca. Ahora, era imposible.

—Jorge cree que Nicky no hace bien en obligaros a volver. Podríais quedaros aquí todo el tiempo que hiciera falta, hasta que se resolviera esta situación terrible.

—Sí; a mí me ha dicho lo mismo —le dije, mientras ella estiraba el cuello para oírme—. Él no quiere la guerra, como tampoco la quiere Nicky; pero tampoco debemos consentir que el káiser dicte los términos de la paz. No

hagamos esto más difícil de lo que tiene que ser. Volveremos a vernos pronto. Mi hijo me necesita. Tú harías lo mismo si estuvieras en mi situación.

Cuando salí de Londres, estaba frenética. De la noche a la mañana, Austria había empezado a movilizarse y Alemania había declarado la guerra a Rusia porque esta apoyaba a Serbia. Mientras esperaba a tomar el tren para Dover, en la estación reinaba el caos y Félix e Irina no aparecían, aunque yo les había enviado mi carruaje. Tenía que partir con ellos; sólo llegaron cuando yo ya estaba embarcándome para cruzar el Canal de la Mancha. Subieron a bordo precipitadamente, con sus perritos y quejándose de que habían tenido problemas con el equipaje. Cuando llegamos a Calais, mi tren me estaba esperando, como yo había ordenado. Xenia no estaba. Había enviado un telegrama diciendo que se reuniría con nosotros en Berlín. Irina me aseguró que la princesa Cecilia había accedido a intervenir a nuestro favor; pero la falta de su equipaje era otra cuestión. Félix dejó instrucciones para que les enviaran el equipaje y seguimos viaje, aunque nos advirtieron que Alemania se disponía a cerrar sus fronteras.

Yo estaba irritada. Tuvimos que viajar durante tres días agotadores y nos hacían detenernos a intervalos regulares para que los soldados alemanes pudieran subir a mi tren y llevar a cabo «inspecciones». Cuando llegamos a Berlín, nos hicieron parar en el andén de la estación.

Encerrados en el tren, y rodeados por una multitud que nos abucheaba, mandé echar las cortinas de las ventanillas del vagón; pero los emblemas de las portezuelas anunciaban que yo iba dentro y la turba nos arrojaba todo lo que encontraba, sometiendo mi vagón a una lluvia de barro y de piedras que hacía saltar la pintura y los dorados, hasta que intervinieron los soldados y acordonaron la zona con las bayonetas caladas. Pasamos horas enteras como prisioneros en el vagón sofocante, con los perros que jadeaban, oyendo cómo se burlaban de nosotros los alemanes. Una piedra bien dirigida rompió una ventanilla e hizo llorar a Irina de miedo. Por fin, llegó el embajador ruso, acompañado por un funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores del káiser, y nos informaron de que no podíamos seguir viaje.

Olvidé mis modales y señalé con el dedo el rostro del funcionario.

—¿Cómo se atreve a darme órdenes? Soy la emperatriz viuda de Rusia.

—Sí; y su país ha declarado la guerra a Alemania... —empezó a decir.

—Eso es mentira. La guerra nos la han declarado *ustedes a nosotros*. Exijo ver al káiser ahora mismo.

—Su majestad no está disponible. Vuestra majestad puede regresar a Inglaterra o seguir viaje hasta Dinamarca, pero no cruzar Alemania.

—Pero estoy esperando reunirme aquí con mi hija —exclamé, mientras él daba un taconazo y se volvía para retirarse. El embajador ruso se acercó más a mí.

—Yo esperaré aquí a su majestad imperial —dijo. Vuestra majestad debe partir. Ahora mismo.

—¿Ahora mismo? —repetí, mirándolo con incredulidad.

Félix se puso de pie y tendió una mano a Irina.

—Nosotros esperaremos aquí a Xenia. No partiremos mientras no esté con nosotros. —Me dirigió una sonrisa sardónica—. Puede que estemos en guerra y que no nos pongamos de acuerdo sobre quién la declaró primero, pero el káiser no nos va a detener.

Yo no quería marcharme sin ellos, pero Félix desatendió mis protestas; me confió a sus perros, tomó de la mano a Irina y ambos salieron, siguiendo al embajador ruso.

Mi tren salió de Berlín dos horas más tarde. Había esperado tanto como me atreví, sin que hubiera llegado Xenia; aunque aparecieron otros rusos, aristócratas que se habían visto obligados a suspender sus vacaciones en el extranjero. Los acogí a todos en mi tren; no soportaba verlos en el andén, encogidos, soportando los abucheos de la multitud. Así, rodeada de extraños, con los perros a mis pies, viajé durante toda la noche hasta Dinamarca. No tenía idea de si mi nieta, su marido o mi hija estaban a salvo, hasta que llegué y me informaron de que habían conseguido salir por los pelos, tomando el último tren que había salido, abarrotado, de Berlín a Copenhague. Irina se había puesto enferma del susto y Xenia estaba furiosa por la larga espera que había tenido que soportar en la frontera alemana, donde le habían confiscado y revisado las maletas.

—Quizá haya sido mejor que se perdiera nuestro equipaje —observó Félix—. Supongo que tendré que comprar algunas cosas aquí, mientras Irina se recupera.

Se alojaban en una suite del mejor hotel de Copenhague. Cuando hube

visitado a mi nieta para comprobar que lo que tenía era, sobre todo, agotamiento (yo sospechaba que podría estar embarazada y resultó que lo estaba), decidí seguir viaje hacia Rusia con Xenia, dejando atrás a Irina y a Félix. Mi hija estaba preocupada por Sandro, del que no tenía noticias, pues estaba en Cannes con su amante. Yo, que no estaba de humor para aguantar sus penas, le reñí:

—Sabrá volver a casa por su cuenta. Tú le has dejado hacer todo lo demás como ha querido.

Xenia calló y estuvo taciturna durante el viaje de Dinamarca a Finlandia, donde el pueblo finlandés nos dio una gran acogida, pues ya conocían por los periódicos la penosa experiencia que habíamos tenido que pasar en Berlín.

—No se pueden imaginar la satisfacción con que, después de ocultar mis sentimientos durante cincuenta años, puedo proclamar por fin cuánto aborrezco a los alemanes —anuncié a los periodistas. Mis declaraciones se publicaron en todos los periódicos y confié en que llegaran a oídos del káiser.

Aunque lo que yo dijera no tenía importancia. Hungría había enviado tropas para apoyar a Austria. Alemania declaró la guerra a Francia e invadió Flandes. Cuando llegamos a San Petersburgo, Gran Bretaña se había sumado al conflicto. Félix tenía razón. Había estallado una gran guerra.

El asesinato de un archiduque había desencadenado una maldición sobre todos nosotros.



SEXTA PARTE



1914 -1918

LAS SEMILLAS DE
LA DESTRUCCIÓN

Nuestros tiempos más felices y más serenos ya han pasado.

MARÍA FEODOROVNA



CAPÍTULO 39

San Petersburgo estaba inundado de un fervor patriótico que a mí no me impresionó. Ya había visto sentimientos similares a aquellos durante otros conflictos y sabía con qué rapidez podían invertirse. Mi sobrino el rey Jorge V mantenía comunicación directa con Nicky, al que advertía que la militarización agresiva del káiser había agrupado unas fuerzas poderosas contra las que no estábamos preparados ninguno de nosotros, tanto menos Rusia, donde apenas había electricidad fuera de las ciudades y nuestro pueblo trabajaba en condiciones de aislamiento, a la luz de las velas, sin ser consciente de los horrores modernos que se disponían a surcar Europa.

Nicky, a instancias mías, nombró comandante en jefe de las operaciones militares al primo carnal de Sasha, el gran duque Nicolás, al que en la familia llamábamos Nikolasha. A sus cincuenta y siete años, y siendo militar de carrera, Nikolasha no había dirigido nunca un ejército en un campo de operaciones; por ello, la planificación estratégica se dejó en manos de nuestros generales. Pero yo había advertido a Nicky que, como zar que era, debía delegar sus funciones, no fuera a ser que los giros imprevisibles de la guerra afectaran a su reputación, que no había mejorado desde el desastre de nuestro último conflicto contra Japón.

Aunque mi cuñado el gran duque Pablo ya tenía casi cincuenta y cuatro años y estaba en el exilio por haber contraído un matrimonio morganático sin la aprobación de Nicky, y a sus hijos los había criado Ella, suplicó a su hermano que lo perdonara y le diera un puesto militar. Yo apoyé el regreso de Pablo y este recuperó su categoría cuando Nicky lo puso al mando del Primer Cuerpo de la Guardia Imperial. Del mismo modo, tras mucha insistencia por mi parte, Nicky autorizó a Misha a volver de su exilio en Inglaterra, para ejercer de general de división de la Caballería Nativa Caucásica, recién

formada. Como gesto de conciliación, Nicky otorgó al hijo de Misha, de cuatro años, el título de conde Brasov. Así, Natalia podía llamarse condesa Brasov, aunque no estuviera reconocida como esposa de Misha. Misha hizo residir a Natalia y a su hijo en la ciudad y, allí, Natalia se hizo cargo de sus deberes imperiales y fundó dos hospitales. Yo, al enterarme, fui a visitar sus salas y me reí para mis adentros cuando vi el espacio vacío sobre la puerta de entrada, de donde habían retirado provisionalmente el retrato de Natalia para no ofenderme.

Yo no tenía tiempo que perder en esas cuestiones triviales. Todos debíamos colaborar. Alemania representaba una amenaza desconocida hasta entonces y que dividía a las naciones y a las familias, entre ellas, la mía. Mi hermana Thyra, dada la situación de penuria en que se encontraba su marido, que residía en Austria, se vio obligada a ponerse de parte del káiser, mientras que mi sobrino de Dinamarca, aunque mantenía la apariencia de neutralidad, apoyaba ocultamente a las naciones aliadas e instaló baterías de costa defensivas en mi playa de Hvidøre.

Pero cuando yo decía que todos debíamos colaborar, no contaba con Alejandra; estaba segura de que ella se mantendría oculta, pues una emperatriz nacida en Alemania no resultaría muy atractiva para la opinión pública. Con los arrebatos de odio antiprusiano, se habían destrozado los escaparates de los comercios de alemanes de San Petersburgo y se había llegado a cambiar el nombre de la ciudad, llamándola Petrogrado para suprimir el sufijo alemán «burgo».

Pero, para mi asombro, Nicky me hizo saber que Alejandra, Olga y Tatiana estaban estudiando para ser enfermeras, siguiendo mi ejemplo. Alejandra había instalado, incluso, en el palacio de Catalina, una sala de hospital que funcionaría bajo su supervisión. A pesar de mi sorpresa, aquello me pareció meritorio. Yo ya tenía mi agenda llena con mis ocupaciones relacionadas con la Cruz Roja y, a mi edad, no se me podía pedir que trabajara con los enfermos. Olga y Xenia asumieron esa tarea en mi lugar, en el palacio de Invierno, donde yo organizaba actos benéficos para recoger fondos y enviar suministros médicos al frente. Recurría a todos mis contactos de la alta sociedad. Miechen abrió su palacio para una gala benéfica y sus célebres cuencos de cristal tallado, que antes se llenaban de gemas para sus invitados,

servían ahora para recoger los rublos que apoyarían nuestro esfuerzo bélico.

Mi trabajo de asistencia era el único recurso que tenía para mantener a raya el miedo. Apenas nos habíamos recuperado de la revolución de 1905 y la Duma no había tenido éxito. La guerra convertía a los hombres en fieras. Yo vivía a diario con el terror de que, si los alemanes quedaban victoriosos, nos revolveríamos unos contra otros como los lobos de los que había hablado Zenaida. Y aunque era incansable en mi labor, ni yo misma era capaz de superar la corrupción arraigada en nuestra burocracia. Los ministros carentes de escrúpulos no dudaban en desviar fondos y en enviar a nuestros soldados al combate sin los suministros más elementales. Tuve que enviar un telegrama a Nikolasha, indignada, para que autorizara el paso a mis convoyes de la Cruz Roja, ya que los consideraban no autorizados y los hacían volver a San Petersburgo, a cuenta de una situación que se volvía más terrible a cada hora que pasaba.

El año de 1914 concluyó entre oleadas de dolor. Las sucesivas batallas, de magnitud sobrecogedora, vestían de luto a Rusia; las listas de bajas eran tan extensas que los periódicos tenían que publicarlas en suplementos aparte. Los soldados heridos volvían a nosotros de los diversos frentes en vagones de ganado, tras semanas de penoso viaje, tendidos sobre montones de trapos, infestados de piojos, con heridas podridas, disentería y amputaciones brutales realizadas en el campo de batalla. Todos los hospitales estaban llenos a rebosar.

Los palacios desocupados (y muchos de los ocupados) se requisaron para servir de hospitales, en los que las damas de la alta sociedad que no se habían abrochado un botón por sí mismas en su vida trabajaban en condiciones terribles hasta que se desmayaban por los gritos de los moribundos o el olor apestoso de la gangrena.

Alemania era implacable, acometiendo como un dragón entre el barro y la sangre de las trincheras, recurriendo a armas modernas monstruosas, de artillería y de gases venenosos. Empecé a pensar que cualquier acuerdo de paz sería preferible a aquella pérdida terrible de vidas, en la que morían tantos por una causa que pocos entendían.

Pensaba que no podía haber nada peor que una guerra que se libraba por venganza; pero no había empezado siquiera a darme cuenta de lo que teníamos

por delante.

* * *

—¿Piensas quedarte aquí para siempre? —me interrogó Miechen, que había llegado a Kiev, furiosa, en su tren privado.

Yo me había trasladado a dicha ciudad, al sur, en Ucrania, con mi hija Olga, para establecer un centro de primera asistencia, después que otra serie terrible de batallas, durante la primavera, hubiera concluido con la caída de Polonia y nuestras fuerzas quedaran diezmadas. Nuestros hombres que habían conseguido sobrevivir y abrirse camino hasta la patria habían llegado harapientos, demacrados, con congelación y gravemente heridos, seguidos de una oleada de refugiados polacos que no poseían más que lo que habían podido salvar y llevaban a cuestras.

—Sabes que estoy aquí para ayudar a Olga —dije a Miechen, mientras la acompañaba hasta el salón del piso superior del palacio Mariinski de Kiev. La estancia estaba llena de mobiliario que se había subido de la planta inferior, ocupada ahora por nuestra enfermería—. No teníamos dónde meter a los heridos. Todos los hospitales de la ciudad están llenos hasta más de su capacidad. Olga pensó que, como Kiev está más cerca del frente, sería el lugar ideal para abrir un nuevo hospital y centro de acogida de refugiados. ¿Cómo iba a negárselo yo? Ha estado incansable, formando al personal y trabajando dieciséis horas al día como enfermera.

Viendo los ojos de desagrado con que miraba Miechen las sillas, mesas, cuadros y estatuas que estaban amontonados a nuestro alrededor, cubiertos de sábanas como si fueran trastos olvidados, no quise añadir que el amante de mi hija menor, Kulikovski, coronel en servicio activo, había recibido una herida en la cabeza en Polonia, lo que había contribuido en parte a la decisión de Olga de quedarse aquí.

—Debo felicitar a Olga por su dedicación —dijo Miechen—; pero esto no parece nada cómodo para una emperatriz viuda, Minnie.

—Te aseguro de que nuestros soldados tienen muchas menos comodidades —repuse yo. Resignada a recibir a Miechen con todos los miramientos sociales que ella requería, hice a Sophie una señal para que sirviera té—. No

hacía falta que vinieras hasta aquí. Estoy bastante bien, dadas las circunstancias.

—No he venido a ver si estabas bien. He venido a decirte que ese místico suyo es una amenaza mayor que nunca. —Sin darme tiempo a replicar, prosiguió—. *La está asesorando*. Le está diciendo a qué ministros debe favorecer y a cuáles debe expulsar. La Duma presentó una protesta en plena sesión, recomendando que la encerraran en un convento. La ciudad está alborotada; hay carencia de todo. Como debes saber, nuestro ejército está tan mal provisto que no sería capaz de cerrar el paso a una jauría de perros, cuanto menos al káiser. Pero ella se dedica a enviar libros de devoción a los prisioneros de guerra alemanes y transmite las recomendaciones políticas de su místico a Nicky, bloqueándole la línea privada de su *stavka*. Se dice por todas partes que ahora es Rasputín quien gobierna Rusia y que Nicky despedirá a Nikolasha para ocupar su puesto como comandante en jefe, mientras Alejandra dirige el Estado.

Guardé silencio mientras Sophie traía el té, nos servía y se retiraba.

Miechen me miraba con enfado.

—¿No vas a decir nada? O, mejor dicho, ¿no vas a hacer nada?

—¿Qué quieres que haga? —dije, devolviéndole la mirada—. Ha dejado claro que no va a aceptar ninguna intromisión en lo que respecta al místico. Estamos en guerra. No puedo combatir contra ella cuando los rusos mueren a miles.

—Morirán todavía más si no lo haces. Todos la odian. La llaman *Nemka*, la espía alemana, y dicen que ese hombre repugnante es su amante. Puede que ella oculte la verdad de que depende de él; pero yo lo sé. —Al ver mi gesto de consternación, continuó—: El niño está enfermo. ¿Es la enfermedad de las hemorragias?

Aunque intenté resistirme, volví la vista hacia las puertas abiertas por las que se había retirado Sophie. Pasaban otros criados por los pasillos; había oídos por todas partes.

—Minnie... —La voz firme de Miechen me obligó a mirarla de nuevo—. Respóndeme.

Tragué saliva. La confesión se me quedó en la garganta, pero mi falta de respuesta fue suficiente.

—Lo que yo creía. —Miechen se echó demasiado azúcar en la taza, como de costumbre. Me pregunté por qué no se limitaba a meterse un terrón entre los dientes y beberse el té a través de él, como hacían los campesinos—. Cree que su hacedor de milagros puede curar al niño y es capaz de hundir a Rusia para defenderlo. Debes intervenir. Sólo tú puedes persuadir a Nicky para que entre en razón.

—Nicky me prometió que no asumiría el mando militar. Ha designado a Nikolasha con ese fin y no...

—Nikolasha está perdiendo la guerra. La estamos perdiendo *todos*. ¡Los alemanes bombardean Londres con zepelines! Ella cree que Nicky debe hacerse valer como comandante supremo, porque se lo ha dicho Rasputín. Mi Cirilo me ha confiado que Nicky dijo que considerará relevar a Nikolasha del mando cuando regrese a la ciudad para pasar revista a la nueva Guardia de Caballeros, aunque no tengo idea de a qué piensa pasar revista. ¿Es que va a enviar al campo de batalla caballos sin jinete, para desconcertar a los alemanes? Ya no nos quedan hombres que reclutar. Tú lo sabes mejor que nadie. Estás montando hospitales en todos los rincones. A este paso, para cuando llegue la Epifanía estaremos haciendo operaciones en nuestras mesas de comedor.

Tomé mi taza, pero estaba tan alterada que apenas era capaz de sostenerla.

Miechen profirió un sonido de lástima.

—Entiendo lo difícil de tu posición —dijo—. No solo es nuestro emperador, sino que es tu hijo. Él la eligió, aunque tú sabías que era inadecuada y su hijo está enfermo. ¿Cómo puedes enfrentarte a ella, sabiendo, como madre que eres, lo que debe de estar sufriendo? Pero hay que detenerla. No es momento de permitirle dar rienda suelta a sus delirios de grandeza. Debe dejar de meterse en nuestros asuntos y hay que eliminar a su místico.

—¿Eliminarlo? —repetí, sintiendo como si me oprimieran el pecho con un cepo.

Miechen se encogió de hombros.

—Aunque ella crea lo contrario, no está tocado por la mano de Dios. Es tan mortal como cualquiera. Se trata de una cuestión de supervivencia. Si Nicky le consiente que dirija el gobierno, y ella tiene a su lado a Rasputín, ¿cuánto tiempo tardaremos en encontrarnos con otra revolución?

—No podemos hacer eso —dije, horrorizada—. Somos Romanov. No aprobamos los asesinatos.

Ella soltó una risita.

—¿Desde cuándo? Los Romanov llevamos siglos eliminando a nuestros oponentes, incluso a los de nuestra propia sangre. ¿Acaso crees que Pedro o Catalina, los Grandes, habrían tolerado que un tosco campesino les dijera lo que tenían que hacer? Ya estaría muerto a estas alturas.

Hice ademán de cogerla de la mano, con tal brusquedad que le derramé la taza de té.

—No —susurré—. No debes pensar siquiera en tal horror.

Ella me miró la mano manchada de té con la que asía la suya.

—No es por mí por quien tienes que preocuparte —dijo—. ¿Hablarás con Nicky?

—Sí —le dije—. Regresaré a San Petersburgo para la revista. Haré todo lo que pueda por evitar que asuma el mando militar; pero tú no debes volver a proponerme una cosa así. Hacer daño a Rasputín sería una catástrofe para nosotros. No tienes idea de lo que puede hacer ella. Él le profetizó que si alguno de nosotros intentaba hacerle daño, caería toda la dinastía. Ella se lo dijo a Nicky. Se lo cree por completo.

—Naturalmente. Es una manera muy práctica de protegerlo —dijo Miechen, sirviéndose más té ella misma—. Como ya he dicho, no es más que un hombre. Y ahora que mueren tantos miles de hombres, ¿qué importa uno más?

* * *

El color de Rusia ya no era el rojo. Nuestro nuevo color era el negro, el color de la guerra, el de las entrañas podridas que se vertían por toda Europa. En San Petersburgo veía por todas partes a transeúntes con franjas de luto; crespones negros en las puertas, en los balcones y en los escaparates de las tiendas; cintas negras alrededor de las farolas y una película negra, como de aceite, que oscurecía las aguas del río, mientras la ciudad, enmudecida por el duelo, se encogía en sí misma como un animal herido. Pero también veía con asombro a oficiales de permiso, de uniforme, que visitaban los cafés y se

paseaban por las avenidas con sus novias; hombres que deberían estar combatiendo en el frente pero que, por algún motivo insondable, habían obtenido licencia para regresar a la ciudad como si no pasara nada malo.

En el palacio de Invierno mi hijo Nicky pasó revista a la formación de nuestras nuevas tropas, los últimos reclutas que iban a luchar en los Cárpatos. Montado en su caballo, con su uniforme azul con hombreras de bordes dorados, cabalgó ante las filas de hombres acompañado de Alexéi, que llevaba un uniforme a juego e iba en un pony que se había domado expresamente. Nicky tenía el semblante severo, sin dar ánimo a las tropas. Él era el emperador y ellos eran sus súbditos, que debían obedecer a su Padrecito. En aquel momento sombrío, se presentaba con rostro impasible, acompañado de su hijo, ante la carne que estaba dispuesto a sacrificar.

Lo invité a almorzar en mi Anichkov. Llevaba meses sin verlo, y habría preferido que hubiera venido solo como en otras ocasiones, aunque Alejandra y sus hijas habían venido de Tsarskoye Selo para darle apoyo. Hice servir la comida al aire libre, en mi terraza, y esperé a que las niñas y Alexéi salieran de paseo, vigilados por sus *dyadkas*, antes de abordar el tema.

—Me dicen que estás pensando en relevar del mando a Nikolasha.

Nicky no respondió; siguió fumando su cigarrillo y mirando hacia el exterior, meditabundo, pero vi que a Alejandra se le tensaba el gesto. Ella no tenía buen aspecto. Su servicio en el hospital del palacio de Catalina era meritorio; pero, como siempre, lo había llevado a tal extremo que había tenido uno de sus ataques de lumbago y había tenido que guardar cama durante semanas enteras. Me impresionó ver cuánto peso había ganado. Casi parecía hinchada.

—¿Lo harás? —insistí, indicando a mis criados con una seña que entraran en la casa, dejando en la mesa los platos y cubiertos usados, pues no quería que hubiera nada que interrumpiera nuestro enfrentamiento. Pues yo ya sabía que se trataría de un enfrentamiento. Lo confirmaba el gesto serio de Alejandra, que apretaba los dientes.

—No ha ganado ni una sola batalla hasta ahora —dijo ella de pronto—. Dejó que Polonia cayera. ¿Es que quieres que nos arrastre a la perdición? Aunque es un Romanov, no tiene madera de comandante en jefe. Si queremos dar la vuelta a la situación, debemos poner a otro al mando.

—Y supongo que ese otro será Nicky, ¿no? —dije yo.

Mi hijo seguía callado; aplastó su cigarrillo en el cenicero y encendió otro. A la luz implacable del sol se le apreciaban las arrugas que le rodeaban los ojos, y, entre su barba, tenía la boca tan estrecha que parecía una grieta taciturna. También él había envejecido; solo que, a diferencia de ella, había perdido demasiado peso y el uniforme le colgaba de los hombros como de una percha.

—¿Y quién, si no? —dijo Alejandra, alzando la cabeza—. Un emperador debe dirigir a los suyos con su ejemplo.

Aunque Miechen ya me lo había advertido, oírlo directamente de labios de mi nuera era completamente distinto. Yo tenía que guardar la compostura. No podía dejar traslucir cuánto me dominaba el odio que sentía hacia ella; el impulso que sentía de arremeter contra ella porque estaba tan ciega como siempre para las cosas de Rusia.

—Si nos encontramos en una situación tan precaria, lo último que debe hacer es asumir el mando de nuestras fuerzas armadas —dije—. Lo culparán de todo lo que vaya mal. Sería más prudente que Nikolasha siguiera cargando con la responsabilidad y designar a otros generales que lo asesoren, pues, a pesar de su falta de éxitos, nuestras tropas lo siguen respetando.

Esto provocó una reacción por parte de Nicky. Volvió hacia mí sus ojos cansados.

—¿Y yo he de ser el cobarde que se queda atrás, mientras mis soldados mueren por su causa?

—*Por nuestra causa* —dije—. Por la causa de Rusia. Tú no empezaste la guerra. Tú no...

—Basta —dijo en voz baja—. Nikolasha nos va a hacer perder la mitad del imperio.

—Si lo quitas, lo puedes perder todo.

Alejandra empuñó su bastón y se dispuso a levantarse.

—Es tarde. Debemos volver a...

—Te quedarás.

Aunque lo dije sin alzar la voz, ella se quedó inmóvil y me miró como si le hubiera ladrado.

—Es evidente que tienes tu opinión —proseguí— y estoy dispuesta a

escucharte. A escuchar razones, no fantasías. Comentarios con base, no los delirios de ese místico del que te haces acompañar, en contra de mis consejos. Rasputín no es nadie para mí —concluí, provocándole un gesto de rabia.

—¿Lo has visto? —dijo ella, dirigiéndose a Nicky—. ¿Has visto cómo me habla? ¿Cómo *me desdeña*?

—A ti no —dije, adelantándome a la respuesta de él—. A ti no te desdeño nunca. Pero has dejado que esta situación vaya más allá de ninguna explicación lógica. Miechen lo sabe —añadí, al verla vacilar—. Me lo dijo. ¿Cuánto tardarán los demás en enterarse?

Cuando ella volvió a dejarse caer en su asiento, rígida de ira, seguí diciendo:

—La noticia de que nuestro zarévich está enfermo ya no nos puede venir bien. Podría haber sido así al principio; pero ahora que tenemos a nuestras puertas esta guerra tan horrenda, se interpretará como una señal más de nuestra incapacidad para reinar. El pueblo podría volverse en nuestra contra.

—No estoy dispuesta a seguir escuchando esto —dijo Alejandra, que estaba rígida—. Has querido que lo exiliaran desde el momento en que oíste hablar de él; pero tú no sabes nada. *Nada*. El mes pasado, cuando fuimos de visita al puesto de mando de Nicky en Mogilev, a Alexéi le empezó a sangrar la nariz. Se puso a sangrar en el tren; cuando llegamos, estaba desmayado. No podíamos cortarle la hemorragia... —Le flaqueó la voz y los ojos se le llenaron de las lágrimas que ella siempre tenía a punto—. Creíamos que se moría. Pero nuestro amigo vino cuando lo hice llamar y cesó la hemorragia. ¿Serías capaz de seguir condenándolo si supieras lo que sufrimos? ¿Nos querrías privar del único consuelo que tenemos en este mundo desgraciado?

Bajé la mirada. No podía consentir que me llevara a su terreno. Era su táctica infalible, contarme un episodio más de peligro de muerte que yo no conocía, para obligarme a reconocer que ella tenía razón y que Rasputín era nuestra última esperanza, porque nosotros éramos víctimas impotentes del destino.

—Lo lamento mucho —dije por fin—. Pero se entromete en cuestiones de Estado. Te asesora y provoca la indignación de la Duma; aunque no soy capaz de figurarme cómo es posible que un campesino siberiano sepa algo de cómo gobernar este imperio.

Alejandra rodeó con sus dedos llenos de anillos la punta de su bastón.

—No busca ningún poder. Nos aconsejó en contra de esta guerra y cree que solo el zar puede devolvernos la paz, asumiendo el mando supremo. También Nicky lo cree.

Me lanzó estas palabras desde el otro lado de la mesa y yo volví a mirar a mi hijo.

—¿Es cierto? —le pregunté ¿Vas a hacer caso de un hombre al que denigra toda Rusia?

Nicky se puso de pie y se limpió la ceniza de la manga.

—Mamá, debemos proseguir esta conversación en privado. Los niños pueden volver en cualquier momento. —Sin dar tiempo a Alejandra para responder, alzó la mano—. Sunny, haz el favor de esperarlos. Solo tardaré un momento.

Ella entró en el palacio con el rostro helado. Cuando yo retiré mi silla para acompañar a Nicky al interior, Alejandra me espetó con rabia:

—Siempre lo has ahogado; le has hecho creer que es un inútil, que no puede tomar una decisión sin ti. Pero es nuestro zar. Ahora es cuando debe demostrar lo que vale.

Le eché una mirada tensa antes de apartarme de ella. Aquel arrebato suyo no merecía respuesta. Había agotado hasta la última hebra de simpatía que me hubiera quedado hacia su persona.

En cuanto entré en mi salón, Nicky me dijo:

—No vamos a discutirlo. Asumiré el mando militar. Nikolasha ha demostrado que no está a la altura de su cargo.

—No puedes —dije, inmóvil en la puerta. Al oír su voz inexpresiva, comprendí que ya había tomado aquella decisión antes de venir a San Petersburgo. Ni siquiera me lo habría dicho si yo no le hubiera planteado la cuestión. Entre tanta confusión, yo había perdido su confianza de alguna manera—. Sería un error terrible, Nicky. Estamos perdiendo la guerra. Tú cargarás con las culpas. —Avancé un paso hacia él—. Consulta antes con la Duma. Que te asesoren ellos.

Él no desvió la vista.

—Estoy harto de sus consejos —dijo. Voy a suspender la Duma. No han hecho más que ir reduciendo poco a poco mis derechos, arrinconarme, para

poder mandar sobre mí. Ahora que Rusia está en peligro, mi deber es dirigirla. Voy a dejar de rehuir este deber.

—¡No lo rehúyes por dejarte guiar por hombres con experiencia! — exclamé, intentando en vano dominar mi terror—. Tu primo Jorge, en Inglaterra, y hasta el propio káiser, confían en asesores cualificados, y no en sus esposas ni amigos. Es lo que debe hacer un monarca.

Dio una calada a su cigarrillo y expulsó el humo.

—Debo hacer lo que me manda mi conciencia. Sunny no tiene nada que ver con ello. Mamá, te ruego que no insistas. Ya es cosa hecha.

—¿Hecha? ¿Qué quieres decir con que ya es cosa hecha?

—Se ha relevado de su cargo a Nikolasha. Asumiré yo el mando en Mogilev, la semana que viene.

No me dio explicaciones; no intentó ayudarme a entender nada. Estaba ante mí con una expresión tan inescrutable que me pareció que me encontraba ante un desconocido.

—¿Y Alejandra? —conseguí decir—. ¿Seguirá dejándose asesorar por su místico, despidiendo a quien quiera sin más averiguaciones?

—Ella vela por nuestros intereses. Tienes demasiado poca confianza en ella. Nunca la has tenido.

Lo miré con incredulidad. Sin poder contener mi enfado, le dije:

—Si crees eso, es que eres verdaderamente tonto. Los únicos intereses por los que vela son los suyos propios. Ese hombre, Rasputín, nos va a llevar a la ruina por su culpa. ¿Quieres que te valoren como zar? Compórtate como un zar. Manda al místico al exilio y controla a tu mujer. De lo contrario, sí que te arrinconarán, en efecto.

Se quedó impasible; pero vi el fulgor de sus ojos, la tensión de su cuerpo delgado bajo su uniforme.

—No debes decirme cosas así. Están por debajo de la dignidad de los dos.

—No —dije yo—. Lo que está por debajo de nuestra dignidad es que sigamos como hasta ahora. Te he ocultado la verdad demasiado tiempo. Ahora, debes oírla. Declararte comandante en jefe es el peor error que puedes cometer. Tú no sabes nada de cómo se dirige una guerra.

—Tampoco lo sabía Nikolasha. Pero, a diferencia de él, yo puedo aprender.

Miró hacia la terraza, donde se oían las risas de los niños que venían hacia la casa.

Anastasia irrumpió en la habitación con el rostro enrojecido. Se detuvo, advirtiendo la tensión que existía entre los dos, y dijo por fin:

—Alexéi se ha caído al estanque de Amama.

Nicky salió a toda prisa sin despedirse de mí. Cuando quise seguirlo, Anastasia me dijo tímidamente:

—Solo se ha mojado los pantalones. El estanque no es profundo.

—No —dije yo con una sonrisa forzada—. No es nada profundo.

En el exterior Alejandra se ocupaba de Alexéi, que parecía avergonzado. Olga, Tatiana y María, nerviosas, empuñaban sus parasoles con gesto inquieto, pues Alejandra les reñía mientras limpiaba los pantalones a Alexéi con una servilleta.

—Tenéis que vigilarlo constantemente. ¿Dónde estaba Derevenko?

—Fue Joy —dijo Alexéi, señalando a su perro de aguas—. Se me enredó su correa entre las piernas. Lo único que he hecho ha sido entrar en el estanque. No tengo ningún golpe, ¿lo ves?

Intentó remangarse la pernera empapada del pantalón, pero Alejandra ya hacía señas a sus hijas y a los *dyadkas* compungidos.

—Recoged nuestras cosas —dijo—. Se va a resfriar. Debemos llevarlo inmediatamente al palacio de Invierno.

—Aquí tengo más toallas y una bata —dije—. Puede darse un baño caliente en mi bañera.

No me hizo caso y reunió a las niñas con una sonrisa estrecha como una hoja de afeitar. A los pocos momentos, ya salían por las puertas de mi palacio con sus perros y sus guardias hacía donde los esperaban sus automóviles, un nuevo invento que Nicky había traído a Rusia y que a mí me parecía muy inseguro.

Nicky me dio un beso de despedida. No tuve ni un momento para suplicarle, ni él me lo permitió. Cuando se alejaron hacia el palacio de Invierno, tuve que contener un aullido de angustia al comprender de pronto que Alejandra tenía razón: éramos unas víctimas impotentes del destino.

De *su destino*. De un destino que ella se empeñaba en imponernos a todos los demás.

CAPÍTULO 40

Cerré el palacio de Anichkov, dejando el personal mínimo para su mantenimiento, y me volví a Kiev. Olga me necesitaba y yo necesitaba algo en qué ocupar mi tiempo. Aunque la capital podía estar animada por las noches, con conciertos y representaciones teatrales, y la alta sociedad seguía cenando y bailando como si la guerra fuera una mera molestia lejana, yo no tenía ánimo para nada de ello. Envié a Miechen una breve nota en la que le daba aviso de mi partida. No era capaz de mirarla a la cara y decirle que había fracasado, que mi hijo ya no seguía mis consejos ni me los solicitaba.

En Kiev me dediqué a mi trabajo con el hospital y centro de acogida para refugiados; había llevado de mi palacio mantas, ropa y otros artículos necesarios. Miechen me envió una carta. La suspensión de la Duma que había declarado Nicky, seguida del anuncio público de que había asumido el mando supremo de nuestras fuerzas armadas, había concluido por agitar a la sociedad, haciéndola salir de su torbellino de ignorancia.

La Gigogne lo gobierna todo. Cuando se anunció la suspensión de la Duma, uno de sus miembros tomó la palabra contra ella y contra R., culpándolos de todos nuestros reveses. La propia Ella salió de su convento para apelar a la G. La pusieron en la puerta. La G. no quiere atender a nada que vaya en contra de R.

Quemé la carta. Si la propia hermana de Alejandro, verdadera sierva de Dios, no era capaz de convencerla de que se librara de Rasputín, ninguno de nosotros podría hacer nada, en efecto.

La guerra siguió su curso de pesadilla, consumiendo vidas y cambiando drásticamente el mundo. En noviembre de 1916 fue mi sesenta y nueve cumpleaños y el quincuagésimo aniversario de mi llegada a Rusia; yo no tenía

el menor ánimo de celebrarlo, pero la familia se reunió en Kiev a instancias de Nicky, que acudió con Alexéi para entregarme una medalla de honor que representaba el número 50 formado con diamantes. Miechen me regaló un valioso icono, firmado por todos los grandes duques y duquesas. Asistimos juntos a un concierto y al día siguiente celebramos un almuerzo, durante el cual Nicky, a pesar de estar visiblemente agobiado por las preocupaciones, encontró tiempo para conversar con todos los presentes. También había venido Misha. Aquel fue un día alegre para mí, rodeada de mis dos hijos, sin que estuviera Alejandra para echar a perder nuestra reunión. Pero el ambiente no tardó en agriarse cuando Misha solicitó a Nicky el traslado a un puesto administrativo en Mogilev. Después de haber servido valientemente con su unidad, había caído enfermo con difteria. Se había recuperado, pero ahora tenía una úlcera, exacerbada por la mala alimentación en su puesto de mando. Natalia le había suplicado que no arriesgase más la vida. Mi yerno Sandro, que estaba ahora destacado en Kiev con nuestra Fuerza Aérea Imperial, se sumó a la petición en nombre de Misha.

Nicky frunció el ceño, para mi asombro. Yo sabía que Alejandra no había perdonado a Misha su matrimonio morganático ni su proximidad al trono; seguía considerándolo una amenaza para ella. Pero me afectó el gesto de abatimiento de Misha cuando Nicky, evasivo como de costumbre, respondió que «se plantearía el traslado en fecha posterior». Miechen, que ya no se mordía la lengua, tuvo un arrebato de ira y estuvo a punto de provocar una franca ruptura, exclamando: «¿Eres capaz de sacrificar a tu propio hermano para contentar a esa loca con la que te has casado?». Nicky la fulminó con la mirada.

Volví a implorar a Nicky antes de que se marchara.

—Haz el favor de trasladar a Misha a Mogilev. Ahí te puede servir mejor; ha estado enfermo. Y devuelve el mando supremo a Nikolasha. Hazlo ahora, por el bien del país.

—No puedo —dijo escuetamente, y subió al tren con su hijo. En el último momento, Alexéi volvió corriendo para abrazarme. Ya tenía doce años y estaba alto, muy delgado como su padre; aunque la pierna solía dolerle y tenía que llevar aquel aparato que odiaba, no se desalentaba por ello.

—No te preocupes, *Grandmère* —dijo—. Yo pediré a Papá que traslade al

tío Misha.

No lo conseguí; pero, movido quizá por los remordimientos, Nicky aprobó inesperadamente el divorcio de Olga, pendiente desde hacía tanto tiempo, aunque oficialmente se calificó de anulación, pues Olga alegaba que su matrimonio no había llegado a consumarse. Libre por fin de su marido, mi hija se casó con su coronel en Kiev, en una ceremonia discreta. Yo dudaba si debía asistir o no, temiendo que mi presencia pudiera interpretarse como una aprobación por mi parte de una nueva unión morganática de mis hijos. Cuando llegó Misha de su campamento para hacer de padrino de Olga, me dijo:

—Es tu hija. ¿Cómo es posible que no estés?

Accedí, pero exigiendo que se tratara de una ceremonia estrictamente privada. No debí preocuparme; mientras la guerra seguía devorando vidas, fueron pocos los que prestaron atención al nuevo matrimonio de Olga.

En invierno nevaba menos en Kiev, pero no hacía menos frío. En Navidad nos faltaba combustible para las estufas y en la enfermería teníamos que recurrir a lámparas de queroseno humeantes y a braseros de carbón. Pero los soldados se nos seguían muriendo y estábamos tan faltos de suministros que Olga tuvo que rasgar sus propias sábanas para preparar vendas.

—Debemos regresar a Gatchina —le dije cuando vino a verme, debilitada por el agotamiento y con el uniforme de enfermera manchado de sangre—. Mi finca está mejor provista. Al menos, allí no nos moriremos de frío.

Ella se quitó la cofia sucia.

—Estamos en guerra —dijo, haciéndome ver que yo siempre infravaloraba su fortaleza—. A mis pacientes no se les puede trasladar y tengo que supervisar a mis enfermeras. Si tú debes irte a Gatchina, vete. Yo no me voy.

No quise abandonarla y encargué provisiones a mi finca. Mientras Kulikovski y ella seguían residiendo en el palacio, yo me fui a vivir a mi tren, que era más fácil de caldear y donde podría sobrevivir al invierno. A mi edad, sentía el frío más que nunca. Acompañada de mi Sophia y de mi Tania, también envejecidas, envueltas en chales y con gruesos mitones, no podía menos de reírme.

—Hay que vernos: somos como tres mendigas. ¿Quién iba a creer que llegaríamos a estar así?

Me reía para disimular el dolor, la humillación que me producía que yo,

que había adornado la corte más grandiosa del mundo, me viera reducida a dormir en mi tren. Aunque estaba decidida a servir, lo cierto era que muerta no serviría a nadie. Avisé a mi personal del Anichkovo de que pensaba regresar pronto y envié otro telegrama a Miechen.

Me preparaba para partir cuando llegó una carta urgente de Miechen. Me recomendaba que me quedara donde estaba. La situación en Petrogrado se deterioraba. La falta de pan había provocado tumultos violentos; los obreros de las fábricas volvían a estar en huelga, con manifestaciones diarias y discursos iracundos en las plazas en los que se denunciaba la guerra y a nuestra zarina, pues corría la voz de que más de la mitad del gabinete de Nicky había presentado la dimisión, obligado por ella. Siguiendo las recomendaciones de Rasputín, ella había cubierto los puestos vacantes con aduladores que estaban en deuda con el místico y que a ella solo le decían lo que quería oír. El odio popular se había desencadenado contra ella con tal virulencia, que a mí me maravillaba que pudiera seguir creyendo que su místico valía más que toda la indignación que provocaba.

Pero no esperaba la noticia que recibí el día de Año Nuevo de 1917, cuando Sandro, el marido de Xenia, que yo creía que seguía de permiso en Petrogrado, visitando a su familia, se presentó sin previo aviso en el palacio Mariinski mientras yo desayunaba con Olga.

—Rasputín... —dijo Sandro, sin aliento—. Ha muerto.

Nos quedamos inmóviles, mirándolo fijamente. El silencio terrible se prolongó hasta que yo conseguí susurrar:

—¿Cómo...?

Sandro echó una ojeada a Olga, pero esta no se movió de su asiento. Su misma resistencia a contar delante de ella unos detalles que debían de ser espeluznantes me hizo prepararme para lo peor.

—Félix, y Dimitri, el hijo de Pablo —dijo por fin—. Lo mataron.

—¿Qué?

Casi me puse de pie del todo, movida por el horror y la incredulidad.

—Según Félix, fue él quien trazó todo el complot. Recurrió a Dimitri y a un miembro destacado de la Duma que había hablado contra Rasputín. Hicieron venir al místico al palacio Yusupov, con el pretexto de que Irina y Félix solicitaban su asesoramiento espiritual, y allí le ofrecieron pasteles con

cianuro.

—*¿Lo envenenaron?* —exclamé, manifestando tal aversión que Sandro vaciló.

—El veneno fue lo de menos —dijo, cada vez más desazonado—. Al cabo de varias horas, no había muerto, de modo que Félix tomó la pistola de Dimitri y le disparó varios tiros. Después, lo arrojaron al Neva. Debían de estar desesperados. Los vieron. Cuando se advirtió la desaparición de Rasputín, se presentaron testigos y Alejandra exigió una investigación. La policía registró el río. El místico tenía agua en los pulmones —contó, estremeciéndose—. A pesar del veneno y de las balas, había muerto ahogado. Cuando lo arrojaron bajo el hielo, seguía vivo. ¿Te lo imaginas?

—No puedo —susurré.

Pero sí me podía imaginar el duelo en Tsarskoye Selo, los lamentos de Alejandra, que pediría venganza. Recordé la única vez que había visto a aquel hombre, en el vestíbulo del palacio de Alejandro; esos ojos penetrantes y su reproche áspero: «*Matushka, ¿por qué me temes? No quiero hacerte daño*», y me así con fuerza al borde de la mesa.

—Que Dios nos asista; ahora nos aguardan problemas mayores —dije. Miré a Olga a los ojos—. Ella pedirá sus cabezas.

—Ya las ha pedido.

Las palabras de Sandro me hicieron volverme hacia él de nuevo.

—Alejandra quería que detuviesen a Félix y a Dimitri y los fusilasen —siguió contado—. El cómplice que era miembro de la Duma huyó de la ciudad y Félix se refugió en su finca de Kursk. Pero al pobre Dimitri lo han movilizado para mandarlo al frente de Persia.

—Y no digamos nada de la pobre Zenaida. Debe de estar fuera de sí. —dijo Olga. Era el primer comentario que hacía, y lo pronunció sin emoción, como si la muerte de Rasputín no tuviera importancia. Mi hija se puso de pie, dobló su servilleta y la dejó a un lado—. Debo ir a trabajar —añadió.

—No irás —dije, cortante—. Esta es una crisis familiar, y debemos resolverla.

Ella se detuvo, mirándome.

—No es asunto mío, Mamá. Lo siento por Dimitri, pero Félix... Aproveché una ley arcaica según la cual los hijos únicos están exentos del servicio

militar; aunque los hijos únicos que no tienen su riqueza están sirviendo en filas. Ahora se ha animado por fin a prestar un servicio, aunque este haya sido desagradable.

—¿Cómo eres capaz...? —dije, absolutamente consternada, devolviéndole la mirada firme—. Eres tía de Irina. Félix es su marido. Tienen una niña pequeña. Si Alejandra...

Sandro se apresuró a interrumpirme.

—No lo hará. He hablado con Miechen, con Cirilo y con otros de la familia. Enviaremos una carta conjunta a Nicky, solicitándole clemencia. Nicky debe otorgarla. No puede permitirse hacer daño a los nuestros mientras estamos en guerra.

—Debes firmar esa carta tú también —me dijo Olga—. No me gusta que hayan asesinado al místico, pero es cierto que nos han hecho un servicio.

Y, sin decir una palabra más ni pedirme licencia, se marchó para volver a su enfermería.

Me volví hacia Sandro.

—No esperamos que la firmes tú —me dijo—. Sabemos que no debe parecer que tú apruebas esto, por el bien de Nicky, si no por el de Alejandra.

Miré a los ojos azules a aquel hombre, todavía apuesto pero ya cansado por la guerra, al que yo conocía desde que era niño; el mejor amigo de Nicky, al que Xenia había amado y con el que había luchado por casarse. Yo había llegado a enfurecerme contra él por haber tenido una amante, haciendo daño a mi hija; pero ahora que lo tenía delante, de uniforme, claramente afectado por lo que había sucedido pero pensando más que nada en nuestro deber, y contando ya con una solución, no pude menos de asentir con la cabeza.

—Firmaré —dije en voz baja—. Por Félix y por Irina; y por Dimitri, al que crio Ella. Pero es un horror. Yo no habría deseado nunca un final así a nadie, ni siquiera a Rasputín.

Sandro bajó la vista y no dijo nada más.

* * *

Sandro me acompañó a la finca de los Yusupov, en los campos de Kursk, al sur de Moscú, un largo viaje en mi tren que no me mejoró el humor. Descubrí

que Zenaida estaba fuera de sí, en efecto. Después de haberse pasado toda una vida evitando los escándalos declarados, ahora se veía sumida en ellos. Pero Félix, aunque estaba visiblemente afectado, estuvo también desafiante cuando lo interrogué.

—Era un demonio —afirmó Félix—. Una plaga para Rusia. Alguien tenía que hacer algo. Yo me limité a llevar a cabo lo que nadie se había atrevido a hacer. —Eché una mirada a su madre, que estaba muda por la desesperación—. Si es preciso, Irina y yo podemos marcharnos al extranjero y vivir exiliados. Mi fortuna es mía. No me la pueden quitar.

—¿Era preciso que complicases a Dimitri? —le pregunté. La ira de mi voz lo hizo palidecer todavía más—. ¿En qué estabas pensando? Lo han mandado a Persia, a servir en el ejército en uno de los destinos más inhóspitos del mundo. Es un Romanov. No puede recurrir a tus subterfugios. —Y, para dejar claro lo que quería decir, proseguí—. Lo peor es la muerte. La ley está clara. A los asesinos se les juzga y se les ejecuta.

—¡No! —exclamó Irina—. ¡Debes impedirlo! Habla con Nicky. Dile que...

—Le vamos a enviar una carta —dije, suavizando el tono. Era preciso que Irina tuviera la cabeza en su sitio; no podía permitirse ponerse histérica—. La hemos firmado todos. Ninguno queremos que se haga ningún daño a Félix ni a Dimitri.

Sandro asintió con seriedad.

—Llevaré nuestra carta a Nicky en persona —dijo—. Me pondré de rodillas ante él, si es preciso, para convencerlo.

—Pero, hasta entonces, Félix debe mantenerse oculto —dije. Miré a mi nieto político con ganas de reñirle, de soltarle un grito y de darle una bofetada como a un niño malcriado al que se ha pillado en una travesura; pues a mí me parecía claro que se había dejado llevar por un impulso, sin tener en consideración las consecuencias que podía desencadenar—. Nada de presumir. Nada de ir jactándose por ahí de que has matado al místico para librarnos de su tiranía. Nicky no querrá que haya juicio, por el bien de Dimitri; pero...

—Ella sí querrá —dijo Félix, bajando la cabeza—. Sí —murmuró—. Yo no querría causar ningún problema...

Si a mí me hubiera quedado algo de alegría, podría haberme echado a reír

ante una afirmación tan increíble. Hablaba como si no hubiera tenido idea de que al asesinar al místico de la zarina le caería encima la ira de esta. Al contemplar sus dedos delgados, con los que acariciaba la mano de mi nieta, me resultaba casi imposible creer que había quitado la vida a Rasputín. ¿De dónde había sacado el valor?

—Ahora, ya está hecho —dije—. Tú quédate aquí y no hagas nada. Del resto se encargará Sandro.

* * *

Tras volver a Kiev, me dediqué al trabajo con Olga. Agradecía, por una vez, la reticencia de esta. No me preguntó nada acerca de mi visita a Félix y yo tampoco le dije nada. El místico que antes se había cernido sobre nuestras vidas como una sombra ineludible ya no existía; pero perduraba su sombra, que me hizo enviar a Nicky una carta personal en la que le explicaba que había firmado la solicitud de clemencia de toda la familia porque era así como debíamos comportarnos. Un golpe contra uno de nosotros sería un golpe contra todos. Aseguraba a mi hijo que, aunque yo no aprobaba aquel acto, tampoco podía consentir que detuvieran y fusilaran a un gran duque y al marido de mi nieta, porque lo exigía Alejandra.

Cuando Sandro regresó de Tsarskoye Selo, estaba tan cansado y tan demacrado que se dejó caer en la silla más cercana, delante de mí, sacudiendo la cabeza.

—¿No? —le pregunté, alarmada—. ¿Los va a llevar a juicio?

—No habrá juicio. No se presentarán cargos. Pero Dimitri deberá seguir en Persia y Félix queda desterrado. No podrá volver a vivir en Petrogrado nunca más.

Sandro encendió un cigarrillo, aspiró el humo y tosió.

—Tardé tres días en convencer a Nicky —siguió contando—. Estaba muy... raro. Yo no lo había visto así nunca; me dijo que no tomaría más medidas porque todos habíamos firmado la carta. Está sometido a tales tensiones que me temo que esté sufriendo un colapso nervioso. Alejandra le da reconstituyentes a base de plantas medicinales para devolverle la salud; pero tiene un aspecto terrible.

—¿Está enfermo? —pregunté, llevándome la mano a la garganta; sentía de pronto como si mi collar me cortara la respiración. Yo no quería acercarme siquiera a Tsarskoye Selo; era el último lugar del mundo donde quería poner los pies mientras ella lloraba a su místico; pero, si Nicky había caído enfermo por estas cosas...

—Puede que lo esté de la mente —dijo Sandro. Tras titubear, continuó—. Le recordé que él tiene la culpa de lo sucedido, por haber permitido a ella que apoyara al místico. También le recomendé que la enviara lejos, a Livadia o algún otro lugar; que la despojara de su influencia y que volviera a instaurar la Duma. Él se negó. Y ella se enteró.

—¿Estaba presente ella?

Con todo lo que había llegado a admirar yo a Sandro por su valiente defensa de Félix y de Dimitri, no me imaginaba que hubiera podido sugerir que se apartara a Alejandra del lado de Nicky estando delante ella misma.

—No estaba, pero tiene espías por todo el palacio. Con la nueva línea de teléfono de su salón malva escucha todas las llamadas que recibe Nicky. No le permite ninguna intimidad.

Me estremecí.

—¿Te dijo a ti algo ella?

—Ni una palabra. Pero, a la mañana siguiente, Nicky se negó a recibirme. Me dejaron solo en el palacio. Visité a Alexéi y a las muchachas, que, como te puedes imaginar, están muy alteradas. El ambiente de allí es denso. Es como si hubiera cenizas suspendidas en el aire. A ella la temen constantemente por sus cambios de humor. —Alzó los ojos hacia mí por fin—. Enterró a Rasputín en el jardín del palacio. Alexéi me contó que sus hermanas y él van a rezar a la tumba todos los días, como si ese cretino fuera un santo. Está loca. No hay otra explicación. Manda a sus propios hijos a salir a pasar frío para que veneren a su místico muerto. Me marché a la semana siguiente. Nicky no se despidió; se había encerrado en su despacho. Solo vino a despedirme Alexéi. El pobre muchacho... no hacía más que preguntarme por qué habían matado a su amigo. ¿Qué podía decirle yo?

—Que Dios tenga misericordia de él —dije; y, de pronto, me eché a llorar. Al notar el contacto tímido de la mano de Sandro sobre mi hombro, me tragué el dolor, mi indignación porque mis nietos y mis hijos se hubieran visto

sumidos en esta tragedia a causa de Alejandra.

—Que Dios tenga misericordia de todos nosotros —murmuró Sandro—. Si Nicky no toma medidas y no asume el control mientras todavía puede, me temo que vamos a perder algo más que esta guerra.

CAPÍTULO 41

El final llegó de manera repentina. O así me lo pareció a mí.

En Kiev pasamos otro infierno mortal. Nos encontrábamos a algunos soldados muertos de congelación en la enfermería y multitudes de mujeres, con niños congelados en brazos, hacían cola durante horas ante las panaderías para recibir unas migajas. En el resto de Rusia la situación era mucho peor. En marzo de 1917, la falta de alimentos, de combustible y de otros suministros necesarios se había vuelto endémica. La inflación alcanzó unos niveles tan increíbles que toda la economía, que ya estaba al límite por la guerra, terminó por hundirse. A consecuencia de ello se celebraron manifestaciones de masas en Petrogrado y en Moscú. Ya no se disimulaba. Cuando me contaban que los manifestantes furiosos recorrían las avenidas agitando la bandera roja y vociferando: «¡Abajo el zar!», yo sabía que volvía a caer sobre nosotros lo que temíamos desde hacía mucho tiempo, esa posibilidad impensable que ya habían previsto tanto Miechen como Sandro.

La revolución.

Los vientos glaciales y las nevadas habían derribado los tendidos del telégrafo y habían cortado los teléfonos; las comunicaciones eran esporádicas en el mejor de los casos. No obstante, yo asediaba a diario a Nicky, que estaba en Mogilev, con telegramas en los que le suplicaba que regresara a la capital para imponer el orden. Tenía que aparecer en persona, que asegurar a sus súbditos que lucharía por su supervivencia. Pero lo que hizo fue enviar a Nikolasha con orden de despejar las calles a la fuerza. Cuando recibí la noticia de que habían muerto más de doscientos civiles en los tiroteos en la ciudad, me derrumbé, sollozando; Olga palideció y Sandro telefoneó a Xenia, frenético, exigiéndole que abandonara Petrogrado con sus hijos y fuera a refugiarse en Kursk con los Yusupov.

El 12 de marzo comenzó nuestra caída. Nuestros regimientos de élite, que ahora estaban compuestos de obreros industriales y de otros que no habían luchado en los campos de batalla, desertaron, mataron a tiros a sus oficiales y se unieron al populacho. En los cuarteles y en las flotas, donde había más de sesenta mil hombres esperando que los enviaran al combate, se produjeron motines. Los que estaban destinados al frente mataban a todos los que intentaban detenerlos para sumarse a sus «camaradas», como se llamaban entre sí.

—En Moscú y en Petrogrado impera el caos —me dijo Sandro, que se había puesto en contacto con nuestro atribulado primer ministro, aunque sus noticias ya tenían días de antigüedad—. Los edificios gubernamentales se saquean y se incendian. La Duma se ha reunido en sesión de emergencia y ha acordado un gobierno provisional con el Sóviet de los Diputados de Obreros y Soldados, supuestamente para limitar el poder de los soviets y cortar la revuelta.

Miré a Sandro. Las noches de insomnio me habían embotado los sentidos.

—Nicky suspendió la Duma a causa de la guerra —dije—. No pueden hacer cambios al gobierno si el zar los ha suspendido. Y ¿quién es ese sóviet para llegar a acuerdos con la Duma?

Calló un momento. Dijo por fin:

—El sóviet es el organismo que representa al pueblo, Minnie. Se hacen llamar «bolcheviques». Solicitan la abdicación de Nicky.

Aquella palabra se me clavó en el vientre como una puñalada. Los bolcheviques, los seguidores de Lenin sobre los que me había advertido Witte años atrás.

—¿Su abdicación? —dije—. ¿Para qué? ¿Para que hagan lo que quieran con nosotros?

—La abdicación sería a favor de Alexéi. Pero tendrían que ponerle un regente hasta que alcanzara la mayoría de edad. Según mis noticias, Nicky no ha respondido todavía.

No me cabía duda. Mi hijo no debía de ser consciente todavía de la gravedad de la situación. Apenas se había enterado del alcance de la mortandad en el campo de Khodinka, en Moscú, después de su coronación, y eso que entonces había estado a menos de una hora en carruaje. Ahora,

separado por grandes distancias heladas, bajo el peso de su mando, mientras los alemanes aplastaban a nuestras tropas, ¿cómo iba a saber que estaban a punto de despojarlo del trono?

—¿Y si accede? ¿A quién proponen como regente de Alexéi?

—A Misha —respondió Sandro. Solté un lamento de desesperación—. Pero tienen que hacer venir a Misha para que acepte el cargo —añadió, intentando tranquilizarme—. Está de servicio con su unidad. Todavía hay tiempo.

Me apretó las manos entre las suyas, aunque yo las tenía tan insensibles que apenas lo notaba.

—Debes dirigirte a Nicky —me dijo—; decirle que negocie un acuerdo honroso. La Duma tiene a Alejandra y a los niños en arresto domiciliario, en Tsarskoye Selo, para su protección. No les harán daño de momento; pero si los bolcheviques superan a la Duma y se hacen con el control del Estado...

—Sí, lo sé. Iré —dije. Pero vacilé, pues no sabía cómo lo llevaría a cabo; y entonces Olga dijo a Sandro con furia:

—¿Estás loco? ¡No puedes mandarla a la boca del lobo!

Me volví hacia ella. Sus palabras me habían helado la sangre y oí dentro de mí las palabras de Zenaida:

No hace falta conocer en persona al lobo para saber que hay que cerrarle bien la puerta.

—No puedes —repitió Olga, y se volvió hacia mí—. No se ha visto a Nicky desde que empezó todo esto. ¿Dónde piensas hablar con él? Díselo tú —dijo, dirigiéndose de nuevo a Sandro con rabia.

—¿Qué me tiene que decir?

Sentí que me iba a desmayar; me flaqueaban las piernas bajo las faldas.

—Se fue de Mogilev —dijo Sandro—. Para hacer una visita a Tsarskoye Selo. Pero no puede haber llegado allí, pues la vía está cortada por soldados revolucionarios. No sabemos dónde está.

Me dejé caer en mi silla.

—Debes encontrarlo —susurré. No era capaz de alzar la voz.

Él asintió con la cabeza.

—Lo estoy intentando. Hago todo lo que puedo.

* * *

Habían llevado a Nicky de nuevo a Mogilev. Lo había prendido el Sóviet de Petrogrado y le habían permitido volver a su puesto de mando para que recogiera sus efectos personales y se despidiera de sus tropas. Cuando recibimos la confirmación oficial, por medio de un telegrama que nos hicieron llegar clandestinamente y que tenía una semana de antigüedad, a mi hijo ya le habían presentado los hechos consumados: la Duma provisional y el gobierno de los sóviets había asumido el cargo de su Estado. A mi hijo no le quedó más opción que abdicar, en su nombre y en el de su hijo, cediendo el trono a su hermano. Pero cuando localizaron a Misha y lo convocaron en Petrogrado, él rechazó el cargo, afirmando que no era el emperador legítimo y que solo lo aceptaría si lo designaba como tal una asamblea constituyente. Para mí fue como una puñalada doble. Mis dos hijos habían traicionado a su deber sagrado hacia Rusia.

—Voy a verlo —dije a Olga, cuando recibimos un telegrama desde la finca de Félix en el que se nos comunicaba la negativa de Misha y su decisión de regresar a su regimiento—. Ahora, Nicky me necesita.

Olga me miraba en silencio mientras yo arrojaba ropas a las maletas y mi personal se apresuraba a preparar mi tren. Por fin, me hizo detenerme.

—¿Y si llegas demasiado tarde? —me preguntó.

Yo, plantada ante el montón de chales y de zapatos metidos en mi maleta abierta, no la miré.

—¿Y si no puedes hacer nada para cambiar las cosas? —siguió diciendo—. Nicky ha abdicado. Tienen a su mujer y a sus hijos, supuestamente para protegerlos, y no cabe duda de que él es su prisionero. ¿Y si te prenden a ti también? ¿Y si deciden apresarnos a todos?

Me volví hacia ella.

—No es tan fácil quitarse de en medio a trescientos años de dinastía Romanov. Todavía tenemos muchos partidarios. No somos prisioneros de nadie aún.

Olga me miró con inquietud.

—Mamá, siempre he admirado tu valor —dijo—, aun cuando me parecía que te equivocabas. Tú no te das nunca por vencida. Pero esta vez no puedes

ganar. Nicky se ha hecho esto a sí mismo. Nos lo ha hecho a nosotros. Se le advirtió una y otra vez que íbamos camino del desastre, y él...

—Basta —dije, levantando una mano—. Ha abdicado forzado por la Duma y por ese horrible sóviet. Se han apoderado del poder de manera ilegal. Hablas como Miechen. No lo voy a tolerar.

—Miechen puede ser muchas cosas —replicó ella—, pero nunca ha sido tonta.

Sin hacerle caso, cerré de golpe mis maletas y ordené la partida inmediata. Solo cuando estaba en el tren me di cuenta de que había tomado quizá un centenar de chales y ni una sola muda de ropa interior. Ni siquiera había atendido a lo que echaba a la maleta y estaba segura de que Sophie y Tania tampoco lo habían revisado, aturulladas como estaban por mi decisión de marcharme.

No importaba. Me instalé en mi carruaje mientras el tren empezaba a rodar hacia Mogilev. Si llegaba al puesto de mando con mi única enagua, al menos llegaría.

Lo salvaría de sí mismo. Mi hijo debía reinar, mientras a mí me quedara aliento en el cuerpo.

* * *

Mi tren llegó a la estación de Mogilev tras cuatro largos días de viaje, mientras una ventisca de nieve cegadora convertía el mundo en una nube blanca. Yo no veía nada por las ventanillas congeladas y estuve frotando los cristales con mis manos enguantadas hasta que Sandro, de uniforme, entró en mi compartimento.

—Nos lo van a traer. No nos permiten apearnos.

—Ya ves lo infundado que era el temor de Olga a que me hicieran prisionera —dije con desprecio—. Me temen, y con razón. Si los soldados vieran a su emperatriz viuda, otro gallo cantaría, quizá.

Sandro esbozó una débil sonrisa.

—Así podría ser, en efecto —dijo.

—Haz que enciendan todas las luces del vagón. Que vean que estoy aquí.

Hice que Tania y Sophie me arreglaran en la medida de lo posible, dadas

las circunstancias. Nada de joyas esta vez, ni de vestido elegante. Austera. Sencilla. De negro.

Cuando Sandro regresó para comunicarme que Nicky venía por el andén, yo me empeñé en salir a recibirlo. El frío me golpeó como un puñetazo. Respirando aquel aire que se convertía en carámbanos en mis pulmones, pestañeando para proteger mis ojos llorosos de las ráfagas de nieve que levantaba el viento, lo vi, escoltado por soldados revolucionarios con brazaletes rojos. No llevaba su séquito de cosacos. No lucía las insignias de su rango. Con su capote militar con cinturón y la gorra inclinada para protegerse la cara, parecía, a pesar de su barba, el niño reservado que había sido, tan disminuido que me faltó la voz y no fui capaz de moverme.

—Mamá —dijo, abrazándome con fuerza contra sí. Sentí a través de su capote los huesos de sus hombros, mientras él me susurraba—: No deberías haber venido. No es seguro.

Me aparté de él y lo miré a los ojos. No parecía triste. Cansado sí más allá de la fatiga; ya lo dominaba por completo ese agotamiento del alma que lo acosaba pero no estaba triste. Si yo no hubiera sabido lo contrario, podía haber creído que sentía alivio.

—Tenía que venir —dije, tomándolo del brazo—. Ven. Cenaremos juntos en el tren y hablaremos.

Miró de reojo a su escolta. Temí por un momento que se negaran a dejarnos a solas, pero se apartaron para dejarnos subir al tren, y Sandro nos siguió.

—Solos —dije a Sandro, y mi yerno retrocedió.

En mi compartimento Nicky se quedó de pie como si no estuviera seguro de si debía sentarse; extrajo la pitillera mientras yo me forzaba a decirle con toda la calma de la que era capaz:

—Ahora, cuéntame.

Se encogió levemente de hombros.

—Ya te habrás enterado a estas alturas. Mis generales me recomendaron que eso era lo que tenía que hacer para salvar al país.

—Tus generales no reinan en Rusia.

—Yo tampoco. Ya no. Ni he reinado nunca, según dicen algunos —respondió; y antes de que yo hubiera tenido tiempo de protestar, prosiguió en voz baja—. Nunca quise esta carga. Si este tiene que ser mi destino, lo asumo.

Nací en la festividad del santo Job. Ahora debo pasar penalidades para poner a prueba mi fe, como él.

Tragué saliva. Lo había hecho voluntariamente. No lo habían obligado. Quizá le pareciera que no tenía alternativa, pero él no se había resistido. Comprendí entonces que Olga había tenido razón. Era demasiado tarde, en efecto. Años enteros demasiado tarde. Alejandra lo había envenenado con tanta eficacia como si le hubiera administrado cianuro, como había hecho Félix con el místico. Yo la culpaba por entero a ella, aunque sabía que era injusto, que mi hijo podía haber evitado esta calamidad si hubiera manifestado la fuerza de carácter necesaria.

Al ver que no decía nada más, le pregunté:

—¿Qué vas a hacer?

—Volveré con Sunny y con los niños, por supuesto. Deben de estar muy asustados. Mi familia me necesita, y...

—No. *Piensa, Nicky*. ¿Qué vas a hacer cuando te hayan despojado de todo? Entre ellos hay bolcheviques que piden tu cabeza. No debes creer que su revolución ha concluido por que tú hayas abdicado. Debes negociar una rendición con condiciones honrosas.

Me parecía increíble estar diciendo esas palabras; yo no era capaz de aceptar que él se estuviera despojando sin más, como si fuera de una prenda que le sentaba mal, de aquello mismo que su padre y sus antepasados tanto habían luchado por defender. Ya lo había predicho Vladimir, que en paz descansa. Aquel domingo infame, cuando se disparó contra los manifestantes ante el palacio de Invierno, me dijo que mi hijo no era apto para reinar. Sasha se habría avergonzado. Yo misma estaba avergonzada; pero no podía decirlo. ¿De qué habría servido?

—¿Por ejemplo?

Hablaba como si no hubiera pensado en el futuro para nada.

—Adónde irás —le espeté—. Cómo vas a sobrevivir a esto, tú y el resto de nosotros.

—Nos quedaremos aquí, por supuesto —dijo, para mi sorpresa—. Rusia es nuestro hogar.

Me mordí con fuerza el interior del labio. Cuando percibí el sabor de mi propia sangre, le dije:

—Rusia no volverá a ser tu hogar. Lo abandonaste cuando dejaste la corona. No puedes quedarte. Debes exigir que te envíen a Inglaterra, que te den un salvoconducto, y marcharte en seguida. Y negocia también la retirada de Alejandra y los niños de Tsarskoye Selo, lo antes posible. No tienen manera de escapar de allí. Haz que los envíen a Peterhof. Allí hay un puerto próximo, por si deben huir. Pero debes irte tú primero. Sin ti, ellos no significan nada. Contigo, corren tanto peligro como tú.

Le cambió el rostro; había superado el cansancio en un instante.

—No.

—¿No? —dije, mirándolo fijamente—. ¿No vas a negociar su protección?

—Sunny me había telegrafiado antes... antes de todo esto, para decirme que las niñas habían contraído el sarampión. Las estaba cuidando cuando... —Alargó la mano para apagar su cigarrillo en el cenicero fijo que estaba junto a mi asiento—. Tenían mucha fiebre y siguen convalecientes; Sunny tuvo que afeitarles la cabeza. No voy a poner en peligro su salud. Más tarde, cuando se asiente la situación, veremos adónde podemos ir, si es que debemos marcharnos. Pero este no es el momento. Misha me ha vuelto a decepcionar gravemente —añadió, con tono más sombrío—. Yo abdiqué porque creía que él asumiría el trono en mi lugar. Nada de esto sería un problema si él hubiera hecho lo que yo le pedí.

—Nada de esto sería un problema si tú me hubieras hecho caso —dije. Y entonces vi que el desaliento se apoderaba de su semblante—. Deberías haberme escuchado. Quizá no hubiera sucedido nada de esto.

—O puede que sí, ¿quién sabe? —suspiró—. ¿De qué sirven ahora los reproches?

—De nada. No sirven de nada. Pero todavía debes hacerme caso. Aunque solo sea por los niños. Pide hablar con el embajador británico. El rey Jorge es tu primo. Él te...

—El Parlamento de Jorge no me quiere —me interrumpió, con una sonrisa áspera—. Nicolás el Sangriento no es bienvenido en Inglaterra. Ya me lo han hecho saber.

—Es un error —dije, poniéndome de pie—. Voy a escribir a Alix yo misma. Jorge no debe darse cuenta de la gravedad de nuestras circunstancias; pero, cuando esté informado, obrará en consecuencia. Debe

ofrecerte asilo. Es de la familia. Cuando erais niños, te trataba como a un hermano.

—Razón de más. Nadie quiere tener a su puerta a un hermano caído en desgracia.

Sandro se acercó a la puerta del compartimento.

—Ya es la hora.

—¿La hora? —dije, volviéndome bruscamente hacia él—. ¡Si acaba de llegar!

—Te veré mañana —me dijo Nicky. Se inclinó hacia mí para besarme en la mejilla y después salió a paso vivo hasta donde le esperaba su escolta, mientras yo me quedaba allí plantada, pasmada, mirando a Sandro con perplejidad.

Cuando me llegaron por fin las lágrimas, no las pude detener. Me rodaban por las mejillas mientras yo me dejaba dominar por la pena, como por las odiosas banderas rojas que ahora cubrían nuestro país.

* * *

Pasamos tres días juntos. Oímos misa en la capilla de Mogilev, donde, por primera vez desde mi llegada a Rusia, no se citaron en la bendición los nombres de la familia imperial. Después, tuvimos que presenciar el acto en que se arrió en el campamento nuestro estandarte imperial y se izó en su lugar la bandera revolucionaria. Nicky caminó ante sus tropas formadas. Algunos de los soldados lloraban y le suplicaban que les dejara besarle la mano. En aquel breve instante volvía a ser su Padrecito. Sus generales parecían desolados, pero ninguno le pidió que reconsiderara su decisión. Habría sido en vano. Mi hijo había dado su palabra de honor de que no volvería a aspirar a su trono.

Tras un almuerzo frugal en mi tren, donde nos faltaron las palabras, Sandro nos dejó a solas y salió con los miembros del personal de Nicky, que, ya despedidos, se habían puesto el brazalete rojo para protegerse. Nicky me dijo que el Sóviet de Petrogrado le había otorgado permiso para regresar a Tsarskoye Selo y reunirse con su familia.

—Todavía puedes huir —empecé a decir, recordando las expresiones abatidas de sus tropas y de sus generales—. Todavía hay tiempo...

Él negó con la cabeza, interrumpiendo mis súplicas.

—Lo único que me queda es ser buen padre y marido. Todo lo demás... se acabó.

En el andén lo abracé con fuerza. No me podía controlar; no quería soltarlo, mientras él me besaba una y otra vez, susurrándome: «Sé fuerte para todos, como siempre lo has sido. Nos veremos pronto», hasta que se apartó de mí y Sandro se puso a mi lado. Olvidando mi dignidad, me apoyé en mi yerno y solté un grito ahogado de angustia cuando Nicky, escoltado por soldados rebeldes, se dirigió a su tren, en las puertas de cuyos vagones se percibía todavía la silueta de su emblema, que se había desmontado.

Cuando se dispuso a subir al tren, se volvió hacia mí. El corazón me saltó en el pecho. Creí durante un breve momento de emoción que había decidido convocar a sus hombres y huir. Levantó la mano enguantada. Aunque estaba muy lejos, yo veía su expresión como si lo tuviera delante; su pena ya era evidente. Desgarradora y absoluta.

Si Sandro no me hubiera sostenido, habría caído de rodillas en la nieve.

No nos movimos del andén hasta que su tren se hubo perdido en el horizonte sin fin.

CAPÍTULO 42

En Kiev la revolución había llegado hasta nuestras puertas. Abriéndonos camino entre civiles siniestros que lucían brazaletes rojos o escarapelas del mismo color en los gorros, tuvimos que tomar un carruaje de alquiler para llegar al palacio. Nuestra guardia de honor había sido sustituida por revolucionarios instalados perezosamente en la garita de la entrada, que no se pusieron de pie para saludarnos. Cuando vi en lo alto del palacio el mástil de la bandera, desnudo, mi pena se convirtió en indignación. Habían retirado mi estandarte.

Olga salió apresuradamente, vestida con su uniforme de enfermera. Antes de que hubiera tenido tiempo de decir nada, dije con enfado:

—Haz que icen mi estandarte inmediatamente. Esta sigue siendo una residencia imperial.

—Aquí no, Mamá.

Olga me hizo subir a nuestros aposentos del piso superior, hasta el mismo salón donde yo había recibido a Miechen hacía un año. Vi indicios de la intrusión odiosa: botellas de vodka vacías por el suelo, vasos sucios en las mesas, huellas de botas embarradas en el parqué... y la mitad del mobiliario sobrante que habíamos guardado allí estaba revuelto o saqueado.

Mientras yo miraba a Olga con rabia, ella me dijo en voz baja:

—Cantan *La Marsellesa* por las calles y liberan a los presos políticos; arrancan nuestro escudo de todos los edificios. Han venido miembros del Sóviet de Kiev a informarme de que van a expropiar el palacio y nuestra enfermería, en nombre del pueblo.

Sandro palideció. Yo dije con desprecio:

—No se atreverán.

—Mamá —dijo Olga, que parecía dispuesta a taparme la boca con una

mano—. El Sóviet de Petrogrado ha publicado un manifiesto en el que nos declara enemigos del Estado. Quieren detenernos. A todos los miembros de la familia imperial.

—A ti no te han detenido —le observé.

—Porque estoy casada con un civil —respondió, aunque sin dar ninguna muestra de orgullo. Mi hija parecía aterrorizada por primera vez desde el comienzo de la crisis.

Acto seguido, se dirigió a Sandro.

—Xenia envió una carta; un cosaco me la trajo, jugándose la vida. Ha ido a Ai-Todor, en Crimea, con tus hijos y con los Yusupov. Dice que no podían quedarse en Kursk. Lenin se dirige a Petrogrado para tomar el mando de la revolución y todos huyen. Xenia nos suplica que nos reunamos con ella en cuanto podamos. Yo no esperaba más que tu regreso.

—Jamás —dije, sin dar a Sandro tiempo de responder—. No vamos a ninguna parte. Todavía no sabemos lo que va a pasar. El pueblo... No todos son revolucionarios. Muchos quieren a su zar y no tardarán en darse cuenta de cuánto los necesitamos. Seguimos en guerra contra Alemania. ¿Quién va a dirigir a nuestras tropas sin nuestro emperador? ¿Lenin? —dije, en son de burla—. ¿Y qué pasará con nuestros pacientes que están en la enfermería? Soy la presidenta de la Cruz Roja. De ninguna manera. Nos quedamos aquí.

—No podemos —dijo Olga, que temblaba—. Mamá: escúchame por una vez en tu vida. Tú ya no eres la presidenta de la Cruz Roja. No eres la emperatriz viuda y yo no soy gran duquesa. ¿Es que no has oído lo que he dicho? Van a requisar este palacio y *nos van a detener*. Estoy embarazada. No me voy a quedar aquí para arriesgar nuestras vidas.

Aquella noticia crucial me hizo reflexionar. No me lo esperaba, pues a sus casi treinta y cinco años no había dado muestras de inclinación por la maternidad.

—De unos tres meses. Debemos marcharnos. Sandro, ¿nos puedes ayudar?

Mi yerno asintió con la cabeza con incertidumbre.

—Puedo intentarlo. Aquí debemos de tener algunos partidarios...

—Ve en mi tren —le dije—. Llévate a Olga. Cuando puedas, envíamelo otra vez.

—Minnie, si volvemos a la estación, sabrán que intentamos marcharnos —

dijo él—. A estas alturas, ya habrán confiscado tu tren, probablemente. Dame unos días para buscar otro medio.

—Hazlo. Mientras tanto, mañana iré al hospital para revisar las salas que pagó mi Cruz Roja. Entonces veremos si sigo siendo la emperatriz viuda.

Olga no pudo disuadirme de ninguna manera; estaba al borde de la desesperación a la mañana siguiente, cuando salí en mi carruaje hacia el hospital principal de Kiev, adonde había ido muchas veces a visitar a los soldados convalecientes a los que se trasladaba allí para brindarles una atención que nosotras no podíamos darles en nuestra enfermería. El portón exterior estaba cerrado. El centinela de guardia se negó a franquearme el paso, a pesar de mis exigencias. Tania me imploraba que me marchara, mientras yo seguía de pie ante la entrada, con las botas empapadas por la nieve. Por fin, salió apresuradamente el director del hospital, un hombre amable y siempre sobrecargado de trabajo. Me dijo, desde el otro lado del portón, que ya no se requerían mis servicios.

—¿Desde cuándo? —Estaba tan airada que golpeé el portón con los nudillos y me los magullé a través de los guantes—. Este hospital sigue abierto gracias a mis servicios.

—Debe marcharse de Kiev —dijo él, mientras el centinela bostezaba y volvía a meterse en su garita. El director bajó la voz. —Vendrán a detener a vuestra majestad. Solo es cuestión de tiempo.

—¿Cómo lo sabe? ¿Es que se ha pasado a su bando?

—No, pero todos lo saben. Por favor, majestad; os lo ruego.

Se retiró y me dejó plantada ante el portón.

Cuando mandé a mi cochero que volviese al palacio, Tania me asió con tal fuerza la mano magullada que hice un gesto de dolor.

—No empieces —le dije—. No nos va a detener nadie.

Pero no quería soltarme la mano; y yo ya no creía mis propias palabras.

* * *

Salimos de Kiev clandestinamente, en plena noche helada, envueltas en mantos oscuros con capucha, mientras resonaban por toda la ciudad los gritos estridentes de las fiestas y borracheras. La situación había degenerado con tal

rapidez, hasta caer en la anarquía (se había abolido la policía y el Sóviet de Kiev había tomado el mando), que a mí me costaba trabajo aceptar la realidad de que ahora nos acosaban como a fieras salvajes, tal como había dicho mi padre, años atrás, que lo perseguían a él los nihilistas.

Aunque Olga tenía una impaciencia frenética por partir, yo me negué a dejar ninguna de nuestras pertenencias personales, por lo que su marido, Kulikovski, mi leal mayordomo Obolenski, su esposa, Tania, y mi Sophie, tuvieron que ir cargados bajo el peso de nuestras maletas. Lo cierto era que mis maletas contenían algo más que mi porcelana y mis fotografías; llevábamos los cofrecillos de nuestras joyas y uno de mis huevos de Fabergé preciosos, mi huevo de la Orden de San Jorge, que me había regalado Nicky.

Cuando Sandro nos dijo que había encontrado el medio de huir, Olga y yo cosimos en el interior de nuestros corsés nuestras joyas más valiosas, con tal precipitación que las filigranas, los alfileres de los broches y las hebillas se nos clavaban en las costillas a cada paso. Más tarde descubriríamos que teníamos la carne acribillada a pinchazos, como si nos hubieran salido estigmas.

En un andén desierto, a las afueras de la ciudad, subimos a bordo del viejo tren que Sandro había conseguido que le facilitaran los zaristas, haciendo valer nuestro nombre y unas cuantas joyas. Ninguno fuimos capaces de respirar hondo hasta que el tren se puso en marcha vomitando humo negro. Mientras ganaba velocidad hacia Crimea, donde deberíamos tomar automóviles para llegar a Ai-Todor, amontonados todos juntos en un solo compartimento, con mi perrito Tip estrujado entre nosotros, temíamos que nos hicieran parar en cualquier momento, que subieran al tren los bolcheviques y nos detuvieran.

Ninguno de nosotros durmió. No comimos y apenas bebíamos. Como refugiados, que era en lo que nos habíamos convertido, pasamos privaciones durante tres días, hasta que llegamos a Sebastopol. Rondaban bandas de marineros rebeldes que nos miraban con malevolencia, mientras nos subíamos a los automóviles que nos proporcionaba la Academia Militar del Aire, que había estado a las órdenes de Sandro y había atendido a su petición, y que nos llevaron por las carreteras sinuosas hasta la finca de Crimea.

Hacía años que yo no visitaba Ai-Todor, pues apenas había vuelto a

Crimea tras la muerte de Sasha. Habíamos considerado que Livadia era un lugar demasiado peligroso; por ser nuestro palacio habitual de vacaciones de aquella región costera del Mar Negro, sería el primer lugar donde irían a buscarnos. No recordaba lo encantador que era Ai-Todor, su conjunto de varios edificios blancos, con torres estriadas como una fantasía árabe, rodeadas de cipreses moldeados por el viento y por jardines de jazmín.

Xenia salió corriendo. Mi hija mayor había perdido demasiado peso; estaba ojerosa y con las mejillas hundidas. Me eché a llorar cuando se arrojó a mis brazos. Nos rodearon Félix, Irina, y los seis hermosos hijos de Xenia. Los chicos abrazaron a su padre, Sandro, que no pudo contener las lágrimas. Olga, colgada de la mano de su coronel, parecía a punto de caer de rodillas para besar el suelo en señal de agradecimiento.

Aquella noche, mientras tomábamos una cena frugal a la luz de las velas, con las cortinas corridas, Xenia nos contó su penosa fuga, así como el relato fragmentario (deducido a partir de rumores, cartas de hacía una semana y algún telegrama) del éxodo de otros miembros de la familia.

—Cirilo fue el primero que renegó de nosotros —dijo—. El muy cobarde se presentó en persona ante la Duma para despojarse de sus honores imperiales y jurar lealtad a su gobierno provisional.

—Un alemán siempre sabe cuándo le conviene cambiar de bando —dije, encendiendo un cigarrillo; ya no me molestaba en disimular que fumaba—. Miechen hizo que Cirilo se casara con Ducky porque le convenía a ella y después lo envió a que hiciera su sucia jugada ante la Duma. Supongo que ella cree que se podrá quedar con ese palacio suyo tan recargado si hace como que no es uno de nosotros.

—No le sirvió de nada —dijo Xenia—. Tuvo que huir. No sabemos adónde, pero Cirilo y sus otros hijos se reunieron con ella cuando les dieron aviso de que los iban a detener.

—Supongo que ya irá por la mitad del Cáucaso; la conozco —dije, soltando un bufido—. Disfrazada de gitana, con sus diamantes de Cartier metidos en el corsé.

Mi comentario áspero fue recibido en silencio. Después, Irina, que tenía en el regazo a su hija de dos años, Bébé, soltó una risita y Félix, que tenía muy buen aspecto, teniendo en cuenta las circunstancias, dijo tranquilamente:

—Está claro que la gran duquesa Pavlovna no iba a consentir que una revolución la despojara de sus joyas de Cartier. Y yo tampoco voy a dejar que se queden con nada mío, si puedo evitarlo.

Cantamos en voz baja el *Dios salve al zar*, pero no nos atrevimos a tocar el piano del salón, por miedo a que se oyera a lo lejos. No nos hacíamos ilusiones de haber llegado hasta allí sin que nos observaran, pero con el susurro del mar en el exterior, y sin manifestantes que gritaran en las proximidades, casi nos parecía que estábamos a salvo, protegidos por aquel lugar que había sido siempre nuestro refugio. Félix nos aseguró que el regimiento de Tártaros de Crimea seguía siendo leal y se había prestado voluntariamente a vigilar la finca.

Cuando todos se fueron a acostar, yo me quedé en pie con Xenia. A Olga la fatigaba su embarazo; dormitaba en su butaca hasta que le dije que se fuera a la cama. La acompañó al piso superior su marido, el coronel, que se llamaba Nikolái de nombre de pila, aunque yo me negaba a llamarlo así en voz alta para que no lo interpretara como una señal de familiaridad. Cuando me hube quedado a solas con mi hija mayor, escuché en silencio su relato de cómo había perdido el contacto con Misha, a quien se había visto por última vez en Gatchina con Natalia y con su hijo, y de cómo ella había solicitado en vano al gobierno provisional que le permitieran visitar Tsarskoye Selo.

—Me lo negaron —contó, retorciendo las manos—. No tuve ocasión de despedirme de Nicky, de Alicky ni de los niños. —Guardó silencio al darse cuenta de lo que acababa de decir— ¿Qué será de ellos? —añadió en un susurro.

—No lo sé.

Tomé entre las mías sus manos irritadas que parecían ahora las de una criada, de tanto preparar comidas y arrastrar maletas, aunque antes las había tenido tan delicadas que se quejaba de que la molestaban los guantes.

—No debemos perder la esperanza. Nicky no es su enemigo. La propia Alejandra, con todos sus defectos, tampoco quiso nunca ningún mal para el pueblo. Debemos hacer todo lo que podamos por ellos, para que los liberen y los envíen al extranjero.

—No pensarás que...

Xenia no fue capaz de terminar la frase.

—No lo digas —le advertí—. No lo pienses siquiera. ¿De qué serviría hacer daño a un zar depuesto, o a su familia inocente?

* * *

La belleza agreste de Crimea salió a relucir con la primavera; la temperatura se volvió apacible y los jardines se llenaron de flores. Abríamos las puertas de la terraza para dar entrada al aire que traía el aroma de las rosas silvestres y de la espuma marina. Hacíamos excursiones en nuestros automóviles, sin alejarnos mucho y acompañados siempre de nuestra guardia tártara. Irina y Félix se habían instalado en la casa de los Yusupov, a poca distancia, y venían a cenar con nosotros todas las noches y muchas veces se quedaban a dormir. Nos dejaban en paz, aunque no tardamos en descubrir que aquello no quería decir que se hubieran olvidado de nosotros. Se suprimieron las rentas que antes nos pagaba el Ministerio Imperial; ahora debíamos gastar con cuidado los rublos que teníamos. Xenia y Sandro despidieron a los criados que les quedaban, pues ya no se los podían permitir. También se fue agravando el problema de la comida. Había poca disponible, y menos por poco dinero.

Por fin, Félix anunció que iría a Petrogrado, ante las protestas horrorizadas de Xenia y de Sandro. Tenía dinero y joyas escondidos en el palacio Yusupov, así como objetos valiosos que podría intentar vender. Como no había manera de detenerlo, le pedí que se pasara por mi Anichkov, pues yo había sido incapaz de ponerme en contacto con mi personal de allí. Irina se empeñó en acompañarlo y nos dejó a Bébé al cuidado de Xenia y de mí. Tras la partida de sus padres, la criatura lloraba y me seguía con pasos vacilantes; dormía en una cuna en mi cuarto, aunque tenía a su niñera.

Cuando llegó el verano, nos bañábamos en el mar y dormíamos con las ventanas abiertas. En agosto, Olga dio a luz un niño al que pusieron de nombre Tikhon. Fiel a su carácter, ni siquiera me avisó de que le habían venido los dolores del parto. Cuando le creció el vientre, había vuelto a su manera de ser habitual. Había rescatado de uno de los armarios de la casa un rollo de lienzo y un caballete descabalado y se dedicó a pintar imágenes de vivos colores que llenaba de buganvillas desbordantes y de vistas del mar turquesa. Me hacía

pensar que era, de entre todos nosotros, la que mejor se adaptaría a una vida corriente, pues nunca se había sentido cómoda con nuestras restricciones. Cuando Xenia me avisó de que estaba de parto, corrí a su lado y pude estar presente en el nacimiento del niño. Como regalo de bautizo, le di uno de mis anillos de zafiro.

Ella sonrió débilmente y me dijo:

—Nos vendría mejor algo de leche, ¿no te parece?

—También la tenemos —le dije—. Los granjeros de la comarca nos han traído cajas de hortalizas frescas y huevos, leche y queso en abundancia. Se empeñan en que los aceptemos sin pagar. ¿Lo ves? No todo el mundo es revolucionario. Todavía hay quien nos respeta.

Olga, con su niño en brazos, parecía en paz, incluso dichosa, por primera vez en su vida.

No obstante, nos asediaba lo desconocido. Aunque evitábamos las especulaciones que nos abrieran las heridas, siempre estaban allí. No teníamos más noticias de Misha, ni de cómo se encontraban Nicky y su familia. Y yo había perdido el contacto con mi familia en el extranjero. Era imposible enviar telegramas o cartas. Yo solo podía esperar que mi hermana Alix, el hijo de esta, el rey Jorge, y mis parientes de Dinamarca estuvieran haciendo todo lo posible por ayudarnos.

Cuando regresaron Félix e Irina y llegaron a la finca en un automóvil cargado de maletas llenas de cuberterías, prendas de repuesto, ropa de cama y provisiones, entre ellos jamones ahumados y cortes de vacuno, los aplaudimos como si se tratara de un ballet en el Mariinski. Los seis hijos de Xenia, cuyas edades iban desde los veinte años de Andréi hasta los diez de Vasili, jóvenes inquietos que se habían aficionado a saltar desnudos al mar desde las rocas, para disgusto de Xenia, se alegraron mucho al encontrar libros en uno de los baúles. Eran lectores voraces; ya habían terminado con la biblioteca de Ai-Todor y ahora tenían algo útil en que ocuparse, en vez de pisotear el huerto que nosotros cuidábamos con tanta dedicación.

Xenia mitigó sus riñas a Félix por haberse puesto en peligro a sí mismo y a Irina cuando él le enseñó los artículos de primera necesidad que había traído. Mientras Irina intentaba animar a Bébé a que saliera de detrás de mis faldas, mis sobrinos se dispersaron con sus libros, Xenia y Olga fueron al piso

superior con la ropa de cama nueva y Sandro llevó las provisiones a la cocina.

Sólo entonces comentó Félix que la situación en Petrogrado no era tan terrible como se había dicho.

—El vicepresidente del sóviet, Kerenski, es un moderado —dijo, mientras yo lo miraba fijamente, pues aquel supuesto moderado había sido uno de los que habían pedido la abdicación de Nicky—. Ha declarado la república en Rusia y debe aparentar que se entiende bien con los bolcheviques, pero no le gustan los tumultos. Quiere arreglar las cosas. Por otra parte, entré en nuestros palacios sin dificultad. También hacen lo mismo otros, pues los centinelas que se supone que custodian nuestras puertas aceptan sobornos. Pero a mí me dejaron moverme con libertad.

Aquella indicación de que en la ciudad había centinelas ante nuestras puertas, pero de que estos no cerraban el paso a los intrusos, me puso seria.

—¿Están saqueando nuestras casas?

La mueca de Félix dio a entender que no todo era tan fácil como él lo presentaba.

—No exactamente. Han confiscado nuestros palacios y todo lo que contienen. Yo tuve que colarme en mi Moika de noche para comprobar si las joyas de Mamá seguían en la caja fuerte. Estaban allí, pero no me pareció prudente retirarlas todas. Nos registraban las maletas en la estación. Llevar demasiadas joyas me pareció peligroso, incluso para mí. Pero tomé las mejores piezas y mis Rembrandts. Ahora nadie se puede permitir comprar cuadros. Más adelante, quizá.

—¿Y mi Anichkov? —le pregunté, temerosa. Mi hogar, donde había vivido con mi marido y donde había criado a mis hijos, abierto ahora a las turbas revolucionarias.

—Sigue en pie e intacto en su mayor parte —dijo—. Lo han destinado a no sé qué ministerio de los Soviets. Han despedido a tu personal, pero fui allí tal como te había prometido.

Abrió uno de los baúles vacíos, retiró su revestimiento interior y extrajo un paquete envuelto en papel. Dentro había un lienzo enrollado.

—Irina me dijo cuánto te gustaba.

Desenrollé el lienzo sobre la mesa del comedor, con manos repentinamente temblorosas, y me quedé inmóvil, contemplando el retrato de Sasha con su

uniforme azul de los Guardias de Corps. Había estado colgado en lugar destacado, sobre la chimenea de mi sala de estar y era mi retrato favorito de él.

—Es todo lo que pude tomar para traértelo —dijo Félix en voz baja—. Lo recorté del marco. Están destruyendo nuestros retratos; vi montones de pinturas quemadas en las plazas. Pero el tuyo del Instituto Smolny, no. Cuando el sóviet intentó retirarlo, los estudiantes levantaron una barricada para protegerlo.

—Gracias —susurré—. Esto vale para mí más que cualquier joya.

—Y esto —Félix se sacó de la bota, nada menos, un sobre arrugado. Lo puso en mis manos—. De Nicolás.

Mientras yo asía con fuerza el sobre, Irina dijo:

—Me lo dio Kerenski en persona.

Irina estaba en el sofá con su hija, que se había animado a subirse al regazo de su madre. Añadió:

—Tiene unos meses y lo han abierto, por supuesto; pero está a salvo. Me lo aseguró Kerenski.

—¿Viste al vicepresidente? —le pregunté con incredulidad. Al parecer, mi nieta, que había llorado cuando la multitud alemana había apedreado nuestro tren en Berlín, se había metido en la misma boca del lobo.

Ella asintió con la cabeza.

—Fui a presentarle una petición. Vive en el palacio de Invierno, con los criados y con los guardias, aunque ahora ondea en el palacio su odiosa bandera roja. Me recibió en el despacho del bisabuelo.

Mientras yo temblaba de repulsión al pensar que el vicepresidente del sóviet se había apoderado del lugar donde había muerto mi suegro, y donde el propio Nicky se había negado a trabajar, ella siguió diciendo:

—Kerenski te tiene en gran estima; me dijo que intentaría hacer que te devuelvan tus rentas y me prometió enviarte la mitad de los atrasos. Dijo que no hay que privarte de tus derechos como viuda de un emperador. También dijo que, si quieres enviar cartas al extranjero, él haría todo lo posible por darles salida. —Sonrió—. Vamos, léela. Félix la ha llevado en la bota durante todo el viaje.

Me llevé la carta al pecho como si fuera un talismán.

—Más tarde. Delante de toda la familia —dije, resistiéndome al impulso de desgarrar el sobre—. ¿Hay alguna noticia de Misha? —pregunté, escrutando el rostro de Félix.

Él negó con la cabeza.

—Lo único que sabemos es que estaba en Gatchina cuando confiscaron la finca. Nadie sabe dónde está ahora. Irina se lo preguntó a Kerenski, porque habíamos oído el rumor de que habían detenido a Misha. Kerenski dijo que investigaría.

—¿Que investigaría? —Me invadió el miedo—. ¿Cómo es posible que el mismo que dirige el Sóviet de Petrogrado no sepa dónde está el hermano del zar?

Félix soltó un triste suspiro.

—Quizá le pareciera que no podía decírnoslo. Ya era arriesgado de suyo recibir a Irina. Lenin está en Petrogrado; ocupa la mansión que fue de aquella bailarina, la Pequeña K, y pronuncia discursos desde el balcón. Kerenski no es radical; no quiere hacernos daño, como he dicho. Pero teme a Lenin. Ese pequeño exiliado desvergonzado está pidiendo que nos detengan y atrae a muchos. La gente cree que Lenin será su salvador.

—Sasha hizo ejecutar al hermano del pequeño exiliado —dije—. Lenin nos aborrece. Sea lo que sea lo que diga esta carta, o lo que afirme Kerenski, Nicky no está a salvo. No estamos a salvo ninguno.

—Lo estamos, de momento. ¿Quién sabe por cuánto tiempo?

Leí la carta por primera vez en privado, en mi dormitorio. Se me partía el alma al ver la letra de Nicky; oía su voz al leer sus palabras, a pesar de que estaba claro que escribía sabiendo que lo iban a leer otros: unos breves párrafos en los que decía que las niñas se iban recuperando del sarampión, que Alexéi estaba bien y que habían plantado un huerto en la finca.

—Un emperador, trabajando la tierra como un campesino —se lamentó Xenia.

—¿Y qué? —repuse yo—. Aquí estamos haciendo lo mismo. Por lo menos, está ocupado y pasa tiempo al aire libre, que es bueno para él y para los niños. Nicky me dijo una vez que habría preferido ser pastor de ovejas a reinar.

Parece que está bastante contento.

Yo no hablaba con sinceridad; no podía estar contento, sujeto como estaba a una vigilancia constante. Y si bien debía poner buena cara, por los niños, sin duda Alejandra no sería capaz. Debía de estar casi histérica por el modo en que se había trastocado su mundo idílico del palacio de Alejandro, pues mi hijo no la citaba ni una sola vez en su carta.

—No debemos creernos todo lo que dice —propuso Sandro, expresando mis propios pensamientos—. No les permiten salir de la finca; por tanto, no cabe duda de que son prisioneros.

—Podrían liberarlos pronto —dije, intentando aparentar más confianza de la que sentía en realidad—. Según parece, tengo un aliado en el Sóviet de Petrogrado. Irina, diles lo que te dijo Kerenski.

Las noticias animaron a los demás; aunque, incluso si me llegaba la mitad del dinero que se me debía, no bastaría para sustentarnos. Pero era un comienzo. La revolución no había resultado ser tan terrible como habíamos temido. Todavía contábamos con partidarios. Estábamos allí, juntos. Quizá llegasen a reconocer la inutilidad de tener preso a Nicky y lo dejaran venir con nosotros.

Quizá, con el tiempo, Rusia recuperara el sentido común.

CAPÍTULO 43

—Levántate. Ya.

La voz del desconocido me arrancó de mi sueño poco profundo; mientras me incorporaba en la cama trabajosamente, oí que mi perrito Tip ladraba en el piso de abajo y las protestas airadas de Tania en el pasillo. Vi en el umbral de mi puerta, entre la luz difusa, una figura corpulenta que me señalaba mientras, tras él, otras figuras sin rostro me miraban con descaro. Ante mi incredulidad, el hombre entró pesadamente en mi cuarto, pisando fuerte con sus botas. Sus compañeros lo siguieron. Uno llevaba una lámpara de queroseno que arrojaba una luz grasienta. Yo me llevé la sábana al pecho con un gesto convulso.

—Y ¿a quién tenemos aquí? ¿Eh?

El hombre me dirigió una sonrisa aviesa. Sus compañeros rebeldes y él llevaban ropas abigarradas: capotes informes o chaquetas de marinero con pantalones reglamentarios del ejército, y brazaletes rojos flojos y deshilachados. Estaba claro que él era el jefe, pues me apuntó con el dedo y me dijo: «Levántate o te sacaremos de la cama nosotros», suscitando las risas de los demás. El corazón me empezó a latir tan deprisa que tuve que contener un grito.

Bolcheviques. Aquí, en mi cuarto. Habían venido por nosotros al fin.

—Es la emperatriz viuda —exclamó Tania desde el pasillo—. No podéis...

—¿Emperatriz? —dijo el hombre, soltando una risotada—. Aquí no veo a ninguna emperatriz. Veo a una vieja, cómodamente metida en la cama, en su casa, donde podrían vivir diez familias. Ya no tenemos emperatrices en Rusia. —Dejó de reír—. Soy el comisario jefe Spiro, del Sóviet de Sebastopol, de modo que no se te ocurra faltarme al respeto. ¿Qué escondes en esa cama? ¿Eh? —Avanzó un paso hacia mí—. ¿Quieres que la registremos contigo dentro? ¿Te gustaría eso, *camarada*?

—¿Cómo se atreve? —Quise hablar con firmeza, pero la voz me tembló y él lo notó—. Soy la viuda del zar Alejandro III. Ustedes no tienen nada que hacer aquí.

Él se llevó la mano a la cadera, cerca de la pistola que llevaba en una pistolera al cinto.

—Que no tenemos nada que hacer, dice. La viuda Feodorovna debe de creerse que está todavía en el palacio de Invierno. Las ancianas se confunden; lo comprendemos. —Señaló el biombo de mi vestidor, en un rincón—. Puedes esperar allí mientras registramos. Sabemos que ocultas algo. Cartas a tus amigos, sin duda, y quién sabe qué más. Todos los Romanov sois unas alimañas. Arriba. No te lo diré más veces.

Tania consiguió liberarse de quien la estuviera deteniendo e irrumpió en el cuarto.

—Déjenle un poco de intimidad, por favor. No tenemos nada. Llévense lo que quieran y márchense.

Vino hacia mí extendiendo un chal. Yo me asomé un poco de la cama y le dejé que me envolviera los hombros con él; pero cuando se disponía a acompañarme afuera, dije:

—Deja que registren. No tengo nada que esconder.

Haciendo un esfuerzo, pasé ante el comisario, y me dirigí al biombo.

—Tengan cuidado —le dije—. Me quedan muy pocas cosas. Las pocas que tengo las valoro mucho.

Él hizo un gesto brusco. Sus camaradas, siete en total, empezaron a registrar mi cuarto. Tania y yo nos refugiamos juntas, abrazadas tras el biombo, sobresaltándonos mientras los oíamos sacar de un tirón los cajones de mi cómoda y de mi escritorio, volcar mi ropa blanca en el suelo, hacer sonar mi reloj despertador que estaba en la mesilla, destrozar mi cama y revolver en mis baúles.

Tania me miraba, aterrorizada, y yo la tranquilizaba con una leve sonrisa. No encontrarían joyas, ni el único huevo de Fabergé que me había traído de Kiev. Ya habíamos esperado algo así. Xenia y yo habíamos escondido las joyas y el huevo en latas de cacao que había traído Félix de la ciudad, hundiendo en el chocolate en polvo nuestros diamantes, zafiros, rubíes, perlas y esmeraldas.

Oí que uno de los hombres decía con rabia:

—Nada. Ni cartas, ni nada que valga una mierda.

—Pues las ha escrito. Lo sabemos. Ha enviado varias a través de ese traidor de Kerenski —dijo el comisario. Oí que hacía crujir con la bota algo que habían roto—. Vestíos y bajad. No os retraséis u os sacaremos en ropa interior —nos gruñó.

Los hombres salieron en tropel.

—Dios santo —dije, asomándome tras el biombo para observar el desastre que habían dejado, mientras Tania temblaba a mi lado—. No debería haber hecho caso a Félix. Me dijo que era seguro enviar cartas por medio de Kerenski, pero han interrogado al vicepresidente y él se lo ha contado todo para salvar el pellejo.

—Kerenski y la Duma han caído —susurró Tania. Moviéndose de un lado a otro, buscaba un vestido de día entre mis prendas dispersas—. Cuando irrumpieron en casa, dijeron a Sandro que el camarada Lenin había tomado el poder. Ahora mandan los bolcheviques, majestad; que Dios nos asista.

Cuando me hubo abrochado el vestido, me aparté de ella para recogerme los cabellos grises en la nuca. Ya tenía setenta años y los aparentaba. Había envejecido tan aprisa que ni siquiera quería tener un espejo en mi cuarto. La viuda dinámica por la que parecía que no pasaba el tiempo ya era solo un recuerdo, como nuestras galas y nuestros bailes.

—Déjate de «majestad» —le dije—. No me llames por mi título, porque nos pueden pegar un tiro.

Tania se quedó sin habla, y yo añadí con severidad:

—Y no debes dar muestra de miedo delante de ellos. Son unos bandidos y unos patanes. Esperan que les supliquemos que nos perdonen la vida. No lo haremos.

Mi familia estaba reunida en el salón. Estaban Xenia y Olga, esta con su criatura en brazos, rodeadas de los hijos de Xenia, así como el marido de Olga y Sandro, que, evidentemente, intentaban aparentar calma a pesar de sus gestos de preocupación. Los Yusupov no se habían quedado en nuestra casa aquella noche, de lo cual me alegré. Después de sacar a mi perrito asustado de

debajo del piano, tomé asiento junto a mis hijas, con Tip en mi regazo.

Había alrededor de una docena de hombres rondando por nuestro salón, manoseando nuestras posesiones, dando codazos en las teclas del piano, a las que arrancaban sonidos fuertes y discordantes; marineros con abrigo sucio, que llevaban pistolas y bayonetas. Me horrorizaba ver sus armas.

Tuve que inspirarme indiferencia a mí misma. *Sin miedo. Pase lo que pase.*

Entró el comisario Spiro blandiendo una hoja de papel. Parecía ser uno de tantos funcionarios de bajo nivel que habían renegado de nuestra causa para sumarse a la revolución. Hinchando las mejillas y sacando pecho con su nueva autoridad, anunció:

—Iré diciendo vuestros nombres, y responderéis.

Empezó a leer en el papel que tenía en la mano: «Alejandro Mijailovich»; y Sandro asintió con la cabeza. «Xenia Alexandrovna», a lo que mi hija respondió con una mirada de ira; y siguió adelante, nombrando a Olga por su apellido de casada. Cuando pronunció mi nombre, yo no quise darme por enterada. Él ya sabía que yo estaba allí.

—Todos presentes —anunció, sin decírselo a nadie en particular—. Muy bien. No ha sido tan difícil. Por orden del Sóviet de Sebastopol, tengo instrucciones de trasladar a los siguientes: María Feodorovna, Xenia Alexandrovna y el marido de esta, Mijailovich, sus seis hijos aquí nombrados, así como los criados que tengan, a la finca de Djulbar.

—¡A Djulbar! —exclamó Sandro, perdiendo su calma precaria; aunque yo me había quedado aliviada, pues me había esperado algo mucho peor—. ¿Para qué? No está lejos de aquí, y tenemos el regimiento de tártaros que nos custodia. No hay motivo para trasladarnos...

—Ya no. —Spiro contemplaba a mi yerno como si no supiera si reírse de él o pegarle—. Os alojaréis bajo nuestra autoridad, por orden del camarada Lenin. —Cuando nombró al «pequeño exiliado», como lo llamaba Félix, Sandro se puso pálido—. Los tártaros quedan relevados de su deber voluntario —siguió diciendo Spiro—. Aquí no tienen nada que hacer, como nos dijo la viuda Feodorovna. Nosotros os protegeremos en Djulbar. Empezad a hacer el equipaje. Partimos en seguida.

Haciendo un esfuerzo para poder articular palabras, pregunté:

—¿Y Olga Kulikovski?

Spiro repasó su lista.

—Su marido y ella son libres de quedarse aquí o de ir donde deseen. No se les ha designado como miembros de la antigua familia imperial.

Antes de que Olga hubiera tenido tiempo de protestar, le dirigí una viva mirada. Ella calló. Si la dejaban libre porque se había casado con un civil, al menos uno de nosotros se escaparía de la redada. Aunque su niña recién nacida apenas le dejaba libertad de movimientos, quizá pudiera ayudarnos.

—¿Podemos llevarnos nuestra comida? —dije, con la esperanza de advertir a Olga que debía ocultar de alguna manera las latas de cacao. Pero entonces comprendí mi error.

Spiro puso cara de desconfianza.

—No. En Djulbar tenemos provisiones en abundancia.

No las tenían; lo entendí al momento. Iban a robarnos las nuestras y dejar que nos las arreglásemos como pudiésemos. Cuando le miré a los ojos, esbozó una sonrisa burlona.

—Puedes darte por afortunada, viuda Feodorovna. El Sóviet de Yalta quiere fusilaros a todos por traidores, pero, mientras no lo autorice el camarada Lenin en persona, estáis a salvo conmigo.

Ninguno fuimos capaces de movernos. Los marineros dejaron de rondar por la habitación, donde habían estado examinando los objetos a voluntad y echándose a los bolsillos todo lo que les gustaba. Observé que Sandro tenía el dedo desnudo: uno le había robado la alianza de oro. Viendo sus expresiones hoscas, me parecía que no tendrían ningún reparo en encañonarnos con sus pistolas.

Se produjo en la puerta una agitación repentina que arrancó a Xenia un grito ahogado. Entró Félix, riendo para dejar claro que no representaba ninguna amenaza. Llevaba su sombrero y su abrigo y, de manera incongruente, babuchas de marroquí rojo. Le asomaba sobre los tobillos el borde de su pijama de seda.

Me miró a los ojos. Al recibir la noticia de nuestra detención, había venido a toda prisa en su automóvil. Sin duda, lamentaba haberme animado a que escribiera esas cartas, pero yo habría preferido que se hubiera quedado donde estaba. Ahora ya lo tenían. Había dejado solos a Irina, a Bébé y a Zenaida, defendidos solo por unos cuantos criados.

—¿Quién eres tú? —gritó Spiro.

—Félix Yusupov —respondió él, con aire ofendido. Al ver que el comisario repasaba su papel, consternado, Félix añadió—: ¿No estoy en tu lista? Bien. No debería estar. Hace poco hice un gran servicio a nuestra madre Rusia.

Yo sujetaba a mi perrito Tip con tal fuerza que él se revolvía, intentando liberarse. El príncipe Yusupov, casado con la princesa Irina Aleksandrovna, miembro de la familia imperial. ¿Se había vuelto loco Félix?

—¿Ah, sí? —dijo Spiro, levantando la vista con aire pensativo.

—Maté a Rasputín —anunció Félix, y los marineros empezaron a reír, satisfechos—. Le pegué un tiro con estas manos —añadió, mostrando ambas palmas—. O, mejor dicho, con esta. Con la otra le di de golpes en la cabeza con la empuñadura de la pistola. El diablo no quería morir hasta que lo eché al Neva; pero allí se hundió. Como una piedra. Hasta el fondo.

Los marineros empezaron a aplaudir. Spiro, percibiendo que estaba a punto de perder el control de la situación, gritó: «¡Silencio!», y sacó la pistola de la canana.

—Entonces, yo también debo hacer un servicio a nuestra madre Rusia —dijo, mirando a Félix con odio—. ¿A cuál de estos enemigos del Estado me recomiendas que pegue un tiro primero? ¿A la viuda, quizá?

Cuando Spiro ya venía hacia mí, empuñando la pistola, Félix dijo con una calma notable:

—Antes, os recomiendo que visitéis la bodega. Hay un vino excelente, de los favoritos del propio zar. Quizá debamos brindar juntos por la muerte del místico y por nuestra gloriosa revolución.

Los marineros renunciaron a toda apariencia de disciplina. Para mi asombro, profirieron una fuerte aclamación y se llevaron a Félix a la bodega, mientras le pedían que les contara cómo había matado a Rasputín. Spiro se los quedó mirando, mudo de confusión, y volvió a enfundar la pistola.

Félix estaba loco. Loco como solo podía estarlo un príncipe ruso. Y, aquella noche, nos salvó. Animó a los marineros a divertirse, a emborracharse como zíngaros con nuestros mejores vinos, mientras él tocaba la guitarra y todos cantaban a coro canciones sentimentales hasta el alba. Spiro tardó dos días enteros en recobrar el mando de sus hombres indisciplinados, que no

dejaron una sola botella en la bodega y paseaban a Félix a hombros como a un héroe.

Entre aquel desorden, Xenia y Olga tuvieron tiempo de ocultar nuestras latas de cacao bajo unas losas del jardín; después, cosimos rápidamente las joyas menores y más valiosas en el forro del abrigo de Olga. Cuando nos despedimos, llorando, ante las puertas de Ai-Todor, Olga iba del brazo de su coronel y cargaba con el peso de los restos de nuestra fortuna.

* * *

En Djulbar había altos muros, custodiados por marineros del sóviet que disponían de piezas de artillería tomadas a los alemanes y a los que mandaba un tal camarada Zadoronzy. Era un hombre muy corpulento, de modales tan groseros como Spiro, al que enviaba informes semanales, y se dedicaba plenamente a su misión. Sin embargo, a diferencia de Spiro, Zadoronzy nos observaba con interés disimulado. Yo le prestaba la menor atención posible. A pesar del frío otoñal, me paseaba con Tip por el jardín reseco, detrás del muro, acompañada de Xenia y de su hijo mayor, Andréi. Después de darme uno de estos paseos, vi que Zadoronzy nos estaba mirando con atención.

—¿Tan extraños le parecemos? —le pregunté.

Él evitó mi mirada.

—Te vi una vez en Moscú, cuando era niño. Parecías muy... grande. Como una estatua. Toda cubierta de diamantes y de plata. Pero la verdad es que eres bastante pequeña.

Sonreí. Me había visto cuando era niño. Me había venerado y debía de conservar todavía algo de esa veneración. Era buena señal. No nos haría daño, a menos que recibiera una orden directa.

Como el coronel de Olga y Félix tenían libertad de movimientos, acordaron realizar visitas semanales. No de ellos, pues no se les permitía la entrada, sino de la pequeña Bébé, que traía su niñera, pues Zadoronzy no creía que tuviera importancia la presencia de una niña. Olga prendía sus cartas con alfileres al interior del babero de mi bisnieta y nosotros enviábamos nuestras respuestas del mismo modo. Félix tenía un contacto en Petrogrado; por esa vía nos enteramos de que en algún momento, mientras nosotros estábamos en Ai-

Todor, se habían llevado a Nicky, a Alejandra y a sus cinco hijos, de Tsarskoye Selo a la remota provincia de Tobolsk, en Siberia.

Me derrumbé por primera vez desde el comienzo de los disturbios. Caí en cama y toda la pena y el duelo contribuyeron a enfermarme. Contraí una bronquitis. Cuando tosía de tal modo que parecía que me iba a arrancar los pulmones y temblaba de fiebre, pensando que más me valía morir entonces, en mi cama, que seguir viva para soportar lo que estuviera por llegar, Xenia intentaba consolarme.

—La Duma ordenó su traslado hace meses —decía, ofreciéndome una infusión maloliente de hierbas medicinales que había preparado ella misma—. Por su propia seguridad. Ya estaban en Siberia cuando los bolcheviques se hicieron con el poder; ahora lucha por nosotros el Ejército Blanco. Lenin no puede hacer daño a Nicky mientras está ocupado en intentar salvar su revolución. Es mejor así.

—¿Cómo puede ser mejor que Rusia caiga en la guerra civil o que Nicky y su familia sufran el invierno de Siberia? —exclamaba yo—. ¿Cómo puede ser mejor?

No morí, aunque lo deseaba. Me recuperé poco a poco, aunque ya no podía fumar tanto, ni mucho menos, por la tos. Por otra parte, era tan difícil conseguir cigarrillos como comida de calidad. Xenia se indignó cuando me vio pedir un cigarrillo a uno de los guardias; me riñó, diciendo que estaba confraternizando con el enemigo.

—Es un muchacho —dije, escupiendo hebras del tabaco barato—. No ha cumplido veinte años siquiera. Míralos: son todos unos muchachos. Su revolución es un juego de niños. No nos odia. Ninguno nos odia. Me lo dijo él mismo.

—Aun así, tus muchachos nos fusilarán si Lenin les da la orden —repuso ella.

En la visita siguiente de mi bisnieta, además de la carta de Olga, había escondidos en el carrito cigarrillos turcos que enviaba Félix.

—Si tienes que fumar, fuma de los nuestros —me dijo Xenia.

En la primavera de 1918, Zadoronzy nos comunicó que Lenin había llegado a un acuerdo con el káiser. Se desató el pánico entre nosotros. Aterrorizados, esperábamos cada día la noticia de que nos enviaban a Moscú, donde había

establecido Lenin su capital bolchevique, con su fuerza de seguridad propia llamada la Cheka, que exigía que todos los Romanov se inscribieran en un registro. Me preocupaba, sobre todo, por Misha, del que nadie tenía ninguna noticia. Yo no dejaba de preguntar por él, en vano; hasta que, en un arrebató poco frecuente en mí, me puse a increpar a Zadoronzy.

—Soy madre —exclamé—. A usted esto puede parecerle la liberación del pueblo; pero yo lo veo como una calamidad para mis hijos.

Él me hizo una solemne inclinación de cabeza y me dijo:

—Te juro que no sé nada de tu hijo. Hago todo lo que puedo. El Sóviet de Yalta quiere que os entreguemos a todos, pero yo solo respondo ante el camarada Lenin y el Sóviet de Petrogrado.

Como represalia, el Sóviet de Yalta vino a buscarnos con el pretexto de protegernos del avance de las tropas alemanas, que ahora se retiraban hacia Crimea. Zadoronzy se negó a abrirles el portón y puso hombres tras las piezas de artillería del muro, entre ellos al propio Sandro y a mis nietos. Los soldados de Yalta, despojados de su presa, saquearon varias casas de campo de las proximidades, entre ellas la de Ai-Todor, por lo que Olga y su coronel tuvieron que huir a la finca de los Yusupov, donde Félix iba desmontando joyas para pagar a los tártaros locales que protegían a su familia. El desorden se apoderaba de la región; nosotros nos temíamos que nos reunieran y nos fusilaran en cualquier momento y Zadoronzy optó por partir, por miedo a que sus hombres y él tuvieran que sufrir represalias de los alemanes. Cuando se brindó a llevarnos consigo y nosotros no aceptamos, cedió a Sandro las armas que estaban montadas en los muros.

Al despedirnos, me besó la mano con una galantería sorprendente, que me evocó de tal manera por un instante mi gloria pasada que se me saltaron las lágrimas.

—Dios te guarde —murmuró—. He cumplido mi deber, que era manteneros a salvo a todos.

Aunque fuera un revolucionario, llevaba muy dentro de sí su veneración de ruso. Casi lo eché de menos, a él y a sus rudos camaradas, cuando nos encontramos de pronto esperando, a merced de los alemanes, a punto de ser liberados o de caer prisioneros de aquel mismo káiser que había sumido a la mayor parte de Europa en un torbellino de destrucción.

Yo no podía dormir. Escondí un cuchillo bajo mi almohada y me paseaba por la habitación.

Cuando llegó un mariscal de campo alemán con un destacamento de soldados y anunció que estábamos bajo su protección, yo no quise recibirlo. Tuvo que hacer Sandro de intermediario; me transmitió la invitación del káiser, que nos ofrecía refugio en Alemania, y le comunicó mi negativa indignada.

—¿Por qué? —me dijo Sandro, alzando las manos al cielo—. No podemos quedarnos aquí, esperando lo imposible, que Nicky recupere el trono. Todo ha terminado, con Ejército Blanco o sin él. No volveremos a ser nunca la familia imperial.

—Siempre seremos la familia imperial —repuse yo—. Su oferta es una mera formalidad. Lenin ha firmado la paz con el káiser. ¿Crees acaso que rescatarnos fue una de las condiciones del pacto? Si consiguen sacarnos de aquí, solo servirá para avivar la antipatía de los bolcheviques contra los que dejamos atrás.

Ahora que los alemanes controlaban la región, Olga se apresuró a reunirse con nosotros, acompañada de su coronel y de su niña. Al poco tiempo salimos de Djulbar para trasladarnos a finca de Harax, una casa de campo de estilo inglés en las proximidades del cabo Ai-Todor, cerca del puerto de Yalta. Era una casa señorial encantadora, con terrazas adornadas de madreselvas, y era propiedad del gran duque Jorge Mijailovich, primo carnal de mi Sasha, que ahora estaba preso en poder de la Cheka. Me recordaba a mi casa de Hvidøre; allí me sentía más tranquila, aunque las provisiones eran tan escasas como siempre y las noticias, que ahora se recibían con mayor frecuencia, no aliviaban mis temores en absoluto.

Llegaban a Crimea muchos aristócratas que huían tras las líneas alemanas. Se reunieron con nosotros otros miembros de la familia, entre ellos Nikolasha, el mismo al que Nicky había despojado del mando militar. Estaba maltrecho y desanimado. Había pasado meses enteros oculto, desplazándose de un lugar a otro para que no lo reconocieran. Como creía que los alemanes podían detenerlo por el papel que había desempeñado en la guerra, Félix y Sandro nos organizaron una guardia tártara. Se desmontaron y se distribuyeron más joyas, pero no las nuestras. Olga había regresado discretamente a Ai-Todor

para recuperar nuestras latas de cacao, y las escondimos en la casa de Harax, bajo las tablas del suelo; dije a mis hijas que podrían hacernos falta las joyas para pagar el rescate de nuestra familia. Que Félix fuera deshaciéndose de las piezas de Zenaida. Esta había dejado el grueso de su colección en la caja fuerte de su palacio y quizá pudiera recuperarlas algún día. No iba a sufrir las mismas necesidades que nosotros.

Todos contaban historias terribles, de terror y de penalidades. Algunos nos confirmaban, además, nuestros temores. Félix, que recibía a todos, me dijo que a Misha lo había detenido la Cheka, en efecto, tras la orden de inscribirse en el registro. Mi hijo hizo esconderse a Natalia y al hijo de ambos, pero a él lo detuvieron, junto a su secretario, y lo trasladaron a Perm, en los Urales, en el límite de Siberia. Yo tenía un miedo terrible por él y tampoco fui capaz de asumir el golpe cuando me enteré, asimismo, de que a la hermana de Alejandra, Ella, y a otra monja de su convento, junto con el gran duque Sergio Mijailovich, primo de Sasha, al príncipe Vladimir, hijo de mi cuñado el gran duque Pablo en su matrimonio morganático, y a los tres hijos del gran duque Constantino, sobrinos de la esposa de mi difunto hermano Willie, Olga de Grecia, también los habían detenido y los habían enviado a Alapayevsk, en los Urales orientales, donde habían desaparecido sin dejar rastro.

Más inquietante todavía fue la noticia de que a Nicky y a su familia se los habían llevado de Tobolsk sin propósito conocido. Algunos se aventuraban a especular que los habían rescatado los alemanes, cosa que a mí me parecía improbable. Otro rumor más verosímil y terrible era que Lenin había mandado llevar a Nicky a Moscú para someterlo a juicio, pero que el Sóviet de los Urales, fanático, los había interceptado a Alejandra y a él por el camino, los había hecho prisioneros y había exigido que se pusiera también bajo su custodia a los niños.

—En la ciudad de Ekaterimburgo —dijo Félix—. Los tienen allí, en la casa de un comerciante.

—Supuestamente —repuse yo—. No los ha visto nadie, que nosotros sepamos.

—Que nosotros sepamos. Pero es el rumor que más corre sobre ellos.

—También corría el rumor de que nos habían matado a nosotros. Pero aquí estamos. Vivos.

—Por así decirlo —repuso Félix, intentando poner en juego su humor mordaz.

—Todavía respiramos, ¿no? Y ellos también. Debemos rezar por ellos.

Y yo rezaba. Todos los días, a todas horas. Durante nuestra escueta celebración de la Pascua, y arrodillada en mi cuarto, por la noche, rezaba, poniendo en la oración hasta el último gramo de fuerza de mi ser. Rezaba como no había rezado nunca hasta entonces. Esa fe que yo creía haber perdido quizá, que Alejandra tenía en exceso, según Nicky... esa fe, tenue y raída, era lo único que tenía para apoyarme.

Pero ahora rezaba pidiendo un milagro.

CAPÍTULO 44

El mes de septiembre de 1918 fue infernal y el calor solo se disipaba por las noches, dejando un cierto alivio también bochornoso. Ampliamos nuestro huerto para poner más alimentos frescos en nuestra mesa, mientras iban llegando más refugiados que buscaban asilo en las casas de campo próximas, con la esperanza de que el estar cerca de nosotros los protegiera. Para brindarles hospitalidad y distraernos de nuestras preocupaciones les ofrecí un almuerzo al aire libre. Aunque Olga me miraba como si me hubiera vuelto loca, Xenia acogió la idea con entusiasmo. Dijo que cualquier cosa era mejor que arrancar malas hierbas, administrar la poca carne de que disponíamos y preguntarnos cuándo podían llegar los próximos rumores sobre lo sucedido una semana atrás.

Aquel mismo día, cuando estábamos disponiendo mesas en el jardín, bajo sábanas extendidas sobre tendederos de ropa para proteger del sol a nuestros invitados, Nikolasha vino a decirnos que había llegado a nuestra puerta un coronel canadiense.

—Está en el Ejército Blanco —me dijo Nikolasha—. Dice que ha atravesado todo el país, corriendo grandes peligros, para traernos noticias de los británicos. Al parecer, tu hermana Alix ha convencido al rey Jorge para que envíe un barco de guerra a recogernos, una vez que se hayan retirado los alemanes.

Fui con Olga y Xenia al salón, donde estaba con Félix ese canadiense, el coronel Boyle. Este nos hizo una reverencia, con esfuerzo por su parte. Debía de haber sido un hombre apuesto, de más de metro ochenta, con hombros imponentes pero parecía que había perdido más de la mitad de sus carnes. A mí me daba la impresión de que había atravesado toda Rusia andando y de que apenas se tenía en pie. Pero seguía de pie, en efecto, con un estoicismo que me

pareció admirable, y, bien erguido, aceptó el té que le ofrecimos y respondió a nuestras preguntas, confirmándonos que mi hermana había convencido a su hijo, en efecto, para que nos ayudara.

Cuando Xenia le preguntó: «¿Y tiene usted noticias de mi hermano, el zar?», vi que a Boyle le temblaba la mano cubierta de cicatrices y que estuvo a punto de derramar su tercera taza de té.

—Estuve en Ekaterimburgo —dijo con prudencia. Volvió los ojos hacia mí, mientras Xenia le preguntaba, impaciente:

—¿Y bien? ¿Estaban allí mi hermano y su familia?

El coronel pestañeó bajo la mugre que le cubría el rostro; estaba sucísimo y necesitaba urgentemente darse un baño bien largo. Mientras a él le faltaban las palabras, a mí me dio un vuelco el corazón en el pecho.

—¿Qué modales son estos? —exclamé de pronto, sobresaltando a todos—. ¿No veis que el coronel está agotado? Debemos dejarlo descansar. Esta tarde haremos el pícnic; que se reúna con nosotros más tarde, si quiere. Vamos —dije, haciendo una seña a mis hijas—. Que Félix y Nikolasha se encarguen de nuestro huésped.

Xenia se levantó para seguirme, con aire sombrío. Su marido ya no estaba con nosotros. A pesar de mis protestas airadas, Sandro había accedido a la propuesta de los alemanes y se había embarcado en Yalta con su hijo mayor, Andréi, para convencer a las potencias aliadas de la gravedad de la crisis en Rusia, pues los acuerdos de Lenin con el káiser no nos traían la paz a nosotros.

—No te escucharán —le había advertido yo—. Siguen en guerra. ¿Crees, acaso, que van a dejar de matarse los unos a los otros para atender a nuestro bienestar? No lo han hecho hasta ahora.

También Xenia le suplicó que se quedara, pero Sandro ya estaba cansado de sufrir. Yo me enfadé tanto al ver que nos abandonaba que no me había despedido de él.

Acompañé a Olga y a Xenia al exterior, dejando a Boyle con Félix y Nikolasha. Pero una parte de mí se quedó en aquel salón, abrasada por la tristeza que se leía en el rostro del coronel Boyle.

Una hora más tarde, más o menos, cuando estábamos poniendo los platos y los cubiertos en las mesas, Xenia me asió con fuerza del brazo. Se había puesto tan blanca como las sábanas que nos daban sombra.

—Félix está en la terraza —dijo.

Me volví hacia él, cubriéndome los ojos con una mano para protegerme del brillo del sol. Félix estaba inmóvil; cuando vi que no se dirigía hacia nosotros, pregunté:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué se queda allí parado?

—Ve con él —dijo Xenia, con un temblor en la voz. Miré a Olga, que disponía los cubiertos sin levantar la cabeza. Estuve a punto de reñirle por poner los tenedores de ensalada en el lado equivocado. Pero lo que hice fue dirigirme a la terraza con determinación.

Cuando me acerqué, vi que Félix estaba casi lívido, como si hubiera recibido una noticia terrible. Y, en aquel momento, dejé de verlo y de ver la imitación de casa señorial inglesa que estaba a sus espaldas. Dejé de oír el rumor del mar y los gritos de alegría de los hijos de Xenia, que jugaban a la pelota antes del almuerzo. Oía, en cambio, a mi nieto Alexéi, el día que se había resbalado en mi palacio de Anichkov:

Lo único que he hecho ha sido entrar en el estanque. No tengo ningún golpe; ¿lo ves?

—Minnie. Haz el favor de entrar.

La voz tranquila de Félix me hizo volver de mis recuerdos.

Pasé con él al interior fresco de la casa. El salón estaba vacío; perduraba en el aire el fuerte olor del puro de Nikolasha. Él ya no estaba, ni tampoco estaba el coronel Boyle.

—Espero que hayáis llevado al pobre canadiense a que se dé un baño —dije.

Me acerqué a una mesa donde había un florero que Xenia había llenado de jacintos silvestres y me incliné sobre las flores fragantes, respirando hondo, deseando llenarme de su aroma. En cuanto lo hice, retrocedí y estuve a punto de derribar el florero.

El aroma de las lilas. La flor favorita de Alejandra. Olían como el perfume que se ponía ella.

Félix carraspeó. Antes de que hubiera tenido tiempo de hablar, dije:

—Sea lo que sea, te lo advierto: los bolcheviques son unos mentirosos. Mienten y engañan para atormentarnos.

—Boyle no es bolchevique —dijo Félix, avanzando un paso hacia mí—. Ya

me has oído. Estuvo allí. En Ekaterimburgo. El Ejército Blanco asedió la ciudad y expulsó a los rojos. Llegaron a la casa. La gente de la localidad... la llamaba «la Casa del Propósito Especial». Es el nombre que le había puesto el Sóviet de los Urales. Estaba desocupada. No estaban allí Nicky ni su familia.

Se me escaparon unas carcajadas que, en aquella habitación, sonaron estridentes. No era mi risa en absoluto. A mí misma me pareció que sonaba como una desconocida, como una vieja amargada que se negaba a reconocer nada que pudiera alterar la tranquilidad de sus últimos días.

—Claro que no estaban —dije—. Era un rumor más, como tantos otros.

Él titubeó. Sentí que me apartaba de él poco a poco, marcando una distancia precaria.

—Había indicios —siguió diciendo con voz casi inaudible—. Las habitaciones estaban saqueadas. Habían dejado algunas cosas suyas. Y, en un sótano en la planta inferior... —Hizo una pausa, como haciendo acopio de valor—. Orificios de bala en la pared. Huellas de bayonetas en el suelo. Boyle las reconoció. Y dijo que había sangre seca que se había limpiado apresuradamente. Él ya había visto huellas como aquellas en los hospitales de campaña. Dice que debió de haber mucha sangre.

En el ambiente de tensión producido por este relato terrible lo miré a los ojos.

—Félix Yusupov, siempre has tenido mucha desfachatez —le dije—. Más que ningún hombre que yo haya conocido en mi vida.

Félix titubeó; pero yo seguí diciendo:

—Pero hoy has superado tu propia desfachatez, teniendo el valor de contarme una mentira tan monstruosa.

Él extendió las manos.

—Minnie, basta. Por favor. No lo puedes negar. Debes aceptarlo, por todos nosotros. Boyle dice que los soldados que iban con él también lo vieron. Uno llevaba una cámara fotográfica e hizo una foto. Dijo que se la iban a enviar a tu sobrino, el rey Jorge.

—¿Una fotografía de un sótano sucio? —dije, sin alzar la voz; aunque sentía que se acumulaba dentro de mí mi grito, un aullido que haría temblar el mundo entero si le daba salida—. ¿Qué demuestra eso?

—Que han muerto. Los bolcheviques los han asesinado y se han deshecho

de sus cadáveres.

La habitación se oscureció a mi alrededor. Me tambaleé, sin apoyo; tuve que ir a tientas hasta el sofá, como si me estuviera deslizando por la cubierta de un barco en plena tormenta. Me dejé caer en el sofá y vi a mis nietas en el Mariinski, con sus vestidos nuevos, saludando al público; a Alexéi, que fruncía el ceño en la terraza del palacio de Alejandro porque quería jugar al aro con sus hermanas; y, después, con una claridad desgarradora, a Nicky en el andén de Mogilev, volviéndose desde su tren para despedirse con la mano.

Sé fuerte para todos, como siempre lo has sido. Nos veremos pronto.

—No —susurré—. No puede ser. No lo creo.

Félix cayó de rodillas ante mí.

—Nadie quiere creerlo —dijo—. Pero hace meses que no se les ve. Debe de haberles sucedido algo horrible. —Hizo una pausa, mirándome a los ojos—. Y hay más.

—¿Más?

Apenas era capaz de mirarlo. Ya no era el dandi impecable que hacía montar guardia a un abisinio ante su puerta mientras él retozaba con Irina. Tenía el rostro hundido, los ojos turbados, como si hubiera visto demasiadas cosas. Me veía a mí misma en él. Comprendí que todos los que estábamos allí debíamos de tener el mismo aspecto.

—Boyle dijo que otros miembros del Ejército Blanco llegaron a Alapayevsk y allí les dijeron que a Ella, a los tres hijos de Constantino, al príncipe Vladimir Paley y a los que iban con ellos los habían arrojado al pozo de una mina. Las gentes del pueblo los guiaron hasta aquel lugar. Los soldados bajaron al pozo con cuerdas y encontraron los restos. Y los grandes duques Nicolás y Jorge Mijailovich, Dimitri Constantinovich y el gran duque Pablo, tu propio cuñado... Boyle afirma que la Cheka ha ordenado que vuelvan de su exilio en Volodga a Petrogrado para ejecutarlos.

Me ahogaba; me faltaba el aire.

—Rumores —dije—. Eso es todo. No son más que rumores.

Félix me cogió la manos.

—Está pasando. A todos. Nos están exterminando.

Oí la voz de Spiro: *Todos los Romanov sois unas alimañas...*

Entonces, Félix vaciló. Sentí que aflojaba la mano de pronto, como si

estuviera guardándose algo.

—Dilo —le dije con rabia—. Dilo ya, o no me vuelvas a hablar en tu vida.

—Misha... —susurró, y yo retiré bruscamente mis manos de entre las suyas.

—No.

Mi grito no fue fuerte. Apenas sonó, pero a él empezaron a rodarle las lágrimas por el rostro macilento, mientras me contaba:

—Se lo llevaron al bosque, cerca de Perm, y lo mataron a tiros. Boyle lo supo de boca de otro soldado del Ejército Blanco, que lo había presenciado. Los bolcheviques afirman que a Misha lo raptaron y que ha desaparecido; pero nadie les cree.

—No. No.

Yo sacudía la cabeza. Quería apartarlo de mí. Aquellos detalles. ¿Cómo conocía Boyle aquellos detalles horribles? ¿Cómo podía conocerlos él y nosotros no?

—No es verdad —dije—. Es...

—Basta.

La voz de Olga hendió la habitación desde la puerta de la terraza.

Félix, todavía de rodillas, se volvió hacia ella.

—Tiene que oírlo —dijo a Olga—. Tiene que saberlo. Sandro tenía razón. Ahora vendrán por nosotros. Boyle ha venido a avisarnos...

—Basta, he dicho.

Olga lo miraba con furia. Yo no la había visto así nunca; se había convertido en una personificación de Sasha, con los hombros firmes y la barbilla adelantada, en esa postura tan de él, como dispuesta a abrirse camino entre cualquier obstáculo.

—Vete con Irina y deja en paz a mi madre —dijo a Félix.

Él se puso de pie, tambaleándose.

—Lo siento. Lo siento mucho, Minnie —dijo.

Cuando pasó ante Olga, lo oí sollozar.

—Deja de lloriquear como un nene —le espeté, sorprendiéndome a mí misma—. Vas a aterrorizar a los demás. Ni una palabra, ¿me oyes? *Ni una sola palabra* a ninguno.

Olga acudió a mi lado. Yo, consumida de rabia y de dolor, me revolví contra ella.

—¿Lo sabías tú también?

—Me lo temía —dijo con voz apagada—. En Kiev te dije que habían solicitado que nos detuvieran. Nuestras vidas corrían peligro. Pero esto no lo sabía. ¿Cómo podía saberlo?

—Nadie podía saberlo, porque es imposible. —La voz se me quebró—. ¿Tú lo crees?

—¿Acaso importa?

Me miró con una gran ternura. Mi hija menor, que rara vez me había dado alguna muestra de afecto o de tolerancia, me miraba ahora como podría mirar a su propio hijo pequeño después de que este tuviera una rabieta, soportando con paciencia sus secuelas.

—Sí. Importa —dije yo—. Si tú lo crees; si Félix, Nikolasha y los demás lo creen, entonces *sí* que han muerto. Sea verdad o no, los habremos matado nosotros perdiendo la esperanza.

—Mamá... —Le temblaba la voz; yo advertía que estaba profundamente afectada, pero no me ofrecía ningún consuelo. Seguía allí plantada, no incómoda como estaba Sasha cuando yo tenía uno de mis enfados, pero inexpresiva como él, inamovible—. Si te pregunto si importa es porque la persona que debe creerlo eres tú. Ninguno podemos marcharnos sin ti; y tú no te marcharás nunca a menos que...

—Son tus hermanos —le dije. Me puse de pie asiéndome del sofá—. Mis hijos. Nuestra propia carne. ¿Cómo eres capaz? ¿Cómo eres capaz de pensar en marcharte, si no sabemos nada? No tenemos pruebas, diga lo que diga ese canadiense. Pueden estar en cualquier parte y necesitamos para que los salvemos, mientras nosotros estamos aquí discutiendo si debemos huir o no.

—No lo estamos discutiendo —dijo ella; y volví a darme cuenta de cuánto la infravaloraba. A pesar de sus tendencias artísticas y de su marido inadecuado, tenía más de Romanov de lo que yo quería reconocer—. La única que lo sigue discutiendo eres tú. Todos creemos que debe de ser cierto. Si no, ¿por qué han desaparecido? ¿Por qué no los ha visto nadie, ni se ha presentado ninguna prueba de que estén con vida? Pero ninguno de nosotros lo dice. Ninguno *lo puede decir*, por lo mucho que te queremos. ¿Es peor la verdad que dejar que pienses que volverás a verlo? ¿Qué es lo mejor para que estés a salvo con nosotros?

—La verdad. Solo quiero la verdad —susurré; y mientras ella profería un suspiro de impotencia, yo me desplomé. Me sostuvo; me rodeó con sus brazos recios, el único punto de apoyo que me quedaba en mi mundo angustiado que se desvanecía.

—Quizá no lo sepamos nunca —dijo—. Pero, creas lo que creas tú, nosotros lo creemos también.

* * *

Llegó de nuevo el invierno. En Crimea el viento tenía los dientes afilados y nuestra mala situación se agravó. Se nos iban agotando las provisiones, mientras los alemanes consumían todo lo que tenían a su alcance. En noviembre, las potencias aliadas acordaron un armisticio con el káiser, cuya maquinaria bélica se había convertido en chatarra. Pagó caro su orgullo: su régimen cayó, él fue al exilio y su pueblo tuvo que hacer concesiones que dejarían a Alemania hundida en la penuria.

Nosotros no nos alegramos. Aunque hubiera concluido la Gran Guerra, nuestra guerra civil proseguía en Rusia y los rojos de Lenin iban ganando terreno. A finales de marzo de 1919, un general alemán vino a Harax para advertirnos de que, cuando sus fuerzas se retiraran, los bolcheviques tomarían Crimea. Ya no podían seguir protegiéndonos allí; pero mi sobrino, el rey Cristián, había mandado aviso de que me acogería en Dinamarca. Asimismo, mi sobrino el rey Jorge había confirmado que enviaba a Yalta el buque de guerra Marlborough. Aunque yo no vi al general ni hablé con él, recalcó a los demás que ahora teníamos una ventana de oportunidad estrecha para huir. Debíamos estar dispuestos para partir aquella misma semana.

—No podemos estar aquí cuando lleguen los rojos —anunció Olga, en una reunión familiar que celebramos el mismo día en que Xenia cumplía cuarenta y cuatro años.

Mi hija menor estaba embarazada de nueve meses, esperando su segundo hijo, pero no manifestaba en absoluto la languidez de la mayoría de las mujeres en su estado. Tenía más vitalidad, si cabe.

—Nos han ofrecido un salvoconducto y debemos aprovecharlo —siguió diciendo—. Sandro está ahora en París con Andréi. Xenia y sus otros hijos

pueden reunirse con él allí. Mamá, tú puedes ir a Inglaterra y, de allí, a Dinamarca.

—¿Tú te vendrás con nosotros, supongo? —dije yo, significativamente. Me había prometido que se quedaría conmigo, confiando en mí siempre; pero, ahora que teníamos encima la amenaza, me parecía que tenía otros planes.

—Nikolái, Tikhon y yo nos iremos al Cáucaso —dijo—. Yo no puedo soportar un viaje por mar en mi estado y Boyle se ha ofrecido a llevarnos a las montañas; los blancos han expulsado de la región a los revolucionarios. Así, al menos, nuestro hijo nacerá en Rusia. Después, nos las arreglaremos para llegar a Europa y reunirnos con vosotros.

—No te irás —dije, furiosa—. Yo no me voy a ninguna parte, de modo que puedes dar a luz aquí mismo. El Ejército Blanco no ha perdido la guerra todavía. ¿Y qué pasará con los que han buscado refugio a nuestro lado? Seguimos siendo Romanov. Somos lo único que se interpone entre el orden y el caos.

—Mamá, no escuchas —dijo Xenia—. Ya oíste al general...

—No lo oí. Alemanes... tan despreciables como los bolcheviques.

—¡Dios santo! —exclamó Xenia—. ¡Ese alemán que a ti te parece tan despreciable se ha tomado el tiempo y la molestia de avisarnos a todos! Está todo planeado. Solo nosotros, en secreto absoluto. Yo tengo que pensar en mi marido y en nuestros hijos. Hemos hecho hasta ahora lo que tú pedías; pero no oímos contar más que horrores...

Se interrumpió cuando Olga le dirigió una mirada de reproche.

—Ni siquiera eres capaz de leer los periódicos que nos dejaron los alemanes —me dijo Olga, con un tono firme que me abrumó—. Celebran funerales por Nicky y su familia por toda Europa. Para ellos Rusia está perdida. Ya lloran nuestra muerte. ¿Es que quieres que ese sea nuestro destino?

La miré fijamente y después, a Xenia, que no podía contener las lágrimas. Nikolasha tenía los ojos bajos. Félix estaba sentado junto a Irina, en silencio; había evitado expresar su opinión ni una sola vez desde que habíamos tenido nuestro enfrentamiento sobre el coronel Boyle. A su lado estaba su madre, la princesa Zenaida, cuyo encanto de antaño se había disipado por el hambre y el miedo. Zenaida me miró a los ojos, implorándome sin decir palabra. Aquella

mujer, que había sido nuestra rica heredera más envidiada y en cuyo palacio se celebraban los bailes más apreciados después de los de la corte. Todo aquello, perdido. Como lo estaba Nicky para ellos. Vencido. Ya se guardaba luto por él.

Pero no estaba perdido para mí.

Me puse de pie y dije:

—Me avergüenzo de llamaros familia mía.

Antes de que hubieran tenido tiempo de volver a protestar, subí las escaleras hasta mis habitaciones. Tania había cerrado la ventana al caer el día. Aunque se acercaba la primavera, entraba frío por la noche. Me quedé allí de pie mientras Tip me observaba, inquieto, desde mi cama. Sentí el impulso de ponerme a arrojar cosas contra las paredes. Sentí que se agitaba en mi interior una rabia incipiente. Tuve que ponerle freno mordiéndome el labio; el dolor me hizo entrar en razón. Sonó entonces en mi puerta un golpecito tímido.

No me volví.

—Marchaos. No abandonaré nunca a mis hijos. ¿Me entendéis?

—Sí, *Grandmère*.

Me sobresalté al oír la voz suave de Irina. Ahora estaba muy flaca, su belleza frágil se había quedado consumida. Comía menos que un pajarito; guardaba su ración para Bébé. Pero, a pesar de su palidez y de sus pómulos hundidos, seguía siendo etérea y me recordaba a mi nieta Tatiana.

—Nos quedaremos contigo —dijo.

—No. Debéis embarcar en el barco británico. Félix podrá vender sus cuadros de Rembrandt en el extranjero. Valen una fortuna. Vuestra familia podrá vivir con eso y con las joyas que queden a Zenaida,

Ella negó con la cabeza.

—Félix dice que te ha provocado mucha tensión. No quiere dejarte sola. Y yo no puedo marcharme sin él.

Estuve a punto de sonreír.

—¿Aquí, que hay refugiados a docenas? Te aseguro que no estaré sola.

—¿Y si ellos también optan por marcharse?

—No pueden. Ya has oído a Xenia. Los británicos solo tienen órdenes de evacuar a mi familia más cercana y a mí. A nadie más.

Irina guardó silencio un momento, y dijo por fin:

—Quizá puedas convencer tú a los británicos para que adapten sus órdenes. Si te niegas a marcharte sin todos los demás, ¿qué otra cosa pueden hacer?

Entendí lo que se proponía. Félix, a pesar de su reciente actitud de conformidad, no había perdido su astucia habitual y había enviado a Irina para sondearme. Aunque a mí ya no me importara lo que me pasara, él sabía que yo no podría soportar que me consideraran responsable de los que nos rodeaban. También sabía que, al planteármelo, me obligaría a tomar la decisión que había estado evitando hasta ahora.

Por fin, accedí. No me quedaba otra opción.

—Supongo que podré intentarlo.

* * *

—Eso se sale con mucho de mis órdenes —afirmó el capitán de corbeta que comandaba el Marlborough—. Su majestad lo dijo claramente. Solo vuestra majestad y su familia.

—Pero ¿no tienen más barcos en la zona? ¿No está aquí solo, verdad?

Cuando él se vio obligado a reconocerlo, le dije:

—Esa gente son nuestros súbditos. Encuéntrales una solución o zarpe sin nosotros.

—Majestad, tengo orden de llevarla a bordo a la fuerza, si es preciso —repuso él; pero palideció visiblemente frente a mí, que tenía a mi Tip en brazos y estaba acompañada de Tania y Sophie entre nuestro montón de equipaje.

A poca distancia, Xenia y sus hijos, Nikolasha, Félix, Irina y Zenaida, con sus maletas y baúles, me veían arengar a aquel hombre cuyo único propósito era rescatarnos.

Alcé la cabeza hacia mi familia.

—¿Nos va a llevar a todos a bordo a la fuerza? —le pregunté. Después, miré hacia la multitud reunida en el puerto—. Bastará que les diga que los rescata por mí y ellos irán nadando hasta sus barcos.

Se suponía que sería una evacuación secreta; pero había corrido la voz rápidamente, y yo no había dudado en propagarla. En cuanto los refugiados se

enteraron de nuestra partida, había cundido el pánico. Se habían amontonado en Yalta con sus respectivos equipajes, animales de compañía y criados; entre ellos figuraban algunos de nuestros nobles y terratenientes más ricos, cuya fortuna había quedado reducida a lo que podían llevar a costas. Xenia temblaba a mi lado, consternada al ver que, después de que todos habían hecho el equipaje apresuradamente, llenos de alivio, yo planteaba un obstáculo más en el último momento. Olga, que había partido para el Cáucaso con su familia el día anterior, no se habría esperado otra cosa, aunque yo me había enfadado mucho con Kulikovski por dejarla partir para hacer un viaje tan arduo a las montañas, con el embarazo tan avanzado. También la propia Olga se había negado a hacerme caso. Quizá prefiriera vivir sin nuestras prebendas imperiales, pero también insistía en que su hijo tenía sangre Romanov y, por tanto, debía nacer en Rusia.

—¿Está decidida vuestra majestad? —me preguntó el teniente, con flema británica. Aun encontrándose en la tesitura de desobedecer las instrucciones de su soberano, no dejaba translucir el menor atisbo de inquietud.

—Lo estoy. Todos ellos y yo. O ninguno.

El teniente suspiró.

—Enviaré un telegrama a la flota. Le prometo que todos subirán a un barco. Ahora, ¿confiará vuestra majestad en mi palabra? —me dijo, ofreciéndome un brazo para acompañarme al muelle.

Acepté su brazo.

—Si se vuelve atrás, me va a oír.

En el buque de guerra, confié a Tania la custodia del perrito Tip. Sophia y ella bajaron a preparar el camarote que nos habían destinado. Xenia compartiría un camarote contiguo con Irina, Zenaida y Bébé. Mis nietos, Félix y Nikolasha se alojarían con la marinería. No era un barco de placer; estuvimos sujetos a la autoridad naval británica hasta que llegamos a Malta y embarcamos allí en otro navío que iba a Inglaterra. Yo pasaría algún tiempo consolándome con la compañía de Alix, pero ya sabía que más adelante debería regresar a Dinamarca y a la casa de Hvidøre, la única que me quedaba. Si tenía que vivir exiliada de la tierra que había considerado mi hogar durante más de cincuenta

años, al menos iría a la tumba en mi país natal.

La brisa templada de aquella mañana de principios de abril rizaba la superficie del Mar Negro. Llegué hasta la baranda al borde de la toldilla. Mirando hacia las escarpaduras rocosas de Crimea, me imaginé aquellos lugares que ya no podría volver a ver: Livadia, donde me había despedido de mi Sasha, demasiado pronto. Ai-Todor, donde había llegado huyendo del caos. Djulbar, donde creí morir. Y Harax, donde había recibido la noticia de la sangre derramada, que no era capaz de reconocer en voz alta.

Veía todos aquellos lugares y más allá, hasta San Petersburgo y el esplendor del palacio de Invierno; mi querido palacio de Anichkov; nuestra fortaleza de Gatchina y, por último, los grandes espacios del palacio de Alejandro, donde se habían trazado y perdido tantas esperanzas por nuestro futuro.

Cuando el barco se agitó bajo mis pies, disponiéndose a zarpar, pensé que lloraría; pero entonces vi pasar cerca de nosotros otro barco, un vapor ruso, lleno de voluntarios que iban a luchar en el Ejército Blanco. Lo vi aproximarse, fascinada, hasta que estuvo tan cerca que distinguía los rostros anónimos, enjutos, de los jóvenes que todavía estaban dispuestos a luchar por nosotros. El mundo que querían conservar ya había cambiado. Yo sabía que muchos de ellos morirían defendiendo nuestra causa.

Busqué un pañuelo en mi bolsillo. Sólo dispondría de un instante, de unos breves momentos mientras se cruzaban los barcos, para que me vieran como yo los veía a ellos. Alcé el pañuelo y lo agité. Que me vieran. Que supieran que, aunque me veía obligada a marcharme, los recordaría siempre. Yo era madre; ellos también tenían madres que quizá no volverían a verlos.

Miradme. Ved a vuestra querida *Matushka*. Decidme que me recordaréis.

Y cuando me brotaron las lágrimas por fin, humedeciéndome los ojos, miraron hacia mí. Se amontonaron en las barandas del vapor, levantando los brazos en el saludo tradicional. Entre las ondas que levantaban las estelas de nuestros navíos, oí el coro de sus voces desiguales, que cantaban:

¡Dios salve al zar!

Fuerte soberano, reina por nuestra gloria;

Reina para el terror de nuestros enemigos, zar ortodoxo.

¡Dios salve al zar!

Por fin, cuando ya se nos había negado todo, Dios atendió a mi oración. Se me otorgó este único milagro.

No nos olvidarían nunca.

EPÍLOGO

Después de desembarcar en Malta, donde tuvieron que quedarse muchos de los refugiados que ella había ayudado a huir (aunque ella no se olvidó de ellos), Minnie llegó a Inglaterra en mayo de 1919 con Xenia y sus hijos. El encuentro de Minnie con su hermana Alix debió de ser desgarrador; pero ella adoptó el aire de valor que la caracterizaba, ante un mundo que seguía recuperándose de las consecuencias de la Gran Guerra y del cataclismo de la caída de la Rusia imperial. Aunque en privado tuvo que vivir casi en la pobreza, dependiendo de una pensión caritativa que le otorgó la familia real británica, después de haber sido una de las mujeres más ricas del mundo.

Acudían muchos a visitarla, entre ellos el gran duque Dimitri Pavlovich, que había colaborado en el asesinato de Rasputín y que se había salvado de los bolcheviques gracias a sus servicios en el ejército, en Persia. Todos los que veían a Minnie decían que estaba tan amable como siempre, aunque debilitada por su situación.

Durante el resto de su vida fue una defensora incansable de los rusos exiliados. También se entrevistó a lo largo de los años con diversos visitantes que podían saber algo de la desaparición de su familia. Nunca dio en público muestras de flaquear en su convencimiento de que podían haber sobrevivido, a pesar de las pruebas que se iban acumulando en sentido contrario. Además de la matanza de millares de terratenientes y miembros de la aristocracia, de los cincuenta y tres miembros de la familia Romanov que vivían en Rusia cuando abdicó Nicolás II, dieciocho fueron asesinados y treinta y cinco huyeron. En julio de 1918 mataron a catorce Romanov; entre ellos Misha, al que tirotearon en un bosque próximo a Perm, con su secretario, y el zar y su familia, ejecutados en la casa Ipatiev, en Ekaterimburgo.

Misha fue el primer Romanov que murió a manos de los bolcheviques. No

se han encontrado sus restos, ni los de su fiel secretario británico, Brian Johnson. Tras la marcha de Misha al exilio en Perm, su esposa, Natalia, consiguió enviar clandestinamente a Copenhague al hijo de ambos, Jorge. Ella se quedó en Rusia, pidiendo por Misha a los comisarios bolcheviques y al mismo Lenin hasta que mandaron encarcelarla, pero ella consiguió huir de la prisión. Los alemanes, que se retiraban, creyendo que Misha vivía y encabezaba una contrarrevolución, ayudaron a Natalia y a la hija que tenía de su primer matrimonio a huir a Inglaterra en 1919, donde se reunieron con Jorge. Natalia, para sustentar a su familia, accedió a las cuentas bancarias internacionales de Misha. También vendió sus joyas, como hicieron la mayoría de los exiliados. Circularon rumores diversos sobre la suerte de Misha hasta 1924, año en que Natalia lo hizo declarar fallecido legalmente con el fin de heredar sus propiedades en Gran Bretaña, valoradas en solo 95 libras esterlinas. Después se trasladó a Francia, donde el coste de la vida era menor. Jorge murió en 1931 a consecuencia de un accidente de circulación, dejándola desolada. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, Natalia estaba arruinada. Murió en 1952 y está enterrada en el cementerio de Passy, en París, junto a su hijo, el conde Brasov, último descendiente del zar Alejandro III por línea masculina.

Aunque las fotografías del sótano destrozado de la casa Ipatiev se hicieron públicas a partir de 1923, no consta que se las enseñaran a Minnie. Merece la pena observar que el fiel perro de aguas de Alexéi, Joy, se salvó de la matanza, mientras que otros dos perros familiares perecieron. Joy apareció meses más tarde, sin amo y famélico, rondando cerca de la casa abandonada. Uno de los que habían sido guardias de la casa reconoció al perro, se apiadó de él y lo cuidó hasta que lo rescató un coronel de la Fuerza Expedicionaria Británica, cuando el Ejército Blanco se retiraba de los Urales. El coronel volvió a Inglaterra con el perro, que fue cuidado con cariño y murió en Windsor, donde fue enterrado en el prado de Sefton Lawn. El coronel dejó escrito en sus memorias que Joy no llegó a recobrar nunca la alegría.

Minnie debió de enterarse de que Joy había sobrevivido. Solía decir: «Nadie vio que mataran a Nicky». Pero las pruebas eran irrefutables. Solo podemos figurarnos lo que creía ella para sus adentros. Parece dudoso que creyera lo que decía, sabiendo todo lo que sabía. En vista de que Cirilo

aspiraba ruidosamente al trono, quizá tomara la decisión de que no debía reconocer nunca la muerte de sus hijos para mantener la sucesión dinástica si se producía una supervivencia milagrosa.

No obstante, prestó apoyo económico a Nikolái Sokolov, investigador judicial del Ejército Blanco que se desplazó a Ekaterimburgo ocho meses después de la desaparición del zar y su familia. Sokolov, que fue la primera persona que recogió información sobre el regicidio y exploró la mina abandonada donde se habían llevado los cadáveres en un primer momento, llegó a la conclusión de que ningún miembro de la familia imperial había salido vivo de la Casa del Propósito Especial. Cuando se fue al exilio, a Francia, se llevó consigo su meticulosa documentación; más tarde, sus archivos se tuvieron en cuenta en la investigación realizada en 1993 por las autoridades rusas sobre los hechos del 16 y 17 de julio de 1918. Sokolov preparó antes de su muerte un informe para la emperatriz viuda. Minnie no llegó a reunirse con él en persona jamás y no se sabe si leyó su informe. El libro de Sokolov, *Ubiistvo Tsarskoi Semi* («El asesinato de la familia real») se publicó en 1925, tras la muerte del autor.

La casa Ipatiev, que en 1927 fue integrada en el Museo de la Revolución de los Urales, fue demolida en 1977 bajo el régimen de Boris Yeltsin. Tras la disolución de la Unión Soviética se levantó en su lugar la iglesia de la Sangre.

La desaparición de Nicolás, de Alejandra y de sus cinco hijos, junto con cuatro de sus acompañantes, entre ellos el doctor Eugene Botkin y la criada de Alejandra, Anna Demidova, inspiró diversos relatos de supervivencias penosas y la aparición de múltiples impostores. La más celebre fue Anna Anderson, que en 1922 afirmó que ella era Anastasia. Se trataba de un fraude, trazado para heredar la fortuna legendaria de los Romanov. Anderson se mantuvo firme en su afirmación hasta su muerte, en 1984. Tras la exhumación de los restos de la familia imperial, los análisis de ADN demostraron su impostura.

En 1979, unos arqueólogos aficionados clandestinos descubrieron los esqueletos revueltos de Nicolás, Alejandra y sus hijas Olga, Tatiana y Anastasia, así como los de Botkin, Demidova, el ayuda de cámara de la familia y el cocinero, cubiertos con traviesas de ferrocarril y enterrados bajo una pista de tierra próxima a Ekaterimburgo. Los huesos, que tenían señales de

orificios de bala y de heridas causadas por bayonetas, estaban descoloridos por el ácido sulfúrico que habían empleado en vano sus verdugos en un intento de disolver los cadáveres. Se dejaron en su tumba improvisada hasta la caída de la Unión Soviética, en 1991.

Las pruebas de ADN permitieron identificar a Alejandra por comparación con una muestra facilitada por el príncipe Felipe, duque de Edimburgo, que estaba emparentado con la zarina por su abuela materna. La identidad del zar se confirmó por el ADN mitocondrial del cuerpo del hermano de Nicolás, Jorge, así como el de su padre y su abuelo. El Tribunal Supremo de Rusia dictaminó que Nicolás II y su familia habían sido víctimas de la persecución política. El último zar, la zarina y las tres grandes duquesas, canonizados como mártires, fueron enterrados en la catedral de San Pedro y San Pablo. En 2007 aparecieron en un pozo poco profundo, a poca distancia de los primeros hallazgos, fragmentos de los cuerpos que faltaban: los del zarévich Alexéi y su hermana, la gran duquesa María, que se habían separado de los demás durante la confusión de la eliminación de los cuerpos después de las ejecuciones. Nuevas pruebas de ADN realizadas en 2015 confirmaron con una probabilidad del 99 por ciento que los huesos descubiertos eran los del zar y su familia. La Iglesia Ortodoxa Rusa se ha negado a reconocer los resultados hasta la fecha y ha retirado de su cripta los restos de Alexéi y de María y los de Nicolás y Alejandra para realizar nuevos análisis. Se ignora cuándo volverá a estar reunida la familia que perdió la vida en circunstancias tan terribles.

Minnie se trasladó a Dinamarca en 1920 y terminó por establecerse en su casa de Hvidøre. Se convirtió en el corazón de la comunidad rusa en el exilio y, a veces, en una molestia para su sobrino, el rey Cristián X; pues, a pesar de su situación de estrechez, era derrochadora e insolente. En 1925 sufrió la última pérdida, con la muerte de su hermana Alix. Minnie murió en Hvidøre el 13 de octubre de 1928, a los ochenta años de edad, habiendo sobrevivido a cuatro de sus seis hijos. Fue enterrada en la catedral del Roskilde. Su deseo de ser enterrada junto a Sasha solo se pudo cumplir en 2006, tras negociaciones entre Dinamarca y Rusia. Regresó a Rusia, ciento cuarenta años después de su primera llegada al país, para reposar en la catedral de San Pedro y San Pablo junto a sus seres más queridos.

La gran duquesa María Pavlovna, conocida como Miechen, fue la última Romanov que huyó de Rusia. Siguió en el Cáucaso con sus dos hijos menores durante todo el año 1918, hasta que el avance de los bolcheviques la hizo huir a Anapa, en la costa norte del Mar Negro. Miechen no accedió a retirarse de Anapa hasta 1920, cuando le comunicaron que el Ejército Blanco estaba perdiendo la guerra civil. Se embarcó para ir a Venecia con su hijo Andréi, la amante de este, la bailarina Pequeña K, y el hijo pequeño de ambos. La gran duquesa Olga coincidió con ella en el puerto de Novorossiysk y describió así el estilo inimitable de Miechen: «Cuando los mismos generales apenas eran capaces de encontrar un carro, la tía Miechen hizo el viaje en su propio tren. Estaba destartalado, pero era suyo. Por primera vez en mi vida, me agradó darle un beso». Miechen murió en septiembre de 1920. Tenía sesenta y seis años.

Un amigo de la familia, del Servicio Secreto británico, recuperó las joyas de Miechen de la caja fuerte de su palacio. Antes de morir, Miechen repartió sus joyas entre sus hijos, que vendieron las piezas más valiosas. La reina María, esposa de Jorge V, compró su diadema de perlas y diamantes de Bolin; todavía figura en la colección real británica y la ha lucido la reina Isabel II. La rica heredera Barbara Hutton compró las valiosas esmeraldas de Van Cleef & Arpels de la gran duquesa y convirtió el collar en diadema. Más tarde, la actriz Elizabeth Taylor adquirió la diadema e hizo retallar las esmeraldas y engastarlas en forma de juego de collar y pendientes. La joyería Bulgari, que había vendido las esmeraldas a la Taylor, las volvió a adquirir en la subasta de la colección de joyas de la difunta actriz.

A pesar de que en Rusia había quedado abolida la monarquía, el hijo mayor de Miechen, el gran duque Cirilo Vladimirovich, anunció desde su exilio en Francia que asumía el título de emperador. Minnie y su familia superviviente rechazaron su pretensión. Cirilo murió en 1938. Su nieta, la gran duquesa María Vladimirovna, también se ha declarado legítima sucesora al trono de los Romanov.

La hija mayor de Minnie, Xenia, se estableció en Inglaterra y su marido, Sandro, residió en París hasta su muerte, en 1933. La situación económica de Xenia era precaria y se vio obligada a combatir las alegaciones fraudulentas de Anna Anderson hasta 1928, el décimo aniversario de la desaparición de

Nicolás. Cuando se consideró muertos legalmente a Nicolás y a su familia, la fortuna de los Romanov, tan disputada y que nunca ha aparecido, pasó a ser de Xenia, como heredera de su hermano. A la muerte de su madre, vendió la casa de Hvidøre y las joyas de la emperatriz viuda para cubrir sus necesidades. En 1937, Xenia residía en la casa de Wilderness House, en el palacio de Hampton Court, donde murió en 1960 a los ochenta y cinco años de edad. El último en morir de sus hijos fue el más joven, el príncipe Vasili, que falleció en 1989.

La hija de Xenia, Irina, y su marido, Félix Yusupov, llevaron una vida azarosa después de su exilio. Vendieron los cuadros de Rembrandt para mantener a la familia y viajaron por Italia hasta que pudieron entrar en Francia sobornando con diamantes a un funcionario de inmigración. En 1920 fundaron en París la casa de alta costura Irfé; pero el negocio duró poco, pues disipaban el dinero entre su tren de vida exagerado y sus obras benéficas. En 1932, Félix ganó un pleito a la Metro-Goldwin-Mayer por una película injuriosa que se titulaba *Rasputín y la emperatriz*. También escribió sus memorias, haciendo valer su fama esquivada como asesino de Rasputín. Tuvo relaciones con hombres, a pesar de que Irina y él estuvieron felizmente casados durante más de cincuenta años. Félix murió en 1967 e Irina, desconsolada, lo siguió a la tumba tres años más tarde. Están enterrados en el cementerio ruso de Sainte-Geneviève-des-Bois, en París.

A la princesa Zenaida se le confió la crianza de su nieta, Bébé, en Roma. Tras la muerte de su marido, la princesa se trasladó a París para estar con Irina y con Félix y murió allí en 1939. No llegó a recuperar jamás el resto de la magnífica colección de joyas que guardaba en su palacio de Moika; los bolcheviques descubrieron las joyas y las vendieron en 1925. Zenaida sustentó a su familia vendiendo sus joyas principales, que había retirado antes Félix de la caja fuerte. Bébé, cuyo título era princesa Irina Yusupova, se casó con un conde ruso y tuvo una hija. Murió en 1983 y está enterrada con su familia.

La hija menor de Minnie, Olga, tuvo a su segundo hijo, Guri, en el Cáucaso. En 1919, la familia huyó a Novorossysk. Los enviaron a un campamento de refugiados próximo a Estambul y los evacuaron después a Belgrado. En 1920 llegó a Dinamarca con su familia y se hizo secretaria de Minnie, aunque a disgusto suyo. La madre y la hija, que nunca se habían llevado bien,

terminaron por reñir y la emperatriz viuda excluyó al marido de Olga de los actos formales.

Olga conoció a Anna Anderson en Berlín en 1925. Las pretensiones de Anderson no la convencieron. Esta no hablaba ni ruso ni inglés, idiomas que Anastasia dominaba, y la hija menor del zar tendría entonces veinticuatro años, mientras que a Olga le pareció que Anderson era mucho mayor y que sus rasgos eran distintos. Olga manifestó comprensión hacia Anderson, percibiendo que era mentalmente inestable y que la habían manipulado personas sin escrúpulos para que «representara aquel papel, con el fin de apoderarse de nuestra fortuna inexistente»; pero negó públicamente que Anderson fuera su sobrina.

Con su parte de los bienes de su madre, Olga compró una granja próxima a Copenhague, donde su familia se dedicó con energía a la vida rural. Olga siguió pintando. Sus cuadros, con imágenes de Rusia y de Dinamarca, se expusieron y se subastaron en diversas ciudades europeas. Olga donó parte de los beneficios a obras benéficas a favor de los rusos.

En la Segunda Guerra Mundial, los dos hijos de Olga militaron en el ejército danés y estuvieron internados brevemente como prisioneros de guerra. Al final de la guerra, las tropas soviéticas que ocupaban el oriente de Dinamarca acusaron a Olga de conspirar contra ellos. Temiendo ser asesinados o secuestrados por el régimen de Stalin, emigró con su familia en 1948 a Canadá, donde compraron una granja en el condado de Halton, en Ontario.

En 1952, Olga y su marido ya eran ancianos; habían vendido la granja y vivían en una casita a las afueras de Toronto. La gran duquesa, símbolo perdurable de los Romanov y de su encanto, recibió visitas de varios dignatarios, entre ellos la reina Isabel II y el príncipe Felipe de Edimburgo. Al deteriorarse la salud de su marido, Olga tuvo que vender las joyas que le quedaban para pagar sus cuidados. Cuando murió, en 1958, a ella se le agravaron, a su vez, sus dolencias. Hacia el final de su vida vivió con otros exiliados amigos suyos en un apartamento que estaba encima de un salón de belleza. La gran duquesa Olga murió en 1960, a los setenta y ocho años de edad, y está enterrada junto a su marido en el cementerio de York, en Toronto. Su hijo Tikhon fundó en su honor el Programa de Ayuda a Rusia, con el fin de

exponer selecciones de sus obras. Sus pinturas se encuentran en las colecciones de la reina Isabel II y de la familia real de Noruega. El Museo Ballerup de Dinamarca alberga aproximadamente un centenar de sus obras. Su hijo Guri murió en 1984. Tikhon murió en 1993. Actualmente viven más cien descendientes de los Romanov.

* * *

Las fuentes que he consultado para escribir esta novela son innumerables. Aunque no se trata de una bibliografía completa, enumero a continuación las obras que he consultado con más frecuencia para presentar a María Feodorovna y su mundo.

ERICKSON, Carolly. *Alexandra: The Last Tsarina*. Nueva York: St. Martin's Press, 2001.

GELARDI, Julia P. *From Splendor to Revolution*. Nueva York: St. Martin's Press, 2011.

HALL, Coryne. *Little Mother of Russia*. Nueva York: Holmes & Meier, 2001.

HOUGH, Richard. *Edward and Alexandra*. Nueva York: St. Martin's Press, 1992.

KING, Greg. *The Court of the Last Tsar*. Hoboken, Nueva Jersey: John Wiley & Sons, 2006.

—. *The Last Empress*. Nueva York: Birch Lane Press, 1994.

MASSIE, Robert K. *Nicholas and Alexandra*. Nueva York: Random House, 1967. (Versión española: *Nicolás y Alejandra*. Ediciones B, Barcelona, 2004.)

MASSIE, Suzanne. *Land of the Firebird*. Nueva York: Simon and Schuster, 1980.

MAYLUNAS, Andrei, y Sergei Mironenko. *A Lifelong Passion*. Nueva York: Doubleday, 1997.

NELIPA, Margarita. *Alexander III: His Life and Reign*. Ontario: Gilbert's Books, 2014.

POLIAKOFF, V. *Mother Dear*. Nueva York: D. Appleton and Company, 1926.

RADZINSKY, Edvard. *The Last Tsar*. Nueva York: Doubleday, 1992.

RAPPAPORT, Helen. *The Romanov Sisters*. Nueva York: St. Martin's Press, 2014. (Versión española: *Las hermanas Romanov*. Taurus, Barcelona, 2015).

ROUNDING, Virginia. *Alix and Nicky*. Nueva York: St. Martin's Press, 2011.

TISDALL, E.E.P. *Marie Fedorovna*. Nueva York: The John Day Company, 1957.

AGRADECIMIENTOS

Mi fascinación por los Romanov comenzó en mi infancia con un libro de gran formato que era de mi madre, en el que se mostraban fotografías de sus palacios, de sus joyas y de sus obras de arte, y retratos de ellos mismos. Me apasionaban, en especial, Nicolás, Alejandra y sus hijos, cuya belleza física y cuyo final trágico me evocaba fantasías románticas de un mundo idealizado. Habían vivido dentro de un esplendor inconcebible y eran el prototipo mismo de lo que significa «imperial». Aunque, en realidad, a pesar de sus privilegios, tenían en sus vidas los sufrimientos, las alegrías y las vulnerabilidades que compartimos todos los demás.

Aunque Minnie es menos célebre hoy día, en su vida se la admiró mucho. Fue impulsora de reformas a favor de los pobres; patrocinó la Sociedad Protectora de Animales en Rusia e hizo todo lo posible por poner freno a las tendencias despóticas de su marido; entre otras cosas, intervino a favor de los judíos. Orientó a su hijo Nicolás II, al comienzo del reinado de este, hasta que perdió su influencia sobre él, al ocupar su lugar Alejandra. Está bien demostrada la antipatía que sentía hacia su nuera. Minnie consideraba que Alejandra era todo lo contrario a ella: era inadecuada y no estaba preparada; y lo más trágico de todo era que no quería asumir las responsabilidades de su rango. Minnie no siempre recibió con bondad ni con comprensión los defectos de Alejandra. No era perfecta; ninguno lo somos.

El hecho de que sobreviviera da fe de su resistencia y de su buena suerte. Si se hubiera encontrado en la capital cuando estalló la revolución de 1917, podría haber corrido una suerte distinta, a pesar de que corre la leyenda de que Lenin le tenía un cierto respeto a pesar suyo. Sus apuros en Crimea también podrían haber terminado de otra manera si ella no hubiera sido tan capaz de imponerse. Es cierto que un canadiense del Ejército Blanco les llevó la noticia de que Nicolás y su familia habían sido asesinados, y ella se negó a

creerlo, al menos en apariencia. Y salvó muchas vidas al empeñarse en que los británicos evacuaran a los refugiados que se habían unido a los Romanov en Crimea.

Existe documentación abundante sobre los Romanov y se conservan sus diarios y cartas. Si bien he aspirado a mantener la fidelidad a los hechos y a los datos documentados sobre las personas, reconozco que me he tomado ciertas libertades; por ejemplo, algunos cambios de fechas o lugares para facilitar la narración; la omisión necesaria de determinadas personas y hechos para limitar la notable extensión del libro y, naturalmente, mis interpretaciones personales de los personajes, cuyo carácter de mitos puede llegar a hacer oscurecer su humanidad.

Más concretamente, he combinado a dos doctores Botkin en uno; en realidad, los que trataron a los zares fueron el padre, primero, y el hijo después. Tampoco he entrado en los complejos detalles sobre las diversas Dumas, ya que la escena política de los últimos años de la Rusia imperial puede ser muy complicada. Aunque he empleado el título de «zarina» porque resulta familiar a los lectores, el término exacto era «tsaritsa». «Zarina» procede del alemán *czarin* o *zarin*. Desde 1721, los títulos oficiales de los monarcas de Rusia eran emperador (*imperator*) y emperatriz (*imperatritsa*); la esposa del emperador se llamaba emperatriz consorte. Oficialmente, la última tsaritsa rusa fue la primera esposa de Pedro el Grande. Por tanto, Alejandra, la esposa de Nicolas II, fue la última emperatriz consorte de Rusia. Pero también se usaba extraoficialmente el título de *tsaritsa* para referirse a la esposa del zar.

No he pretendido esclarecer toda una era, sino presentar un retrato ficticio de una de sus mujeres más perdurables. Todo error es involuntario. Pido disculpas por adelantado a los expertos o simpatizantes que puedan estar en desacuerdo con mis interpretaciones. Los Romanov pueden suscitar debates apasionados. Lo entiendo y lo aplaudo.

Como siempre, debo dar las gracias a mi marido, que apoya mi obsesión por el pasado y mi aspecto descuidado cuando estoy en casa luchando con la labor de escritura. Adoro a mis gatos rescatados, Boy y Mommy, cuya despreocupación felina me llena de amor y de risas. No me canso de dar las gracias a mi agente, Jennifer Weltz. Es la brújula que ha guiado mi carrera

profesional. Todo el personal de la agencia Jean V. Naggar se esfuerza por aliviar las penalidades del escritor profesional.

Mi editora, Susanna Porter, sigue tan espléndida y tan atenta como siempre en su perspicacia profesional. Mi editora adjunta, Emily Hartley, también realizó aportaciones significativas. Mi correctora, Kathy Lord, realizó una revisión muy concienzuda del manuscrito. No podría haber pedido mejores pilotos al timón editorial. Reitero mi agradecimiento a la editorial Ballantine Books por seguir creyendo en la ficción histórica en un mercado cada vez más difícil.

Debo dar gracias en especial a mis lectoras beta y colegas escritoras, Tasha Alexander, Michelle Moran y Sarah Johnson, cuyos comentarios profundos me ayudaron a perfeccionar mis borradores. También tengo una deuda de gratitud con los libreros de todas partes, que siguen invitándome a dar charlas y que recomiendan mis libros.

Y, sobre todo, os doy gracias a vosotros, mis lectores. Vuestros comentarios amables en los medios sociales, vuestros correos electrónicos y vuestra asistencia a mis actos hacen que valgan la pena los encierros y las montañas de documentación. La confianza que ponéis en mi como narrador de historias sigue siendo la mayor de mis sorpresas y el mayor de mis dones.

A pesar de su afición a la caza, la mayoría de los Romanov amaba la naturaleza. Yo comparto este respeto hacia los demás seres. Compartimos este planeta con criaturas sensibles que no tienen voz, a menos de que nosotros hablemos por ellos. Sé su voz para el cambio. Adopta una mascota en un refugio para animales. Haz donaciones a organizaciones fiables que luchan por conservar la vida salvaje. Sé responsable con lo que compras, pues todos los productos de los supermercados proceden de prácticas sostenibles o de la destrucción de hábitats insustituibles. Las criaturas de la Tierra te necesitan. ¡Gracias!

Título original: *The Romanov Empress. A novel of Tsarina Maria Feodorovna*

Edición en formato digital: 2018

© C. W. Gortner, 2018

Mapa y árboles genealógicos: C. W. Gortner

© traducción: Alejandro Pareja, 2018

© de esta edición: Algaida Editores, 2018

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

administrador@editorialboveda.com

ISBN ebook: 978-84-16691-87-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.editorialboveda.com